ATENEO

G
1.1.36

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO DUODÉCIMO

1911
JULIO-DICIEMBRE

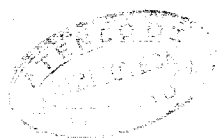
ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

Redacción y Administración:
27, CALLE DE SERRANO, 27
Teléfono núm. 2.297.
MADRID

El "divino„ Herrera y la condesa de Gelves [1]

Señoras: Señores:

El dilatadísimo campo de la Historia, como el de la Naturaleza, no sólo tiene grandes llanuras, elevadas montañas y espesos bosques de gigantescos árboles seculares: tiene además repuestos vallecillos y florestas escondidas, en que unos esbeltos álamos, un mullido césped y unas lozanas hiedras trepadoras, que tapizan los riscos de donde va descolgándose en tenues hilos el agua que aquellas plantas riega, hacen ameno el sitio y convidan á reposar un rato al cansado viajero, tal como aquel hermoso paraje que encontró á su paso Gonzalo de Berceo yendo en romería, y del cual dijo:



Nunqua trobé en sieglo logar tan deleitoso,
Nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso.

Fatigado viajero soy, y me falta el aliento necesario para cruzar dilatadas llanuras y emboscarme en intrincadas selvas; por esto, y porque en una hora, quizá escasa, no podríamos caminar mucho, á menos que nos cansásemos demasiado, os convido á visitar y escudriñar uno de esos rinconcillos de la Historia, é intentaré mostrároslo cuan bien pueda, como *cicerone* que, á la par que quiere agradar á los que le favorecen, está prendado del lugar que enseña y explica.

Desde que recibí el honroso encargo de preparar una conferencia sobre un punto de nuestra historia literaria, pensé en hablaros de los amores de algún gran poeta español. Viniéronseme á las mientes los de Lope de Vega con *Camila Lucinda,* que tuvieron á Sevilla por principal teatro, en los comienzos del siglo XVII, y los también hispalenses del *divino* Herrera con D.ª Leonor de Milán, condesa de Gelves. Dichosos los unos é infelicísimos los otros, al cabo me resolví á tratar de los de Herrera, tanto porque lo triste interesa á las almas mucho más honda y durablemente que lo alegre y regocijado, cuanto porque profeso singular cariño á este asunto desde los ya remotos días en que frecuenté las aulas de la gloriosa Universidad hispalense. Don José Fernández-Espino, mi docto catedrático de Literatura, explicaba con extraordinaria solemnidad las lecciones referentes á Fernando de Herrera, poeta por quien tenía muy marcada predilección; y al llegar al punto de su amor á la Condesa de Gelves y á las dudas de si fué correspondido, y de qué manera, si es que lo fué, ponía tal calor y tal vehemencia en su decir, en que había un raro dejo de tristeza, que los suspicaces discípulos columbrábamos en el corazón de nuestro catedrático, por el casi transparente velo de sus palabras, una mal cicatrizada

(1) Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 1.º de junio de 1911.

herida, por el estilo de aquella que laceró el alma del inmortal cantor de la victoria de Lepanto.

Así, transcurridos los años, nunca navegué por el Guadalquivir, ni yendo de Sevilla á Sanlúcar, ni tornando de allá, sin que al pasar junto á Gelves, pueblecito que dista legua y media de la gran metrópoli de Andalucía, me acudiesen á la memoria dos nombres: el de D.ª Leonor de Milán, condesa de aquel título, y el de su enamorado cantor Fernando de Herrera. «¡Qué grande poder el del genio!—pensaba—. Él desafía al tiempo, padre del olvido; él triunfa de la muerte, y, como si esto no fuese mucho, hace triunfar de ella á cuanto toca. Escriben del laurel que, sobre estar libre del rayo, hace inmune aquello que inmediatamente le rodea. Lo mismo el talento: el *divino* Herrera, inmortal por sus rimas, perpetuó en ellas la memoria de su amada, *divinizándola,* bajo los bien significativos nombres de *Eliodora, Luz, Lumbre, Estrella* y *Aglaya.*» Y pensando esto, recordaba yo aquellas palabras que Lope de Vega escribió en su *Dorotea:* «¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mira sin ella cree que la tuvo; y los versos de su alabanza son eternos testigos que viven con su nombre. La *Diana* de Montemayor fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto á León, y Ezla, su río, y ella serán eternos por su pluma...»

Y tal cita llevábame, como de la mano, á recordar lo que á esta *Diana* ó D.ª Ana sucedió en 1603, cuando su edad frisaba con los sesenta años: que, haciendo noche en su pueblo los reyes D. Felipe III y D.ª Margarita, como por el Marqués de las Navas supiesen que allí vivía la mujer á quien había amado y celebrado el leidísimo Jorge de Montemayor, fueron gustosos de conocerla y conversar con ella, «y la envió la Reina cargada de dádivas reales», en frase de Faría y Sousa; curiosa referencia traída á cuento por mi insigne maestro y amigo el Sr. Menéndez y Pelayo en su admirable estudio sobre los *Orígenes de la Novela.*

Muy sencilla es, señores, mi tarea de esta tarde, pues se limitará á exponer lo que hasta ahora se sabía de aquellos famosos amores hispalenses, rectificándolo y ampliándolo frecuentemente con el resultado de mis investigaciones. Canon de la discreción fué siempre que quien se proponga agradar á su auditorio sea breve y ameno. Lo segundo puede no estar, y de seguro no estará, en mi mano; mas lo primero, sí. Por tanto, no pecar de prolijo os prometo. No me falte, en cambio, vuestra cortés atención, de que ya habéis empezado á dar muestras viniendo á escuchar la humilde palabra de un oscuro obrero de nuestra literatura nacional.

Del matrimonio contraído con D.ª Isabel Colón de Toledo por D. Jorge de Portugal, primer conde de Gelves y señor de Villanueva del Ariscal, nació en Sevilla, á 19 de Marzo de 1534, D. Alvaro de Portugal, que, como primogénito, había de suceder á su padre en el dicho título. Y á fe que si la fortuna, en lo tocante á riquezas, hubiese sido tan pródiga con D. Alvaro como lo fué en cuanto á lustre del linaje, pocos le hubieran aventajado en caudal, porque

por la rama paterna fueron sus tatarabuelos el primer duque de Braganza, hijo natural del rey D. Juan de Portugal, y D.ª Beatriz Alvarez Pereyra, hija del condestable Nuño Alvarez Pereyra; y por la línea materna era bisnieto de Cristóbal Colón, el descubridor del Nuevo Mundo, y nieto de D. Diego Colón, segundo almirante de las Indias y primer duque de Veragua.

Fallecido el conde D. Jorge en 23 de Septiembre de 1543, su viuda fué nombrada gobernadora del estado de D. Alvaro, que tenía once años no cumplidos, y tutora de éste y de sus siete hermanos. La hacienda del joven heredero no era nada pingüe, y para emprender la ardua tarea de mejorarla se acudió á uno de los tres medios, muchas veces engañosos, que recomendaba un refrán de antaño: «Iglesia, mar, ó casa real.» Así, pues, su madre le buscó lado en el palacio de Carlos V, y ya en él, D. Alvaro acompañó al príncipe D. Felipe, como su gentilhombre de la boca, en el viaje que en los años de 1548 á 1551 hizo por Italia, Alemania y Flandes. Calvete de Estrella, que relató minuciosamente esta larga excursión, describe acá y allá las brillantes y costosísimas fiestas en que tomó parte D. Alvaro en Milán, en Gante, en Bruselas, derrochando el oro de ciudad en ciudad, en marlotas, capellares, caperuzas y jaeces, y ostentando por doquier damascos, rasos, terciopelos y tisúes. En Bruselas especialmente, recién cumplidos los diez y siete años de edad, lució en una gran fiesta y escaramuza de á caballo, tomando parte en ella á la cabeza de cuarenta caballeros, que llevaban en las banderillas de sus lanzas sendas *V V* de oro, y muchas otras en el estandarte, por ser la *V* la inicial del nombre de la condesa de Waldeck, á quien sirvió en aquella ciudad. Con tan excesivos gastos, á que le obligaban su natural largueza y el deseo de competir victoriosamente con los jóvenes más ricos que acompañaban al Príncipe, no es de extrañar que en su casa llegasen á faltar dineros que librarle, ni que el fastuoso Conde, hallándose en Augusta, otorgase un poder, á 30 de Septiembre de 1550, á fin de que la Condesa su madre impusiera un tributo sobre ciertos bienes, allegando así las monedas que el joven manirroto había menester para seguir triunfando. Luego, en 1553, se legitimaron estas deudas y obligaciones, contraídas tan onerosa como precipitadamente, pues se pidió y se obtuvo licencia real para imponer á censo la suma que importaban, ó sea dos cuentos y medio de maravedís; con lo cual se hizo aún más deplorable el estado de su hacienda, ya, sin esto, desmedrada y empeñadísima.

Doña Isabel Colón, madre de D. Alvaro, falleció en Sevilla á 26 de Septiembre de 1551, bajo el testamento que había otorgado seis días antes, en el cual instituyó por sus herederos, en todo lo no vinculado, á cinco de sus hijos, y á D. Alvaro en lo correspondiente al mayorazgo, «y no en más», no instituyendo á sus dos hijos restantes, Fr. Antonio de Portugal, profeso en la orden de Santo Domingo, y D.ª Isabel, monja en el monasterio de Madre de Dios, por tener renunciadas sus legítimas. Mas para que el Conde pudiese remediar la penuria de su hacienda, la Condesa su madre le había negociado un excelente casamiento. Era la prometida D.ª Leonor de Milán, joven y bellísima dama de Palacio, de menos edad que el novio, pues había nacido, pro-

bablemente en Madrid, por los años de 1534 á 1537, y, si muy notable por su hermosura y por su discreción, no menos relevada por su nacimiento, como hija de D. Alvaro de Córdoba, señor de Valenzuela, caballerizo mayor del príncipe D. Felipe, y de D.ª María de Aragón, su mujer, dama de la Emperatriz, bisnieta del rey D. Duarte de Portugal, y tercera nieta del rey don Juan II de Aragón.

En el archivo de la casa de Alba, tesoro de interesantísimos documentos, muchos de los cuales dió á conocer en sus admirables libros una duquesa de grata memoria, se conserva cierta escritura por la cual D. Alvaro, á 22 de Junio de 1553, recibió multitud de alhajas y vestidos de que, al desposorio, le hicieron entrega los padres de D.ª Leonor; pero el matrimonio no se efectuó hasta el año de 1555, no sin que antes, en la segunda mitad del de 1554, la princesa D.ª Juana, que había quedado por gobernadora de Castilla durante el viaje á Inglaterra de su hermano el príncipe D. Felipe, hiciese aprisionar á D. Alvaro por algún tiempo en la Mota de Medina, porque, dejándose llevar de su arrebatado genio, había tratado con poca mesura á un guardadamas.

La dote de D.ª Leonor, más aparente que real, como casi todas las que en el mundo han sido, ascendía á 30.000 ducados de oro; y para asegurar su devolución sobre bienes propios D. Alvaro obtuvo la necesaria licencia del emperador Carlos V, su data en Valladolid, á 17 de Agosto de 1555. Mas júzguese cómo, á pesar de esto, andaría de recursos el recién casado á las pocas semanas del enlace, sabiendo que en 9 de Octubre del mismo año tuvo precisión de tomar á usura más de mil ducados; y que, en medio de su fastuosa vida cortesana, pasaron los nuevos cónyuges tantos apuros, que bien pudieron tener envidia al más humilde menestral. Tan indiscreto proceder no podía continuar por mucho tiempo, y el Conde pensó en atajar el mal dejando la corte y trasladándose á Andalucía, y así lo hizo; pero tan tarde ya para el remedio, que en su villa de Gelves, y el día mismo que cumplió la mayor edad (19 de Marzo de 1558), tuvo necesidad de obligarse á pagar á su hermano D. Diego 150.000 maravedís de tributo por 6.000 ducados de principal, suma que de él había recibido en veces para tapar bocas de acreedores impacientes y ruidosos.

Con desagrado y hasta con repugnancia debía de ver D.ª Leonor, de cuya exquisita delicadeza moral han quedado patentes pruebas, aquel vivir desordenado y aquel trampear bochornoso, que llegó alguna vez al increíble extremo de dejar que prendiesen á un criado por deuda de medicinas que había ido vendiendo Jaime de Arteaga, boticario de Valladolid, y á cuyo pago se obligó el sirviente, por sólo obedecer á su señor. Y más á mal todavía hubo de llevar la joven casada las frecuentes molestias que con sus peticiones causaba el Conde á su suegra y madre de D.ª Leonor, D.ª María de Aragón, y que, ya muerto su marido D. Alvaro de Córdoba, llegaron á ser tales, que, mediado el año de 1559, esta señora, que residía en Madrid, se vió precisada á renunciar á la tutela de su hija y á la administración de los bienes que en el proindiviso testamentario le pertenecían como herencia paterna.

Trasladada su residencia á Andalucía, el Conde no dejó de hacer frecuentes

viajes á la corte, y aun volvió á vivir de asiento en ella cuando en 1564 Felipe II puso casa en Valladolid al príncipe D. Carlos, pues D. Alvaro fué uno de los gentiles hombres que designó para su servicio. Bien que en él duró poco tiempo, porque, deseoso D. Carlos de ir á Flandes, y como nuestro Conde y el Marqués de Tavara le advirtiesen que era buena ocasión para ello el decir que iba á socorrer á Malta, y, entretanto, con las dilaciones que se tuvieron, fuese socorrida esta isla (1565), el Príncipe, enojado, envió al Conde á su casa, en la cual, á lo que parece, asentó ya en definitiva, residiendo, á temporadas, en Sevilla y en el cercano pueblo de Gelves.

Era D. Alvaro de Portugal hombre de bien cultivado entendimiento y amantísimo de la poesía, en que á las veces se ejercitaba con gentil disposición, á juzgar por las contadas muestras que de su ingenio han llegado hasta nosotros. Así, luego que con ánimo de permanecer en Andalucía se trasladó de la corte en 1565, abrió su casa á cuantos sujetos frecuentaban dignamente en Sevilla el ameno trato de las Musas, conviene á saber: á Fernando de Herrera, Juan de Mal-lara, Francisco Pacheco el tío, Baltasar del Alcázar, Gonzalo Argote de Molina, Juan Sáez de Zumeta, Cristóbal de las Casas, Juan de la Cueva, Cristóbal Mosquera de Figueroa y algunos otros.

De estos garridos ingenios hispalenses uno merece mención especialísima: Fernando de Herrera. Había nacido en 1534, «de honrados padres», dice el pintor Pacheco en el elogio que escribió para su retrato. Tengo por probable que fué hijo de un humilde candelero ó cerero de su mismo nombre, á quien por los años de 1554 hallo viviendo en la collación de San Isidro. Herrera cursó con singular aprovechamiento las letras humanas en el famoso estudio de San Miguel, en donde tuvo por maestro al célebre Pedro Fernández de Castilleja. De entendimiento despejadísimo, aprendió bien cuanto su maestro sabía, y desde niño hizo excelentes composiciones poéticas; tan admirables, que ya en 1569, no teniendo más de treinta y cinco años, se le llamaba *divino,* como consta por este terceto de una sátira escrita entonces contra los malos poetas:

Éstos hacen que valga tan de balde
El millar de las rimas y sonetos
Que el *divino* Herrera escribe en balde.

«Fué—dice el citado biógrafo—de hábito eclesiástico, y beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés, y no tuvo orden sacro; pero con los frutos del beneficio se sustentó toda su vida.» ¿Cuándo obtuvo tal beneficio? ¿Es el poeta un «Fernando de Herrera, clérigo», á quien se menciona en los asientos de devolución de blancas de carne en 1562? Por lo de *clérigo* no parece ser el mismo; mas, sea de ello lo que fuere, en lo que, por otro de esos asientos, no puede caber duda es en que ya disfrutaba su modesta prebenda por los años de 1566.

En este tiempo, Herrera, hombre naturalmente grave y austero, vivía en el retiro de su casa enteramente consagrado á los libros, único amor de su vida hasta entonces; mas la llegada del Conde de Gelves, su amigo de la infancia,

le hizo dejar á ratos tan silenciosa vida para buscar su trato y conversación. Una ó dos veces había visto antaño á D.ª Leonor de Milán: cuando, recién casada, visitó por vez primera la casa y estado de su consorte. Y aun en aquellos días, con permiso y agradecimiento de éste, le había dirigido la hermosa canción, dechado de clasicismo, que empieza:

Esparce en estas flores
Pura nieve y rocío
Blanca y serena luz de nueva Aurora...,

y en la cual, á vueltas de ensalzar galanamente la belleza de «la excelsa Eliodora»—que este nombre poético dió desde entonces á D.ª Leonor—, tuvo algunas frases de cortesía para su dichoso marido. ¡Pero cuánta diferencia entre ambas llegadas de aquella humana diosa! De la primera cantó el inspirado vate:

El alto monte verde
Que de Palas es gloria,
Sintiendo en sí los pies de su señora,
Su tristeza ya pierde ..;

mas de la segunda se siguió una bien diferente consecuencia: que si antes perdió su tristeza el monte de Palas, ahora el poeta perdió la poca alegría de que había sido capaz su espíritu melancólico. Con la nueva vista de D.ª Leonor entróle por los ojos y aposentósele en el alma un sabroso veneno, que le daba á la par amarga muerte y dulce y nueva vida. Él lo dijo muy bellamente en solos tres versos:

Un divino esplendor de la belleza,
Pasando dulcemente por mis ojos,
Mi afán cuidoso causa y mi tristeza.

¡Los ojos tuvieron la mayor culpa! Aquellos ojos en que

El zafiro y color del puro cielo

estaba templado con el velo de la esmeralda que en ellos resplandecía. Así dijo Herrera en otro lugar:

Y unos ojuelos de color mezclado,
Que prometen mil bienes sin dar uno,
Tomaron el imperio en mi cuidado.

Y bien conocía ser su daño irremediable, cuando añadió:

Primero es este mal; será postrero;
Que no podrá sufrir el tierno pecho,
Ó mayor otro fuego, ó menos fiero.

El amor de Herrera, que de tan leve causa como un mirar comenzó, ha dado origen á muchas dudas y controversias entre sus biógrafos y críticos. «Cuestión ha sido hasta ahora entre los eruditos—escribía cuarenta años ha

el Sr. Asensio y Toledo—la naturaleza de los amores de Herrera con la hermosa Condesa de Gelves, creyendo unos que no fueron más que exagerado platonismo del que sólo mira y adora las virtudes de la persona amada, sin atreverse jamás á tocar el suelo con su planta, y asegurando otros, y refiriendo datos de muy buen origen, que no habían sido tan ideales aquellas relaciones amorosas, y que algo había de realidad en tan suspirado afecto. Ni aun de la época de aquellos amoríos—añadió el dicho literato—se tenía noticia segura. Siendo en la juventud del poeta, el desengaño habría lastimado su corazón, produciendo lo adusto de su carácter, la austeridad de su trato, su aislamiento de las gentes. Siendo puramente contemplativo, hijo del entendimiento más bien que del corazón, explicaría, según los críticos, la frialdad de algunos sonetos, lo alambicado de muchos conceptos, el estudiado petrarquismo de gran número de sus composiciones.»

Procuremos disipar estas tinieblas. Para intentarlo, quizás con fruto, nos aprovecharemos del detenido estudio de las poesías de Herrera, en donde casi todo es autobiográfico, de los nuevos datos que logré allegar visitando archivos, y muy principalmente de las preciosas noticias que guardaba un códice que fué de la casa de Osuna y ahora se conserva en la Biblioteca Nacional. En él se contienen, entre otras cosas, más de una veintena de composiciones poéticas del famoso vate hispalense, no incluídas en sus colecciones impresas, y copiadas en Sevilla, hacia la mitad del siglo XVII, por D. José Maldonado Dávila y Saavedra, al margen de muchas de las cuales están anotados los años en que se escribieron, indicaciones que probablemente tomaría Maldonado Dávila de los mismos borradores de Herrera, ó de alguna copia fidedigna. Con tan buenos elementos quizás no nos sea difícil reconstruir, punto menos que año por año, aunque con la brevedad que apetecemos todos, aquella interesante historia de amores, y averiguar con rigorosa exactitud la verdad de lo sucedido.

Pasión como la que avasalló el alma de Herrera no era para callada por mucho tiempo; así, comunicóla delicadamente, buscando buena ocasión para ello, á D.ª Leonor de Milán, y la reveló con tan vivos colores, que esta señora, aun estando enamorada de D. Alvaro, y aun tal cual vez celosa, como se echa de ver por cierto soneto que Juan de la Cueva dirigió al Conde, no pudo menos de ver con simpatía y agradecimiento aquellas muestras de amor, y ofreció en pago de él una afectuosa amistad; mas advirtiendo que Herrera no se satisfacía con esta correspondencia, le exhortó seriamente para que desistiese de todo pensamiento que desdijera de la lealtad que cada uno de entrambos debía al Conde. Sucedía esto en 1567, año al cual pertenece la composición de donde copio los siguientes versos:

Yo padezco aborrecido,
Pero no desesperado;
Porque cuanto más perdido,
Vivo más desengañado.
. . . . . .

Como llevas sin parar
Mis cortos bienes perdidos,
¿Por qué dejas afirmar
Estos mis males crecidos?
No tuve tanto de gloria
Que tal dolor sustentase:
No quiso Amor que gozase
Desto sólo mi memoria.

Transcurrieron cuatro años, y en ellos, ni amenguó un punto el amor que había esclavizado á Herrera, ni D.ª Leonor cejó un ápice en su noble actitud. Contra su enérgica resolución, que llegó al extremo de no dejarse ver de su pertinaz amante, se estrellaron las reiteradas súplicas, ya orales, ya escritas de éste, el cual, con tan fino amor la adoraba, que bendecía su cadena y tenía por inestimable premio aun sus mismas amarguras de desdeñado. Del año 1571 es el pasaje siguiente:

Ya de vos no he de querer
Galardón de mis suspiros,
Pues de mi pena, en serviros
Me supe satisfacer.
. . . . . .
Pues nunca tenéis memoria
Del daño que me hacéis,
Para matarme la gloria
De mi mal no os acordéis.
. . . . . .
Tan ufano y tan contento
Me hallo con mi pasión,
Que en lugar de galardón,
Pido, señora, el tormento.

Y añadía en unas quintillas del mismo año de 1571:

¡Oh bienes de confusión,
Causa de mi perdición!
¿Adónde me habéis traído,
Pues ya *de lo bien servido*
Desespero el galardón?
Ausente, desesperado,
Aborrecido y sin bien,
Sufriendo un mortal cuidado,
Padezco menos desdén
Solo, triste y olvidado.

Pero era lo peregrino de este caso que D.ª Leonor, que al principio había mirado con mera gratitud el rendido amor de Fernando de Herrera, viéndole padecer un año y otro y soportar sus pesares con resistencia más que humana, llegó á tenerle profunda lástima y á dolerse muy sinceramente de aquel terrible mal que su belleza, y principalmente sus ojos, habían causado en aquella alma buena, tan digna de mejor suerte. Y como lástimas cual la que D.ª Leo-

nor de Milán sentía están siempre á dos dedos del verdadero amor (cuando no son el amor mismo, que se disfraza con el ropaje de la piedad), nuestra desdeñosa llegó á amarle sin darse cuenta de su mudanza, y, teniendo, al pronto, para sí que aquello que sentía no era sino cristiana compasión, en realidad de verdad estaba enamoradísima de su desdeñado.

Así, meses más tarde, pocos después de la memorable batalla de Lepanto, librada en 7 de Octubre de 1571, y estando en el Betis una parte de

> La armada vencedora que el Egeo
> Con sangre coloró de turca gente,

como en los jardines de la casa de Gelves, acaso con motivo de alguna fiesta familiar, se ofreciese ocasión á Herrera para conversar á solas con D.ª Leonor, y, quejoso de su proceder, le manifestase que, pues su amor daba en dura roca, renunciaba á él para siempre, ella, sin ser poderosa á evitarlo, llorando y con voz entrecortada... Pero no diga yo mal lo que tan bien escribió con su áurea pluma el mismo Fernando de Herrera:

> Cuando en el claro cielo se desvía
> Del sol luciente el alto carro apena,
> Y casi igual espacio muestra el día,
> Con voz que entre las perlas blanda suena,
> Teñida en puro ardor de fresca rosa,
> De honesto miedo y tierno y de amor llena,
> Me dijo así la bella desdeñosa
> Que me negaba un tiempo la esperanza,
> Sorda y dura á mi lástima llorosa:
> «Si por firmeza y dulce amar se alcanza
> Premio de amor, tener yo espero y debo
> De los males que sufro más holganza.
> »Mil veces, por no ser ingrata, pruebo
> Vencer tu mucho amor; mas nunca puedo:
> Que es mi pecho á sentillo rudo y nuevo.
> »Si en sufrir más me excedes, yo te excedo
> En pura fe y afectos de terneza:
> Vive y confía, osado amante y ledo!»

Respondióle Herrera—y lo extracto de los tercetos que siguen á los transcritos—que no pensaba sino en verse aún más penado; y que, pues más ama quien más sufre y padece, y él tenía buen corazón para sufrir, había hallado el camino para honrarse con su propia muerte. Y añade el Poeta:

> Lo que más entre nos pasó, no es dino,
> Noche, de oir el austro presuroso,
> Ni el viento de tus lechos más vecino.

Pero no entienda aquí la malicia, interpretando este pasaje, cosa de más importancia y gravedad que lo que explica y aclara en otros el mismo Herrera, á quien la escena antes descrita se le quedó tan grabada en el corazón y en la

memoria, que á ella se refirió muchas veces, ya en aquellos días, dando rienda á su alborozo, ya después, recordándola, como efímero bien pasado, en sus tristezas presentes. Todo el favor se redujo á unas lágrimas, á unos suspiros y á la dulce plática que transcribe y versifica el amante, y, en conclusión, á algún apasionado beso de despedida, en que hace pensar esta frase de una de sus canciones:

Cuando el oro enlazado del cabello,
Crespo, sutil y bello,
En mi cerviz se puso,
Y me enredó confuso.

A la misma inolvidable escena aluden estos pasajes de otras composiciones, y por ellos acabaremos de formar justa idea de lo que tanto encarecía el *divino* vate:

¡Oh suspiros, oh lágrimas hermosas,
Gloria del alma mía y mi cuidado,
Que de mi pena fuisteis piadosas!
¡Oh sentimiento de amoroso estado!
¡Oh prendas de mi alma y mi esperanza,
Que reparáis el mal del bien pasado!
.....
Suspiros míos, que me tenéis muerto,
¿Sueño yo aqueste bien? Decí, ¿es fingido?
Decid, hermosas lágrimas, ¿es cierto?

En otra elegía:

Desvanezca el fulgor de tu tesoro;
Que hoy vi los ojos do perdí herida
Mi alma en la beldad que amante adoro.
¡Ya pasó mi dolor; ya sé qué es vida;
Ya puedo esperar bien en mi tormento,
Sin recelar mi muerte aborrecida!

Y aún, en otro lugar:

Los ojos que son luz del alma mía
Húmedos vi tornarse con lamento,
La púrpura bañando y nieve fría.
Un tierno y congojoso sentimiento
Con suspiros forzados fatigaba
El pecho donde inspira Amor su aliento.
A la armonía y llanto atento estaba
El aire, suspendido el alto cielo,
Y á mí, junto con ella, se quejaba.
.....
¡Qué lástima era ver en el sol mío
El puro resplandor que me encendía,
Amortiguado, sin aliento y frío!

¡Qué compasión mirar la gloria mía
Sujeta á un triste y miserable estado,
Y ver que Amor en ella padecía!

Dije que á esta amorosa confesión, en tantos lugares recordada, dió lugar Herrera manifestando á D.ª Leonor que, vista su dureza pedernalina, renunciaba á seguir amándola, y esta afirmación mía podrá haberos parecido cosa fundada sobre el aire de mi sola conjetura. No es así: declárolo el mismo Herrera en otra de sus elegías, en donde también da á entender claramente que le faltó osadía en aquella ocasión:

Anduve ciego, viendo la luz pura,
Y para no esperar algún sosiego,
Abrí los ojos en la sombra oscura.
La fría nieve me abrasó en su fuego;
La llama que busqué me hizo hielo;
El desdén me valió, no el tierno ruego.
Subí, sin procurallo, hasta el cielo;
Que se perdió en tal hecho mi osadía.
¡Cuando me aventuré, me vi en el suelo!

Con tal principio, cualquiera imaginara que este amor, ya expresamente correspondido, siguió el derrotero corriente en tales casos. Pues no: bien puede afirmarse que no sucedió así. Doña Leonor, pasado el lance que con tanta fruición y en tantos lugares había de describir Herrera, se pidió estrecha cuenta de su conducta, juzgóse con severidad, abominó de su ligereza, é hizo firme propósito de no incurrir en otra semejante, aunque le costara la vida su martirio. Y á cumplir su plan se dispuso con brío más que varonil, si bien deshecho aquel nobilísimo corazón, de que había llegado á enseñorearse un grande amor moralmente imposible. Por nadie como por D.ª Leonor de Milán pudo recordarse este refrán de nuestros abuelos: «Aquella es buena que está en el fuego y no se quema.» Y Herrera, que alegremente había cantado:

¡Ya pasó mi dolor; ya sé qué es vida;
Ya puedo esperar bien en mi tormento,
Sin recelar mi muerte aborrecida!,

cayó, precisamente entonces, desde el risueño y alto cielo de sus esperanzas en la negra sima de un dolor que había de durarle hasta el punto mismo de la muerte.

Desde la amorosa entrevista en adelante, toda la historia de estos amores está declarada en una de las sextinas de Herrera. La alegoría es transparente por demás:

Un verde lauro en mi dichoso tiempo
Solía darme sombra, y con sus hojas
Mi frente coronaba junto á Betis:
Entonces yo en su gloria alzaba el canto.
....

Pero

Después que al bien me dió principio el bosque,
Y en la sombra gocé del dulce tiempo,
Y canté como cuando muere el cisne,
El lauro me negó sus verdes hojas,
Y en triste se trocó el alegre canto,
Y se admiró de mi lamento Betis.

Quiso Herrera hallar de nuevo la sombra apacible; pero quísolo en vano: el laurel

Cerrado estaba en el espeso bosque.

Y añade:

Yo busco el lauro junto al grande Betis...,
Mas él huye de darme más sus hojas.

Con el auxilio del códice de Maldonado Dávila puede observarse, año por año, que Herrera, aunque no perdiese la amistad de D.ª Leonor, no volvió á verla sin testigos, sin que se hallase presente alguna dueña de reverendas tocas, que acaso acaso había sido doncella de su madre en los buenos tiempos de D. Carlos y D.ª Juana; pues por esto exclamó el poeta:

Y ahora *una enemiga compañía*
El paso al bien abierto me deshace:
¡Llora conmigo, Amor, la pena mía!

Ni menos tornó á lograr merced alguna de la mujer que tanto le amaba, pero que tan esforzadamente sacrificaba su amor á su deber. Para persuadiros de ello, entresacaré algunos fragmentos de sus poesías fechadas. Del año 1572:

Yo me perdí por miraros;
Pero nunca quiso Dios
Que consintiésedes vos
Que mereciese yo amaros.
Porque vuestra hermosura
No sufre mortal bajeza,
Y es corta tanta ventura
Para tan alta grandeza.
¡Desdichado el pensamiento
Que pone en vos la osadía;
Porque es vana la porfía
Y corto el merecimiento!

A fin de que no se hagan harto enfadosas estas citas, las interrumpiré con una pregunta que á muchos de vosotros se estará ocurriendo. Es ésta: «¿Permanecían enteramente secretos aquellos amores?» Herrera mismo satisface á esta curiosidad nuestra, diciendo en una de sus poesías:

Bien sé que mi pasión secreta entiende
Sólo quien conoció mi pensamiento,
Y que esta queja ningún otro alcanza.

Y en otro lugar patentiza que D.ª Leonor le había prohibido hasta que la celebrase en sus composiciones:

¿Por qué negáis, ingrata, á mi tormento
Que se ufane mi mal con la memoria
De ser la causa vos, Estrella mía?

Herrera, por entonces, no hacía imprimir sus versos; y si á algunos de sus amigos los leía y dejaba copiar, á ninguno dijo quién fuese el objeto de su pasión; al mismo Conde, en un soneto á él dirigido, le hablaba de

Una belleza á quien suspenso adoro...

Mas, esto no obstante, y pues, según reza el refrán, «amores y dineros no pueden estar secretos», no faltó entre los poetas sevillanos quien se percatase de todo: el malévolo y esquinadísimo Juan de la Cueva, cuyo es el interesante soneto que vais á oir:

Á UN GALÁN QUE SEGUÍA UNA PRETENSIÓN IMPOSIBLE
Y DE GRAN RIESGO AL HONOR Y Á LA VIDA

Si el libre Amor os facilita y mueve
A seguir una empresa tan dudosa,
Donde es lo menos ser dificultosa
Y el riesgo sin reparo al que se atreve,
Mirad como prudente, antes que os lleve
Ese furor que no repara en cosa,
Que os repugna una fuerza poderosa,
Y la mayor: la que al honor se debe.
Hércules ni Teseo no emprendieron
Cosa sin esperanza de vitoria,
Dándole en premio al riesgo honor y fama.
Mas vos vais al contrario que ellos fueron:
Que amáis lo que deslustra vuestra gloria
Y, en lugar de afamaros, os infama.

Bueno era el consejo, si el consejero malo; pero ¿cómo atenderlo y seguirlo quien no disponía de sí? Por tanto, Herrera, deslumbrado y ciego de amor, hizo lo único que le era posible: seguir adorando á su *Luz* y recordando el bien pasado, para hacer aún más incomportable el mal presente. Vedlo en estas cuartetas, escritas en 1576:

¿Por qué Amor me procuró
Tanto bien, tanta grandeza,
Si en un punto derribó
Mi vida desde su alteza?
.....

Suspiros tristes, mezclados
En pequeñas alegrías,
Comenzaron los cuidados
De mis antiguas porfías.
Levantóse la esperanza
Con tan poco fundamento,
Que con liviana mudanza
Destruyó mi pensamiento.

Y en estas quintillas, escritas en 1577:

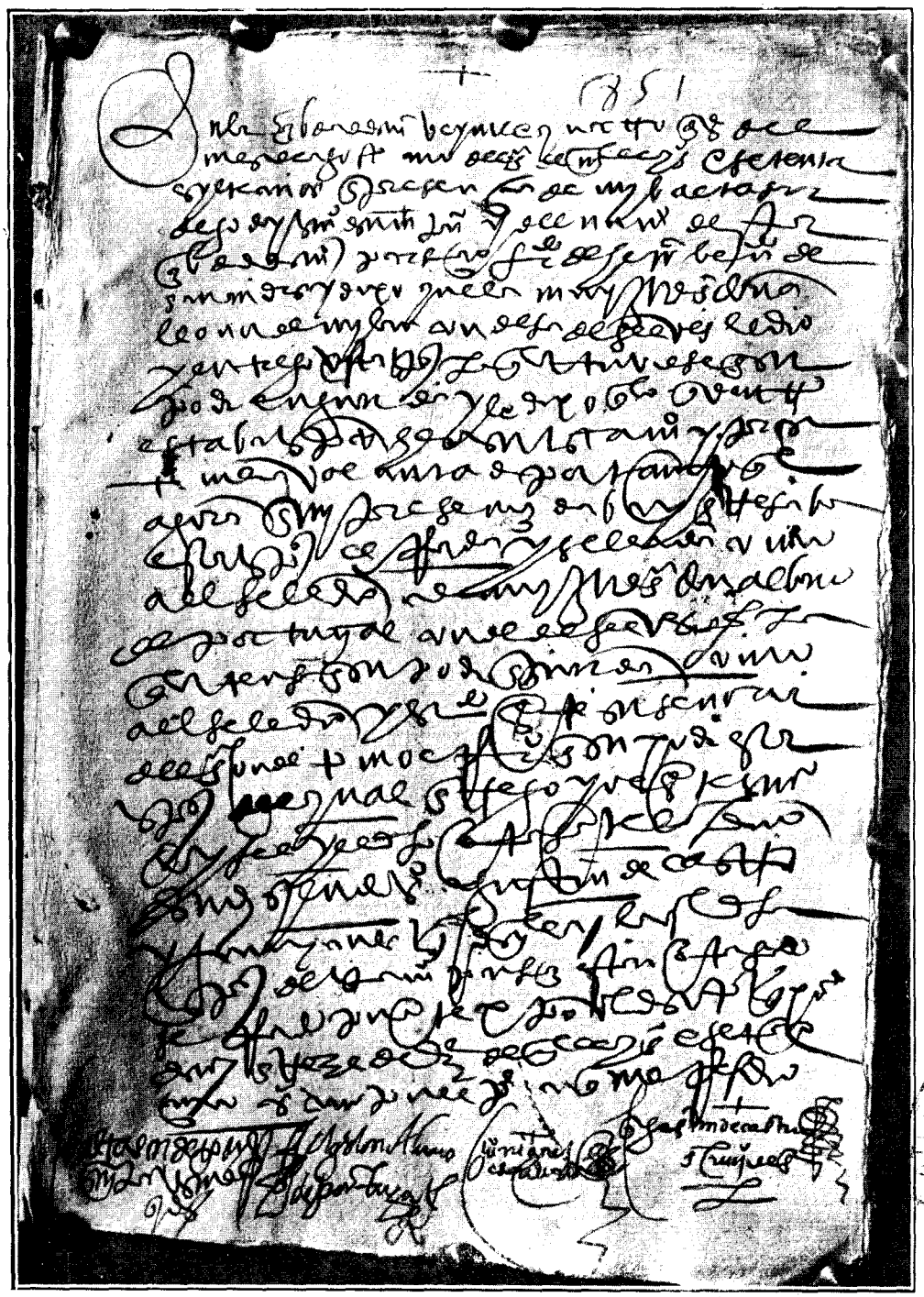
Cuando yo os pude mirar
Fué dar fuerzas al deseo,
Para verme cual me veo,
Y para desesperar
De la gloria que deseo.
Juntáronse, por mi daño,
Mi firmeza y vuestro engaño
En mi mal; pero en un día,
Cuando mi fe más crecía,
Fué el engaño desengaño.

Gastando muchas horas estaba yo en averiguar lo que hoy en una se relata, cuando me sorprendió y llenó de asombro el hallazgo de un notable documento en el Archivo de Protocolos de Sevilla. Es una escritura muy breve, como que está extendida en sola una cara de papel; pero ¡cuán interesante por su contenido! Véala mi amable auditorio por medio de una proyección luminosa.

Dice así el documento que estáis contemplando: «En la cibdad de sevilla, veynte e quatro dias del mes de agosto, año del señor de mill e quinientos e setenta e syete años, en presençia de mí baltasar de godoy, escribano de su majestad público y del número desta cibdad de sevilla, paresçió fernando de herrera, beneficiado de san andrés, y dixo: que la muy ylustre señora doña leonor de milán, condesa de gelves, le dió y entregó vna escriptura para que la tuviese en su poder en guarda, y le dixo que lo que dentro estaba escripto hera su testamento y prostimera voluntad; por tanto, que agora en mi presençia daba y entregaba esta escriptura, çerrada y sellada como á él se le dió, al muy ilustre señor don alvaro de portugal, conde de gelves, para que la tenga en su poder en guarda, como a él se le dio; y estando presente su señoria del señor conde, tomó e Reçibió en su poder esta escriptura, del qual entrego yo el presente escribano doy fee, y el dicho otorgante lo firmó de su nombre, siendo testigos agustín de castro y juan yañez, escribanos de sevilla. || La qual dicha escriptura de testamento paresçe estar otorgada [y] serrada por ante cristóbal de soto, escribano público de sevilla, en treze de diziembre de mill e quinientos e setenta e çinco años, como por el paresçe, a que me Refiero.

»El q.° don Aluaro de portugal.—juan iañez, escribano de sevilla.—agustin de castro, escribano de sevilla.—baltasar de godoy, escribano publico de sevilla.—sin derechos.»

No era lo más sorprendente de este hallazgo la noticia de que Fernando de



Herrera hubiese sido depositario del testamento de D.ª Leonor, sabido que ella le profesaba buena amistad, aunque no alentase sus pretensiones amorosas; lo extraño, lo verdaderamente peregrino era que el poeta hubiese entregado al Conde tal testamento en 1577, mucho antes que muriese la testadora, de quien me constaba que aún vivía por los años de 1580 y principios del 81. ¿Qué había, pues, sucedido que motivase tal entrega, que para D.ª Leonor podía tener consecuencias graves, ya que no era de presumir que su marido (hombre irascible, que, según testimonios de su tiempo, despachaba con un *voto á Cristo* las pretensiones) dejase de abrir y leer tal testamento, otorgado sin su aquiescencia, ni de enojarse gravemente por cuantas disposiciones de las que contenía no estuviesen conformes con su interés y su capricho? ¿Habría cometido Herrera, en un arrebato de su dolor, la fea deslealtad de quebrantar el secreto que le había sido confiado?

Para salir de confusiones, echéme á buscar en el mismo archivo documentos que disipasen esta bruma. Hallélos, al fin, en el protocolo de otro escribano, tan expresivos y concluyentes como vais á ver. Doña Leonor, á 9 de aquel mes y año (Agosto de 1577), había otorgado un poder para pleitos á cierto procurador de la Audiencia de Sevilla, y no pudo firmarlo, «por estar falta de salud»; trece días después, el 22, otorgaba otro poder á su marido, para que pidiese, cobrase y recibiese cualesquier bienes que le pertenecieran de la testamentaría de su padre D. Alvaro de Córdoba, documento que tampoco firmó, «por estar indispuesta y debilitada de su enfermedad»; y el día 24, el día mismo en que ante el escribano Godoy entregó Herrera el testamento, doña Leonor, ratificando el poder de dos días antes, otorga una escritura jurídicamente disparatada, pues por ella se dispone que tal poder «se pueda usar e use así durante los días de mi vida como después dellos», y «se guarde e cumpla en la más bastante forma que de derecho lugar haya, por quanto ésta es mi última voluntad...».

Esto averiguado, no era preciso ser muy lince para reconstituir los hechos. Enferma D.ª Leonor, agravóse de tal manera, que el 24 de Agosto se tuvo por inminente é inevitable su muerte. Don Alvaro querría que testase; y sabido, al fin, por el escribano Soto que la enferma tenía otorgado testamento, pero ignorándose por de pronto quién lo custodiaba, con tal anómala escritura, de seguro fraguada y casi dictada por el Conde, pretendió éste derogar aquella postrera disposición. Y noticioso, por último, de quién tenía en guarda el dicho documento, apresuróse á exigir su entrega, y Herrera accedió á efectuarla, por creer, como todos, que podía darse por muerta á la testadora.

Por fortuna, D.ª Leonor no murió de esta grave enfermedad, que debió de ser la fiebre punticular ó tabardillo, y que, por la consiguiente pérdida del cabello, dió asunto al soneto que empieza:

¿Quién osa desnudar la bella frente...,

«muy enigmático» hasta ahora, como advierte M. Adolfo Coster en su linda edición crítica del libro intitulado *Algunas obras de Fernando de Herrera*

(París, 1908); pero que desde hoy no puede parecer sino muy claro é inteligible.

Ignoro si esta grave dolencia amenguaría la belleza de D.ª Leonor; pero consta, en cambio, que ni por ello ni por nada sufrió menoscabo el amor del *divino* vate. En una elegía posterior á Agosto de 1578, pues en ella hay terminante alusión á la gran catástrofe de los portugueses en África, léense tercetos como estos que siguen:

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuán poco me ofendo de mi daño.
. . . . . .
Fuéme la suerte en lo mejor avara;
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz más clara.
Ninguna en tantas penas que sostuve
Puso merecimiento al amor mío,
Cuando de merecer más cerca estuve.
Acabe ya este grande desvarío,
Ó, pues no acaba, estas razones vanas
Que, sin provecho, á quien no escucha envío.

¡Admirables versos, no tanto por su mérito literario, cuanto porque en ellos dejó perpetuado Herrera el alto renombre que merece la inexpugnable virtud de su amada! ¡Sólo *sombras de bien* había obtenido de la Condesa en doce años de adoración, aun correspondiendo ella con toda su alma á esta pasión desoladora! Y un año después, en 1579, iguales gemidos:

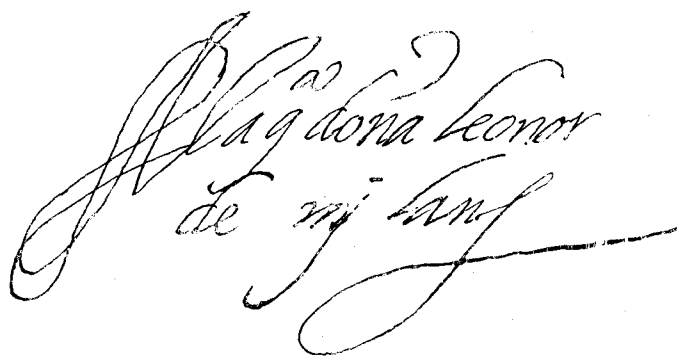
¿Por qué pusiste, señora,
Tu nombre en mi corazón,
Para usar conmigo ahora
De tu dura condición?
. . . . . .
Tal estoy, que ya no espero
Remedio á mi mal esquivo:
No vivo ya, porque vivo,
Y muero, porque no muero.

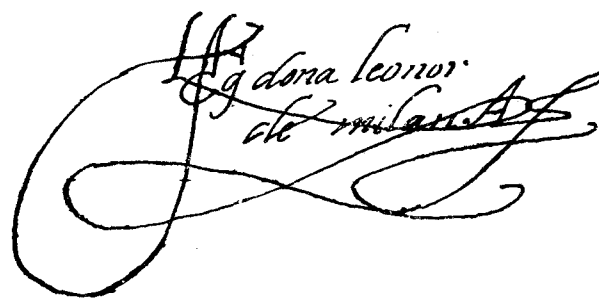
Y, en fin, ya entrado el año de 1581:

Yo moriré tan ufano
Si tu merced lo consiente,
Que sentiré solamente
No haber muerto más temprano.
. . . . . .
No tengo forma de hombre;
Llego ya al punto postrero;
Que con los efectos muero,
Y vivo con solo el nombre.
. . . . . .

¡Oh, si alguna vez volvieses
Esos tus ojos hermosos
Á mis males lastimosos,
Porque de mí te dolieses!...

Doña Leonor, en efecto, volvió los ojos; mas no á los males de su infortunado cantor, sino á los inmortales bienes que Dios ofrece en la patria celestial á los que saben merecerlos. ¡Había cumplido su propósito á costa de su vida! ¡Había llevado á término su heroico sacrificio, con una fortaleza digna de eterna fama! En los últimos diez años de su existencia, sólo en sus firmas, pero veladamente, exteriorizó aquel amor sin consuelo, como para decirnos, pasados más de tres siglos, de quién fué su alma. Ved en una proyección dos firmas de D.ª Leonor de Milán: la primera, del año 1559, en la cual, como era y sigue siendo costumbre de la nobleza, precede al nombre la inicial del cónyuge: la *A* de *Alvaro;* la segunda, la que usaba en 1577 y otros años anteriores y posteriores: en ella, contra todo uso recibido entonces y ahora, pone después del nombre la *A;* y como la rúbrica figura una *F,* inicial de *Fernando,* no es difícil conjeturar que, así como algunos convertidos al cristianismo agregaban una cruz á sus firmas, reiterando de esta manera en cada una su profesión de fe, así también D.ª Leonor de Milán ratificaba la de su amor, diciendo en cada firma: *La condesa doña Leonor de Milán,* Á FERNANDO.





Muerta la amada del Poeta, el amor de éste se convirtió en casi religioso culto. Las lágrimas no le dejaron escribir en muchos días; y cuando, algo mitigado su dolor, pudo ordenar sus pensamientos, dedicó á la memoria de su *Luz,* ya rutilante en otro mundo mejor, la sentida elegía de que son parte los tercetos siguientes:

Si amor de la virtud, jamás cansado,
Si piedad, si corazón honesto,
Si sufrimiento, apenas enseñado,
Y si ánimo humillado y bien dispuesto,
Si trabajos de inmenso sentimiento,
Si á santas obras pecho firme y puesto
Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte ¡oh sin par bella Eliodora!
En los giros de eterno movimiento,
Tú serás en el cielo nueva aurora;
Antes luciente sol que muestre al día
La riqueza y valor que en ti atesora;
Y cuando la desnuda noche fría
Oscurezca el fulgor, serás lucero
Que descubra en su horror serena vía.
.....
Tú jamás descansaste, en la estrecheza
Que tu alma ofendía, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olimpo, ni pudiste
Esperar más trabajos, y dejaste
Alegre al cielo todo, á España triste.
....
Yo canté tu valor, y agora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto.
.....
Alma dichosa, tú, que al alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo,
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida; que, de bien ya ajena,
Yace en terreno afecto congojosa.
Esta triste ribera, de afán llena,
Que vió desparecer su blanca aurora,
Con mustio verso murmurando suena:
«La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frío,
Abrasada en la eterna luz que adora,
Es tutela del sacro hesperio río.»

Pocos meses después, á 29 de Septiembre de 1581, murió en su villa de Gelves D. Alvaro, bajo testamento escrito de su mano siete días antes. Dos veces nombra en él á D.ª Leonor, y ninguna tuvo para ella una palabra de cariño. Parece muy significativa la omisión.

Entre los bienes inventariados en aquellos días figuraba: «Un retrato de mi señora la Condesa, que sea en gloria.» Tal retrato se ha perdido, y es gran lástima; pero quien quisiere conocer bien á D.ª Leonor y darse cuenta de su belleza física y moral, de ésta sobre todo, lea las obras de su infortunado amador. Y por que conozcáis á éste, al *divino* Fernando de Herrera, ved el retrato que, al frisar su edad con los sesenta años, le hizo Francisco Pacheco, el insigne pintor que años después había de ser maestro y suegro del insuperado é insuperable Velázquez. Aún, transcurridos más de dos lustros desde la muerte de su bien amada, se advierten en el rostro del poeta las huellas que en él imprimieron sus amarguras.

Cinco años ha, transcurridos trescientos veinticinco desde la muerte de *Eliodora*, un joven y culto profesor del Liceo de Chartres, M. Adolfo Coster, vino á España, á Sevilla, con el único propósito de estudiar, para componer cierto libro *(Fernando de Herrera, el divino,* París, 1908), no ya las poesías del egregio vate sevillano, pues se las sabía de coro, sino su vida, y de ella, especialmente, lo más curioso y *sugestivo*, como ahora dicen: su amor á la Condesa de Gelves. Aunque el Sr. Coster no me hubiese sido recomendado por mi ilustre amigo el doctísimo hispanista M. Morel-Fatio, habría contado con mi auxilio para su loable empresa; y después de visitar con él bibliotecas y archivos, el lunes 12 de Febrero de 1906 hicimos una deliciosa excursión al ribereño pueblo de Gelves, en el vaporcito de ruedas *Guadalquivir*. Más que en busca de papeles viejos, que allí no hallamos, íbamos al olor de otra suerte de *documentos* ó *enseñamientos,* que no podíamos dejar de hallar.

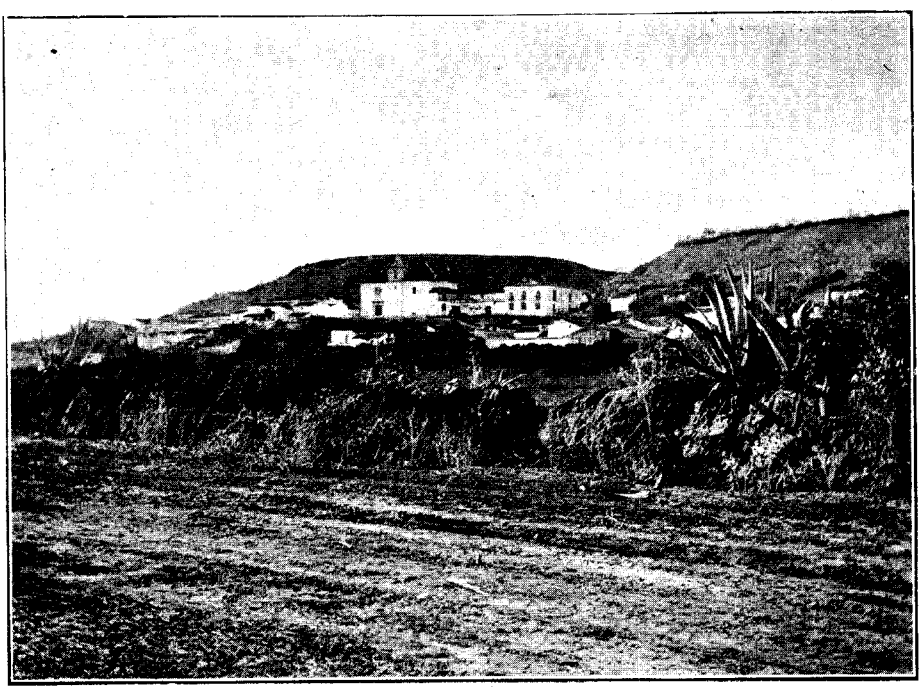
Luego que mi camarada y yo perdimos de vista los últimos edificios del populoso barrio de Triana, dejamos de hablar, para abstraernos en la grata contemplación de lo que nos rodeaba y engolfarnos en sabrosas meditaciones retrospectivas. Aquellas márgenes, taladas ahora, estaban frondosísimas tres siglos antes; sobre todo, al mediar la estación de las flores, «el pago de Gelves y San Juan de Alfarache era—dícelo Mateo Alemán—el más deleitoso de aquella comarca, por la fertilidad y disposición de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana que le hace el río Guadalquivir famoso, regando y calificando con sus aguas todas aquellas huertas y florestas, que, con razón, si en la tierra se puede dar conocido paraíso, se debe á este sitio el nombre dél: tan adornado está de frondosas arboledas, lleno y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes espejadas, frescos aires y sombras deleitosas, donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia ni permisión de entrada». En aquellas calendas, por la inquieta y líquida superficie, casi desierta ahora, cruzaban acá y allá ligeras barcas, de pescadores unas, y otras para recreación, éstas con vistosos y tupidos toldos de ramas de naranjos, limoneros y laureles, bajo los cuales, á la vez que francas risas y agradables voces juveniles, solían escucharse el vivo rasguear de la morisca guitarra y el acompasado percutir del no menos morisco adufe, sembrado el aro de sonajuelas bulliciosas.



FERNANDO DE HERRERA EL DIVINO

BIBLIOTECA MADRID

¡Cuántas y cuántas veces habían pasado la alegría y el amor, glorias fugaces, jugando, riendo, lozaneándose por la mansa corriente del Guadalquivir, para perderse, al cabo, en el negro abismo de la muerte, como aquellas aguas en el anchuroso piélago del Atlántico! Y otras vidas y otras aguas después, primero empujando, como quien tiene prisa, y luego empujadas, como quien quisiera ir despacio, siempre para sepultarse en el olvido: ¡en ese otro abismo insondable, más ancho que el mar y más sombrío que la muerte! ¡Qué para-



dero tan indefectible! ¡Qué escasas las excepciones de hundirse en él!... Por una de ellas, en menos que unas frágiles tablas, en dos ó tres centenares de hojas de papel escrito, habían escapado de este naufragio inevitable y arribado al puerto de la inmortalidad Fernando de Herrera y su esplendorosa *Luz*.

Rompió, en fin, el silencio M. Coster, y después de conversar un rato y de recitar algunos versos de Herrera alusivos á aquellas pintorescas márgenes, nos percatamos de que el vaporcito, á menos andar, acercábase al desembarcadero de Gelves. Mediaba la tarde. El sol de Andalucía, ya primaveral por Febrero, bañaba en luz fuerte y dorada el lindo pueblecito, recostado y como desparramado á la falda de una colina. Por Navidad, en las tiendas de juguetes de la Alcaicería sevillana, había yo visto á Gelves á cualquier hora: porque Gelves, en realidad de verdad, parece un *nacimiento*. Diríase que aquellas casitas, blancas y graciosas, se han diseminado adrede por allí entre el verdor

de las huertas, claro en unas partes y oscuro en otras, con presunción de muchachas lindas, deseosas de dejarse ver y requebrar.

Antes de penetrar en la pequeña villa parámonos para contemplarla á nuestro sabor. Dejábamos á la espalda el caudaloso y manso Guadalquivir, celebrado de cien poetas; más allá de Gelves, como sirviendo de fondo al cuadro, elevábanse hasta destacar sus cumbres sobre el purísimo azul del cielo el «yerto y doblado monte» á que se refería Herrera en uno de sus sonetos: los cerros que llaman el Pintado y el Balcón, este último hacia el lado de Coria, tal como se ven en la prueba fotográfica que acompañamos.

Aquél era, sin duda, el lugar tantas veces recordado por el poeta desde que, recién llegada á Sevilla D.ª Leonor de Milán, la cortesía, mas no aún el amor, dictara los ya citados versos:

El alto monte verde
Que de Palas es gloria,
Sintiendo en sí los pies de su señora,
Su tristeza ya pierde...,

hasta que, pasadas unas *sombras de bien,* el amor desesperado, y no la vana cortesía, exclamó:

Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo...
¿A dó el valor antiguo? ¿A dó la gloria
De su pasado tiempo y venturoso?
¿A dó tantos despojos y vitoria?
Vago y sereno río,
Tú que alegre aspirabas á mi canto,
Alto monte, y tú frío
Bosque, solo y oscuro,
¡Cuántas veces oído habéis mi llanto!
¡Cuántas el pesar mío
Vuestro silencio perturbó seguro,
Sin ver de aquella ingrata
Menos desdén ó voluntad más grata!

Fuímonos mi colega y yo á examinar unos libros parroquiales, y á ver en el panteón de los Condes unos huesos hacinados en dos grandes arcas—¡entre ellos estarían quizá los de aquella diosa de la hermosura!—, y á leer, por último, una inscripción que hay en la fuente del Algarrobo, que, aunque restaurada en 1690, es la misma «fuente abundosa» invocada por Herrera, y después, acercándose la hora en que había de pasar de retorno el vaporcito, nos encaminamos hacia el muelle de tablas.

Caía la tarde cuando saltamos á la cubierta. El sol ostentaba su rojo disco sobre el alto horizonte, por el lugar en que se eslabonan los dos cerros. Un vientecillo frescuelo y agradable rizaba ligeramente la tornasolada superficie

del río. A poco trecho de nosotros, en una barca, un recio mocetón remaba con lentitud, cantando quejumbroso esta *soleá:*

¡Virgen de Consolación!
¡Como una morita negra
Tengo yo mi corazón!

Las palas de los remos, al salir relumbrantes del agua, dejando caer irisadas gotas, quedábanse un punto inmóviles, como aves pescadoras que se ciernen. Parecía que deseaban gozar de la templada luz del padre sol, que soslayaba amorosamente sus rayos.

Agitáronse en el agua las ruedas del vapor, y luego que perdimos de vista el risueño pueblecito, comenzamos á charlar, en desquite del silencio de la ida. De un punto en otro fué mariposeando nuestra plática, hasta recaer sobre el más controvertido de los tocantes al Príncipe de los Poetas Hispalenses: «¿Qué linaje de favores obtuvo de su amada?» Mi amigo Coster no me franqueó su opinión, á pretexto de que aún no la había formado; pero yo le expuse la mía, diciéndole que, á mi ver, de lo espiritual lo obtuvo todo: el alma, sin reservas ni regateos; pero de lo material, poco más que nada: sucintamente lo que el espíritu ha menester para exteriorizar sus tristezas y sus alegrías: unas frases, unas sonrisas, un beso, á lo sumo, y aquellos suspiros y aquellas lágrimas que en 1572 tuvo por supremo bien el fervoroso amante. Y aun estos nada exagerados dones del amor no se le volvieron á otorgar ni una vez en los diez años que todavía vivió la Condesa de Gelves.

Dijo mi compañero de excursión:

—¿Cómo se conservara hoy tan viva la memoria de D.ª Leonor de Milán si no la hubiera inmortalizado con su amor y en sus rimas vuestro gran poeta? ¡Bien cumplió su palabra! Aquella palabra que había empeñado al escribir estos tercetos:

Pues consiente mi excelsa Luz divina
Que celebre la gloria de su nombre...,
Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la Aurora
Y el negro Melo y frío mar la nombre.

—Cierto—respondí—. Sólo á Herrera debió D.ª Leonor la perpetuidad de su fama; pero ¿á quién sino á D.ª Leonor debe la suya el egregio poeta andaluz? ¿Quién sino aquella adorable mujer alumbró en su alma el copioso venero de la poesía, que acaso, sin tal poderoso influjo, hubiera quedado ingesto y latente, perdido para el arte y para la gloria, de la misma manera que duerme la lumbre en el pedernal hasta que sobreviene el golpe del acero? ¿De qué ojos sino de los de D.ª Leonor de Milán saltó la chispa que encendió aquella amorosa hoguera, de cuyos resplandores son vivos reflejos tantas poesías inmortales? Bien lo proclamó el poeta mismo:

Tanto puede el valor y hermosura
De vuestros ojos, que temer ya dudo
Que me encubra en olvido muerte oscura.

Tocaba á su término nuestra expedición. El vaporcito, después de pasar silbando y como hombreándose entre las naves ancladas y dormidas á una y otra banda del Guadalquivir, buscaba su muelle, y para hallarlo, entróse por uno de los arcos laterales del gran puente de Isabel II.

Había anochecido. La luna, llena en aquella sazón, se enseñoreaba majestuosamente de todo el cielo. Miréla, y, pensando en aquellos infortunados amores de había más de tres siglos, cual si por un singular fenómeno telepático fuesen cosa mía, repasó por mi memoria, como una oración y como un suspiro doloroso, aquel terceto herreriano, aquel melancólico apóstrofe que suelen recitar los estudiantes jóvenes, al sentir las primeras tristezas del primer amor:

Cándida luna que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mío,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?

Francisco Rodríguez Marín.

—oOo—

Psicología normal y patológica del emigrante

1

No empezaré con las obligadas protestas de seudomodestia, de ritual en ocasiones como ésta: voy á comenzar, al contrario, por declarar que me siento orgulloso de ocupar esta tribuna, enaltecida por las ilustres personalidades que desde ella han hecho oir su voz elocuente; que me siento orgulloso del culto auditorio que me dispensa la honra de escucharme, y que me siento orgulloso, por último, de cooperar, siquiera sea en una mínima parte, á la admirable y grandiosa empresa que el Centro de Cultura Hispanoamericana está llevando á cabo.

El sentimiento expansivo que en mi ánimo despiertan los motivos que acabo de indicar, me presta fuerzas que suplirán á mi falta de condiciones para el empeño en que me he aventurado; y, amparado en la importancia del tema que voy á explanar y en la transcendente significación de los fines que se propone este Centro, y muy especialmente fiado en vuestra benevolencia, señores, me atrevo á esperar que, á pesar de mis grandes deficiencias personales, esta conferencia podrá incorporarse como modestísima contribución á la magna obra de fraternidad hispanoamericana que con tan brillante éxito se viene en este recinto realizando. Y antes de entrar en materia, permitidme que, exteriorizando los afectos de mi ánimo, dé efusivamente las gracias á los señores que componen la Junta directiva del Centro de Cultura Hispanoamericana, por haberme concedido la inmerecida distinción de ocupar esta cátedra, y á vosotros, los aquí presentes, por hacerme el honor de oir mi pobre palabra. Concededme también que dedique un sentido recuerdo á la memoria del nunca bastante llorado secretario general de la Unión Iberoamericana, D. Jesús Pando y Valle, cuyo reciente fallecimiento tan hondo duelo ha causado en cuantos tuvimos la fortuna de tratarle y de admirar sus relevantes prendas intelectuales y morales.

Entre todos los aspectos parciales de ese sublime sentimiento colectivo que se llama fraternidad hispanoamericana, es, indudablemente, uno de los más interesantes el que se refiere á la emigración. La fraternidad, el amor entre los pueblos ha de ser siempre esencialmente práctico; no puede contenerse en los vagos ámbitos de la teoría, sino que para vivir y para crecer necesita traducirse en manifestaciones positivas. ¿Y qué expresión más real y más eficaz del afecto entre dos pueblos que el mutuo cambio de individuos, y hasta de masas sociales, que llevan del uno al otro sus opiniones, sus creencias, sus indicaciones, y que crean entre ellos esa comunidad de ideas y de sentimientos, esa simpatía sin la cual el amor no puede subsistir?

La emigración es, pues, uno de los más poderosos lazos de unión espiritual y material entre los pueblos; pero no es ésta sola la razón de su transcendencia

social, pues posee otros motivos que solicitan desde múltiples puntos de vista la atención de todos aquellos á quienes interese el estudio de la Humanidad. La emigración es, ante todo, un necesario fenómeno biológico colectivo que tiene su origen en las condiciones mismas de la vida de las agrupaciones humanas y en las peculiares aptitudes y necesidades del hombre. Considerado el asunto bajo su más general aspecto y en su concepto más amplio, es de advertir que no constituye la emigración una singularidad privativa del hombre, sino que también presentan hábitos migratorios otras muchas especies animales; pero entre los cambios de residencia individuales ó colectivos de éstas y los que realiza el hombre existen tales diferencias, tanto en la manera de llevarlos á cabo como en los motivos que los determinan, que ningún resultado práctico puede obtenerse de su asimilación; por lo que, después de consignado este breve recuerdo, no volveré á ocuparme para nada de las migraciones animales, limitándome al examen de los complejísimos fenómenos que intervienen en la emigración humana.

Desde diversos puntos de vista puede enfocarse este movimiento de traslación de individuos, de grupos ó familias, y hasta de pueblos enteros, de un punto á otro del globo: puede atenderse al conjunto, al fenómeno social sintéticamente considerado, y éste es el aspecto que especialmente interesa al geógrafo, al etnólogo, al historiador, al sociólogo y al político, ó puede, por el contrario, concentrarse la atención en el elemento, en el individuo que representa la unidad migratoria, y estudiar en él analíticamente los motivos que le impulsan á emigrar, el origen de los sentimientos, de las representaciones mentales y de las voliciones que le han impulsado á arrostrar tal cambio en su existencia, su adaptación al nuevo medio, las modificaciones que éste causa en su cuerpo y en su espíritu, y mil otras cuestiones que afectan directa é inmediatamente al individuo, aunque luego, mediante la adición de factores análogos, resulte por ellos engendrado el fenómeno social.

De estos dos aspectos, el colectivo y el individual, yo voy á tratar únicamente del segundo: voy á considerar aisladamente al elemento humano, unidad individual de la función colectiva migratoria, y, circunscribiendo más aún el tema para evitar en lo posible la vaguedad en los conceptos, voy á examinarle exclusivamente desde el punto de vista psicológico; pero, aun así limitado, el asunto es todavía muy vasto para que pueda contenerse dentro de la corta extensión de un par de conferencias, sobre todo si no nos contentamos con cuatro hueras generalidades, y procuramos ahondar en él algo, sometiendo á un análisis ceñido sus principales caracteres.

Todos los problemas fundamentales de la psicología se plantean con imperioso apremio en esas crisis del alma que obligan al hombre á vencer las leyes de la inercia, del hábito y de la rutina, que le hacen romper con la tradición, con las viejas costumbres, que desatan los vínculos de la familia y hasta del amor, y que le lanzan hacia lo desconocido, á conquistar un porvenir incierto en una tierra extraña, en climas letales, entre personas indiferentes ú hostiles.

El hombre tiende á asimilarse á su propia vida todas las cosas que le

rodean, ó dicho con más propiedad, derrama en torno suyo su energía vital, haciendo participar de ella á los objetos circundantes, y, así, parece que infundimos el calor de nuestro espíritu á las cosas que usamos habitualmente, á las casas que habitamos, á los sitios que frecuentamos, y en progresión creciente y de una manera cada vez más comprensiva, á los lugares geográficos, á los pueblos, á las regiones, y por último á las nacionalidades; no termina la personalidad en los confines del cuerpo, sino que la impalpable influencia de la mente la extiende más allá, y ejerciéndose con tanta mayor intensidad cuanto más íntima y frecuente sea la conexión, incorpora á aquélla multitud de objetos y de hechos que la amplían y la completan. Por eso todas las transformaciones importantes de la vida humana representan como amputaciones que, mutilando la personalidad, la obligan á desplegar un vigoroso esfuerzo de generación para completarse otra vez; todo cambio de estado, de profesión, ó simplemente de residencia, impone la creación de nuevos hábitos, la formación de un ambiente individual que sustituya á los perdidos y que complete la personalidad, truncada y expoliada por el acto del cambio.

Estas alteraciones de la personalidad se cumplen con inusitada intensidad en la emigración, y por eso el psicólogo encontrará siempre en la observación de este linaje de fenómenos inagotable material de estudio; y no sólo desde el punto de vista del funcionamiento natural de la mente, sino también bajo el aspecto patológico, pues unas veces por ser el hecho de la emigración resultado de una determinación morbosa, y otras por provocar aquél tan intensas modificaciones psíquicas que rebasan los límites de lo fisiológico, cae el sujeto dentro de los dominios de la Psiquiatría.

Este es el motivo que obliga á escindir en dos partes, normal y patológica, el estudio de la psicología del emigrante. Ambas son en extremo interesantes; pero si la primera, la psicología normal, ofrece una importancia principalmente teórica, como expresión de intensos y complicados movimientos del alma, de observación delicada, pero en extremo instructiva, la segunda, la psicología patológica, interesa especialmente en el terreno de la práctica, pues su conocimiento proporciona los medios de oponerse á los trastornos mentales que pueden conducir á la ruina psíquica del sujeto, inutilizando sus esfuerzos para emprender una nueva vida.

Este es el concepto que me he formado del tema que voy á desenvolver, y, explicada ya su división en las dos partes enunciadas en el párrafo precedente, conservaré la segunda para la conferencia siguiente, y expondré en ésta la primera, la relativa á la psicología normal del emigrante.

II

He indicado ya en uno de los párrafos anteriores que todos los problemas fundamentales del funcionalismo psíquico tienen representación en el tema que motiva esta conferencia; pero como si abordáramos esta cuestión con tan

amplio criterio resultaría extraordinariamente extensa, hasta el extremo de rebasar los límites en que debe encerrarse una breve comunicación oral, exigiendo las anchuras del libro, de aquí que me vea precisado á seleccionar, entre los muchos asuntos que dicho tema abarca, aquellos que ofrezcan más culminante interés general, ó que por sus especiales condiciones se adapten mejor á actos como el presente; y, atendiendo á estos motivos de preferencia, no hay asuntos, entre los muchos de psicología individual de la emigración que solicitan nuestra atención, más dignos de ser escogidos que los relativos á las causas psíquicas determinantes del deseo de emigrar y á la influencia de la emigración en la psiquis. Estos serán, pues, los dos puntos concretos que desarrollaré en el presente discurso.

El análisis de las causas psíquicas del propósito de abandonar la patria se propone averiguar cuáles son los sentimientos y las representaciones mentales que mueven á la voluntad á adoptar tal determinación; ha de ser ésta una obra de investigación sutil, y, dada la complejidad causal de los fenómenos psíquicos, el desconocimiento de varios de los factores que en ellos intervienen, y la ignorancia del valor verdadero y de la influencia efectiva de los ya conocidos, no es posible aspirar á una solución completa y plenamente satisfactoria de tan complicado problema. Habremos, pues, de conformarnos con la posesión de algunos datos parciales, que, aunque no representen la totalidad de la cuestión, permitirán, al menos, formarse idea de sus más relevantes aspectos. Adelantándome, por tanto, á las objeciones que pudieran dirigírseme, espontáneamente declaro que no es mi propósito agotar el tema, sino trazar sus rasgos generales, insistiendo en aquellos caracteres que, á mi juicio, revisten capital importancia, y dejando el estudio acabado y definitivo del asunto para quien tenga más espacio y más idóneas aptitudes que yo.

Es la conducta del hombre, como la de los núcleos socialmente organizados, la resultante de dos fuerzas contrarias que en parte se neutralizan y en parte se corrigen, determinando la trayectoria que en la vida siguen los individuos y las colectividades. Son estas dos fuerzas la tendencia al progreso, á la innovación, al cambio, á la reforma, y la propensión inversa á la quietud, á la permanencia en la posición ocupada, á la inercia, en una palabra. En política estas dos fuerzas crean los partidos progresistas y los partidos conservadores, que con sus luchas y sus pactos de colaboración aseguran el avance de la Humanidad y el mantenimiento del orden social, siendo tan necesarios los unos como los otros para la eficaz realización de los fines de la especie humana, pues aunque á las almas ardientes é inquietas únicamente les parezca noble y gloriosa la bandera del avance, los espíritus reflexivos no pueden por menos de reconocer que los principios conservadores son indispensables, porque ellos solos son los que pueden asegurar la estabilidad del mecanismo social, y ellos solos pueden convertir en evolución fecunda y de rumbo fijo lo que sin ellos sería desenfrenada y funesta carrera hacia el abismo.

En el individuo humano manifiéstanse también estas dos tendencias contrarias, innovadora y conservadora, y su predominio relativo da lugar á

importantes diferencias en el carácter personal, haciendo á unos sujetos rutinarios, apegados al terruño y á la tradición, y á otros emprendedores, reformistas, amantes de todo lo nuevo y desdeñosos de lo antiguo; pero aunque en grado muy diverso y con valor relativo muy diferente, en ningún individuo dejan de existir esas dos inclinaciones antagónicas, de las cuales la una impulsa á emigrar, mientras la otra se opone á ello.

La tendencia conservadora sería bien mezquina y despreciable si, confundiéndose con la inercia física, no fuera más que la resistencia á toda mutación, propendiendo así á asimilar al hombre á los seres inanimados; pero esa tendencia representa algo más elevado que la simple inclinación al reposo, porque es la expresión de ese ardiente, de ese insaciable afán de perpetuación que alienta en el hombre y que le anima á resistir á las mil causas de destrucción que le rodean. El hombre, rebelde jamás sometido, se alza contra las fuerzas de la Naturaleza, y pretende vencerlas y de hecho las vence en muchas ocasiones, subyugándolas y convirtiéndolas de enemigas en fieles aliadas suyas; y este eterno rebelde, ¿no había de protestar contra la más dura, contra la más cruel de las leyes naturales, contra la que le condena á desaparecer, contra la que ordena la destrucción de su yo, de ese yo cuya afirmación, cuya imposición constituye la raíz misma de su existencia? Una manifestación de esta vital protesta es la tendencia conservadora, que procura la persistencia, no sólo de la personalidad intrínseca, sino también de la que pudiéramos llamar extrínseca, según la he definido antes, constituída por todas las circunstancias del ambiente que de un modo directo se relacionan con el yo, y que, en sentido figurado, deben considerarse como una prolongación de ese yo, como emanaciones suyas que se convierten en otros tantos vínculos de adherencia del sujeto al medio en que habita.

Pues bien; contra esta poderosa inclinación del espíritu, que constituye una de las más hondas raíces de los sentimientos y de las voliciones que definen á la personalidad, tiene que luchar el impulso migratorio para convertirse en hecho real. ¡Cuán enérgico habrá de ser ese impulso, y cuán eficaces los motivos psíquicos que le determinan, para lograr el vencimiento de tan formidable adversario! Veamos cuáles son los principales de estos motivos.

La Historia nos enseña que las primeras migraciones humanas fueron debidas exclusivamente á la necesidad de proporcionarse el sustento: los pueblos pastores para proveer de pastos á sus ganados, los cazadores para perseguir su presa, veíanse obligados á hacer una vida nómada en la que el cambio continuo de lugar era la condición misma de su existencia; los pueblos agricultores, en cambio, llevaban una vida más sedentaria; pero siempre la sencillez de costumbres de aquellos primeros núcleos sociales facilitaba considerablemente las mutaciones de residencia. Al progresar la civilización fuéronse complicando las condiciones de la vida, y al hacerse más compleja la estructura y más variadas las funciones de las colectividades, á la vez que adquirían estabilidad de una parte los grupos sociales, aparecían de otra nuevos y poderosos motivos de migración, aunque casi siempre inspirados en razones econó-

micas. La especialización de los diversos pueblos en los varios ramos de la actividad humana, la aparición del comercio como imprescindible medio de comunicación y de difusión y cambio de productos entre los diversos núcleos de población, hasta las mismas guerras, conquistas y persecuciones de unas naciones por otras, determinaron corrientes migratorias que, al facilitar el mutuo conocimiento de las distintas razas de hombres y al determinar su recíproca mezcla, permitieron ya en aquellos remotos tiempos, en que tan rudimentarios y penosos eran los medios de comunicación, la creación y el desarrollo de esa solidaridad humana sin la cual es imposible el cumplimiento de los destinos del hombre sobre la tierra.

Los movimientos migratorios primitivos fueron motivados, según he indicado ya, por razones económicas, y aun en la actualidad la causa principal y más frecuente de la emigración es también la necesidad pecuniaria; pero aunque la inmensa mayoría de los emigrantes de todos los tiempos, incluso de los presentes, lo hayan sido por apremios de índole económica, no es éste el aspecto de la cuestión que nos interesa desde el punto de vista psicológico. La emigración forzada, impuesta por exigencias del sustento, es importantísima, social y políticamente considerada; pero no puede atraer la atención del psicólogo, porque su determinismo psíquico es extraordinariamente sencillo, mejor dicho, es, más que psicológico, fisiológico, manifestación franca y directa del instinto de conservación: el hombre necesita procurarse medios de subsistencia, y si donde reside no los halla, ó le es muy difícil conseguirlos, natural es que vaya á buscarlos allí donde crea que los encontrará.

Los motivos psicológicos puros ocupan un lugar muy secundario en estas crisis provocadas por la ineludible necesidad de atender á la conservación de la propia existencia. Psicológicamente, interesan más otros tipos de emigrantes, más escasos en número que los anteriores, pero que ofrecen mucha mayor complicación en los motivos que les determinan á emigrar. Las dos variedades principales de estos emigrantes, que denominaré espontáneos para distinguirlos de la masa común de emigrantes forzados, obligados por necesidades económicas ó por vulgar afán de lucro, son el aventurero y el sabio; y aunque estos dos calificativos parezca que mutuamente se repelen, ya veremos que las personalidades que designan, aunque en conjunto sean muy distintas, ofrecen en detalle alguna analogía.

En primer término, debe hacerse constar que sabios y aventureros han figurado siempre en los fastos de la emigración, y acaso en mayor número que ahora en épocas remotas, como si la dificultad de las comunicaciones y las penalidades y riesgos de los viajes sirvieran de incentivo al prurito de acción intensa, al afán de novedades y al deseo de aprender, móviles que impulsan á variar de lugar á los hombres de ánimo vibrante y á los estudiosos.

Comenzando por el aventurero, he de declarar, ante todo, que no pienso atribuir á este término la significación degradante y hasta injuriosa que generalmente se le asigna: aventurero llamo, simplemente, al amante de aventuras, al hombre de acción mal hallado con el reposo, que busca en la variación

de ambiente desahogo para los impulsos de su voluntad viva, pero inestable, é incompatible con la monotonía de las ocupaciones rutinarias. Son estos sujetos, en rigor, más que emigrantes, viajeros, nómadas que cruzan el mundo, incapaces de sentar sus reales definitivamente en lugar alguno; pero entre ellos se cuentan muchos que por una de esas inexplicables crisis psíquicas que modifican profundamente el carácter, ó por la influencia de causas extrínsecas, renuncian á sus hábitos errabundos y arraigan en un país extraño, convirtiéndose en éste en valiosos agentes de progreso y de producción de riqueza, porque estos sujetos suelen poseer admirables dotes de inteligencia y de energía, que sólo necesitan ser atemperadas por la estabilidad y madurez de juicio para dar magnífico rendimiento. Son, pues, los aventureros de buena índole excelentes adquisiciones, en general, para el país donde aportan, y hasta los de mala ralea suelen mejorar mucho al transportarse á otra tierra, llegando á convertirse en útiles servidores de la sociedad.

Además, no debe nunca olvidarse que aventureros fueron los que descubrieron y conquistaron los continentes adonde se dirige la corriente emigratoria europea, y que aventureros, en el sentido noble de la palabra, son también los que hoy exploran los rincones aún desconocidos del globo.

El sabio tiene de común con el aventurero el ardiente afán de la novedad; pero así como el segundo busca ésta en la acción, constantemente renovada, el primero la persigue en la idea, arrancándola sin descanso de la realidad para acrecentar continuamente la representación mental del Mundo, el concepto del Universo, magno objetivo de la Ciencia. El hombre de estudio, sea cual fuere el ramo del saber á que se dedique, no puede permanecer enquistado en un punto del globo: necesita comunicarse, no sólo con sus compañeros, sino con todo linaje de hombres; necesita conocer hechos nuevos, alimentar su cerebro con impresiones frescas, renovar los círculos asociativos de sus ideas, pues sólo así podrá conservar esa flexibilidad mental que hace eficaz y fecunda la labor científica.

Respondiendo á esta imperiosa necesidad, los sabios han emigrado siempre, y sus emigraciones tienen una extraordinaria importancia histórica y social. Lo mismo que los aventureros, han sido los sabios antes viajeros que emigrantes propiamente dichos; pero también muchos de ellos deben ser incluídos, legítimamente incluídos, en esta última categoría, y prueba de este aserto es que la Historia ha registrado siempre atentamente las emigraciones de los sabios.

Estos cambios de lugar de los hombres de ciencia acaso fueran relativamente más frecuentes y necesarios en las épocas pasadas que en la presente, pues en aquéllas faltaban los provechosos y eficacísimos medios de transmisión, difusión y expansión del pensamiento de que hoy dispone el mundo civilizado, y precisaba, por incómodo y peligroso que fuera el viaje, trasladarse á los lugares mismos de producción de las obras de la mente humana para adquirir el conocimiento de éstas; y así vemos á los sabios de la Antigüedad, de la Edad Media y de los comienzos de la Edad Moderna en perpetua peregri-

nación, recorriendo los principales centros de cultura para perfeccionar y ampliar en ellos sus estudios. Recordemos á Tales, á Pitágoras, á Platón y á tantos otros sabios de la Antigüedad que visitaron todo el mundo entonces conocido, instruyéndose é instruyendo á la vez; y en tiempos más recientes tenemos el ejemplo de los sabios españoles, como Andrés Laguna, Luis Vives, etc., que en los albores de la Edad Moderna viajaron y residieron largos años en diversas naciones europeas, en Francia, en Inglaterra, en los Países Bajos, en Italia, en Alemania, etc., dando en todas partes gallardo y admirable testimonio del valer de la mentalidad española.

Y como pruebas de la importancia social de la emigración definitiva ó estable, por decirlo así, de los hombres de ciencia en diversas épocas pueden citarse la colonización científica de los griegos en la porción de Italia denominada Gran Grecia, la instalación ulterior de los sabios helénicos en Alejandría y en la Roma imperial, la traslación de los eruditos é investigadores árabes y judíos á los pueblos europeos, la de los bizantinos á los países occidentales al ser destruído el Imperio de Oriente, y en menor escala, los éxodos particulares de los sabios españoles á que anteriormente he aludido.

En la época presente no parecen preocuparse las naciones europeas de esta fecunda y transcendental emigración científica en el grado que merece, y sólo Alemania, poniendo en juego el arma formidable que representa su colosal poderío docente y técnico, esparce por el mundo sus profesores, sus médicos, sus ingenieros, irradiando por todos los ámbitos de la tierra los destellos del genio alemán y preparando una admirable cosecha de futuras utilidades materiales y espirituales para su patria.

Sintetizando en forma concisa este primer punto de la psicología normal del emigrante, referente á los motivos psíquicos de la emigración, los reduciremos á tres principales: primero, el más común de todos, el apremio del instinto de conservación, solicitado por la necesidad de procurarse la subsistencia: este motivo es el menos psíquico de todos, pues representa, en realidad, una avasalladora irrupción de las exigencias fisiológicas en la esfera mental, y con él se halla también relacionado, como una hipertrofia del mismo, la impulsión á emigrar por ambición, por afán de lucro; segundo, otro motivo menos frecuente, pero más interesante desde el punto de vista psicológico, es la exagerada tendencia á la acción y á las variaciones que caracteriza al aventurero; y, por último, el tercer motivo que hemos considerado es el deseo de conocer, peculiar del hombre estudioso.

El segundo punto de psicología normal que debemos tocar es el relativo á la influencia psíquica de la emigración, á las modificaciones que el cambio de ambiente físico y moral produce en la mente de los individuos que se trasladan á un país extraño.

He dicho en uno de los párrafos anteriores que el hecho de emigrar produce una verdadera mutilación de la personalidad, privándola de aquellas á modo de expansiones de la misma que vienen á integrar en ella los objetos y seres que habitualmente la rodean; al romperse estos vínculos que con tanta

solidez atan al hombre al medio en que de costumbre reside, la personalidad queda simplificada, reducida á lo puramente intrínseco, á lo estrictamente individual, reconcentrándose intensamente en sí misma, privada de los habituales medios de manifestarse en acto; su potencialidad, por el contrario, aumenta en grado considerable, y prepara la posibilidad de más enérgicas y variadas acciones ulteriores.

La emigración representa, pues, metafóricamente hablando, un traumatismo moral consistente en la extirpación de los anejos extrínsecos de la personalidad, que disminuye de momento á ésta, pero que al mismo tiempo la condensa y la estimula, procurando reacciones intensas, de suerte que el resultado final es la vigorización del carácter por aumento de las energías psíquicas.

Esta acción tónica y reconfortante sobre el psiquismo es la más general y característica de la emigración; pero para que produzca la plenitud de sus efectos es necesario que se ejerza sobre una mentalidad sana y fuerte, dotada del vigor suficiente para resistir á la prueba á que se la somete. Dados estos requisitos, la influencia psíquica de la emigración es generalmente favorable, siendo innumerables los ejemplos de individuos que sienten multiplicadas sus energías anímicas y mejoradas sus cualidades morales al cambiar de residencia. Ya he hablado antes de los beneficiosos cambios que en los aventureros de malos hábitos produce la variación de país; pero también los emigrantes dotados de buenas cualidades morales suelen ganar no poco al transportarse á tierra extraña, poniéndose más de relieve sus prendas favorables y atenuándose sus defectos.

Y es que la emigración determina un cambio radical del régimen psicológico, obligando á manifestarse energías antes latentes y poniendo en juego resortes cuyo valor ignoraba el propio sujeto; la emigración rompe la rutina de la vida monótona, siempre idéntica á sí misma y obligando á nuevas adaptaciones, pone á prueba la flexibilidad mental del sujeto y, movilizando sus reservas psíquicas, le permite rendir un producto mayor del que en circunstancias habituales producía. Concretando en una fórmula breve y precisa esta importante influencia de la emigración en los fenómenos mentales, afirmaremos que obra enfrenando el automatismo psíquico y favoreciendo correlativamente la actividad consciente; y para comprender la transcendental importancia de este influjo, debemos recordar, siquiera sea muy sucintamente, cuál es la significación del automatismo psicológico y cuál es la posición que ocupa, comparado con el psiquismo consciente, en la escala de perfección relativa de los actos mentales.

Es innegable que la forma más acabada y completa de la actividad psíquica es la consciente, pues en ella se da la plenitud de la integración en el yo, que constituye la más alta expresión de las funciones mentales; si la esencia de los fenómenos psíquicos propiamente tales consiste en la síntesis constante y continua en la noción de la propia personalidad de todos los hechos que surgen en el campo de la actividad mental, es evidente que esta síntesis personal, esta asimilación al yo sólo puede ser efectiva en tanto que se tenga

conciencia de ella, puesto que la conciencia consiste precisamente en eso, en la noción de la integración en el yo de los fenómenos anímicos. En los actos mentales conscientes osténtase, pues, la máxima perfección de las funciones psíquicas, mientras que en los hechos automáticos, por el contrario, la síntesis es tan incompleta, tan débil, que parece anulada; la personalidad total permanece ajena á ellos, y la conciencia se inhibe de registrarlos, de tal suerte, que esos actos se realizan sin que el sujeto se dé apenas cuenta de ellos, y por eso precisamente se llaman automáticos. Por todas estas razones, los actos de que me estoy ocupando equivalen á un fraccionamiento de la personalidad, á una disgregación de la síntesis á que antes he aludido, y, por tanto, su inferioridad respecto de los fenómenos conscientes no puede ser más manifiesta, colocándose muy por debajo de éstos, en el extremo límite de lo psíquico, y confinando casi con los actos denominados instintivos que realizan los animales.

Está fuera de duda que hay muchos actos automáticos que, intrínsecamente considerados, resultan perfectos, y hasta más perfectos que los conscientes; más aún, puede afirmarse que estos últimos actos, los conscientes, sólo adquieren la perfección, en lo que á la ejecución respecta, cuando dejan de serlo para convertirse en automáticos; pero, esto no obstante, en el orden psicológico lo automático es evidentemente inferior á lo consciente, porque un fenómeno psíquico será tanto más elevado cuanto más íntima y más completa sea su incorporación á la total personalidad del sujeto, cuanto más íntegramente intervenga ésta en dicho fenómeno; sólo los actos en que participa el yo consciente son susceptibles de oportunas modificaciones, de perfeccionamiento, de progreso, en suma, mientras que los actos automáticos permanecen cristalizados en sus fórmulas rígidas é invariables en tanto que no se conviertan en conscientes para transformarse.

De todo lo expuesto se deduce que el automatismo representa una forma inferior de la actividad psíquica, y un argumento más en pro de esta tesis es el hecho de que en todos aquellos estados morbosos que disminuyen la capacidad mental, como la psicosis y psiconeurosis, los fenómenos automáticos aumentan extraordinariamente á expensas de los actos conscientes, que se limitan proporcionalmente. Luego la emigración, al restringir el automatismo y fomentar el funcionamiento psíquico consciente, ejerce una acción vigorizadora de las energías anímicas, elevando el nivel de la actividad mental.

Aparte de esta importantísima acción tónica general sobre las energías psíquicas que ejerce la emigración, posee otra que puede en rigor considerarse como una forma especial de la primera, y que consiste en la elevación del nivel moral, reforzando los sentimientos éticos y dando con ello lugar al ennoblecimiento, á la dignificación de los motivos determinantes de la conducta; es decir, que la emigración realiza una sólida acción moralizadora, y bajo este concepto puede y debe emplearse como medio profiláctico y terapéutico para prevenir y corregir las tendencias viciosas y las debilidades del carácter.

En algunos países europeos se está actualmente poniendo en práctica para completar la educación de los niños un método que pudiera denominarse de emigración transitoria ó pedagógica, y que consiste en el intercambio de los hijos entre familias de naciones distintas, Inglaterra y Alemania, por ejemplo, para que residan durante algunos años en país extraño, y no en colegios ó instituciones, sino en el hogar mismo, formando parte integrante de él y asimilándose los usos, costumbres, afectos y opiniones de la tierra en que temporalmente residen. Este método, que cuenta con entusiastas partidarios en las naciones que lo practican, no es más que el reconocimiento y la aplicación á la infancia de las acciones tónica y moralizadora de la emigración.

No creo necesario esforzarme más en demostrar la realidad del beneficioso influjo ético que la emigración ejerce, pues siendo ésta, según he probado antes, un poderoso medio de vigorización de todas las energías psíquicas en conjunto, habrá de serlo también del sentido ético, porque todo lo que robustece la inteligencia, acrecentando el poder de síntesis personal y educando á la voluntad en el dominio de los apetitos sensuales, debe necesariamente dar por resultado el perfeccionamiento moral.

Todos estos bienhechores efectos de la emigración requieren para su producción que aquélla se verifique en circunstancias adecuadas y que el sujeto reúna además condiciones de vigor y de sana ponderación física y mental. Cuando estos requisitos no se cumplen, la emigración puede dar resultados desastrosos; pero entonces no se trata ya de fenómenos normales, sino patológicos, siendo la desviación morbosa provocada unas veces por las cualidades del sujeto, y otras por los accidentes del acto emigratorio mismo. De este aspecto de la cuestión nos ocuparemos en la segunda parte de este trabajo, dando aquí por terminada la primera con la afirmación de que la acción normal de la emigración, cuando se realiza en buenas condiciones y por sujetos idóneos, es altamente beneficiosa por la tonificación psíquica y la influencia moralizadora que ejerce.

III

Voy á examinar ahora el aspecto patológico de la psicología del emigrante, tema de extraordinaria importancia práctica, según he indicado ya anteriormente y me propongo demostrar ahora, al poner de manifiesto la gran transcendencia, no sólo individual, sino también social, de este asunto.

Siendo, en efecto, la emigración un fenómeno social necesario, ligado á las leyes mismas de la existencia del hombre sobre la tierra, resultado de impulsos poderosos que en su alma germinan, é indispensable para que se mantenga el equilibrio entre los medios y las demandas de subsistencias, para que la cultura se difunda y para que la solidaridad humana sea efectiva, sería absurda la pretensión de suprimirla, y al aceptarla como imprescindible, precisa evitar todos los males y peligros que lleva aparejados, procurando que no sea

perjudicial ni para el individuo que emigra, ni para el país que abandona, ni para aquel adonde se dirige.

Existen circunstancias de la vida individual y colectiva que se califican de males necesarios y que se procura combatir parcialmente, atenuándolos y enmendándolos; pero la emigración no debe incluirse entre ellos, porque, aunque necesaria, según hemos visto, no es, bien entendida, un mal, sino que reporta beneficios al individuo y á los Estados; por esta razón, no siendo por su propia esencia mala, será tarea más fácil la de evitar los daños que á las veces causa, encauzándola, orientándola convenientemente, enfrenándola cuando adquiera proporciones alarmantes, y, sobre todo, seleccionando á los sujetos que hayan de emigrar.

Tropiezo aquí, como en otras ocasiones anteriores, con las dificultades de exposición nacidas de la enorme desproporción existente entre la extensión y la importancia del tema y la escasez del espacio de que dispongo para explanarlo. Si fuera á examinar detenidamente todos los motivos de viciación de los movimientos migratorios, y todos los remedios que deben oponérseles, llenaría con ellos un abultado volumen; pero, obligado á contenerme en los angostos límites de un fragmento de conferencia, no podré hacer más que trazar las líneas generales de la cuestión, mejor dicho, un aspecto parcial de la misma, pues, inspirándome en el mismo criterio general que me ha guiado al planear esta conferencia, prescindiré también aquí en lo posible del punto de vista social ó colectivo, para circunscribirme al individual. De todas suertes, y aun dentro de estas obligadas limitaciones, creo que podrán servir los conceptos que á continuación voy á exponer como repertorio ó programa para ulteriores y más detenidos estudios.

Así como he dividido la parte por mí examinada de la psicología normal del emigrante en dos secciones, tratando en la una de las causas normales, y en la segunda de los efectos naturales de la emigración, así también en esta parte patológica haré dos divisiones paralelas á las anteriores, tratando primero de las causas morbosas, y después de los efectos anómalos que en ciertos sujetos puede producir la traslación á un país extraño.

Entre las causas patológicas de la emigración, debemos mencionar en primer término las mismas causas naturales cuando actúan de manera torcida ó excesiva, ó cuando son, á su vez, efecto de otros motivos manifiestamente anormales; por ejemplo: la necesidad de procurarse medios de sustento hemos visto que es la más natural y la más frecuente de las causas de emigración; pero cuando la imposibilidad de adquirirlos en el país natal no depende de las leyes económicas generales que regulan las relaciones entre la oferta y la demanda, sino que es debida á una ineptitud especial del sujeto por pereza, por falta de constancia en la aplicación de sus facultades á un trabajo determinado, ó por hábitos viciosos, entonces la emigración, aunque provocada de un modo inmediato y directo por una causa normal, como es la necesidad de atender á la propia subsistencia, deriva en último término de un motivo patológico, cual es la deficiente constitución psíquica del sujeto.

Tenemos, pues, una primera causa patológica de emigración en la miseria artificial, creada por las defectuosas condiciones del individuo y muy distinta de la miseria natural, impuesta por las circunstancias económicas generales de producción y de consumo. Esta forma de emigración por malas cualidades psíquicas, aunque de origen patológico, no debe condenarse en principio, pues puede resultar, y de hecho resulta en muchas ocasiones, provechosa al purgar al país de sujetos incapaces y aun peligrosos, los cuales, cuando cambian de ambiente, suelen convertirse, en virtud de la acción tonificante y regeneradora de la emigración que ya conocemos, en individuos útiles á la sociedad. Siempre, pues, que las personas de esta categoría se muestren refractarias á las tentativas de enmienda ensayadas en su patria, puede permitirse y aun aconsejarse su traslado á otro país, como medio de corregir sus defectos de carácter.

Al tratar de las causas normales de la emigración, y á renglón seguido de la necesidad de sustento, mencioné como derivación en cierto modo viciosa de la misma el deseo de lucro, añadiendo que la emigración inspirada en este motivo es casi siempre reprobable, tanto por su móvil, mal avenido con los preceptos éticos, como por sus resultados, generalmente nocivos. Atendiendo á estas razones, parece, pues, que debiera separarse esta causa de las normales é incluirla por entero entre las anormales; pero si no he procedido de esta manera, es porque lo impiden las conexiones de esta causa con la más natural de todas, con la necesidad de atender á la subsistencia propia, siendo muy difícil, ó mejor dicho, imposible, trazar el límite que separa la persecución de lo necesario de la de lo superfluo, pero que subjetivamente parece necesario también; y como, por otra parte, es la ambición un estímulo pasional tan hondamente arraigado en la inmensa mayoría de los seres humanos, me ha parecido más lógico colocar á este afán de lucro, siempre que se contenga dentro de discretos límites, entre las causas normales de la emigración, no considerándole como patológico sino cuando alcanza una dañosa preponderancia. El espíritu aventurero puede también convertirse en causa anómala de emigración cuando rebasa los límites de la normalidad, definiéndose ésta por la naturaleza misma de los lances emprendidos, los cuales, aunque parezcan arriesgados y difíciles, no deberán nunca merecer la calificación de descabellados; pero cuando las aventuras acometidas lleven impreso el sello de la extravagancia y de la insensatez, entonces el que las emprenda deberá ser considerado como un individuo de mentalidad patológica, loco á medias ó loco del todo, y, por consiguiente, el irrefrenable impulso á la acción que le anima merecerá ser incluído entre las causas morbosas de la emigración. Como estos casos caen de lleno dentro del dominio de la Psiquiatría, de ellos volveremos á ocuparnos más adelante, al tratar de las perturbaciones mentales como causas anómalas de emigración.

Uno de los más importantes motivos de emigración anormal es el conjunto de condiciones que de un modo sintético podemos agrupar bajo la común denominación de inadaptación al medio social. Los estudios de los naturalistas

han demostrado que los animales poseen la propiedad de adaptarse al medio en que habitan para conservar su vida, protegiéndola contra las circunstancias exteriores adversas.

El hombre posee también esta facultad; pero á la vez se halla dotado de otra más radical y elevada, la de adaptar el medio á sus necesidades, la de modificar á su voluntad las condiciones del ambiente, de tal suerte, que de perjudiciales se le conviertan en favorables; y todo el aspecto material del desarrollo de la civilización puede sintetizarse en esta conquista por el hombre y para el hombre de las fuerzas de la Naturaleza.

Pero en las sociedades cultas tiene mayor importancia que el ambiente físico, el moral, el constituído por los afectos y por las tendencias colectivas, por las mutuas obligaciones, por las mil formas de relaciones psíquicas que entre los individuos se establecen, y todo el que vive en este ambiente necesita estar adaptado á él para poder convivir con sus semejantes y ser útil á la sociedad. El sujeto que no se presta á esta adaptación será un elemento no sólo estéril, sino también perjudicial para la colectividad, un parásito ó un enemigo, según los casos, y debe ser eliminado del medio social al que no puede acomodarse, transportándole á otro con el que pueda hacerse compatible. La emigración es, pues, un recurso que puede dar buenos resultados en esta clase de individuos que no se amoldan bien á las normas sociales.

En los párrafos anteriores, al tratar de los emigrantes forzados por la miseria artificial, producto de sus propios defectos, ó por extravagante y descabellado afán de aventuras, ó, últimamente, por inadaptación al medio social patrio, nos hemos codeado ya con los tristes protagonistas de los estudios psiquiátricos: pertenecen esos sujetos á la inmensa y lamentable hueste que ocupa la amplia zona fronteriza entre la sanidad mental y la locura; son los degenerados, los desequilibrados, los débiles psíquicos, los amorales, los locos á medias, mil veces más peligrosos y más funestos para la sociedad que los vesánicos declarados, porque no se pueden adoptar con ellos las medidas coercitivas y protectoras que con éstos se toman. Todos estos desventurados llevan en su tara psicopática el motivo patológico que les induce á emigrar, y para muchos de ellos es el cambio de residencia un remedio eficaz, por el mecanismo que en otro lugar he indicado ya; pero otros, en cambio, ven aumentada su perturbación psíquica por las penalidades y rigores de la lucha por la existencia en una tierra extraña, y acaban de perder su vacilante razón, siendo arrojados por las tormentas de la vida á la penitenciaría ó al manicomio.

Y al tratar de este punto no puedo por menos de señalar un peligro que en el actual estado de cosas apunta para los países que dan grandes contingentes á la emigración, y es el de que, teniendo algunas de las naciones receptoras establecida la inspección y observación de los emigrantes, devolviendo á su punto de origen á aquellos que á su arribo ó antes de un plazo dado presenten algún trastorno mental, viene á constituir este procedimiento una á modo de selección á la inversa, en virtud de la cual se extrae de los Estados europeos indistintamente á los individuos mentalmente sanos y enfermos; pero mien-

tras que los primeros son retenidos en los países adonde aportan, los segundos retornan á su patria, la cual se encuentra así privada de sujetos útiles, y colmada de los incapaces y peligrosos.

Hay, por último, individuos que cambian de residencia bajo la influencia de una alteración francamente psicopática, en plena inconsciencia, y sin darse, por consiguiente, cuenta de los actos que realizan: son éstos los fenómenos conocidos en Psiquiatría con las denominaciones de dromomanía, automatismo ambulatorio y fugas, que suelen observarse en la epilepsia, en el histerismo, en la psicopatía constitucional, etc.; pero como no se trata en estos casos de emigración propiamente dicha, sino solamente de viajes más ó menos largos y complicados, aunque el hecho en sí sea en extremo interesante, y como tal me haya parecido oportuno recordarlo, no ofrece relación directa con el tema de esta conferencia, y, por consiguiente, no tengo para qué insistir más en tal asunto.

Pasaré á ocuparme ahora de los efectos patológicos de la emigración. En la parte consagrada á la psicología normal del emigrante se ha visto que la traslación á una tierra extraña produce una acción tónica y moralizante, restauradora de las energías psíquicas; mas para que este beneficioso influjo sea efectivo, es necesario que el sujeto posea ciertas condiciones de resistencia y de buen temple anímico, pues, de lo contrario, la grave conmoción moral que la emigración representa puede convertirse en causa de desequilibrio mental.

Fácilmente se comprende que la emigración figure entre las causas posibles de perturbación psíquica en los individuos predispuestos. Basta recordar los múltiples motivos de contrariedad, de temor y de agobio que en aquélla concurren; la incertidumbre del porvenir, la extrañeza del ambiente, la falta de simpatía, la novedad de todos los usos, el contacto ó el choque con individuos de costumbres opuestas, la rudeza casi primitiva que en los países de emigración suele ofrecer la lucha por la existencia; todo esto, unido al abrumador recuerdo de la patria lejana, del hogar perdido, de los seres queridos ausentes, y á la amarga remembranza de los conflictos, de las luchas y de las derrotas determinantes del propósito de emigrar, constituye un poderoso haz de influencias perturbadoras capaces de poner á prueba la estabilidad de las mentes sólidamente templadas y de vencer la resistencia de las más débilmente constituídas.

En la emigración, pues, intervienen multitud de factores susceptibles de producir trastornos psíquicos por el mecanismo de la emoción violenta, repetida y prolongada, por el del sobresfuerzo y el agotamiento mentales, y por el muy importante del sentimiento de soledad, de aislamiento, de desamparo, resultante de la falta de concordancia entre el individuo y el nuevo ambiente al que se ve transportado. Pero en la emigración juegan también otras causas que pueden llamarse indirectas de desequilibrio mental, y á la cabeza de ellas figuran el abuso de las bebidas alcohólicas y la influencia deletérea del clima, siendo estas dos causas de acción singularmente intensa cuando la emigración se hace á países cálidos, en los cuales el alcohol exagera sus efectos tóxicos

sobre el organismo, y el calor, ya directamente por sí mismo, ya mediante el pernicioso influjo de las enfermedades propias de los climas tropicales, es origen de múltiples y graves psicopatías.

La acción patógena directa ó intrínseca de la emigración se traduce principalmente en estados de depresión de ánimo de intensidad variable, desde la sencilla tristeza fisiológica aún justificada por el recuerdo de la patria y de la familia lejanas, hasta las diversas formas de melancolía simple, alucinatoria ó ansiosa, que constituyen verdaderos procesos psicopáticos, á veces de considerable gravedad. Todos estos trastornos se caracterizan por la debilitación de las energías psíquicas, por lo lento y penoso de todas las manifestaciones de la actividad mental, y especialmente por el matiz pesimista del tono afectivo; son, ante todo, procesos emotivos, en los cuales la alteración de los sentimientos es la alteración psíquica primitiva, derivándose de ellos todos los demás; y véase de qué curiosa manera la emigración, que en circunstancias normales ejerce una influencia tónica y reconfortante sobre la psiquis, en los casos anómalos por predisposición del sujeto, por su deficiente constitución psíquica, produce una acción diametralmente opuesta, deprimente é inhibidora de la actividad mental. Estos efectos antitéticos se explican porque los primeros, los fisiológicos, necesitan para manifestarse que el sujeto posea suficiente vigor, que sea capaz de reaccionar; y cuando la reacción es imposible, en vez de la normal exaltación de fuerzas, sobreviene el abatimiento, lo mismo que en el orden físico una ducha fría, por ejemplo, aplicada á un sujeto robusto, produce una estimulación general de las funciones orgánicas, mientras que en un caquéctico daría lugar á gravísimos fenómenos de colapso.

Entre los estados de depresión mental producidos por la emigración, merece mención especial, por lo frecuente, la nostalgia, el mal del hogar ó de la patria, que, desde el punto de vista psiquiátrico, no es más que un proceso melancólico simple, sin alucinaciones ni ideas delirantes, constituído fundamentalmente por una honda modificación del tono afectivo en el sentido de una tristeza permanente é incontrastable, con predominio casi exclusivo de las representaciones mentales referentes á la patria remota.

La depresión melancólica del ánimo da lugar otras veces en los emigrantes á la aparición de afectos psiconeurósicos de carácter neurasténico, psicoasténico ó hipocondríaco, especialmente cuando á los motivos de perturbación moral naturalmente implicados en el acto emigratorio se añaden otras circunstancias, como el excesivo trabajo corporal ó psíquico, la fatiga, las preocupaciones, las contrariedades, los fracasos en los intentos de crearse una posición social, los abusos de los placeres y las enfermedades orgánicas. Todas estas causas por sí solas son capaces de producir graves quebrantos en la salud del alma, y mucho más temible habrá de ser su deletérea acción en esos momentos de inestabilidad mental, de acentuada predisposición psicopática, de profunda crisis moral que la emigración engendra en los individuos que se ven obligados á abandonar su patria.

Despréndese de todo lo que acabo de decir que para evitar tantos y tan serios peligros, la higiene psíquica del emigrante habrá de ser mucho más severa aún que la de los individuos que permanecen en su medio habitual de residencia. Son singularmente temibles, como agentes destructivos de la integridad psíquica, el alcohol, hacia el abuso del cual se sienten, por desgracia, atraídos tantos emigrantes, pretendiendo encontrar en las ficticias y fugaces alegrías que proporciona, olvido á sus íntimos dolores, y el sobresfuerzo mental y físico, el agobio, el agotamiento de todas las energías individuales á que da lugar el ardiente afán de conquistar rápidamente una fortuna que les permita volver lo antes posible á su tierra natal. Moderación, lo mismo en el trabajo que en los placeres, vida metódica y ordenada, y abstinencia especial de las bebidas alcohólicas, son los preceptos fundamentales del código moral é higiénico á que debe acomodar su conducta todo emigrante que quiera conservar su salud psíquica.

Llego, señores, al término de esta ya demasiado extensa conferencia, y al recordar el propósito que me ha guiado, os diré, ante todo, que no abrigo la fatua creencia de haberos enseñado nada nuevo: todos los conceptos que he emitido eran de sobra conocidos por un auditorio tan culto como el que me ha dispensado la inmerecida honra de escucharme; y como yo no podía aspirar al descubrimiento de horizontes ignotos para tan ilustrados oyentes, mi misión ha sido mucho más modesta, pues se ha limitado á recoger un haz de nociones de todos conocidas, triviales y vulgares si se quiere, pero interesantes siempre, y á enlazarlas metódicamente entre sí, formando con ellas un conjunto coordinado y sistemático que representa uno de los aspectos más importantes y á la vez menos estudiados del movimiento emigratorio, el aspecto psíquico individual del mismo, estudio analítico en el que se han de encontrar los primitivos fundamentos de las leyes que rigen el gran fenómeno sociológico de la emigración. He procurado evidenciar cuáles son los resortes psíquicos que mueven al hombre á cambiar de país, señalando el mecanismo de los principales de aquéllos y su influencia favorable ó perjudicial en el individuo y en la colectividad; he estudiado después las modificaciones psíquicas que la emigración en circunstancias normales produce en el sujeto, y estas consideraciones de psicología normal me han permitido abordar á continuación la parte del tema dotada de mayor importancia práctica, la referente á la psicología patológica del emigrante, indicando cuáles son las causas anormales de emigración, y, por último, qué efectos nocivos puede producir ésta en la mente de los individuos predispuestos ó en la de aquellos otros en que concurren circunstancias desfavorables para el mantenimiento de la salud psíquica, y en las conclusiones á que he llegado en esta última parte de mi trabajo pueden inspirarse utilísimas prescripciones higiénicas y profilácticas, que permitan hacer una prudente selección entre los candidatos á emigrantes, y que eviten á los que de hecho emigran muchos de los riesgos á que exponen la integridad de su mente.

Estas conferencias no merecen ser consideradas más que como un modesto

é insignificante índice ó prontuario de más hondos estudios relacionados con el tema que he tratado. Al juicio de todos los que me han escuchado someto los conceptos vertidos, y si alguien encuentra en ellos inspiración para trabajos de más fuste que este humildísimo mío, me consideraré dichoso por haber así indirectamente cooperado á una obra de cultura y de progreso.

Dr. Enrique Fernández Sanz.

Á ESPAÑA

CON MOTIVO DE SUS RECIENTES PREPARATIVOS MILITARES PARA INTERVENIR EN MARRUECOS

Á la memoria de mi ilustre amigo D. Joaquín Costa

NUESTRO PUEBLO

Supersticioso, frívolo, indolente,
refractario al estudio y á la ciencia
y amigo de aventuras y pendencia,
siempre fué contumaz é intransigente.
Cifra todo su orgullo en ser valiente,
la espada simboliza su existencia:
con la cruz agarrota la conciencia
y con la punta inmola al combatiente.
Nació el odio doquier la planta puso;
la suerte le brindó tierras y mares
que ha derrochado criminal é iluso;
llegó á regir naciones soberanas,
y hoy, misérrimo, llora sus pesares
¡náufrago triste en costas africanas!

Mayo de 1898.

(De mi colección *Botones de fuego*)

Al mirarte otra vez, mísera España,
pronta á ceñir el militar arreo,
lloro el sino fatal que te acompaña.

Aún tus heridas desgarradas veo,
aún gimes tu postrera desventura,
¡y ya deliras con marcial trofeo!

Quijote eterno de imposible cura,
¿cuándo, libre de bélicos antojos,
recobrará tu mente la cordura?

¿Cuándo tu atraso te dará sonrojos
y, tornando al pasado la cabeza,
hacia el progreso volverás los ojos?

¿Piensas que constituye la grandeza
de una nación lo vasto de su imperio?
¡Qué lamentable error! Tu ocaso empieza

después de conquistar un hemisferio,
que en lugar de acrecer tu señorío,
trágico le sirvió de cementerio.

Mira, en cambio, otros pueblos que, sin brío
para luchar, pequeños por la tierra,
son más grandes que tú. Su poderío

no es el vano y fugaz que da la guerra:
es el que da el estudio y el trabajo
y en las virtudes cívicas se encierra.

¡Incorpórate, pues; surge del tajo
donde ha tiempo dormitas musulmana
y, sin buscar lo breve del atajo,

entra en la honrada senda del mañana!
Multitud de falaces *patrioteros,*
exhumando la rancia gloria hispana,

te hablarán de enemigos extranjeros
que acechan, codiciosos, tu frontera
para invadirla y para hollar tus fueros;

te hablarán del honor, de la bandera,
de expansión mercantil y del idioma,
que necesita dilatarse fuera;

dirán, en fin, que la barbarie asoma
á tus puertas, y pones en olvido
civilizar las tribus de Mahoma.

¡Son los de siempre; no les des oído;
por escuchar sus cantos de sirena
ni la sombra eres ya de lo que has sido!

¡Son los de siempre! Con el alma llena
de otro tiempo mejor, sin dar un paso,
nostalgia medioeval los enajena.

Viven con cuatro siglos de retraso,
y en la leyenda de oro siempre fijos,
no advierten la miseria y el atraso

en que hoy estás. ¡Civilizar tus hijos!...
¡Redimir tus soldados!... La conquista
siempre da nombre santo á sus alijos,

siempre esconde su cálculo egoísta
y despedaza al que postrado gime
con honesto disfraz de moralista.

¡Civilizar y redimir! Sublime
y alta virtud; mas ¿quién, oh soñadora,
á ti te civiliza y te redime?

Esa noble misión educadora
no es para pueblo que la ciencia olvida
y sin alientos sus desdichas llora;

es para aquel, pletórico de vida,
que impone de su espada el duro peso
y sabe luego restañar la herida;

que se hace bendecir por el opreso
y deja en pos de sí brillante estela
de riqueza, de paz y de progreso.

¿Es algo así lo que tu orgullo anhela?
¿Vas á gastar tu sangre y tu tesoro
por fundarles la fábrica y la escuela?

¿Qué ventajas espera de ti el moro
para que al fin, sumiso y de buen grado,
te brinde con la tierra y con el oro?

Llevarás lo que siempre le has llevado
al colono: codicia y fanatismo,
el burócrata, el fraile y el soldado.

Oye más. Aunque triunfe tu heroísmo,
no lograrás filones ni verjeles,
pues te pondrá su veto el egoísmo

de ambiciones extrañas. Los laureles
te dejarán; te dejarán la gloria
con todos sus brillantes oropeles;

pero el rico botín de la victoria
del más fuerte será presa exclusiva,
que ésa es la ley eterna de la Historia.

Ya otras veces, después de guerra viva,
en las entrañas de ese territorio
tu planta con valor pusiste altiva;

y de aquel codiciado y rico emporio
con que soñaste, ¿qué te quedó, en suma?
¡Un amargo recuerdo vejatorio!

¡Ah!, si en vez de mirar lejana bruma,
tus ojos se volvieran á ti misma
para ver la desgracia que te abruma;

si en vez de conjurar extraño cisma,
pusieras orden en tus propios lares,
donde existe también mucha morisma;

si toda la riqueza y los millares
de jóvenes que cueste la campaña
se invirtieran en pro de tus pesares;

si capaz fueras de tan noble hazaña,
¡qué pronto, sacudiendo tu marasmo,
en Europa entrarías, oh mi España!

¡Qué pronto los que miran con sarcasmo
tu moribunda postración, la mofa
trocaran en respeto y entusiasmo!

Mas deliro. Comprendo que mi estrofa
tu cólera despierta y, vocinglero,
ya percibo el rumor que me apostrofa.

Cada cual de su historia es prisionero,
y en ti se modeló con el transcurso
de los siglos el tipo del guerrero.

¿Qué valen, pues, razones ni discurso?
¿Quién de una raza que al pasado mira
tuerce de pronto el milenario curso?

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Pulsemos otras cuerdas de la lira;
atruenen riscos, valles y vertientes
la hipérbole ampulosa y la mentira.

¿Españoles no sois? ¡Pues sois valientes!
¿Quién habla de cordura y de desmayo?
¿Tejieron nuestra historia los prudentes?

¡Huestes del Cid! ¡Mesnadas de Pelayo!
¡Mártires de Sagunto y de Numancia!
¡Surgid blandiendo el fulgurante rayo,

y vuestra antigua bélica arrogancia
llene de asombro á la espantada Tierra!
Ya se remonta el águila de Francia,

y aún no ruge el león. ¡Guerra, sí, guerra
al infiel marroquí! La media luna
se alza frente á la Cruz, y Africa encierra

el porvenir de España y su fortuna.
Nuestras escuadras el Estrecho undoso
veloces crucen sin zozobra alguna,

que el mar, inquieto cual corcel fogoso,
al sentir el poder de nuestra historia,
¡su crin de espuma tenderá, orgulloso
de que pase por ella tanta gloria!

Cándido Ruiz Martínez.
Senador del Reino
y teniente coronel de E. M.

Dehesa «Mocheta», abril de 1911.

INFORMACIONES

Actualidades

XXII Congreso Eucarístico Internacional

Dijo Miguel de Cervantes, príncipe de los ingenios españoles y esclavo del Santísimo Sacramento, que «el mezclar lo humano con lo divino es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento». No quisiera yo que sobre mí recayese el peso de tan justa sentencia, ni dejo de recelar que pueda parecer inoportuna la intervención de un humilde profesor de letras humanas en un acto que principalmente requiere el concurso de las divinas. El solemne misterio que estos días conmemoramos, la inefable emoción que embarga toda alma cristiana ante el espectáculo de una muchedumbre congregada de todos los términos de la tierra para rendir tributo de fe y amor á Cristo sacramentado, parece que ahuyenta todo pensamiento profano, y hiela en los labios toda palabra que no sea una oración. Sólo la voz de la ciencia teológica puede levantarse potente y autorizada para esclarecer, en cuanto es concedido á nuestra débil luz intelectual, los arcanos del dogma. Temeridad sería en el simple fiel pretender escudriñarlos. Bástale acercarse con pavor y reverencia á la Mesa donde se sirve el Pan de los Ángeles. Suene, pues, el acento de los doctores que de la Iglesia tienen misión para enseñar, ya en la cátedra del Espíritu Santo, ya en las tesis y disertaciones de este grandioso Congreso. Preparemos los oídos para escucharlos, y abramos el espíritu á la eficacia de su doctrina, que no caerá en suelo estéril si la recibimos con razonable obsequio y corazón contrito y humillado.

Es este misterio de amor centro de la vida cristiana, lazo estrechísimo entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre; Sacramento augusto de la ley de Gracia, que en él recibe su perfección y complemento, mediante la comunión substancial del Sacratísimo Cuerpo de Cristo velado en las especies eucarísticas. Este sacrificio perenne é incruento, que cada día se ofrece en innumerables aras, es promesa de inmortalidad y prenda sacrosanta del rescate humano. Por él forma la cristiandad un cuerpo místico que recibe la savia de su Divino Fundador, y liga á todos sus miembros con vínculos de caridad indisoluble. Sin la inmolación perpetua de la Víctima Sagrada no se concibe el sacerdocio ni el altar. La vida parece como que se disipa entre las nieblas de un intelectualismo vago, sin llama de amor ni eficacia en las obras. Este único y verdadero sacrificio no es sombra y figura, como los de la Ley Antigua, sino realidad presente y eterna, renovación del sacrificio del Calvario, que salva á todo hombre que quiere salvarse. En él está la raíz del orden religioso, y por él se difunde en nuestra naturaleza regenerada y transfigurada el raudal de la Gracia.

Pero este raudal á todas partes llega, y no hay facultad humana que en sus aguas no se purifique, cuanto más aquella tan noble y excelsa que á nuestro espíritu fué concedida de manifestar por medio de imágenes sensibles la belleza ideal, *pura, inmóvil* y *bienaventurada,* como Platón la columbró en sus ensueños; como la mostró la Revelación cristiana, no en la vaga región especulativa, ni encubierta bajo las sombras y cendales del mito y de la alegoría, sino viva, triunfante y gloriosa en la persona del Verbo Encarnado, fuente de todo bien y toda sabiduría. El arte, pues, y cada una de

las artes, principalmente el arte de la Poesía, que por su universalidad parece que las comprende á todas, ha sido en el pueblo cristiano, y sobre todo en el nuestro de la edad de oro, una forma de enseñanza teológica, una cátedra abierta á la muchedumbre, no en el austero recinto de las escuelas, sino en la plaza pública, como en los días triunfantes de la democracia ateniense, á la radiante luz de nuestro sol nacido para reverberar en las custodias y convertirlas en ascuas de oro. Con tales alas volaba el genio de nuestros poetas ante millares de espectadores de imaginación fresca y dócil, de entendimiento despierto y ágil para seguir las más sutiles abstracciones, y de voluntad tan perseverante y firme como recio era su brazo, templado en todos los campos de batalla del mundo.

Así nació aquel género dramático, tan propio y peculiar nuestro, que á duras penas consiguen los más eruditos extranjeros darse cuenta de su especial carácter, y no son pocos los que con notoria impropiedad le usan como nombre genérico de toda representación á lo divino. Los *autos sacramentales* tienen un tema único, aunque de fertilidad inagotable y desarrollado con riquísima variedad de medios y recursos artísticos: el dogma de la presencia eucarística. Este dogma es el que en las obras de nuestros poetas reduce á grandiosa unidad toda la economía del saber teológico, y reviste de símbolos y figuras á un tiempo palpables y misteriosas la historia y la fábula, el mundo sagrado y el gentil, los áridos esquemas de la dialéctica y los arrobamientos del amor místico, para ofrecerlo todo, como en un haz de mirra, ante las aras del Divino Pan, multiplicado en infinitos granos.

Vivimos entre prodigios: sin la luz de la Revelación son enigmas indescifrables nuestra cuna y nuestra tumba; no hay instante sin milagro, según la vigorosa expresión de nuestro dramaturgo; y cumple el arte su fin más sublime cuando nos sumerge en las tinieblas de la noche obscura del alma para aleccionarnos con aquel extraño género de sabiduría que el gran doctor del Carmelo comprendió en tres versos, tan sencillos en la letra como hondos en el sentido:

> Entréme donde no supe,
> y quedéme no sabiendo,
> toda ciencia transcendiendo.

Son las alturas de la contemplación mística de difícil acceso para el pie más ágil y para el más alentado pecho, ni es la doctrina de la perfección espiritual materia de mero deleite estético, sino regla y disciplina de la voluntad y del entendimiento. Error grave, y en nuestros tiempos muy vulgarizado, es el de buscar la verdad por el camino del arte, ó suponer que cierta vaga, egoísta y malsana contemplación de un fantasma metafísico que se decora con el nombre de belleza pueda ser norma de vida ni ocupación digna de un ser inteligente. En el fondo de este *dilettantismo* bajo y enervante, feroz y sin entrañas, late el más profundo desprecio de la humanidad y del arte mismo, que se toma así por un puro juego sin valor ni consistencia. Cierto es que las formas bellas tienen valor por sí mismas, y le tienen también por su rareza, puesto que son tan fugaces las apariciones con que recrean la mente de los humanos; pero su propia excelencia intrínseca no se concibe sin el sello del ideal que llevan estampado, puesto que meras combinaciones de líneas, de colores, de sonidos musicales ó de palabras sometidas á la ley del ritmo serán un material artístico muerto hasta que la voz del genio creador flote sobre las ondas sonoras y sobre el tumulto de las formas anhelantes de vida, como flotaba el espíritu de Dios sobre las aguas.

Pero hasta ahora no hemos traspasado los límites del orden natural; osemos penetrar, con temor y reverencia, en el orden sobrenatural y de gracia. Una inmensa revelación, cuya necesidad se adivina y presiente en el término del conocimiento filosófico, en las aspiraciones insaciables del alma sedienta del bien infinito, en aquella luz interior que es participación de la luz increada, ha transformado el arte como todas las demás obras de la actividad humana. Un misterio de amor inefable ha conmovido las entrañas de la tierra y ha hecho brotar, copiosa y dulce, la fuente de las lágrimas. El ideal se ha manifestado, no en la fría y severa región especulativa, ni envuelto en símbolos y enigmas, sino accesible y familiar: vistiendo carne mortal, peregrinando entre los hijos de los hombres, hecho varón de dolores, y cargando sobre sus hombros el peso infinito de la Humanidad prevaricadora. La Divinidad habitó entre nosotros, y fué Dios y hombre juntamente, y enalteció y transfiguró la naturaleza humana al unirse con ella. Un nuevo tipo de belleza espiritual amaneció para el mundo que cae del lado acá de la Cruz. No son ya lo bello y lo feo, ni siquiera lo ideal y lo real, quienes se disputan el imperio del arte. Una belleza más alta, que es suprema realidad y puro ideal á la vez, lo ha iluminado todo, lo ha penetrado todo, lo ha regenerado todo, ha impreso el signo de la redención en la criatura más abyecta, y, haciéndose todo para todos, ha abierto sus entrañas de infinita misericordia al pobre lisiado cuyas líneas contradicen groseramente el canon estético, á la pecadora y al publicano, al facineroso arrepentido cuya vida ha sido grosera infracción de la sabia economía social.

A este arte pertenecen las producciones de nuestros grandes poetas religiosos, y el drama eucarístico muy en particular. No son los autos una transformación de los antiguos *Misterios,* porque nunca se expuso directamente en éstos el dogma de la presencia sacramental. Sabemos positivamente, por datos de los siglos XIV y XV, que en Gerona, en Barcelona, en Valencia, representaciones devotas de vario argumento acompañaron á la festividad del Corpus, acaso desde tiempos muy próximos á su introducción en España. Pero estas piezas nada tienen de peculiarmente eucarístico. *El sacrificio de Isaac, El sueño y la venta de José,* que representaban los beneficiados de Gerona; los tres *misterios* valencianos, vivos aún, del *Paraíso terrenal,* de *San Cristóbal* y de la *Degollación de los Inocentes,* y otros que á este tenor pudieran citarse en la antigua literatura catalana, no tienen con el auto sacramental más relación que la de haber sido representados durante la procesión del Corpus, ó como accesorio y complemento de ella. Otro tanto acontece con el más antiguo que se conoce en castellano, aunque de autor portugués, el *Auto de San Martín,* de Gil Vicente, representado en Lisboa en 1504.

Pero ya antes de mediar el siglo XVI el auto sacramental se afirma con sus propios, inconfundibles caracteres, como protesta de la Musa popular contra la negación de la presencia real formulada por luteranos y calvinistas. Sencillísimas son en su traza y artificio las obras de este primer período, hasta el punto de calificarlas uno de sus autores de «sermones en representable idea». Pero no falta en algunas de ellas muy dulce y cándida poesía, que, por lo mismo que surge sin esfuerzo y se expresa sin aliño, deja en el alma el regalado sabor de las agnas de una fuente agreste é incontaminada que brota en lo más hondo del bosque primitivo. El anónimo poeta del *Aucto de las donas* (ó de los instrumentos de la Pasión) *que envió Adán á Nuestra Señora,* llenó su composición de dulces y patéticos afectos, y el valenciano Juan de Timoneda, aunque más tuvo de refundidor hábil que de autor original, superó acaso á todos los de su tiempo en algunas de las poesías contenidas en sus *Ternarios sacramentales,* especialmente en el delicadísimo auto de *La oveja perdida.*

En manos de Lope de Vega y de sus discípulos Tirso de Molina y Valdivieso, el auto se transformó todo lo restante; pero no por evolución radical del género, sino por el prestigio de un superior talento poético y de una lengua y una versificación llegadas á la cumbre. Lope resulta mucho más original, mucho más creador en el drama profano que en el sagrado, y más en el historial que en el alegórico: la perfección de éste quedaba reservada para los tiempos de Calderón. En los autos de Lope la alegoría es superficial, inmediata, digámoslo así, y carece de la profundidad metafísica que informa otras representaciones posteriores; pero está menos expuesta que ellas á degenerar en árida y fría. Si los poetas que le sucedieron parecen más adelantados en combinaciones técnicas, él los vence á todos en *objetividad y evidencia poética,* como notaron perfectamente Schack y Grillparzer. El ingenio de Lope era un raudal de inexhausta poesía, que fertiliza todo lo que toca. Su lirismo no es espléndido y profuso, intemperante y barroco, como el de Calderón, sino que brilla con luz suave y continua, cuyos resplandores alegran el alma. En la expresión viva y sincera de los afectos, en la interpretación grave y sencilla de las parábolas evangélicas (la viña, la siega, la oveja perdida), en la paráfrasis bellísima del *Cantar de los cantares* aplicado al misterio eucarístico, Lope merece á cada momento la calificación de gran poeta. No deslumbra, no fatiga con la afectación de lo colosal y desmesurado, con el alarde intempestivo de los tesoros de la memoria y de las formas de la argumentación. Su estilo habitual es más gracioso que robusto, más patético que grandilocuente; pero á veces se levanta con energía y solemnidad inusitadas, y llega por el camino de la intuición poética á la mayor elevación ideal. Todo parece en él tan espontáneo como en el arte popular, en el cual tiene sus raíces hondísimas el suyo. Las flores villanescas de los ingenuos autos viejos lucen más en el búcaro gentil en que las colocó la mano de Lope; pero no han perdido su aroma silvestre y campesino.

A este gran poeta fué concedido también dar la más alta nota lírica en el concierto de nuestra poesía eucarística, no sólo en sus villancicos y canciones cortas, sino en algunos admirables sonetos, de los cuales he de citar uno solo, donde la contrición del gran pecador resuena como velada en la voz augusta del sacerdote:

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto,
que arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo, y con dolor suspiro.
Volved los ojos á mirarme humanos;
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras,
que á quien os tuvo en sus indignas manos,
vos le dejéis de las divinas vuestras.

Lecciones, no sólo de piedad y de vida ascética, sino de teología dogmática, contienen nuestros autos, donde hasta la ornamentación barroca y el juego, al parecer, caprichoso de la imaginación suelen encerrar hondo sentido. Acaso sea su principal defecto en la última y grandiosa manera donde estampó su sello Calderón, cierto abuso del espíritu dialéctico que no siempre llega á obtener plena realización poética ni á encarnarse ade-

cuadamente en el símbolo. Pero ¡qué fuerza mental supone en el poeta y en los espectadores esta continua evocación de formas intelectuales que pugnan por adquirir vida dramática, aunque resulte á trechos incompleta y borrosa, árida unas veces por sobra de razonamiento, y otras ahogada bajo el peso de una vegetación lírica cuyas pompas y esplendores no siempre disimulan el marchito color de la decadencia!

Hay en la urdimbre complicadísima de los autos calderonianos un principio de unidad y armonía que salva todos los escollos, que atenúa todas las disonancias, que resuelve todas las antinomias y hace penetrar la luz en los recintos de la obscura y enmarañada selva, donde, á través de la maleza del culteranismo, se oye confuso estrépito de palabras sonoras y se ven pasar en tropel sombras de imprecisos y vagos contornos: criaturas humanas, angélicas y diabólicas; patriarcas y profetas de la Ley Antigua; apóstoles, santos y doctores de la Nueva; filósofos de la gentilidad; divinidades del Panteón clásico; ideas escolásticas convertidas en personajes activos; silogismos que hablan y se mueven entre lances de teatro; las edades históricas, los elementos de la materia, todos los seres naturales y los que produce el artificio del hombre. Entre todos ellos hay analogías y concordias: éste es el principio fundamental de la poética calderoniana, á lo menos en los autos. Sólo un gran poeta, de fantasía tan rica como disciplinada, que ni siquiera las nieblas del mal gusto, con ser tan frecuentes, llegan á ofuscar del todo, hubiera sido capaz de esta sublime idealización, que es una de las cumbres del arte cristiano. Para ello le sirvió su magistral pericia técnica adquirida en obras de índole muy diversa, el poder de concentración dramática en que tanto sobresale, la natural tendencia de su espíritu á poner en sus grandes representaciones de la vida humana, y hasta en los ligeros bosquejos de costumbres de su siglo, algo que transciende del hecho limitado y del conflicto de las pasiones, y nos hace entrever espirituales enseñanzas bajo el velo de figuras y emblemas que encarnan ya la victoria del libre albedrío sobre los prestigios del infierno, ya la constancia invicta del mártir cristiano, ya la solución altísima del enigma de la vida, que de las ilusiones del sueño surge purificada y triunfante, y hace brotar, no las aguas letales del pesimismo, sino la fuente de la acción generosa y fecunda que ennoblece el alma y la dispone y ordena para el eterno despertar.

Aun considerado meramente como dramaturgo profano, Calderón ocupa uno de los primeros puestos en la historia literaria del mundo. Pero dentro y fuera de su patria brillan con luz tanto ó más radiante que la suya otros grandes ingenios que en ciertas condiciones le igualan, y en dotes muy señaladas de invención, realidad artística, firmeza en el dibujo de los personajes, lozanía y viveza en el diálogo, locución genial y propia, indudablemente le vencen, como hoy reconoce la crítica imparcial y serena, libre ya de los apasionamientos románticos. Pero en el drama alegórico-espiritual reina indudablemente solo, y como cantor de la Teología, como poeta del simbolismo cristiano, no tiene rival después de Dante. La riqueza de poesía lírica derramada en los autos es maravillosa; pero no pasma menos la variedad de signos tomados ya del mundo físico, ya del moral, ya de la historia, ya de la fábula, en que el poeta engasta un pensamiento dominador, y puede decirse que único. Claro es que no todas estas aplicaciones son igualmente felices, que algunas parecen violentas y hasta irreverentes (aunque la robusta fe de Calderón y de su auditorio lo salvaban todo), y que en otras se combina la sutileza escolástica con el follaje del culteranismo para producir verdaderos monstruos. Ni puede negarse que en medio de tanta riqueza de recursos y combinaciones brota del conjunto cierta impresión de monotonía que procede en buena parte de la afectada simetría de los planes y del amaneramiento ingenioso, pero amaneramiento al cabo, de la dicción, que no siempre responde á la elevación metafísica de los conceptos. Lunares son que no

pretendemos disimular y que en nada agracian la faz de la poesía calderoniana, que quisiéramos constantemente grave, majestuosa y sencilla, como lo es el pensamiento que la informa. Pero ¿qué artista, y menos un artista popular como tiene que serlo el poeta dramático, cuya obra se construye, digámoslo así, en colaboración con el público, ha logrado emanciparse de las prácticas y de los gustos de su época? Por eso la noble y austera musa de Calderón se nos presenta tantas veces ataviada con el vano lujo y los afeites de la decadencia. Y en los autos más que en las comedias, por ser los autos en gran parte producciones de su vejez, iluminada hasta el fin por los resplandores del genio, pero que no podía menos de sentir el desfallecimiento de los años ni dejar de velarse con las nubes que obscurecían cada vez más el horizonte de la patria.

Tremendos días fueron aquellos de la segunda mitad del siglo XVII en que la integridad peninsular sufrió tan rudo quebranto, y aún fué mayor el amago que la catástrofe, con ser ésta tan formidable; pero tenían los hombres de aquella era algo que en las tribulaciones presentes se echa de menos, algo que no es resignación fatalista, ni apocada y vil tristeza, ni rencor negro y tenebroso contra la propia casta, como si pretendiéramos librarnos de grave peso echando sobre las honradas frentes de nuestros mayores los vituperios que sólo nosotros merecemos. Era la humildad cristiana, que abatiendo al hombre delante de Dios, le ensalza y magnifica y robustece delante de los hombres, y le hace inaccesible á los golpes de próspera y adversa fortuna. Era el acatamiento hondo y sencillo de la Potestad suprema, que manda sobre los pueblos el triunfo ó la derrota, la grandeza y el infortunio, el perdón ó el castigo. Era el espíritu de caridad, que, no por derramarse sobre todas las criaturas humanas, deja de tener su hogar predilecto allí donde arde inextinguible y pura la llama de la patria, dos veces digna del amor de sus hijos: por grande y por infeliz.

Y así, en medio de los varios trances de la fortuna bélica, en medio de los grandes desastres que anublaron los postreros años del reinado de Felipe IV y el largo é infelicísimo de su vástago desventurado, aquella generación que llamamos decadente, y que lo era, sin duda, en el concepto económico y político, todavía conservaba intensa, viva y apacible la luz del ideal evangélico, y con ser iguales todos los atributos de Dios, todavía gustaba más de especular en su misericordia que en su justicia. La solemne tristeza de la edad madura y el desengaño de las vanidades heroicas no eran entonces turbión de granizo que desolase el alma, sino capa de nieve purificadora, bajo la cual yacían las esperanzas de nueva primavera en la tierra, de primavera inmortal en los cielos. Esa edad tuvo á Calderón por su poeta, y tuvo por sus pintores á Murillo y al autor del pasmoso lienzo de la *Sacra Forma*.

Y así como de Sócrates dijeron por el mayor elogio los antiguos que había hecho bajar á la filosofía á las mansiones de los hombres, así del arte español dramático y pictórico del siglo XVII podemos decir, salvando todos los respetos debidos á los grandes teólogos y apologistas, que puso al alcance de la muchedumbre lo más práctico y asequible, lo más efectivo y profundo de la literatura ascética, y sentó á la Teología en el hogar del menestral, y abrió al más cuitado la visión espléndida de los cielos: rompientes de gloria y apoteosis, sombras preñadas de luz, formas angélicas, tan divinas con ser tan humanas, tan castas con ser tan bellas; y todo ello para espiritual recreación de cuatro demacrados ascetas que parecen hechos de raíces de árboles, con el burdo sayal pegado á las carnes, y la mirada fija, ardiente, luminosa, de quien nada puede contemplar en la tierra que iguale á los éxtasis anticipados del cielo.

M. Menéndez y Pelayo.

Política internacional

Alemania interviene en Marruecos

Volvamos á nuestra labor.

Ya ha pasado el Congreso Eucarístico, con sus sesiones entre eclesiásticos y seglares, con sus romeros y peregrinos, con su clero secular y regular, con sus estandartes y banderas, con sus obispos, con su procesión ferviente, ordenada, respetuosa, culta, colosal, inmensa, símbolo de una fuerza espiritual cuya raigambre forma el ciclópeo cimiento de la vieja y grandiosa patria española; ya la atención de nuestro pueblo vuelve á encauzarse hacia ese problema marroquí, que tanto le interesa, y es hora ya de que yo continúe la campaña periodística en favor de nuestras legítimas aspiraciones en Marruecos, campaña empezada hace más de dos años con entusiasmo y desinterés, seguida con constancia y abnegación, puestos sólo los ojos en el porvenir de España y en la gloria de su heroico Ejército. Vuelvo, pues, á emprender mi labor, sin que me desvíen ni una línea en el cumplimiento de este deber sagrado ni los gritos y calumnias de los «afrancesados» y «pacifistas» ni la postración en que han caído los hombres de poca fe, afectos de pesimismo mortal.

Señor presidente del Consejo de ministros: No hay que dormirse en los laureles. Bien hecho estuvo lo de Larache y lo de Alcázar. El Sr. Canalejas y el señor marqués de Alhucemas merecen un público aplauso por el tino, la prudencia y la energía con que llevaron á fin esta parte de nuestro programa africanista. La penetración española por Melilla anda admirablemente. Aquel valeroso y sufrido ejército va dilatando sin cesar el radio de acción de la zona rifeña de España. Nuestros caballos abrevan ya en el Kert; y por el Este, desde El-Zaio hasta el Muluya, en la extensa y feracísima vega de Sebra, de más de 500 kilómetros cuadrados, prestan servicio de seguridad los soldados españoles.

Por todas partes se multiplican allí los dispensarios médicos militares, llevando á los hogares de los pobres é infelices berberiscos la caridad sin límites de esa abnegada, infatigable y cultísima Sanidad de nuestro Ejército. En Melilla, las edificaciones modernas y los barrios extramuros aumentan sin cesar; el crecer continuo de una vida exuberante ensancha por momentos los límites de la urbe, centuplicando sus fuentes de riqueza con los beneficios de la industria y del comercio. La Administración pública de la plaza, ejemplo de actividad, de rapidez, de orden, de dulzura, de equidad y de justicia, pudiera servir de modelo á la nuestra general del Estado, pues á su aliento benéfico nacen las escuelas que instruyen al pueblo, enseñoréase la higiene de la ciudad, el ornato comunal aparece con sus líneas artísticas y sus jardines vivificadores, los hospitales son centros de salud, y todo el ambiente de vigilancia y de paz incita y convida al remunerador trabajo. La gratitud de la patria recae sobre esos hombres que llevan á cabo obra tan civilizadora.

Pero todo esto, con ser tanto y tan beneficioso á nuestra misión moral en Marruecos, no es bastante. Se impone que inmediatamente ocupemos á Tetuán. La toma de Tetuán constituye el deseo constante de nuestro pueblo. Tetuán fué reedificada por moros españoles; en ella se conserva pura la sangre de los árabes granadinos; sus judíos tienen nuestro idioma como lengua familiar y doméstica; la colonia europea tetuaní

casi toda es española, y en las plazas y callejas de la encantadora villa *Ojos de manantial* aún vive el recuerdo de aquel glorioso ejército del general O'Donnell. Es preciso que sobre la alcazaba de Tetuán ondee otra vez, y pronto, la bandera de España.

La ocupación por nuestras tropas de la hermosa Tet-Tagüen, de la vieja ciudad del valeroso halifa de Boabdil, Sidi El-Mandri, no puede causar alarma ni recelo á ninguna de las naciones signatarias del Acta de Algeciras. Con esta operación militar España cumplirá los deberes de policía que le asigna aquel Código internacional, pues conocidos por Europa son los robos y asesinatos que perpetran á diario, hasta á las mismas puertas de la villa, las bandas de forajidos que infestan la comarca, y todo el mundo sabe con qué ansia de sosiego, de seguridad y de justicia nos llaman de continuo los pacíficos tetuaníes. Constituye, por tanto, una obligación nuestra restablecer el orden, imponer la paz en la zona española donde el Sultán no tiene autoridad efectiva ni fuerza para hacer cumplir el imperio del derecho.

No basta tampoco con la ocupación de Tetuán: tenemos que hacer más. Es indispensable y urgente dominar desde Melilla hasta Kazba-Mesun, tendiendo un ferrocarril de campaña que arranque de nuestra plaza rifeña; llegue á la Restinga por la lengua de tierra que separa á Mar Chica de Mar Grande; suba á Zeluán, atravesando la llanura de El-Buerg, tocando en Zoco El-Arbáa; baje recto al santuario de Sidi-Alí-Musa, y se dilate hasta la antigua alcazaba de Mesun, donde, por medio de un puente, podría empalmar con la línea central francesa. Este ferrocarril tiene forzosamente que ser del Estado, y militar—como todos los de nuestras dos zonas en Marruecos—, construído por los ingenieros militares, aunque se deba dedicar al tráfico industrial de la región.

Dicho camino de hierro reúne las ventajas siguientes: primera, estará á cubierto en el primer tercio de su tendido de cualquier golpe de mano ó sorpresa de parte de los moros; segunda, por ser en terreno llano, será baratísima su construcción; tercera, necesitará muy poca fuerza para su custodia y vigilancia; cuarta, es la única línea estratégica que con pequeño esfuerzo subyugará en seguida, y para siempre, á las guerreras kabilas de Eulad-Settut, Beni-Ukil, Beni-Bu-Yahhic, Mtalsa, Eulad Bu-Rima y Eulad-Beccar; quinta, marcará el límite de la frontera sur de nuestra zona, para que ya no tengamos más dificultades con Francia sobre este asunto; sexta, pondrá rápidamente en explotación unos 9.000 kilómetros cuadrados de suelo marroquí; y séptima, agrandará y asegurará el comercio de Melilla.

También es de urgencia que nuestros soldados se posesionen de Wazan—notorias son la inseguridad y los desórdenes que reinan en dicha comarca—, y que, desalojado el Garb por los franceses, los españoles lleguemos á la derecha del Sebú, corriéndonos hasta la confluencia del Inauen con el gran río.

Supongo que Wazan y el Garb, según el Tratado secreto de 1904, no caen dentro de nuestra zona de influencia; pero España debe rectificar prácticamente aquel convenio, aunque oficialmente no lo denuncie, persuadiendo á Francia de cuánto á la República le interesa que los españoles nos encarguemos desde el Sebú y el Inauen hasta el Atlántico y el Mediterráneo. Esta rectificación sobre la marcha del Tratado hispano-francés calmaría los recelos de Europa, pues es peligrosísimo para la paz francesa la realización de esa utopía cómoda de suponer la integridad del Imperio del Sultán bajo el protectorado y la soberanía efectiva del Sindicato colonial francés... ¡La integridad del Imperio del Sultán!... ¿Piensa Francia que Alemania es cándida y le va á tolerar tan burdo juego?... Ya ha empezado Alemania á manifestar su impaciencia y sus intenciones en Agadir. O desde el Muluya, el Mel-lah, el Inauen y el Sebú hacia arriba se constituye la zona norte de la influencia de España en Marruecos, ó la guerra euro-

pea vendrá en seguida. Eche Francia sus cuentas, y vea lo que le conviene; á tiempo está.

Francia—confesémoslo con claridad—no es nuestra amiga, ni lo fué nunca: de esto no le cabe la menor duda á ningún español; pero puede ser nuestra aliada, habiéndose comportado en la alianza lealmente. Mas si empieza por perseguirnos en Tánger, por ponernos dificultades en Tetuán, por incomodársenos cuando nosotros ocupamos á Larache y á Alcázar, habiendo ella tomado á Uxda, á Casablanca, á Debdu, á Rabat, á Salé, á Fez, á Sefrú, á Mequinez, todo el Angad, el Alto Guir, el Marruecos central y la Chauia, sin que nosotros hayamos protestado de su proceder; si continúa creándonos mil estorbos y molestias en nuestras propias zonas, aspirando á desposeer á España de lo que representa para ella esperanza y vida, entonces, sobre no ser nuestra amiga, tampoco será nuestra aliada, y los españoles le juraremos odio eterno. Francia ha de decidirse, por la cuenta que pueda tenerle, á jugar con nosotros de manera limpia, sin habilidades ni engaños, y si no, rompamos con ella de una vez, y España denuncie á Europa el Acta de Algeciras. Esta debe ser la última palabra de nuestro Gobierno, aunque parece que es Alemania la encargada de decirla.

***

El Sr. Canalejas ha de ir pensando que nosotros vamos á Marruecos, no en ansias de conquistas guerreras, no arrastrados por un imperialismo dominador y tiránico, sino á salvar la raza, que nos roban los negreros traficantes con ella en tierras extranjeras. Nuestra emigración es preciso que la encaucemos hacia ese suelo de las esperanzas españolas, y á nuestros proletarios tenemos el deber patriótico y de humanidad de abrirles campo ahí, en el Mogreb, donde tan fácilmente rinde la Naturaleza ubérrimo fruto al trabajo. Hemos de empezar en seguida nuestra colonización en la izquierda del Muluya, en la cuenca feracísima del Luccos, en el valle de Tetuán, en la vega de Alhucemas. La rica región de Sebra puede ser el cafetal de Europa; la zona desde Larache al Sebú, siguiendo la costa, resultará el primer terreno de algodón del mundo, mucho mejor que el del Egipto, que el de la India, que el de los Estados Unidos de América. Llevar la sangre que nos sobra á nuestra zona norte del Imperio marroquí es salvar á España, es regenerar á España, volviéndola rediviva á la época gloriosa de sus prosperidades y grandezas.

¿Cómo hemos de proceder á la colonización española en Marruecos? Véase lo que en su admirable *Memoria sobre la organización y desarrollo de la Sección agronómica en Melilla* (1911) escribe el ilustre ingeniero jefe de dicha Sección, D. José María Marchesi, persona de superior autoridad en esta materia: «... habiendo de ser la base de nuestra organización la *colonización española* en dicha zona, se precisa saber sobre qué terrenos pudiera tener derecho el Estado, para que, dentro de la citada Acta de Algeciras, y por ser propiedad del Maghzen, pudiera aquél tomarlos en arrendamiento. En resumen: ir reemplazando poco á poco, como se ha hecho en Argelia, el pastoreo y merodeador rifeño por el colono español, que á la vez que debe á su patria su prosperidad y modo de vivir, salda su deuda con ella, estrechando más y más los lazos de unión entre indígenas y extranjeros, formando en el porvenir, no ya una colonia de la madre patria, sino una prolongación de ésta.

»No sólo pudiera recaer dicha colonización sobre las numerosas familias que anualmente emigran, sino también sobre el soldado licenciado, retribuyendo de esta manera la deuda sagrada que debe su patria al que dió su sangre por ella.»

Eso mismo vengo diciendo yo desde mi conferencia pública ante el Círculo Militar de Cartagena, dada en el verano de 1909: que la colonización española en Marruecos ha de ser forzosamente «á la romana», pasando á la propiedad del soldado y de los suyos la tierra libre que se gane. En la prensa diaria he llegado á publicar artículos con proyectos de leyes articuladas reglando esta colonización militar. Aún me queda esperanza de que el Gobierno se fije en aquellos modestos trabajos míos... Es muy posible... ¡Se va cumpliendo con tal fidelidad el programa que expuse en junio y agosto de 1909!...

***

No tenga D. José Canalejas ni un momento de vacilación por el vocerío de la prensa francesa, ni por los gritos de los «afrancesados» de acá. ¡Adelante! ¡Siempre adelante! A su lado está el pueblo español, el Ejército español, ¡la patria española toda!

Tomás Maestre.

Necrológica

Teodoro Llorente

Ha muerto en paz, con la longevidad de un patriarca, y entre flores, con la suave muerte de un trovador.

Valencia pierde á su cantor preclaro; España, á uno de sus poetas más robustos. La vida de Llorente ha sido una horaciana; su obra, una labor épica y lírica, recia, majestuosa, entonada y viril.

A los sesenta y siete años, esta cabeza, venerable y amable como la de Anacreonte, se ha rendido á la muerte con el desmayo patriarcal de un Víctor Hugo ó de un Carducci.

Alejado del mundanal ruido, como Mistral y como Guerra Junqueiro, este noble perfil decano ha vivido en los campos de Valencia, fiel caballero de la Tabla Redonda de las Musas. Por este inquebrantable amor, por esta impenitente idealidad lírica, fué Teodoro Llorente cariño y devoción de los poetas jóvenes.

A lo largo de vida tan dilatada y de labor tan cordial é ingenua ha puesto el periodismo su nota ágil, y la política sus días de sinsabor.

En el diario *Las Provincias*—del corte patronímico y sensato de la antigua *Época*—la pluma de Llorente trazó emociones de combate.

Aquel galano espíritu que se llamó D. Francisco Silvela, al celebrar sus «bodas con la verdad», nombró á Llorente jefe del silvelismo valenciano. Y durante los años disidentes, el poeta fué periodista y orador, y supo de los presupuestos municipales y de los escándalos de la Diputación provincial.

Este es el ciclo militante, inspirado y guiado probablemente por aquel otro ciclo de *El libro de los castigos* y de *Napoleón el pequeño,* en donde su maestro, Víctor Hugo, se conquistó el fajín revolucionario. Pero este ciclo duró poco; Llorente, amado de las

Musas, volvió hacia ellas su espíritu y su atención. Y la vejez, que ya apuntaba, inició la era patriarcal.

Desde entonces, la Redacción de *Las Provincias* le ve de tarde en tarde llegar á corregir artículos y versos; el licenciado Comité no vuelve á oir sus graves disertaciones, y la política no sabe de él nunca más.

Otro aspecto, el de historiador ameno y culto, cronista del antiguo reino, investiga, dor de las glorias regionales, y feliz y sutil intérprete de códices, hállase consignado y perpetuado en su magna *Historia de Valencia,* donde Llorente ha levantado un recio monumento á su patria chica.

Y viniendo á su campo íntimo y solar propio, á la poesía, sus glorias de *Lo Rat-penat* testimonian los días de oro del gentil dialecto. Tiene el viejo felibre poesías valencianas de una pompa romántica insuperable y, como Verdaguer del catalán, ha hecho del valenciano un arpa eólica.

En castellano, como su paisano Agustín Querol, ha compuesto estrofas magníficas-interpretando, no solamente el espíritu, sino la amplia y difícil estructura de nuestra métrica.

Su labor de divulgación, de europeización, comienza al alborear su juventud, y es Llorente el primer traductor en verso de Byron, de Leopardi, de Heine, de Víctor Hugo y de otros altísimos poetas.

Dos años ha que la región celebraba la apoteosis de su hijo predilecto ornando la cabeza patriarcal con los laureles de la Huerta. Dos años ha que en el recinto de aquella Exposición inolvidable Valencia se apretaba y se conmovía ante su amado patriarca. Y hoy, ante su cadáver, llora como una huérfana de padre, sin amor y sin esperanza.

España entera rendirá su homenaje de admiración doliente á este noble varón, ciudadano de estirpe altísima en su amor á la patria chica y á la patria grande. El Gobierno, asociándose al duelo nacional, cumple y refrenda el meritísimo deber. Y la Huerta, la Huerta amada, cubrirá con su blanda tierra el cuerpo patriarcal de su cantor.

Cristóbal de Castro.

Financiera

El último balance de La Equitativa

Acaba de publicarse el balance quincuagésimoprimero, comprendiendo las operaciones del año 1910, de la poderosa Sociedad de seguros sobre la vida La Equitativa de los Estados Unidos del Norte, Compañía que goza entre nosotros de más alto favor, como á toda hora publican los datos oficiales relativos á su extensión y arraigo, y que es bien merecido ciertamente, porque á ella se debe en primer término el desarrollo que en España ha adquirido esta institución del seguro sobre la vida, salvadora de los intereses familiares más sagrados, además de que en la situación y conducta de La Equitativa se manifiestan con evidente claridad los caracteres que son para el asegurado

de capital importancia, como prenda de acierto y garantía de los fines que con el seguro se propone, caracteres que son: fuerza financiera, buena administración, y prontitud en el pago.

Verdaderamente, las pólizas de seguros de vida se prolongan más y significan más para la generalidad de las personas que ningún otro contrato que puedan celebrar; por tanto, les es preciso poner el mayor cuidado en la elección de Compañía. La seguridad y la fuerza financiera son de suprema importancia, y cuando se estudia este balance, que hemos examinado, y se ven las condiciones financieras y el carácter de seguridad de las partidas del archivo, se concluye que la Sociedad presenta solidez absoluta y es tan solvente como el Banco de Inglaterra.

Su administración, por otra parte, que persigue con incesante afán y éxito creciente el aumento de ingresos en sus inversiones, sin que la seguridad se menoscabe, al propio tiempo que la reducción posible de los gastos, está dispuesta á sostener á todo trance la fama que hoy disfruta, justamente adquirida, de pagar sus pólizas con mayor prontitud que ninguna otra Compañía. Así es como se cumple el objeto primordial de estas instituciones, que es la protección de las viudas y de los huérfanos, proscribiendo todo procedimiento dilatorio, abreviando términos, y estableciendo para la absoluta certeza del pago en momentos siempre angustiosos de la vida de familia, la indisputabilidad de las pólizas, que se consolida al año.

La Equitativa de los Estados Unidos del Norte y su Sucursal española, imbuída de los mismos principios, procuran pagar todos los siniestros inmediatamente que recibe las pruebas del fallecimiento. Mensualmente publican listas expresivas de la prontitud con que los ocurridos han sido satisfechos.

Las cifras insertas en la publicación de referencia son más elocuentes que cuantos razonamientos pudieran hacerse sobre su presentación; ellas, por sí mismas, dicen cuanto cabe sobre los hechos y conceptos á que se refiere. Tal, por ejemplo, al hablar de dividendos ó beneficios recibidos por los tenedores de pólizas, sobre los que volveremos luego, comparando los repartidos en diversos años.

Al mediar el quincuagésimosegundo de su existencia, pues es La Equitativa la más moderna de las grandes Empresas mundiales, presenta un activo de más de 2.560 millones de pesetas oro y un sobrante de 441 millones, siendo la suma de los capitales asegurados, al cierre de su balance, de más de 6.980 millones pesetas oro, y habiendo pagado á los asegurados en 1.910, 277 millones, de los cuales 54.807.865,77 pesetas oro lo fueron en concepto de beneficios.

Abarcando el total período, desde julio de 1859, en que sus operaciones empiezan, hasta el 31 de Diciembre último, suman los capitales asegurados 27.200 millones de pesetas oro, habiendo pagado por todos conceptos á los asegurados, en virtud de vencimientos de sus pólizas, 3.948 millones, de los cuales 77 lo han sido en España desde 1882, en que instaló aquí su Sucursal.

Aunque contraste con aquella cifra de miles de millones de total pago á los tenedores de pólizas la muy modesta de 77 millones satisfechos en España, que corresponden al distinto desarrollo del seguro, portentoso allí, aquí limitado y modesto, el valor relativo no deja de ser considerable; estos 77 millones recibidos por asegurados españoles representan un exceso de más de un 50 por 100 con relación á lo distribuído por la Compañía que más ha trabajado en España.

En aquella suma de 3.948 millones se comprenden 679 millones por el concepto de beneficios sólo, y de ellos, 350 han sido repartidos en los diez años últimos, habiéndose dispuesto para el presente una distribución de 66 millones por el mismo concepto.

El crecimiento global de los dividendos se ha reflejado, como es lógico, en los dividendos individuales, los cuales en el presente año alcanzan valores más elevados. Las pólizas ordinarias de vida, emitidas á treinta y cinco años de edad, reciben en el presente año un dividendo que crece de 13 á 25 por 100 del valor de la prima, según tiene la póliza de existencia un año, dos ó más, hasta diez, que es á la que corresponde un beneficio exactamente igual al 25,16 por 100. A las condiciones liberales y ventajas de las pólizas de esta Sociedad se unen estos extraordinarios beneficios, que vienen á reducir por gran manera el coste del seguro.

La Equitativa, cuyas reservas matemáticas españolas ascienden á 41.313.105 pesetas, tiene depositado en el Banco de España en depósito obligatorio, de acuerdo con la ley de 14 de mayo de 1908, el 50 por 100, con exceso, de dichas reservas matemáticas, pues éste importa 20.656.552,50 pesetas, y el referido depósito está constituído por pesetas 12.311.956 en Deuda perpetua exterior española, y 8.411.320 pesetas en obligaciones de ferrocarriles de primera clase, dando en junto 20.723.276 pesetas, ó sea un exceso de 66.723,50 pesetas. Tiene además en España, afecto á sus reservas españolas, su palacio de Madrid, calculado en 7.452.598 pesetas, ó sea el 75 por 100 de su valor de adquisición, y 3.827.652 pesetas por anticipos otorgados á asegurados españoles sobre pólizas de la Compañía domiciliadas en este país.

La sólida situación que los expuestos antecedentes revelan, y la elección de las bases de cálculo adoptadas para los precios de sus contratos, una de las cuales, el interés probable de las inversiones, se fija sólo en 3 por 100, llevando en esto un margen de beneficios sobre los cálculos fundados en más alto tipo de interés, el cual es muy general considerar á 3 $^1/_2$, y á más algunas veces, manifestaciones todas de una administración conservadora y prudente, hacen de La Equitativa una excelente institución aseguradora, que ha justificado la acogida que entre nosotros tuvo, y que es cada día más acreedora á seguir siendo la depositaria en más alto grado del ahorro y la confianza, como lo fué hasta aquí.

Innumerables familias deben su bienestar de hoy á la previsión, cuya eficacia enseñó La Equitativa; y cuando sus satisfactorios resultados son conocidos y apreciados justamente, no deben dejar correr el tiempo sin acudir á esta poderosa Sociedad para contratar un seguro cuantas personas están en el deber de mirar por los suyos y de no abandonar la obligación de hacerlo.

Quien quisiere conocer detalles y pormenores del balance, en cuyo ligero examen nos hemos ocupado, puede pedirlo en las oficinas de la Sociedad, que á nadie los niega, antes al contrario, se complace en dar cuantas informaciones y datos se soliciten para que, con el debido conocimiento y estudio comparativo de las ventajas que ofrece, pueda todo interesado tomar una resolución sobre el seguro que sea más favorable á sus intereses y se adapte á sus especiales circunstancias.

———oOo———

ESPAÑA EN LA ARGENTINA [1]

No me doy cuenta yo mismo de cómo me encuentro aquí, porque solamente al haber escuchado tantos, tan egregios oradores de indiscutible saber, que van destilando ciencia y gusto en el buen decir, encontrarme yo en esta tribuna, por donde han pasado tantos hombres que maravillan por sus condiciones de oradores, francamente, yo mismo no me doy cuenta. Sin embargo, estoy convencido de que los hombres es necesario que á veces arrostren aun cuando sea el ridículo, que es lo más difícil que el hombre puede arrostrar, en obsequio á aquello que ama y á aquello que de veras quiere. Y, señores, como no puedo menos de querer, como quiero, á los españoles residentes en la Argentina, que, sin excepción de género alguno, son meritísimos ante la Patria por lo mucho que allí han hecho, vaya en obsequio á ellos este sacrificio que yo hago al sentarme, como he dicho, en esta tribuna, por donde han pasado hombres de tanto valimiento. Consuélame, no obstante, y me da alientos el que todos los aquí congregados, á quienes conozco personalmente, y cuya visión tal vez me pudiera turbar si no tuviera conciencia de que la bondad que siempre han usado la pondrán hoy más en ejercicio, y así podré con cierto desahogo, ya que no bien, decirles lo que significa España en la Argentina.

Hace tiempo que conozco la República Argentina; en ella resido, y con los argentinos convivo una vida que no sé si llamar vida española ó vida argentina, porque, realmente, allí los argentinos con los españoles casi no se distinguen, pues se diferencia más uno de Irún de uno de Hendaya, que están lindando, que no un argentino de un español, que están á dos mil leguas de distancia. Y á este propósito recuerdo una frase, me parece que de Humboldt, que dijo «que no había nada que más delimitara á las naciones que la lengua, que el idioma».

Señores, cualquier español que no haya pisado tierra extranjera y se embarque y llegue á las playas hispanoamericanas, sin distinción de género alguno, se cree en una de tantas de las provincias españolas, porque le hablan su misma lengua, porque tienen sus mismas costumbres; así que se cree entre los suyos, y como tal le reciben. Es cierto que en la Argentina, como en otras Repúblicas americanas, había una porción de resquemores y de asperezas que habían quedado á raíz de la independencia. Pero, señores, ¿qué guerra no ha dejado tras de sí resquemores y prevenciones, aun en el seno de la misma familia? Pues si en el seno de la misma familia, aquellos que tienen forzosamente que convivir, que tienen que estar continuamente juntos en el mismo pueblo, dentro de una pequeña choza, y entre ellos existen estas diferencias, estos resquemores, ¿cómo no habían de resultar de una guerra de tanta transcendencia, cual es, por decirlo así, el alumbramiento de veinte hijas cariñosísimas,

(1) Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada por D. Félix Ortiz de San Pelayo en el Centro de Cultura Hispano-Americana el día 2 de junio de 1911.

si esto no es posible suceda sin que sufra el claustro materno? Es necesario que haya sangre para dar á luz.

Estas asperezas, afortunadamente, lo mismo que en las familias van desapareciendo, van disipándose en las naciones, y los hispanoamericanos, dejando ya toda clase de prevenciones, han llegado á mirar á los españoles cual si fueran ellos mismos; no sé si de la misma nación, si de distinta patria, pero sí de la misma familia. La prueba la tienen ustedes en que aun en aquella época en que todavía se sentían públicamente algunos recelos, y al pasar por las mismas calles de Buenos Aires, y sobre todo en las fiestas nacionales que se celebran el 25 de mayo y el 9 de julio, los españoles eran vistos con cierta no diré malquerencia, pero sí con cierta depresión, los argentinos sentían en sus afecciones íntimas verdadera inclinación á los españoles. Pero todo eso ha desaparecido, y hoy en día los españoles vamos con los argentinos á festejar estas fechas, que son memorables y verdaderamente históricas, y que ya el tiempo las ha sancionado. Vamos, digo, con los argentinos á celebrarlas en paz. No podía ser de otro modo desde que las costumbres son las mismas y los mismos nuestros intereses. Es más: las familias son idénticas también, porque es rarísimo el español que no se casa con una argentina; por consiguiente, ya empieza por formar un hogar mixto. Los hijos, generalmente, son argentinos; por tanto, ahí tienen ustedes una familia en donde ya se están fundiendo los diversos espíritus para formar uno solo. ¿Quiénes han contribuído en primer término á esta fusión de voluntades? Señores, yo no sé si ofendo ó no ofendo; pero yo no puedo menos de hablar tal cual yo siento y tal cual yo entiendo, y creo que ése es el fruto de la labor constante y honradamente patriótica de los españoles residentes en la Argentina. Sólo en la Argentina alcanza á un millón de españoles, y fuera de España tienen ustedes una décima parte de la población de España: alrededor de dos millones. Y ¡con qué paciente labor, señores!, ¡con qué honradez! Con una honradez tan manifiesta, que se da el caso siguiente: que no hay un solo español que haya quebrado y se haya quedado con dinero, sino completamente arruinado. ¿Por qué? Porque aquel que no pudo pagar, no pagó; pero no dejó de pagar guardándose el dinero para pasarse después una vida holgada.

Claro está que si tuviera que enumerar á todos los españoles que han contribuído á esta feliz fusión de voluntades, tendría que citar uno por uno á todos. Esto es imposible, señores; pero, en fin, séame siquiera permitido recordar á los Casado, Pereda, Moreno, Santamaría, Malagarriga, Calzada, Gutiérrez, Carrera, Leiguarda, Carlé, Galcerán, Deden, Garay, Yrabien, Cutillas, San Pedro, Fornielles, López Gomara, Polledo, Caride, Saralegui, Apellanir, Gonzalo Sáenz, Mariano López (aquí presente), Rafael Mercado, Pedro Fernández, Sánchez, Escriña, Escasany, Aleu, Durá, Artal, Caeiro, Quemade, Marty, Olaso, Aldazábal, Correa y el señor conde de Casa-Segovia, también presente, á quien debo hacer aquí especial saludo en nombre de los españoles residentes en la Argentina, y que ha sido el organizador de la Asociación Patriótica Española, de la cual me ocuparé más adelante. Ha sido un

verdadero organizador de ella, ha sabido trabajar muy bien, y, señores, nada más que plácemes merece de los españoles residentes en aquella República y de la Patria española, porque al decir residentes españoles en la Argentina, son aquellos que siempre laboran por el honor de la Patria, que es el que anteponen á todo otro humano honor.

Para que se den cuenta de la importancia que tiene la colonia española ó los residentes españoles en la Argentina (porque, francamente, será muy castizo decir colonia, pero á mí no me resulta: me es más grato decir residentes españoles), les diré á ustedes (lo saben perfectamente) que uno de los establecimientos bancarios de más importancia es el fundado por españoles, ó sea el Banco Español del Río de la Plata. Cierto que muchos argentinos contribuyeron también, como los Pereira, que recuerdo, y algunos otros; pero ya he dicho antes que en este caso todos aquellos americanos de origen español son tan españoles como los españoles mismos.

Por consiguiente, el comercio español fué la base de la fundación del Banco Español del Río de la Plata; encontró, es cierto, el hombre que necesitaba para la formación de ese Banco, que fué D. Augusto Coelho, á quien también saludo desde esta tribuna. Después, como ya no bastaba la oficina del Banco Español para todo el movimiento comercial que significa la colonia española, se fundó el Banco de Galicia. Todo el mundo auguraba mal á ese establecimiento, y, sin embargo, el Banco de Galicia no ha llegado á ser todavía como el Banco Español del Río de la Plata, pero sí un establecimiento sumamente importante que hoy pesa en el comercio hispanoamericano. También es debido en gran parte á su actual gerente, el Sr. Porto. Y, finalmente, tenemos otro Banco que va todavía muy despacio, pero va bien y llena muchísimas necesidades, que es el Banco Popular Español, cuyo presidente, D. Maximino Ruiz Díaz, parece ser también el hombre indicado para llevar más adelante ese establecimiento. Pero no es precisamente una especie de propaganda de los establecimientos bancarios fundados gracias á los españoles lo que me ha guiado á citarlos, no: lo que me ha guiado á citar esos establecimientos es que, sin la importancia de los residentes españoles y del comercio español en el Río de la Plata, esos establecimientos no hubieran podido nunca existir; de manera que la propia existencia de ellos es la manifestación más espléndida de la importancia del comercio español en el Río de la Plata.

Ahora bien; si vemos el Club Español, no podremos menos de admirarnos. Señores, el Club Español es el primer establecimiento que los españoles han fundado en Buenos Aires; han pasado por él hombres eminentes, sobre todo eminentes por su honradez, que es para mí la primera eminencia que admiro y quiero. En este Centro es donde lo más selecto de los españoles, como es natural, se reúne, pues dicho se está que necesitan un círculo, un centro, un local donde poder recibir con cierta decencia á los españoles ilustres y aun á los extranjeros notables que pasan por Buenos Aires. Para eso precisamente está el Club Español, y era el Centro donde se reunían casi todos los españoles que más pesaban en la colonia, y de ahí salió la creación del Hospital Español.

Cada vez que me pongo á hablar del Hospital Español no puedo hacerlo sino con una emoción singular que no sé cómo expresarles á ustedes; porque al ver cuántos dolores ha aliviado, cuántas penas ha mitigado y cuántas amarguras ha ahorrado á muchísimos pobres, no tengo nada más que pronunciar palabras de bendición y gratitud hacia ese establecimiento, que para mí le clasifico como una de las joyas españolas incrustadas en la República Argentina.

Pero hay otra Sociedad, á mi modo de ver, más curiosa: es la Sociedad de Socorros Mutuos. Siendo como es la vida carísima, los honorarios de los profesionales carísimos, y todo carísimo en consecuencia de la misma carestía de la vida, era necesario que el pobre se defendiera contra esa carestía, y de ahí la creación de la Sociedad de Socorros Mutuos. Esta Sociedad de Socorros Mutuos empezó por celebrar la fiesta española el día 8 de septiembre en Buenos Aires, y todo Buenos Aires está de fiesta porque es la fiesta de los españoles. Pero hay algo más: irradiando este mismo pensamiento por todo el ámbito de la República, en todos los pueblos, casi sin excepción, apenas se han reunido cuatro españoles en una localidad han fundado la Sociedad de Socorros Mutuos, en cierta relación ó federación con la central de Buenos Aires, y ellos, á su vez, han designado un día del año para celebrar también sus fiestas. Vean ustedes de qué modo tan curioso ha venido el socorro mutuo ó la ayuda mutua entre españoles á hacer que las fiestas oficiales de los pueblos en la Argentina sean las fiestas de los españoles, como sucede con las de las Sociedades de Socorros Mutuos españolas. Esto dice la importancia que tiene la unión, y una unión, como más adelante tendré que repetir, de individuos que tienen ideas completamente antagónicas, y que, sin embargo, ante la idea de la Patria declinan toda diferencia de una manera que realmente es tan admirable, que yo quisiera verlo en España, y que no lo veo.

Y pasemos á la Cámara de Comercio española. Señores, á esta entidad hay que nombrarla también con cierta veneración, porque si hubo un tiempo, que ya pasó, en que apenas daba ostensibles señales de vida, sin embargo, ha llegado, gracias al actual Directorio, que preside el Sr. Artal, á realizar una de esas empresas que á mí me parece un atrevimiento casi heroico, porque al encontrarse que en la Exposición Universal que se celebraba con motivo del Centenario había más productos españoles que los que cabían en el sitio que se les había designado, atropelló por todo y pidió un amplio local. Y se dijeron: «¿Cómo saldrá esto? No lo sabemos; pero vamos á hacerlo en obsequio de España.» Eso, señores, no merece más que aplausos; eso no se hace más que por individuos que sienten el amor de la Patria como se siente después que se ha acrisolado á través de los mares.

Hay otra Sociedad quizás más modesta, que es el Orfeón Español; pero preterirlo, no hablar de él en este momento sería manifiesta injusticia. ¿Qué es un orfeón? Una Sociedad de recreo, sencillamente, donde se reúnen unos cuantos jóvenes después de concluídas sus tareas diarias, para aprender á cantar. Esto, dicho así, parece una bagatela, parece que es una cosa que no sirve para nada

eficaz ni patriótico. Pues bien; los que han compuesto este Orfeón Español han sido los primeros cultivadores del arte musical vocal clásico español en la República Argentina. Su fundación se debió al Dr. Castro Arias (gallego), el año 1881, y después de esto empezó todo el mundo á querer aprender solfeo, piano, composición y qué sé yo cuántas otras cosas. Gracias al Orfeón Español, que fué el primero que dentro de las Sociedades populares se creó, se empezaron á conocer las obras de nuestros maestros.

Hay otra porción de Sociedades regionales; pero, señores, hablando francamente, os diré que no sé cómo clasificar á algunas de estas Sociedades. Porque yo soy de aquellos que consideran que tratándose de españolismo no hay excesos; creo que en los amores justos nadie se excede nunca; de modo, repito, que no encuentro un vocablo adecuado para clasificar aquellas Sociedades regionales, porque aquellas Sociedades, ya se hallen constituídas por personas vascongadas, ya gallegas, ya ovetenses ó de otras regiones, se han congregado, se han reunido para hablar de su pueblo y de su región. Porque, señores, hay muchos que hablan de España sin conocer más que su pueblo, y, por consiguiente, para ellos su pueblo es lo que constituye España, y él va á buscar españoles en esas Sociedades regionales; pero españoles que le hablen de lo que hay en su pueblo, de los rincones de su pueblo, de los árboles de su pueblo, de eso que es para él la verdadera España. De modo, señores, que estas Sociedades regionales no se han restado jamás en ninguna manifestación española; ellas, por el contrario, han sido las que han hecho las verdaderas manifestaciones, porque se han sumado siempre á cualquiera Sociedad que las haya invitado con ese objeto; pero muy especialmente á la Asociación Patriótica Española, de cuya Junta consultiva forman parte estatutariamente todos los presidentes de las diversas Sociedades españolas.

No sé cómo se desconocen aquí todas estas cosas, cuando hombres tan ilustres como D. Rafael Altamira, como D. Vicente Blasco Ibáñez, como don Adolfo Posada, como el Sr. Pérez Caballero, como el señor conde de Cadagua, y, señores, ¡hasta la misma Infanta Isabel!, han ido á la Argentina y han visto lo que es. Aquí se ha hablado mucho, se escribe mucho sobre el particular, y ¡cuál será mi pasmo al convencerme de vista y de oído que aquí se desconoce en absoluto, repito, lo que hay allí; se desconoce el valimiento de los españoles, se desconoce el valimiento de la República Argentina! Y es más: estoy casi, casi por asegurar que se ignora en qué latitud, en qué longitud se halla la Argentina, qué número de habitantes tiene, ni nada de lo que hay allí. Se confunden Buenos Aires y Montevideo de una manera lastimosa, al extremo que se dice á uno: «¿Adónde va usted?»; y contesta: «A Montevideo.» Y á lo mejor, señores, va al Cabo de Buena Esperanza ó al Cabo de Hornos. Con tal que se vaya embarcado, se va á Buenos Aires ó á Montevideo. Me han hecho aquí mismo preguntas que he quedado pasmado, y no las quiero repetir porque esto alargaría muchísimo la conferencia, y hay tanto que exponer, que no lo diré todo; pero sí he de poner de manifiesto á ustedes, señores míos, á quienes tanto talento ha dado la Providencia, que saben hablar,

que saben enseñar, digan á los españoles lo que son aquellos países americanos, que se compenetren de ello, y digan que si es conveniente penetrar á tiros en Marruecos, es mucho más útil penetrar en América con el corazón, amando.

Y, señores, para eso se necesita, aparte de la labor incesante de los hombres llamados á enseñar aquí esto, que enseñen también que allí los residentes españoles tienen el corazón siempre puesto en España y el pensamiento siempre fijo en la Argentina. Porque nosotros—ya lo he dicho en otra ocasión, no aquí—, que en América somos extranjeros y en España americanos, es decir, que no somos de ninguna parte, ¡somos, señores, precisamente los que allí estamos haciendo querer á España y aquí estamos haciendo querer á la Argentina! ¡Y eso lo hacemos aquellos que ni allí somos de allí, ni aquí somos de aquí! Han contribuído, sin embargo, muchos ilustres argentinos á esta mancomunidad de miras. Yo sería más que ingrato, como español, si no citara á Pellegrini, hijo de francés y nieto de italiano, poniendo á disposición de España los primeros diez mil fusiles Mauser que se hicieron para la República Argentina cuando la primera guerra de Melilla; yo sería ingrato si no mencionara al general Roca suprimiendo del himno nacional toda la parte que pudiera ser molesta para los españoles; yo sería ingrato para el Sr. Figueroa Alcorta, como español, si no dijera la amabilidad, la galantería, la generosidad con que recibió siempre á los ministros españoles, y muchísimo más á la Embajada extraordinaria, presidida de una manera admirabilísima por la Infanta Isabel; yo sería, señores, altamente ingrato con el actual Presidente de la República Argentina, Sr. Sáenz Peña, si no le citara en estos momentos, pues desde un principio, desde que era muchacho, ó al menos desde que yo le conozco, ha estado siempre y en toda emergencia, como si fuera español, al lado de los españoles; y yo sería quizás más ingrato con el Dr. D. Joaquín V. González, actual senador y rector de la Universidad de la Plata, si no hiciera mención especial de él, del cual, señores, algunas veces me he puesto á pensar, y he dicho: «¿Algún español sería capaz de hacer más por España que lo que hace este argentino?» Y después de mucho meditar y pasar revista á los hombres que han llegado á mis noticias, he concluído por negarlo, y he dicho: «No; no hay español que haga por España lo que el Dr. D. Joaquín V. González.» No puedo menos de saludarle desde esta tribuna, presentándole á la alta consideración de ustedes para que les sea grato también en nombre de España y en el de los españoles.

Tampoco podré en forma alguna preterir al general Richeri, que, siendo coronel y ministro de la Guerra cuando la Asociación Patriótica Española inició la suscripción para el barco *Río de la Plata* (entiendan, señores, las circunstancias: coronel de la nación y ministro de la Guerra), contribuyó con dinero particular á que se adquiriera ese barco, que hoy pertenece á España y lleva al tope la bandera española.

Debo hacer también una mención especial de una personalidad curiosa: del general Sarmiento. Este señor se empeñaba públicamente en detestar

todo lo español, en no ser español, y resultaba que para todas sus intimidades buscaba á los españoles: tenían que ser sus sirvientes españoles, y todo español. Lo cual demuestra, señores, que allí instintivamente se va á lo español, como instintivamente va un hermano en busca de otro hermano.

También os citaré al canónigo López, que falleció hace seis ó siete años; canónigo de la catedral de Buenos Aires y director de un periódico titulado *La Voz de la Iglesia*. Este ya no era un periódico argentino cuando la guerra de Cuba (no cuando la guerra de los Estados Unidos, sino cuando la guerra de Cuba): era un español; tan español, que todos sus amigos concluyeron por llamarle *el gallego*. De modo que igualmente es necesario, repito, mencionar á estos argentinos que de una manera tan eficaz han contribuído á esta fusión de voluntades, de corazones españoles y argentinos.

Lo mismo podría decir de otros muchísimos, como el ilustre estadista don Estanislao S. Zeballos, el Dr. Oyuela, Estrada, Lamarca y mil más.

La Patriótica Española no solamente hizo el barco; la Patriótica Española es una Sociedad que no se sabe quién la fundó; era un algo que estaba en el ambiente de todos los españoles, y ese algo se convirtió en una explosión de amor patrio que estaba latente y que la chispa norteamericana encendió.

He dicho antes, y vuelvo á repetir, que el señor conde de Casa-Segovia fué el organizador: le cupo esa suerte; y lo hizo muy bien. Inmediatamente se llevó á cabo la suscripción nacional. Ahora no les voy á decir, señores, lo mucho que se contribuyó allí, porque no tengo los datos estadísticos, no tengo preparada la conferencia, no he venido más que á decir lo que siento; porque ¿cómo, á qué engañar á ustedes por olvido de datos ó disminución ó aumento de ellos? Siento lo que siento por lo que he visto en aquellos españoles expatriados, y por ello estoy enamorado de aquellas gentes. He presenciado en Buenos Aires, en el Club Español, el día de la suscripción nacional, escenas emocionantes en que pobres obreros iban á dejar en aras de la Patria lo que habían ganado durante el mes.

Señores, no se podía dar un paso en los salones del Club Español, que son muy amplios; y aun siendo tres ó cuatro los sitios donde se recibían las donaciones, todas las personas que se habían designado para esta operación eran pocas para recibir tanto como se donaba.

Pero no terminó con aquello su misión. Aun á pesar de ciertos vaivenes de fortuna que todas las entidades sufren, la Patriótica Española ha estado perenne en su puesto. Y ¿qué es lo que hace ahora, señores?, ¿qué es lo que viene haciendo? Va de aquí una emigración (estamos aquí, entre nosotros, y para qué lo vamos á ocultar) de la que mucha gente es útil aquí y allí, y mucha gente que tan inútil es allí como aquí, y que las familias los echan para quitarse ese embarazo de encima, diciendo: «¡Dios te ayude!» Esa gente, que para nada sirve ni aquí ni allá, viene á parar indefectiblemente á la Asociación Patriótica Española. Esa y no otra es la clientela. Pues bien; á esa clientela la ampara, á muchos los regenera, porque los viste, los aconseja y los coloca entre amigos, donde puede; y esos individuos, que no servían para nada

aquí ni allí, gracias á la Patriótica Española han servido y han sido útiles para sí, para los suyos, para la Argentina, para su patria.

¡Si yo les dijera á ustedes qué emigración tan honradísima va!... Para ver quién es esa gente basta que vayan ustedes á los puertos de Cádiz, Almería, Vigo y Bilbao, y en todos ellos observen los que embarcan; y ustedes, por el propio instinto que tiene uno de ver las personas, dirán: «Aquí, gente que vale; ésta que no vale para nada: ésta es la que estorba en las casas respectivas.» Pues bien; algunos son tan desgraciados, son tan negligentes y abandonados que es imposible hacer carrera con ellos. En estos casos, ¿saben ustedes lo que hace la Asociación Patriótica Española? Devolverlos al seno de su familia; pero no dejarlos que se mueran de hambre en las calles de Buenos Aires. Por eso, entre los mendigos de Buenos Aires, ¡qué pocos españoles hay! Son muy contados; casi diría que no hay ninguno.

Todo esto, como ustedes supondrán, señores míos, significa una gran generosidad de parte de los españoles allí residentes; porque estas cosas no se hacen sin recursos, y no tienen otros medios de obtenerlos que los que voluntariamente quiera dar cada uno. Por eso dije una vez, y á un ilustre español allí residente le chocó la frase—para que vean ustedes cómo yo me arrepiento de mis actos, la vuelvo á repetir aquí—, que, indudablemente, los españoles que residen allí quieren mejor á España que los españoles que viven aquí. La razón es muy sencilla. Allí sufragan todo voluntariamente; allí no es necesario que nadie les vaya á pedir nada, que nadie les vaya á recordar siquiera que deben dar esas cosas de supererogación, que no es una obligación, pero que por patriotismo, por amor á sus compatriotas, pagan todos generosamente.

Finalmente, llegó el conde de Cadagua. El conde de Cadagua hizo allí un ministerio muy bueno; pero hay que lamentar que haya sido tan corto. Es innegable que él fué el que preparó el recibimiento que oficialmente se tributó á la Infanta. Cierto que allí todo estaba bien dispuesto; pero cierto que él no se dió punto de descanso hasta realizar los preparativos de obra que tan hermoso epílogo había de tener.

Con la Infanta fué el Sr. Pérez Caballero. Ustedes le conocen mejor que yo; ustedes, por consiguiente, saben que el Sr. Pérez Caballero, con esa distinción que le caracteriza, con esa propiedad en el decir y con esas maneras tan delicadas que él tiene, no pudo sino dar brillantez á la Embajada extraordinaria.

Pero, señores, no es porque yo deba entrar aquí á discutir méritos de unos ó de otros, no: es porque no sé á qué se debe; pero es que la Infanta Isabel fué la reina de la fiesta del Centenario de la independencia argentina. Porque, señores, por donde iba la Infanta allí iba la festejada, allí iba la reina de la fiesta, y con ella iba el Presidente de Chile, y con ella iba el Presidente argentino, y tras ella iba todo el pueblo; y entended que los mismos españoles —lo digo porque es verdad—, que en su inmensa mayoría son republicanos, que los monárquicos somos muy contados, sin embargo, todos, todos aplaudieron y gritaron ¡Viva la Infanta! hasta enronquecer. Es que allí se veía algo que

era de la Patria. Además, y como coronamiento de esto, cumplió tan admirablemente su misión, que no sé que se pueda mandar á sitio alguno ninguna embajadora tan amable, tan atenta y delicada, ni que dé lecciones de modestia al mismo tiempo que de soberanía, como la señora Infanta D.ª Isabel. Por eso los españoles, enardecidos por el fuego de la Patria, entonces más avivado por las circunstancias, prepararon una manifestación, la mayor, más pacífica y más entusiasta que en mi vida he presenciado. Muchos anunciaban un fracaso; pero yo ya sabía, tenía completa seguridad, teníamos, mejor dicho, unos cuantos completa seguridad de que los españoles en la Argentina no fracasan cuando es ocasión de rendir un tributo á España. ¿Y saben ustedes qué dato teníamos para augurar que los españoles allí residentes, de cualquier color político ó religioso, irían en manifestación ante la Embajada española? Uno muy sencillo. Hacía poco tiempo—no recuerdo ahora fechas—que, con motivo de ese desdichado Ferrer, se hicieron allí manifestaciones ferreristas. Unos cuantos exaltados llevaron un papel rojo y gualda metido en los bolsillos, y llegaron á una plaza muy importante, la plaza del 11, situada en uno de los costados, al este de Buenos Aires, y durante la manifestación, en medio de aquella muchedumbre ferrerista, y por consiguiente antiespañola hasta más no poder, levantaron la bandera española y la prendieron fuego. ¿Saben ustedes, señores, quiénes fueron los primeros en protestar? Pues los mismos anarquistas españoles que había allí. Ellos fueron los primeros que empezaron á decir que eso era una ignominia, y se retiraron de la manifestación. Al domingo siguiente se dijo: «Es necesario hacer un acto de desagravio á la bandera española»; y se hizo ante la Embajada, en la cual estaba como encargado de negocios el vizconde de la Fuente. ¿Saben ustedes los primeros que iban allí? Aquellos que ninguna concomitancia podían tener con ninguno de los regímenes establecidos en España: todos los enemigos de la Monarquía. Esos eran los primeros que estaban allí; y como es muy grato hacer justicia, yo lo digo en obsequio al españolismo, al patriotismo de esas gentes que viven en la República Argentina, y que, aunque equivocados ó engañados, llevan en el mismo fondo de sus extravíos, custodiado con esmero, el fuego sagrado de la lejana Patria.

Hay más. Con motivo de esa manifestación de fuerzas de las diversas naciones europeas que se prometía hacer á propósito del Centenario argentino, el arte español, en su parte pictórica y en su parte literaria, siempre estuvo bastante bien representado, y últimamente, señores, muy bien representado por los Sres. Altamira y Posada; pero la parte musical estaba completamente relegada á unos cuantos sainetes cuyo mérito artístico yo no voy á discutir, mas á los que no pondré de ninguna manera en la categoría de lo mejor que puedan hacer los maestros españoles, porque inferiría grave ofensa al arte lírico español quien creyera que nuestros maestros no pueden hacer más que eso. Entonces se pensó en constituir un capital para llevar una compañía de ópera en toda regla, con artistas de primera, con orquesta de primera y en el primer teatro. (Respecto del último punto hubo quien opinó de distinto modo; pero se hizo en el primer teatro de Buenos Aires.) Los maestros Pedrell, Bre-

tón y Serrano, que estuvieron allí, pueden dar fe de lo mucho que los españoles residentes allí quisieron hacer. La cosa fué brillante, mas no todo lo que debió ser, por causas ajenas á este lugar; pero, desde luego, con las obras que dieron allí los maestros españoles quedaron todos convencidos de que lo que habían hecho Pedrell, Bretón y Serrano eran óperas en toda regla, y que, por consiguiente, el que hizo un cesto hará ciento si le dan mimbres y tiempo, cosas que no le dan en España: ni mimbres, ni tiempo; porque el tiempo lo necesitan para enseñar el solfeo, para ganarse unas pesetas, y los mimbres, ¿cómo se los van á dar, cuando los mimbres para un compositor es el teatro? Y ¿qué adelanta un autor, un maestro, con escribir una obra, si no se la representan, ó si se la representan, después de tantos, tantísimos trabajos y amarguras, se la representan de mala manera, en conclusión de temporada, por el cuadro peor que pueda haber en la compañía, por todos los fracasados? ¿Cómo querer que de esta manera las obras de los compositores españoles puedan competir con las mejores extranjeras? Porque, claro está, para hacer la comparación es necesario cotejarlas con las mejores de los autores extranjeros. Esto es lo que sucede en todos los casos. Y cuando nosotros vemos que si vamos á Italia nos cantan las óperas en italiano; y si vamos á Austria, á Alemania, á Francia, en sus idiomas respectivos; y si vamos á San Petersburgo, no los primeros artistas, porque no los tienen, pero sí los coros, cantan en ruso, nosotros nos encontramos que en el teatro clásico español las oímos cantar en italiano. ¡Como si no dispusiéramos de lengua para entendernos, y bien hermosa para el canto! Y no me vengan con eso de decir que el italiano es más ó menos dulce, porque contestaré á eso, señores, con Gounod, que para él la lengua que mejor sonaba era el francés, porque era la primera lengua que sus oídos habían percibido; y no es que el maestro Gounod desconociera el italiano—¡qué lo iba á desconocer, si estuvo en Roma muchísimos años!—: es que para él, por mucho que pudiera ponderarse la belleza del lenguaje italiano, como era francés, el francés le sonaba más á su patria, lo mismo que debiera sonarnos á nosotros el español; nosotros debiéramos hacerlo todo en español, y castellanamente ó españolamente.

Por eso se explicarán ustedes que allí se llevase todo el elemento español á esa empresa, que, al fin y al cabo, se redujo á un solo hombre, que merece el parabién de España, el Sr. Méndez de Andes, un acaudalado y joven español que hay allí, el cual ha perdido un dineral; pero lo ha perdido con muchísimo gusto, porque ha hecho una obra española; y cuando los residentes españoles en la Argentina se meten en un «lío» de ésos—perdonen ustedes el vocablo—, ya no miran lo que va á costar, cómo van á salir, sino que van á salir bien, de manera que la Patria no quede, desde ningún punto de vista, desdorada. Por eso sufrió todas las pérdidas que se podían sufrir y no chistó; las pagó, y santas pascuas; no debe nada á nadie. En cambio, dió muchas lecciones á los Gobiernos que se van sucediendo desde no sé qué tiempo en España, que, á pesar de cierta cláusula que no sé si hoy existe (notarán ustedes que no he estudiado nada: he venido á dar esta conferencia con una osadía como la

que ustedes ven, á decir aquello de que me acuerdo), había una cláusula en el contrato del Real para que se pusiera una obra de un autor español en cada temporada. Se puso una vez, no sé si dos, y pasan temporadas sin que nosotros veamos eso, y cuando lo vemos, ¡en qué condiciones!... Recuerdo que una vez tuve el honor de contestar á una inteligente crítica, como eran todas las suyas, del Sr. Espí y Guillén. No sé si vivirá ó no el Sr. Espí; pero, de una ú otra manera, lo que voy á decir es cierto. Se trataba de una obra del maestro Serrano, *Mitridates,* y en la crítica le ponía nada más que regular, diciendo: «Si se tradujera al italiano, ganaría la obra.» Y yo dije: «Pero ¿variará la esencia de la música porque le pongan la letra italiana? ¿Dejará la música de ser lo que es? ¡Si hubiera dicho: «Se pondrá otra música»!... Pero ¿mejorar la música por la letra?... Yo no lo entiendo.» Y eso le escribí: que no sabía cómo se hacía ese milagro.

Pues bien; si los españoles de la Argentina estamos haciendo, cada cual desde su modesta esfera—algunos desde esfera muy brillante—, lo que estamos haciendo por España, señores, nos tienen incomunicados. Digo incomunicados, porque es verdaderamente vergonzoso que de los puertos españoles solamente salgan vapores—que valgan la pena—extranjeros; no de matrícula extranjera, extranjeros, porque lo que es los de España, yo los admiro, pero, francamente, no tengo el valor de embarcarme en ellos, porque me parecen Colones cada uno de los que entran en esos barcos. Hoy vemos en los buques extranjeros su porte, su lujo, sus comodidades, todo cuanto se puede exigir en los barcos transatlánticos; pero con una circunstancia, y es que la Compañía, por ejemplo, alemana todo su principal negocio lo tiene en el pasaje que levanta—pasaje de tercera y primera, pero de tercera más que nada—en el puerto de Vigo. Así va toda la españolada metida en los barcos alemanes, y cuando no en los alemanes, ya se encargan las Compañías inglesas de ir á tomar el pasaje que los otros dejaron. Porque, vean ustedes: la gente de la parte norte de España que tenga que embarcar ha de tomar en Bilbao un vapor, ó en Pasajes, y luego ir á Bilbao, después á Castro-Urdiales, luego á Santander, más tarde á Gijón, seguidamente á la Coruña, de la Coruña á Villagarcía ó á Marín, á continuación á Vigo, de Vigo á Lisboa, y de Lisboa á Cádiz. ¡Señores! Ha tardado más tiempo que el que se tarda desde Cádiz hasta Buenos Aires, con esta particularidad: en una navegación muchísimo más difícil y muchísimo más expuesta que la de alta mar. En esas condiciones tiene que ir el emigrante español si quiere embarcar en buque español; si no, tiene que tomar barco extranjero.

Lamento mucho no saber la cifra de millones de pesetas que valió á las Compañías extranjeras el pasaje de tercera en el año 1909, y que me la dió el Sr. D. Juan Alsina, presidente de la Inmigración allí (director general de Emigración), y por cierto muy benemérito de España, porque ¡cuidado si ha favorecido á los españoles!

Yo no sé si este estado de cosas de la navegación seguirá así; pero entiendo que los españoles llamados á intervenir en esos asuntos bien podrían hacer

que siquiera ese puerto de Cádiz lo habilitaran en condiciones que los mismos barcos extranjeros, sobre todo los que van por el Mediterráneo, entraran en él. Ya que no hay barcos españoles, que los haya extranjeros; pero no que los que vengan de Buenos Aires desembarquen en Lisboa, y después se den una buena trotada de tren—no van esos trenes más que al trote—, y se tengan que venir casi veinticuatro horas de ferrocarril desde Lisboa á Sevilla, y costándoles muchísimo dinero que podrían ahorrar. Eso, además, quiere decir—fíjense ustedes qué clase de protección—que los emigrantes tienen que ir gastando en tierra una gran cantidad, si no quieren que les mareen mucho, antes de empezar la ruta que les ha de conducir á su destino.

Ahora bien; ¿quiénes deben y quiénes no deben emigrar? Esta pregunta es muy difícil de contestar. He leído mucho á este respecto. Hay algunos que son enemigos de la emigración; hay otros que son muy partidarios de ella. Yo creo que nadie sabe lo que conviene. Yo lo que creo es que desde el momento en que se encuentra uno mal en un sitio, y se le ha hecho imposible la vída, debe ir á otra parte á ver si puede estar mejor. De modo que á un tal yo no le diría que no emigrase, sino lo siguiente: «Si usted tiene la seguridad de que en ningún sitio va usted á estar peor que aquí, lo más malo que le puede ocurrir es que esté usted como ahora; vaya á probar fortuna.» Pero todo el que tiene un modo de vivir y se halla establecido en su patria, es mejor que esté en ella resignado, que no fuera suspirando por el pesar de haberla abandonado, sin alcanzar á colmar las ilusiones que le impelieron á dejarla.

Mas hay una cosa muy grave y un caso que sólo ocurre con la emigración española. Yo rogaría á todos que hicieran una propaganda muy especial. Se está hablando aquí de la moralidad, se están verificando mítines, reuniones, asambleas. Pero ¿y la honestidad á bordo? Porque resulta que solamente de España van las mujeres sin amparo ninguno de un miembro de la familia. Van italianas, van turcas, van, señores, asiáticas, van de diversos puntos, todas acompañadas de un pariente, de alguien de la familia. Las mujeres españolas embarcan solas; ¡y cuántas pobres de las que han ido allí no han llegado como salieron de sus casas! No basta con que el Consejo Superior de Emigración ponga médicos inspectores, porque, por muy bien que quieran cumplir con su obligación, nunca podrán penetrar, es imposible, en esos detalles. Las familias son las que pueden hacer que las mujeres que marchen solas no embarquen sino bajo el amparo de alguien de absoluta confianza, pero de muy absoluta confianza, como hacen los demás. Pues si lo hacen los demás, ¿por qué no lo hemos de hacer los españoles?

Que esta emigración sea nociva para España, como de continuo se está oyendo, yo no lo creo; y me fundo en que si vamos á los Bancos españoles y vemos los millones de pesetas á que ascienden los envíos que hacen los españoles que hay allí, me dirán ustedes que lo menos cada uno de los que viven en aquellos países sostiene una familia aquí, ó le falta poco. Hay muchísimas propiedades en Galicia que han sido rescatadas gracias á los hijos de

esas familias que han ido á los países hispanoamericanos. Por consiguiente, como he dicho antes, es muy difícil aseverar si la emigración es nociva ó beneficiosa. Esto depende de las circunstancias especiales que rodeen á cada emigrante.

Hay un pequeño punto á tratar, y, aunque sea muy someramente, lo voy á enunciar para dar por terminada esta conferencia, que va siendo muy larga, y es la prensa argentina. La prensa argentina—hablo de la prensa netamente argentina, no de *El Diario Español*, ó de *El Correo de la Plata*, ó de los periódicos de residentes extranjeros—hace ya muchos años que aunque de cuando en cuando—por el buen parecer, sin duda—pica un poco á España, sin embargo, está sumamente deferente con todos nuestros hombres, y aun con todos nosotros; preterirla sería el colmo de la ingratitud. Pero hay más: en esa misma prensa argentina casi todos los redactores, la «muchachada periodística», como allí se dice, son hombres españoles; no los directores de las publicaciones, pero sí algunos vicedirectores y redactores principales lo son, como, por ejemplo, el redactor en jefe de *La Prensa* ha sido el Dr. Atienza, y *La Prensa* no sé si es el más ó menos coloso, pero sé que es un periódico colosal. En *La Nación* ha habido una porción de españoles, y *La Prensa* y *La Nación* son los dos periódicos que de mayor fama gozan allí. En *El Diario* he conocido á varios españoles; en el diario *La Argentina* hay bastantes, á cuya cabeza está el chispeante y castizo escritor Sr. López Bago; y en *El Pebete*, acreditado semanario ilustrado, este mismo, y el inteligente, culto y modesto Dr. D. Enrique Vera y González; y en otros, muchos más.

Ahora llegamos en materia de prensa á *El Diario Español*. Aquí sí que es necesario hacer una muy especial mención del Sr. López Gomara. Creo que ha sido el periodista español que mejor ha sabido adaptarse á las circunstancias de los residentes españoles. Bien es verdad que los españoles no le han sido ingratos. Había algunos, no algunos, muchísimos que creían que no debiera existir un periódico español en la República Argentina. Yo he desopinado de ellos abiertamente, porque hay momentos en que por una circunstancia política, por un acto de guerra, por mil causas, algunos periódicos son un tanto mortificantes para España, ya que hostiles no lo son nunca. Pues bien; entonces se necesita un periódico que hable, no en español, porque en español escriben todos, sino que hable en espíritu español, que es otra cosa muy distinta de la letra española; y para eso se necesita un periódico que sea netamente español, escrito por españoles y para los españoles. He ahí precisamente la razón de ser de *El Diario Español* en Buenos Aires. Y el Sr. López Gomara ha sido, repito, uno de los hombres que mejor ha sabido hermanarse ó amoldarse al modo de ser de la colonia española en la República Argentina.

Señores, ahora nada más que un ruego. Todos los que aquí estáis, todo este público selecto, tan selecto que precisamente su visión me confunde—y no voy á dirigirme á un D. Rafael María de Labra, que se está gastando esa vida tan activa, esa benemérita figura del Parlamento español, que se ocupa

en estos asuntos con un cariño como si se tratase de algo suyo, porque parece que conviviera con nosotros, que alentara el mismo aire que alentamos nosotros, que latiera al unísono su corazón y el nuestro; yo no voy á pedirle á un Sr. D. Gumersindo de Azcárate que esparza estas ideas, porque las está esparciendo hace muchísimos años, y precisamente lo contemplo con gusto, siendo uno de los objetos de venir á mi patria, entre otros, el de estrechar esas venerables manos que de tal manera han entendido lo que interesa á España fuera de España; yo no puedo dar este encargo á un hombre de la cultura, de la fineza y de la modestia de un D. Rafael Altamira, el cual, á su vez, no solamente ha trabajado allí por España, sino que aquí está trabajando á diario; yo no me dirigiré especialmente á un Sr. Rodríguez San Pedro, ni á tantos otros —, á todos los que aquí estáis presentes, á vosotros me dirijo para que, en correspondencia, seáis como heraldos de lo que los españoles se esfuerzan allí, no solamente en bien de la República Argentina, á la cual dan sus sudores, sus laboriosidades, su honradeces y, finalmente, hasta su vida, sino acentuando que trabajan pensando en la Patria, siendo precisamente aquella ofrenda que hacen á la hija la prueba más soberana del gran amor que tienen á la madre España.

Félix Ortiz de San Pelayo.

JULIÁN DEL CASAL

(ESTUDIO BIOGRÁFICO)

Conocí un poeta, le traté íntimamente, y puedo dar fe de que los poetas, aunque anden por este mundo, seres son que á él no pertenecen por completo. La óptica del tiempo, al través de la cual pasa mi vista como ante una gran masa de cristal que transparenta y purifica, conserva limpias, visibles mis grandes impresiones, mis recuerdos duraderos, indelebles de aquel joven poeta. Ser extraño, nada vulgar, que luchó afanosa y vanamente por acomodar su próximo y tangible medio ambiente á la inefabilidad de sus ensueños.

Bien lo recuerdo. Fué una noche, en el escenario vasto del Nuevo Liceo, en que apareció Julián del Casal, tímido, con la mirada de sus ojos grandes, verdes, inquieta, como si desde allí interrogara su porvenir, al lado de la venerable figura del culto literato D. Nicolás Azcárate, cuya corbata blanca y redondo cuello corto lucían, á guisa de gola, bajo su cabellera gris ensortijada, dándole aspecto de cumplido caballero de la corte de un Luis ó de un Carlos del siglo XVIII, cabellera gris que contrastaba con la castaño claro, lacia, del poeta, y su barba fina, incipiente, de color de oro.

Azcárate, en días de esplendor y de riqueza, fué un mecenas para poetas y escritores cubanos. En su casa, por las noches, se reunían á cultivar las letras los más renombrados autores de su época: días de fortuna adversa corrían para él en aquellos que presidió el Nuevo Liceo; pero no decayó su entusiasmo, ni su amor, ni sus alientos hacia los jóvenes cultivadores de las letras.

Complacíase tanto como se esmeraba en pronunciar correctamente el castellano; recitaba y leía versos con grande animación: su figura, su gesto, su continente, le acompañaban. Llevando del brazo casi á rastras al joven desconocido, avanzó por el escenario y recitó la poesía *Amor en el claustro,* de la cual son estas primeras estrofas:

Al resplandor incierto de los cirios
que en el altar del templo solitario
arden, vertiendo en las obscuras naves
pálida luz, que con fulgor escaso
brilla y se extingue entre la densa sombra;
en medio de esa paz y de ese santo
recogimiento que hasta el alma llega;
allí, do acude el corazón llagado
á sanar sus heridas, do renace
la muerta fe de los primeros años;
allí, do un Cristo con amor extiende
desde la cruz al pecador sus brazos,
de fervorosa devoción henchida,
el níveo rostro en lágrimas bañado,
la vi postrada ante el altar de hinojos
clemencia á Dios y olvido demandando.

El público concurrente á la velada celebró con regocijo la aurora de un poeta sensible é inspirado. Los que por entonces comenzábamos también á cultivar las letras, desde aquel punto y hora fuimos amigos y admiradores de Julián del Casal: al través de los años de su vida, cortos, pero fecundos, no

nos abandonó ya la sonrisa dulce, amable de aquel rostro que se dirigía á su alrededor, pero cuya mirada salía desde muy profundo, para estar siempre más allá..., en la región en que flota el nácar de la nube..., en el país en que florecen el myosotis, el crisantemo..., en que un rey navega por lagos en góndolas de toldillas de púrpura y damasco con proras de marfil y de oro, sobre el cristal azul de tranquilas aguas verdes mate, donde estallan entre discos flotantes de esmeralda los nelumbios y los lotos...

***

¡Vuelvan á mi memoria aquellas largas y dulces horas de encanto y de solaz para el espíritu en que en el salón de la vasta y nutrida biblioteca de mis abuelos, de que pude disfrutar desde muy niño, codo con codo, de un mismo lado de la mesa, en las horas de ocio, muy frecuentes por entonces, en que, dejando de la mano á Justiniano y las Pandectas, estudiaba con el poeta la literatura en preceptores tan amenos, tan dulces, tan delicados como Lamartine y Mme. Staël!

¡Vuelva á mi memoria el arrobamiento que nos traía el recitar la *Visión de fray Martín, Gritos del combate, Rimas* de Bécquer y oir el rotundo acento de Espronceda!... ¿Qué pasó ante nuestra vista que la sed insaciable de goce literario no nos incitara á conocer? ¡Figuras hermosas de Helena, Sapho, Graziella, Mignon, Ofelia, Beatriz, Atala, Cosetta, Fior d'Aliza, Rafael, Jocelyn, Girondinos..., os vimos..., habéis quedado bien grabados en nuestra retina!

Nos hallábamos en el período agudo de la fiebre de lectura, tributamos por segunda ó tercera vez los grandes honores, la admiración profunda que se merecen los genios: Esquilo, Sófocles, Virgilio, Dante, Goethe, Petrarca, Milton, Shakespeare..

¿Qué no leímos? ¿Qué autor de universal celebridad no conocimos? Aquella mole abrumadora de lectura comenzó á pesar sobre nuestros pulmones. Nos dió tos y fiebre. Yo hube de combatirla con gimnasio y esgrima; Casal, menos constante y un tanto enfermo de la voluntad, continuó su vida sedentaria de enclaustrado: sus vigilias á lo Alfred Musset, que aseguraba favorecían su inspiración, le dañaban. Trabajábamos algo, bastante. Además de nuestra ocupación diaria, él de escribiente en la Hacienda, yo en el bufete, nos ocupábamos con toda puntualidad en la semanal tarea de redactar *La Habana Elegante,* de nuestras obras, de nuestras lecturas é investigaciones; y por si fuera poco, íbamos á la biblioteca de la Sociedad Económica á copiar página por página obras de Cirilo Villaverde, residente en Nueva York, que deseaba completar y publicar. Así pudieron darse á la prensa *El penitente, Dos amores, La peineta calada, La excursión á Vuelta Abajo,* cuyos manuscritos, de puño y letra de Casal, principalmente, y míos, pasaron á la imprenta. Manuel de la Cruz y Aurelio Mitjans nos acompañaban en esta tarea, pero el primero se quedaba entretenido ante los infolios del inca Garcilaso, Oviedo, Herrera, y con el P. Las Casas en su famosa *Historia de Indias,* y el segundo

andaba tras de documentos para su *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba.*

Todos pagamos nuestro tributo de salud al afán inmoderado, á la fiebre de lectura, al exceso de labor mental. Aquella brega comenzó á minar la salud de nuestros constantes compañeros Cruz, Casal, Mitjans. Escapamos algo mejor los sobrevivientes de aquel grupo, Hernández Miyares y yo, no más que con una deprimente manifestación neurótica que nos atormentó horriblemente durante largos años.

Después nos fuimos disgregando un poco: las realidades de la vida impusieron sus tiranías á nuestras ilusiones, á nuestros juveniles anhelos de gloria en las letras. Casal se fué más del lado de Hernández Miyares, teniéndolo por su más cordial é íntimo amigo. Manuel de la Cruz y Aurelio Mitjans continuaron sus visitas á mi biblioteca: aquél, hasta que sus trabajos revolucionarios, bajo órdenes directas de Martí, hubieron de comprometerle, forzándole á emigrar; Mitjans, hasta que su tuberculosis muy avanzada le impidió, con frecuentes hemoptisis, subir las escaleras de mi estudio.

***

Llegó á Cuba por estos días Aniceto Valdivia, aplaudido autor de *Ley suprema,* cultivador asiduo de las letras, lector infatigable, magistral recitador, y nos absorbió por completo á Casal. Dejó éste su íntima comunión de lectura con nosotros, entró con pasos firmes y decididos por otros derroteros, influído tanto por la tendencia poética predominante en sus días como por su forma material de expresión. De nosotros, sólo Mitjans rimaba, y eso á ocultas: no quiso que al público transcendiera. Hernández Miyares también rimaba; pero muy de tarde en tarde.

Valdivia, poseedor de vastísima erudición, un tanto desordenada por el mismo afán de leerlo todo, y de leerlo todo á un tiempo, no fué avaro con el tesoro acumulado en su memoria, ni con su biblioteca selecta de autores de la época: compartiólos fraternalmente con el joven poeta, á quien amó desde su primer saludo. Habíase sorbido Víctor Hugo y los románticos franceses: con bien adquirido arte recitaba durante horas enteras los trozos incomparables de sus grandes poemas y poesías líricas. Había sido su traductor en el *Grupo de los idilios,* y de Augusto Barbier en *Lázaro* y *Yámbicos.*

Casal, que ya poseía el francés, se perfeccionó con facilidad admirable en este idioma, penetrando los giros exquisitos de la rima en los autores de más difícil traducción. Los versos nuevos del *Parnaso* de Teófilo Gautier, Carlos Baudelaire, Teodoro de Banville y Leconte de Lisle señalaron otra tendencia en el poeta, y sin duda que grabaron profunda huella en sus poesías sucesivas. Fué apartándose de los grandes poetas de su hermoso idioma: de Núñez de Arce, Espronceda, duque de Rivas, Zorrilla y Bécquer, y de los románticos franceses Hugo, Lamartine, Musset, para estudiar la forma de expresión é inspirar sus ideales en la escuela novísima.

Verlaine y D'Aurevilly, con la extraña bifurcación de sus tendencias mística y diabólica, se avenían mejor con el combate que también comenzó á librarse en su cerebro y en su corazón. El rutilante Joris Karl Huysmans le fascinó; y como astros menores al lado de ese autor, que llegó á iluminar por un instante su cielo poético como un sol, estaban Viele Griffin, Moreas, Mallarmé. Sintió con ellos ansias insaciables de amor á lo infinito, á la belleza por la belleza, al arte por el arte.

***

Los poetas, aunque anden por este mundo, son seres extraños, exóticos, que á él no pertenecen.

Casal dejó de ser mi visitante.

Era yo quien le visitaba á él. Primero en un cuartito, rincón escondido entre fondos de antiguos caserones: la luz y el aire que allí se sentían eran los que pudieran sentirse en el fondo de una gran cisterna; la claridad penetraba tamizada y verdosa. Estaba tras del modesto salón de redacción de *La Habana Elegante,* lejos del ruido de las próximas esquinas de Habana y O'Reilly, muy transitadas.

Fué la época de su admiración hacia todo lo que procedía del país del marfil, del sándalo y del crisantemo. Quiso rodearse, penetrarse, saturarse de las sensaciones reales, voluptuosas de aquella exótica y lejana civilización. Leía y escribía en un diván con cojines donde resaltaban, como en biombos y ménsulas y jarrones, el oro, la laca, el bermellón. En un ángulo, ante un ídolo búdico, ardían pajuelas impregnadas de serrín de sándalo. Transformó aquel rinconcillo en la morada modesta, pero auténtica, de un japonés. En los cuadros, de fondo azul y mar más azul aún, volaban en bandadas interminables grandes grupos de aves blancas, de pico rojo, de largas patas, al través de pagodas, de ciénagas orilladas de bambúes, de juncos, conduciendo sobre nubes parejas jóvenes de carillas de marfil.

Se abanicaba leyendo en el diván, perdida la noción del tiempo y olvidado de la necesidad de alimentación. Amaba las flores: habíase formado un jardín ideal en que entraban como ornamento preferente el crisantemo, la ixora, amarylis, myosotis, el ilang, los clorilopsis... Preocupábanle asuntos como éste: si la Princesa Nourjihan, en el imperio del Gran Mogol, fué la que descubrió el perfume sacado de la esencia de las rosas y le adoptó por favorito.

Guy de Maupassant y Pierre Loti abrieron ante su fantasía como en bella aurora las puertas del Oriente, poniendo ante sus ojos admirados el esplendor deslumbrante de los templos budistas cargados de soles de oro, radiantes de pedrería incrustada en ébano, nácar, marfil y plata; los jardines de arbolillos enanos, de lagos con kioscos octogonales de armadura de bambú, y palacios defendidos por laberintos de flores.

Teófilo Gautier le seducía. No poco esfuerzo costó disuadirle de sus propósitos de salir por las calles de la Habana en payama lujosa recamada de

oro, como aquél por las de París en traje raro. Creo que más fuerza tuvieron para lograrlo las sugestiones irónicas y regocijadas de jóvenes de inalterable buen humor, entrevistas á tiempo por el poeta, que nuestros consejos desinteresados y discretos.

Su inspiración estaba entonces allá en aquel lejano y fantástico país de leyendas nuevas y raras, de grandes trágicos, ágiles atletas y de mujeres que recogían su abundante cabellera negra con grandes clavos de oro.

De este ambiente surgieron bellas poesías:

KAKEMONO

Borrando de tu faz el fondo níveo,
hiciste que adquiriera los colores
pálidos de los rayos de la luna
cuando atraviesan los sonoros bosques
de flexibles bambúes. Tus mejillas
pintaste con el tinte que se esconde
en el rojo cinabrio. Perfumaste
de almizcle conservado en negro cofre
tus formas virginales. Con obscura
pluma de golondrina puesta al borde
de ardiente pebetero prolongaste
de tus cejas el arco. Acomodóse
tu cuerpo erguido en amarilla estera,
y ante el espejo oval montado en cobre
recogiste el raudal de tus cabellos
con agujas de aro y blancas flores.
Ornada tu belleza primitiva
por diestra mano con extraños dones,
sumergiste tus miembros en el traje
de seda japonesa. Era de corte
imperial. Ostentaba ante tus ojos
el azul de brillantes gradaciones
que tiene el cielo de la hermosa Yedo,
el rojo que la luz deja en los bordes
del raudo Kisogawa, y la blancura
jaspeada de fulgentes tornasoles
que á los granos de arroz en las espigas
presta el sol con sus ígneos resplandores;
recamaban tu regia vestidura
cigüeñas, mariposas y dragones
hechos con áureos hilos. En tu busto,
ajustado por anchos ceñidores
de crespón amarillo, crisantemos
tu sierva colocó. Cogiendo entonces
el abanico de marfil calado
y plumas de avestruz, á los fulgores
de encendidas arañas venecianas
mostraste tu hermosura en los salones,
inundando de férvida alegría
el alma de los tristes soñadores.

Y la bellísima

SOURIMONO

Como rosadas flechas de aljabas de oro
vuelan de los bambúes finos flamencos,
poblando de graznidos el bosque mudo,
rompiendo de la atmósfera los níveos velos.
El disco anaranjado del sol poniente,
que sube tras la copa de arbusto seco,
finge un nimbo de oro que se desprende
del cráneo amarfilado de un bonzo yerto.
Y las ramas erguidas de los juncales
cabecean al borde de los riachuelos,
como al soplo del aura sobre la playa
los mástiles sin vela de esquifes viejos.

Algunas estrofas de *Neurosis,* como la anterior, recogidas más tarde en su colección *Bustos y rimas,* presentan también ribetes de este japonismo:

Un biombo rojo de seda china
abre sus hojas en una esquina
con grullas de oro volando en cruz;
y en curva mesa de fina laca
ardiente lámpara se destaca,
de la que surge rosada luz.

Blanco abanico y azul sombrilla,
con unos guantes de cabritilla,
yacen encima del canapé,
mientras en tazas de porcelana
hechas con tintes de la mañana
humea el alma verde del té.

Otra casa vivió: en otra casa le visité. Era en la calle del Obispo; un cuarto alto, muy alto, de tercero ó cuarto piso, elevado como una torre, desde donde se dominaba, á través de una ancha ventana, gran parte del caserío norte de la ciudad, y tenía por fondo la vista del mar, hermoso, azul, cuyas brisas venían frescas y libres á acariciar las febriles sienes del joven poeta. El grupo de esbeltas torrecillas góticas de la iglesia del Santo Angel Custodio, donde recibiera las aguas del bautismo en diciembre de 1863, resaltaba sobre el verde sombrío del peñascoso y viejo murallón de la Cabaña. Los grandes transatlánticos entraban y salían por la estrecha boca del puerto. Por allí contemplaba el poeta camino abierto y libre para los países legendarios del crisantemo y del loto; para la romántica Baviera de Luis, con sus lagos donde se deslizaban ligeras góndolas en noches de clara luz de luna, con actrices de mágica voz, acompañadas de flautas, de violas, de laúdes de oro; por allí se iba á la sin par Lutecia, su ideal, su preocupación, su persistente y fija idea. ¡París! Soñaba con París. Mas un París de su fantasía; un París que ansiaba mucho ver y que no se atrevía acercarse á ver: temía que, como última y acariciada ilusión, se le desvaneciera con desencanto al poner en contacto sus soñaciones con la realidad, como brillante pompa de jabón ante la contrariada y sorprendida mirada infantil. París lucía para él en mitad del mundo como hermosa llama de irresistible luz que todo lo iluminaba con sus destellos, y adonde se dirigían, atraídas por el vivo resplandor, las ligeras mariposas sociales de ambos sexos, volando desde todos los rincones de la tierra, para venir las más de las veces al suelo con las antenas y las alas quemadas.

Fué esta época de ensueños y de sano vigor mental para el poeta; su inspiración era brillante, viva, vigorosa, risueña:

TRAS LA VENTANA

A través del cristal de mi ventana,
por los rayos del sol iluminado,
una alegre mañana
de la verde y hermosa primavera,
de esas en que se cubre el fresco prado
de blancos lirios y purpúreas rosas,
la atmósfera de aromas y canciones,
el cielo azul de vivos luminares,
de alegría los tristes corazones
y la mente de ideas luminosas,
yo vi cruzar por los cerúleos mares,
al impulso del viento,
ligera y voladora navecilla
que en blando movimiento
se iba alejando de la triste orilla.

Espiritual doncella,
en brazos de su amante reclinada,
iba en la nave aquella;
y entonaba tan dulces barcarolas,
que de la mar brillante y azulada
las transparentes olas
parecían abrir el blanco seno
para guardar los ecos armoniosos
de aquellos tiernos cantos amorosos
donde vibraba la pasión ardiente
que hizo estallar el beso de Paolo
de Francesca en el labio sonriente.

La rubia cabellera de la hermosa
en largos rizos de oro descendía

por su mórbida espalda,
que hecha de nieve y rosa parecía,
mientras al borde de su blanca falda
asomaba su pie, breve y pulido,
como su cuello asoma
entre las ramas del caliente nido
enamorada y cándida paloma.

Sus pálidas mejillas,
al escuchar el argentino acento
del galante mancebo enamorado,
iban tomando ese matiz rosado
que ostentan en sus vívidas corolas
del ígneo sol al resplandor dorado
las frescas y encendidas amapolas.

Y la noche, la bella noche, que desde allí podía contemplar en toda la esplendorosa manifestación de su tropical lujuria, le inspiró:

NOCTURNO

Cuando la noche en el azul del cielo
muestra sus enlutados esplendores,
duerme la tierra, y solitario velo
de mi lámpara ardiente á los fulgores.

Alrededor de mi sencilla mesa
se encuentran mis papeles esparcidos,
como del árbol á la sombra espesa
las plumas que cayeron de los nidos.

Anotando sentidas impresiones
ó persiguiendo frases armoniosas,
escucho del reloj las vibraciones
entre las densas sombras misteriosas.

Enjambres de quimeras fugitivas
surgen de mi cerebro visionario,
como surgen las áureas siemprevivas
del fondo de un sepulcro solitario.

Aquel paisaje de cielo transparente y claro; aquel mar azul enviando centelleos de plata; aquel verde de los peñascos, donde se estrellaban, al pie de viejos é históricos murallones, convertidas en blancas líneas de espumas, infatigables, rumorosas, las olas; aquella torre esbelta de la iglesia, que le recordaba los días lejanos de su niñez; aquella vida, aquel movimiento, influyeron tanto en su vista como en su fantasía para hacer más humanos, para dotar de más relieve, de más vida, su inspiración:

IDILIO REALISTA

Sale el humo en negruzcas espirales
del fondo de la roja chimenea,
y lejos, tras de rocas desiguales,
la onda de los mares cabrillea.

Bajo la cúpula del cielo,
fulgurante de vívida escarlata,
el aire forma transparente velo
que esmaltan chispas de bruñida plata.

Y dentro, en su cuarto, pintaba, trazaba figuras de gran relieve, de enérgicas líneas, con firme color, como siluetas fijadas por buril candente:

UN FRAILE

Descalzo, con obscuro sayal de lana,
sobre el lomo rollizo de su jumento,
mendigando limosnas para el convento
va el fraile franciscano por la mañana.

Tras él resuena el toque de la campana,
que á la misa convoca con dulce acento,
y se pierde en las nubes del firmamento,
teñidas por la aurora de oro y de grana.

Opreso entre la diestra lleva el breviario,
pende de su cintura tosco rosario,
cestas de provisiones su mente forja,

y escucha que á lo largo de su camino,
respondiendo al rebuzno de su pollino,
silba el aire escondiéndose entre la alforja.

UNA MAJA

Muerden su pelo sedoso y rizo
los dientes nacarados de alta peineta,
y surge de sus dedos la castañeta
cual mariposa negra de entre el granizo.

Pañolón de Manila, fondo pajizo,
que á su talle ondulante firme sujeta,
echa reflejos de ámbar, rosa y violeta,
moldeando de sus carnes todo el hechizo.

Cual tímidas palomas por el follaje,
asoman sus chapines bajo su traje,
hecho de blondas negras y verde raso,

y al choque de las copas de manzanilla
riman con los tacones la seguidilla
perfumes enervantes dejando al paso.

Pasábase para llegar á esta escondida habitación del poeta por una gran cocina de mansión señorial abandonada de muchos años, pero donde aún se percibía el acre olor de la ceniza fría, mezclada al polvo, á la telaraña, al hollín. Entre la penumbra de aquella vasta pieza dibujábase la angulosa silueta de una muchacha joven, delgada, de cabellos color de azafrán y rostro lleno de pecas, pobre, miserable, con las transparencias de la clorosis marcadas en las manos, la nariz y las orejas. Era la sirvienta de Casal; mejor, la encargada de aquellas habitaciones: todo lo que de feo tenía en el rostro, teníalo de bello en el alma. Cuidaba al poeta, se interesaba por él, y recibía sonriente y alegre á sus amigos.

Muchas veces sorprendí á Casal hundido en un antiguo y enorme butacón de cuero claveteado de tachuelas de cobre, que él libertó del polvo trasladándolo de lo alto de la media naranja del horno al suelo y mandándolo barnizar, con los dedos entrelazados tras la cabeza. Miraba, miraba mucho, con los ojos abiertos, hacia la cocina, como si soñara, como si aguardara el gallardo

príncipe que trajera el escarpín de cristal, y á la maga que con su varilla mágica transformara la calabaza en primorosa carretela y las ratas en briosos corceles para trasladar á Cenicentilla la fea desde aquella cocina abandonada á un palacio de ágatas, pórfidos y mármoles, de jardines, escalinatas, fuentes, cascadas, músicas y bailes...

Epoca de ensueños dulces, humanos, de fantasía azul y rosa, de

QUIMERAS

Mandaré construir en fresco bosque
de florida verdura
regio castillo de pulido jaspe
donde pueda olvidar mi eterna angustia.

Tendrás en ricos cofres perfumados,
para ornar tu hermosura,
ajorcas de oro, gruesos brazaletes,
finos collares y moriscas lunas.

Para cubrir los mórbidos contornos
de tu espalda desnuda,
hecha de nieve y perfumada rosa,
mantos suntuosos de brillante púrpura.

Te llevaré por lagos cristalinos,
en las noches de luna,
azul góndola rauda, conducida
por blancos cisnes de sedosas plumas.

Haré surgir, para encantar tus ojos,
en las selvas incultas,
cascadas de fulgente pedrería,
soles dorados y rosadas brumas.

Admirará tus formas virginales
de viviente escultura
un Leonardo de Vinci que transmita
al mundo entero tu belleza oculta.

Si sientes que las cóleras antiguas
surgen de tu alma pura,
tendrás, para azotarlas fieramente,
negras espaldas de mujeres nubias.

Y si anhelas tener tus pajecillos
para delicia suma,
iré á buscar los blondos serafines
que cantan el hossanna en las alturas.

***

¡Ya dí á la juventud mi despedida!
Perdí el ardor de mis primeros años,
y me alejan del campo de la vida
sueños de artista y hondos desengaños.

La habitación era enorme: fué vasto comedor de palacete señorial, mansión antigua de familia nobiliaria, á la que se ascendía por amplia escalera de piedra defendida por una baranda gruesa de caoba torneada. Semejaba vasta celda de prior ó refectorio de fraile, con una puerta de entrada de bajo dintel y pesadas hojas de cedro tallado, donde rechinaba, al abrirse, el gozne. El techo, de puntal muy alto, de vigas de ácana y caoba y tablas de cedro obscurecido por el tiempo; las puertas, pocas y cerradas, envolvían en tinieblas la amplia pieza: la vista del que entraba tenía que acostumbrarse á la tiniebla para distinguir algo de lo que había adentro.

Un reclinatorio en el ángulo izquierdo del fondo, con una cruz tosca de leños cruzados, auténticos del árbol de Jerusalén, presente único de un tío

suyo primado en un rápido y alocado viaje que hizo por España; una calavera al pie de la pequeña cruz, sobre el reclinatorio, y un grueso colchón de paja pegado al suelo. De allí, de aquel rincón obscuro, entre la sombra surgía Casal sonriente, con aquella sonrisa expresiva que nunca le abandonaba. Allí trabajaba entonces, allí escribía mucho y preparaba *Bustos y rimas.*

Había en este grande aposento, perteneciente á la casa en que se hallaba instalada la redacción é imprenta de *El País,* un mueble antiguo que perteneció á uno de nuestros más celebrados escritores: era un soberbio escritorio de ébano con magníficos calados en las hojas de su estante, y esculturas y tallados en su mesa. La ilusión hacía aparecerle como órgano ó *ángelus* cuando Casal, envuelto en un blanco sayal, recibiendo la faja de blanca luz que penetraba por la única ventana abierta se abstraía con sus lecturas y sus versos.

Aquel medio ambiente produjo brotes místicos, retoños monacales:

Guardo siempre en el fondo de mi alma,
cual hostia blanca en cáliz cincelado,
la purísima fe de mis mayores,
que por ella, en los tiempos legendarios,
subieron á la pira del martirio
con su firmeza heroica de cristianos,
la esperanza del cielo en las miradas
y el perdón generoso entre los labios.

Y este verso, más extraño, pero donde está más pronunciada la tendencia hacia la austeridad cenobítica de que quiso rodearse:

LA SOTANA

Niño, la sombra de la sotana,
como si fuese vago remedo
del mal que asedia la vida humana,
temblar me hacía de horrible miedo.

Joven, sin manchas en la conciencia,
mas presa siempre del desvarío,
ó producíame indiferencia,
ó me llenaba de amargo hastío.

Hoy, que es la dicha para mí vana,
y que del mundo sé la perfidia,
si hallo la sombra de la sotana,
siente mi alma profunda envidia.

Y surgieron tantas otras composiciones llenas de desencanto, de tedio, de hastío, que emocionan angustiosamente: *Vae Soli, Recuerdo de la infancia, Pax animae, Tristissima nox.* Sus sonetos *A mi padre, A mi madre,* hielan el alma, se leen con la opresión de la congoja en la garganta.

Sus *Marinas,* inspiraciones artísticas que, ya en sonido, en color ó en rima, son, por lo común, nítidas, puras, transparentes, fortalecedoras como la pura, libre y sana brisa del mar, prefiere escogerlas en orillas revueltas con rezagos y aguas estancadas:

Náufrago bergantín de quilla rota,
mástil crujiente y velas desgarradas,
írguese entre las olas encrespadas,
ó se sumerge en su extensión ignota.

Desnudo cuerpo de mujer, que azota
el viento con sus ráfagas heladas,
en sudario de espumas argentadas,
sobre las aguas verdinegras flota.

La expresión ó colmo del más profundo desencanto está en su poesía *Nihi-*

lismo, de la colección de *Bustos y rimas,* repercusión más profunda y lacerante de la que ya había publicado en *Hojas al viento, La mayor tristeza,* que termina:

Pero más triste del que en honda calma,
sin creer en Dios ni en la mujer hermosa,
sufre el azote de la humana suerte,
y siente descender sobre su alma,
cual sudario de niebla tenebrosa,
el silencio profundo de la muerte.

Vecina á la habitación de Casal estaba la del ilustre director de *El País,* Ricardo del Monte, quien trabajaba hasta muy altas horas de la noche, rodeado de libros, la mayor parte abiertos y en desorden, y montones de periódicos. Fué Del Monte lacónico, casi mudo, callado, pero firme y seguro mentor de los jóvenes literatos que á él se acercaban para asombrarse con su erudición pasmosa, con la alteza de sus ideales hacia el arte helénico, hacia la forma clásica.

Ya Casal había andado mucha parte de la senda del neoparnaso; ya había saboreado mucho á simbolistas y decadentes; pero, como ellos, no se mostraba huraño con la estética del arte oriental y del arte griego.



Los admirables cuadros de Gustavo Moreau proporcionaron rica veta á su admiración, haciéndole á la par inclinarse con respeto de atento discípulo ante la voz de Ricardo del Monte, su benévolo y tolerante consejero. Aquellas sanas lecciones de media noche y hasta de madrugada, cuando todo ruido y movimiento habían cesado en la redacción, en la imprenta y también en la calle, hicieron dirigir los vuelos del joven y ya desencantado poeta hacia el antiguo, siempre fresco y puro parnaso helénico. Se esforzó en trasladar á la rima los primores de aquella esplendorosa galería.

A esta época corresponden sus brillantes poesías *Las oceánidas,* de la cual son las estrofas:

Turbando la quietud de los espacios,
de la luna á los fúlgidos destellos,
como de un cofre azul joyas brillantes,
surgen de pronto del marino seno
ejércitos de oceánidas hermosas,
de garzos ojos y rosados cuerpos,
que con ramos de algas en las manos
y perlas en los húmedos cabellos,
color de oro verdoso, quieren todas
subir á consolar á Prometeo
hasta el alto peñón donde el heroico
titán por levantarse hizo un esfuerzo.

El Museo Ideal, reproduciendo diez cuadros de Moreau, dióle ocasión á composiciones de más amplio horizonte y risueña y grata fantasía; por su forma y por su fondo tienen sabor clásico:

ELENA

Luz fosfórica entreabre claras brechas
en la celeste inmensidad, y alumbra
del foso en la fatídica penumbra
cuerpos hendidos por doradas flechas.

Cual humo frío de homicidas mechas,
en la atmósfera densa se vislumbra
vapor disuelto que la brisa encumbra
á las torres de Ilión, escombros hechas.

Envuelta en veste de opalina gasa
recamada de oro, desde el monte
de ruinas hacinadas en el llano,

indiferente á lo que en torno pasa,
mira Elena hacia el lívido horizonte
irguiendo un lirio en la rosada mano.

Prometeo, cuyas rimas parecen dejar oir los golpes de la talla á cincel:

Bajo el dosel de gigantesca roca
yace el titán, cual Cristo en el Calvario,
marmóreo, indiferente y solitario,
sin que brote el gemido de su boca.

Su pie desnudo en el peñasco toca
donde agoniza un buitre sanguinario,
que ni atrae su ojo visionario,
ni compasión en su ánimo provoca.

Escuchando el hervor de las espumas
que se deshacen en las altas peñas,
ve de su redención luces extrañas

junto á otro buitre de nevadas plumas,
negras pupilas y uñas marfileñas
que ha extinguido la sed en sus entrañas.

Y como éstos los demás, entre ellos el bellísimo *Venus Anadyomena,* joya cincelada, trabajo de orfebre que recuerda las de Heredia, el impecable autor de *Los trofeos:*

Sentada al pie de verdinegras moles
sobre la espalda de un delfín cetrino
que de la aurora el rayo purpurino
jaspea de brillantes tornasoles,

envuelta en luminosos arreboles,
Venus emerge el cuerpo alabastrino
frente al húmedo borde del camino,
alfombrado de róseos caracoles.

Moviendo al aire las plateadas colas,
blancas nereidas surgen de las olas.
y hasta la diosa de ojos maternales

llevan, entre las manos elevadas,
níveas conchas de perlas nacaradas,
ígneas ramas de fúlgidos corales.

Hay en este acercamiento de dos hermanos en arte algo muy digno de hallarse al lado. Moreau, en sentidas cartas, mostróle al poeta su entusiasmo. Hermosos, célebres son los cuadros de ese gran pintor, que, como Alma Tadema, puso ante la vista maravillada de las generaciones presentes escenas de la vida griega y romana con todos los minuciosos detalles de una realidad directamente vista y observada: *Edipo y la Esfinge, Prometeo y Júpiter, Hércules y la Hydra de Lerna, Galatea, Helena;* cuadros llenos de trazos vigorosos, firmísimos, en que resalta y se revela, con el dominio y compenetración del asunto de la pintura, el conocimiento de la manifestación artística, de la cultura y de los ideales helénicos; pero son también las rimas del poeta sonoras, rutilantes, rimas embellecidas, engalanadas, tanto por la verdad de la inspiración como por lo elegante, armonioso, correcto de su forma de expresión.

Fué el cincel lo que de esta vez tomó, como antes tomara la paleta de Goya ó de Velázquez, para trazar figuras tan vivas, vigorosas y reales como las *Cármenes* de Teófilo Gautier, manolas, frailes y majos de la vida y manifestación hispanas.

La Judea le inspiró composiciones bellísimas de más vasto plan y superior empeño. *Muerte de Moisés, El camino de Damasco* y otras más cortas, entre ellas el soneto hermoso, rotundo, sonoro

SALOMÉ

En el palacio hebreo, donde el suave
humo fragante, por el sol deshecho,
sube á perderse en el calado techo
ó se dilata en la anchurosa nave,

está el Tetrarca de mirada grave,
barba canosa y extenuado pecho,
sobre el trono, hierático y derecho,
como adormido por canciones de ave.

Delante de él, con veste de brocado
estrellada de ardiente pedrería,
al dulce son del bandolín sonoro

Salomé baila, y en la diestra alzado
muestra siempre, radiante de alegría,
un loto blanco de pistilos de oro.

Como sus modelos y maestros simbolistas y decadentes, no sólo Grecia y Roma, Sumir y Akkan, Siria, Japón y Egipto, fueron arcaicas, hieráticas, fuentes de inspiración y en cuya polvorienta atmósfera iban ávidos á buscar seculares asuntos. En la grande y obscura habitación había ambiente de Judea: era un cuadro colgado del muro; el cuadro debatido de Gerome, donde sobre

la cima del Gólgota, en el suelo calcáreo y áspero, se dibujaban firmes las sombras de las tres cruces, de Jesús y de sus dos compañeros de suplicio. Tras el centurión, á caballo, volviendo la cara hacia la cruz, Jerusalén dibujaba, como en planos rectos superpuestos, la silueta de sus murallas, torres y casas ribeteadas de vivo rojo por la luz fugaz de un relámpago. ¡Qué lección de estética, al mediar la noche, le oímos dar, en sus irreductibles ideales, á Ricardo del Monte ante aquel cuadro! Casal reía con nerviosa risa, acudiendo á este recurso cada vez que oía clamar al consumado y magistral esteta contra el efectismo predominante en el pincel y en la lira.

Ramón Meza y Suárez Inclán.

(Se concluirá.)

ANOCHECER

Para Gustavo Caraballo.

Del lisiado Felipe el monasterio
enorme, en su hiperbólico desplante,
infunde al vespertino caminante
un raro sentimiento de misterio;

Hay voces en el templo, y el zahumerio
que respira su bóveda asfixiante
perfuma con la brisa la humillante
y lánguida cosecha de aquel predio.

Esbozada en su túnica violeta,
la tarde ha agonizado en la montaña
en medio de un silencio funerario,

y emerge de las sombras la silueta
del rey beato que imperó en España
esclavo de su fiel devocionario.

Julián Enciso.

REMANSO DE DOLOR

XV

19 de junio de 19...

Las probatinas de la ligereza de mis piernas fueron motivo á ponerme en contacto con los hombres de Ansó y demás bañistas del estado llano. Esta mañana, cuando hemos pisado la terraza después del almuerzo, de los dos ansotanos, el de más edad se paseaba á un centenar de pasos del establecimiento, mientras el otro platicaba sentado en la puerta con la más joven de las mujeres, de pie en el marco.

Hablaban sin mirarse, como distraídos de lo que se decían, intercalando en la charla largas pausas de silencio. Él, con una varita en la mano, alineaba rayas y más rayas sobre la tierra del suelo, formando caprichosos enrejados de impreciso dibujo; ella, trenzados los finos dedos de sus manos impolutas, hacía y deshacía sus enganches como si en ello estuviese puesta toda su atención. A primera vista, no había que escudriñar mucho para descubrir en aquella pareja el rastro de Eros; pero no ese amor travieso y endiablado que saltariquea en las palabras de los discípulos de Tenorio, sino aquel otro amor sencillo, eglógico, para el cual resultan atrevidas hasta las sutilidades que embriagan las pastorales de Longo, que anida en aquellas alturas donde no llegó todavía el desbordamiento de la perversión de costumbres.

No era el sentido de las palabras que entre sí cruzaban lo que definía y señalaba el sentimiento dominante, ni tampoco pudiera educirse del acento con que estaban dichas, en nada arrebatado ni discordante que pusiera la pasión de relieve, sino plácido y tranquilo como el rumor de una fontana perdida en la umbría. Era la actitud de los que sostenían el suelto diálogo, era aquella mirada serena que á veces posaba la muchacha en el mozo, mirada de aquellos ojos limpios que jamás se habían manchado con ningún destello de maldad, y aquel otro mirar como entontecido del mancebo cuando, haciendo un alto en sus descabellados dibujos, levantaba los ojos á su interlocutora.

Absortos en su charla, no advirtieron mi presencia, ni cómo, llevado por la curiosidad, los contemplaba desde mi atalaya de la terraza, en donde tomara asiento acodado sobre el barandal. Era tal el silencio de la mañana en aquel paraje, que el más pequeño ruido hacíase perceptible, aun sin que el oído pusiera su deseo en cazarlo. Por eso el diálogo de los ansotanos llegaba hasta mis oídos con la facilidad que en un teatro llegan las palabras de los actores desde el escenario hasta las localidades más altas.

—¿Qué fez?—preguntó la moza con ese dejo especial que endulza el habla de las gentes en aquella parte del Pirineo.

—Ya pués vier—le repuso el mozo—; aquí'stó tomando lo sol.

—¿Yes mellor?

—Ni peor, ni mellor—apuntó el enfermo poniendo algo de desaliento en sus palabras, á la vez que golpeaba sus piernas con la varita que tenía en la mano—. Las garras parez que me falsían menos qu'antis.

—¿Sientes que el agua de lo baño te fa más juerzas?

—Al pronto parez que me las furta; pero lugo siento como si la sangre me puyase por las venas arriba y con más juerza qu'enantes.

—¡Dios quiera que sanes!—exclamó la ansotana suspirando.

—Dios fara lo que siga su voluntad—añadió el mozo bajando la cabeza.

—Ello siga lo mellor.

—Así lo espero.

Entróse la moza al llamamiento de una voz que desde adentro vino, y allí quedó el hombre abandonado á su entretenimiento de rayar el suelo con la varita. Pero no tardó en volver la que se había entrado y en reanudarse la conversación interrumpida, siguiendo su curso tranquilo, sosegado, como de dos corazones ingenuos y humildes.

—¡Ah pobrete Juse, cuánto sufres!

—Una miqueta, Maringracia, una miqueta. Pero algo m'aima el que te he chunto á mí á toas horas. Tus ojos me fan consuelo. Han un mirar tan suave que fa gozo. Me parez que son como una fuente d'ishas que se troban en nuestras montañas, á las que arribas cansado, como entontecido de andar y más andar puyando las lacras, y con un buche de agua clara y fresca todo se pasa.

—¡Qué cosas fablas!—exclamó la joven con un tonillo tan suavecico y cadencioso que parecía como si una oveja balase.

—Las qu'implen lo corazón, muller, ishas te digo. Cosas de lo querer que fan plorar de gozo. Cuando nos casamos, va pa un año, á mí me pareceba que s'heba terminado todas nuestras penas...; pero de entonces que no hemos tenido momento bueno. Estos dolores pareceban esperarme al acecho para no dejarme gozar por entero la felicidad.

—¡La felicidad!...—hubo de interrumpirle la moza, toda extrañada de oir aquella palabra—. Buena cosa pa los que han muchos dinés. Ellos la gozan; que nosotros... La Virgen de Escagües nos ayude á conformarnos con lo que Dios nos tenga destinado.

Era una calma tal la que en aquellas palabras había, que hizo enmudecer al ansotano, como si nada pudiese oponer en contra de lo invocado por su compañera. El silencio llenó el vacío de la conversación durante algunos minutos, y en tales momentos de quietud y mutismo los ojos mirábanse á lo hondo, buscando el rastro profundo de las almas. El sol esclarecía la escena con sus oros, alumbrando el idilio de los esposos como en un apoteosis de gloria. La cúpula azul de los cielos mostraba en su limpieza como un espejo donde los puros corazones hubiesen su reflejo, y allá á lo lejos, en los resaltos peñascosos de la sierra, el choque de la luz arrancaba destellos de fuego y lumbraradas de incendio, como si el monte ardiese en sacrificio del padre Sol.

.....

Acerca de la moralidad de las ansotanas, leí una vez que los del valle es-

taban ofendidos con el insigne escritor Pérez Galdós, porque cuando allí estuvo para documentarse, antes de dar al teatro su obra *Los condenados,* preguntó si alguna moza se había escapado del valle con su novio, cosa que dicen no sucedió nunca. Esto leí; pero más tarde, y de labios de un venerable anciano que desde aquellos apartados riscos llegó, por sus méritos propios, hasta uno de los puestos más encumbrados de la República española, escuché una historieta que hace perder el equilibrio de razón que pudiera tener la ofensa galdosiana.

Hela aquí:

Parece ser que una joven ansotana, habiendo perdido en lance de amor lo que las mujeres más deben guardar y los hombres andan más golosos en encontrarse, y no pudiendo lograr que el autor de la fechoría reparase el hallazgo, acudió en demanda de justicia al alcalde, para que, oída su queja, decretase la reparación.

—Pero, oye, ascuita, muller—dicen que le dijo la primera autoridad municipal de su pueblo—, d'isho que reclamas... ¿has testigos que fagan preba?

—No, señor—contestó la muchacha toda compungida, después de unos instantes de amargo silencio.

—Pues entonces no puedo fer cumplir lo que tú quiés que faga—agregó el pedáneo, sumiendo en desconsuelo á la reclamante.

De casa del alcalde la pobre mujer encaminó sus pasos á la del juez, pensando hallar en la justicia lo que no había encontrado en la autoridad. El juez la oyó con calma explicarse, apuntó algunas notas sobre una cuartilla, y hasta la hizo sentarse en su presencia, interesado por la pena de aquella mujer desconsolada.

—Pero... ¡tendréis testigos!—exclamó el representante de la justicia y definidor del derecho, poniendo coto con su interrupción á la charla excesiva de la demandante.

—¿Testigos?... No, señor—volvió á responder toda hecha un lío la desconsolada víctima del amor traicionero.

—Pues, lo siento mucho—hubo de decir el representante de la ley, levantándose para poner fin á la entrevista—, pero no habiendo testigos del hecho de que reclamáis, nada puede hacer la justicia.

La ansotana salió hecha un mar de lágrimas, viendo su asunto perdido; mas, desesperada del fuero civil, vió un asidero en el religioso, y, tomando el portante, encaminó sus pasos hacia Jaca, con objeto de llevar sus quejas á los mismos pies del obispo de la diócesis.

Logró en fuerza de súplicas hacerse recibir de su excelencia, haciendo por tercera vez relato de sus cuitas. El obispo pareció meditar el asunto, y cuando la mujer, llena de respeto, esperaba que aquellos venerables labios hablasen, los labios se movieron para preguntarla:

—Y decidme, pobrecilla: del hecho de que os quejáis... ¿tenéis algún testigo?

A lo cual repuso ella encolerizada:

—E vos, marzapanaz, ¿cuando lo fez, buscar testigos?

XVI

19 de junio de 19...

A la una nos hemos acostado para dormir la siesta, y cerca de las cuatro y media me levanto para escribirte, estando todavía cuando pongo la fecha en disposición de que me pregunten el color de una hebra... de aire. ¿Qué te parece la entretenida vida que aquí nos llevamos? Dormimos como las orugas, y, sin embargo, en las horas que estoy despierto, siempre parece que tengo sueño. Si el sueño dicen que engorda, de seguro que voy á engordarme, pues cuando no duermo, estoy medio dormido.

El baño de hoy ha sido un éxito. Me he desnudado solo, he entrado y salido de la piscina por mi pie y sin ayuda de nadie, y me he vestido después de sudar y descansar un rato en la cama.

Ayer tarde continuaron mis probatinas de andar cruzando en medio de mi camino un banco, y salvándolo sin detenerme pasando una pierna tras otra. También esta mañana hubo ensayos de ilusionado con andar bien, con un velador que había en la terraza. Cualquiera diría al verme que he venido aquí á prepararme para unos exámenes de volatinero.

Se ha aumentado la colonia de bañistas con algunos enfermos nuevos. En la mesa de primera somos seis, y el resto, hasta diez y ocho, comèn en la mesa de segunda, ó se guisan por sí, como los ansotanos.

Ha cambiado el tiempo de tal manera, que tenemos un calor achicharrante; sobre todo para mí, pues, creyendo que haría frío, traje puesta la ropa de invierno, que mi madre no me deja cambiar por un traje de verano que trajimos por si acaso, previniendo que al anochecer refresque y se retrase mi curación, que va viento en popa.

Espero tener esta noche carta tuya. Como me he despertado tarde de la siesta, no puedo ser más extenso. Por hoy te libras del machaqueo de todos los días. Además, que á medida que siento entrar en mí la salud, noto que las negruras de estos días atrás se van aclarando.

No dejes de pensar en quien está contando los días que le faltan para verte.

CARLOS.

Se me olvidaba decirte que he tenido una postal de Miguel. Me dice que han señalado la boda para el Pilar. Le contesto dándole la enhorabuena. Si tú ves á Mercedes, puedes dársela también por tu parte. ¡Felices ellos!

XVII

20 de junio de 19...

Sudado el baño, el día empieza para mí con un espectáculo que no puede ser más sencillo, entretenimiento propio de un lugar como éste, donde no es posible hallar nada para distraerse.

Desembarazado de las mantas que envuelven mi cuerpo para provocar la reacción sudorífica del baño caliente, mientras bajo las sábanas retorno á mi ser habitual, los ojos buscan diversión cruzando con sus miradas el ancho ventanal frontero al lecho donde yazgo tendido, alargándose por la campiña soleada. Ellos quisieran volar raudos y audaces en busca de anchos horizontes donde explayar su codicia de emociones nuevas; pero cátate de que á poco que se desmandan sus diablescos traveseos, encuéntranse con el hosco y ceñudo fantasmón de un cerro, coronado, según dijimos, por las casitas de Termas, como menudas criaturas vestidas de blanco que cabalgasen sobre los lomos de un mastodonte antediluviano parado allí en su descenso de la montaña para mojar sus fauces en las aguas del Aragón.

Esta proximidad al monte hízome recordar desde el primer instante la semejanza con un establecimiento que el insigne escritor Galdós pinta en una de sus primeras novelas, del que dice que las montañas que le rodeaban parecían darle con el pie como para arrojarlo al río. Termas presenta una situación parecida, agazapado junto á un alto paredón de la sierra, con sus edificaciones á veinte pasos del Aragón.

Por eso cuando mis ojos buscan desde mi cuarto, y á través de la vidriera, un ancho espacio donde la imaginación pudiese nadar flotando en el ensueño, encuentran siempre el arrecife del cerro, como un islote abrupto donde van á chocar todas las miradas. Y allí reposan en un infantil entretenimiento, sólo comprensible cuando se vive hundido hasta el cuello en un tan gran aburrimiento como el que por todas partes me rodea, y el espíritu se torna niño, pueriliz ando sus diversiones.

Las múltiples sendas que gatean entre la corambre gris para escalar la eminencia pueblerina, y que la vista no puede adivinar, precísanse en esas horas de la mañana por los peatones que por ellas ascienden, los más de saya y pañuelo, y con mis ojos yo los voy siguiendo, siguiendo, viéndolos cómo en un sitio tuercen para desviarse hacia uno ú otro lado, cómo en otro desaparecen ocultos por alguna protuberancia del terreno que luego los vuelve á mostrar algunos metros más allá, como si la tierra los hubiese tragado y los devolviera más arriba, en una convulsión de todo su ser.

La distancia se va haciendo mayor conforme la figura se acerca al poblado, el color de su vestimenta se va esfumando, y cuando el pueblo los traga por las fauces de sus callejas, apenas si son para mis ojos un punto microscópico confundible con una piedra ó con un animal casero que á recibirles saliera.

El entretenimiento dura bastante rato, porque cuando el que venía siguiendo desaparece por haber escalado la cima, con volver los ojos al pie del cerro, siempre encuentro alguna que está en los comienzos de la subida, y á la que voy siguiendo hasta encerrar en casa. Es decir, que antes de levantarme ya *he metido en casa* á casi todas las mujeres del pueblo.

Ya pasa una hora, y el entretenimiento cesa por completo. Por mucho que se avizore, no se ve nadie por las sendas. Y entonces es preciso levantar-

se, vestirse y buscar la distracción en otra parte. Así llevo empezando los días desde que estoy aquí.

Luego, si me encuentro animado, terraza hasta la hora de comer, siesta después, y para finalizar la tarde, paseo por la carretera. Pero este programa de todos los días hace dos que ha tenido que modificarse en parte. Mi compañero el señor Manuel no sale del cuarto, continúa con sus dolores cruzado en cama, y he tomado como una obligación el hacerle algunos ratos de compañía, generalmente por la tarde, entre cinco y seis, cuando mi madre escribe á casa y yo espero el comienzo de la merienda. La conversación no es muy variada, versa siempre sobre lo mismo: sobre las enfermedades reumáticas, sobre tristezas; pero ¡qué le hemos de hacer!

Oyendo al señor Manuel es como si leyéramos un *Manual del reumático,* pues este hombre, que tantos años viene padeciendo, lleva visitados una retahila interminable de balnearios, y se ha bebido un dineral en botellas de aguas minerales procedentes de todos los manantiales del mundo que para remedio de su enfermedad se indican.

Alhama, Archena, Fitero, Arnedillo y una porción de Caldas de todas partes fueron, unas primero y otras después, estaciones de su vía-crucis de dolor. La batería de botellas que podría presentar, si hubiese tenido el capricho de guardarlas, constituiría un nutrido museo en el que podrían verse profusión en formas de botellas y en tipos distintos de etiquetas. Balnearios y bebidas fueron igualmente nulos en la intención, no sólo de encontrar remedio, sino de hallar alivio.

Desconfiando de los balnearios nacionales y hasta de las inmersiones acuáticas, habiendo oído en distintas ocasiones encomiar los baños en lodo, aunque no conocía el francés, no tuvo prevención á cruzar la frontera y peregrinar el remedio en la estación balnereológica de Dax, en el mediodía de Francia.

No es moderna, aunque el señor Manuel así lo creyese, la cura de la gota y el reúma por medio de los cienos de las fuentes termales. Y no es sólo en Dax donde pueden tomarse estos baños. Los hay en Europa en abundancia, desde el acreditado establecimiento sueco de Stromstad hasta los que se encuentran en las márgenes del mar Negro. En Venecia y en el Piamonte, en Austria, en Hungría, en Alemania y en Polonia son fáciles de encontrar baños de esta especie, siendo los de más renombre los de Carlsbad, Marienbad, Franzensbad, Saint Amand les Eaux y Dax, que es donde el señor Manuel estuvo, por ser el más próximo á la frontera española.

Tan no es cosa moderna el meterse en barro para vigorizar el organismo debilitado, que ya Plinio aconsejaba el uso de plantas marinas y de musgo humedecido con agua mineral para aplicarlo sobre la piel y curar la gota y la inflamación de los tobillos, tratamiento que recomendaba también Galeno por haberlo visto usar con éxito en Alejandría, y que en el siglo XIV prescribe el sabio italiano Giacomo de Dondis, aconsejando el uso de los sedimentos depositados por las fuentes minerales, con el cual debían untarse las partes doloridas, y ponerlas luego á secarse al sol.

De otoño á primavera el cieno, amontonado, queda expuesto al poderoso oxidante atmosférico, y una vez podrido por entero, se muele aquella tierra de olor bituminoso y gusto á tinta hasta convertirla en polvo fino, el cual se mezcla con aguas minerales cargadas de ácido carbónico, en la proporción necesaria para formar un barro que tenga la debida consistencia. En él se sumergen los enfermos, siendo altamente beneficioso para el sistema nervioso y para la circulación de la sangre en general, y sobre todo para resolver las inflamaciones, obrando de un modo absorbente sobre sus productos.

Así se hace en Carlsbad, mezclando el cieno traído de Franzensbad con el agua mineral de la famosa fuente Sprudel; así se hace en otras partes, y así le habían dicho al señor Manuel que se llegaba á formar aquel barro negruzco en el que no sin repugnancia había hundido su cuerpo.

—Mire usted—me ha dicho el señor Manuel al preguntarle yo si no sintió asco—: la primera vez dudé un momento ante la pila llena de cieno; pero como había ido para eso, la indecisión sólo alentó un momento.

—¿Y qué sintió usted al hundirse?—le interrogo con gran curiosidad.

—Yo pensé que aquello me iba á remover el estómago; pero hubo de sorprenderme la sensación, que no cabía más agradable. No era el cambio brusco de temperatura que en otros baños se experimenta; más bien parecía que el barro se tocaba con una caricia voluptuosa, delicada. En aquel momento —perdone usted la comparación, pero no hay nada que más se acerque—no pensé en otra cosa más que en el placer que sienten los cerdos al revolcarse en las ciénagas. La inmersión los primeros días fué parcial; pero pronto llegué á permanecer metido hasta el cuello, aumentando de día en día la duración del baño. Según me dijeron, hay en Francia un balneario—Saint Amand, creo le dicen—que se recomienda para el reúma crónico, la parálisis, la ataxia locomotriz en sus períodos primeros, algunas enfermedades de la piel y todas las afecciones nerviosas, en el cual los bañistas están metidos en barro hasta cinco horas seguidas. La pila está cubierta con un tablero parecido al asiento de un inodoro, por cuya abertura el bañista saca la cabeza, los brazos y parte del tronco, y sobre el cual se le ponen alimentos, libros ú otros entretenimientos, para que no se aburra durante tantas horas.

—Sí; ahora recuerdo el grabado de un semanario que representaba la sala de baños de uno de estos balnearios. Era la destinada á las mujeres, y parecía un museo viviente de hembras fenómenos que no tuviesen más que torso.

—Después del baño, como sale uno hecho una perdición, una ducha caliente se encarga de limpiarle y de ponerle en disposición de acostarse para sudar el *embarramiento*.

—¿No llaman á estos baños «comedores de la piel»?

—Según tengo entendido, ese nombre se les daba á los de Carlsbad hace cientos de años por la fortaleza que tenían. Pero ahora los médicos cuidan de templarlos hasta entonarla.

—¿Y no encontró usted mejoría?—pregunto yo, satisfecha mi curiosidad por los baños de lodo.

—Al principio, sí, comencé á encontrarme más fuerte, notaba que se habían estimulado mis músculos y vigorizado el juego de mis articulaciones; pero al volver á España los dolores tornaron de nuevo. Diríase que la mejoría no duró más que hasta la frontera, mientras tuve francos que gastar en tierra francesa. Llegué á casa perdida toda esperanza, convencido de que era locura pensar en la curación.

—¿Y cómo pensó usted en Termas?

—Fué un amigo el que se encargó de pensar por mí. Vine porque no se dijera que dejaba de tocar este último resorte; pero, créame usted, sin pizca de confianza. Y ya ve que no me he engañado.

Hay tal desconsuelo en las palabras del pobre señor Manuel, que no me atrevo á contestarle. ¡Para qué darle ánimos, si veo que no es capaz de recibirlos!

Y el más triste de los silencios envuelve nuestras dos tristezas, sellando los labios con un gesto de profunda amargura.

XVIII

20 de junio de 19...

Una cosa es hacerse ilusiones, abrigar esperanzas, y otra es que se cumplan. Anoche aguardaba carta tuya, si se habían de cumplir tus ofrecimientos de escribirme cada dos días, y, á pesar de todo, la carta no llegó. Veremos á ver hoy.

Es un terrible martirio el estar ausente de tu lado, pues, á pesar de tus protestas de cariño, por culpa de tu pereza ó de lo que sea, tu correspondencia y mis deseos andan siempre en completo desacuerdo. Mal uso haces de las extraordinarias facultades que Dios te ha dado, al dejar ociosa una pluma que tantos y tan buenos puntos gasta.

Ayer continuamos paseando como de costumbre por la carretera, y disfrutamos del entretenido espectáculo del paso del ganado. Aquí no puede salirse de eso, no hay otra cosa donde escoger. No encuentra uno más novedad que una, que no deja de ser consoladora, y es que cada día que pasa falta uno menos para marcharse. Cuando ésta recibas, que será pasado mañana, habré tomado el último baño y estaremos preparando la maleta para volar al día siguiente, á las cuatro de la madrugada. ¡Y tan madrugada!

Si pesado es el viajecito de venida, no lo es menos el de vuelta. Pero todo se andará, es decir, lo andarán por nosotros los caballos de la diligencia y la locomotora del tren.

Los dolores pueden considerarse casi por completo desaparecidos, pues si á ratos algo queda, es tan poca cosa, que tengo la confianza que todo habrá de marcharse dentro de la cuarentena. Lo que no se marcha absolutamente es la debilidad; pero esto, según me dicen, es producto de los baños, y no se irá mientras no cese de tomarlos.

De tiempo, tenemos un adelanto del calor agosteño que ayuda mucho mi

curación. Por eso no me extraña haber leído en el periódico la primera lista de los que salen de veraneo. He visto muchos Jaca, Sallent y Misericordia. Para ir á San Sebastián es todavía pronto, con la crisis monetaria que hay en nuestra población.

Lo que me asusta ahora es pensar lo pronto que alzarás el vuelo, separándonos de nuevo vuestra costumbre de pasar el verano en el pueblo. En las siete letras de su nombre veo yo otros tantos verdugos que se alzan para martirizarme, pretendiendo inmolar en aras de un convencionalismo engañoso el amor de toda mi vida.

Según lo que me dices, la mala intención de una persona para mí desconocida me ha levantado una gran calumnia, arrojando sobre mí un estigma implacable; es de derecho que me ayudes á defenderme y á poner las cosas en el punto de la verdad. Este es el asunto que más ha removido mi cerebro, y ya veremos á mi vuelta cómo se soluciona. Por ahora hay que esperar.

Mi carta de mañana será la última que te escriba, pues cuando la recibas ya llevaré unas cuantas horas de diligencia.

Si has cumplido tu promesa de acordarte mucho de mí durante estos días, piensa que te ha ganado el que suspira por verse á tu lado, y es tu

CARLOS.

Como aquí ya te dije que no hay ni rastro de tiendas, me será imposible llevarte el más insignificante recuerdo. ¿Te bastará conmigo?

XIX

21 de junio de 19...

Desparecidos los dolores que me pusieron en trance de venir á Termas, es para mí como un sueño aquel triste tiempo en que encenizaba más todavía mi angustia tejiendo vigorosos párrafos con palabras tremebundas donde mi desesperación se pintase. Si pudiera revelar ahora el recuerdo escrito de aquellos días que dejé para siempre grabados en la correspondencia amorosa, seguro que soltaba la carcajada. Así ha cambiado mi persona al alumbrarme de nuevo la salud.

En cambio, el señor Manuel seguro que no estará tan satisfecho como yo. A quemar su último cartucho vino á Termas, y hace tres días que está postrado en cama sin poderse mover y con unos dolores que sufre como si un taladro le horadase los huesos.

Al sumergir su cuerpo en estas aguas huyeron disueltos los escasos restos de esperanza que le quedaban, como si se hubiesen consumido en aquel hervir denunciado por los tibios vapores sulfurosos, harto desagradables al olfato de los que nos vemos obligados á cruzar la galería de los baños.

Es incalculable el consumo de salicilato y yoduro que este pobre hombre llevará hecho. Al venir á los baños, no teniéndolas todas con las aguas, tuvo buen cuidado de poner en la maleta dos frascos de un jarabe de procedencia gala, que dice el prospecto ser una maravilla para combatir toda clase de reúmas. Porque en esta enfermedad hay muchas variedades, que no se parecen entre sí más que en una cosa: en que todas duelen.

Cuando hoy he entrado á verle mientras mi madre escribía á casa anunciando mi mejoría, le he encontrado tomando una cucharada del específico salvador. Era un licor oleaginoso cuyo color tenía cierta semejanza con el vino tinto de la Rioja.

—Es la tercera cucharada que tomo—me ha dicho—; pero me parece que será la última.

—Qué, ¿no le prueba bien?—pregunto.

— La primera vez parece que me calmó un poco los dolores; pero la que he tomado después no me ha dado resultado alguno.

Comprendo en el gesto con que subraya su expresión que no tiene fe ninguna en la medicina. Es un aburrido, un desengañado de la farmacopea, al que no lograría conmover todo un grueso antidotario bien nutrido de recetas contra el reúma. Hojeando el libro, por muy completo que fuera, resultaría que las había tomado casi todas. Y las que no, desecharíalas por deducción de similar inutilidad.

—¿Piensa usted seguir tomando los baños en cuanto se mejore?—le pregunto.

—¿En cuanto me mejore?—me dice—. ¿Y cuándo será eso?

—Hombre, no hay que desesperarse por tan poca cosa—digo yo para darle ánimos, y con la tranquilidad que me concede el sentir recobrada mi salud—. Ya verá usted cómo se pasan pronto sus molestias y puede usted reanudar sus baños.

—No, si no me desespero —me dice como rehaciéndose á un nuevo aspecto de su espíritu—. Después de lo que llevo padecido en esta vida, nada me importaría morir, con tal de que fuese pronto. Así acabaría uno de padecer.

—¿No le asusta á usted la muerte?—pregunto extrañado, sintiendo cómo hormiguean en mi espíritu ambiciones, deseos y esperanzas sin cuento.

—¡Asustarme! Nada de eso. Al contrario; diríase que hace tiempo pienso en ella como en una buena amiga, y mucho han ensanchado tan extraña amistad las conversaciones que estos días he tenido con don Antonio, con el médico, con ese hombre que hace culto de su tristeza y religión de su dolor.

—Ahora me explico sus visitas.

—Sí; él me ha hecho comprender, aun sin proponérselo y sin que él mismo se haya dado cuenta de ello, cómo la muerte llegada á tiempo puede ser la liberación de dolorosas esclavitudes en que nos tienen encerrados los infortunios de la vida y las lacerias del cuerpo.

—Vamos, señor Manuel, no diga usted tales cosas. Deseche de su cabeza esos pensamientos torturadores y malsanos.

—¡Malsanos, cuando pueden suprimir el dolor!—me contesta poniendo en sus ojos un fuego extraño que me espanta.

—Pero sus dolores no son para pensar en la muerte, señor Manuel; la muerte en este caso está lejos.

—¡Quién sabe!—dice cerrando los ojos, como si soñase verla aparecer en el dintel de la puerta—. Hacer llegar la muerte es cosa fácil. Basta un segundo, menos todavía, y en el relámpago de una decisión cae tronchada una vida. Un dedo nervioso que juega con un juego imprudente sobre el gatillo de un revólver, y un pedazo de plomo que taladra las sienes, abriendo el camino por donde la vida escapa. Eso es todo.

—¡Vamos, vamos; dejemos esta conversación, que usted desvaría!—digo yo, asustado por el extraño nervosismo que sobrecoge el cuerpo de mi interlocutor.

—Como usted quiera—me responde, imperturbable siempre en su amabilidad.

Callamos. Mientras, mi razón divaga libremente dentro del abismo insondable que han abierto ante ella las palabras del desesperado de mejoría, que en aquel instante clava en el silencio estas tres palabras fatales:

—¡No somos nada!

Efectivamente; cuando nuestro infortunio nos encara con la idea de la muerte, hormiguea en nuestro corazón el sentimiento de nuestra microscópica pequeñez, de la inanidad de todos aquellos esfuerzos con que llenamos el vacío de nuestra vida. El artista piensa que por mucho que se afane, nunca conseguirá rebasar la altura inmarcesible de los grandes artistas que le precedieron, y con cuya admiración vino alimentando el fuego de sus entusiasmos; el literato comprende que todos sus trabajos quizás no lleguen al límite donde están los nombres que se perpetúan; el ingeniero sonríe ante sus obras más geniales cuando en ese momento se acuerda de las obras de esa ingeniera incomparable que se llama Naturaleza; el médico piensa, y piensa con razón, que por mucho que estudie para combatir el mal humano, llegará un día en que su mismo cuerpo sucumbirá ante la Muerte, presidenta de un tribunal que habrá de sentenciar sin apelación al abogado, aunque gaste las horas ensayando arengas que enternezcan á todo el mundo.

Y artista, literato, ingeniero, médico, abogado, todos, en fin, hombres y mujeres, grandes y chicos, jóvenes y viejos, saben que cuando la Muerte llega á hacernos su inexcusable visita, no hay más remedio que darle acogida en nuestra casa. Y ni lloros, ni lamentaciones, ni protestas, ni súplicas, nada le conmueve. Ella tiene que cobrar su tributo, y se cobra, ¡vaya si se cobra!, aunque llamemos para espantarla á quien también cobrará el suyo sin haberla espantado.

Cuando Cloto y Laquesis, viejas deidades encargadas de hilar y devanar el hilo de nuestra vida, declaran terminada su labor, es forzoso que acuda su hermana Atropos á cortarlo. Y es fama que nunca se retrasa.

Ya Jorge Manrique expresó de hermoso modo lo irremediable de la Muer-

te en aquellos inolvidables versos que arrancó á su lira el dolor de sentirse huérfano:

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos á se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos;
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

Cuando, lleno mi espíritu de tristeza, abandoné el cuarto del señor Manuel, al seguir por el pasillo adelante en busca del mío, de nuevo la musa manriqueña sopló en mi oído sus elegíacas filosofías:

Este mundo es el camino
para el otro, qu'es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

¿Sabría tener buen tino aquel desgraciado? ¿Se dejaría sugestionar por el descanso que la Muerte ofrece?

XX

21 de junio de 19...

No deja de ser extraño el efecto que en mí se produce cada vez que recibo una carta tuya, pues á pesar de que casi todas trajeron siempre alegrías para mi corazón y dulcedumbres para mi alma, me quedo después de su lectura triste y cariacontecido. Y dirás tú al leer esto: ¿por qué tal tristeza?

La explicación es bien clara, siendo hija la tal tristeza de tu perezosa condición para coger la pluma, reuniendo, como reúnes, sobresalientes condiciones. Aparte varias otras cosas de menos importancia, por un solo libro que escribió fué considerado Miguel de Cervantes como genio universal y como el más excelso de los escritores españoles. Pero... ¿no te parece que hubiera

sido mucho más genial si escribe diez obras como el *Quijote?* Sin que pretenda hacer creer á nadie que seas tú una Cervantes con la pluma en la mano —no lo digas; pero yo leo tus cartas con más gusto que *El Ingenioso Hidalgo*—, es una lástima, y lástima grande, que no venzas tu repugnancia á la escritura, considerando que si una carta tuya vale mucho, ¡qué no valdrá un rimero de ellas!

Las molestias de que te daba cuenta han desaparecido, quedándome sólo algo de impresión en los talones. Los dolores en las rodillas también se fueron, quedándome tan sólo el estado general de debilidad producido por los baños, y que espero que una buena alimentación venza en ésa á mi vuelta.

Mi padre escribe que descanse y tome otra novena; pero esto sería un disparate. El bañero ha dicho que nadie lo hace, y mucho menos yo, que me encuentro algo débil. He dejado el bastón en que me apoyaba, y marcho suelto y desembarazado de engorrosas muletas.

Al que no le va tan bien es al pobre señor Manuel. Ha estado tres días en cama, sin poderse mover, y con unos dolores tan fuertes, que, á pesar de su valentía, ponía el grito en el cielo. He pasado algunos ratos haciéndole compañía, y me ha contado muchas tristezas de su vida.

¡Pobre hombre! Algunas veces le brillaba un no sé qué en los ojos que me daba miedo. En una ocasión, al abrir la mesilla de noche, he creído vislumbrar como en un relámpago el reflejo siniestro de un revólver. Quise distraerle, contarle historias, unas ciertas y otras inventadas; pero siempre volvía á pasar al mismo punto, al asidero de su honda tristeza irremediable. Cuando te cuente su historia te explicarás el por qué me impresiona tanto este pobre hombre, tan bueno, tan campechano, tan sencillo, que siempre fué tan amante de los suyos, y que, sin embargo, se encuentra tan abandonado de todos.

Pero basta de tristezas cuando está cerca la mayor de las alegrías: mi vuelta á tu lado, á discutir contigo la realidad de toda clase de presentimientos. Hasta muy pronto, que tendrá la dicha de volver á verte, se despide tu

CARLOS.

No son más que dos días los que faltan para vernos. Mañana me despido de este retiro, y pasado, todo el día en viaje para estar á la noche en ésa. ¡Qué alegría tan grande! Está terminando el jueves, y dentro de cuarenta y ocho horas á tu lado.

XXI

22 de junio de 19...

El pensar que hoy es el último día que estamos aquí me intranquilizó de tal modo, que he pasado la noche despertándome á cada momento, como si el viaje se hubiese adelantado veinticuatro horas y creyera oir sonar en la puerta la llamada para montar en la diligencia.

Al bajar para tomar el último baño me he despedido con los ojos de todo: de los largos pasillos, de la piscina, del chorro, hasta de la silla en que du-

rante nueve días he tomado asiento para dejarme conducir cómodamente á mi camita. Es el día en que me ha parecido menos dura.

Hemos pasado la mañana arreglando el baúl, apenas descompuesto durante nuestra estancia. Mi madre quería dejar su arreglo para la tarde; pero yo, poniendo como excusa el que no perdonaba mi siesta y luego quería salir á despedirnos de nuestro paseo, la he convencido para hacerlo por la mañana. Hervía en ansiedad de ver pronto los preparativos de marcha.

Es ya seguro que haremos solos el viaje de vuelta. El pobre señor Manuel se propuso desde los primeros días volver con nosotros; pero el recrudecimiento de sus dolores le ha hecho retrasar tres días el baño, y aunque va perdiendo la esperanza de hallar mejoría, no quiere por tres baños dejar incompleta la novena. Así nos lo ha comunicado esta mañana con lágrimas en los ojos.

Mi curación es un hecho. Afortunadamente, hay que dar por bien empleadas las molestias del viaje y los diez días de aburrimiento que nos hemos pasado en este monasterio de impedidos.

Hallé el plus ultra de mis esperanzas en esto que pudo ser confín infranqueable de mi dolor, y á través de las brumas inciertas que envolvieran á mi llegada el porvenir de mi vida, he visto día por día clarear la ruta por donde llegar á descubrir el inexplorado continente de mi nueva salud.

Nuevo Colón, al pisar tierra en este ambicionado territorio de la salud, que abre anchos horizontes á mi alegría y á mis energías de hombre curado, lo primero que hago es dar gracias á Dios, que me guió á este sitio, y bendecir la hora en que el último doctor de los que me vieron me señaló estas aguas de Termas como piscina probática de donde pudiera salir libre de lacras y dolores.

Confieso que cuando, cerca de la hora de comer, he abandonado el cuarto para aguardar la comida en la terraza, el pasillo recorrido me ha parecido menos lóbrego, más blancas las paredes, más llano el piso, el salón que hace de billar y café, confortable y entonado en medio de la blanca desnudez de sus paredes, y hasta la locuacidad inagotable de la hostelera, plácido discreteo de mujer sensata y nada amiga de revolver en las ajenas vidas.

Como nunca de apetitosa he juzgado más tarde la comida; lo que otros días era descuido en el servicio y torpeza en los servidores, hoy ha sido cuidado y discreción; y los que siempre me vieron callado y como atento á lo que tenía en el plato, hoy me han visto locuaz, decidor y hasta dicharachero, teniendo mi madre que avisarme de que se me enfriaban las viandas.

No podía ser de otro modo. La alegría rebosaba en mí de tal manera, que no había medio de ocultarla á los ojos de los que me rodeaban. Todos veían lo satisfecho que yo estaba, no sólo por haber obtenido la salud, sino también, y acaso más, por volver al lado de mi novia.

¡Quién pensaba entonces, sintiendo tanta alegría, en las molestias del viaje desde Termas á casa! Pero no adelantemos los acontecimientos, y hagámoslos desfilar en riguroso orden cronológico, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, sin que monten uno sobre otro como corderos de un rebaño azuzados ante la estrecha entrada del redil.

Con todo, necesitábase un rebullir interior del optimismo para estar hoy alegre. De mañana el sol hurtó su obligación de alegrar la tierra, envolviéndose como en una bufanda en las apelmazadas nubes ceniza obscuro que entoldaban el cielo. Mucho nos engañaremos si á la tarde no llueve.

Y el agua ha querido que no nos engañásemos. Pero, dejando transcurrir el día turbio y desapacible, esperó la complicidad de la sombra para lanzarse sobre la tierra con una furia de tormenta, turbando con truenos horrísonos y continuado relampaguear el propósito de nuestro dormir no logrado.

Amenazadora la tarde, después de pasar un rato con el señor Manuel, he subido con propósitos de pasear por la terraza, encontrándome en el billar con los montañeses y demás bañistas allí guarecidos. Todos habían tenido mi intención, pero desistieron en vista del tiempo.

Salgo un momento, pero vuelvo á entrar. Fuera hace un estar desagradable: las nubes corren apresuradas como si algo las convocase por la parte de Jaca, y el viento produce remolinos en el ángulo de las edificaciones, haciendo danzar papeles, briznas, pajas y otros desperdicios.

Como algo insólito que me quedaba que ver antes de salir de aquí, apuntaré la aparición del médico, que se presenta en la vasta estancia y se sienta al piano sin decirnos una palabra. Sus manos ágiles comienzan á perseguirse sobre el teclado ensayando difíciles escalas, y después de aquellas probatinas se arranca con un vals lento, onduloso, cuyos acordes parecen deslizarse sobre nosotros como una suave caricia. Al vals sigue una polca que sabe á música de polichinelas, y detrás aparecen los compases de la *Plegaria de la Virgen,* con su tonillo ingenuo y sencillo como las emanaciones de un alma pura é inmaculada. Hallándonos en donde nos hallamos, no podía faltar la jota. Por eso, después de interpretar primorosamente un trozo de ópera que no acierto á conocer, comienzan á vibrar los fieros compases de la jota navarra, hasta terminar en unas notas de vigorosa pulsación.

Veo que estos montañeses sienten grandes deseos de mostrar su entusiasmo aplaudiendo al ejecutante; pero les contiene su aspecto serio, su semblante ceñudo, sus maneras hurañas y nada sociables. Cuando se dispone á largarse para recluirse en su huronera, mi madre y yo nos acercamos á despedirle. Se muestra complacido de mi curación, pero sin extremos; luego nos despide y se marcha.

Antes de cenar me voy despidiendo de los bañistas, estrecho la mano de los ansotanos, y busco mi puesto en la mesa. Ceno sin apetito, inquieto, y cuando, después de gratificar á los bañeros, busco mi cuarto, entro un minuto á dar el último adiós al señor Manuel.

¡Pobre hombre! Al darme su mano tiembla todo su cuerpo, y creo leer en sus ojos una despedida incierta. Una idea extraña hace nido en mi cerebro, siniestra como el reflejo de aquel revólver que vislumbré en el cajón de la mesilla de noche del señor Manuel.

José García Mercadal.

(Se concluirá.)

CARNAVAL DE ALDEA

A las puertas de las caserías ladrábanle los mastines cuando pasaba por los caminos vecinales implorando una caridad con grandes alaridos. Le conocían en todas las feligresías del concejo por sus barbazas del color de las algas marinas, que le caían sobre el pecho, enredándose entre el rosario de cuentas gruesas pendiente de la cintura.

Llevaba un bordón de peregrino que hacía recordar á los romeros auténticos que en las épocas antiguas trillaban los caminos reales acudiendo en devota caravana á Santiago de Galicia.

Por el día caminaba sin fatiga, con sus zapatones ferrados que chocleaban entre el fango. Los chiquillos le tenían miedo: al distinguirle de lejos daban carreras asustadas. A las veces, montando sobre las saltaderas, los rapaces más atrevidos le insultaban entre grandes risas tremantes de miedo:

—¡Ahí va el pelegrín!... ¡Al pelegrín, al pelegrín, que mata las gallinas como el raposo!...

Los ojillos saltarines y animados se le inyectaban de cólera. Eran su gran pasión: las gallinas de buche hinchado, de plumón blando á la caricia, que estrangulaba en medio de los campos, á la hora del crepúsculo, cuando las ranas croan en los pantanos.

Levantaba el bordón en alto con gesto amenazador, indicando que á ellos les retorcería también el cuello como á las gallinas papudas... Sobrecogidos de espanto, los rapaces echaban á correr por los prados húmedos. El romero les parecía un ser sobrenatural cuyo solo aliento debía de asfixiar como el vahó de la ira de un Dios vengativo. Le rodeaban de atributos supraterrenos: sus barbas de dios fluvial les horrorizaban como si entre sus greñas ralas hubiese un maleficio extraño. No acertaban á precisar bien esta sensación de terror y de respeto á la vez que en sus imaginaciones infantiles y aldeanas infundía la vista del romero con su figura desgarbada y su bordón en alto. Una tarde, cuando tocaban á vísperas en la capilla de San Nicolás de Berdicio, le apedrearon en la cuesta que bordea el monte Merín. El romero se desató en maldiciones; alta noche, sus alaridos vibraron medrosamente por las umbrosas callejas, mientras los canes desvelados le aullaban tras las cercas de las corraladas.

Con las rapazas campesinas de altos pechos y rosetas en las mejillas era todo palabras de miel. Les preguntaba por el novio; inquiría si estaba en América, si les era fiel, si le querían; daba consejos sentenciosos de hombre versado en materias de amor.

—¡Ah, rapaza, barrunto que el tu galán anda más penoso por ti de lo que tú piensas!... Mira bien, neña, que el amor ye cosa...

Y se enzarzaba en un discurso amatorio, narrando lances que las muchachas coreaban con grandes gestos de pasmo mientras sostenían en la cabeza la *ferrada*.

—¡Ah, cristiano, usted mucho sabe!... Que me muera si no anda namorando por esos mundos de Dios...

Él sonreía ambiguamente, por pulidez. ¡Enamorar, no!... Ya era viejo para esas historias. Pero cuando su barba estaba florida y los ojos brillaban de juventud...

Y se perdía en un cuento de galantería y de pasión juvenil que siempre terminaba con un ramillete de flores campesinas, humildes como las que crecen en los bardales á la revuelta de los caminos umbrosos.

Era muy galante; las rapazas le buscaban entre esquivas y tentadoras para que les dijese laudatorias frases sobre sus modestas gracias. Hasta una mañana, á orillas de la clara fuente que gime entre juncos, el señor pedáneo de Berdicio, que iba al mercado de la villa, le vió con la hija de Pin de Cantalarrana...

Púdico, el señor pedáneo no daba otros detalles. Ni siquiera en la taberna del lugar, entre la alegría mareante de la sidra, le pudieron arrancar una confesión plena y sencilla que hiciese sufrir la respetabilidad de su cargo. Se limitaba á sonreir equívocamente cuando pasaba al lado del romero, que á su vez le pagaba la sonrisa con una mirada de odio.

En la víspera del domingo «el gordo» de aquel año, y pocos días antes de las elecciones generales, los más bulliciosos rapaces del concejo concertaron una farsa carnavalesca. El peregrino había de formar parte integrante de la fiesta; así tendría ésta cierto carácter tragicómico y algo exótico que dejaría perdurable recuerdo en la aldea. Se le buscó aquella noche por todas las callejas; cuando iban á cortejar camino de las casas de las novias, los rapaces dieron grandes gritos: «¡Pelegrín, pelegrín!» Se lo encontraron á las claras del día en la taberna de Pachín el indiano roncando estrepitosamente. A su lado, una gallina pinta con el gaznate sangrando yacía estrangulada.

Algunos quisieron apalearle; por instigación de los más sensatos se le perdonó el hurto, advirtiéndosele de él, sin embargo, para obligarle á seguirles. Eran diez, y todos iban con nudosos garrotes de avellano, con el pañuelo de seda anudado sobre el cuello en elegante desaliño, simplones y alegres, como si fuesen á una romería.

Primero le mandaron por las caserías á pedir el *aguilando* de Carnaval para pagar el vino.

El romero, rugiendo de rabia, se paraba á las puertas de las corraladas ó debajo de los hórreos, donde cuelgan las panojas doradas *curando* al sol.

—¿Tiene algo que me dé para *antroxar,* cristiana?...

Una voz, generalmente femenina, respondía en el corredor:

—¡Perdone, por Dios, homín!... ¡Muertos de fame estamos todos desque empezó la costera del besugo!... ¡Los mozos en la mar sin traer pesca; los homes *sallando* las tierras!... ¡El Señor le ampare, pelegrín!...

Los rapaces le seguían de lejos; para distraerse iban cantando y riéndose entre sí, observando al romero, que á intervalos volvía la cabeza por ver si podía huir. Al mediodía, después de haber andado media legua por malos caminos, reunieron doce reales.

Paráronse en la venta de Elías, á la legua de Santiago de Ambiedes, junto

al palacio de los señores de Manzanedo. Bebieron tres jarros de sidra; el peregrino estaba más contento; doña Zósima, la hija de los señores, dióle una peseta por ser día de *antroxo*. Siguieron caminando; cuando llegaban á una taberna, entraban; entre los cánticos de las romerías, vaciaban jarros de sidra espumosa y dorada.

Los ojos del peregrino brillaban... Comenzó á narrar lances de amor y picardía; mientras decía, se acariciaba las barbas gelatinosas y un estremecimiento de mareo le corría por todo el cuerpo.

Cuando anochecía llegaron á Santiago de Ambiedes, ebrios casi todos y cantando desafinadamente. Se pararon delante de la casa del alcalde. La hija, un poco despavorida, cerró el balcón de la solana al oir aquellos cantares un poco incoherentes, ya que salían de las gargantas enronquecidas con un tono de amenaza.

—Baja p'acá, Ramón...—gritaron al alcalde—. Rompémoste el alma si no bajas... Júrote que venimos en son de paz—rugió una voz ronca—. Anda, neña, vamos recoger votos pa las elecciones que vienen...

El alcalde, entre los clamores de la hija y de la mujer, que temían ya interiormente un trágico desenlace, asomó al portón algo pálido, esforzándose por sonreir. El era condescendiente; quería que los mozos del pueblo fuesen formales y no diesen que hacer á la justicia; les recomendaba que no entrasen en más tabernas. Ellos eran buenos muchachos... ¿Por qué escandalizar así?...

—A casa, niños, á casa... A dormir, que ya va siendo hora...

Pero un clamor escandalizado ahogó sus frases. A empujones le arrastraron hasta el borde del camino.

—Non, Ramón, si non te queremos mal... Ye que queremos convidarte... Vamos á casa de Elías... Anda, Ramón, vamos á la sidre...; después á cortejar á Berdicio... A ti tamién te gustan un poquiñín les rapaces, ¿verdad, Ramonín?...

El alcalde se resistía, no esperando nada bueno de aquellos rapazones forzudos y un poco achispados. ¡Tenían mucho vino en el cuerpo!... ¿Por qué no se retiraban á descansar?...

—Ye verdá...; tenemos vino..., y navajas..., y votos pa las elecciones... —rugieron algunas voces cada vez más roncas, sedientas de combate.

—Venimos en son de paz, Ramón...—gritaban otros—. Somos buenos rapaces, y tú tamién yes buen rapaz...

Avanzaban por la carretera, á la luz de la luna, que hacía más blanca la blancura de la cinta ondulada que serpentea por la montaña.

Habíanse enmascarado con grotescas colchas cubriéndoles el cuerpo, y tiznado el rostro con el hollín de las chimeneas. Sólo se distinguía al peregrino por su bordón enarbolado; abría la fúnebre comitiva, cantando más roncamente que los otros, completamente ebrio.

Cuando llegaron al recodo donde está situada la taberna de Elías comenzaron á dar grandes gritos, que repercutían en lúgubre plañido en el silencio

imponente de la noche de aldea. La puerta de la taberna estaba ya cerrada, y con los garrotes nudosos repiquetearon estruendosamente. Elías, á medio vestir, les abrió gruñendo. ¿Qué era aquello? ¡Nunca viera cosa tal!... ¿Mozos de Berdicio venir á su casa á aquellas horas?... ¡Arreniego del diablo!... ¡Qué mocedad la de estos tiempos!...

Los rapaces, ahogando sus gruñidos entre cantares, pidieron vino. Querían convidar al alcalde, excelente rapaz, á quien ayudarían mucho en las próximas elecciones...

Cuando salieron la luna se ocultaba entre un nublado fosco; comenzaba á «orbayar». Un perro ladraba. Pasó un coche retrasado, con la linterna medio apagada. Los viajeros, asustados, gritaban al oir aquellos cánticos roncos, de una ferocidad primitiva. Algunos mozos quisieron parar el coche; otros vociferaban: «¡Carrero, carrero!...»

El peregrino iba delante, titubeando, cayendo á veces en las cunetas, entre las ortigas de los bardales. En un recodo de la carretera, dos mozos, cubriéndose la cara con las colchas, apuñalaron al alcalde. Dejáronle lívido, sangrando, con los ojos agónicos y la boca contraída en un espasmo de dolor. Vistiéronle con una colcha; pusiéronle en la mano el bordón del peregrino como si fuese el cetro de un rey burlesco; cogiéronle en andas; los otros mozos quedaron atrás, dispersándose por los atajos; el peregrino iba junto al agonizante haciéndole irrisión sangrienta, tarareando cantares obscenos.

Cuando llegaron á casa del alcalde dieron grandes aldabonazos en la puerta. La criada salió con un candil, medio desnuda, temblando de frío y de espanto.

—¡Pobre don Ramón! ¡Pobre don Ramón!—decía llorando.

Los mozos penetraron en la cocina, donde crepitaba una amorosa hoguera doméstica. La mujer y la hija, que estaban haciendo calceta, impacientes y turbadas por la tardanza de Ramón, se desmayaron y dieron grandes gritos al verle en aquella postura.

Los mozos clamaban irónicamente:

—Aquí tienes al tu home, Falina. Mira qué bueno viene pa las elecciones. Emborrachóse en casa de Elías, y nosotros trajímosle pa casa... Bastante ficimos, mujer. Aquí tienes al tu home...

Después bajaron en tropel por las escaleras de tillado podrido, cantando en vociferación. Amordazaron al mastín, que daba grandes aullidos desde su guarida de la corralada.

El peregrino amaneció tumbado al borde de la cuneta, con el bordón á su lado manchado de sangre.

—Emborrachóse ayer por ser día de *antroxo*—decían las mujerucas que pasaban por la carretera hacia el mercado de Ambiedes.

Y luego, dando grandes risotadas, se alejaban murmurando:

—¡Miá qué homín!... ¡Cristiano! Usté, ¿qué fai ahí tirao?... ¡El diablo me lleve si non se emborrachó ayer! ¡El demonio del pelegrín!... Después de vieyu, gaiteru...

Andrés González-Blanco.

LA REINA SILENCIO

(Fragmento de la obra de Ramón Goy de Silva recientemente publicada.)

ESCENA II

La pastora YOLANDA y EL PEREGRINO ciego.

Salen por el lado del bosque opuesto al castillo. Yolanda conduce de la mano al caminante, quien se apoya en un bordón, del que pende una calabaza.

YOLANDA *(dulcemente).*—Un paso más, señor, y aquí podréis descansar... Sobre esta piedra... Sentaos...

EL PEREGRINO *(sentándose á la izquierda sobre un banco de cantería).*—¿Dónde estamos?...

YOLANDA.—Ante el castillo de la Reina Silencio...; en la explanada; es un lugar muy bello, en medio del bosque...

EL PEREGRINO.—¿El castillo de la Reina Silencio?... Nunca he oído ese nombre... ¿La conoces tú?... ¿Quién es la Reina Silencio?...

YOLANDA.—No sé..., no la he visto nunca... Todos la llaman así; todos hablan de ella, pero nadie la ha visto...

EL PEREGRINO.—Nadie la ha visto... ¿Es buena?... ¿Es mala?... ¿Qué hace?... ¿Qué muestras da de su existencia en este sitio?... ¿Es vuestra soberana?...

YOLANDA.—Es la señora de este lugar, la dueña de estas tierras; todos los bosques, todos los montes, todos los valles que se extienden alrededor del castillo en más de diez leguas, donde no hay ninguna aldea, ninguna casa, ni una cabaña... Sólo el castillo, en la cima del monte... Hemos andado más de diez leguas desde que el alba apuntó...

EL PEREGRINO.—Estoy rendido. ¡Oh!... Más de diez leguas, y ni un pedazo de pan, ni una gota de agua... Me muero de cansancio, me muero de hambre, de sed...

YOLANDA.—Esperad... Llamaré á esa puerta...

EL PEREGRINO.—¿Qué puerta?

YOLANDA.—La de la torre... Es una puerta grande forrada de hierro.

EL PEREGRINO.—Llamarás en vano...

YOLANDA.—Me parece oir el rumor de una fuente... Sí; allí brota un hilo de agua... Dadme vuestra calabaza; iré á llenarla, y podréis apagar la sed.

EL PEREGRINO *(desfalleciente).*—Tómala, tómala... ¡Ah!...

YOLANDA.—También veo árboles frutales... ¡Cuántos!... ¡Cuánta fruta en ellos y en el suelo esparcida!... Os traeré...

EL PEREGRINO.—¡Sí, sí!... *(Vase Yolanda presurosa hacia la fuente, oculta.)* ¡Bendita la tierra hospitalaria que otorga sus dones al forastero!... ¿No saldrá de ese castillo alguna voz prohibitoria? *(Una pausa.)*

YOLANDA *(vuelve ligera, con el semblante iluminado por una alegría infan-*

til).—Aquí tenéis, señor peregrino, con qué acallar las voces de vuestro desconsuelo... Bebed del agua pura y comed el fruto sazonado de las higueras y de los manzanos.

El peregrino.—Bebe tú primero.

Yolanda *(entregándole la calabaza).*—Tomad... Yo he mojado mis labios en la fuente misma.

El peregrino *(después que ha bebido).*—Agua de vida... Me sentía desfallecer y ahora parezco revivir.

Yolanda *(ofreciéndole la fruta que trae en su mandil).*—Tomad las frutas...

El peregrino.—No, no; tómalas tú... Yo no deseo nada. Ese agua es prodigiosa; ha apagado mi sed y satisfizo mi hambre... Ya no siento nada...; ni el cansancio... ¿Y tú?

Yolanda.—Lo mismo...; estoy lo mismo que vos. El agua me ha confortado...

El peregrino.—¿Seguimos, pues, la marcha?

Yolanda.—¿Tanta prisa tenéis, señor?... ¿No os da pena alejaros de aquí?... ¡Un lugar tan delicioso!

El peregrino.—¡Es verdad!... La costumbre, mi buena niña... Yo he recorrido el mundo, y la experiencia de mis correrías me ha enseñado que no debe uno permanecer mucho tiempo en aquel punto donde ha sido un momento feliz... Es la felicidad un hada viajera é inquieta que abandona pronto el lugar donde reposa un instante... Nosotros debemos anticiparnos á su marcha para esperarla en otro lugar lejano. *(Una pausa.)*

Yolanda.—Debo preveniros que el sol desapareció ya tras los montes... ¿No sería mejor que pasásemos aquí la noche?

El peregrino.—¿La noche?... Para mí, ¿qué más da?... Yo tengo siempre la noche ante mis ojos... El sol mismo me parece negro...

Yolanda *(resignada).*—¿Queréis, pues, partir?

El peregrino.—Quiero complacerte, mi buena Yolanda... Me quedaré por ti si ése es tu agrado... Hablaremos de nuestras vidas... ¿Quién eres tú que á ser mi lazarillo te brindaste gustosa?... ¿Fué la piedad quien te movió á compadecerte de mi desventura?

Yolanda.—¡Oh señor!... ¿Por qué me preguntáis?

El peregrino.—¿Acaso conoces aquel viejo romance que dice así: «Y la zagala hermosa abandonó su hogar, sus padres, sus hermanos, para guiar al ciego peregrino que á su puerta llamó en demanda de un lazarillo piadoso..., y juntos abandonaron la aldea y cruzaron valles y montañas, hasta llegar á un castillo donde las campanas tocaban alegres, como en un saludo de bienvenida, y una cabalgata magnífica salió de la torre del homenaje para recibir al señor que llegaba, y el señor, que no era otro sino el ciego, abrió sus ojos á la comitiva y dijo presentando á sus vasallos la zagala: «Aquí tenéis á vues»tra condesa... La he buscado entre las bellas de la tierra que supieron dar su »amor á la caridad»?

YOLANDA.—¡Qué bella historia!...

EL PEREGRINO.—¿La ignorabas?

YOLANDA.—Sí, á fe, mi buen señor.

EL PEREGRINO.—Pues bien; yo siento no poder ser otro conde como aquél para darte igual recompensa... Pero ¡ay, mi bella Yolanda.!.. Porque tú serás bella, debes serlo... Yo no soy sino un ciego de veras..., un pobre ciego nómada que no premiará tus bondades como el ciego del romance, porque mi castillo ha sido incendiado y talados todos mis dominios... De mis vasallos no me queda más que el recuerdo de su ingratitud.

YOLANDA.—Pero ¿vos sois un conde, por ventura?...

EL PEREGRINO.—Mi corona pesaba más, mucho más...

YOLANDA.—¿Un príncipe?...

EL PEREGRINO.—Príncipes he tenido á mi mando, y aun reyes me rindieron pleitesía...

YOLANDA *(admirada).*—¡Oh!

EL PEREGRINO.—Pero no me mires como á tal... Yo no soy más que un pobre caminante que ni aun puede ver la senda que sigue... Estoy á merced de mi destino..., á merced de una débil mano de mujer..., á merced de tu corazón sencillo... Tú puedes sin esfuerzo arrojarme en un abismo y destruir lo poco que queda de mi grandeza...

YOLANDA.—¡Señor, no habléis así!

EL PEREGRINO.—Soy un mendigo errabundo, y los hombres que pasan á mi lado están muy lejos de sospechar que tropiezan con un rey.

YOLANDA.—¡Un rey, un rey!... ¿Por qué me lo habéis dicho, señor?...

EL PEREGRINO.—¿Piensas ahora abandonarme?...

YOLANDA.—¿Abandonaros?... ¡Oh! ¡No digáis tal!... Soy vuestra sierva, vuestra esclava...

EL PEREGRINO.—Mi amiga sólo, mi fiel compañera...

YOLANDA *(sin ocultar su desconsuelo).*—Vuestra esclava, seré vuestra esclava... ¡Ya no puedo ser más que vuestra esclava!

EL PEREGRINO.—Y antes, ¿qué eras?

YOLANDA.—¡Qué sé yo!...

EL PEREGRINO.—¿No te he dicho que ya no tengo reino, que ya no soy rey?... Dame una prueba de tu lealtad y dime sinceramente: ¿qué impulso te movió á ofrecerme el auxilio de tus ojos y el apoyo de tu mano cuando ignorabas mi historia?... ¿Vacilas?... *(Pausa.)*

YOLANDA.—¿Cómo deciros...? ¿Cómo deciros...? ¡Oh, si yo hubiese sabido...!

EL PEREGRINO.—¿No me hubieras acompañado?...

YOLANDA.—No me hubiera atrevido á esperar... Pero no debo, no debo decirlo...

EL PEREGRINO *(con ansiedad).*—Sí, sí..., debes decirlo...; dilo, dilo...; yo te lo pido, debes hablar con sinceridad... ¡Ah, si yo pudiera leer en tus ojos la verdad!... Tus ojos no deben mentir..., no deben saber mentir...; pero yo no puedo verlos...

YOLANDA.—¿Qué puede importaros, señor, lo que diga una pobre muchacha como yo?...

EL PEREGRINO.—Tú no eres ya una pobre muchacha... Desde que has tenido en las tuyas mi mano..., esta mano que ha sostenido el cetro de un imperio, te has encumbrado sobre todas las princesas de la tierra... Ninguna de ellas tuvo jamás tan alta misión.

YOLANDA.—¿Cómo no os han seguido?... ¿No teníais una hermana, una esposa?...

EL PEREGRINO.—No sé, no sé...; todo se ha borrado de mi memoria, menos el recuerdo de mi reino y de los rincones blancos de mi palacio, donde la luna velaba mis horas de felicidad... ¿Era mi esposa?... Era una princesa vestida de plata, que tenía celos de la luna... ¡Oh, los rincones blancos de mi cámara en las noches serenas..., el rumor de las músicas lejanas!... El rostro de la princesa se ha borrado de mi mente... Siempre que trato de evocarla se me aparece como la luna, blanca y velada.

YOLANDA.—Yo he visto una vez á una princesa muerta... La llevaban en una urna de cristal... Parecía dormida..., parecía sonreir al cielo..., parecía feliz en su sueño perdurable... ¡Oh! Era un cortejo bello y triste... Y los pajes sembraban á su paso el suelo de flores... Todos iban como agobiados por el peso de un remordimiento y lloraban en silencio la indiferencia de la princesa dormida... Ella parecía la única feliz. Hubiérase dicho, al verla así, que iba á un país lejano y conocido donde tal vez la esperasen...

EL PEREGRINO.—Todos caminamos en la vida así, hacia un lugar presentido donde nos esperan. *(Se oye dentro del castillo una voz pianísima que dice una canción triste.)*

Ramón Goy de Silva.

ANTÍFONA DEL CISNE [1]

¡Tú tienes la blancura fastuosa de los lirios,
la del cimborio alpino de nieves eternales,
la mórbida, la intacta de los votivos cirios,
la cándida liturgia de velos bautismales!

¡Tú evocas esa albura de randas ancestrales,
la de las reinas santas en místicos delirios,
la de esos linos suaves de los lechos nupciales,
la de clámides puras en cruentos martirios!

¡Tú llevas claridades de marfil y alabastro
con reflejos de plata, de perlas y de astro!
¡Oh cisne, inmaculado como el alma de un niño!

Eres blanco, y más bello que los mantos de armiño;
deslumbrante..., y tan frío como el mármol y el hielo.
¡En mi día eres sombra y en mi noche desvelo!

LA HORA DEL CISNE

La soberbia flexible de tu cuello ondulante
me acariciaba lenta; ardía en raras glosas
el ónix de tus ojos, y en su gloria vibrante
sobre mí se extendían tus alas poderosas.

Posaban en su albura mis manos victoriosas
la bella y sutil trama de un deseo enervante;
mis labios florecían preguntas imperiosas
y escrutaban mis ojos tu enigma triunfante.

Ya el ágata del pico adornaba mi seno
con macizos collares de amorosas codicias;
yo, ensoñando, bebía el divino veneno

de los dejos amargos y mortales delicias.
Tú, orgulloso y ebúrneo, insaciable y sereno,
subyugabas mi alma con tus mudas sevicias.

---

(1) Del libro reciente que con tanta unanimidad ha sido elogiado por la crítica.

¿ESFINGE?

Dime si eres la esfinge de mirada enigmática
que abarca el horizonte y escruta largamente.
De cara al sol reposas, y tu calma hierática
encadena la hora que pasa inútilmente.

Dominas como esfinge; serena y mayestática
se yergue tu blancura sobre el solio esplendente
de arena cegadora, y te circunda extática
la multitud orante, que llega á ti inconsciente.

¡Oh cisne, eres esfinge! Como ella, interrogando
estás ante un desierto de duda amarga y fría;
contemplas nuestras tiendas en sombra cobijando

enigmas del ocaso; y cuando apunta el día,
de amor las caravanas sedientas desfilando,
sacuden tu alma vieja, que embota la ironía.

Condesa del Castellá.

LOS DURAZNOS

Para Lucio V. López.

Su perfume indefinido,
con estricta lucidez,
me recuerda lo vivido,
lo llorado y lo reído
en la lejana niñez.

Vago perfume, memento
de una vida que pasó:
¡qué sedoso sentimiento
y qué lozano contento
vivía en ese otro yo!

Sí; del árbol suspendidos
allá en la huerta rural,
murmuran á mis oídos

casi olvidados ruïdos
de la mañana estival;

y el vello de terciopelo
de típico color gris
evoca con desconsuelo
un pantanoso arroyuelo
de aquel lucustre país;

la ingenua piratería,
¡qué delicioso entremés!;
¡con qué fanfarronería
anheló mi fantasía
lograr un gato montés!;

y aquel angustioso estreno
en la cosecha ilegal,
¡fruta del cercado ajeno!,
lo elegido de lo bueno
abismaba el delantal;

y el pavor acrisolado
de que fué autor un mastín
bullicioso y erizado;
y el grito desentonado
del señor de aquel botín.

La exigua frondosidad
del duraznero en verdor
fué dosel y caridad
para alguna ingenuidad
que anticipaba el amor;

y el erizante y traposo
sabor que dejó la piel
en el festín pegajoso
fuera un día luminoso
que actualizara el doncel.

Cuando nacían en flores
sus pétalos de cristal,
eran fieles trovadores,
cantaban con sus colores
el veraneo trivial.

Y el enjambre de muchachos
—¡cuán lejos está de mí!—
que navegaba los riachos
en incipientes patachos
con pericia baladí.

¡Que vuelvan á mi memoria
los recuerdos que se van!;
aquella infantil historia,
las mareas y la noria
y las siestas del Luján;

y los pacientes sauzales,
tras sus cenefas de gro,
secreteaban madrigales
en las tardes otoñales
de esa vida que pasó;

y el taciturno poema
de la luna de marfil,
que, en su palidez extrema,
fuera un anémico emblema
del amarillento abril.

Y la opacidad de loza
del gran estuario marrón,
voluble como una moza;
el té, la isleña y la choza
á la vera del zanjón.

Los duraznos reverdecen
un ambiguo sueño azul.
¡Qué distantes me parecen
esas horas! Se obscurecen
entre una bruma de tul.

Hacen vivir mi pasado,
la buena infancia inicial,
los amigos..., lo soñado...,
el crespón..., lo renunciado...
y la casa patriarcal.

Julián Enciso.

INFORMACIONES

Sanitaria

Precauciones contra el cólera

El cólera es una enfermedad temible por los peligros á ella inherentes y por lo que suele contribuir á acrecentarlos la ignorancia de las masas populares. En la actual epidemia nos llegan de Rusia noticias de horribles tragedias, en que colaboraron el temor irreflexivo al cólera y la falta de toda cultura en los aldeanos. En muchos pueblos ha resultado tarea bastante más difícil luchar con la barbarie y prejuicios de sus habitantes, que con los progresos de la dolencia. Y aun cuando en España no se halle á tan bajo nivel la instrucción media en asuntos de higiene, no está, desgraciadamente, la masa tan sobrada de buen sentido y conocimientos médicos que no resulte de utilidad divulgar á todos los vientos cómo se propaga el cólera y cómo se puede luchar contra su difusión. Así, de llegar el desagradable caso de verle asentarse en tierras españolas, podría esperarse alguna mayor serenidad de la que en tan apurados trances suelen mostrar los profanos en medicina.

La epidemiología comprende tres principales aspectos: el transporte del germen, su propagación y su difusión. De todos los modos como se propaga el cólera, el más perjudicial, aquel con el cual resulta más difícil luchar, es los llamados *portadores de gérmenes*. Son éstos individuos en perfecto estado de salud que, á pesar de ello, llevan en su intestino el microbio del cólera, el cual lanzan al exterior en cantidades considerables en sus deyecciones.

En tales individuos reside la verdadera explicación de varias anomalías observadas en la propagación de la dolencia que nos ocupa. En el año 1902 los peregrinos musulmanes entraron en Hedjaz sin haber tenido durante el camino un solo atacado; sin embargo, el cólera apareció en la Meca coincidiendo con su llegada. A este mismo orden de ejemplos pertenece el de todos esos barcos que arriban á un puerto, procedentes de escalas donde reina la epidemia, sin un solo enfermo á bordo, y que, no obstante, son causa de que aparezca el cólera en la población.

Todos estos hechos han sido admirablemente precisados por el Dr. Gotschlich, enviado especialmente al lazareto de Tor para buscar los vibriones del cólera en todos los cadáveres, fuese la que fuese la causa de su muerte. En sus investigaciones, este afamado bacteriólogo halló bacilos coléricos en peregrinos que no habían presentado ningún síntoma de tal padecimiento. Conocidos estos datos, es fácil darse clara cuenta de las dificultades con que hay que luchar para poder evitar los perjudiciales efectos de esos sanos que alojan, no obstante, el agente del terrible padecimiento y lo van sembrando á su paso.

Al lado de ellos figuran los enfermos que curaron y que, vueltos aparentemente á la normalidad (según trabajos hechos en Alemania durante la epidemia de 1892), siguen con el vibrión colérico aposentado en sus intestinos uno ó dos meses. Estos portadores de microbios son la causa más importante del transporte del cólera á larga distancia.

El por qué la tripulación y pasaje de un vapor se hacen súbitamente perjudiciales en el momento de desembarcar, problema que seguramente intrigará al lector, resulta

fácilmente explicable por el hecho de que las deyecciones van rápidas y directamente al mar en los barcos, lo que las impide causar daño alguno.

Al lado de este modo de transporte figuran, en muy secundario lugar, las mercancías, equipajes y agua potable de los vapores. Y que es así lo prueban plenamente, respecto á las dos primeras, los itinerarios seguidos por las distintas epidemias; y en cuanto al último, el hecho de que en la mayoría de los casos en que se atribuye al agua de un buque el primer chispazo de una epidemia, había sido bebida durante la travesía, sin efecto alguno desfavorable.

En cuanto á los coléricos que comenzaron á serlo á bordo, es útil hacer una subdivisión en dos grupos: uno, el de los que embarcaron en período de incubación, que suelen haber fallecido ó curado al rendir viaje, y que, por tanto, sólo tienen importancia desde el punto de vista de la posibilidad de que queden convertidos en portadores de microbios; y otro, el de los que se presentaron fulminantemente á bordo, sin que se les pueda hallar una causa determinada, y que son verdaderamente peligrosos, como causa del *transporte* lejano de una epidemia colérica.

Menos dañinos son los enfermos que puedan llegar por vía terrestre, por lo raro de que en tal estado emprendan viajes largos y penosos.

Vamos ahora á ocuparnos de la propagación del cólera, entendiendo por tal el paso de la enfermedad de una población á otra, dentro de una región infectada. Las mercancías y equipajes, á que tan poca importancia se concede en el transporte á largas distancias, merced á la acción nociva de la desecación sobre el microbio del cólera, la tienen bastante mayor en la propagación, aunque limitando su papel de vehículo á tres ó cuatro días, que es el tiempo que la desecación tarda en matar al vibrión.

El agua potable no tiene acción alguna interesante, salvo en los casos en que un río abastezca varias poblaciones, por no ser común que al viajar se lleve agua del punto de partida. Si acaso, como dice Chantemesse, podríase entrever la posiblidad de un contagio por intermedio de los vagones *restaurants*.

Lo más frecuente y más de temer es la propagación por individuos que se ponen en camino ya enfermos, huyendo quizás de un padecimiento que llevan consigo, y por intermedio de personas en estado de microbismo latente.

Expuesto ya cómo el cólera se transporta á largas distancias, y cómo dentro de una misma región, réstanos sólo hablar de su diseminación en las ciudades. En éstas la causa es siempre la misma: las materias fecales y los vómitos de los coléricos, por intermedio de los efectos, ropas de cama é interiores manchadas por las deyecciones, y, sobre todo, por el agua potable contaminada por deyecciones recientes.

Recientemente, Chantemesse y Borel han demostrado que las moscas desempeñan también un importante papel en la difusión del cólera, ó sirviendo á los vibriones de vehículo inerte para depositarlos en el agua, los alimentos, etc., ó conservándolos hasta veinticuatro horas é irlos abandonando poco á poco. A la presencia ó ausencia de las moscas hay que atribuir, probablemente, la mayor ó menor fuerza expansiva del cólera durante el verano é invierno, respectivamente.

En resumen: *el transporte* del cólera á largas distancias tiene lugar principalmente por los portadores de vibriones coléricos, y muy secundariamente, hasta casi ser dudoso, por las ropas, equipajes, mercancías y agua potable de los barcos; *la propagación* de ciudad á ciudad, dentro de una misma región, por el intermedio de individuos convalecientes, sanos ó enfermos, portadores de microbios, y aunque en plano inferior, en mayor grado que en las grandes distancias, por las ropas, equipajes, etc., pudiendo adquirir una gran importancia el agua en el caso de tratarse de un río del que se surtan

varias poblaciones; *la difusión* en una ciudad se hace por las deyecciones, contaminando el agua, las ropas, los alimentos, etc., y por las moscas.

A estas tres maneras de extensión del cólera corresponden exactamente tres modos de oponerse á ella: la profilaxia nacional, la urbana y la individual.

La *profilaxia nacional* comprende el conjunto de medidas encaminadas á evitar la entrada del cólera por puertos y fronteras. Como ejemplo de lo que se suele hacer en estas últimas, merecen citarse las disposiciones adoptadas por los delegados franceses, Dres. Charrin y Netter, en la frontera francoespañola durante las epidemias españolas de 1885 y 1890. Al llegar los trenes, los viajeros eran obligados á entrar en la estación por una sola puerta, para comparecer uno por uno delante del médico francés, el cual los examinaba bastante detenidamente, apartando los sospechosos, que eran luego conducidos al lazareto. Terminado el reconocimiento médico, se extendían los pasaportes sanitarios, comenzando en seguida el examen de los equipajes, con el fin de enviar á la estufa, en paquetes numerados, toda la ropa sucia ó sospechosa.

En esta operación invertíase, por término medio, veinte minutos. Widal sostiene que tal procedimiento debe ser ya considerado como clásico, por los buenos resultados que dió, y emplearse en cuantas ocasiones aparezca el cólera. En los puertos se adoptan precauciones análogas. La profilaxia nacional por sí sola resulta, sin embargo, deficientísima siempre, pues puede muy poco contra los portadores de gérmenes. Resultan mucho más eficaces la profilaxia urbana y la individual.

Para que el lector se forme idea de cómo se realiza la primera, extractaré aquí el informe leído por Dujardin-Beaumetz en julio de 1890 ante el Conseil d'Hygiène publique et de Salubrité de la Seine, y que éste aprobó. La lucha contra la difusión del cólera consta de los siguientes elementos:

1.° Necesidad de conocer cuanto antes el primer caso de cólera.

2.° Creación de un Cuerpo de médicos delegados que tengan por misión comprobar la realidad de las invasiones y vigilar el cumplimiento de las medidas sanitarias.

3.° Facilitar al público *gratuitamente* grandes cantidades de disoluciones débiles y fuertes de sulfato de cobre, para desinfectar las deyecciones, lavar la ropa manchada por el enfermo y lavarse la cara y las manos.

4.° Crear cuadrillas de desinfectores que, bajo la alta dirección de inspectores médicos, procedan á realizar la desinfección de las habitaciones, mediante la combustión de trozos de azufre lavados con sublimado, y con la ayuda de estufas móviles, para las ropas que hayan estado en contacto con el enfermo.

5.° Transporte de los enfermos en carruajes calentados durante el camino y desinfectados á la llegada.

6.° Evacuación de las casas en que se declare un caso de cólera.

7.° Creación de servicios especiales, aislados, en los hospitales.

8.° Cumplimiento escrupuloso de todas las medidas de higiene privada y pública.

Es decir, en pocas palabras, como escribe Chantemesse: *lucha constante contra las materias fecales, antes, en la epidemia y después de ella*. La profilaxia individual debe consistir, principalmente, en no beber más que agua hervida, comer alimentos cocidos para salir á la mesa, y bien cocidos. Los que no puedan cocerse, porque esta operación los estropee ó prive de su buen sabor, abandonarlos. La leche siempre hervida. Destrucción de las moscas (colocando en un plato un terrón de azúcar y echando en él unas gotas de la solución de formol del comercio). Impedir la entrada de moscas en los retretes, mediante telas metálicas.

Observar una escrupulosa limpieza de la casa y del individuo. Evitar todo género de indigestiones y diarreas, privándose para ello de las frutas verdes, el melón, etc. No sentarse á la mesa sin antes haberse lavado minuciosamente las manos. Como complemento, los que rodeen á un colérico deben desinfectar cuidadosamente cuanto haya estado en contacto con el enfermo, utilizando, en las casas donde sea posible, la destrucción por el fuego.

Para esquivar la acción de las moscas, colocar en la cama un mosquitero, dentro del cual quepan la mesilla de noche con los medicamentos y bebidas. Evitar que las moscas se pongan en contacto con las deyecciones. No comer en la habitación del enfermo, y desinfectarse las manos cuantas veces haya sido preciso ponerse en contacto con él. En resumen, según Chantemesse, *destruir el microbio en el momento mismo en que sale del organismo enfermo.*

Como se ve, si grandes son los medios de difusión del vibrión colérico, se conocen lo suficiente para poder oponerse á ellos victoriosamente en la mayoría de los casos, siempre que se sigan minuciosamente los consejos de la higiene y las disposiciones de las autoridades sanitarias, en que debemos confiar ciegamente. El nombre del doctor Martín Salazar al frente de los servicios de Sanidad exterior es tan sólida garantía de acierto, que debe bastarnos para conservar la calma. Con serenidad y una gran disciplina higiénica lograremos librarnos del cólera, como lo lograron en trances análogos otras naciones.

Dr. César Juarros.

Bibliográfica

Nueva edición del *Quijote.*

La nueva edición del *Quijote* la ha ordenado D. Francisco Rodríguez Marín; se ha publicado en la colección de *Clásicos castellanos* que edita *La Lectura,* revista de Madrid. Difícil es decir algo original, nuevo sobre el libro de Cervantes: no lo pretende el autor de estas líneas. Acerca del *Quijote* se ha escrito muchedumbre de disertaciones y comentarios. Sobre el *Quijote* han meditado numerosas generaciones. Sería curioso hacer un estudio tratando de establecer y definir lo que el libro de Cervantes fué para los coetáneos del autor, y lo que luego, en el transcurso de los siglos, *ha ido siendo,* hasta llegar á la actual modalidad ideológica, que acaso no sea definitiva.

Habrá comprendido el lector lo que hemos querido decir. ¿Fué el *Quijote* á raíz de su publicación sólo un libro de pasatiempo, de donaires, de regocijo? La anécdota, real ó fingida, que se cuenta respecto de un transeunte que discurría por la calle con un libro en la mano y riendo á carcajadas, transeunte que visto desde lejos por alguien al punto fué reputado por lector en aquel momento del *Quijote,* tal anécdota, repetimos, es sintomática. El *Quijote,* en efecto, parece haber sido en los días de su aparición una obra de burlerías. Después, á medida que ha ido pasando el tiempo, conforme han ido transcurriendo los años, deslizándose los siglos, la obra de Cervantes ha ido modificándose, transformándose. Claro que el *Quijote* permanecía siendo el mismo, inmutable; pero diríase que algo latente, profundo, misterioso, que había en él y que no había aparecido antes, iba surgiendo y haciéndose visible con mayor ostentación y esplendor. La Humanidad, á medida que pasaban los siglos, iba *creando* el *Quijote, completando,* por lo menos, la obra de Miguel de Cervantes.

Lo curioso es que lo que se dice de la sociedad en general, del género humano, acontece y puede decirse también respecto del individuo aislado. La observación la ha hecho ya Leopoldo Alas en sus *Notas sueltas sobre el Quijote:* breves y sutilísimas notas en que se anuncia algo—un libro de *Clarín* acerca de la gran novela—que, por desgracia, no llegó á realizarse. En general, lo que ocurre con el *Quijote,* ocurre con todas las obras de una intensa belleza: la impresión que producen en un lector durante determinada edad de la vida de éste es muy distinta de la producida por una lectura hecha en otra edad; á medida que vamos avanzando en años, vamos viendo en las grandes obras —cuando se tiene sensibilidad para ello— muchas cosas que antes no veíamos. *La educación sentimental,* de Flaubert, por ejemplo, esa obra tan desgarradoramente trágica bajo apariencias de placidez y de monotonía, ¿no dice á nuestro espíritu á los cuarenta años cosas que no nos decía leída á los veinte? Fijémonos en uno de los pasajes del *Quijote* que aparecen en los primeros capítulos: la aventura del gran hidalgo con Andresillo y su amo. Pues ese episodio—de los más intensos del libro—nos sugerirá emociones y sentimientos ahora, cuando hemos pasado de la mitad del camino de la vida, que antes no podía sugerirnos. «En esa edad á que me acerco—escribía *Clarín*—quisiera yo que este progreso indudable del juicio que siente uno dentro de sí (á cambio de tantas cosas que se van perdiendo) me hiciese digno de comentar el *Quijote.*» No pudo el gran crítico realizar su propósito. Leopoldo Alas expresaba también en esas notas su deseo de que D. Juan Valera acometiera esa obra. No era Valera el temperamento más adecuado para escribir un libro *subjetivo, sentimental,* sobre el *Quijote.* Hombre mundano, escéptico, de ironías elegantes y áticas, Valera hubiera luchado inútilmente por ponerse á tono con el *ritmo* del *Quijote.* No quiero con esto lastimar la memoria de un escritor que tanto admiro y quiero; no quiero poner á Valera ni por debajo ni por encima del *Quijote;* digo, sí, que su espíritu era cosa distinta del que alienta en las páginas del *Quijote,* al menos tal como vemos hoy este libro. No alegaré en defensa de mi tesis el último trabajo que dictó el ilustre escritor, precisamente sobre la obra de Cervantes: el discurso para ser leído en la Academia Española con motivo del centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote.* Si alguien ha habido en España á propósito para hacer el libro que *Clarín* pedía, era el mismo Leopoldo Alas. Para escribir sobre el *Quijote* un libro de un sentimentalismo delicado, hondo, no retórico, nadie mejor que el propio autor de esas soberbias páginas de *Doña Berta,* de *Cuervo,* de los *Cuentos morales:* páginas que están á tono, de mayor ó menor intensidad, con el libro de Cervantes.

Se ha hablado mucho de la tendencia del *Quijote;* se ha abominado más ó menos violentamente del supuesto proposito de atacar el espíritu de los libros de caballerías, es decir, el espíritu de acción, de generosidad, de entusiasmo, de fe, de vida, en una palabra. Hace seis ú ocho años se protestó de tal propósito; pero el tema era ya viejo cuando un escritor tan culto, tan moderno como Ramiro de Maeztu trató de renovarlo. Recuerde el lector que algo de eso dice Enrique Heine en su libro *Alemania;* y ya en 1840 D. Eugenio de Tapia, en su *Historia de la civilización española,* escribía: «Es muy extraño que algunos críticos hagan cargo á Cervantes de haber atacado con su sátira el espíritu caballeresco, enervando la bizarría de anteriores siglos y cooperando á desterrar el heroísmo romántico.» No; tal reproche es injustificado; no llevemos á las páginas del *Quijote* la querella, un tanto absurda, entre *intelectualistas* y *vitalistas.* Lo indudable es que la magia y virtualidad eternas del *Quijote,* como de todas las grandes obras, estriba en que cada lector encuentre en ellas precisamente *lo que desea...*

La nueva edición, ordenada por nuestro querido historiador literario D. Francisco Rodríguez Marín, nos ofrece *por primera vez* una lección exacta del *Quijote.* Se ha puesto un cuidado escrupuloso en la puntuación del texto cervantino; á causa de la desdichadísima puntuación de las ediciones antiguas... y de las nuevas, no sabemos todavía *todo* lo que son Góngora, Gracián, Quevedo. Sucedía esto también con Cervantes; ahora, después de la edición de Rodríguez Marín, ya podemos leer el texto exacto, racional, auténtico y artístico.

Carlos II y su corte, por Gabriel Maura.

¿Necesitaré presentar á los lectores á Gabriel Maura Gamazo? Cuando se habla de un libro, preciso es decir dos palabras, aunque no sea más, sobre su autor, por muy conocido que sea éste. Gabriel Maura es una de las figuras más prestigiosas en el mundo parlamentario. No se prodiga como orador en el Congreso; rara vez usa de la palabra; cuando lo hace nos muestra un verbo fácil, afluente, persuasivo, sencillo. Diríase que este joven orador, relativamente nuevo en el Parlamento, tiene todo el arte y toda la maestría de un viejo parlamentario. En la vida política—como en la literaria—lo penoso, lo duro, son los tanteos y los ensayos que se hacen para llegar á un estado de facilidad y de dominación que permita al político ó al artista moverse libremente y ser dueño de sí. Hay quienes pasan toda la vida en estos tanteos dolorosos é infructuosos, sin llegar á conseguir el fin acariciado; otros, tras ese período más ó menos largo de pesquisismo y de afanes, llegan á la meta ideal; unos terceros, en fin, los más bien dotados de todos, entran en ese estado espiritual sin haber tanteado ni ensayado nada. En el trato social, lo mismo que en la obra política ó artística, estos hombres últimos de quienes hablamos muestran una serenidad intelectual, una facilidad en la resolución de las cuestiones intrincadas, una fortaleza de ánimo y un desdén—profundo desdén—por lo pequeño que encantan y atraen á todos aquellos que se acercan á sus personas. Si los hombres que tras múltiples tentativas no han podido conseguir esa *posesión de sí* á que aludimos (posesión que fué toda la obra perseverante de un Goethe), si estos hombres, repito, se puede decir que han sido vencidos por *las cosas,* de los otros, en cambio, de los que llegaron al dominio goethiano, podemos afirmar que su espíritu parece como que se cierne sobre las cosas, que lo domina todo, que vive en un plano distinto que los demás hombres.

Decimos todo lo que antecede para explicar de algún modo la característica espiriritual del autor de *Carlos II:* una gran ecuanimidad y una gran facilidad; en esta frase está compendiada la ideología de nuestro escritor. Le vemos, por ejemplo, trabajando en las Comisiones parlamentarias, redactando minuciosos informes sobre cuestiones sociales obreras; luego, en la Cámara, hace un discurso con palabra reposada, insinuante, dócil; fuera de la vida política, escribe un grueso volumen de historia, después de haber compulsado multitud de libros y de haber escudriñado pacientemente en los archivos; y, finalmente, si nos acercamos á él y entablamos conversación sobre asuntos de política palpitante, cuatro palabras suyas, dichas sonrientemente, nos abren perspectivas nuevas ó nos muestran puntos de vista originales.

El nuevo libro de Gabriel Maura es el comienzo de una vasta empresa. El autor se propone hacer un estudio detenido, minucioso del reinado de Carlos II. Ha aparecido ahora el primer volumen; seguirán cuatro más al ya publicado. Paralelamente á esta publicación, Gabriel Maura lleva á cabo otra importantísima: la de continuar la serie de volúmenes iniciados con la publicación de *Rincones de la Historia,* ó sea una pintura de la civilización española durante la Edad Media. El libro que ahora da á la estampa el joven historiador sorprenderá seguramente al público amigo de estos estudios; sorprenderá por el enorme trabajo que revela, por la sobria y artística proporción de todas sus partes, por su estilo claro, elegante y limpio, por la independencia de criterio que el autor muestra en esas páginas. No necesita el lector que hagamos constar que la historia es un arte literario tan transcendental y sugestionador como la novela ó la poesía lírica; pero la historia ha sido entendida antiguamente como una enumeración seca y árida de gestos guerreros y hechos políticos. Luego, ya en el siglo XIX, una reacción honda se ha impuesto contra esta manera de historiar; reacción (ó, mejor dicho, perfeccionamiento) representada, por ejemplo y entre otros, por Taine, Michelet, Fustel de Coulanges, etc. Finalmente, en la actualidad la reacción que se inicia no va contra los antiguos historiadores, sino contra esta manera, tachada de *lírica,* de los Taine y los Michelet. Lo que se pretende ahora es nada menos que la desaparición de la personalidad del autor en la obra histórica, el dominio absoluto del documento, del hecho escueto, de la *ficha,* como dicen nues-

tros vecinos los franceses. Sugestión es ésta ejercida por las Universidades alemanas y sus métodos; pero sentido histórico es éste —y literario y filosófico—contra el cual no se tardará en reaccionar fuertemente.

A decir verdad, ya la reacción ha comenzado, y en la misma Alemania.

Carlos II y su corte no es un libro de escuetos documentos, enumeración seca de hechos y datos; tampoco encontrará aquí el lector el lirismo amplificador y falaz, la palabrería brillante, el subjetivismo apasionado de un Michelet. Ni da en uno ni en otro escollo el libro de Gabriel Maura; el documento exacto é inédito, el dato sintomático y abundante va sirviendo al historiador para trazar un cuadro auténtico, sobrio de palabras, sugestivo en la manera de agrupar los detalles, vivo y palpitante de realidad, en una palabra.

Sirvan estas líneas no como crítica, sino como anuncio de *Carlos II y su corte*. Ante este libro, y después de los *Rincones de la Historia*, bien podemos saludar en Gabriel Maura Gamazo á un gran historiador, á un historiador artista y patriota.

Azorín.

***

La Reina Silencio.

Goy de Silva es un espíritu ya formado, una cultura sólida y un temperamento extraordinario.

En muchos de los primeros periódicos de España su pluma ha dejado muestras altísimas de su talento como prosista y como poeta.

Leyendo *La Reina Silencio* nos encontramos con que su autor se revela como un gran estilista y esforzado gladiador de la forma, personalísimo y gallardo.

A una prosa rítmica y brillante une Goy de Silva la oportunidad justa y sobria en el adjetivo, que hace resaltar la alteza del pensamiento y cincela la belleza de la imagen.

Es éste un libro consolador, en el que el poeta es guiado por un sano y noble optimismo...; optimismo que si no temiésemos equivocarnos calificaríamos de nietzscheano.

Tiene esa armonía sonora, enérgica y viril de la música wagneriana. Se rebela contra la rutina... Nos invita á caminar sin miedo, serenos hacia «La Gran Silenciosa», hacia la reina poderosa é inaudita...

Goy de Silva en esta obra nos conduce como un encantador al reino ignoto del misterio, entre las tinieblas del *más allá*, por el negro Aqueronte, donde cantan ocultas las sirenas de todas las pasiones.

Como en un sueño mágico hemos recorrido las páginas de este libro único... de la gran sirena del amor y del olvido...

Quisiéramos que su lectura fuera interminable..., eterna... Soñar en el trágico y silencioso ambiente de la noche que crea... para no despertar jamás...

G. de las Morenas de Tejada.

***

Rosario de sonetos líricos, por Miguel de Unamuno.

En nuestra lírica, cuyo sino es, á lo que parece, verse constantemente minada de influencias extrañas, á las cuales, en puridad, sólo ha acertado á sustraerse la musa popular, ayuna de artificios trovadorescos, alegorismos dantescos y delicuescencias petrarquistas, así como de espejismos seudoclásicos, culteranismos y conceptismos, preciosismos y modernismos, en nuestra lírica, repito, acaba de brotar una flor de las más indígenas y puras.

Indígena digo, porque es inútil buscar á la nueva producción de Unamuno, *Rosario de sonetos líricos,* otra filiación ó genealogía que no sea la propia raza y personalidad de su autor. La crítica positivista de Taine tiene en este caso concreto adecuada y cabal aplicación..., en la única forma en que, tratándose de Unamuno, cabe aplicar un determinado criterio, es á saber, en forma subversiva, ó sea considerando la creación artística como producto de la raza; pero en protesta autoétnica, del medio en reacción contra sí mismo, y del momento histórico en cuanto hay en él de rebeldía. La poesía de Unamuno, como su personalidad de pensador polígrafo, tan discutible como se quiera, es, sin disputa, al par que muy acentuadamente suya y personal, concreción de atavismos y precedentes remotos, filtrados á través de los caracteres étnicos y cristalizados en un caso excepcional. Bajo la encáustica sobre la cual aparece el héroe vas-

cón injerto en austero y piadoso castellano se descubre en él al celta redivivo, rijoso—en la noble acepción del vocablo—, independiente y druida, circunstancia esta última, por cierto, que no le impide protestar de la petulancia aria en nombre de una piedad africana, hija tal vez en él de supervivencias semíticas. Rebelde, incoercible, no le pidáis cánones, dogmas ni fórmulas: su lógica es la paradoja; su fe, una vaga teosofía mística que le lleva á un inconcreto y primitivo *Deus ignotus,* supremo y personal á ratos, y á ratos tan panteísta como el Gran Todo de Spinoza; su fórmula es la sinceridad, una sinceridad, claro está, reflexiva y consciente, como cumple á estos tiempos de plenitud calculadora, en que está, por lo menos en España, capacitado un profesor mercantil para examinar de Psicología.

Hubiera vivido á los comienzos de esta Edad, y hubiérase empeñado en conciliar en una protesta bilateral á católicos y luteranos, como hoy en su misticismo, semejante en lo dinámico al de la Doctora abulense, obstínase en fundir, por lo menos, ciertas modalidades de lo contingente en el Absoluto de que acabamos de hablar, y al cual llega por medio de la ciencia, como llegaron por la mortificación, verbigracia, Alejo de Venegas; por la expiación, Malón de Chaide; por la purificación, Fr. Juan de los Angeles; por la resignación, Fr. Luis de León; por el amor, en suma, traducido en sistemas diversos, nuestros místicos, á la unión del alma con Dios, en sublime desasimiento de todo lo terreno. Y también en él hay algo, si se quiere, de ese desasimiento, como no se tenga por cosa terrena la sed implacable de gloria que le roe. Su desinterés, su abnegado idealismo horro de ambiciones, ajeno á granjerías, hoy tan corrientes, son cabalmente, en unión de su sinceridad, la aureola que circunda de simpatía y prestigio su personalidad señera y quijotesca de paladín de sus propios ingeniosos idealismos, cuya divisa bien pudiera ser aquel proverbio rimado del Rabbí Dom Sen Job, que dice:

El sabio con corona
commo león semeja.
La verdad es leona;
la mentira es gulpeja.

Por lo dicho se comprenderá cuán sin exageración pude al principio afirmar que nada en la lírica castellana más puro que esos sonetos de Unamuno. Si el lirismo estriba, como así es, en efecto, en la superposición y predominio de la personalidad del poeta sobre su visión de la realidad objetiva, ¿dónde ni cuándo se ha dado nada más subjetivo y genial que ese breviario íntimo, en que ha dejado el vate el mismísimo polvo de sus alas al posarse un instante, roto por un momento su vertiginoso giro en torno de la luz? Y no sólo tengo libro tal por de lo más lírico de nuestro Parnaso, sino por espécimen de la evolución postrera del lirismo, en la cual, cerrándose el ciclo iniciado en los aborígenes literarios con la poesía gnómica, la alianza entre la inspiración popular y la erudita ha de quedar en último término sellada y sublimada con su ascensión á las cumbres en que la belleza y la verdad se identifican.

No quiero con esto decir que haya cometido nuestro poeta el pecado de echarse en brazos del arte docente, ni siquiera que se haya dado á cantar las excelencias estéticas de la verdad como tal verdad, ni menos que se trate de un caso de combinación de temas poéticos fundamentales con notas transcendentes subordinadas, ó sea, de un caso de filosofismo al modo del de Campoamor. No: trátase, repito, de una fase evolutiva de la lírica perfectamente concorde con la índole de los tiempos presentes; de la supeditación de la emotividad al intenso vigor reflexivo de una mentalidad poderosa, robusta y plena; y así, la lírica de Unamuno, sin dejar de ser afectiva y cordial, es predominantemente cerebral é intelectiva.

Si comparáramos la modalidad ó fase en cuestión con la representada en la música por el arte rica y complejamente armónico del maestro de Bayreuth, podríamos equiparar á Unamuno con Wagner, como á Campoamor con Weber. La sarta de sonetos del rector de Salamanca es, en efecto, miscelánea de melodías varias, á vuelta de las cuales se reproducen los motivos dominantes, expresión del fondo permanente del espíritu de aquél; su peculiar misticismo, su obsesión de inmortalidad, su españolismo, su jamás debelada independencia, la exaltada complacencia en sí mismo, ó sea, esa intraductible *anthadeia* de que él nos habla, y que

no es tal vez sino lo que en castellano corriente y moliente se llama endiosamiento...

Saturada de sí propia, la mente del vate, incapaz de ordinario de amoldarse dentro de la eurítmica pauta del soneto, acaba por reventar, agresiva á las veces y rehenchida casi siempre de amargo humorismo, como granada en preñez indómita y exuberante. Su pensamiento desciende, por lo común, á la forma, no á modo de Pascua que ilumina y esclarece, sino á guisa de termocauterio ó botón de fuego que se incrusta, abrasándola, en la chirriante carne viva. No busquéis, pues, los aficionados á preciosismos de forma, hoy tan en boga—la poesía catalana, en particular, padece plaga de ellos—, no busquéis, digo, en el huerto cerrado de Unamuno la flor de la exquisitez y la fragancia. Allí el silvestre muérdago, austeramente florido, pero craso y jugoso, múltiple en tallos, sólido en nudos, fuerte y agudo en sus defensas. Lo cual no obsta para que alguna que otra vez, tendido el poeta á la sombra en el rinconcito en que le brindan las Normas apacible asilo, deje en cadencioso ritmo brotar de su lira melodioso y acordado canto.

Y así, por su perfección literaria unos, ó porque se clavan los más en el alma como agudo dardo, yo os aseguro que muchos de sus cantos, aunque nunca populares en el amplio sentido de la palabra, en el estricto y jerárquico serán perennes.

Francisco Javier Garriga.

Libros recibidos

POESÍA

Poema del cisne y la princesa.—Condesa del Castellá.—Madrid, 1911.
Bajorrelieve.—Ramón A. Urbano.—Madrid, 1911.
Del solar sevillano.—J. Muñoz San Román.—París.—Garnier, Hermanos.

NOVELA

El piloto.—J. Fenimore Cooper.—París.—Garnier, Hermanos.
Los patriotas.—B. Obregón.—Madrid, 1908.
Mujer-diosa.—Conde Tiro Gaviro.—Madrid, 1911.

VARIA

Cantar de Gesta de Don Sancho II de Castilla.—Julio Puyol y Alonso.—Madrid, 1911.
La Nouvelle Europe.—Marcel Barrière.—París, 1911.
Cultos profanos.—E. Gómez Carrillo.—París.—Garnier, Hermanos.
El Cuerpo diplomático español en la guerra de la Independencia.—Fernando Antón del Olmet, marqués de Dosfuentes.—Madrid, 1911.

JULIÁN DEL CASAL

ATENEO DE BIBLIOTECA MADRID

(Conclusión.)

Alguna vez el ensueño y las claridades del mundo helénico volvieron á inspirarle, trazando figuras que destaçan sus contornos ante puro, límpido y transparente cielo de claridades azules sobre fondo tan grato como de bella y exquisita realidad:

CAMAFEO

¿Quién no le rinde culto á tu hermosura,
y ante ella de placer no se enajena,
si hay en tu busto líneas de escultura
y hay en tu voz acentos de sirena?

Dentro de tus pupilas centelleantes,
adonde nunca se asomó un reproche,
llevas el resplandor de los diamantes
y la sombra profunda de la noche.

Hecha ha sido tu boca purpurina
con la sangre encendida de la fresa,
y tu faz con blancura de neblina,
donde quedó la luz del sol impresa.

Bajo el claro fulgor de tu mirada,
como rayo de sol sobre la onda,
vaga siempre en tu boca perfumada
la sonrisa inmortal de la Gioconda.

Mas esto fué un rayo de luz tan débil como el que penetraba por la celosía de su aposento de cenobita. Cada vez se iba marcando más en sus ideas y fantasía la extraña disociación de sus modelos, proclamándose impecables y siendo pecaminosos, gozándose con cultivar el misticismo y á la par el diabolismo. Casal leía *La imitación de Cristo,* y á la vez *Le livre postume,* de Maxime du Camp. Las tristezas profundas, las invencibles nostalgias entenebrecieron su inspiración, y como si alguna rara influencia hubieran tenido para ella, como sin duda la tenían ante sus ojos materiales, aquel cráneo reluciente y un Cristo grande de marfil pulido y amarillento, encerró su musa en el molde estrecho de *Marfiles viejos:*

INQUIETUD

Miseria helada, eclipse de ideales,
de morir joven triste certidumbre,
cadenas de oprobiosa servidumbre,
hedor de las tinieblas sepulcrales;

centelleo de vívidos puñales
blandidos por ignara muchedumbre
para arrojarnos desde altiva cumbre
hasta el fondo de infectos lodazales.

Baudelaire, Richepin, Teodoro de Banville, le dominaban por entonces. Y surgieron poesías donde se revelaba esta tristeza, este desencanto; algunas

no encerradas en su orla de *Marfiles viejos,* pero que bien pudieron caber por su tendencia dentro de esta vesánica colección:

NIHILISMO

Voz inefable que á mi estancia llega
en medio de las sombras de la noche,
por arrastrarme hacia la vida brega
con las dulces cadencias del reproche.

Yo la escucho vibrar en mis oídos
como al pie de olorosa enredadera
los gorjeos que salen de los nidos
indiferente escucha herida fiera.

¿Á qué llamarme al campo del combate
con la promesa de terrenos bienes,
si ya mi corazón por nada late
ni oigo la idea martillar mis sienes?

Reservad los laureles de la fama
para aquellos que fueron mis hermanos;
yo, cual fruto caído de la rama,
aguardo los famélicos gusanos.

Nadie extrañe mis ásperas querellas:
mi vida, atormentada de rigores,
es un cielo que nunca tuvo estrellas,
es un árbol que nunca tuvo flores.

De todo lo que he amado en este mundo
guardo, como perenne recompensa,
dentro del corazón, tedio profundo,
dentro del pensamiento, sombra densa.

Amor, patria, familia, gloria, rango,
sueños de calurosa fantasía,
cual nelumbios abiertos entre el fango,
sólo vivisteis en mi alma un día.

Hacia país desconocido abordo
por el embozo del desdén cubierto:
para todo gemido estoy ya sordo,
para toda sonrisa estoy ya muerto.

Siempre el Destino mi labor humilla,
ó en males deja mi ambición trocada:
donde arroja mi mano una semilla
brota luego una flor emponzoñada.

Ni en retornar la vista hacia el pasado
goce encuentra mi espíritu abatido:
yo no quiero gozar como he gozado,
yo no quiero sufrir como he sufrido.

Nada del porvenir á mi alma asombra
y nada del presente juzgo bueno:
si miro al horizonte, todo es sombra;
si me inclino á la tierra, todo es cieno.

Y nunca alcanzaré en mi desventura
lo que un día mi alma ansiosa quiso:
después de atravesar la selva obscura,
Beatriz no ha de mostrarme el Paraíso.

Ansias de aniquilarme sólo siento,
ó de vivir en mi eternal pobreza
con mi fiel compañero, el Descontento,
y mi pálida novia, la Tristeza.

En *Tristissima nox, Pax animae, Paisaje espiritual* y otras antes citadas restalla el látigo tremendo de Jean de Richepin en *Les blasphèmes,* de Barbey d'Aurevilly en *Les diaboliques:*

AL JUEZ SUPREMO

No arrancó la ambición las quejas hondas,
ni el orgullo inspiró los anatemas
que atraviesan mis mórbidos poemas
cual aves negras entre espinas blondas.

Aunque la dicha terrenal me escondas,
no á la voz de mis súplicas le temas,
que ni lauros, ni honores, ni diademas
turban de mi alma las dormidas ondas.

Si algún día mi férvida plegaria,
¡oh Dios mío!, en blasfemia convertida,
vuela á herir tus oídos paternales,

es que no siente mi alma solitaria,
en medio de la estepa de la vida,
el calor de las almas fraternales.

El autor de *La Fanfarlo,* el traductor del fantástico Edgar Poë, le sugestionó con sus *Fleurs du mal:*

FLORES

Mi corazón fué un vaso de alabastro
donde creció fragante y solitaria,
bajo el fulgor purísimo de un astro,
una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esa flor de suave aroma
cual virgen consumida por la anemia,
hoy en mi corazón su tallo asoma
una adelfa purpúrea: la blasfemia.

Y *Flor de cieno,* de la cual son estas primeras estrofas:

Yo soy como una choza solitaria
que el viento huracanado desmorona
y en cuyas piedras húmedas entona
hosco buho su endecha funeraria.

Por fuera sólo es urna cineraria,
sin inscripción, ni fecha, ni corona;
mas dentro, donde el cieno se amontona,
abre sus hojas fresca pasionaria.

***

De algunas composiciones de Casal conozco más directamente el motivo ú origen de su inspiración.

Croquis perdido fué debido á la impresión que causó en el poeta la vista de la última pena aplicada á un reo en garrote vil en el campo de la Punta, donde por aquellos días eran frecuentes estos repugnantes espectáculos. Los jóvenes redactores de *La Habana Elegante* fuimos todos en grupo á presenciar—algunos, los más, por primera vez—este acto de bárbara ejemplaridad pública. Y sacamos la más dolorosa impresión. Bastó un movimiento de un piquete de soldados de caballería, guardadores del reo, hacia la gran muchedumbre que llenaba aquel campo, para que ésta, sugestionada ya por el terror, huyese presa del más cobarde pánico, atropellándose en imponente confusión. La mole humana, que huía sin saber á ciencia cierta por qué, nos arrolló y pisoteó, partiendo piernas y brazos á algunos curiosos pacíficos é indefensos.

Al regresar, con el ánimo apenado, vimos al través de una celosía la silueta elegante de una desconocida dama; para ella fué el

SONETO

Arrastrando sus grillos lastimeros,
asciende el criminal la última grada;
lanza el clarín su fúnebre llamada
y brillan en el aire los aceros.

Al exhalar sus gritos postrimeros
la víctima al suplicio condenada,
huye la muchedumbre dispersada
como torpe rebaño de carneros.

Y una pupila azul radiosa y bella
fulgura tras los pálidos cristales
de alto balcón, cerrado y misterioso,

como el disco brillante de una estrella,
oculto de la niebla en los cendales
sobre el cristal de un lago cenagoso.

Una mañana del 27 de noviembre neblinosa y fría, de un cielo gris y de lloviznas muy tenues, fuimos al viejo cementerio de Espada á rendir homenaje á la memoria de aquellos niños inocentes, vidas tronchadas cobarde y alevosamente, con cruel ensañamiento colectivo, por la más ciega y feroz intransigencia. Para aquellas siempre lloradas é inolvidables víctimas fué el soneto bosquejado ante su tumba:

Á LOS ESTUDIANTES

Víctimas de cruenta alevosía
doblasteis en la tierra vuestras frentes,
como en los campos llenos de simientes
palmas que troncha tempestad bravía.

Aún vagan en la atmósfera sombría
vuestros últimos gritos inocentes,
mezclados á los golpes estridentes
del látigo, que suena todavía.

¡Dormid en paz los sueños postrimeros
en el seno profundo de la nada,
que nadie ha de venir á perturbaros!

Los que ayer no supieron defenderos
sólo pueden, con alma resignada,
soportar la vergüenza de lloraros.

Desde muy temprano se extinguió en el poeta la energía de motricidad. No conocía del mundo más que los lindes de la Habana, su ciudad natal. Su viaje á España fué breve, rápido, un relámpago. Un día fuimos á Guanabacoa invitados por la poetisa Aurelia Castillo y acompañando á Cirilo Villaverde, el amado novelista, en una de sus temporadas de invierno en Cuba: Casal se fijó en una planta en verdad rara, una especie de cactus de un tallo carnoso que se retorcía como una sierpe, muchas espinas, pocas hojas verdes y un grupo de florecillas de cáliz blanco y rosáceo, transparentes, como hechas de cera. Pidió un trozo de aquella planta, llamada *corona de espinas* por unos, por otros *corona del Señor,* y la cuidó durante muchos meses en un tiesto de barro, luego en un ánfora etrusca. Le encantaba ver el grupo ó ramillete de aquellas exóticas florecillas que producía la planta iluminado por los débiles y dorados rayos del sol de la mañana.

Para ella fué una rima que nos leyó y que estamos seguros fué publicada. No hemos dado con ella en la colección de sus poesías.

Nuestro artículo *El florero,* publicado en el número de 6 de junio de 1886 en *La Habana Elegante,* donde continuábamos siendo compañeros de redacción, mereció el honor de inspirarle la siguiente poesía:

EL ANHELO DE UNA ROSA

Yo era la rosa que en el prado ameno
abrí mi cáliz de encendida grana,
donde vertió sus perlas la mañana
como en un cofre de perfumes lleno.

Del lago azul en el cristal sereno
vi mi corola retratarse ufana,
como ante fina luna veneciana
ve una hermosa su marmóreo seno.

Teniendo que morir, porque el Destino
hizo que breve mi existencia fuera,
arrojándome al polvo del camino,

anhelo estar en mi hora postrimera
prendida en algún seno alabastrino
ó en los rizos de obscura cabellera.

***

Como Bécquer, escribió bastante en prosa. Además de su colección de artículos *Bustos,* de su brillante trabajo *Joris Karl Huysmans,* y otros, emprendió una obra de mayor empeño: *La sociedad de la Habana: Ecos mundanos recogidos y publicados por el conde de Camors,* seudónimo con que también firmó muchos artículos más. El primer capítulo de la obra apareció en el número de 25 de marzo de 1888 de *La Habana Elegante.*

Entusiasmóle un libro análogo publicado en París por la elegante escritora Mme. Juliette Lambert, á quien dirigió una expresiva dedicatoria. A ésta pertenece el párrafo que reproducimos, porque á la par que expresa los propósitos del autor, nos revela por sí mismo un momento psicológico de su vida, desarrollada casi toda bajo semejantes inclinaciones: «Impulsado por la lectura de vuestros trabajos, me he atrevido, desde el rincón sombrío de mi vivienda de bohemio, á levantar mi voz—nunca escuchada de vuestros oídos—hasta el pedestal gigante de vuestra gloria, donde aparecéis á los ojos del Universo como la Aspasia de los tiempos modernos, para presentaros con desusado atrevimiento, aunque no sin cierta timidez, á la sociedad cubana de nuestros días. Algunos de los personajes que veréis desfilar en estas páginas, si vuestros hermosos ojos se dignan fijarse en ellas, os serán conocidos, por haberlos encontrado muchas veces en el Bosque de Bolonia, en los Campos Elíseos, en los espectáculos de la Opera Cómica y en las recepciones públicas. ¡Quizás alguno haya tenido la dicha de besar vuestras lindas manos de mundana y de artista!»

Pero no contó el poeta con que el medio ambiente de la ciudad de la Habana era muy distinto y poco favorable á una obra que si en Lutecia se toleraba, aquí habría de encontrar tropiezos y dificultades. El primer capítulo, que estaba dedicado al gobernador por entonces de la colonia, *General Sabas Marín y su familia,* causó sensación. Contenía ciertas alusiones veladas y picantes, ciertas apreciaciones algo osadas, y el resultado no se hizo aguardar mucho. El miércoles siguiente, á los tres días cabales, los jóvenes redactores de *La Habana Elegante* recibieron la muy atenta y frecuente visita del celador del barrio de Colón, que, por orden del juez del Prado, iba á secuestrar el número del semanario en donde apareció el pecaminoso artículo. No encontró el funcionario más que el ejemplar que tenía el cuño de presentación en el Gobierno civil, sin cuyo requisito no podía ver la luz pública ninguna edición de periódico, so pena de tenérsele y juzgársele por clandestino. El público, ó mejor, la voraz curiosidad pública había consumido la edición. Casal fué declarado cesante de su modesto empleo en la Hacienda.

Otras obras en prosa preparaba ya anunciadas en la edición de *Bustos y rimas* en 1893: *La joven América, Los amados de los dioses, Mis dioses y mis semidioses* (estudios críticos); *Seres enigmáticos* (estudios psicológicos); *Puah* (novela), á la vez que anunciaba una nueva colección de poesías: *Las desolaciones.*

***

El estro del poeta Julián del Casal no es por su naturaleza y carácter el estro vigoroso, robusto, de José María Heredia, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quienes leía y admiraba, rindiéndoles el tributo merecido por su bien ganada primacía en el parnaso cubano.

Más le acercaba su fantasía al autor de la *Caída de Misolonghi,* y, sobre

todo, del *Palacio submarino de Neptuno,* á Joaquín Lorenzo Luaces; pero las vibraciones de su lira estaban más en armonía con las delicadezas de sentimiento y de expresión de Zenea, de Milanés y de Mendive. Este último le era familiar y muy admirado.

Hijo de su época, no pudo sustraerse al influjo y tendencias á que por entonces obedecía la lira de los poetas de su raza. Estudió, conoció á fondo el movimiento poético de la segunda mitad del siglo XIX, dentro de cuyo período hubo de desarrollarse toda su existencia. El predominio que había llegado á obtener la lírica francesa en Hispanoamérica primero, á poco en la propia España, tanto por su ideología como por su material forma de expresión, alterando radicalmente los cánones tradicionales de la métrica castellana, cubrió con su hermoso y brillante ropaje de primores y pedrería oriental la imaginación del poeta cubano. ¿Formó escuela? No es tiempo de decirlo; pero no pocos le imitaron y le imitan.

Sin apartar su vista de los primitivos ó legítimos parnasianos que en 1860 se congregaron en torno de Catulle Mendés, no pudo sustraerse á ninguna de las dos bien marcadas tendencias de la poesía francesa y de su novísima orientación. No las desconoció: estudió á fondo sus reglas y las practicó. El autor de *Les syrtes, Pelerin passioné* y *Les cantilènes,* Jean Moreas, le comunicó su admiración hacia Paul Verlaine, jefe de la escuela que la ironía de Vaucaire y Beauclair en *Les deliquescences,* y el heraldo de combate, periódico *Le Décadent,* bautizaron con el nombre de *decadentistas.* Stéphane Mallarmé, jefe activo, portaestandarte del otro grupo ó tendencia, *la simbolista,* con Barrés, Goudeau, Morice y Taillard, marcó en el bagaje de sus lecturas habituales un grado menor, pero dejó sus huellas. El pontífice de la escuela decadente, Paul Verlaine, se llevaba el entusiasmo apasionado de nuestro poeta.

Estudiada en su conjunto la producción de Julián del Casal, fecunda dado el corto tiempo que vivió, es imposible dejar de reconocer la huella que en su inspiración dejaron marcadas dichas escuelas, de cuyas tendencias avasalladoras, atrayentes y sugestivas no pudo sustraerse, como hijo, al cabo, de su época. Muy de cerca seguía á esos maestros de la rima, escépticos obsesionados, doloridos, atormentados por afanes, por angustias de perfección y de pureza en la forma, de originalidad en la expresión de su trabajada rima: pacientes Cellinis de la frase, en larga y benedictina labor de repujo y taracea, haciendo filigranas de oro para incrustarles la perla y el zafir, el topacio y el nácar, el sándalo, el ébano y el marfil, para que la composición, preferentemente corta, logre brillar con toda la lujuriante esplendidez de hieráticas joyas de la Asiria ó de la Persia en tiaras de pontífices, en brazaletes, ánulos y arracadas de hetairas danzantes fascinadoras de pies desnudos sobre pieles de tigres, entre pebeteros de áloe y de mirra á la conclusión de banquetes dispuestos por Lúculo ó Sardanápalo: brillo, luz, relieve, contornos, color, perfumes, para cubrir, para envolver el más agudo exotismo de la idea. Orientalismo vago, no bien definido, no obstante las inspiraciones directas que qui-

sieron recoger, aspirar materialmente en sus viajes por Egipto, Siria, Judea, Grecia ó Italia magníficos estilistas como el autor de *Salambó,* Gustavo Flaubert, y Próspero Merimée, de *Colomba,* por España, Grecia y Turquía; de lo que resultó una bien manifiesta y constante tendencia hacia el antiguo Oriente, el Oriente clásico, entre los neoparnasianos, simbolistas y decadentes, dando por resultado en poesía lo que en otras artes: mezcla y confusión de ideales y formas que se entrecruzan y chocan, mostrándose revueltas, pero sin que sus rasgos típicos ó característicos se armonicen bien: el bizantinismo.

Nuestro poeta siguió en gran parte de su labor á aquellos extraños bardos de manifestaciones ora místicas, ora satánicas, ó bien ambas confundidas en neurótica expresión. Principalmente á Teodoro de Banville en sus *Cariatides, Odes funambulesques, Exiles* y *Odelettes;* á Baudelaire en sus *Fleurs du mal;* al autor de la *Chanson des gueux* y *Mes paradis,* á Jean Richepin, en *Les morts bizarres* y, más que todo, en *Les blasphèmes;* y para cima ó colmo, á Barbey d'Aurevilly en *Les diaboliques,* maestros exquisitos de la forma, de la rima, tan ricos de lenguaje como de luzbélica fantasía. Para su imaginación inquieta, voraz, insaciable, no fué bastante el mundo de la mitología, de las leyendas, tradiciones é historia oriental, sino que penetró de lleno en el de la fantasmagoría tras la desordenada y brillante imaginación del norteamericano Edgar Poë, el autor de *El cuervo:* Baudelaire acometió la empresa de dar cima á cinco volúmenes traducidos de sus obras, y Mallarmé tradujo sus poemas.

Como canon estético siguió Casal la epístola sobre arte nuevo que acompaña al volumen segundo de *Les cantilènes,* de Jean Moreas, y que fué para los decadentes el canon sacro, como la *Epístola á los pisones,* de Horacio, en el arte clásico; y siguió también con fidelidad de sectario la otra no menos célebre epístola del dictador rítmico de la época, del propio Moreas, en los vespertinos crepúsculos ó más bien ocaso de su primera escuela, procurando el renacimiento de otra inspirada en las tradiciones grecolatinas que nombró romana, logrando reunir bajo este nuevo estandarte á los jóvenes poetas E. Raynaud, L. des Rieux, Hugues Rebell, M. Du Plessys y Raymond de la Tailled, menos conocidos de nuestro mundo literario de Hispanoamérica que las escuelas anteriores. Estudioso, muy estudioso y ávido de lecturas de su época, no desconoció la tendencia de los idealistas ingleses y de los prerrafaelistas Burnes, Jones, Wats, Crane, Hunt.

Anoto fuentes de estudio, ó, más cierta y propiamente, consulto mi cartera de apuntes contemporáneos á la vida del poeta y de otros jóvenes literatos compañeros de lides nobles que entonces conocí, y tan sólo señalo los rumbos que me pareció ver en su inspiración.

Recorriendo el ciclo poético de Julián del Casal, ¡qué diferencia entre poesías como aquellas con que abre su primera colección, *Hojas al viento* (1890), transparentes, nítidas, fáciles, espontáneas, que revelan, por la sonoridad grácil de su rima, la pura y clara fuente, de caudal fresco y no interrumpido,

aunque viene de remota época, en el parnaso castellano! ¿No tienen la frescura de coplas de Jorge Manrique algunas de sus primeras poesías?:

Arbol de mi pensamiento,
lanza tus hojas al viento
del olvido,
que al volver las primaveras
harán en ti las quimeras
nuevo nido:
y saldrán de entre tus hojas,
en vez de amargas congojas,
las canciones
que en otro mayo tuvistes
para consuelo de tristes
corazones.

Esta es la *Introducción* de su libro *Hojas al viento*. Tiene otra bellísima de este corte; hay algo en ella de las *piráticas* de Espronceda, de las *nazarenas* de Arolas:

NOSTALGIAS

Suspiro por las regiones
donde vuelan los alciones
sobre el mar,
y al soplo helado del viento,
parece en su movimiento
sollozar;
donde la nieve que baja
del firmamento amortaja
el verdor
de los campos olorosos
y de ríos caudalosos
el rumor;
donde ostenta siempre el cielo,
á través de aéreo velo,
color gris;
es más hermosa la luna,
y cada estrella, más que una
flor de lis.
Otras veces sólo ansío
bogar en firme navío,
á existir
en algún país remoto,
sin pensar en el ignoto
porvenir.
Ver otro cielo, otro monte,
otra playa, otro horizonte,
otro mar,
otros pueblos, otras gentes
de maneras diferentes
de pensar.
¡Ah! Si yo un día pudiera,
con qué júbilo partiera
para Argel,
donde tiene la hermosura
el color y la frescura
de un clavel.
Después fuera en caravana
por la llanura africana
bajo el sol,
que con sus vivos destellos
pone un tinte á los camellos
tornasol.

Seguiríamos copiando llevados por la facilidad de la rima, por la gracia de expresión; pero terminamos con los incisos finales de esta composición, que denota un estado de ánimo del poeta que á poco señalaremos:

Mas no parto. Si partiera,
al instante yo quisiera
regresar.
¡Ay! ¡Cuándo querrá el Destino
que yo pueda en mi camino
reposar!

Su estro tuvo vigor, rotundidad, en su época de estudio y admiración por

el gran lírico español Núñez de Arce: díganlo si no estos versos de su hermosa poesía *Camino de Damasco:*

En fogoso corcel de crines blancas,
lomo robusto, refulgente casco,
belfo espumante y sudorosas ancas,
marcha por el camino de Damasco

Saulo, elevada su bruñida lanza,
que, á los destellos de la luz febea,
mientras el bruto relinchando avanza,
entre nubes de polvo centellea.

Tras las hojas de obscuros olivares
mira de la ciudad los minaretes,
y encima de los negros almenares
ondear los azulados gallardetes.

Súbito, desde lóbrego celaje
que desgarró la luz de hórrido rayo
oye la voz de célico mensaje,
cae transido de mortal desmayo.

Bajo el corcel ensangrentado rueda,
su lanza estalla con vibrar sonoro
y, á los reflejos de la luz, remeda
sierpe de fuego con escamas de oro.

Estro robusto, sonoridad, expresión vigorosa, también los hay en su poema *Amor en el claustro:*

Cuando el reloj que asoma por la parda
torre del gigantesco campanario
puebla el aire de acordes vibraciones,
hiriendo el duro bronce acompasado
para anunciar la misteriosa hora
de media noche á los mortales; cuando
las castas hijas del Señor reposan
en apacible sueño, y, solitario,
pavor infunde al ánimo atrevido
con su imponente gravedad el claustro,
ella entonces las naves atraviesa
envuelta en negro, pavoroso manto,
y se prosterna con fervor ardiente
ante el altar del Dios crucificado.

Allí contrita reza: ¡reza y llora!
Mas ¿por quién vierte tan copioso llanto?
¿Es porque mira de la cruz pendiente
tu cuerpo moribundo, ensangrentado,
Salvador inmortal? ¿Es que te pide
perdón para sus culpas? ¿Será acaso
que, en pugna lo divino y lo terreno,
en su alma virginal, triunfa, del santo
amor á que la ardiente fe la inclina,
el terrenal amor nunca olvidado?
¿Quién lo puede saber? Y ¿quién penetra
del corazón el insondable arcano?
¿Quién puede descender hasta ese abismo
donde se mezclan el placer y el llanto?

Sentidas, llenas de emoción son otras de sus poesías primeras que, como *Nostalgias,* recuerdan la gallarda y blanca vela del pirata del canto de Espronceda, cuando rompe con la fina prora de su hurca el libre, el ancho mar en plena y radiante luz de sol; recuerdan los ataúdes de Bécquer dibujando sus líneas rígidas á los parpadeos de lámparas agonizantes, de cirios funerarios que se extinguen:

DEL LIBRO NEGRO

En féretro luciente, tachonado
de brillantes estrellas de oro y plata,
en hombros el cadáver conducían
de mi hermosa adorada.

Sus virginales y marmóreas sienes
fragantes azucenas coronaban,
que sus níveas corolas entreabrían
al beso de las auras.

Sus labios de carmín, que afrenta fueron
de las fragantes rosas encarnadas,
el morado matiz de las violetas
ya cárdenos estaban.

Su inanimado cuerpo revestía
de raso y oro espléndida mortaja,
cubierto con un velo vaporoso
de transparente gasa.

Por sus vidriosos y entornados ojos,
traspasando el festón de sus pestañas,
un trémulo fulgor aparecía
que me llegó hasta el alma.

Al recorrer el féretro las calles,
curiosa muchedumbre se agrupaba
con ansia de admirar por vez postrera
su beldad celebrada.

De cada corazón tristes suspiros
al contemplar su rostro se escapaban;
de las pupilas, lágrimas ardientes;
de los labios, plegarias.

Al traspasar el fúnebre recinto
de los que fueron, con osada planta,
el cuerpo me temblaba como tiemblan
las hojas en las ramas,

Y antes de que á la fosa descendiese
el gélido cadáver de mi amada,
para darle mi adiós por vez postrera
quise otra vez mirarla.

La lloré sin que el llanto á mis pupilas
en abrasantes gotas asomara;
la hablé sin que á mis labios afluyera
una sola palabra.

Uní mi boca con su yerta boca,
estreché convulsivo su garganta,
y en aquel triste abrazo y mudo beso
la dejé toda el alma.

En sus primeras manifestaciones poéticas, y, andando el tiempo, entre otras, hubo brotes de misticismo: revélalo así su *Autobiografía* antes citada. Y en *La urna* dice:

Cuando era niño, tenía
fina urna de cristal
con la imagen de María,
ante la cual balbucía
mi plegaria matinal.

Atormentóle constantemente su presentimiento de una temprana muerte:

Porque en mi alma desolada siento
el hastío glacial de la existencia
y el horror infinito de la muerte.

Así se expresaba en su *Paisaje espiritual,* de *Nieve.* Y así en *Preocupación,* de *Bustos y rimas:*

Al sentir los rigores de la suerte,
temo que el soplo de temprana muerte
destruya la cosecha de mis sueños.

Mas se sobrepuso, y todos estos motivos de inspiración quedaron eclipsados en sus últimos tiempos por la influencia de las concepciones macabras y diabólicas de los neoparnasianos. No puede desconocerse la manera de Rollinat, de Richepin y Baudelaire en versos como éstos:

Y al fulgor que esparcía en el aire,
yo sentí deshacerse mis miembros
entre chorros de sangre violácea,
sobre capas humeantes de cieno,
en viscoso licor amarillo
que goteaban mis lívidos huesos.

Alredor de mis fríos despojos,
en el aire zumbaban insectos
que, ensanchados los húmedos vientres
por la sangre absorbida en mi cuerpo,
ya ascendían en rápido impulso,
ya embriagados caían al suelo;

de mi cráneo, que un globo formaba
erizado de rojos cabellos.
descendían al rostro deforme,
saboreando el licor purulento,
largas sierpes de piel solferina
que llegaban al borde del pecho,
donde un cuerpo de pico acerado,
.....

Estas anteriores estrofas son de *Horridum somnium.* Estas otras, de *Post umbra:*

Cuando yo duerma solo y olvidado
dentro de obscura fosa,
por haber en tu lecho malgastado
mi vida vigorosa;

cuando en mi corazón, que tuyo ha sido,
se muevan los gusanos
lo mismo que un tiempo se han movido
los afectos humanos;

cuando sienta filtrarse por mis huesos
gotas de lluvia helada,
y no me puedan reanimar tus besos
ni tu ardiente mirada;

una noche, cansada de estar sola
en tu alcoba elegante,
saldrás con tu belleza de española
á buscar otro amante.

Y como éstos, *Ægri somnia, Profanación, Las horas, Oración.* Pero donde llegó á extremarse esta nota fué en su poesía póstuma *Cuerpo y alma:*

Fétido como el vientre de los grajos
al salir del inmundo estercolero,
donde, bajo mortíferos miasmas,
amarillean los roídos huesos
de leprosos cadáveres; viscoso
como la baba que en sus antros negros
destilan los coléricos reptiles
al retorcer sus convulsivos cuerpos
entre guijarros húmedos...

¡Oh, cómo parece sentirse en ésas y otras lamentables rimas el olor violeta encontrado en la putrefacción por el bardo Rollinat! ¡Y el goce malsano ante tarantelas macabras que danzan horribles esqueletos!

¡Oh ilustre bardo, tú eres culpable de ser guía y mentor de nuestro poeta por semejantes andurriales! Este fué el sesgo que por entonces tomó la inspiración dulce, mística, sencilla, apacible, soñadora de nuestro sensible, de nuestro impresionable joven poeta. El goce preferente por lo repugnante, por lo corrupto, ¿es poesía, ó desvarío?

Ya desde el soneto *Pompadour, Mis amores,* de su primera colección *Hojas al viento,* se inició en tan escabrosa senda. ¡Qué bello soneto! ¡Qué bien empieza!

Amo el bronce, el cristal, las porcelanas,
las vidrieras de múltiples colores,
los tapices pintados de oro y flores
y las brillantes lunas venecianas.

Amo también las bellas castellanas,
la canción de los viejos trovadores,
los árabes corceles voladores,
las flébiles baladas alemanas.

El rico piano de marfil sonoro,
el sonido del cuerno en la espesura,
del pebetero la fragante esencia.

¡Cuán desastroso final!

Suprimimos el último terceto porque allí está la *flor de cieno, el diabolismo.*

A pesar de todo, Casal tenía un fuerte escudo en su natural buen gusto y en su vasto estudio y cultivo de la verdadera, de la buena poesía, que no llegaron á perturbar, á pervertir, mejor, sino algo tarde y con rebeldía y lucha, los ideales y cánones de las flamantes y novísimas escuelas. Se asimiló, si no lo bueno, lo menos malo y perjudicial; no extremó, sino que, por el contrario, muy parco fué en seguir los empeños de los simbolistas de reformar la prosodia del idioma y enriquecerla con vocablos originales, nuevos, exóticos; y tampoco, aunque admirador de Ricardo Wagner, en llevar las ásperas disonancias de su música al verso nuevo.

Sedujéronle las gallardías de forma con que interpretaba el joven poeta hispanoamericano Rubén Darío en el habla de Castilla las místicas y orientales fantasías de los orfebres exquisitos del neoparnaso, y le aseguró en esta admiración el buen predicamento en que le tenía aquel crítico insigne, de gusto depurado, cultivador de la prosa clásica de la forma helénica, D. Juan Valera, que acababa de encomiar las poesías del joven é inspirado bardo de la América central.

***

La luz que iluminaba la pequeña habitación, escapando por la puerta, trazaba un cuadro que resplandecía sobre el suelo muy obscuro de la azotea. Era un cuartito pequeño, pero muy pulcro; desde él se dominaba toda la ciudad de la Habana. Semejaba un camarote de vapor enorme.

La noche era espléndida: las estrellas brillaban claras, enviando desde un cielo hermoso de profundo azul, como enormes brillantes de sus facetas, rayos de luz irisada; de lejos venía el rumor, mitigado por la altura y la distancia, de la vida de la población; á ratos se oían claramente trozos de música de una banda militar y el repique de los timbres de los teatros.

Al lado de anciano doctor de cabellera abundante, de rizos blanquísimos y de blanca barba, que resaltaban mucho sobre su traje de paño negro y su sombrero de copa lustrosa, abismado, mudo en su observación del pulso, estaba Julián del Casal, sentado en una silla de extensión, con el cuello de la camisa abierto, procurando aire, entre blancas sábanas. Las crenchas de sus cabellos castaños, la barba crecida y rubia, sus pómulos salientes, su nariz fina y afilada, y, sobre todo, su conformidad, su resignación, su dulce mansedumbre, recordaban uno de esos rostros de Cristos jóvenes y desfallecientes.

Cerca del anciano médico de la blanca y rizada cabellera estaba de pie, del otro lado del enfermo, una hermana de la Caridad, mujer en la plenitud de

su vigor y de su vida, de grandes y rasgados ojos negros, brillantes, expresivos, de rostro hermoso, que hacía recordar aquellos versos del poeta:

Sus ebúrneas mejillas transparentes
conservaban aún el sonrosado
tinte que ostentan las camelias blancas
al florecer en la estación de mayo.

Había desembarcado aquel mismo día; iba para la República del Plata, y al oir que se necesitaban auxilios no vaciló en ofrecerse para prestarlos, no obstante el largo viaje que acababa de rendir desde Europa. Era un alma como corresponde á las de su misión: alma de ángel.

Cuando se fué el anciano médico, asegurándonos que el poeta estaba muy grave, con una fiebre muy alta, le hablamos; él lo quiso, no obstante la prohibición facultativa. Una de las veces fué necesario acomodarlo en los almohadones. La hermana recogió las cuentas de su enorme rosario y lo colocó sobre un libro forrado como un áncora de salvación, que recibía de lleno la luz amarillenta del globo de la lámpara.

Fué un movimiento involuntario y mecánico el que hice, inspirado acaso por religioso respeto, separando aquel rosario de aquel libro.

No sé quién había tenido el buen humor de enviar á Casal, bajo aquella típica cubierta, las poesías de Rollinat, Richepin y Baudelaire.

Rió al notar mi gesto el poeta, y al punto un golpe de tos enrojeció el pañuelo blanco que se llevó á los labios para contenerla.

Estaba muy grave. No hablamos más. Era muy tarde; los ruidos habían cesado; únicamente proseguía el centelleo hermoso de los astros en la bóveda de obscuro azul.

Casal dormía en su asiento; la hermana, á la luz muy tenue de la lámpara, leía y rezaba.

Sin embargo, en pocos días logró reponerse de este ataque. Partió lejos de la ciudad, regresó con buen aspecto; parecía curado por aquellos breves días pasados en el campo, que al poeta mereció esta idea:

EL CAMPO

Tengo el impuro amor de las ciudades,
y á este sol que ilumina las edades
prefiero yo del gas las claridades.

A mis sentidos lánguidos arroba,
más que el olor de un bosque de caoba,
el ambiente enfermizo de una alcoba.

Mucho más que las selvas tropicales
plácenme los sombríos arrabales
que encierran las vetustas capitales.

La tarde era muy bella: de las últimas del mes de octubre. Los árboles de la avenida del Prado lucían como una hermosa faja de esmeralda transparentada por los dorados rayos del sol poniente:

Bajo las hojas de los álamos,
que estremecen los vientos frescos,
piar se escuchan entre sus tálamos
á los gorriones picarescos.

En una elegante mansión, ornada de cortinas, mayólicas y espejos, bien puesta, cuidada y atendida con gusto refinado, yacía oculto entre un montón de flores el cadáver del poeta. La muerte le sorprendió en uno de sus pocos días de satisfacción y de alegría, cuando su salud parecía asegurada. Se fué de la vida sin darse cuenta de ello, dulcemente, sin sentirlo, como muere una flor, como se extingue una antorcha. Acababa de sentarse á comer ante el mantel blanquísimo de la mesa de distinguida familia amiga que le había invitado. Una bocanada de sangre súbito tiñó de rojo el mantel y su traje; no hubo más: el poeta había expirado.

Y cumplióse en lo posible su deseo, manifestado en versos que aparecieron con el título *Vanidad póstuma,* dedicada *A sus amigos,* en el número de 22 de enero de 1888 de *La Habana Elegante:*

Cuando yo muera, al borde de mi lecho
quiero ver una hermosa reclinada
que escuche con sonrisas en los labios
la confesión postrera de mis faltas.

Anhelo oir, en vez de hondos gemidos,
tristes ayes y fúnebres plegarias,
de Byron las estrofas inmortales,
de Mignon la nostálgica romanza.

Haced que junto al féretro se agrupen
las vírgenes más bellas de mi patria,
y que cubran, al son de alegres cantos,
mi luctuoso ataúd de flores blancas.

.....

Mas si queréis guardar mis pobres restos,
grabad sobre mi tumba estas palabras:
«¡Amó sólo en el mundo la Belleza!
¡Que encuentre ahora la Verdad su alma!»

Ojos hermosos derramaron ante su túmulo dulces lágrimas; finas y delicadas manos cerraron su féretro y cubrieron de flores, de muchas flores, sobre todo blancas, su mortaja.

Y cuando en aquella tarde le dejamos en el cementerio, salimos de allí con las torturas de la congoja, pero con la convicción de que el que allí dejábamos, aquel malogrado joven, fué un gran poeta, ante el cual se abrirían las puertas de la inmortalidad y de la gloria.

Los poetas, aunque por este mundo anden, son seres no pertenecientes á él...

Por la noche las estrellas seguían brillando mucho en lo alto de la comba azul, lanzando como enormes brillantes de sus facetas, destellos deslumbradores de irisada luz.

Ramón Meza y Suárez-Inclán.

ESTUDIEMOS

III

Lamentable es la confusión que se hace entre la transformación de la riqueza y cuando se pierde. Como vulgarmente se dice, la riqueza es tirada por la ventana. De esto puede decirse que hay la diferencia de una buena acción con otra que es mala. Esto es, puede llamarse buena acción hacer gastos reproductivos, y puede llamarse mala acción la que se hace en gastos improductivos. No poco ha contribuído á entorpecer la marcha progresiva de la Economía que muchos economistas, y especialmente los de la escuela clásica, hayan sido contrarios á la religión católica: incrédulos los unos, y los otros protestantes. La mujer, por otra parte, ha perjudicado á la Economía con su viveza de imaginación, con su indiferencia por los estudios económicos, por repeler aficiones que no son agradables al entendimiento, por más que sean muy útiles en la práctica de la vida, y posible á la mujer su conocimiento.

Hasta á la virtud misma puede facilitar su perfección la Economía política: que saber, aun sin obtener el título de sabio, es homenaje que se rinde á Dios. ¿Qué mejor recreo que el de ser estudiosa la persona? ¿Qué mejor ventaja que comprender la técnica de la ciencia y del arte? ¿Qué mejor impresión que la de entender á un Wagner ó á un Saavedra sus explicaciones? ¿Qué mayor consideración que la que merecen los monjes cuando desde el claustro destellan los rayos de su saber? La importancia grande que tienen los Congresos Eucarísticos es la de que tomen parte en ellos frailes como los padres Secchi y Zacarías, prelados de tanta altura como monseñor Ireland, misionero muy intelectual y muy conocedor de su tiempo.

Hoy la propaganda cristiana está muy ayudada por la ciencia. Quizás más que nunca. ¿Qué duda tiene esto? Lo que es, que la civilización va á veces por caminos extraviados. Tal es el caso de tantos gastos como se hacen improductivos. Algunos hasta pueden llamarse inmorales, por consiguiente; que son contra la civilización, contra el verdadero progreso, contrarios al decantado credo democrático. Por ejemplo: las guerras, que obligan á presupuestos improductivos, que reducen el desarrollo normal de las industrias, que contraen el ánimo de los ciudadanos estudiosos, que se hacen tantos sacrificios de vidas preciosas. En nuestro siglo son característica suya dos actitudes que encubren muchos daños, además de los que tienen las guerras. Uno de esos daños es el socialismo: en cuanto por desproporción aumentan los salarios, si con ellos aumentan en mayor escala las necesidades, por no decir los vicios. Otro de esos daños son las modas, de inagotables mudanzas, tan caprichosas como caras, tan perjudiciales al cuerpo como al alma.

El lujo bien entendido no puede llamarse rigurosamente perjudicial. Puede haber lujo ordenado y lujo desordenado. Este lujo inmoderado se señala por

la supresión de los ahorros, porque se contraen deudas y se anteponen á los gastos necesarios los superfluos. Este lujo inmoderado destaca queriendo deslumbrar á las gentes con presentaciones fastuosas que no admitan rival y sorprendan con novedades.

Diferencia esencial existe, por razón de ser, entre el lujo que era lícito durante el paganismo; cuando las virtudes sociales no tenían valor moral; cuando florecieron Persépolis, Tiro, Cartago, Atenas, Roma y todas aquellas magnificencias asiáticas que fueron tan fatalmente importadas á Europa. Por no haber en el paganismo los deberes que cumplir y que tiene afortunadamente el cristianismo. Por éste han podido damas ilustres decirse doctamente en sus *memorias* relatos que son enseñanzas; de la mejora que ha tenido la condición social de la mujer cristiana.

Las influencias sociales son otras desde el advenimiento del cristianismo. Aquellas influencias asiáticas fastuosas están ahora reemplazadas por otras influencias americanas, mejor dicho, yanquis. Con sólo leer los libros de Kurth y de Voss (los cito por lo modernos que son), basta para convencerse. Pero nos deslumbran esos resplandores de libertad, que, cuando están bien mirados, son llamaradas de nobles pasiones. Ahora no nos ofusca la reacción. No condenamos la libertad; se condena la licencia con la máscara de libertad. Aquélla invade todas las esferas de la vida, por lo que se corre el peligro de sufrir invasiones de la inmoralidad. La misma libertad con que se pueden hacer fortunas crea situaciones complicadas bajo el influjo de capitales cuantiosos que están mal vistos por la pobreza y la ignorancia. Mas ésta no llega á ver que si en Nueva York, Chicago, etc., se improvisan concentradas cuantiosas riquezas en manos de determinadas personas, por ellas se hacen fundaciones en proporción de la opulencia. Y no perdamos de vista que no son precisamente las riquezas lo que puede constituir la verdadera felicidad, aun siendo útil el bien que poseamos. Por varias razones. Una de ellas es que la riqueza invertida en lujos no puede dignificar al hombre ni á la mujer. Principalmente á ésta, por haber la manía de que el bello sexo está de mejor ver lujosa que vestida con sencillez, aun siendo ésta compatible con el buen gusto y la elegancia. ¿Pues qué, todo ha de consistir en gastar mucho? La propaganda feminista que está desarrollándose, las ocupaciones que se pueden desempeñar una vez adquirido el título en las escuelas graduada y superior, las oposiciones por las que se consigue derecho á todas las profesiones y á cargos públicos, esto es hacer gastos reproductivos. La mujer, desde la cumbre de la aristocracia, ha de cuidarse de poder mirar con inteligencia á la clase popular; sanar su entendimiento con la cultura cristiana á la vez que técnica.

Ciertamente que no es necesario apartarse del trato social para ser la mujer virtuosa (lo mismo puede decirse del hombre). Las hermanas de la Caridad atraviesan incólumes todos los peligros. Por ejemplos de enseñanza persuasiva puede aprenderse el camino mejor para perseverar en el camino de la moral. ¿Qué ejemplo es el bueno, el que nos ha legado la Pompadour, ó el de

la vizcondesa de Jorbalán? ¿Quién cumple fielmente los preceptos del Evangelio, la mujer que se hace esclava de la moda, ó la mujer que ama la honestidad?

A mediados del siglo pasado, desde el púlpito se oyó la voz autorizada de orador elocuente decir: «El lujo aconseja á las gentes que nada poseen: Toma ese ajuar, y serás como el propietario. A éste, toma ese traje, y serás como el noble. A éste, toma esa librea, y serás como el príncipe.» Así la emulación desordenada va formando la bola de nieve que hiela el corazón, desapareciendo el calor de la caridad y el fervor de la oración.

Que es lo mismo que alejarse del ideal cristiano.

Entonces la familia introduce la pasión perturbadora en la sociedad. Y de oleada en oleada social penetra el desorden, que produce la ruptura de los vínculos cordiales. Sin éstos, por cuanto son garantía cariñosa de relaciones que se corresponden amorosamente, todas las malas pasiones prevalecen en mayor ó menor intensidad. El honor decae en importancia; al sacrificio sustituye el egoísmo; á los días resplandecientes de alegría reemplazan los días de pesadumbre; á la sinceridad domina la hipocresía. Nuestro siglo sufre la imposición de múltiples necesidades, en su mayor parte innecesarias. Se desarrolla la tendencia antidemocrática por mirar todos codiciosamente á la clase social que es de más posición por sus medios de engrandecimiento. Olvidándose de que si el ideal cristiano se abandona, es por entregarse á un nuevo paganismo que Voltaire juzgaría reprobable.

Paganismo del *becerro de oro*.

Francia, sobre todo París, impone el tributo de la *moda*. Lo impone como el imán atrae los cuerpos. Y puede asegurarse que mientras la mujer quiera vivir tan supeditada á las modas, no conseguirá que el hombre la considere su compañera, en la verdadera acepción de la palabra. ¿Por qué? Porque el trato, la intelectualidad no puede establecerse con esa inteligencia cultural que facilita las conversaciones, establece animados diálogos, inspira fecundas discusiones y da luz científica ó artística; que para el caso todo es campo fecundo de ideas, aliciente para mejorarlas, y voluntad para necesitarse espiritual y moralmente los hombres entre sí, las mujeres consigo mismas, y uno con el otro sexo requerirse de ambiente ilustrado, solícito de sabiduría: que al fin ésta, está dicho, acerca muy bien á Dios. A Dios, que repele la ignorancia, por lo mismo que es El sabiduría *infinita*. ¡Oh, si tuviésemos algo, por lo menos, de lo que se atribuye á Salomón, admirado como rey sapientísimo!

Emanciparse de la moda es libertarse de la esclavitud la mujer, y poder congratularse el hombre de tener tan buena compañera.

La preocupación es muy difícil vencerla, convencida la mujer de que la moda es la que le favorece. Los tiempos han variado desde que se fundaron los monasterios con rejas, á los otros monasterios que no las tienen. Lo cual significa que la libertad religiosa tiene hoy una fortaleza desusada en otros tiempos. Esto es, que la vocación ha ido robusteciéndose por la convicción de que la caridad es ley espontánea y suprema. O sea, que amar á Dios es el mejor de los amores. Se ha dicho repetidas veces que el catolicismo tiene ejem-

plos que ofrecer de religiosidad para satisfacer las necesidades espirituales de cada siglo. La libertad religiosa demanda hermanas de la Caridad, pues hay mujeres que visten el hábito, tienen corazón caritativo, perseveran en su laudable labor, ordenan la atenuación de la desgracia y enjugan las lágrimas que causa la adversidad.

¿Qué sucede con la enseñanza? San José de Calasanz instituyó la regla monástica que es la más democrática en la esfera docente. La Compañía de Jesús fundó colegios que son compatibles con todos los progresos científicos. La Orden agustiniana aprende técnicamente la última palabra progresiva del saber humano. La moda hay para sujetarla á sus justos límites el imperio de la ciencia, de donde se ha deducido que la mujer, á medida que tenga más conocimientos científicos, aunque no sean más que los necesarios y generales para la vida usual, ha de ser más estimada por el hombre. También es consecuencia forzosa que el entendimiento cultivado rechaza el lujo, por considerarlo adorno superfluo. ¿Qué aprecio mereciese la virtud si está practicada por el monje ó por la monja, y se hiciera obligado despojarse del sayal y de la toca para vivir con decoro, á la última moda? Pues qué, el hábito, la capucha, la modestia, la humildad, ¿no sobrepujan en grandeza al ridículo, en que la moda hace caer tantas veces?

IV

¿Quién puede más, mejor y con relevantes méritos en la sociedad? Veámoslo, que esto entraña el problema social.

El catolicismo abarca todos los intereses, los morales y los materiales. Su finalidad es el triunfo de las buenas costumbres; ejemplos: las Trinitarias Terciarias, previsoras contra la deshonestidad; las Siervas de Jesús, luchando contra la corrupción en medio de la sociedad para contrarrestar los *errores* del servicio doméstico. El arte ha podido darnos idea plástica cuando el Greco nos presenta en su magnífico cuadro á la Magdalena abrazada á la Cruz del Redentor. El amor del alma pone en acción todas las potencias, la alegría como la tristeza; todo sirve para purificar el espíritu, los goces como los sufrimientos. La mujer vela, y consigue redimirse de la esclavitud del vicio. La fatalidad precipita en la desgracia muchas veces, es verdad; pero la mujer cristiana, por la oración, consigue con buena voluntad que triunfe la santa causa, que no es la del lujo.

Siempre hubo escollos sociales que vencer. Mas hoy los hay de más peligro, son más peligrosos, porque á la hipocresía ha sustituído la tolerancia sin otros límites que los que quiere poner la libertad, precisamente en lo que menos conviene tenerla. El veto que debiera ponerse á la *moda;* la moda, que dispone de todas las seducciones; las seducciones, que halagan á título de buen gusto; el buen gusto, que aviva la envidia; la envidia, que no titubea en valerse de la calumnia. Todo ese cortejo que se ostenta en casinos y en teatros, en el

múltiple *sport*. Si la juventud cae en la tentación por inexperiencia, en las otras edades ella vive por aclimatación. ¿Cómo no ver á la *moda* triunfar con el séquito de los sentidos y rendir voluntades, multiplicar caprichos, acumular gastos, perseguir á la honestidad y perturbar la familia? Y es que la *tentación* está fomentada.

¿Qué más milagro, en el siglo llamado *positivista,* que ver próspera la Institución de María Inmaculada? Institución que cumple muchos deberes con los desgraciados: con tener casa de salud pagándose pensión módica; alimenta á muchas madres en el curso de lactancia de sus hijos; en los meses de invierno extiende el socorro á mayores necesidades apremiantes de la familia; esto lo hacen á diario señoras piadosas que sirven á las pobres madres; además, las mismas señoras pagan cuotas mensuales con que atender á los gastos de tan benéfica institución. Esta tiene también enseñanza gratuita de niñas. ¿No es verdad, repetimos, que la Institución de María Inmaculada favorece admirablemente á la sociedad? Y esto no es compatible con el lujo que deslumbra, con el despilfarro que escandaliza, con el desorden que pervierte, con la inmoralidad que perturba la sana higiene, la que debe haber en el hogar doméstico.

De casos como éste (y son muchos) puede deducirse. Parece que la mística barquilla del Pescador está para sucumbir, según pensar de algunos cristianos; pero no pasa de ser esto una ilusión óptica explicada por moral social, humanitaria. Pues es verdad que es posible sucumba la mujer á las seducciones de la moda; pero no es menos verdad que la mujer atrae y domina por la oración, por la práctica de las virtudes, y pone en relación á pobres y ricos. Si de Francia han sido expulsadas las Órdenes religiosas, ellas han encontrado hospitalidad en Bélgica, España, Inglaterra, Estados Unidos. Si es cierto que ciudadanos de nacionalidad francesa han sido obligados á emigrar de su país, en otros países los que fueron arrojados del suyo están autorizados para establecerse. Si de la Babilonia moderna sale el lujo que desmoraliza, de la Jerusalén moderna irradian Encíclicas luminosas.

El triunfo de la madre es seguro. La madre, por sus sacrificios, por sus cuidados continuos, por su severidad de costumbres, por sus plegarias al cielo, obtiene la victoria en el seno de la familia. ¡Y cómo contrasta la vida que puede hacer la madre cristiana con la vida á que está obligada la mujer mahometana! ¿Y qué decir de las mujeres persa, india, aun la mujer de la misma Rusia, en algunos países donde el fanatismo degenera al sexo? Mientras que la mujer cristiana, la mujer católica, puede llegar en dignidad á una grandeza soberana. Sin que pueda desconocerse (aunque por modos diferentes) que no deja de suceder algo de lo que pasaba en Grecia, que los vínculos de familia eran inferiores á las relaciones que existían de vida pública. Que la moda, uno de sus inconvenientes, siendo el lujo refinado, su goce lo busca y lo encuentra en la exhibición de reuniones, paseos, certámenes, teatros, etc., etc., todo lícito si no es inmoral.

Importa reconocer los caminos vedados que induce á seguir la civilización positivista, por lo mismo que la verdadera democracia se falsea frecuentemen-

te. Y es mala consejera la rivalidad, aunque el positivismo puede ser bueno en cierto sentido.

Cuando se pregonan las libertades, sobre todo la política, y aún más la libertad social; cuando á la vez se hace la justicia instrumento de la pasión, con rumbo borrascoso se navega. Si Isabel *la Católica* hubiese vivido en este siglo, habría hecho como hizo en el suyo. Isabel condenó el lujo por los medios persuasivos y legales que tenía á su disposición. Otras princesas han hecho lo mismo. Supieron distinguir el progreso bienhechor del que llega á veces á ser perverso. Las máquinas de coser, que se han inventado por la pericia y asiduidad en el trabajo, reportan ventajas al bello sexo; mas como el orden económico y el orden moral conviven en la vida, en ésta se da el caso de que lo bueno puede cegarse en el entendimiento, y entonces triunfar Mefistófeles.

La mujer ha de corresponder á lo que se merece el cristianismo. El cristianismo, que ha dotado á la mujer de personalidad moral, declarándola igual en ésta al hombre, persona jurídica como éste. No cabe duda alguna. Es un abismo el que separa á la mujer pagana de la mujer cristiana. Hállase explicado el abismo, como pudo decir Sócrates: «¿Hay alguien á quien se hable menos que á la mujer?» Significándose de modo indudable la inferioridad en que el paganismo ponía á la mujer. El paganismo, religión de sentidos corporales. Aristóteles decía de la mujer: «Es de una especie inferior, y el esclavo un ser perverso.»

Después de saberse esto, ¿cabe dudar de la influencia progresiva del cristianismo en el curso de la Historia, y por ende del catolicismo, con la misión teológica de dirigir á la Humanidad? Misión, en cuanto á la filosofía concierne, como orientaba su pensamiento Donoso Cortés, como desarrolló la filosofía el sabio dominico Ceferino González.

La doctrina cristiana destruye todos los fanatismos.

¿Qué más progreso, mejor, más perfecto que el cristiano?

En él se significa su grandioso ideal cuando dice: «El hombre se separará de su padre y de su madre para unirse á la mujer.» Atinada es la observación que ha hecho Jacques de Vitry: «Nuestra primera madre no fué sacada del pie del hombre, ni de su cabeza, sino de una costilla»; deduciendo Vitry «que debe caminar á su lado; ni delante, ni detrás». Cuando el paganismo tenía sometida la mujer á yugo muy indecoroso levantaron su voz apostólica San Mateo y San Marcos; ellos declararon su capacidad moral, que adquirió estado jurídico, con obligación de velar por la virtud entre los dos sexos: *Deus conjunxit,* que dicen los Evangelios. San Pablo dirige á Timoteo aquellas memorables palabras que dejaron atónitos á los de Corinto, y que tuvieron eco soberano en Efeso, instituyéndose los Concilios. Desde Bocio han tenido éstos enemigos formidables; mas siempre la victoria definitiva ha sido del catolicismo.

El catolicismo, que no es otra cosa su cumplimiento que vida del alma, espíritu que irradia destellos divinos. Sin que pueda ser nada más. Por eso se ve resplandeciente en todos los siglos su doctrina, que no decae porque indi-

viduos y colectividades, naciones y razas, teorías y sistemas, radicales y reaccionarios, intelectuales é ignorantes pretendan imponer su criterio por la voz arrebatadora del tribuno ó el escrito habilidoso del publicista.

La Historia es testimonio irrecusable ante el tribunal supremo de la justicia imparcial, serena, competente y de buena voluntad. Los germanos rindieron pleito homenaje á la doctrina de Cristo. En Oriente la rebelión adquirió fuerza política más que de convicción. En Roma San Pedro, Santiago en España, San Agustín en Cartago, sus ejemplos fueron tan convincentes, su propaganda tan eficaz, que hemos visto desplomarse poderes que parecían á muchos invencibles. Si la fuerza pública suprime Ordenes monásticas en unos países, en diferentes naciones otros poderes las admiten.

Lo cierto es, sin ser necesario que se declare dogmático. Puede verse el hecho con luz meridiana. Que por la Historia de todos los autores sabemos que al nombre de Bizancio sustituyó el de Constantinopla, significando aquel nombre lo que *fué* antes de la Cruz, y significando el nombre nuevo lo que sucedió después de verse alzada la Cruz en el Gólgota. La extraordinaria cultura de Atenas, la bélica vida de Esparta, los deleites de los misterios de Eleusis, la magnificencia poderosa de Roma, los bárbaros del norte de Europa bajo la egida de los germanos. Toda esa historia que del año 673 al 717 ha legado á la crítica tanto que estudiar. Además, los fanáticos guerreros de Mahoma, con haber declarado guerra á muerte á la cristiandad; el protestantismo, no menos encarnizado, intransigente en el Concilio de Trento; éste, que ha podido dar la paz á la Iglesia, no obstante la avalancha de novedades que lucen por el dinero y por la moda, concubinato del que se comenta tanto. París, que atrae para muchas orientaciones, algunas con vilipendio de la Humanidad. Un Harriman que es llamado rey de los ferrocarriles yanquis. El *lujo,* que hace la competencia en atractivos á la sabiduría, por ser ésta de más difícil cultivo que la vanidad...

El P. Félix, desde el púlpito de Nuestra Señora de París, á mediados del siglo XIX, profetiza y compara la venerada casa de Loreto con el lujo que es presentado en el gran espectáculo del teatro de la Opera, donde lucen sus galas la elegancia y el sibaritismo. El elocuente orador condena costumbres que nada tienen de cristianas. Mas es *vox clamans in deserto,* según expresión del Apocalipsis, sin que por esto se pierdan la Fe, la Esperanza y la Caridad, por ser el lema que esculpió el Príncipe de los Apóstoles en Roma por mandato de su divino Maestro. El P. Félix condena la ostentación del rango y posición cuando se mantienen ofendiendo la honestidad y cuando se ve amenazado el porvenir de las familias.

Ya no pueden ser aplaudidos por mandato cristiano que corresponde hacer cumplir á la Iglesia, ni un rey Baltasar en Asia, ni un emperador Heliogábalo en Europa.

La realidad cristiana se impone, como ha dicho el P. Félix con estas palabras: «El lujo irrita al pueblo que padece, con los insolentes contrastes que ofrecen el fausto y la miseria al encontrarse cara á cara.» Resulta ese cuadro

moderno, dado el progreso jurídico de la solidaridad, como no hay precedentes históricos. Cuando el esclavo y el siervo vivían en situación legal; cuando el derecho democrático no estaba reconocido como institución popular; cuando no había ocasión de la publicidad que tienen ahora las costumbres; cuando no tenía la efectividad que está reconocida actualmente al régimen representativo. Así es que ha podido decir el P. Félix: «Cada vez se hace más imposible que los desgraciados acepten la miseria y la resignación con sus padecimientos.»

Por conveniencia propia y por decoro hay que preferir el encanto de la modestia, que fué mérito sobresaliente en Santa Cecilia y lo ha sido en otras santas mujeres. Y sin extremar el argumento, es sabido que bastante parte del bello sexo se encadena á la coquetería, despreciando los medios eficaces de que dispone la modestia. Este aspecto social abarca todo un problema, como ha podido decirse por un ilustre maestro en el Seminario Conciliar de Madrid. Que al fin es cierto que la ciencia ha de servir para convencer á las gentes de modo directo ó indirecto, á la manera que los rayos del sol influyen verticales ú horizontales sobre el planeta terráqueo. Después de todo, cuando son desoídos los consejos de la prudencia, no se hace más que caer en el error de la incredulidad. La incredulidad, de la que ha dicho el Sr. Zaragüeta: «La mejor respuesta al perpetuo clamoreo de la incredulidad se halla en la sólida orientación de la educación y de la instrucción eclesiásticas.»

Ahora no pretendemos que la Humanidad sea como aconseja el Kempis; que sea al pie de la letra de este libro hermoso.

El mismo libre albedrío no puede abdicar sus fueros, ni el carácter se deja suplantar en las distintas situaciones de la vida, ni puede haber paridad de motivos entre casos y casos diferentes, ni los tiempos consienten con distinto ambiente resultados idénticos, ni la gracia divina hace cesar automáticamente la influencia de las cosas humanas. Místicos y metafísicos reconocen el poderío de lo suprasensible; con fe acatan los misteriosos designios del Todopoderoso. Por éste pudo estar inspirado Nierembérger cuando quiso dar á conocer su *Imitación á Cristo;* pero no puede, no debe pasar desapercibido el peligro con que amenaza la *moda* cuando se ofrece como instrumento del lujo desordenado. Entonces las catástrofes son diarias en la persona, en la familia, en la sociedad y en todos los territorios civilizados.

Anselmo Fuentes.

La reforma de la enseñanza

Ante todo, han de perdonarme ustedes si tengo la osadía de hablar en español.

No hace mucho que estoy en España, y no he tenido la suerte de poder estudiar bien el castellano moderno, este idioma encantador.

Después de haber tomado parte en este importante debate personalidades tan ilustres, nunca me hubiera atrevido á hacer uso de la palabra, de no existir varias razones.

Quiero con toda mi alma á España, y, por consiguiente, todo lo que pueda cooperar al adelanto de esta España querida me interesa profundamente. Y este debate me parece de tal transcendencia, que no puedo resistir á la tentación de exponer algunas ideas.

Muchos de los eximios señores aquí presentes han ido al Extranjero para estudiar los métodos de enseñanza en los diversos países; pero no es cosa fácil penetrar el sentido recóndito de ellos con estancia breve, y, por consiguiente, con estudio más ó menos superficial.

Yo soy extranjero, y precisamente suizo; he estudiado doce años en colegios y Universidades extranjeros. Al mismo tiempo he cursado un año en la inolvidable Universidad de Salamanca.

Otra nota poseo que debe tener bastante importancia, especialmente en casos como éste.

Si hay virtuosos natos, criminales natos (éstos en menor número), natos poetas y músicos, médicos natos, yo debo ser un nato amante del Universo entero, y que, por consiguiente, no tiene su corazón en un rincón de la tierra.

Mi espíritu no concibe las separaciones, y, no viendo fronteras, no tiene prejuicios de ninguna clase.

En cuanto á religión, soy del país donde todas tienen su asiento: hay judíos, protestantes, calvinistas, luteranos reformados, etc., etc., católicos romanos ortodoxos, viejos católicos nacionales, y así seguido. He estudiado con el sacerdote, con el pastor y con el rabino; he vivido en medio de todos ellos.

En todas las religiones he encontrado verdades y errores.

Si yo fuera Dios y diera á ustedes en este momento la verdadera religión, antes de salir de aquí ya estaría falseada.

Somos incapaces hasta de conservar la verdad. Ni siquiera sabemos conservar las obras de arte, los monumentos que nuestros antepasados nos han dejado. No queremos que la verdad brille. Necesitamos todavía las tinieblas para nuestros fines.

Así es que si hablo bien de los géneros catalanes, de los médicos españoles, etc.; si critico á la Medicina, á la educación, á los políticos, sacerdotes, etcétera, no es por catalanismo, por españolismo, por deísmo: es porque éste es mi parecer genuino, esté yo en lo verdadero ó en lo falso.

Además, esta discusión es de tal índole, que me permite presentarme, no

como docente, sino como alguien que expone pensamientos, dudas, objeciones á la consideración de ustedes, para que ustedes juzguen, ilustren, aclaren, y hagan desaparecer las dificultades.

Esto es como un laboratorio, un seminario, como dicen en Suiza, donde todos trabajan juntos en busca de alguna verdad oculta.

Acepten ustedes mi cariño para España; mis buenos deseos para su prosperidad material y moral, sobre todo.

Mientras asistía á las discusiones precedentes oí á menudo criticar de los que hablaban; esto me causó muy mala impresión.

Con la mayor insistencia ruego á ustedes que me interrumpan cada vez que lo estimen conveniente.

Hay que hacer todas las rectificaciones necesarias. Es preciso discutir hasta lo último.

De ninguna manera hay que ir adelante dejando atrás la duda.

La certidumbre ó, por lo menos, la hipótesis más sólida son indispensables.

Entremos en la discusión. Pero antes una aclaración. Se ha dicho y se ha escrito en los periódicos que se ha salido del argumento durante el debate. Esto es según los puntos de vista desde los que se considere la cuestión. Como varios de los ilustres señores que me han precedido, estimo que no es posible discutir el tema sin ensanchar sus límites.

¿Hay que suprimir la lista? No veo argumento serio para que continúe.

A causa de la lista muchos estudiantes van á clase, es verdad, entendiendo por la clase el local donde se da ésta. Los que van por la lista, durante las explicaciones leen novelas.

Cuando he sido obligado á asistir á una lección ó á una conferencia sin interés, siempre que he podido hacerlo, he sacado un libro para aprovechar el tiempo.

Los buenos profesores, y sobre todo los profesores que explican cosas necesarias, y que las explican porque son necesarias, estos profesores no necesitan de la lista: ellos son la mejor lista, pues atraen á los estudiantes. Cuando aquí se dan conferencias importantes, el salón está lleno; á otras conferencias no acude la gente ni pagándola.

¿Quién puede hacer penetrar ideas á la fuerza?... Todos ustedes saben cómo aumentó la fe en España por medio de la Inquisición, y el competentísimo Sr. Salillas nos podría decir si disminuye el crimen por medio de las cárceles.

¡Cuántos bienes con esta sencilla supresión! Habría menos estudiantes en clase, y sólo aquellos que tuvieran verdadero interés, los de ocasión, los únicos que podrían ser algo con el tiempo.

Los que asistieran estarían más á sus anchas, más tranquilos.

El profesor se hallaría junto á los que lo necesitan. Estos podrían estar más cerca de él, interrumpirle, pedirle explicaciones, hacerle objeciones.

Quisiera comunicar á todos ustedes la importancia que doy á esto.

Los jóvenes reunidos en una clase de esta índole serían buenos amigos, pues tendrían las mismas ideas, las mismas aspiraciones. Todos estudiarían y sabrían más, y el profesor podría ir más deprisa en muchos puntos. Por esta fraternidad, nadie temería ser importuno interrumpiendo al profesor; todos se atreverían á hacer objeciones, aunque en realidad no fueran muy pertinentes. De este modo las partes más difíciles é importantes serían explicadas mejor, comprendidas mejor. No se adelantaría en la obscuridad. Otra cosa capitalísima. El profesor se vería casi obligado á unirse á los estudiantes. La separación que existe en España entre el maestro y el discípulo no puede menos de llevar consigo efectos desastrosos.

El profesor tiene que vivir con el discípulo. Tiene que estar en contacto con él lo más posible. Una semana de esta unión vale más que un curso entero.

¿Quién no piensa en los tiempos de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, de los peripatéticos?

¡Qué comercio de saber más íntimo aquél! ¡Cuánta sabiduría se propagó por él!

Hay más todavía. El profesor no pronunciaría discursos que cansan y no producen nada. Hablaría menos, pero diría más. Habría más diálogos. ¡Cuántos profesores temerían estos discursos! Estos diálogos, estos exámenes continuos que el discípulo haría al profesor obligarían á éste á profundizar su materia. El discípulo pondría siempre algo propio, y esto encariña mucho al estudio.

Un profesor malo no podría continuar. Este contacto acabaría por serle imposible; y si quisiera insistir, su clase quedaría desierta, y entonces, por falta de oyentes, se suprimiría el profesor. Y he ahí cómo la misma causa suprimiría la lista y haría desaparecer á los malos profesores.

Los exámenes

Hoy día no me parece posible suprimirlos completamente; pero sí necesitan modificaciones.

El profesor que ha estado todo un curso con sus discípulos, como antes he dicho, sabe perfectamente cuáles pueden pasar adelante, y cuáles no.

Y un examen á fines de curso, por un tribunal competente, se entiende, no parece tan mal. Pero entendámonos. Un examen de las cosas importantes, de las indispensables. De éstas el examen debiera ser rigurosísimo, no en la forma, sino en la substancia. Es decir, que el examinando diera á comprender claramente que ha penetrado el espíritu de la materia en él.

Nada de definiciones ni de adornos; no solamente en los exámenes, sino también durante el curso no se debiera ni siquiera hablar de todo aquello que no es estrictamente necesario. Demasiado hay que aprender sin añadir cosas inútiles y vacías.

Esto es de gran importancia.

Al final de la carrera, otro examen general; pero también aquí repito: exigir poco, pero este poco profundamente.

Sobran los que todo lo saben, pero mal. Hace falta gente que sepa lo necesario, pero en toda su plenitud.

Es imposible saber todo lo que se exige hoy día. Ningún estudiante serio teme los exámenes que yo indico. Siempre está dispuesto á sufrirlos.

Y llegamos á los profesores.

Es muy difícil ser un buen profesor, y, por tanto, los buenos profesores son raros. Hay, pues, que contentarse con escoger entre los malos los que lo son menos. Creo que hay demasiado profesorado, mejor dicho, que sobran cátedras. ¿Me explico? Hay materias que no son bastante útiles; hay otras que no tienen estudiosos, por lo menos en ciertas Universidades. En Salamanca yo era el único estudiante en Filología española; en Griego y en Sánscrito no tenía más que un condiscípulo, que cursó más bien para serme útil.

En la Central misma, y teniendo como catedrático al nunca bastante alabado Ramón Menéndez Pidal, ¿cuántos alumnos tiene la clase de Filología castellana? Y eso que es obligatoria.

Que se supriman, pues, muchas cátedras. Con los sueldos de estas cátedras auméntese, y más todavía, el sueldo de las necesarias.

Ustedes no pagan bastante al profesorado, aunque hay profesores que no merecen explicar ni pagando ellos al Estado.

Un profesor estudioso necesita tener las menos posibles preocupaciones materiales.

Siendo solamente catedrático, no se puede vivir en Madrid.

En casos especiales el Estado no tendría que ofrecer un sueldo al catedrático, sino que éste debiera manifestar lo que necesita.

Los quinquenios no los estimo justos. Hay profesores á quienes habría que disminuir el sueldo de tanto en tanto. A otros podría doblárseles después de un solo año de explicar.

Hasta mejores tiempos soy partidario de las oposiciones. En la misma Suiza quizás fueran útiles.

En las oposiciones también habría que exigir mucho más y mucho menos.

Nada de charlas, de gente que nunca acaba de hablar, sin decir nada.

Gente sólida, vasta de horizontes; pero en las grandes notas, no en las nimiedades, en los adornitos.

A todo profesor serio repugna siempre tener que estudiar cosas que son inútiles, y sobre todo para unas oposiciones. Mientras que en todo tiempo está preparado en las cosas de real importancia. Sobre esas materias está siempre estudiando, y cada día profundizándolas más.

Además, se debiera tener muy en cuenta la vida anterior del opositor: su carrera, sus aptitudes, trabajos, etc.

Siempre existirían dignos catedráticos que, sin embargo, no saldrían brillantemente de unas oposiciones.

Es inútil que diga cuáles debieran ser los jueces.

Y *ahora, á cosas más vastas.*

En general, me parece que los profesores españoles no tienen buenos métodos de enseñanza.

Muchos enseñarían bien; pero los reglamentos se lo impiden.

Los verdaderos profesores necesitan la libertad más completa.

Los programas son siempre dañinos.

Se les obliga á explicar demasiadas cosas. Siempre vuelvo á lo mismo, ¿verdad?

Un buen profesor tiene que preparar sus lecciones. Hay que dejarle tiempo para prepararlas. ¿Quién no comprende que vale más una lección bien dada que una semana de oratoria? Además, los discursos cansan á los estudiantes, por serios que sean. Esto tiene, en fin, la ventaja inmensa de dar tiempo al discípulo para estudiar en su casa; estudio indispensable, insustituíble, diría casi más necesario que el profesor.

¡Qué sería de mi vida intelectual si no supiera más que lo que mis profesores me han enseñado!

Pocas lecciones, pocas lecciones. Habrá mejores explicaciones y mejores oyentes.

Otra vez digo que el profesor tiene que ser menos catedrático y más padre, más amigo, ¿qué diría yo?, más compañero. No vale nada tanto como tú á tú con los discípulos, como este trabajo juntos.

No me parece bien que los extranjeros no puedan concurrir á las cátedras españolas.

Aun siendo patriota, hay que aceptar todo lo que pueda ser útil á la Patria. Los que pierden son ustedes.

Naturalmente: á paridad de méritos, que se prefieran los españoles.

Además, el contacto con profesores de espíritu diverso me parece excelente. Los matrimonios de parientes llevan á la esterilidad.

No es cierto lo que aquí se ha dicho de que en el Extranjero no se admiten profesores españoles. En la Universidad de Suiza he tenido como profesor á un dominico de Avila, así como á profesores italianos, franceses, alemanes, ingleses, etc.

Es un motivo de orgullo para las Universidades suizas tener lo mejor de todos los países.

Debido á este solo hecho, yo creo que en ninguna Universidad del mundo hay un espíritu igual al de dicha Universidad.

Además, la lucha noble del saber sería más vasta, más intensa, más llena de vida.

Creo también que faltan auxiliares para algunas cátedras.

Es casi superfluo hablar de la importancia del material científico, especialmente en Medicina.

A no ser posible la adquisición de éste, es preferible suprimir alguna cátedra de provincia, para invertir aquel dinero en la misma asignatura de otra Universidad.

En Medicina sobre todo es esencialmente necesaria la enseñanza práctica. De la clase debiera el estudiante pasar al laboratorio, de éste al enfermo, y del enfermo al estudio de su casa.

En Suiza se pagan cantidades bastante elevadas para tener derecho á los laboratorios.

Nada, absolutamente nada puede sustituir á esta enseñanza directa. Sin ella no hay verdadera enseñanza.

Todas las ciencias deben su vida y su origen á las experiencias.

En Medicina especialmente no puede existir, no diré la certidumbre, ni la misma probabilidad, á no estar fundada en una serie más ó menos extensa de hechos, de casos, de ensayos, de tanteos bien orientados y mejor analizados.

¿Qué sería de la ciencia si la Humanidad no hubiera abandonado los métodos empíricos, teóricos, de los antiguos, de la Edad Media, de Santo Tomás y sucesores?

Las experiencias tienen además la ventaja inmensa de atraer la atención de los estudiantes.

Descomponer los cuerpos y formar otros diferentes, medirlos, pesarlos, les interesa grandemente. Encontrando cada uno en estas experiencias su personalidad, sus facultades inventivas, siente íntimamente su colaboración para el progreso, y resulta incomparablemente sugestiva y de efectos maravillosos.

Los locales dejan mucho que desear. Y los locales no tienen poca importancia. No solamente por la higiene y, por consiguiente, por las energías físicas que pueden sustraer ó aumentar en los estudiantes, sino también en el orden moral.

Un local grande, lleno de luz, de sencilla elegancia, de perspectivas vastas, influye grandemente en los ánimos.

Las escuelas nuevas suizas se construyen todas con la más severa elegancia y *confort* posible. Siempre en medio de la Naturaleza.

Desde las Universidades de Berna, Zurich, Lausanne, Neuchatel, Friburgo, etc., se goza de panoramas encantadores.

Otra cuestión

¿Hay mejores profesores en Suiza, ó en España?

Aquí es preciso distinguir. Todas las Universidades suizas tienen algunas personalidades científicas conocidas que les cuestan muy caras. Casi todos los profesores suizos saben muy bien su materia, que es, sin comparación, más limitada que aquí. Todos tienen métodos perfectamente estudiados y reconocidos como la última palabra en Pedagogía. Ventaja tan grande, que más no cabe. Todos tienen los medios para enseñar mucho mejor que aquí sabiendo menos. Las clases raramente son numerosas, á excepción de los grandes cursos de Literatura y de Historia.

En los innumerables seminarios (laboratorios) el número de discípulos es muy limitado. En estos seminarios los profesores suizos son grandes maestros.

En general, si prácticamente los profesores suizos como pedagogos son superiores á los españoles, en cuanto á inteligencia é intuición ustedes les aventajan en mucho.

En Salamanca he encontrado excelentes profesores; y Ramón Menéndez Pidal y Menéndez Pelayo, en mi especialidad, no tienen rivales en mi país.

Se ha afirmado aquí que en el Extranjero no se conocen los profesores españoles. Con rarísimas excepciones, esto es cierto. Pero si no se habla de ello es por varias razones.

Cuando tuve que ir á Salamanca á causa de mi doctorado para estudiar allí Filología española, tenía una idea pésima de los españoles. Me figuraba que me encontraría allí con el último grado de cultura.

Pocos, poquísimos son los extranjeros que tienen una idea mejor de la que yo tenía de ustedes.

No hay duda; á los españoles no se les conoce fuera de España. Así es que *a priori* decimos que no son capaces de trabajar, y, por consiguiente, de hacer algo.

Con estos precedentes es fácil comprender cómo no se estudia, ni siquiera se lee, lo que sale de España.

Además, ustedes no saben hacer los reclamos, y los reclamos valen también en esto. Ustedes no presentan bien las cosas.

Pero estimo que quizás la razón capital estribe en lo siguiente: que el estado físico-psíquico actual de España no ha permitido todavía en general á ustedes empaparse bien de la nueva orientación científica, única capaz de hacer adelantar las innumerables especialidades.

Faltan especialistas, falta gente que trabaje toda su vida en buscar nuevos cráneos en Sierra Nevada, nuevos monumentos escondidos; en estudiar los órganos sexuales de bichitos microscópicos; qué y cuánto tendrían que conocer los estudiosos españoles; la historia del habla de una pequeña región española desconocida, etc.

Actualmente lo que interesa conocer son pocos datos; pero nuevos, ciertos, científicamente probados, que aumenten el capital científico. Hay que ser particularista, no salir ni un paso del sujeto tratado; hay que tener de vista un rincón limitado del saber. Y para esto es preciso tener nervios de hierro y una gran voluntad.

De repente es imposible entrar como grandes luminares en el nuevo derrotero científico.

En cuanto á los estudiantes podría repetir las mismas observaciones. Estoy persuadido de que si ellos tuvieran todos los medios de que nosotros disponemos, y, sobre todo, trabajasen con tanta constancia, no tardaría España en ser la primera nación europea en el orden intelectual.

No me cabe duda; á los estudiantes españoles se les exige demasiado.

Es imposible tener una idea clara de tantas cosas diferentes. Los genios

universales son raros. Aquí no se puede ser estudiante serio. Nunca me hubiera yo atrevido á hacer mi doctorado de Filología en España.

Es de todo punto imposible para mi inteligencia limitada abarcar de una manera útil tantos conocimientos; conocer las reglas de sánscrito, de griego, de latín, de árabe, de lenguas indogermánicas, etc., etc.: sería cosa pueril, si no fuera altamente funesta.

¿No sería mejor saber muy bien francés ó alemán que tener una vaguísima noción de latín, de griego, francés, alemán, inglés y de qué sé yo?

Sobran, pero muchos, estudiantes de segunda enseñanza y de enseñanza superior, obligándoles á conocer profundamente todas las materias indispensables para una carrera; sería una selección providencial.

Pocos son en todo país, y en España especialmente, hasta ahora por lo menos, los que pueden profundizar, y éstos son los únicos que debieran continuar los estudios superiores.

Queda la cuestión religiosa

Todas las religiones son tan sagradas ó tan ridículas, que no hay ni siquiera que nombrarlas en la enseñanza. Que existan cátedras de Religión, y que á ellas acudan las personas interesadas.

En caso de que algún dogma de una religión positiva se opusiera al progreso de la ciencia, como ocurrió con el budismo y otras religiones en lo que toca á la anatomía, por ejemplo, no habría que admitir nada más que lo que la razón humana indicara.

Otra cosa completamente diversa es la enseñanza de una moral natural.

Es preciso entendernos en moral. Son, por consiguiente, indispensables estudios sociológicos de este género y cátedras *ad hoc*.

No basta ser moral; es necesario que los demás estén conformes con nuestra moralidad. Yo puedo creerme un ser moralísimo, y ser perverso y nefando para los demás.

Es inútil que lleve ejemplos de discrepancia en este orden. Yo estimo crimen el patriotismo, gastar corsé, vivir como vivimos y otras muchas cosas. Antes la moral creía ser necesario ir vestido; ahora, con los antiguos griegos, pienso que es mejor ir desnudo, *et sic de coeteris*.

Que yo crea ser lícito robar á los que tienen de sobra y no lo hacen fructificar, no es cosa que pueda ser indiferente á la sociedad. Es la moral de más importancia que todo lo otro.

No hay que admitir educador que sea inmoral; pero hay que estar conformes en una moralidad.

Pero lo hasta aquí expuesto me parece de menor transcendencia.

Si en instrucción pública se hiciera todo lo que acabo de indicar, si de

repente España se volviera rica y decretara para instrucción un presupuesto superior á cualquiera otra nación, la educación, ciertamente, adelantaría algo, y de los jóvenes paupérrimos de hoy, y por consiguiente incapacitados para el estudio, saldría algún hombre ilustre.

Pero el lamentable estado actual, según mi más arraigado parecer, *obedece* á causas mucho más hondas y poderosas.

¿Quién podrá dudar que sobran en España los que tienen medios materiales para alcanzar los más altos puestos del saber, y, sin embargo, no llegan ni al zaguán?

El alma, de no ser una entidad idéntica con el cuerpo, depende de éste en modo tal, que más no cabe.

Cualesquiera que sean sobre este punto nuestras ideas, el alma resulta siempre ser una forma íntimamente unida al cuerpo y ligada á él en todas sus manifestaciones.

Las eminencias católicas, con Santo Tomás á la cabeza, nos aseguran que el alma depende del cuerpo hasta en sus actos más espirituales, en los razonamientos puros.

Así, pues, es fácil comprender la importancia capital que tiene la perfección física en todos los órdenes psíquicos.

En España la cultura física está á un nivel tan bajo, que cada vez que pienso en ello me entristezco profundamente.

Todo español que sienta algo de amor para su patria debe trabajar con todas sus fuerzas para que desaparezca esta incultura.

Es indispensable, de todo punto indispensable, luchar contra todas las doctrinas, vengan de donde vengan, que hayan producido y mantengan este estado. El cuerpo es un templo sagrado que tenemos que respetar.

Si el cuerpo es lo que nos puede inclinar hacia una mala pendiente, es, por otra parte, por el que el alma puede aspirar al saber y al cielo.

¿Quién puede dudar que faltan en España las energías físicas? ¿Cuánta fuerza de voluntad hace falta á los españoles para dedicarse años y años, por ocho ó diez horas al día, al estudio de una materia cualquiera?

Solamente un ejemplo: en este mismo tan ilustre Ateneo en invierno hay una temperatura de 22 grados; 14 grados no bastan para cuerpos donde la sangre no circula.

La atmósfera está impregnada de humo, que la hace insoportable. Se hace uso grandísimo de tabaco, de café, y bastante de alcoholes. Es que las naturalezas son débiles y necesitan de estos excitantes. En el Ateneo se encuentra poca fuerza física, pocos cuerpos proporcionados. El cansancio se nota en la expresión de muchos.

Así no puede haber amor á la lucha.

Si los suizos fuesen tan débiles, estarían todavía muy atrasados en cuanto á cultura.

Si en el estudio se encuentra el abatimiento físico, necesariamente se acabará por huir de él. El trabajo intelectual no debe cansar.

En España, por estas razones, quizás pueda ser cierto en algunos casos lo que asegura Lombroso de que el genio y la locura se confunden.

Personalmente podría citar ejemplos.

Pero hay españoles que también tienen el don inmenso de la salud, que no han heredado la debilidad de sus antepasados, agotados por una sobrada, insuficiente ó mala nutrición, ó por otras causas, que aun con la más envidiable salud no alcanzan nunca nada.

Señores, lo que falta en España es un ambiente.

En Inglaterra y en Alemania no se mata con cuchillo, porque el ambiente es contrario á esta manera de hacer desaparecer á los hombres de la tierra. En Grecia eran artistas porque todo respiraba arte. En Suiza no hay mendicidad porque nadie la aguanta; los suizos se acuestan y levantan temprano porque así es la costumbre; el suizo es alpino porque todos lo son; por todas partes reina la limpieza, porque han nacido en medio de ella, y lo sucio les repugna. En todo, y especialmente en las viviendas, buscan las mayores comodidades posibles. El que está acostumbrado á las comodidades no se aviene á vivir sin ellas.

Todos protestan si hay una mala carretera, si un tren llega con retraso, si á las ocho de la mañana no se recibe la correspondencia del primero de los cuatro ó cinco que hay.

El que no trabaja, el que no produce, no puede vivir en Suiza, por rico é influyente que sea. Así como en otros países la alta sociedad aristocrática no admite en su seno á la inferior, ni ésta á los burgueses, y así seguidos, ni las dos primeras á ninguno que tenga la mala suerte de ser médico, ó que médicos cuente entre sus antepasados; así como en España los títulos, el dinero y las influencias tienen un poder inmenso, en Suiza, en la democrática Suiza solamente hay una nobleza, solamente hay un título; el título entre todos, el más noble: el de trabajador. Al holgazán no se le admite por ninguna parte; todas las puertas le están cerradas. Se le rechaza, se le desprecia como á un parásito, como á un ser inútil que no tiene derecho á vivir. Allí es verdad lo que dice la Sagrada Escritura: «El que no trabaje, que se muera.»

En Suiza se trabaja porque todo respira labor material y moral, todo habla de energía. No hay bosque, no hay cuerpo que se queje por falta de cuidado. Las montañas están perforadas, y en las altísimas cumbres se encuentra el ferrocarril y grandes hoteles. La mano del hombre se observa por todas partes, y no hay rincón que no fructifique. Desde las entrañas de los padres, desde el pecho materno brota vivificador el instinto del trabajo.

Por eso no hay vagos allí.

Yo creo que nada impresiona tanto al forastero observador que acaba de llegar á Suiza como el orden que allí se manifiesta por todas partes, del modo más perfecto.

Las generaciones antecedentes debieron darse cuenta exacta de las ventajas inmensas del orden. Pero ahora ya no se razona en Suiza sobre la impor-

tancia del orden. Este ha llegado á ser una segunda naturaleza, un sentimiento. Es por la sangre, que corre; es por la sangre, que se siente.

En aquel país es de todo punto imposible salir del orden. Sería una anomalía tan grande, que chocaría á todo el mundo.

Suiza es como un gran ser superior admirablemente perfeccionado, y que, por consiguiente, no puede soportar ni por un momento el desorden de uno de sus miembros, por inferior que sea.

Pero, en fin, en Suiza el alma que todo lo engendra, que todo lo hace progresar y perfeccionarse, el ser inefable que palpita doquier, es el sentimiento del deber. En este sentimiento, señores, se encuentra todo el problema de la educación española y, por consiguiente, de toda reforma.

Este es el ambiente que hay que crear. Y este medio ambiente tiene que salir de ustedes.

Magistralmente lo ha dicho el Sr. Madinaveitia: «Somos nosotros, uno por uno, personalmente, los que tenemos que obrar la salvación.»

Después de habernos perfeccionado á nosotros mismos física y moralmente, propaguemos estas ideas santas por todas partes, en toda ocasión: aquí y en los salones de charla de este mismo centro, en casa y en la calle, en la ciudad y en los pueblos.

Que nuestros hijos, nuestras familias, nuestros amigos, todos los que nos rodeen, sientan emanar de nosotros la llama redentora.

Que toda nuestra vida, que todas nuestras acciones sean como una *caminata* al ideal.

A esto personalmente lo debo todo. A mi corazón, á mis creencias, á mi fuerza física, á mis energías, á la idea de que es un deber sagrado cooperar á la redención material y moral de la Humanidad, que el bien de los demás es el bien mío, y que los sacrificios por la comunidad son el mayor de mis bienes.

Alejandro Canetti.

—oOo—

REMANSO DE DOLOR

XXII

(Si el lector se encariñó con este registro de dolores que atrás queda expuesto, y tal sucedió si tuvo la paciencia de llegar hasta aquí, sería defraudar sus esperanzas dejarle plantado á la puerta del cuarto de San Román.

Pero es el caso que el librito de notas que San Román escribiera termina en lo que antecede, y precisamente cuando empezaba á no ser necesaria la correspondencia amorosa. De modo que á un tiempo mismo quedan cortados los dos hilos de nuestra información.

Con la misma pluma que escribimos los capítulos antecedentes escribiremos los consiguientes, dando guardas al *memorándum* del protagonista de este novenario. Y si á pesar de ello no hemos presentado un asunto redondo, tal como lo ordenan las pragmáticas novelescas, será porque hicimos labor de ensayo, y no tuvimos tiempo de rellenar las aristas del trozo de vida que hemos copiado.)

La promesa de tormenta que durante todo el día se cernió en el cielo cumplióse á la hora en que la tierra entró por la obscura vereda de la noche. Cayeron las aguas copiosamente, retumbaron los truenos de monte en monte, y los relámpagos persiguiéronse zigzagueantes sobre la cúpula sombría de los cielos.

No era necesario tanto estrépito para que San Román no durmiese. El nervosismo en que le mantenía su partida hubiérale hecho por sí solo perder el sueño, aun sin la ayuda de la tempestad. Su cuerpo descansaba sobre el lecho; pero sus ojos permanecían abiertos, precisando cuanto le rodeaba en los segundos que el relámpago iluminaba su estancia colándose por los ventanos sin apestillar.

Primero la tormenta fué una distracción para su desvelamiento, esperando tras el fogonazo del relámpago la descarga del trueno, comparando mentalmente su fulgor y duración. Pero después, al ver que la tormenta prolongábase más de la cuenta, comenzó á impacientarse, temeroso de que por su causa fuese necesario suspender la marcha.

Porque... ¡quién se ponía en viaje con aquel tiempo á las cuatro de la mañana y para seis horas de coche! Era para pensarlo, después de haber conseguido en Termas una victoria sobre el mal tan positiva como la suya.

San Román se revolvía entre las sábanas atormentado por aquella incertidumbre, y cada relámpago que expandía claridad en el cuarto era una espina que se le clavaba en el corazón de su impaciencia. Así fué remontando la cumbre de la noche para descender por la vertiente de la madrugada, hasta llegar á la hora de la salida.

Bastante tiempo antes comenzaron á vestirse los viajeros á obscuras, aprovechando para encontrar sus prendas los sucesivos lampos de los relámpagos. Sin duda por causa de la tormenta había parado sus máquinas el molino cer-

cano, donde se producía la energía eléctrica que daba luz al balneario, y era inútil hacer girar la llave del interruptor.

Impacientes, y con objeto de que les procurasen otra clase de alumbrado, hicieron sonar el timbre para llamar á la servidumbre. Pero pasó el tiempo sin que acudiese nadie. Era necesario conformarse con el alumbrado de la tormenta, á falta de otro mejor.

San Román ya pensaba en si la diligencia habría partido sola sin esperar á los dos viajeros, cuando creyeron sentir pasos en el patio. Efectivamente; á poco una mano golpeaba en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó San Román.

—Que si puedo bajar el baúl al coche—contestó una voz recia desde fuera.

—Pase usted, que ya está cerrado—dijo el viajero abriendo la puerta de la habitación.

—Pero... ¿están ustedes á obscuras?—preguntó sorprendido el mayoral.

—Sí, señor; como los buhos. Hemos llamado; pero ¡que si quieres!: nadie nos ha hecho caso.

—¡Esas criadas!...—prorrumpió el hombre de la tralla, que se alumbraba con una cerilla. Y salió pasillo adelante para porracear en la puerta de sus cuartos. Volvió á los pocos minutos trayendo un quinqué en la mano; pero al ir á encenderlo, resultó que no tenía petróleo.

—¡Miá no le dé una patada á este chisme!—exclamó el hombre después de aproximar inútilmente un par de cerillas á la seca torcida.

—No se impaciente usted—dijo la madre de San Román—, que ya bajaremos con cerillas.

—Le advierto á usted que sería el segundo que rompía...

—¡Cómo!

—Sí; al ir á coger uno de los que hay colgados en este pasillo, se me ha ido al suelo. Pero ¡que se fastidien!—dijo el mayoral.

Y, alumbrados con cerillas, dirigiéronse como en procesión á lo largo del pasillo, seguidos por el mayoral, que llevaba el pequeño baúl sobre los hombros.

Al pasar por el cuarto del señor Manuel observaron que había luz.

—¡Hasta la vista, señor Manuel!—susurró San Román por el ojo de la cerradura.

Y poniendo allí el oído, escuchó una voz bronca que le contestaba:

—¡Adiós, amigo; buen viaje!

Después de dar vueltas y más vueltas por el obscuro pasillo llegaron á la escalera y comenzaron á bajarla en busca de la salida. En el patio estaba el administrador adormilado; y á poco, mientras los viajeros esperaban á que cargasen los bultos y enganchasen el tiro, llegó una de las criadas envolviéndose en una toquilla que le cubría el pecho. Traía más sueño que si llevara una semana de velar á un enfermo.

Necesitábase estar impulsado por la ansiedad que á San Román empujaba para emprender el viaje con aquel tiempo. La tormenta de truenos y relám-

pagos había cesado; pero el agua seguía cayendo con la misma implacable furia; la carretera, después de tan continuado aguacero, estaría transformada en un río, y la humedad, que se enseñorearía de todo, podría muy bien ser causa retroactiva de su mejoría.

Fué preciso encajonarse en el estrecho vehículo parado delante del balneario. Desde la puerta, y bajo la luz desmayada de un farol que sacaran de la caballeriza, el administrador y la muchacha despedían á los viajeros: San Román, su madre y un viajante llegado la noche anterior de Pamplona.

—¿Estamos?—gritó desde la delantera la voz destemplada del mayoral.

—Ya puedes arrear, Manolón—replicó desde la puerta el administrador.

Restalló el látigo, que apenas hizo ruido con sus cuerdas húmedas, crujieron los ejes, y las ruedas comenzaron á girar, abriéndose camino entre los barrizales y lagunajos de la carretera.

—¡Adiós, adiós!—gritaban en la puerta del balneario agitando los brazos. Y la enorme mole negra del establecimiento empequeñecíase á medida que se alejaban de ella, destacando los vidrios alumbrados de una sola ventana, la del cuarto del señor Manuel, como el ojo de un cíclope.

Empañados los cristales de las alzadas ventanillas, era imposible divisar cosa alguna á su través. Los muros de adobe de unas corralizas que dejaban á la siniestra mano eran imprecisables en la brumazón nocturna, y la anchura del valle por donde el río corría extendíase á la derecha incierta y vaga como un mar de nubes. La inmensa cortina de agua que por todas partes colgaba agitábala el viento, ora hacia un lado, ora hacia el otro, según la dirección de sus violentas ráfagas. Las pobres bestias del tiro, azotadas por la lluvia, sostenían un trote uniforme, arrastrando el pesado armatoste de la diligencia bajas las orejas y humillada la cabeza para hurtar los continuos cabrilleos de la tralla, que el mayoral hacía cruzar sobre sus magros costillares.

Las primeras horas del viaje fueron silenciosas y largas. La desolación de aquella fría madrugada parecía aplanar el espíritu de los viajeros, quitándoles toda gana de charla. San Román y su madre, colocados en los dos extremos de uno de los asientos, sólo pensaban en cerrar los ojos, adormeciéndose con el movimiento del coche. Acaso el sueño les hubiese atrapado; pero el frío se les subía piernas arriba, haciéndoles de tiempo en tiempo removerse y patalear sobre las tablas del suelo. Sus patadas daban en blando: un saco de paja que habían echado antes de salir; pero cuando en una de las paradas vinieron á buscar el saco para mezclarlo al pienso de las caballerías, resultó que la paja estaba húmeda y el saco chorreando agua.

—¡Vaya un felpudo!—prorrumpió molestado el viajante. Y la madre de San Román, al enterarse de aquel desafuero, hubo de exclamar toda compungida:

—¡Dios quiera, hijo mío, que no te cueste cara tanta humedad!

La lluvia había cesado. El crepúsculo fué ganando el paisaje sin darse cuenta los viajeros, alboreando en Oriente un día gris. Por eso San Román no pudo contemplar la salida del sol, que tan hermosa hubiera podido ser en

aquellas extensiones de colinas escalonadas que domina el enhiesto caserío de Verdún. Poco á poco el nublado se fué disipando, la espesa cortina de la noche se fué aclarando, hasta que unos kilómetros antes de llegar á Jaca rompió el sol la barrera umbrosa que le detuviera y lanzó sus rayos á vagabundear sobre las aguas del Aragón, esmaltando los tonos del paisaje hermoso y bravío de la montaña aragonesa.

Corría entonces la carretera pegada á los montes bien poblados, defendiendo la seguridad de la marcha el murallón del río. Abríase luego un poco más el camino que la diligencia seguía; los montes se echaban á un lado, dejando más espacio á la campiña; el río alejábase de la carretera, y á uno y otro lado de ella largas filas de copudos árboles daban guardia al viajero, señalándole la ruta de la capital jacetana, cuyas torres comenzaban á destacarse en la lejanía.

San Román, aprovechando la escasez de viajeros, en la última parada ocupó un asiento en la delantera, y allí fué hasta parar en Jaca, en donde sus parientes, al abrazarle, hubieron de advertir asombrados los grandes progresos de su mejoría, el feliz resultado de la novena en Termas.

Pocas eran las horas de que San Román y su madre disponían para visitar la ciudad de los condes de Aragón. Cansada por el ajetreo del viaje, la buena señora prefirió permanecer encerrada en la casa de sus parientes y dar por vista la ciudad. No así San Román, el cual, después de entrar á que le afeitasen en una peluquería bajo los soportales, frente á la catedral, dió algunas vueltas por distintas calles y pasó revista á paso largo á las bellezas de la ciudad, lamentando no poder dedicarles más tiempo.

Su catedral bizantina, guardadora de reliquias tan valiosas como el cuerpo de Santa Orosia, el portal plateresco y las ventanas de las Casas Consistoriales, su torre del Reloj y las edificaciones de sus calles, en las que suelen encontrarse con mucha frecuencia rastros bizantinos, góticos ó platerescos, conquistaron el ánimo de San Román, haciendo nacer en él el deseo de volver en otra ocasión y con más tiempo á contemplar tantas bellezas como allí encontraba reunidas. Además, la temperatura era tan agradable, que convidaba, ciertamente, á quien no tuviese tanta prisa como él. Por eso fueron inútiles los ruegos de sus parientes para que se detuviesen hasta el siguiente día.

Comieron temprano, y cerca de la una condújoles un ómnibus á la estación para tomar el tren de Zaragoza, en cuya ciudad penetraban al anochecer del mismo día, después de un viaje sin ninguna clase de accidentes.

XXIII

Domingo. En la calle hay un triunfo de sol. Cuanto los ojos contemplan refulge con brillantez de oro, y en los cristales de unos miradores que se encaraman al cielo en el chaflán de una hermosa construcción moderna, los ojos se aquietan un instante, sintiéndose desvanecer borrachos de luz.

San Román se cruza con gentes endomingadas, que ve pasar distraído. Horteras apresurados que buscan el solaz del café, sirvientas recién compuestitas que se dirigen al encuentro del novio, estudiantes que salen del estanco mordisqueando descomunales vegueros, soldados de caballería que marchan á grandes zancadas haciendo sonar las espuelas y el sable. Acogido á una sombra, un guardia municipal de caídos mostachos pasea indolente, estirándose la incomodidad de los guantes blancos que previene el reglamento.

Acaba de estar en el café San Román entre sus amigos, los cuales han celebrado con alborozo su mejoría, saludando en él al muerto resucitado. Ahora se encamina á casa de su novia, y es tanta su prisa, que, más que andar, parece que va corriendo.

Refulge en el fondo de la calle la gran cúpula de la catedral, con su barandilla circular en la linterna y su ventanal redondo sobre el inclinado tejadillo. Pero San Román no confronta el *todo está igual* del camino que sigue; no piensa más que en la personita á quien va á ver con tanta impaciencia como deseo.

Desde lejos distingue los balcones, y agradece que no esté en ellos. Quiere ver de cerca la carita sonrosada, los ojos alegres, los labios enrojecidos por la emoción del encuentro, la sorpresa de la mejoría alcanzada. Al cruzar la calle marcha tan ensimismado, que casi le roza un milord que marcha silencioso sobre sus llantas de goma. No es extraño. Su espíritu está todo en el instante de la presentación.

Sube los escalones de dos en dos, y cuando el dedo va á posarse en el timbre tiene que detenerse un instante para tomar aliento. Su corazón siente una opresión de congoja y sobresalto. Llama, tardan en salir á abrirle, y cuando abren aparece sonriente, cariñosa, la bien Amada, como si le hubiese sentido tras la puerta. El afán de muchas palabras se traduce en silencio; las manos, unidas, no saben separarse; y aquello se hubiera prolongado desmesuradamente si no acierta á llegar á tiempo la demás familia.

Todos proclaman su mejoría; pero la que sin decir nada no se cansa de mirarle es, naturalmente, la damita de sus pensamientos, encantada y satisfecha por la transformación operada.

Hecha tertulia, San Román suelta la lengua y habla por los codos. Claro está que los lectores saben tan bien como el que esto escribe lo que el viajero pudo contar de su estancia en Termas.

—Á propósito—dice el papá de la novia—: ¿estaba usted todavía al ocurrir la desgracia que hoy trae el *Diario*?

—¿Qué desgracia?—exclama todo sorprendido el mozo.

—Toma...; pero ¿es que no ha leído usted la noticia del corresponsal?—vuelve á preguntar su futuro suegro.

—No, señor; nada he leído—contesta el futuro yerno, ansioso por conocer de qué se trata.

—Pues un bañista del establecimiento que se ha suicidado en su cuarto.

—¿Don Manuel Montesa?—grita más que pregunta San Román.

—Sí, así creo que dice llamarse el suicida.

Los ojos de San Román se abren de tal modo, que todos creen que va á darle algo. La noticia ha sido para él como una bofetada en pleno rostro. Cuantos le rodean acércanse extrañados.

—Pero ¿qué te pasa, Carlos?—pregunta la novia toda compungida, á punto de soltar el trapo.

—¿Se pone usted malo?—añade la madre acercándose.

—No, si no es nada—exclama el joven balbuceando—. Es que ese pobre hombre, ese desgraciado don Manuel Montesa fué mi compañero en Termas desde mi llegada y habíamos simpatizado grandemente.

—Pues vea usted: aquí da cuenta del suceso el corresponsal del *Diario*—agrega el dueño de la casa entregándole el periódico y señalando el lugar de la noticia.

Efectivamente; San Román, una vez repuesto, pudo leer lo siguiente:

«*Suicidio en un balneario.*—Serían las seis y media de la mañana cuando el señor juez de Termas fué avisado por la pareja que queda de noche en el balneario de que en el mismo había puesto fin á su vida uno de los bañistas.

»Personado en el lugar del suceso en compañía del actuario y del alguacil, encontró en uno de los cuartos el cadáver del desventurado suicida, que presentaba una herida penetrante en la sien derecha. La bala se había alojado en la masa encefálica, y la muerte, según el dictamen del médico del establecimiento, que examinó el cadáver delante del juez, debió ser repentina.

»Según los documentos que se encontraron en los bolsillos del muerto, su nombre era Manuel Montesa y Azagra, natural de Lerma, provincia de Burgos, y con residencia en la capital de Aragón.

»El suicida no dejó carta alguna por donde pudiera deducirse el porqué de su trágica resolución; pero según las declaraciones del médico del establecimiento, que tuvo largas conversaciones con él durante los días que allí permaneciera, su carácter concentrado en melancolía y su dolencia incurable debieron de ser las causas de su postrera determinación.

»El Juzgado levantó el cadáver, dándole sepultura en el cementerio de este pueblo.»

El periódico no decía más, ni más necesitaban los lectores para saciar esa voracidad salvaje de las gentes que se deleitan leyendo desgracias; para ellas aquel desgraciado que ponía fin á su vida en el cuarto de un balneario no era más que un polichinela que en un gesto trágico consumía la última pirueta de su vida. Para San Román, que conocía su historia de dolor, su odisea de enfermo y su abandono de olvido; que había escuchado sus quejas y recogido sus lamentaciones en aquellas entrevistas de los últimos días, en aquellas charlas que tuvieron algo de testamento; y que, sin creerlo tan cierto, había visto vislumbrarse en el fuego de sus miradas el impulso suicida germinando en lo hondo de su cerebro y por el aliento fecundante de las palabras dolientes y crudas del médico, la desgracia de aquel pobre hombre sacudía su corazón como si se tratase de uno de los suyos.

Habían sido hermanos en el dolor durante algunos días, habían entretejido sus vidas comunicándose uno á otro sus dolores, y de repente el periódico le comunicaba la noticia de que aquel hombre, á las pocas horas de salir él de Termas, acaso contestando al aguijón de un dolor que le pareciera más fuerte que de ordinario, había decidido de su vida.

En mal hora sacó á colación la noticia el padre de la muchacha, pues aunque la conversación torció su rumbo y todos hicieron para hacer olvidar á San Román la desgracia, bien pudieron ver que para ello se necesitaba tiempo.

Otro día triunfaría el amor, ya que con la vuelta y mejoría del ausente el deshilar angustioso de dos vidas que fueran todo zozobra, temores y ansiedad quedaba convertido desde aquel momento en una corriente plácida de florido y rumoroso arroyuelo, amigo de deslizarse por entre umbrías y florestas, á lo largo del misterio de los bosques y del encanto de los valles. Otro día triunfaría el Amor, diosecillo-niño que alegra con sus travesuras los mejores instantes de la vida...; pero entonces triunfó el dolor sobre todos los amores, y el silencio que reinó en los labios de San Román al apartarse á cuchichear con su novia, y que ésta respetó compasiva, fué como un recogimiento de oración por el infortunado don Manuel Montesa, en cuya tumba pensaba San Román que debían grabarse aquellas palabras suyas que él había escuchado graves, dolorosas, tristemente solemnes, como las voces de los augures:

—*Hacer llegar la muerte es cosa fácil. Basta un segundo, menos todavía, y en el relámpago de una decisión cae tronchada una vida. Un dedo nervioso que juega con un juego imprudente sobre el gatillo de un revólver, y un pedazo de plomo que taladra las sienes, abriendo el camino por donde la vida escapa. Eso es todo.*

Y el señor Manuel no mentía. *Eso había sido todo.* Sólo quedaba que pensar una cosa. Lo que sería el *todo* de después, el inmenso *todo* del más allá.

Y San Román cerraba los ojos como si temiese mirar al vacío insondable de lo que nunca lograría ver.

AL CÉSAR...

No he tenido todavía el gusto de pasar unos días en Ansó. Por eso he de confesar que los detalles que de aquel valle me han servido para pergeñar algunas páginas de este libro, sobre todo lo que se refiere á giros de la modalidad lingüística que hablan los ansotanos, están tomados del informe presentado por Mr. Saröchandy á la Escuela práctica de Estudios superiores de París (Sección de Ciencias Históricas y Filológicas) en 1901, publicado en francés en el *Anuario* de dicho año, y traducido al castellano en la *Revista de Aragón* (1902, pág. 644), con un prólogo del eminente Joaquín Costa.

Decimos esto, porque el que se viste con ajena ropa, se expone á que lo desnuden en medio de la calle. Y no queremos correr el albur de tales desnudeces.

José García Mercadal.

La poesía española y la Revolución francesa

I

A quien no esté familiarizado con la historia literaria y política del siglo XVIII ha de parecerle por lógica intuición que un suceso tan extraordinario como la Revolución de 1789 tenía que repercutir estruendosamente en nuestra literatura, determinando un copioso raudal de inspiraciones adversas ó favorables al gran trastorno. Nada, sin embargo, más lejos de la realidad. Repasando la producción de las postrimerías de aquella centuria, siguiendo paso á paso la labor de sus poetas y las páginas de sus colecciones, se asombra uno de la escasez de referencias y comentarios líricos relacionados con el formidable alzamiento, que en todos los países de la tierra suscitó réplicas y contrarréplicas fogosas y continuas. Cuando aparecen en España esas referencias, esos comentarios, esas alusiones, suelen ser por vía incidental y en forma tangente y rápida, como si el escritor quisiera escapar á su asunto y librarse de una pesadilla. Ni para el ditirambo ni para la condenación se encuentran alientos de mediana persistencia; y cuando ellos se ofrecen alguna vez por excepción individual y solitaria, como en el caso del girondino Marchena, sus obras de esta clase duermen manuscritas por más de un siglo en la Biblioteca Nacional de París, casi enteramente ignoradas de sus contemporáneos.

No obstante la aridez de que hablo, me parece que una breve excursión por tales regiones de la poesía revolucionaria ó antirrevolucionaria no ha de estar desprovista de interés, supuesta la afición que semejantes estudios y temas despiertan hoy en el público literario de toda Europa. Me adelanto á anunciar desde luego que prescindiré de los precedentes filosóficos y de matiz enciclopédico en la poesía castellana: en primer lugar, porque mi punto de vista se constriñe á las manifestaciones de carácter expreso ó pragmático, no á las vagas y latentes; y después, porque ese trabajo se ha hecho ya, en forma superior y muy difícilmente superable, tanto en el *Bosquejo histórico-crítico* del marqués de Valmar, como en los *Heterodoxos* de Menéndez y Pelayo. Desde mi punto de vista no me interesa señalar ahora, por ejemplo, el espíritu dulzón y humanitarista de Meléndez ó las influencias rousseaunianas que puedan ofrecer distintas composiciones suyas, tales como *El filósofo en el campo,* ni buscar una filiación volteriana de Moratín ó Iriarte, ni describir el teofilantropismo de D. Alberto Lista.

Mi objetivo actual es más concreto, más terminante: recoger, en una palabra, las alusiones formales y directas á los *sucesos* de la Revolución francesa, á sus personajes y actores, á sus episodios; reunir estos contados documentos literarios, aclarándolos sobriamente con un poco de luz histórica, é inducir

por ellos algo del espíritu y estado de conciencia de los españoles frente á frente de la tragedia espantosa que los motivara. ¿Causas de aquella esterilidad y común silencio á que me referí? A primera vista, lo más expedito sería atribuirlo todo y exclusivamente al sistema de prohibición puesto en práctica por el Gobierno desde el primer instante de la Revolución francesa. El tópico de la consabida intolerancia, la sombra mortal del Santo Oficio, podrían sacarnos de apuros y cortar el problema con una explicación perentoria y suficiente, si prescindiéramos del fondo de las cosas y no buscáramos más que orígenes materiales á los fenómenos de la vida social.

Claro es que el conde de Floridablanca se propuso acordonar herméticamente la Península y evitar que las novedades de la vecina nación se propagasen á la nuestra. Todo el mundo sabe la prisa que se dió en cerrar el simulacro de Cortes del Reino, que se habían reunido para jurar al Príncipe de Asturias después de la muerte de Carlos III, temeroso de que pudieran seguir la ruta de los Estados Generales, reunidos también entonces, y apoderarse como ellos de la soberanía del país. Es por demás conocida la inquietud que produjeron ciertos chispazos y tumultos que de una manera simultánea con los signos premonitorios de la conmoción francesa, con el asalto de tahonas, con el incendio de la fábrica de Réveillon, fueron consecuencia de una universal carestía de los víveres y se señalaron en Barcelona el mismo año 1789 por el famoso *rebombori del pa*. Desde mediados de este año hasta la guerra con la primera República son continuas las Reales cédulas, las circulares, los edictos prohibiendo la introducción de diarios franceses, folletos, estampas, libros é impresos de todo género, y hasta la de abanicos, baratijas, telas ú otras mercaderías que contuvieran dibujos ó emblemas alusivos á los sucesos de París. Prohibióse igualmente la circulación de noticias por medio de manuscritos ó cartas, y hasta la conversación de viva voz llegó á ser reprimida y vigilada.

Mas esto, con tener efectos muy marcados sobre la ignorancia de la muchedumbre, no podía tenerlos iguales sobre la selección de los escritores y gente de letras, así por lo que tal empeño revestía de imposibilidad material ó de ponerle puertas al campo, como porque de hecho estaban enterados de todo. Los opúsculos, los ejemplares de la nueva Constitución, los folletos de Necker y Sieyés circulaban bajo capa, cuando no venían en las mismas carteras de los correos de gabinete. Si hemos de creer á un corresponsal en España del viejo *Moniteur* de la Revolución, á pesar de la vigilancia y del cordón de tropas en la frontera, no faltaba quien hiciese diez y quince leguas de marcha para recoger en el escondrijo convenido el paquete de diarios y *brochuras* de la última semana; y aun parece que se logró adiestrar cierto número de perros en la habilidad de este original y peligroso contrabando.

Hubo además un momento en que cedió un poco la presión ejercida hasta entonces. Fué allá por enero de 1793, cuando la ejecución de Luis XVI vino á hacer inevitable la guerra. Entonces se necesitaba poco ó mucho contar con una atmósfera social propicia á tales designios y remover los fondos de

lealtad monárquica y fervor religioso á que obedecían. Y en este momento, más que de la consigna de arriba ó de las sugestiones del Poder, el espíritu que se formó y los sentimientos que se exteriorizaron fueron obra viva y producto automático del alma española.

A este período pertenecen casi todas las manifestaciones poéticas que podremos registrar, dándose el caso de que las únicas que aceptan y ensalzan la Revolución, no sólo en su espíritu, sino en sus actos y desenvolvimiento material, escritas fueron lejos de España; mientras aquí los mismos hombres afectos á la novedad, amantes del progreso y de la reforma, no ocultaron jamás su repugnancia por los excesos revolucionarios, y aun evitaron cuanto pudieron el tener que recordarlos, como si fuera cosa nefanda y aborrecible. Tal es el caso representativo de Moratín, que he debido puntualizar en otro sitio: habiendo presenciado en París las escenas culminantes del inmenso drama, sepultólas en perenne olvido y les negó el esfuerzo de su pluma, que inmediatamente después de escapar á tales horrores trazaba las notas sueltas sobre Inglaterra y el interesante y nutrido *Viaje á Italia*.

Por otra parte, la calidad de esas muestras líricas no suple tampoco su escasez y rareza. No tropezará el lector con ninguna obra verdaderamente importante y á la altura del asunto. La grandeza, la sublimidad, estaban fuera de la tabla de valores literarios al final del siglo XVIII. Sus encarnaciones más valiosas, sus testimonios de mayor mérito hay que buscarlos en el campo de lo agradable y lindo, en la corrección negativa, en la ausencia de defectos.

Ni alto sentido histórico, ni elección moral, ni miradas de águilas fueron concedidos á aquella generación de miniaturistas y esmaltadores de tabaqueras. El entusiasmo, el furor poético y de profecía no vendrá al mundo más que con la siguiente generación, con De Maistre y Chateaubriand. Ni para lo divino ni para lo satánico pudo surgir una inspiración que estuviese al nivel del hecho y se identificase con las insólitas proporciones de la realidad objetiva. No supieron blasfemar artísticamente, ni artísticamente consignar el espanto de un nuevo Apocalipsis. Todo parece inepto y mezquino, literariamente hablando, á un lado y otro de los Pirineos; todo está por debajo de la elocuencia de los tribunos y aun de la *verve* endiablada de ciertos folicularios, como Camilo Desmoulins. Y sólo se levantan mirando á la inmortalidad como pentélicos obeliscos la oda de Chenier á la infeliz Carlota y sus *Yambos,* de impecable pureza.

II

De los poetas que en los albores de la Revolución estaban en el apogeo de su nombradía ó empezaban á declinar por efecto de sus años y dolencias, acude en primer término á la memoria el fabulista D. Tomás de Iriarte, espíritu francamente incrédulo, dado á la burla religiosa y abrigando siempre

mal encubierta ojeriza contra los frailes, á costa de los cuales compuso no pocos epigramas; viniendo á inaugurar la serie, pública ó clandestina, en que figuraron después los atribuídos á la condesa del Montijo:

... llorando duelos
con su vida ermitaña,
poseen todo el reino de los cielos
y dos terceras partes del de España.

Así decía ya en 1774 en su *Epístola* á D. José Cadalso, y una y otra vez insiste en sus irreverencias de la más pura cepa volteriana, no sólo contra las Ordenes religiosas y sobre puntos de disciplina, sino en lo que afecta á los dogmas fundamentales, jugando al equívoco con expresiones tales como la *Invención* de la Cruz, ó pasando revista á los conocimientos teológicos y escolásticos de su época en la larga macarrónea que tituló *Metrificatio invectivalis contra studia modernarum*. A Iriarte pertenece, según las autoridades más doctas, la primera muestra poética de franca impiedad en lengua castellana. Semejante primacía cronológica queda vinculada al siguiente romancillo, que muchos años después de compuesto reproducían con fruición los periódicos más exaltados de la primera época constitucional:

Tuvo Simón una barca
no más que de pescador,
y no más que como barca
á sus hijos la dejó.
Mas ellos tanto pescaron
é hicieron tanto doblón,
que ya tuvieron á menos
no mandar buque mayor.
La barca pasó á jabeque,
luego á fragata pasó,
de aquí á navío de guerra,
y asustó con su cañón.
Mas ya roto el viejo casco
de tormentas que sufrió,
se va pudriendo en el puerto;
¡lo que va de ayer á hoy!
Mil veces la han carenado,
y, al cabo, será mejor
desecharla y contentarnos
con la barca de Simón.

Su odio contra la Iglesia no consiguió comunicarle aliento mayor que el que solía distinguirle en otros temas ni le sacó de su proverbial prosaísmo, lindante á veces con la ramplonería, como es de ver en muchos fragmentos de su poema sobre *La música*, que llegan á emular las más famosas y pedestres vulgaridades de D. Gregorio de Salas. Claro es que con estos precedentes propios y de familia—su hermano D. Domingo, diplomático destinado

casi siempre á la Embajada de París, fué hechura del conde de Aranda y tuvo que ser andando el tiempo el negociador de la paz de Basilea con el Directorio—, claro es, repito, que figurara en el bando de los galoidólatras y que tuviera que entender algunas veces con la Inquisición, algo despierta en los últimos años del reinado de Carlos III, á contar desde el proceso de Olavide.

Entonces fué cuando, con motivo del artículo de M. Masson de Morvillers sobre España en la nueva *Enciclopedia metódica,* se abrió la gran controversia secular que bajo distintos enunciados ha venido prosiguiendo hasta ahora entre rancios y novadores, entre patriotas y afrancesados, entre krausistas y ortodoxos, entre europeístas y nacionalistas puros. El puesto de Iriarte estuvo, naturalmente, al lado de los impugnadores de la tradición y cultura indígenas, y contra sus defensores de la legión suscitada en el Extranjero por el abate Denina y capitaneada de Pirineos adentro por el irascible Forner. La enfermedad iba minando la existencia del fabulista canario, y cuando llegó la Revolución á su punto culminante hallábase él en su retiro de Sanlúcar buscando mejoría. Ninguna alusión ofrecen sus últimos escritos al acontecimiento extraordinario que tenía suspenso al mundo. Sus entretenimientos literarios de esa época son todos de sátira ó vindicación personal contra sus detractores, ó galanterías rimadas en obsequio de algún magnate ó dama de su predilección. Así, por ejemplo, la despedida dedicada á la segunda mujer del conde de Aranda, jovencita de quince años que éste había desposado en plena ancianidad con asombro de las Cortes de Madrid y de Versalles, donde ejerció de embajador hasta los preludios del movimiento revolucionario. Se trata de unas endechas que fueron presentadas á la condesa en nombre de una «tertulia de españoles de París», sintiendo su partida:

Lánguida y consternada,
la colonia española,
faltándole tú sola,
desierta yace aunque se ve poblada.
.....
Pero cuando á tu ingenio
y á tu semblante grato,
cuando á ese noble trato,
belleza juvenil y afable genio

la fortuna debía
de que en estrecha alianza
la urbana confianza
reinase con la plácida alegría,

¿quién el llanto refrena,
ó quién de sus pesares
no culpa al Manzanares,
que así robó su mejor ninfa al Sena?
.....

Mas si del patrio suelo,
señora, el blando clima
su robustez anima,
no pide la colonia otro consuelo.

Gocen los matritenses
nuestra perdida gloria,
con tal que en tu memoria
vivan los *españoles parisienses*.

Iriarte murió á últimos de 1791, sin alcanzar á ver los hechos culminantes que se iniciaban entonces, y así su silencio no debe causar extrañeza, porque nadie había levantado la voz todavía sobre tales materias cuando el autor de *El asno erudito* dejó de existir. Más significativo es el de Meléndez, en cuya vasta producción no es posible hallar ni un verso alusivo á las convulsiones de la nación vecina, no obstante haber venido éstas en el tiempo que corresponde á su segunda manera ó estilo, esto es, á su producción filosófica y de asuntos morales y serios á que Jovellanos le inclinó, con mejor intención ética que buen instinto literario. *Batilo* no podía ser más que el poeta erótico de su época, el cantor de *Galatea* y de *La paloma de Filis*. Sus inspiraciones sobre *La beneficencia,* sobre *El fanatismo* ó la *Prosperidad aparente de los malos* no pueden ya interesar, ni en el sentido histórico ni en el sentido eterno y permanente, á un lector de nuestros días. Son declamaciones lacrimosas de los años de la «sensibilidad», puesta en moda por Juan Jacobo. La musa anacreóntica del poeta magistrado fué siempre incompatible con las meditaciones profundas y graves del verdadero pensador. El carácter de Meléndez, femenil y sin consistencia, le llevó á todas las fluctuaciones, y no se distinguió nunca por la firmeza de su criterio ni mucho menos por la de su voluntad, flaca y tornadiza como ella sola. De esta manera es posible hallar entre sus poesías anhelos de renovación dentro del sentido enciclopedista más extremado y adulaciones al bando de los *persas* en la reacción de 1814, ditirambos á Godoy y á su enemigo irreconciliable Fernando VII, versos gratulatorios para el intruso y gritos de alarma excitando á los españoles á defender su independencia.

Lo cierto es que los sucesos de Francia, en su primer período, no merecieron ningún comentario de su pluma, ningún acento de su lira, como no los merecieron tampoco á Moratín, no obstante haber presenciado en Burdeos y después en París la iniciación del Terror el 10 de agosto, la caída de la Monarquía, la conducción del Rey al Temple. Ni en prosa ni en verso, fuera del lacónico diario personal que llevaba hacía tiempo, volvió la memoria á tales recuerdos y escenas; y aun es posible que al hablar de ellos confidencialmente en los últimos años de su vida con su amigo y compañero de emigración Silvela, los tergiversara ó los tuviera muy borrosos y trastornados, puesto que este último, en la biografía de Moratín, ofrece pormenores tan inexactos como haber visto pasear la cabeza de la pobre Lamballe por las calles de París. El hecho no ocurrió hasta el día 3 de septiembre, y Moratín se ha-

llaba en Londres desde el 27 de agosto, habiendo huído de los horrores de la capital francesa. Tan sólo en la segunda de sus *Epístolas,* dedicada á D. Gaspar Melchor de Jovellanos, aparece esta vaga referencia, hablando de sus largos viajes y peregrinaciones:

> ... De mi patria orilla
> *á las que el Sena turbulento baña*
> *teñido en sangre;* del audaz britano,
> dueño del mar, al aterido belga;
> del Rhin profundo á las nevadas cumbres
> del Apenino...

III

Jovellanos contestó á la *Epístola* de Moratín con otra suya también en verso libre, dentro del tono general reflexivo y sentencioso de las *Sátiras* á Arnesto y de las meditaciones sobre las ruinas del Paular ó desde su prisión de Mallorca. Si no llegaba Jovellanos á las alturas del filósofo puro, excedía las del pensador; si no puede entrar en la región de los poetas inmortales, su natural elocuencia toma á menudo aspectos de inspiración y sobresale en el género propio de los reformadores y moralistas: la sátira, la flagelación de las costumbres, el apóstrofe iracundo y fulminante, cuanto constituye, en suma, la reacción de un temperamento elevado contra la decadencia de su tiempo, que nadie acertó á sentir ni concentrar más intensamente en prosa y en verso como escritor, y como patriota, en actos y en palabras encendidas. Tomados en el sentido de pintura y resumen de aquel rebajamiento general de los caracteres, sus dos famosos cuadros satíricos han pasado á la posteridad de la misma suerte que los *Caprichos* de Goya, y nadie que vuelva los ojos á tal época puede dejar de tenerlos presentes.

No era, por cierto, Jovellanos un espíritu cerrado á la novedad y á la reforma. Nadie como él trazó las líneas generales ni puso los cimientos de la transformación racional de España en lo político, en lo pedagógico, en cuanto á la economía y al derecho civil. Y, no obstante, la bacanal de sangre en que muy pronto vino á convertirse la Revolución francesa, aquella traslación de las viejas intolerancias y fanatismos á los principios nuevos, no tardaron en sublevarle con tanta fuerza y ardor como le habían sublevado los del régimen antiguo. Y he aquí que el dramaturgo de *El delincuente honrado,* el admirador de Montesquieu, el fundador del Instituto gijonés y el oráculo de las Sociedades económicas no vacila desde el primer momento en expresar todo el horror, toda la repulsión profunda y sincera que los estragos de París vinieron á producirle. Véase, si no, cómo responde á los tímidos acentos de Moratín:

> ¡Oh venturoso! ¡Oh una y mil veces
> feliz Inarco, á quien la suerte un día

dió que los anchos términos de Europa
lograses visitar! ¡Feliz quien supo
por tan distintos pueblos y regiones
libre vagar, sus leyes y costumbres
con firme y fiel balanza comparando;
que viste al fin *la vacilante cuna*
de la francesa libertad mecida por
el terror!...

. . . . . .

... ¡Cuánto, cuánto
cambió de Bruto y de Richelieu la patria!
¡Oh, qué mudanza! ¡Oh, qué lección! Bien dices:
la experiencia te instruye. Sí; del hombre
he aquí el más digno y provechoso estudio:
ya ornada ver la gran Naturaleza
por los esfuerzos de la industria humana,
varia, fecunda, gloriosa y llena
de amor, de unión, de movimiento y vida,
ó ya violadas sus eternas leyes
por la loca ambición, con rabia insana;
guerra, furor, desolación y muerte:
tal es el hombre. Ya le ves al cielo
por la virtud alzado, y de él bajando,
traer el pecho de piedad henchido,
y fiel y humano y oficioso darse
todo al amor y fraternal concordia.

. . . . . .

Mas ya le ves que del Averno obscuro
sale blandiendo la enemiga antorcha,
y acá y allá, frenético bramando,
quema, mata y asuela cuanto topa.
¡Ni amarle puedes, ni odiarle; puedes
tan sólo ver con lástima su hado,
hado cruel, que á enemistad y fraude
y susto y guerra eterna le conduce!

No era esto una fuga ó escape fortuito de la inspiración irreflexiva y momentánea á que tan abonados suelen ser los poetas, maestros en contradicciones de ideas y conducta. Jovellanos mantuvo con respecto á las cosas de la Revolución un criterio firme y tenaz, tanto en prosa como en verso, en sus escritos públicos y en sus cartas privadas ó confidenciales, dirigiérase á gentes rancias y ortodoxas ó á jovenzuelos afrancesados y con la cabeza llena de humo. Odiaba la rebelión y lo que ahora llaman futurismo. Consideraba un crimen sacrificar las generaciones actuales á la ignota conveniencia de las futuras. Creía firmemente que cada pueblo tiene marcado su límite de posibilidad en la marcha del progreso, y que excederlo ó traspasarlo equivale á retroceder. Era enemigo, en una palabra, de las abstracciones y de los sistemas *a priori,* entronizados por el radicalismo jacobino, opinando que cada nación tiene su fórmula propia, adecuada á su estructura especial, á su desenvolvimiento histórico; y sintiendo ansias liberales y de regeneración, apreció para

siempre el ejemplo francés, no como un modelo ni una pauta, sino como una lección y un escarmiento terrible en cabeza ajena.

Como ya insinué, las voces de protesta y condenación surgieron en la poesía castellana á raíz de la muerte de Luis XVI. Hasta entonces había reinado absoluto silencio. Las alusiones que por azar parecen aplicables á la Revolución francesa son hasta entonces muy oblicuas y veladas por la generalización, sin nombres concretos, sin rasgos locales. Se había convenido en no hablar del asunto ni para bien ni para mal. Pero el fallo de la Convención y la triste jornada del 21 de enero de 1793 parecieron levantar automáticamente todas las interdicciones, y, aunque en forma harto infeliz y desmayada, las letras españolas se sumaron á la sorpresa é indignación del mundo entero.

Como es sabido, Carlos IV trató hasta el postrer instante de salvar á su regio pariente, bien por medios públicos ó diplomáticos, bien por secretas gestiones. No quedaba en París más representación oficial de España después de la retirada de los embajadores que el cónsul, caballero de Ocáriz, quien insistió dos veces á última hora cerca de la Convención para ofrecer los oficios de nuestro país, mediando con las potencias coligadas, á cambio de obtener la extradición de Luis XVI. Sostienen muchos escritores contemporáneos del hecho que el Monarca español abrió á Ocáriz un crédito ilimitado para sobornar, si era preciso ó posible, á los miembros de la asamblea que debían votar en el proceso; y se asegura que uno de ellos, el ex capuchino Chabot, llegó á sacar al generoso y bien intencionado cónsul más de un millón de francos, inaugurando de esta suerte las famosas concusiones y venalidades que le llevaron más tarde á la guillotina, con la hornada de Danton y sus amigos. Después de la ejecución del Monarca vino la guerra, preparada de antemano en la sombra por una y otra potencia, no obstante la expectación aparente en que vivieron durante el año 92. Concentráronse los ejercicios sobre la frontera, reuniéronse las escuadras, cuyos buques debían, en unión de los ingleses, ocupar á Tolón. Vargas Ponce es uno de los marinos que los tripulan, y Jovellanos escribe y le dedica con este motivo una oda, por cierto indigna de su nombradía literaria y de la solemnidad del momento:

Dejas, ¡oh Poncio!, la ociosa Mantua
y, de sus musas separado, corres
á do las torres de Cipión descuellan
sobre las ondas;

sobre las ondas, que la grande armada
mecen humildes del monarca hispano,
á cuya mano, tímido, Neptuno
cedió el tridente.

. . . . . .

Tiembla á su vista, pálida, y se esconde
despavorida la *feroz Quimera*
que la bandera tricolor impía
sigue proterva.

Caerá rendida, y con horrible estruendo
en el profundo báratro lanzada,
será aherrojada por las negras furias
de sus cavernas.

.....

¡Guay de ti, triste nación, que el velo
de la inocencia y la verdad rasgaste
cuando violaste los sagrados fueros
de la justicia!

¡Guay de ti, loca nación, que al cielo
con tan horrendo escándalo afligiste
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el Ungido!

Firmó su santa cólera el decreto
que la venganza confió á la España,
y ya su saña corre el golfo, armada
de rayo y trueno.

Lidiará Poncio do la roja insignia
se diere al viento por la empresa santa,
do la almiranta desparciere en torno
ruina y espanto...

¿A qué seguir transcribiendo más estrofas? Nunca se habrá visto menos apropiada al asunto la oda sáfica, ni habrá sido dispuesto con más inoportunidad el hemistiquio aconsonantado, ni las arcaicas interjecciones retóricas por el estilo del *¡guay!*, lejos de elevar el tono y la nobleza de la obra, la habrán interrumpido con mayor afectación. ¡Cuán lejos se halla esta pieza del calor persuasivo de las sátiras ó de la elocuencia y gravedad digna de Rioja que campea en sus epístolas de asunto moral y arqueológico!

Miguel S. Oliver.

ALLÁ MUY LEJOS...

Allá muy lejos, muy lejos
está la casita blanca
donde corrieran los años
más felices de mi infancia.

Perdida detrás del bosque
se suele ver, si las ramas
de los pinos se entreabren
á la caricia del aura.

A sus pies un arroyuelo
corre y canta,
mientras el sol en sus ondas
sus claros reflejos baña.

A la hora de la siesta,
cuando todo duerme y habla
sólo la Naturaleza...,
voy camino de la casa.

Voy soñando muchas cosas
—que no nacieron ni acaban—,
y forjándome ilusiones
y castillos y esperanzas.

Todo á mi redor es mudo,
todo calla...,
y nadie á interrumpir viene
la meditación del alma.

Hay un mundo de visiones
que baten sus frescas alas
junto al corazón y evocan
todas las dichas pasadas,

todas las hondas tristezas
y las rubias alboradas,
los crepúsculos azules
y aquellas noches tan largas.

Entonces cierro los ojos
del espíritu, y el ansia
de volver atrás los años
obstinamente me embriaga.

Sé que todo es imposible,
que sólo es quimera vana,
que una sola vez vivimos
una cosa, y luego... pasa.

Pero soy feliz con ello
y me aferro á mi ignorancia,
y además, esa locura
se perdona, pues no daña.

Llego y me siento á la sombra
de unos sauces cuyas ramas
se reflejan del arroyo
sobre las tranquilas aguas.

Allí forjo mil proyectos
y acaricio nuevas ansias,
que apenas viviendo un algo,
van á perderse en la nada.

Al declinar de la tarde
me levanto con el alma
toda llena de misterios,
de músicas y fragancias.

Vuelvo á emprender el camino...
Silenciosas me acompañan
un mundo de idealidades
y otro mundo de nostalgias.

Voy lentamente. Y hojeo
las interminables páginas
de la hora: encuentro risas,
colores, notas y lágrimas.

Un pastor cruza. Se aleja
paso á paso, mientras canta
una canción toda oliente
á vaguedades lejanas...

Hay murmullos en el aire,
sinfonías y palabras
que nos dicen el secreto
de las cosas ignoradas.

Todo mi tristeza alegra
y aviva mis esperanzas...
Hasta el crepúsculo de oro
gota á gota se derrama
como un bálsamo divino
sobre lo estéril del alma.

Julio J. Casal.

ANDANTINO CANTÁBILE

Era mi vida más triste
que la suerte de los ríos,
camina que te camina,
siempre solo,
sin descanso y sin cariño.

Conté al arroyo mis penas,
y él sus consejos me dijo.
¡Cómo se depura el alma
con las aguas
de los arroyuelos limpios!

Iba una pajita de oro
en un regato que he visto;
cuando el sol la iluminaba,
parecía más contento
su correr, más fresco y vivo.

Tú también cuando iba solo
te añadiste á mi camino,
brizna de oro, dulce encanto,
carga leve,
mujer del ensueño mío.

No renegad de la vida
donde hay besos y cariños.
¿Sois hombres? Pues ¡á gozarla
y á quererla y á llorarla!
Si no, ¿para qué nacimos?

Las llagas que hace la vida
me las curan tus suspiros,
y así, entre penas y glorias,
gozo y sufro, pero vivo.

Vivo donde hay ojos negros
y labios humedecidos;
hay mujeres para el hombre;
para lo bueno, recuerdos;
para las penas, olvido.

¡Dejemos que el vivir vaya,
como el agua de los ríos,
por las peñas, por los valles,
lento ó raudo,
triste, loco, turbio ó limpio!

Mientras la vida no pare,
mientras corra y corra el río,
serán más bellas las flores
de las aguas,
serán más bellas las almas
de los hijos.

Deja, pues, que ande el arroyo
de los años su camino,
y en tanto, ¡no me abandones,
luz de mi ruta, sol de oro,
mujer del ensueño mío!

¡Sé el encanto de mi vida,
la motita de oro, el brillo!
¡No me dejes triste y solo,
no me dejes; ven conmigo!

Manuel Abril.

INFORMACIONES

Extranjera

Argentinos y españoles

La relación en que actualmente estamos, cada vez más estrecha y cordial, con la República Argentina nos proporciona á diario la satisfacción de conocer aquí á los hombres ilustres de aquel país, que vienen al nuestro atraídos por algo más que la mutua simpatía entre ambas naciones, atraídos por esa misteriosa fuerza de la sangre, que evidentemente parece rebelarse contra todo capricho del tiempo y de la Historia.

En el Ateneo de Madrid pronunció Belisario Roldán no hace muchos meses uno de sus discursos más notables; Sáenz Peña y su antecesor en la presidencia de aquella República, Dr. Figueroa Alcorta, no han dejado á su paso por Madrid simples estelas de aclamaciones de protocolo, sino las más hondas huellas de simpatías, afectos y amistades.

Igual pudiéramos decir del ilustre ex ministro argentino Dr. Naón en su corta estancia entre nosotros, y de tantos más como á diario, cuando son nuestros huéspedes, nos dan la idea, por lo fácil y prontamente que con ellos se intima, de que son no ya sólo nuestros paisanos, sino más aún, nuestros buenos amigos de la infancia.

Soiza Reilly, Gálvez, Garay, Alemán, han dejado imborrable recuerdo en nuestro espíritu. Y estamos seguros de que ellos nos corresponden sinceramente.

En estos días ha pasado por Madrid, tras de recorrer otras ciudades españolas, D. Juan José Villatte, persona de talento y de brillante posición que goza en su país de muchos prestigios merced á su acertado desempeño de importantes cargos públicos cerca de los ministros de Instrucción pública doctor Zapata y Dr. Pinedo y de los ministros del Interior Dr. Zorrilla y Dr. González. Además, en 1893 fué subsecretario de la Intervención nacional en la provincia de Santa Fe, director de Instrucción pública en 1907, durante la presidencia del Dr. Figueroa Alcorta, y catedrático de Geografía americana en las Escuelas nacionales de Buenos Aires.

«España—nos decía—me parece una prolongación de mi patria. Todo lo que aquí encuentro bien y todo lo que encuentro mal me enorgullece ó me indigna como si fuese propio. Y los nuevos amigos que aquí hago me parecen amigos de siempre, como si sus caras me fuesen conocidas y nuestros afectos fueran antiguos.»

El Sr. Villatte visitó detenidamente nuestros Museos y algunos de los Ministerios, en especial el de Instrucción pública, conferenciando con el subse-

cretario de dicho departamento, Sr. Rivas, que le facilitó estadísticas y datos relativos á la enseñanza en España.

Durante su permanencia en Madrid ha sido muy agasajado el Sr. Villatte, habiéndosele impuesto la Cruz Roja de oro, y elogiado mucho en la prensa.

Entre los banquetes que se han dado en su honor dejarán grata memoria el organizado por el encargado de Negocios de la Argentina, Sr. Barilari, en los Jardines del Buen Retiro; el que tuvo lugar en el estudio de Mariano Benlliure, con asistencia del subsecretario de Instrucción pública, D. Natalio Rivas, y los Sres. Barilari, Enciso y de Val; y, finalmente, la comida que la Revista ATENEO dió al Sr. Villatte en La Huerta, con asistencia de numerosos hombres políticos, periodistas, literatos y artistas madrileños, á todos los cuales agasajos correspondió el ilustre argentino con una espléndida comida en el Hotel Ritz, donde se hospedaba.



Don Juan José Villatte.

Su Alteza Real la Serma. Sra. Infanta D.ª Isabel, que, sintiéndose ya tan argentina como española, tiene verdadero gusto en saludar á cuantos argentinos pasan por España, se apresuró á invitar al Sr. Villatte á un almuerzo en el palacio de La Granja, al que asistieron con el obsequiado los diplomáticos argentinos Sres. Barilari y Enciso, el insigne orador padre Luis Calpena, el escultor D. Mariano Benlliure, D. Mariano Miguel de Val y la dama y el secretario de S. A., señora marquesa viuda de Nájera y señor Coello.

La Infanta Isabel había hecho el día anterior las invitaciones por telegrama particular á cada uno de los citados señores.

De Madrid á La Granja se trasladaron en los magníficos automóviles de los Sres. Villatte y Benlliure, deteniéndose en Villalba con objeto de presenciar un encierro de toros.

Al llegar, después de un delicioso viaje, al palacio de San Ildefonso, Su Alteza los recibió en el jardín, pasando luego al comedor, donde se sirvió un exquisito almuerzo, reinando allí la sencillez, que es la característica de la Infanta popular, y siendo amenísimas las conversaciones que S. A. inició sobre su viaje á la Argentina y las semejanzas de los caracteres de aquel pueblo y el nuestro.

Después del almuerzo D.ª Isabel mostró á sus invitados el obsequio que acababan de hacerle los que con ella fueron en misión especial á Buenos Aires. Es una artística placa de plata repujada, con elocuente inscripción y firmas, debida al cincel de Blay.

Su Alteza había dispuesto que en uno de los coches de Palacio recorriesen los expedicionarios los jardines del Real Sitio, visitando las monumentales fuentes, dignas de Versalles. Y al regresar de este paseo, la Infanta D.ª Isabel se asomó á uno de los balcones de Palacio para decir adiós á sus invitados y recomendarles el regreso á Madrid por Segovia y Ríofrío, como lo realizaron.

El Sr. Villatte volvió complacidísimo de su excursión á La Granja y de las atenciones recibidas de la Infanta Isabel.

Pocos días después salió para Lisboa; á su regreso de Portugal se detuvo de nuevo en Madrid, y al abandonar la Península, camino de París, donde por algún tiempo fijará su residencia, se llevó el firme propósito de volver á menudo á España y vivir largas temporadas en ella.

Indudablemente, como decía no hace mucho tiempo el Sr. Llovet, cónsul de la Argentina en París, todo argentino al salir de su patria desea conocer á España; pero no encuentra aquí grandes facilidades el turista, y por eso París es el cuartel general de los americanos del Sur.

La colonia argentina dejó en la capital francesa el año 1909, según estadísticas, unos 250 millones de francos en hoteles, teatros, modistos, Bancos, etcétera.

Estas cifras son bastante elocuentes para excusar el comentario; por sí solas demuestran lo beneficiosa que ha de ser á España esa obra que la Infanta Isabel ha emprendido con tanto talento como tenacidad, manifestándose en todo momento decidida propagandista de la Argentina, y en general de toda la Hispanoamérica, y preocupándose no sólo de que al llegar aquí les sea la estancia grata, sino de que ya antes se les aumenten las comodidades del viaje por mar y por tierra y se facilite el servicio de Aduanas, que tantas molestias ocasiona.

V. A. L.

—o—

Pedagógica

Residencia de estudiantes

Muchas Universidades de los últimos tiempos, atentas á la formación de especialistas é investigadores científicos, habían dejado perderse los ideales corporativos escolares, tan vivos en los sistemas residenciales de la Edad Media y del Renacimiento. Sólo algunas, por excepción, han guardado su estructura tradicional, conservando un rico tesoro de vida asociada.

Pero desde el último tercio del pasado siglo se ha hecho perceptible en todas partes una rectificación, por la cual, conservando y mejorando los poderosos medios de elaboración científica, se atiende, sin embargo, con interés creciente á la vida moral, á la formación del carácter, á la cultura general,

á la higiene, al vigor de la raza, al esparcimiento reparador, á las buenas maneras y, en general, al ennoblecimiento de la juventud que visita las Universidades.

A falta de aquellas instituciones seculares, se han creado nuevos tipos de vida común, de forma variable según las condiciones de su aparición y régimen, pero basados siempre en los modernos principios de libertad y dominio de sí mismo, que, rechazando el internado de clausura y la disciplina mecánica, buscan como garantías el ideal colectivo, el influjo de las generaciones ya formadas sobre las nuevas, el prestigio intelectual y moral de los directores, el respeto mutuo y todo el complejo sistema de factores que integran una vida social sencilla á la vez que refinada. Así han comenzado á aparecer en varios países las Residencias de estudiantes.

Su necesidad en el nuestro, en donde á tan tristes extremos suele estar hoy reducida la vida material y espiritual de nuestra juventud, no es necesario encarecerla.

No existe organizada la tutela de la Universidad sobre los estudiantes, no tienen éstos Asociaciones cooperativas, ni hacen obra de apostolado y redención, cosas todas tan frecuentes en el Extranjero. Y con razón vacilan las familias en enviar á sus hijos á la ciudad universitaria, donde, faltos de un ambiente que recoja sus impulsos más puros y nobles, se entregan con frecuencia á una vida disipada. Todo ello sin olvidar que la misma labor docente, por acertada é intensa que sea, resulta estéril si no se le prepara un ambiente adecuado de intereses culturales y una disposición favorable de los espíritus.

En este sentido quizás las Residencias contribuyan á aumentar el estímulo de trabajo que comienza á sentir nuestra juventud, haciéndola pedir un puesto en la vida científica europea y remover, mediante una síntesis de los conocimientos adquiridos y de todos los influjos espirituales con que haya enriquecido su personalidad, el alma dormida de nuestra España.

El Real decreto de 6 de mayo de 1910, refrendado por el señor conde de Romanones, encomendó á la *Junta para ampliación de estudios* la fundación en Madrid de una Residencia de estudiantes, desarrollando así una de las iniciativas que el Sr. Jimeno había llevado ya al decreto constitutivo de aquélla en 1907.

La Junta ha procedido con prudencia en el primer año al cumplir el encargo con que fué honrada. Ni para comenzar ni para vivir con intimidad son convenientes núcleos numerosos. Hay que formar un primer grupo, y tomar luego de él, cuando haya adquirido vigor bastante, el fermento para producir otro y otros, de tal modo, que al cabo de algunos años pueda haber centenares, miles de estudiantes quizás, viviendo en pequeñas agrupaciones, cada una con su carácter local y su personalidad propia, y unidas todas por ciertos vínculos de cooperación, por la existencia de obras comunes y por el cultivo de ideales análogos.

Decidióse la Junta á ensayar la formación de un grupo, y en el verano

de 1910 alquiló y amuebló un hotel, pudiendo abrirlo en 1.º de octubre. Los estudiantes fueron admitidos paulatinamente, y hacia la mitad del invierno quedaron llenas sus diez y siete plazas.

En febrero de 1911, ya en pleno funcionamiento la Residencia, S. M. el Rey, acompañado del señor ministro de Instrucción pública, D. Amós Salvador, se dignó visitarla, mostrando un sincero interés y ofreciendo generosamente su protección para esta obra.

El resultado de este ensayo ha sido excelente. Los estudiantes (algunos de ellos extranjeros) han sabido aprovechar las ventajas de la vida en común, y ha comenzado á crearse entre ellos un espíritu colectivo.

La Junta ha creído que durante el verano de 1911 podía ensancharse la obra, y con el beneplácito del actual ministro, D. Amalio Jimeno, ha alquilado otro hotel próximo, ha ampliado el primero, y podrá disponer en octubre de unas cincuenta plazas, número máximo que querría asignar á cada núcleo.

Este primer grupo se ha instalado en dos hoteles, números 10 y 14 de la calle de Fortuny, completados con varias edificaciones y un campo de juego, graciosamente cedido por el señor duque de Arión.

El sitio es tranquilo y sano, á pocos metros de la Castellana y en el centro de muchos establecimientos docentes, museos y laboratorios. Cuatro grandes líneas de tranvías, que pasan frecuentemente por sus inmediaciones, facilitan la comunicación.

Cada residente tiene su dormitorio individual. Hay calefacción en las bibliotecas, salas y comedor. Algunos dormitorios tienen chimenea; pero la calefacción en ellos es de cuenta privada.

Régimen

El régimen interior, tanto en lo referente á los estudios como á la vida moral, está confiado al presidente y al Comité directivo de la Residencia.

Los residentes hacen sus estudios en los Centros docentes de Madrid, ó se dedican privadamente á la investigación en laboratorios, bibliotecas, archivos, clínicas, etc.

El Comité procura ofrecer facilidades para el aprendizaje de idiomas, ingreso en los laboratorios é institutos, asistencia á cursos y lecciones especiales, museos, hospitales, talleres, fábricas, etc., préstamos de libros é instrumentos y cuanto favorezca el trabajo de los alumnos. Además, algunos especialistas, cuyo número espera aumentar cada año, prestarán á aquéllos el auxilio directo que necesiten. La Junta aspira á que la Residencia vaya organizando centros propios de trabajo y preparación.

El presidente está en relación con los profesores de los establecimientos de enseñanza, y podrá dar noticias á los padres que deseen conocer la marcha de los estudios de sus hijos.

La participación en excursiones, juegos, conciertos, etc., es libre.

Se admiten estudiantes que hayan cumplido quince años, y también pro-

fesores ó graduados que hagan en Madrid estudios, verbigracia, preparen oposiciones ó trabajen en los centros de investigación. También se admite un corto número de profesores y estudiantes extranjeros.

La admisión se hace por el presidente, previas las referencias é informes oportunos.

Los honorarios varían entre 105 y 180 pesetas mensuales, según las habitaciones, incluídos todos los gastos, excepto el lavado de ropa, que se realiza en condiciones especiales de higiene y baratura.

Las comidas, que son cuatro (desayuno de tenedor, almuerzo, merienda y comida), son iguales para todos los residentes.

Los pagos se hacen por meses adelantados. Para facilitarlos hay cuenta corriente en el Banco de España.

A propuesta del Comité, la Junta concede becas para vivir en la Residencia á estudiantes que carezcan de los recursos necesarios para seguir sus trabajos en Madrid y revelen la aptitud y preparación suficientes.

Durante los veranos se organizarán en la Residencia cursos breves de preparación para españoles que deseen hacer estudios en el Extranjero, y cursos de lengua, literatura, historia y arte españoles para extranjeros que visiten España en las vacaciones.

—o—

Académica

Academia de la Poesía Colombiana

Reproducimos de *El Nuevo Tiempo,* de Bogotá, la siguiente acta:

«En la ciudad de Bogotá, á veintiocho de junio de mil novecientos once, siendo las ocho de la noche, se reunieron en la casa del Sr. Rafael Tamayo, y por él presididos, los Sres. Ismael Enrique Arciniegas, Antonio Gómez Restrepo, Federico Rivas Frade, Max Grillo y Diego Uribe, con el propósito de proceder á elegir, de acuerdo con los deseos de la Academia de la Poesía Española, expresados en la nota-credencial que en seguida se inserta, los miembros de número de la Academia de la Poesía Colombiana como correspondientes de aquella Corporación.

»El Sr. Grillo, quien fué designado secretario accidental de la junta, leyó el oficio de la Academia de la Poesía Española, que á la letra dice así:

«Academia de la Poesía Española.

»En nombre de esta Corporación me permito remitir á usted los adjuntos »títulos y folletos para que se sirva hacerlos llegar á los interesados; y tengo »el honor de participarle el gusto con que veríamos que unidos á usted los se»ñores D. Rafael Tamayo, D. Julio Flórez, D. Víctor M. Londoño, D. Ismael

»López, D. Ismael Enrique Arciniegas, D. Diego Uribe, D. Angel María Cés-»pedes, D. Eduardo Castillo, D. Federico Rivas Frade y D. Francisco Valen-»cia, y los demás que á su voluntad designasen, constituyeran en Bogotá la »Academia de la Poesía Colombiana, correspondiente de la nuestra, con la que »desearíamos estar en constante relación para el mayor desarrollo de todo nues-»tro programa de mutuo apoyo é intercambio.

»En la primera junta general que esta Corporación celebre, después de »recibidas sus noticias y lista de nombres, haremos las propuestas todas, é in-»mediatamente enviaremos á ustedes la documentación que acredite sus nom-»bramientos.

»Dios guarde á usted muchos años.—Madrid, 15 de enero de 1911.—El se-»cretario, *Mariano Miguel de Val.* (L. S.)

»Sr. D. Max Grillo.»

»Debe advertirse en este acta que el Sr. D. Antonio Gómez Restrepo no es citado en la nota que se deja copiada por haber recibido en pliego separado el nombramiento de miembro correspondiente de la Academia mencionada.

»Siendo de cortesía y conveniencia corresponder cuanto antes á los deseos de la Academia de la Poesía Española, y á pesar de encontrarse ausentes de la patria los Sres. D. Angel María Céspedes, D. Julio Flórez, D. Víctor M. Londoño, D. Ismael López, D. Francisco Valencia, y de haberse excusado de asistir á la junta D. Eduardo Castillo por inconvenientes de salud, se procedió á la elección de trece miembros de número que, unidos á los doce designados por la Academia de la Poesía Española, vengan á constituir en pleno la Academia de la Poesía Colombiana.

»El secretario leyó, antes de proceder á la elección, la siguiente lista de cultivadores más ó menos asiduos de la Poesía, con el fin de tener presentes sus nombres:

»Antonio J. Restrepo, Adolfo León Gómez, Augusto N. Samper, Antonio Quijano Torres, Alfredo Gómez Jaime, Aurelio Martínez Mutis, Antonio José Caro, Alejo María Patiño, Alberto Sánchez, Sra. D.ª Agripina Montes del Valle, Abdalosis Gómez, Abel Marín, Carlos Villafañe, Carlos Lorenzana, Dorila A. de Rojas, Edmundo Cervantes, E. W. Fernández, Enrique Alvarez Bonilla, Enrique Alvarez Henao, Eduardo López, Enrique Pérez, Eusebio Robledo, Federico Bravo, F. Martínez Rivas, F. Restrepo Gómez, Francisco Zaldúa V., Guillermo Manrique Terán, Gustavo Gaitán, Gustavo del Castillo, Guillermo Posada, Bernardo Holguín y Caro, Sra. D.ª Hortensia Antommarchi de Vázquez, Jorge Pombo, Joaquín Restrepo Tamayo, José Rivas Groot, Julián Páez, Jorge Roa, Julio César Gaitán, Jorge Bayona Posada, Jesús del Corral, José J. Casas, Jorge Mateus, Joaquín Maldonado Plata, José María Quijano Wallis, Juan C. Ramírez, Jorge Perea, L. E. Calderón Flórez, Lorenzo Marroquín, Luis María Mora, Luis del Corral, M. N. Cortés, M. A. Carvajal, Sra. D.ª Mercedes A. de Velasco, Roberto Mac Donall, R. Escobar Roa, Rubén Mogollón Carrizosa, Ricardo Sarmiento, Ricardo Tirado, Rafael María Carrasquilla, Rafael Vázquez Flórez, Samuel Velázquez, Samuel López,

Santiago Restrepo, Salomón Correal Torres, Teódulo Vargas, T. L. de Guevara, Víctor Martínez Rivas y Víctor J. Corredor.

»Fueron nombrados escrutadores por el señor presidente los Sres. Rivas Frade y Diego Uribe. Cada papeleta contenía trece nombres, y el resultado fué el siguiente: seis votos por cada uno de los Sres. Carlos Arturo Torres, D. Hernando Holguín y Caro y D. Alfredo Gómez Jaime; cinco votos por cada uno de los Sres. D. Roberto Mac Donall y D. Antonio León Gómez; cuatro votos por cada uno de los Sres. D. Jorge Roa, D. José Rivas Groot, D. Samuel Velázquez y D. Carlos Villafañe; tres votos por cada uno de los señores D. Jorge Pombo, D. Eduardo Posada, D. Enrique Alvarez Bonilla, D. Enrique W. Fernández; dos votos por cada uno de los Sres. D. Federico Martínez Rivas, D. Luis María Mora, D. José Joaquín Casas, D. Enrique Alvarez Henao y D. Joaquín Restrepo Tamayo; un voto por cada uno de los Sres. D. Julián Páez, D. Edmundo Cervantes, D. Guillermo Manrique Terán, D. Daniel Arias Argáez, D. Clímaco Soto Borda, D. Alberto Sánchez y D. Jorge Mateus.

»La junta declaró electos á los Sres. Antonio José Restrepo, Holguín y Caro, Torres, Mac Donall, Roa, Rivas Groot, León Gómez, Gómez Jaime, Velázquez y Villafañe por mayoría absoluta de votos.

»Se procedió en seguida á votar por tres individuos, concretando la elección á los que habían obtenido la mayoría relativa, resultando, después de dos votaciones, electos los Sres. D. Jorge Pombo, D. Enrique Alvarez Henao y don Federico Martínez Rivas.

»La junta declaró por unanimidad académicos honorarios á las señoras doña Agripina Montes del Valle, D.ª Hortensia Antommarchi de Vázquez y doña Mercedes Alvarez de Velasco, al Rvdo. P. Teódulo Vargas y al presbítero D. Rafael María Carrasquilla.

»El señor presidente dispuso que se les comunicara la elección en nota de estilo á los señores académicos de número para que cuanto antes se reuniera la Corporación con el fin de elegir dignatarios, presidentes de honor y académicos correspondientes y comunicar su instalación á la Academia de Madrid.

»No habiendo otro asunto de qué tratar, se levantó la sesión, siendo las diez, próximamente.

»El presidente, *Rafael Tamayo*.—El secretario, *Max Grillo*.»

Bibliográfica

Las temporeras, por Claude Farrere; versión castellana de M. García Rueda.

Si anunciar la publicación de un libro del admirable autor de *Los civilizados* y de *El hombre que asesinó* es despertar en los lectores una curiosidad y un interés no saciados sino con la lectura de la última página, en esta ocasión *Las temporeras* sobrepujarán aquel anhelo y despertarán animadísimos comentarios, acaso protestas, tal vez

«indignaciones hipócritas ó sinceras», como el autor expresa en la dedicatoria.

La vida galante ha tenido muchos historiadores y un número bastante mayor de novelistas; pero hacía falta un espíritu artístico y comprensivo á la vez, que la tratase desde el punto de vista del sentimiento, ajeno á toda secta literaria y á todo prejuicio filosófico. Claude Farrere, en *Las temporeras,* estudia con maestría por nadie superada, no solamente la existencia, ya original de suyo, de las amigas temporales de los oficiales de Marina en Tolón, sino que, buceando en las causas y en los efectos, nos muestra en toda su verdad cuánto hay de doloroso, de aspiraciones no satisfechas, de anhelos truncados, de barbarie injusta, de altruísta bondad y de amor en la vida de esas pobres cortesanas que endulzan con sus caricias la existencia de los errantes, en los prejuicios de una sociedad que de buena fe se cree civilizada, y en la consideración que guardan á las temporeras los hombres que, «habiendo frotado sus prejuicios contra los prejuicios de la tierra toda», han acabado por comprender que una cortesana merece el mismo respeto que una mujer legalmente casada.

Esta conclusión, que sublevará á muchos lectores, está maravillosamente justificada en *Las temporeras,* sin largas disertaciones, con el estilo claro, vibrante, plástico que ha colocado el nombre de Claude Farrere á la cabeza de los novelistas franceses de nuestros tiempos.

Las temporeras es un animadísimo cuadro de vida por cuyas páginas desfila el Tolón galante y nocherniego, todo el intenso vivir de aquella ciudad donde la estancia de esa pléyade de viajeros curiosos y observadores que forman la oficialidad de la Marina francesa ha impreso un sello de cosmopolitismo sugestionador y lleno de encanto. ¿Y qué decir de las sorprendentes descripciones? Cuantos hayan leído *Los civilizados, El hombre que asesinó* y *La señorita Dax* conocen la insuperable maestría de Farrere en eso de trazar un paisaje ó una reunión en cuatro líneas justas, precisas, que hacen surgir ante los ojos del lector las imágenes con plasticidad sin igual. *Las temporeras* será seguramente la obra de Farrere que más discusiones provoque por sus audaces teorías, y también la que mayores elogios procure á su autor por el arte soberano con que está escrita.

—o—

Libros recibidos

POESÍA

Bajorrelieves (sonetos).—Ramón A. Urbano.—Madrid, 1911.

NOVELA

Contra Bonaparte.—Jorge Ohnet.—París.—Ollendorff.
Los archivos de Guibray.—Mauricio Montégut.—París.—Ollendorff.

VARIA

Espinas y flores de mi vida.—César Fallola.—Madrid, 1911.
La casa de la Infanta Isabel.—Gracián G. de Montoya.—Madrid, 1911.
La locura.—J. Jimeno Riera.—Zaragoza, 1911.
Documents de l'armée française.—G. García-Arista.—Zaragoza, 1910.

La poesía española y la Revolución francesa

IV

Por cierto que para el buque almirante de esa escuadra á que fué destinado Vargas Ponce, el poeta marino, bendijo en Barcelona el arzobispo tarraconense, allá por septiembre de 1792, un pabellón de combate con esta leyenda: *Pro Deo ac salute regum.* En la popa del mismo barco flameaba una banderola negra y verde con la siguiente inscripción en letras encarnadas: *Subvertetur Babylonis impiae nomen.* Así puede verse en una de las frecuentes correspondencias, escritas desde la capital de Cataluña, que publicaba el viejo *Moniteur,* en las cuales anduvo la mano de los agentes y emisarios de los clubs de París. Uno de ellos, y el más señalado sin disputa, fué el ciudadano Chantreau, destacado en Madrid y Barcelona alternativamente por el ministro Dumouriez con propósitos mixtos de agitación y espionaje.

De este Chantreau es el libro, rarísimo y apenas conocido en las bibliotecas españolas, que se titula *Lettres écrites de Barcelonne à un zélateur de liberté qui voyage en Allemagne, ou voyage en Espagne.* La primera edición apareció anónima en 1792 y fué agotada en poco tiempo. Repitióla en 1793 bajo su nombre y explicando los motivos que le habían obligado á guardar el incógnito. Se trata de un estudio sobre el estado militar de nuestras fronteras, sobre los emigrados franceses en España y sobre el espíritu y disposición de las comarcas españolas, y especialmente de Cataluña, con respecto á las novedades de Francia. Lo que acaso sorprenda á muchos será saber que á ese agente de los jacobinos deben los primeros rudimentos de lengua francesa, ya que su gramática fué la usual en nuestro país para la enseñanza de aquel idioma durante el siglo pasado y la estudié yo mismo como de texto en mis años de Instituto.



Pero dejando esta digresión y despidiéndonos de Vargas Ponce y de Jovellanos, de la «cuna de la francesa libertad, mecida por el Terror», de la «feroz Quimera» y de las demás personificaciones y figuras con las cuales el ilustre Jovino, tan esmerado y robusto en prosa, se supeditó poéticamente al patrón académico de aquellos días, prestemos un instante de atención á otro escritor magistrado: D. Juan Pablo Forner, fiscal del crimen de la Audiencia de Sevilla. Forner fué el enemigo más irreconciliable y sañudo no sólo de la Revolución francesa, sino de todo el espíritu galicista en general, erigiéndose en campeón de la autonomía intelectual de España y en jefe de la escuela apologética de su antigua cultura, que vinieron á despertar el famoso libelo del marqués de Langle y el artículo ya citado de Masson de Morvilliers en la *Enciclopedia metódica.* No estaba dotado de las condiciones que forman al verdadero poeta. Carecía de fuego y de imaginación; su vehemencia no era vehemencia lírica ni furor divino, sino acritud y encono. Era un polemista y un

dialéctico endiablado, un genio irascible y bilioso, pronto á la réplica, infatigable en el combate, temible en la refutación.

Y esto, que dañaba á sus versos, haciéndolos casi siempre duros, prosaicos y sin armonía, llegaba á caldear y encender su prosa con los acentos de la elocuencia, con el sonrojo de la indignación, con los transportes del sarcasmo. La producción desigual y tumultuosa de este polígrafo resulta ya en sí misma un espejo de la antigua índole castellana: raza de improvisadores llenos de facundia, con súbitos aciertos y caídas, con relámpagos fulgurando sobre tinieblas, irregular y brillante, casi nunca correcta, sostenida y ordenada. En sus opúsculos y controversias pasó revista á todos los problemas de su tiempo, tratárase de literatura, de historia, de derecho ó de simples cuestiones de preceptiva, y aun de menudencia gramatical; y esos rasgos principales resplandecen en la *Oración apologética* y en la menipea que tituló *Exequias de la lengua castellana*. Quien de tal modo había combatido el espíritu francés, el galicismo en todas sus formas, ó sea la Revolución en estado latente, ¿cómo no había de levantarse airado así que la vió convertirse en actuación, en delirio, en desbordamiento y violencia? La ejecución de Luis XVI puso fin á su silencio, si bien no encontró tampoco para interrumpirlo un acento digno de tan alta y luctuosa ocasión:

Al corte infame de crüel cuchilla
cae la cabeza que á las leyes santas
órgano fué supremo, y veces tantas
las dió á la tierra en prepotente silla.

La de Occidente augusta maravilla
ludibrio yace de rebeldes plantas;
estremece el ejemplo altas gargantas
y un tanto el ceño del poder se humilla.

Pueblo que la adoró, sin llanto ahora
yerta la mira derramando en hilos
desde mano soez sangre inocente.

Así el que sirve al que le manda adora:
contra el débil señor vibra los filos;
si éste los vibra, sirve reverente.

Lejos está el anterior soneto de constituir una maravilla, ni cabía esperarla de Forner aun con tales motivos de inspiración. Los conceptos sutiles y retorcidos, los versos inarmónicos y llenos de sinalefas y cacofonías no corresponden á un momento tal de la historia humana; y si aquí los reproduzco, no es á título de ejemplos literarios, sino con la vista fija en un objetivo diferente, documental. En otra muestra que voy á ofrecer el autor considera como un don de la Providencia la tiranía que se ha amparado de los franceses, bien por lo que tiene de expiación, bien por lo que aviva la conciencia de los hombres este contraste entre el orden moral perturbado aquí abajo y el orden eterno é

inmanente de la Justicia divina. La versificación de este nuevo soneto—que formaba parte de una diatriba contra Brissot y Robespierre no publicada hasta ahora—excede muy poco al anterior en claridad y elegancia:

Gracias eternas á tu justa mano
dirijo humilde, Providencia santa,
cuando la tierra contra mí levanta
tiránico opresor, brazo inhumano.

Así de tu gobierno soberano
el orden luce en diferencia tanta,
que á la tiniebla que al mortal espanta
el rayo de la luz sigue cercano.

Mansión de vicios, la malvada tierra
triunfa con ellos; en región más pura
coronas tú los ánimos sagrados.

Haz ¡oh poder! á las virtudes guerra;
que sociedad tan bárbara é impura
no es para que los justos sean premiados.

Se advierte en tales versos como la intención recóndita de imitar á Argensola. Pero el último, sobre todo, es tan infeliz y poco musical, que la sombra de emoción levantada por los cuartetos se desvanece al instante, sin dejar rastro. Cuando un tenue acierto llega á elevar la musa del polígrafo extremeño, no tardan en presentarse los tropiezos de la versificación inhábil y defectuosa para destruirlo todo. Véase en corroboración de ello la siguiente pieza, titulada *El año 1793,* cuyo primer cuarteto se remonta no poco para llegar al cuarto endecasílabo—digno de un poeta de veras por su vuelo rápido y de agradable resonancia—, pero que se viene á tierra en seguida, sin alcanzar á sostenerse:

Cruje feroz el carro furibundo
del implacable Marte, y desquiciada
la tierra, en sangre y en sudor bañada,
puebla de horror los ámbitos del mundo.

Impía la Parca con aspecto inmundo,
no en los campos de Marte fatigada,
destroza en prado y monte encarnizada
greyes sin fin con ímpetu iracundo.

Cadáveres son hoy de hombres y brutos
cosecha horrenda de la tierra, males
con que esta edad su mérito señala.

Niéganse al hombre hasta los rudos frutos.
¡Ah! Según lo merecen los mortales,
así el cielo, Teodoro, les regala.

No hay necesidad de esforzarse para poner de manifiesto la esterilidad poética de Forner. Su talento era discursivo é ingenioso, de expositor y de controversista. En verso lo mismo que en prosa, no hace sino argumentar, exponer antítesis, impugnar tesis. Así, por ejemplo, cuando la *Gaceta de Madrid* dió noticia de la persecución y caída de los girondinos y de la muerte de Brissot, á quien profesaba odio reconcentrado, la comentó en unas cuartetas festivas, apuntando, acaso el primero entre todos los satíricos de la demagogia, el contrasentido de quienes para fundar la libertad y restaurar la ley de amor entre los hombres cayeron en la más infame de las tiranías y en las más inmundas ferocidades:

Una república luego
diz que fundó su ansiedad
por gozar de libertad,
de igualdad y de sosiego.

Su república bendita,
para premiarle el trabajo,
le rebanó ¡zas! de un tajo
la chola, y no está contrita.

Ahora dime, Gil honrado:
¿no fué extraña habilidad
el fundar la libertad
para morir degollado?

Miguel S. Oliver.

EL HIERRO

Tratemos de penetrar lo más que podamos en la índole esencial del hierro.

Los metales en general hállanse en la Naturaleza en la respectiva compañía que determina su principal afinidad, y allá en sus lechos misteriosos guardan como inertes el gran secreto de la Creación de ser el amor ó cohesión fundamental la íntima esencia hasta de lo que parece más muerto, siendo cierto que aun las cenizas mismas del ayer sirven para nuevas combustiones de la vida del mañana, como lo comprueba la rotación *vital* de los abonos minerales para las plantas.

El calcio, el sodio, el potasio, el silicio, etc., se encuentran en cantidades colosales; pero en sus yacimientos *parecen* ya cadáveres, en un todo indiferentes al drama geológico en que tomaron parte. Pero ¿existe la muerte absoluta en algo de la realidad?

El hierro es un metal no sólo como los otros, el *más allá* de cualquier mena ú otra cosa, el ánima de una piedra: es el más *vital* y *espiritual* de todos, el *útil* por excelencia; tan afín ya de nuestra vida, que ella parece ser su gran amiga. Con él, ella *se exalta* (y creemos sea el hecho así, aun yaciendo el mineral de hierro muy hondo por bajo de nuestros pies), y sin él, languidece y muere. Por él se vitalizan nuestros glóbulos sanguíneos y nuestro globo planetario, y un poco de carbono le acompaña, como si ya fuese un ser organizado al modo de vegetales y animales, cuyos vasos vitales recorre, oxidándose en *la tierra,* disolviéndose en *el agua,* llegando con ella al vegetal, y por él hasta nosotros, donde nuestro *fuego* le reduce mediante la acción comburente de lo vital del *aire.*

Según los químicos, el hierro es lo mismo el factor decisivo de la *hemoglobina,* ó principio colorante y vivificador de la sangre, que el eficiente de la *clorófila,* ó substancia decisiva del verde y de la salud y hermosura de los vegetales. Ante la inmensa y universal acción de este metal más que ante la de otro alguno, y atendiendo á la no averiguada sencillez de rayas que el análisis espectral revela en el hierro, acentúanse nuestras dudas acerca del corriente concepto de los actuales cuerpos simples de la Química. ¿Será el *hierro* especialmente un tal cuerpo simple, ya por completo y para siempre irreducible á descomposición, de admirables complejidades antes no sospechadas? Tal vez en cuestiones como ésta se avanzase más si en vez de limitarnos á estudiar *diferencialmente tan sólo* cada ciencia, se intentase una mayor tendencia hacia la unidad soberana con que la realidad se nos presenta, y ante la cual ni el artista ni el químico ni científico alguno pueden prescindir del ambiente de espiritualidad á que debemos la vida y el pensamiento, tan íntimamente relacionados.

Cíñase en buen hora nuestra atención á lo concreto lo más posible cuando algo determinado quiera conocer; pero sírvase el alma de sus angélicas alas de libertad y soberanía para ver algo más de la Sabiduría, de la *Esencia* verdadera y única *en todo latente* para los pobres ojos de la animalidad, más ó menos armados de ingeniosos cristales.

El hierro, según lo indicado al mencionar la hemoglobina y la clorófila, es,

pues, algo *fundamental,* y hasta de sensibilidad extremada misteriosa, como materialmente vemos en la brújula y en las limaduras ante un imán. ¡Cuán pronto y bien se asocian, demostrando su condición! El hierro es sin duda prenda de concordia entre cosas y seres, así como es de fuerte en su cohesión propia, típica de cuanto sea firme; y sin embargo de esa firmeza, su esencia es la de la vida misma: el movimiento, la vibración continua, la acción, el trabajo. Por la soberana noción de la unidad de todo lo íntimo del Universo despiértase en nosotros la intuición de lo que un metal así será en el arte, y por qué se alía á las manifestaciones más intensas y virtuales, á los más elevados símbolos y á las más enérgicas realidades. Es, en efecto, según la primera noción del hierro llegada á nuestro mundo, algo *caído del cielo* y que con motivo se daba por *premio* á los héroes homéricos. Llamósele *sideros* en griego; de modo que lo *sideral* y lo *siderúrgico,* lo extraterreno ó *celeste universal* y lo terrenal típico resultan afines. (También por aquí el hierro apunta hacia el *norte magnético.)* Y si del lenguaje de la gran cultura helénica pasamos á la inspiración de la voz latina, el sonido *¡ferrum!* anuncia como soplidos y rodajes de algo fuerte y recio que adviene. ¿No es acaso el Verbo, el *Hijo* de Dios, ó sea el *lenguaje,* quien más lo revela? El hierro es el obligado vehículo de la agitación, propenso á lo grande y épico, y aun como vibrante, llega á ser cuerda música y nota del diapasón.

La antigua Astrología asignó á nuestra Tierra el metal hierro, y le recordamos como guía ó brújula para surcar sus mares, como material para los buques, máquinas y vías terrestres, como de armas, como de útiles de labor de todo género. Metal que con nosotros mismos *respira,* trabaja, pelea, viaja, canta, y ama y apetece el oxígeno de nuestra vida, es el *más humano.* ¿Qué mucho que llegue alguna vez á representarnos, si es nuestro buen amigo y siempre nos ayuda? ¡Eso es el hierro!

No es inexacto el lenguaje literario al no hacer gran caso de las pequeñas dosis de carbono que *endurecen* el hierro *puro,* tan blando de suyo, que así sólo serviría, al decir médico, para el *uso interno* de vivificar nuestra sangre. Con una centésima de su peso en carbono, el hierro es el llamado *dulce,* y el mejor para labor de martillo artístico; con dos ó tres centésimas, el hierro es acero; y con cinco á seis, es fundición blanca ó gris, ó atruchada en la mezcla de entrambas, y es dado obtener acero, ó *carburando* el hierro, ó descarburando la fundición. El buen *hierro de labor, maleable,* obtiénese de hornos con leña, y no con carbón de piedra, porque éste aporta azufre, fósforo, silicio y otras inconvenientes «compañías» para nuestro metal, aquí examinado como elemento de arte. Entre *otros males,* le traen la más fácil oxidación; razón por la cual los hierros modernos solamente se sostienen con mucha pintura, y los antiguos, procedentes de la explotación con leña, subsisten bastante en no pocas obras seculares á la intemperie y sin pintarlos, bastándoles su pátina propia, semejante en algo á la del bronce.

El hierro se presta á todas las exigencias de la expresión: desde la de líneas y trazos finos hasta las decorativas y aun mórbidas de la plástica.

Barras de cualquier perfil seccional, chapas generadas en plano y adaptables después *á cualquier curvatura,* aun á las complejísimas de la forma estatuaria, á todo modelo y tamaño, desde lo afiligranado á lo recio y colosal, es decir, á todo lo concebible, geométrico y mecánico, dominándose á discreción su forma y su dureza según se requiera. No hay, ciertamente, material de mayores horizontes para el arte general, que llega á rebasar, acabando por ser la misma vida en *acción* ó efectiva de lo ya animado por nuestro genio, y pasando á ser *semoviente* y motor de cualquier mecanismo, ó si se quiere más literalmente, osamenta y musculatura.

Se trata, pues, de algo de *primer orden* en las condiciones de nuestro mundo. El hierro ha hecho ya público el gran secreto que los otros metales ó almas de piedras guardaron en sus hipogeos. La máquina locomotriz, la redentora ó libertadora, atruena el silencio de los valles (y aun las crestas de altísimos montes en la vía sobre los Andes del Perú) con su perpetuo y potente «¡Voy!..., ¡¡voy!!..., ¡¡¡voy!!!...», porque ya es, en efecto, realidad material el amoroso *eterno viniente* cargado de bienes. El progreso del caballo de nuestra ideación para borrar las fronteras y atenuar las distancias para que el espíritu las recorra triunfante y pueda sentar á su mesa de abundancia y concordia á todos los hombres. Un metal así, al ser roto ó sorprendido en su interna textura, es un metal de estrellitas del cielo, y bruñido es dulce luz de luna, sobre todo pulido como espejo de los astros, como armas y como cuerdas músicas, revelando su intimidad ó alma romántica; porque en lo natural, cada cosa en su aspecto revela ingenuamente su esencia. ¿Acaso hay algún interés ó poder superior al de la verdad misma?

Vedle modesto, retirado á ser *fondo* de una labor damasquinada: allí es negro como la obscura noche, para que su encumbrado hermano brille más; pero ¡cuán bello es aun así, tan negro, el *más valioso* de los metales! Se comprende que en la unidad de lo providencial, en la Historia, el hierro, el humilde valioso no se haya manifestado hasta la época cristiana, y en todo su esencial desarrollo, cuando la Humanidad estaba ya en sazón del predominio reconocido de la *ciencia,* á cuya inauguración de tal *reconocido* imperio asistimos nosotros. ¡Cuán hermoso va resultando el planeta nuestro á medida que avanza la gran labor *al hierro* confiada! Ahí lo tenemos envolviéndole ya, ciñendo el suelo en una red de líneas obscuras cuando no recibe los rayos del sol, pero luminosas como expresivas de su misión, como las vemos *de día* en nuestra soleada España. Al venir en nuestras excursiones provinciales de comarcas aún privadas de vía férrea, y llegar á ver carriles, parecíanos recibir, á la vista de los rieles de acero, la simpática corriente de la civilización entera.

El hierro comporta sin duda inspiraciones de la grandeza espiritual. Sobre la cruz de bandera y *espada* se jura nuestra *cohesión* con la Patria; agrúpanse hoy obreros ferroviarios, y se titulan «La Locomotora *Invencible*», sabiendo muy bien que la cohesión férrea en los hombres transformará la vida. El obrero *en hierro* es tal vez quien más siente la noble altivez del trabajo humano. ¡Cuán poco penetramos en el *alma* de las cosas!... Desde luego aun los

más opacos á la luz celeste llaman á cada paso, al ver una viga de hierro, su *alma* ó *ánima* á lo *esencial* de su resistencia y rigidez, porque ésa es, en efecto, la intención de la Esencia creadora de todo: que el hierro fuese el dechado terrestre de la unidad de moléculas, de vidas ó de pueblos; la salud en la sangre y en las naciones. ¡Pobres de los distanciados del hierro! ¡Pobre amplitud espiritual la de quien no recorrió algunos miles de kilómetros de férrea vía!...

Una vez un amigo residente en apartadísimo rincón filipino pidiónos un sencillo trazado de aparato elevatorio de aguas que había de hacerse *sin un clavo siquiera del maravilloso metal,* y cuyo motor sería un carabao ó buey enano de por allá. Dibujamos el *prehistórico* artefacto, y en ese lentísimo rumiante y en los bíblicos palitroques enclavijados vimos el espejo de nuestro mundo antes del hierro y antes de los metales. ¡Imposible de transmitir por medio de la palabra la intensa noción de realidad que conllevan tales hechos «sentidos» al reclinar nuestra cabeza sobre el pecho del Maestro! ¡Ni minas, ni talleres, ni vías, ni máquinas!... A eso corresponde no tener letras ni vestidos, cultura ni dignidad. La desnudez de cuerpos y almas, y el simple andar en dos pies... por la misericordia divina. Gracias á que ella existe, cabe esperar las mayores cosas en todas partes.

El hierro es, en efecto, lo más movido y excitante del mundo, y la *quietud* repugna á su concepto metafísico; aparte de que producido en grande resulta tan oxidable, que sólo envuelto como las momias en muertos aceites y tierras, ó sea con unción y entierro, le podemos cortar la *respiración,* el anhelo de oxidarse, que es lo espontáneo suyo. Á veces la funda ó estuche de *asfixia* es hasta un forro de plata ó de oro, pues todo ese justo honor le hemos hecho los hombres en algunos casos, como en las verjas de catedral, cuyo coste de dorar alarmaba á las relativamente rumbosas corporaciones que pagaban. Pero esto acontecía con el hierro en los *interiores,* donde lo *más amado* se guardaba. Al ver aún en Aragón viejos *hogares de pueblo* con herrajes (mimados á veces hasta *pulirlos* á fuerza de caricias ó cuidados), hemos entrevisto la pertinencia del arte del hierro en lo *íntimo popular.* Allí, jugando con las llamas, parece estar en su casa ese humilde criadito, aunque su abolengo sea el de Hércules, que tras de las mayores hazañas sentóse á la mesa de los dioses.

El hierro para lo monumental es harto movido y complejo. Monumento es «memoria», recuerdo perenne, inconmovible como el Moncayo ú otro monte de la tierra amada, que desde lejos ya se revela al alejado viajero cuando retorna ansioso á lo suyo, al «hogarcito con los hierros» que vió en su infancia junto al fuego congregante. El hierro es la *vida;* el monumento es la señal más fija ó muerta y *sencilla* que se pueda obtener. El hierro no es, pues, *monumental,* y el *estilo adecuado* del hierro para el *gran monumento* es una quimera planteada por quienes penetran muy poco en el fondo de las cosas. La famosa torre Eiffel es un artificioso escalar de la altura, meritorio, científico; pero ¿es monumental? ¿Lo es la celebrada galería de máquinas de la Exposición de 1889? Son triunfos constructivos y de habilidad industrial; pero ante

lo metafísico de la monumentalidad, un sencillo pétreo campanil de doble ó triple altura nada más que las casas de la aldea, semejantes en su conjunto de agrupación á las ovejitas con su pastor, impresiona más como perennidad imponente. Las grandes galerías de estación modernas son para el artista *unas viajeras más;* parecen estar *de paso* en el mundo, parar mientras dure la concesión explotadora. Son lo transitorio, lo descomponible, como la complicada jarcia marinera, que es fuerte, fortísima, pero á prueba de más vendavales que de siglos.

Los herrajes en la monumentalidad han de serlo al modo *romano* y al modo *propuesto* en el *cemento armado,* como *osamenta recubierta* para consistencia de las albañilerías que refuerzan. ¿No es el metal *meta-allos,* el más allá, lo más hondo de la mena del monte, de la masa acompañante? Pues ahí, en la palabra, en el verbo revelador está la solución del problema que arquitectos poco filósofos han buscado en casi todo el siglo en que nacimos. Al acabarse esa centuria se ha dado ya con la solución de reproducir ó representar hasta *los Alpes mismos* en una llanura de París, en la afortunada especulación del *village suisse,* artificial idilio de descanso que el exceso de mecanismos y herrajes llegaban á proponer como necesario. En aquel ensayo teatral contenían se no pocas enseñanzas de arte que son del ideal, y por serlo, revisten la mayor importancia. Hay que retornar á lo sencillo, á lo natural, á lo sano; y como no se puede uno volver niño, hay que renacer por las eficacias del arte bello.

Que el hierro, con *todas sus cualidades típicas,* las de su tenacidad asombrosa, puesta de manifiesto por su misma condición dinámica ó cinemática, no es el *cuerpo de la pirámide* ó monumento quieto, queda ya bien probado en la Historia con el hecho de que en el período gótico, al llegar á las atrevidas agujas y crestas, donde el metal hierro en moderadas masas no resistiría mucho á la oxidación, y para donde la piedra no alcanzaba, acudíase al plomo, metal de ataúdes, *incompatible con la vida,* insoluble ó venenoso para ella, pero monumental ó permanente al aire más, mucho más que el hierro, que para estarse quedo en tales pináculos requiere la ayuda de ese muerto plomo.

La misión verdaderamente universalizadora de la concordia, ó sea esencialmente *cristiana* del hierro, ha sido puesta de manifiesto en *cada cruz* de un puente de vía férrea con su río respectivo; pero al patentizar esa *fase religiosa* se ha llegado en un caso concreto á producir una obra de excepcional interés artístico. Nos referimos al puente que salva la antigua frontera franco-alemana de Estrasburgo á Kehl. Trátase de un armado de vigas rectas, de celosías de cuadros en diagonal del aspecto ordinario de esas construcciones (cuyos hierros repiten indefinidamente en su estructura, ideación y en sus secciones ó combinaciones los «signos de victoria», la T y la X), pero cuyo puente presenta en uno y otro extremo *portadas de arquitectura como de catedral cristiana,* y sobre cada pilar, casi anegado por la corriente, exhibe góticas agujas indicadoras del cielo. Cualquier otro ser que el racional, en aquel sitio, ante el Rhin agresivo en amenazadora corriente, sentiría fundado miedo;

pero la razón soberana, al penetrar en Alemania, parece sentir el sabio mote germánico y humano *Gott mit uns:* «¡Dios está con nosotros!» ¡Adelante, y confiados! Y allí, en efecto, ante el enorme peligro, la Humanidad cruza tranquila, y tal vez representada en feliz juvenil pareja de miradas y manos entrelazadas, y con todo su ser inundado de las más dulces esperanzas. ¡Oh triunfo hermoso sobre la muerte y el miedo!

El hombre, divino por su razón de excelso origen, pasa victorioso por allí, como á veces sobre aparente tenue cendal que las hadas de su genio han tendido sobre el abismo, cual sucede, por ejemplo, junto á la espantosa catarata del Niágara; y, sin embargo, el «cendal tenue», el blando lazo, de aspecto meramente ideal, resiste el peso de convoyes del hombre soberano, que idea los puentes colgantes, como todas las admirables obras de la actual campaña redentora del ideal en nuestro mundo. ¡Cuánta poesía hay en todas estas cosas! ¡Cuán hondo y amplio es el pensar que el hierro sugiere á quien con los ojos de la espiritualidad quiere contemplarlo!

Cierto que ni el constructor puramente práctico ni el perito técnico tienen claro concepto de la divina labor á que están cooperando; pero ¿es necesario que las laboriosas abejitas conozcan conscientemente todas las leyes geométricas, mecánicas y químicas concurrentes á la producción de sus mieles? No es condición precisa que cada obrero conozca todo el plan del Gran Arquitecto, ni es cosa rara hallar maravillosas obras de un *arte inconsciente* para el hombre, como son, por ejemplo, las profundidades del lenguaje en lo más vulgar y corriente. El solo nombre latino *ferrum,* ideado hace siglos, es toda una profecía.

Aquí en España, entre las revelaciones del ferrocarril, en la vía de Madrid á Zaragoza la línea cruza, en la ya olvidada frontera de Aragón y Castilla, sobre un puente, el Jalón, río y marca del estrecho concepto antiguo de las naciones, y de seguida penétrase por un túnel en mármol al pie de un monte que aún guarda un intacto marmóreo castillo, hoy habitado no ya por feudales halcones, sino por mansas naturales palomas. Al ofrecérsenos en Alhama una vez más sobre la cruz de una vía y un río la virtualidad de *la nueva campaña* de redención; al oir la resonante voz del eterno viviente entre las muertas rocas, desgajadas como los sepulcros abiertos, exclamando: *¡Voy!.. , ¡¡voy!!..., ¡¡¡voy!!!...,* como surgida del transfigurado Hércules, un velo del mundo pareció descorrerse ante nosotros, revelando al espíritu extasiado toda la marcha de la Historia hacia la unidad ú océano del ser, adonde van todos los riachuelos y ríos de la vida, donde están ya las guardas, las prevenciones homicidas de nuestros padres de Aragón y Castilla, más unidos por el recíproco amor que los novios del Rhin en nuestra ideación aducidos. Eso ha de ser, y lleva camino de ello, el mundo todo: lo que ese humilde hogar, fronterizo antes, y por lo visto como su nombre: «Aljama», *reunión, concordia de gentes.*

¿Son casuales estos nombres y estos hechos? ¿Son meros antojos de visionario estos deleites íntimos, en que se cree gozar desde lo obscuro con un poco de la luz del día, hallándose uno en prisiones de ignorancia?

No debe ser solamente ilusión ó demencia, porque si algún camino fácil hay del ideal á nuestras almas, es hacernos *sentir* lo bello y compenetrarse en el instante supremo de la dulce emoción. No lejos del Alhama, en el poético valle del Piedra, al penetrar yo una mañana en la soledad inmediata á la «Cola del caballo», salía azorada de debajo de las aguas, de la mágica gruta, una banda de palomas, y como un relámpago se asoció en la mente la idea de la eterna caída ó vuelo del torrente á su lecho, del vuelo de las aves hacia su conservación, y el del alma del hombre hacia Dios, allí como manifiesto por la belleza. ¡Todo una misma ley! Séanos consentida la leve digresión, en gracia, al menos, de que sin la obra de los ferrocarriles, aun habiendo nacido en Aragón, no habríamos ido á Piedra, ni antes de ello á países ya convertidos por el viajar continuo en provincias aragonesas y castellanas que se entienden á diario al combinar su correspondencia, sus cambios, sus recíprocos deleites. ¿No va ya siendo el mundo por el hierro lo que ese *Alhama* de nuestra grata memoria? Eso, esa poesía, ese sentimiento de la unidad, de la *cohesión armoniosa,* como la de las «estrellitas», que el hierro ó acero recuerdan, eso es el hierro. Pero ¿el hierro es Dios, ó se revela por él más claramente que es *ser de seres,* que es materia, que es vida?

También las fronteras de esos conceptos tras de los cuales se encastilla son viejas guardas de la estrechez, parecen ir cayendo, ó perforándose al menos «con túneles» ó cauces de pensamientos de concordia. Teólogos ó creyentes sinceros, y científicos escrutadores tenaces: aquí os damos á unos y á otros de todo corazón manos amigas. Tal vez con un puente de hierro salvemos también el abismo de la discordia que os separa, y sobre el cual hoy nos sostienen las alas del arte. Cuando en lo alto de un templo veamos culminar el emblema de una férrea cruz dominando el mundo, pensemos en la doble fase de la verdad, allí casi inconscientemente proclamada. ¡Tanto por *cruz* como por *hierro,* merece prevalecer aquella ideación tan honrosamente! La acción del hierro es *libertadora,* es redentora como la del Evangelio, cuyo advenimiento pareció esperar para inculcarlo en el mundo. ¿No son al fin el Evangelio y el hierro *ideaciones* de *Uno?*

Del modo menos deliberado, y sólo con meditar amorosamente sobre el *arte* y sobre el *hierro,* hemos dado en esa misteriosa relación de los tres pueblos sitos á escuadra y del nombre Magdala, en cuyo análisis nos hemos complacido. Si con habernos agitado por el hierro hemos recogido un solo átomo del oro de la verdad, á las eficacias del hierro lo deberemos. Pero ante estas tentativas de elevarnos con y por la idea algo más que una alta torre de construcción material, también de hierro; al llamar *libertadora* su misión, se objetará tal vez el carácter *práctico;* pero ¿no son de hierro las cadenas y las rejas de las prisiones, las envolturas de los terribles proyectiles de destrucción, y las armas de la tiranía, sus espadas y cañones gigantescos, no son de acero? Es verdad; pero la pasajera represión del mal, ¿no es promover la expansión del bien ó finalidad de la libertad? A la eficacia del hierro de una espada ó de un proyectil opónese otra espada ó una férrea coraza, y los horro-

res de la guerra se extinguirán por *extremarse* con el hierro y sus auxiliares la potencia destructora más que con lamentaciones de dulces artistas ó de piadosos sacerdotes; porque sin duda es ley que lo que á hierro mata á hierro muere, y así los hombres acabaremos por saber lo que nos conviene. Sin duda la opresión por el hierro es pasajera, y si en un tiempo fué cadena ó grillete de esclavos libertados por el espíritu cristiano, mucho más, á razón de siglo por día, las cadenas y los grilletes servirán á la idea libertadora como adornos de muros semejantes á nuestro San Juan de los Reyes en Toledo. Contempladlos, y sentiréis la profundidad del *carácter épico* que hay en tales trofeos, gloriosa coronación de la eficacia española.

¿Qué más para iniciarnos en la esencia del hierro? ¿No es lo más íntimo del hombre su *propio anhelo* de felicidad? Pues bien; ella se va logrando merced al *trabajo,* y éste apenas se concibe de modo fecundo sin la mediación del hierro, sin la «herramienta», sin los *útiles* de labrar desde la tierra hasta los hondos surcos que el ideal abre con el santo escribir, hoy con férrea pluma, con la pluma de *acero.*

Toda virtual vibración vive en el hierro. ¡Ah! Sin él ni aun la lengua hablaría. El verbo transmítese instantáneo en el telégrafo ó alambre de hierro, y tal vez la condición de electrizarse el hierro sea el motivo de tenerle en nuestro cuerpo, y junto al árbol nervioso, por donde imperamos sobre nuestros músculos, que cuando fuertes, son llamados férreos ó de acero.

El hierro representa toda la exuberante producción mecánica, que por sí sola llena hasta rebasar todo almacén que no sea el mundo entero.

El hierro representa los tres reinos de la Naturaleza, y nos la humaniza en nuestras cosas. Puede copiar como «piedra» ó fundición el templo y la estatua helénicas ó la catedral cristiana; puede reproducir como encantado ó inmóvil la dulce vegetación con todos sus más delicados primores de la flora y de los follajes, y adaptarlo á cuantos sueños de idealidad plástica nos ocurran. En lo animal, ni aun la sutileza de las redes del encaje estelar de la araña le están vedadas, y como acero ó vida enérgica, en resortes inverosímiles salta, tiembla, trabaja y canta con angélica voz; vive en las vibraciones todas, que continuadas con sacudida continua le cristalizan, trayéndole á su mágica vida interna de la misteriosa geometría del mundo. Ni aun las de la luz le son indiferentes, puesto que pulido excede á todo otro cuerpo para limpieza de espejo, del cual se sirve el hombre para estudiar el *mundo sideral,* su hermano, y aun después de arder como volcán vistoso ó energía del fuego terrestre en el arco voltaico, podemos por fin someterle á la gran prueba de hacerle consumir en el seno amadísimo suyo de la substancia excitante de nuestra vida, y le veremos á él, al hierro, al humilde fondo negro del damasquinado, resplandecer en el oxígeno como el Cristo en el Tabor, con luz deslumbradora de blancura.

Metal viajero glorioso que viaja con y por el agua y nos trae el agua como la vida de la sangre y la hermosura de las plantas; metal que con poco puede matarnos y con menos aún darnos vida, á cuya seguridad y defensa quiere proveer siempre; metal potente que ata y desata cosas, hiende rocas y junta

pueblos, y que para congruencia con todo su ser puede soldarse consigo mismo aun sin abandonar el estado sólido: él nos va inculcando que la *cohesión* de los átomos es *la ley* del Universo, y la norma del mismo Evangelio la de los cuerpos y la de las almas.

Quien dice hierro, dice fuerza, fuego, chispazos de vida. Algo recio y victorioso vive en él. *¡Disperta, ferro!,* fué grito lógico de combate. Los niños, al jugar con las negras *piedras del moro,* ó pequeñas piritas cúbicas, que dan fuego, presienten algo de mágico en aquella misteriosa geometría de lo terrestre. ¡Ah! ¡Cuántas veces, en la ingenuidad receptiva de la infancia, nos ha embelesado á todos una fragua en acción! Aun prescindiendo de los hercúleos y varoniles trabajadores de las ferrerías ya grandes, como las de Bilbao, donde se piensa en los cíclopes, ideados sin duda porque los primeros forjadores del hierro debieron taparse los ojos y evitar el peligro de perderlos con un *solo agujero* visual del vendaje de protección, donde se pusiera un vidrio de mica ó talco; aun dejando á un lado esas evocaciones de lo colosal y de lo teogónico, que son tan propias del hierro, bástanos recordar la impresión infantil. Caldeado el hierro, y deprisa, á toda prisa para no perder el precioso momento, los martillos férreos, sobre el duro yunque, parecen animar al hombre con este canto resonante de su eficacia: «¡Pron... to!, ¡pron... to!, ¡pron... to!» Esa es la sugestión del hierro: *la presteza, la acción enérgica y viva,* que aun escribiendo parece inculcársenos también, haciendo que el estilo chispee y nos caliente con intuiciones del alma de las cosas.

Ese es el sujeto y el sujetador que tenemos delante, y puesto que es amigo y protector y justamente *honrado,* ¡bien venido sea según lo presentamos!

Félix Navarro.

LA R. P. EN BÉLGICA

1. Evolución del régimen electoral belga; momento en que aparece la R. P.: su radio de acción.—2. El régimen electoral belga en su conjunto: fuentes; elementos característicos.—3. Razones determinantes del advenimiento de la R. P. en Bélgica.—4. Mecanismo del sistema belga de R. P.; operaciones que comprende.—5. Formación de las listas de candidatos.—6. Presentación de las listas de candidatos.—7. La papeleta de votación: sus requisitos.—8. La campaña electoral.—9. Las circunscripciones electorales.—10. Los «bureaux» electorales.—11. El voto: modo de emisión; especies; votos válidos y votos nulos.—12. El «dépouillement» (recuento de votos).—13. Los cálculos para el reparto de puestos: funcionamiento del sistema de D'Hondt.—14. Designación y proclamación de los candidatos elegidos.—15. La designación de suplentes.—16. Apreciación crítica del sistema belga ó de D'Hondt.—17. Efectos que ha producido la R. P. en la vida política de Bélgica.—Bibliografía.

1. En 1830 el pueblo belga rompió violentamente los lazos políticos que le unían á Holanda y se constituyó en Estado independiente (1). «El sufragio universal era entonces considerado como una utopía, y ni aun los miembros más avanzados de las Constituyentes pensaron siquiera en proponerlo» (2). Lo único que se hizo fué democratizar el régimen censatario, introduciendo el sufragio directo, el voto singular y algunas otras reformas; pero lo esencial del régimen censatario se respetó. «La Cámara de los Representantes—decía el artículo 47 de la Constitución de 1831—se compone de los diputados elegidos por los ciudadanos que paguen el censo determinado por la ley Electoral, el cual no podrá exceder de 100 florines de impuestos directos, ni ser menor de 20 florines.» «Los miembros del Senado—agregaba el artículo 53—serán elegidos... por los ciudadanos que eligen los miembros de la Cámara de los Representantes.»

Desde esta época la legislación electoral de Bélgica ha sufrido las siguientes transformaciones:

a) La ley de 1877 estableció, mediante minuciosas disposiciones, el secreto del voto.

b) La revisión constitucional de 1893 introdujo un sufragio universal mitigado, que hizo además obligatorio, é instituyó el voto plural, que fué la fórmula de transacción entre los partidarios del sufragio universal puro y los del antiguo régimen censatario.

c) En fin, la ya célebre ley de 29 de diciembre de 1899 hizo desaparecer las iniquidades del escrutinio de lista puro y simple y del régimen de mayorías, estableciendo la R. P. de las opiniones políticas.

La R. P., que ya había sido objeto de una aplicación parcial en las elec-

(1) Vid. Ch. Seignobos: *Histoire politique de l'Europe contemporaine: Evolution des partis et des formes politiques (1814-1896);* Paris, A. Colin, 1908; págs. 216 y siguientes.

(2) P. Errera: *Traité de Droit public belge;* Paris, Giard et Brière, 1909; págs. 133-134.

ciones municipales en virtud de la ley de 12 de septiembre de 1895, fué introducida en 1899 para las elecciones de la Cámara de los Representantes y del Senado, y «está llamada á dominar en no lejana fecha el régimen electoral entero y á aplicarse uniformemente á las Cámaras, á la Provincia y al Municipio» (1).

Decimos que la R. P. ha sido establecida para las elecciones de ambas Cámaras. No tiene, sin embargo, el mismo radio de acción en las elecciones de la Cámara y en las del Senado, pues aunque el régimen proporcionalista es idéntico para ambas elecciones, la composición y la duración diferentes de una y otra asamblea y las diversas condiciones de elegibilidad determinan algunas diferencias; diferencias, repetimos, que no afectan á la *modalidad* del sistema, sino á su *radiación*.

a) La Cámara de los Representantes se compone de 166 miembros, elegidos directamente por sufragio universal mediante escrutinio de lista y R. P. (Artículo 49 de la ley Electoral.)—El Senado se compone de 110 miembros, de los cuales sólo 76 son elegidos en la misma forma que los diputados, es decir, por sufragio universal directo, escrutinio de lista y R. P.; de los restantes, 27 son elegidos en escrutinio secreto y mayoritario por los Consejos provinciales, á razón de dos, tres ó cuatro senadores por provincia, según el número de habitantes de la misma, y los otros siete puestos se reservan para los hijos del Rey y, en su defecto, para los Príncipes belgas de la Familia Real, los cuales son senadores por derecho propio desde la edad de diez y ocho años, pero no tienen voto deliberativo hasta que hayan cumplido los veinticinco. (Constitución, arts. 53 revisado y 54.)

b) La duración normal de estas dos asambleas es también diferente. La Cámara de los Representantes se renueva totalmente de cuatro en cuatro años, y por mitad cada dos años; el Senado se renueva cada ocho años en su totalidad, y por mitad cada cuatro años. (Constitución, arts. 51 y 55; Código electoral, arts. 250 y siguientes; ley de 29 de diciembre de 1899, art. 7.°)—En caso de disolución la renovación es total; pero á fin de restablecer las series de renovaciones parciales, después de toda disolución una mitad de los mandatos conferidos se reduce á dos años para la Cámara y á cuatro para el Senado. (Cód. elect., art. 252.)

c) También son diferentes las condiciones de elegibilidad. De las tres condiciones exigidas, coinciden dos (nacionalidad, domicilio); pero la tercera (edad) es distinta en los electores para la Cámara, á quienes se exigen veinticinco años, que en los electores para el Senado, á quienes en lugar de veinticinco se les exigen treinta años. (Cód. elect., art. 1.°, 2.°)

En resumen, la R. P., introducida en 1899 para las elecciones legislativas, se aplica *en cuanto sistema* de una manera uniforme; pero el radio de aplicación de este sistema es mayor en las elecciones de la Cámara de los Representantes que en las del Senado, lo cual se debe á las diferencias que existen:

(1) P. Errera: loc. cit., pág. 148.

En la composición de ambas Cámaras,
En la duración normal de las mismas y
En las condiciones de elegibilidad.

2. Decía Montesquieu en su clásico libro acerca del *Esprit des lois* que en un Gobierno democrático «las leyes que establecen el derecho de sufragio son fundamentales» (lib. II, cap. II), es decir, que deben incluirse en la Constitución. Los redactores de la Constitución belga de 1830 conocían y participaron de esta manera de ver, y fijaron constitucionalmente las bases del derecho de sufragio, porque, como decía uno de los miembros de la extrema radical del Congreso Nacional, «en las leyes electorales se cimenta todo el edificio constitucional, y podría suceder que los legisladores por venir, modificando esas leyes, derribaran toda nuestra obra» (1) (la de las Cortes Constituyentes). Idéntico criterio prevaleció en la revisión constitucional de 1893, en cuya fecha los artículos 47 y 53 de la Constitución de 1831 (que versaban sobre materia electoral) fueron redactados de nuevo, siendo de notar en los textos revisados, independientemente de las novedades de fondo, algunas novedades de forma que reflejan las preocupaciones que presidieron el movimiento político revisionista. «Lo que llama la atención en primer lugar—dice M. Errera—es la extensión desmesurada de estos artículos, en especial del 47, y su desproporción con los restantes. En lugar de afirmarse un principio cuyo desenvolvimiento se abandonara á la ley, como lo hicieron las Constituyentes de 1830, vemos aquí á la Constitución entrar en el detalle, tal como se hace en los reglamentos orgánicos.» El motivo histórico de esta singularidad nos lo descubre á continuación el competente profesor de la Universidad de Bruselas: «Es que los partidos políticos, al formular la transacción de que nació el nuevo artículo 47, desconfiaban el uno del otro» (2). Por eso llevaron á la Constitución, inmovilizándolo en cierto sentido, lo que sin duda hubiera sido abandonado á la ley de no concurrir las circunstancias políticas á que acabamos de referirnos. Ese artículo 47, colocado en la ley fundamental del Reino, era la más sólida garantía de la estabilidad del régimen electoral, porque para modificarlo en sus elementos esenciales sería preciso poner en movimiento la pesada máquina revisionista.

El sistema del artículo 47 de la Constitución vigente en Bélgica combina en una cierta medida con el sufragio universal y directo el voto plural, el régimen timocrático, el *household suffrage* y la capacidad: el *sufragio universal,* en cuanto todo ciudadano varón es elector á los veinticinco años, salvo los casos de exclusión establecidos por la ley; el *voto plural,* en cuanto cada elector puede, bajo ciertas condiciones fijadas en la Constitución, acumular dos y hasta tres votos; el *régimen timocrático,* en cuanto la propiedad inmueble ó ciertas rentas son origen de privilegio electoral; el *household suffrage,*

(1) Citado por Errera, pág. 133.
(2) Loc. cit., pág. 135.

en cuanto los jefes de familia, ocupando una habitación de condiciones determinadas, gozan, á partir de los treinta y cinco años, un privilegio análogo; la *capacidad,* finalmente, en cuanto los grados docentes y las funciones ó posiciones enumeradas en la ley confieren un privilegio electoral doble.

De todas las naciones de Europa, acaso sea Bélgica la que ha elaborado con elementos más complejos el régimen electoral. No ha procedido con aquel optimismo, con aquella candidez é ignorancia de la realidad en que se inspiraron las Constituyentes de Francia en 1848, sino con un sentimiento más claro de los malés que acompañan á la soberanía de las multitudes y de la inconstancia pueril y la brutalidad salvaje del reino del número. Los legisladores belgas han ensayado todos los remedios, todos los preservativos; han multiplicado las precauciones y prescrito una rigurosa antisepsia. Que hayan acertado con el remedio, tal vez sea discutible; pero lo indiscutible es el mérito de haber visto el peligro y haber querido combatirlo.

En esta marcha racional y equilibrada hacia la organización del sufragio político Bélgica es un excelente modelo. Acaso no tarde muchos años en tener un Senado que sea una verdadera representación orgánica de los elementos profesionales del país, en cuyo sentido la labor preliminar de estudio y tanteo es ya considerable; pero mientras llega el día de esta nueva y simpática experiencia, cuyo advenimiento preconizan los espíritus más esclarecidos y las mismas exigencias del Estado moderno, Bélgica nos ofrece la realidad de un régimen electoral que ha hecho sus pruebas y salido victorioso de ellas.

El sistema electoral belga está regulado por los artículos 47 y 53 de la Constitución y las leyes electorales de 12 de abril y 23 de junio de 1894, completadas por las de 2 de diciembre de 1894, 11 de abril de 1895, 11 de junio de 1896, 31 de marzo y 22 de abril de 1898, 29 de diciembre de 1899 y 18 de abril de 1902, coordinadas todas en forma de Código, cuyos 267 artículos son un verdadero alarde de previsión y minuciosidad.

Las particularidades de mayor relieve en el régimen electoral de Bélgica, las que mejor lo caracterizan, son el voto plural y la R. P.

La R. P. no fué, ciertamente, una conquista fácil, pues desde que fué preconizada por las clases intelectuales como una de las reformas más justas y más progresivas, hasta 1899, fecha en que quedó definitivamente incorporada al Código electoral, la R. P tuvo que vencer en Bélgica ese enorme cúmulo de resistencias que siempre salen al paso de toda idea nueva. La primera iniciativa parlamentaria se produjo en 1894. El 6 de marzo de dicho año el Gabinete presidido por M. Beernaert presentó á la Cámara de los Representantes un proyecto de ley estableciendo la R. P. A juicio de M. Beernaert y sus colegas, esta innovación era una consecuencia lógica y necesaria de las dos grandes reformas—sufragio universal y voto obligatorio—que acababan de introducirse. Les parecía que el sufragio no es verdaderamente universal mientras todas las opiniones no estén representadas en razón de su importancia; y les parecía igualmente que desde el momento que se impone al lector el deber de votar, es justo hacer á las minorías aquellas concesiones á que sin

duda tienen derecho. Inspirándose en estas ideas, M. Beernaert defendió la R. P. ante el Parlamento, y puso en este empeño todo el peso de su elocuencia y su autoridad; pero el proyecto de ley—cuya exposición de motivos es un documento de extraordinario interés—fué rechazado, y á consecuencia de ello el eminente hombre de Estado presentó la dimisión de todo el Gabinete por él presidido.

Beernaert y sus compañeros fracasaron; pero la idea ganaba de día en día más prosélitos. La crisis ministerial hizo de la R. P. un problema candente y atrajo hacia él las miradas del público. Comenzó entonces una formidable campaña de discusiones en periódicos y revistas y de actos de propaganda de todo género. Poco después el proyecto de M. Beernaert reapareció en el Parlamento: suscitó debates apasionados; pero por fin triunfó, y practicada desde 1899 en seis ocasiones diferentes (en 1900, 1902, 1904, 1906, 1908 y 1910), la R. P. ha sido objeto de pruebas decisivas. Bélgica es, en efecto, el laboratorio, el campo de experiencias donde se han contrastado de un modo más concluyente los méritos y los defectos de este régimen. El balance de las experimentaciones efectuadas es verdaderamente su mejor elogio. «La R. P.—dice un autor moderno—ha proporcionado á los belgas un largo período de tranquilidad y de progresos económicos y sociales, ha pacificado los espíritus, ha transformado los partidos políticos, ha creado costumbres electorales muy tolerantes y mucho más sanas que las anteriores á la reforma, y ha logrado extirpar la corrupción por dinero y por promesas y las presiones oficiales...» (1). Los mismos que antes de 1899 se significaron como los más apasionados adversarios de la R. P. no desperdician hoy las ocasiones de rendirle homenaje, y de tal manera ha ganado los espíritus, que, según afirma M. Errera (2), muy pronto se hará extensiva á las elecciones provinciales y municipales.

No sucede lo mismo con respecto al voto plural. El voto plural se justifica en Bélgica por razones de oportunidad únicamente. Este voto, según antes indicamos, constituye una etapa entre el régimen censatario y el sufragio universal puro y simple. El régimen censatario era un régimen de privilegio, que negaba á muchos ciudadanos el derecho de votar. En 1893 se le sustituyó por el sufragio universal; pero, combinado con el voto plural, si bien aseguró á todos los ciudadanos un voto por lo menos, atribuyó á algunos el relativo predominio que se deriva de los votos suplementarios que la ley les concede. En Bélgica hay electores de un voto, electores de dos votos y electores de tres votos, lo cual produce como resultado que 1.606.602 electores dispongan en total de 2.519.583 votos (datos de 1906-1907) (3). En teoría el voto plural responde á una idea justa: la idea de que los ciudadanos de mayor capacidad deben tener una mayor parte en la elección de los representantes del Estado.

---

(1) G. Lachapelle: *La R. P. en Belgique (Revue Politique et Parlementaire,* septiembre de 1910, pág. 463).
(2) Loc. cit., pág. 148.
(3) Citados por P. Errera: loc. cit., pág. 136, nota.

Pero ¿cómo reconocer prácticamente la mayor capacidad de los ciudadanos? Cualquier criterio que se acepte (riqueza, instrucción, edad, situación familiar, posición social) se presta á muchas combinaciones, á cálculos muy arbitrarios, y, como dice Charles Benoist, «la más elemental prudencia aconseja que el equilibrio político del Estado dependa lo menos posible del cálculo de los hombres de gobierno, que dependen á su vez de los partidos...» (1). Los partidos avanzados de Bélgica han acertado á plantear en sus verdaderos términos el problema político que implica el voto plural, y los reproches más graves que contra él se formulan no son precisamente porque la pluralidad de votos rompa la igualdad de los ciudadanos, sino por los abusos, los fraudes y los cacicatos á que da lugar un sistema cuya misma complicación agrava las arbitrariedades á que se presta. Excepto los conservadores, á quienes principalmente beneficia el voto plural, todos los demás partidos reclaman su abolición, y ya hubiera desaparecido probablemente si no fuera preciso para conseguirlo revisar la Constitución, cuyo artículo 47 contiene las reglas fundamentales acerca del voto plural (2).

Caracterizan igualmente el régimen electoral belga las reglas y sanciones relativas al carácter obligatorio del voto y las disposiciones que se establecen para garantizar la identidad del elector y el más absoluto secreto del sufragio y para prevenir los fraudes electorales. Pudiera decirse que la idea directriz del régimen electoral de Bélgica es su espíritu de liberalismo *realista,* el noble cuidado de asegurar la sinceridad y la honradez de las elecciones políticas.

3. ¿Cuáles fueron las razones que determinaron la introducción en Bélgica de la R. P.?

Si fuéramos á traer aquí todas las razones de doctrina, de política y de oportunidad que fueron invocadas y briosamente defendidas por los partidarios de la reforma en sus escritos, en sus campañas de propaganda popular y en los debates parlamentarios de la ley de 1899, tendríamos que reproducir la mayor parte de lo que decimos en los capítulos de esta monografía donde se estudia el *Fundamento doctrinal* y *El pro y el contra de la R. P.* Allí hemos procurado condensar las más capitales razones que pueden alegarse á favor ó en contra de este sistema. Casi todas ellas fueron puestas en juego con gran brillantez por los proporcionalistas belgas; pero hubo algunas que pesaron más que las restantes en el ánimo de los legisladores. ¿Cuáles fueron?

a) El triunfo de la R. P. en Bélgica hay que atribuirlo en primer término á los absurdos resultados á que dió lugar el régimen de mayorías, mediante el cual obtenían una enorme representación partidos que sobrepasaban á los otros por un escaso número de sufragios solamente. Así, en las elecciones de 1880, 22.222 liberales obtuvieron 26 diputados, mientras que 20.979 católicos obtuvieron 40; es decir, con 2.000 votos menos, los católicos obtuvie-

(1) Ch. Benoist: *La crise de l'Etat moderne;* París, Firmin-Didot, s. f., pág. 114.
(2) Cf. P. Errera: loc. cit., págs. 137 y 135.

ron 14 puestos más que los liberales. En 1884 los católicos, con 27.930 votos, sacaron triunfantes 50 candidatos, y los liberales, con 22.117, ó sea unos cinco mil votos menos, sólo lograron dos diputados. En 1886 los católicos tuvieron 17.000 votos y 17 puestos; los liberales, 18.000 y 28. En 1888 los católicos 24.000 votos y 44 puestos; los liberales sólo dos diputados ¡con 23.000 votos! Y así, elección por elección hasta 1900, podrían seguirse comprobando en todas ellas las enormidades de un sistema en el que todo lo decidía el despotismo de la mitad más uno y el juego fortuito y brutal de las circunstancias. Estas estupendas anomalías, que falseaban el fundamento del régimen representativo y sometían la vida política á las más bruscas alternativas, provocaron una vigorosa cruzada contra el sistema mayoritario y á favor de la R. P.

b) Pero no se trataba sólo de la anomalía de los *resultados;* el régimen de mayorías constituía además un poderoso estímulo para la adopción de *procedimientos* electorales verdaderamente inmorales. Cuando los partidos resultaban equilibrados, se apelaba á todo género de presión y de corrupción para conquistar los votos que decidirían la victoria. Simultáneamente á esto se efectuaban escandalosas coaliciones. En unas elecciones los socialistas luchaban unidos á los católicos para derrotar al partido liberal; en otras eran los católicos y los liberales los que sumaban sus fuerzas contra el partido socialista. Estas coaliciones sucesivas y contradictorias, este juego perpetuo de los partidos intrigando los unos contra los otros contribuyó á que arraigara la idea de que sólo la R. P. haría posible en Bélgica una vida política sana, proba y leal.

c) Había otra razón para adoptar la R. P. Sabido es que Bélgica es una nación que carece del vínculo de la unidad de religión, de raza y de lengua, y en la que tampoco existen tradiciones históricas intensas (1). La estabilidad de un Estado cuyos elementos étnicos están en discordia y cuyas fuerzas morales y afectivas presentan tales divergencias era preciso garantizarla elevando á la categoría de dogma político el respeto mutuo y la tolerancia. ¿Cómo conseguir el milagro de que una mayoría de católicos no tiranizara á una minoría de protestantes, y de que belgas que hablan francés y belgas que hablan flamenco pudieran coexistir pacíficamente, sin pretender imponer unos á otros religión, idioma ni costumbres? Sólo la R. P. podía ser la solución de este conflicto en el terreno de la política. A falta de otro patriotismo, existía el patriotismo de la razón. Y la razón, el espíritu de justicia y de tolerancia, exigían que ningún partido aplastara á los demás y que todas las opiniones, todas las tendencias sociales y políticas estuvieran representadas en el Parlamento en proporción á su fuerza numérica.

d) En fin, la R. P. significaba un paso más hacia la universalización del sufragio. Este ha sido siempre uno de los ideales de los partidos liberales bel-

---

(1) Todas estas diferencias sociales y sus principales manifestaciones en la vida política se estudian con datos muy modernos y con excelente criterio de observación y de crítica en los primeros capítulos del libro de Henri Charriant *La Belgique moderne;* París, Flammarion, 1910.

gas. Con el movimiento político que echó por tierra el régimen censatario dejó de ser un privilegio el derecho de sufragio y aumentó en varios millares el número de electores. Luego se quiso que cada elector fuera verdaderamente dueño de su voto, lo que no sucedía con el sistema de publicidad, que hacía fácil la fiscalización y las coacciones: el voto secreto, establecido en 1877, garantizaba la independencia moral del elector. Pero el régimen de mayorías hacía que resultaran nominales y ficticios uno y otro progreso: no basta que todo ciudadano tenga un voto; no basta que el voto sea sincero: es preciso además que el voto sea una realidad; es decir, que al derecho de votar vaya anejo el *derecho de elegir*. Con el sistema mayoritario, los electores en minoría votan, pero no eligen. Con la R. P., por el contrario, los votos de las minorías son verdaderamente electivos. La R. P. constituye, pues, un poderoso medio de progreso del sufragio universal.

En resumen, el deseo de una mayor *estabilidad de los partidos,* el *saneamiento de las costumbres electorales,* la *pacificación social* y la *efectividad del sufragio* pueden considerarse como las principales razones que determinaron la introducción de la R. P. en el régimen electoral de Bélgica.

4. El sistema belga de R. P. no ofrece, evidentemente, esa simplicidad que, á juicio de algunos, revalida todos los absurdos y brutalidades del régimen de mayorías. Es un sistema algo más complicado, comprende mayor número de operaciones; pero esa misma relativa complejidad constituye la mejor garantía de la verdad y la justicia del sufragio, de la ponderación de fuerzas entre los diversos partidos y del equilibrio y estabilidad que requieren los múltiples factores que integran la vida política. Sea, pues, bien venida.

«La R. P.—según dice Ch. Benoist—se basa en este principio: para hacer buena política es preciso comenzar por hacer buena aritmética; con su corolario natural: cuanto mejor sea la aritmética, mejor será la política... La política de hoy—agrega—es mala, porque también es mala la aritmética del sufragio... La política será buena cuando la aritmética lo sea igualmente, cuando todo grupo de electores, cualquiera que sea su importancia numérica, esté representado, y lo esté en razón directa de esa importancia... Determinar aritméticamente la relación entre la fuerza numérica y el poder político, restaurar la proporción entre representantes y representados: he ahí el fin, y de ahí el nombre, de la R. P.» (1).

La parte técnica del mecanismo electoral belga está inspirada en el sistema del profesor de la Universidad de Gante M. D'Hondt; pero este sistema se refiere únicamente al aspecto matemático del régimen, á las operaciones para el recuento de votos y adjudicación de puestos á las diversas candidaturas en presencia. Tales operaciones no son, sin embargo, todo el sistema.

¿Cómo se forman por los partidos las listas de candidatos, y qué formalidades se exigen para su presentación?

---

(1) Loc. cit., pág. 124.

¿Qué particularidades ofrecen las circunscripciones electorales, la campaña electoral y los boletines de votación?

¿Cómo se constituyen y qué funciones realizan las Mesas electorales?

¿De qué manera se practica el recuento de votos, los cálculos para el reparto de puestos, la proclamación de candidatos elegidos y la designación de los diputados suplentes?

Este es el objeto de los párrafos que siguen, y para explicar en ellos las operaciones del sistema belga—que son, en síntesis, las formuladas en las preguntas que preceden—procuraremos hacer una exposición diáfana de los preceptos de la ley de 29 de diciembre de 1899 y de las impresiones que recibimos en la primavera de 1910, en cuya época el autor de esta monografía, que á la sazón se encontraba en Bruselas, tuvo ocasión de ser testigo de las elecciones legislativas que entonces se efectuaron.

5. A todas las operaciones precede, como es natural, la *formación de las listas de candidatos*.

Como las elecciones legislativas tienen lugar cada dos años (1900, 1902, 1904, etc.) en la mitad de las circunscripciones (1) y en fechas fijas, conocidas de antemano, las Asociaciones políticas preparan con la debida antelación las listas de sus respectivos candidatos. Según se sabe, estas Asociaciones son tres en Bélgica: la Asociación católica, la Asociación liberal y el Partido obrero. No tienen nada de común estas Asociaciones con lo que se llama entre nosotros Comités de partido, sino que son verdaderos organismos políticos, con estatutos y programas definidos, lo que dispensa á los candidatos de elaborar por sí mismos las profesiones de fe y de organizar aisladamente y según su capricho la campaña electoral. Todo esto incumbe á la Asociación; la obra del candidato se reduce á defender las ideas del partido á que pertenece, y no se concibe como fenómeno regular y lícito eso que es tan corriente entre nosotros de que un candidato *acomode* sus opiniones y sus promesas políticas á las exigencias de las circunstancias y del medio en que lucha. De esta manera las opiniones dominantes en el país quedan perfectamente registradas en las cifras del escrutinio, y no se producen esos cambios bruscos á que estamos acostumbrados en los países en que las elecciones *se hacen* desde el Ministerio de la Gobernación.

Para la designación de candidatos se procede de la manera más simple y más lógica. No en vísperas del escrutinio, sino con varios meses de antelación, cada partido convoca á sus adictos, invitándoles: primero, á designar los candidatos del partido; segundo, á decidir en qué orden han de ser coloca-

(1) Nos referimos á la Cámara, pues el Senado se renueva por mitad cada cuatro años. Sin embargo, en caso de disolución la renovación es total; pero después de toda disolución, una mitad de los mandatos conferidos se reduce á dos años para la Cámara y á cuatro para el Senado, á fin de restablecer las series tal cual las fija el artículo 252 del Código electoral. El espíritu conservador es el que ha hecho prevalecer en Bélgica la regla de las renovaciones parciales. Los partidos liberales creen que puesto que la R. P. ha regularizado notablemente los movimientos políticos, sería preferible adoptar la renovación integral. Esta es la opinión de M. Errera, quien agrega: «Desgraciadamente, esta reforma exigiría la revisión de los artículos 51 y 55 de la Constitución.» (Loc. cit., pág. 165.)

dos en la lista (1). Este orden de presentación ofrece un interés capital, porque como la ley Electoral atribuye los sufragios obtenidos por la lista primero al candidato que va á la cabeza, luego al segundo candidato, luego al tercero, y así sucesivamente, claro es que el candidato que se coloca en primer lugar tiene más probabilidades de triunfar que el segundo, el segundo que el tercero, etc.

Una vez que la lista ha sido formada por el partido, procede el trámite de su presentación.

6. La ley quiere ante todo que las luchas electorales sean leales y francas, sin sorpresas ni maniobras de última hora. Por eso se dispone que la *presentación de las listas de candidatos* debe efectuarse, por lo menos, quince días antes del fijado para la elección. En cada lista se indica el nombre, apellido, profesión y domicilio de los candidatos. Deben ir firmadas por cien electores como mínimum, los cuales se llaman «padrinos» de la lista. Los candidatos deben aceptar por escrito su inclusión en la lista, la cual no debe comprender mayor número de candidatos que el de puestos á proveer. Con estos requisitos y dentro del plazo indicado, se remiten las listas al presidente del «*bureau* principal». Si el total de candidatos presentados no es mayor que el de diputados á elegir, los candidatos son desde luego proclamados sin elección por el «*bureau* principal». Esta eventualidad—que es la misma que prevé y resuelve con igual criterio el artículo 29 de nuestra ley Electoral—«era antes frecuente—dice P. Errera—; pero desde que funciona la R. P. no se ha presentado nunca» (2).

Las candidaturas múltiples están prohibidas, pues, según el artículo 256 de la ley, «un mismo candidato no puede figurar en más de una lista en el mismo colegio, ni ser candidato al mismo tiempo en más de un colegio electoral».

Según hemos indicado antes, el partido es el que decide el orden de presentación de los candidatos dentro de cada lista. Pero las listas, además de los candidatos titulares, comprenden los candidatos suplentes, cuyo orden de preferencia se determina de la misma manera y cuyo número está limitado por el artículo 254, á fin de evitar las listas demasiado largas y fantasistas. Aunque la ley prohibe las candidaturas múltiples, autoriza que un mismo nombre sea presentado en la misma lista como candidato y como suplente.

Estas listas de que venimos hablando constituyen los elementos con que se forma la papeleta de votación.

Mariano Gómez González.

(Se continuará.)

---

(1) De hecho así es como se forman las listas; la ficción legal es que son presentadas por cien electores como mínimum. (Véase el párrafo siguiente.)

(2) Loc. cit., pág. 152.

EL CURA DEL CEMENTERIO

(NOVELA)

Al eminente crítico y literato D. Adolfo Bonilla y San Martín.

I

—Seguid leyendo—decía don Benito á su camarada; y éste, hojeando los folios de un enorme volumen, iba leyendo nombres y más nombres, haciendo una breve observación sobre cada uno de ellos.

Don Benito escuchaba atento, caladas sus antiparras, removiendo con la badila las cenizas del brasero. Movía de vez en cuando la cabeza en tono de disgusto, cuando algunas de las observaciones hechas por el sacristán no eran de su agrado. La débil luz del quinqué iluminaba apenas la blanquecina estancia, por lo que el hermano Enrique tenía que aproximarse el libro hacia los ojos, lo cual le daba apariencias de míope.

—Suspended un momento la lectura, hermano, y hacedme el favor de cerrar la puerta de la cocina. Comienzan á penetrar los olores de los guisos, y las voces del ama, que, á decir verdad, debe de hallarse muy alegre, pues canta hoy demasiado, no me dejan atenderos.

Cumplió la orden el hermano Enrique, y se sentó de nuevo para continuar su tarea.

—Podéis seguir. Habíamos llegado á la letra M; ¿no es eso?

—Así es—repuso el sacristán; y montándose de nuevo los quevedos, uno de cuyos cristales se hallaba roto, continuó así: —Martínez Casas, doña Amalia. Esta señora encarga para el día veintiocho tres misas en el altar de San Antonio, por el alma de su difunto esposo.

—¿A cuántos estamos?

—A quince, padre mío.

—Bien; seguid. ¿Hay extraordinarios?

—Ninguno. Total, quince pesetas.

—¡Poco es! Seguid.

—Meléndez de Vivar, don Julio. Este señor encarga se arregle la tumba de doña Margarita Iglesias, adornándola con flores y reparando los desperfectos que se noten.

—¿Cuánto abona?

—Ciento veinticinco pesetas.

—¡Buena persona! Seguid.

—Machado Pérez, don Alfonso. Restaurar la tumba de la señorita Luisa Candelas del Cerrillo.

—¿Quién era esa joven?

—Se ignora el parentesco que le ligaba con ella.

—¿Cuánto abona?

—Cien pesetas.

—¡No se muestra muy espléndido! Seguid.

—Milano Sanz, Eustaquio; jornalero. Encarga una corona para el nicho de su esposa, María Alvarez.

—¿Cuánto...?

—Cinco pesetas.

—¡Miserable! Las flores valen más, y la mano de obra, el doble. ¡Vaya un recuerdo! Para eso, más vale no hacer nada. Otro nombre.

—Marquesa del Campillo. Encarga que todas las misas que se celebren mañana sean aplicadas por el alma de su hijo. Que al llegar el féretro á las once de la mañana se le cante responso de primera clase.

—¡Bien, bien; eso debe de subir bastante!

—Quinientas pesetas.

—¡Eso es, hermano! Acordaos de sacarme la capa pluvial de las grandes solemnidades, el hisopo de plata, la casulla de raso negro bordada en oro, el alba de seda y el bonete nuevo. Seguid leyendo.

—Marragán y Montes, Julia; labradora. Abona dos pesetas para que se enciendan cuatro velas ante el nicho de sus padres.

—¡Eso es imposible!—exclamó enfadado don Benito—. Las velas son más caras. Se le encenderán dos, y gracias. Seguid.

—No hay más nombres.

—¿Cuánto arroja esta letra?

El hermano Enrique hizo una breve operación, apuntando la cifra con un lápiz, y respondió:

—Setecientas cuarenta y siete pesetas.

—Bien. Vamos á otra letra.

—No hay más.

Don Benito se recostó en la butaca, colgó la badila en un clavo que había en la pared para este objeto, y exclamó, pasándose la mano por la frente:

—Decidme el total de lo que arroja el día.

Volvió el sacristán á hacer otra nueva operación, y respondió al cabo de un rato:

—Los ingresos de hoy ascienden á mil seiscientas diez y ocho pesetas quince céntimos.

—¡No es mal día! Con los céntimos os podéis quedar para que os toméis una copa á mi salud.

El hermano Enrique cerró el libro, que tenía en la cubierta el rotulito siguiente: «Libro registro de encargos»; lo guardó en un armarito de pino, y cerrándolo con llave, entregó ésta al padre Benito.

—¿Qué hora es?—preguntó éste.

—Las ocho y media.

—¿Qué noche hace?

Abrió la ventana el hermanito, miró al espacio, y dijo:

—Mala; está lloviendo.

El religioso hizo un gesto de mohín.

—Cerrad, cerrad; entra agua y frío—exclamó, dirigiendo estas palabras con tono agrio á su ayudante, que se había quedado contemplando la triste perspectiva que ofrecía aquel enorme jardín de flores secas, aquel recinto donde reposaban confundidos el orgullo, la riqueza, la humildad y la pobreza—. Decid al ama, hermano, que prepare la mesa, y mientras dejadme solo, que como no me hallo muy bueno, tengo el cerebro un tanto fatigado.

Salió de la estancia el sacristán, amortiguando antes la luz del quinqué, y cerró tras sí la puerta.

***

Al verse solo don Benito, cerró por dentro, abrió el armario, avivó la luz, sacó el volumen que guardara poco antes su ayudante, y comprobó las sumas. Estaban bien hechas. Después, abriendo un cofrecito de hierro, comprobó la suma que rezaba el libro con la cantidad en metálico que había en un bolsón de cuero. No faltaba un céntimo. Su secretario era fiel y honrado.

Volvió á guardarlo todo, abrió la puerta y entró en la cocina, en donde su ama, entre risas y chanzas, contaba al hermano Enrique una picante historia mientras se asaba á la parrilla una pata de carnero.

—¡Alegres estamos, ama!—le dijo don Benito.

—¡Qué queréis, padre mío! Algo hay que hacer para olvidar las penas.

—Pues qué, ¿también las tienes?

—¡Ay, don Benito! ¿Qué mortal no las conoce? ¿Le parece á usted poca amargura verme desterrada del mundo de los vivos para sepultarme en vida entre los muertos?

—Si así es, ha sido por tu gusto.

—Verdad; fué por mi gusto; pero...

—Además—interrumpió el sacerdote—, si estuvieras en ese mundo de que hablas, tal vez echaras de menos este en que vives.

—Puede ser; no hay nadie contento con su suerte.

—La prueba de ello es que no debes de estar tan descontenta cuando te has pasado todo el día de hoy cantando, atolondrando mis oídos.

—¡Qué queréis! Es que no creía yo que hasta en estos lugares osaran los hombres dirigir requiebros y pensar en desatinos.

—¿Pues?...

—¡Sí!—exclamó el hermano Enrique, hombre ya anciano, aun cuando malicioso y perspicaz—. Contándome estaba cuando habéis entrado una aventura que le ocurrió el domingo.

—¿Qué es ello?

Sonrojóse el ama, murmuró entre dientes, y en aquel momento un aldabonazo dado con fuerza en la puerta de la casa dejó á todos en suspenso.

Se asomó el hermano á la ventana y preguntó:

—¿Quién?

Y una voz varonil respondió fuera:

—Pedro.

Corrió el ama á abrir la puerta, y volvió seguida de un hombre alto, joven, que por el traje que llevaba y la hatada que traía sobre sus espaldas debía de ser pastor.

***

—¡Hola, ilustre mayoral!—exclamó don Benito al verle entrar.

—Buenas noches, señores—replicó éste.

—Mala noche traemos, ¿eh?

—Mala en verdad. Sopla un ábrego fuerte que hace temer que la lluvia no cese.

—¿Dónde ha dejado á Juan?—interrogó el ama.

—En el ventorro de Guillén. Topóse con unos amigos por el camino, y se marchó con ellos á jugar á las cartas.

—¿Vendrá á cenar?

—No.

—Entonces—dijo el religioso—, ama Gertrudis, puedes sacar la cena.

—Cuando guste, padre mío.

—¡Pero, tío!—exclamó Pedro—, ¿cuándo vais á dejar de llamar ama á esta moza, que lleva entre pecho y espalda metida la juventud?

Celebraron todos la ocurrencia, menos Gertrudis, que encarándose con don Benito, le dijo:

—Y tiene razón su sobrino: que cualquiera que oiga á su paternidad, creerá que tiene un ama *seca,* cuando menos.

Volviéronse á reir, y se dirigieron al comedor, donde la mesa, con blanco mantel, relucientes cubiertos y fina loza, les aguardaba.

Don Benito, hombre pulcro, se dirigió antes de ocupar su sitial á un lavamanos que pendía de la pared, y enjugándose las yemas de los dedos, murmuró entre dientes:

—*Lavabo inter innocentes manus meas...*—y secándoselas con una hazaleja que colgaba de un clavo, dijo á su sobrino: —Ve escanciando el vino, que el licor de la vida debe siempre presidir la mesa.

Hízolo así Pedro, y después se colocaron todos en sus respectivos asientos, menos Gertrudis, que, por estar en calidad de doméstica, era la que servía las viandas y comía en la cocina.

Y antes de prosiguir adelante, el autor cree oportuno decir algunas palabras acerca de las cuatro personas que ya conoce el lector.

***

Don Benito había sido en su juventud el hombre predilecto de los salones de la alta sociedad; el *dandy* que con su arrogante figura, su rostro afeminado, su exquisita cultura, su clara inteligencia y sus delicados sentimientos había

subyugado el corazón de más de una mujer y había sido causa de disgustos y disputas entre las muchachas casaderas. Tal vez por todas estas circunstancias, ó porque su sino se mostró siempre con él duro é implacable, abandonó ese mundo, en el que tanto había gozado, para entrar en otro que le prometía una vejez moderada y en el que veía la filosofía que estaba de acuerdo con sus sentimientos. Holganza, dinero: he aquí lo que había sido desde niño su sueño de oro. Y como el dinero no le faltó al principio, pues sus padres al morir le dejaron heredero de bastantes bienes, no tuvo que pensar en asegurar su vida, sino en el modo de gozarla y de emplear aquellos puñados de dinero de que la muerte le había hecho dueño. Pero su fortuna no era eterna, y llegó por último lo que jamás había pensado: la última moneda de su capital. Vivió después gracias á empleos y destinos; pero su mano, demasiado abierta, derrochaba cuanto recibía. Así, pues, no extrañará al lector verlo ahora investido de las órdenes sagradas, á las que se dedicó, más que por vocación, por miras personales. En la época á que nos venimos refiriendo frisaba ya en los cincuenta, y conservaba aún en su fisonomía los vestigios de su juventud. Su cutis terso, su pelo entrecano y su aire grave le daban un noble aspecto que hacía adivinar al hombre de mundo, al desengañado de la vida. Sus sentimientos, por el contrario, no eran los mismos. Tal vez por el mundo en que habitaba, por lo adversa que le había sido la suerte y por el amor que al dinero siempre había profesado, su corazón se veía desposeído de la ternura que le había caracterizado y de la caridad que le había sido peculiar. Ahora no le hacían mella ni las adversidades que pudieran sufrir sus semejantes, ni los episodios tristes de que por desgracia se halla lleno el libro de la Humanidad, pues acostumbrado al constante trato con los muertos, á las calamidades y miserias humanas que de continuo escuchaba en confesiones y confidencias, su corazón se había avezado á ellas y cerrado á todo sentimiento generoso y noble.

Por el contrario, el hermano Enrique era un hombre que vestía el hábito desde sus más tiernos años, ignorando, por tanto, lo que ocurría en ese mundo de que le hablaba don Benito. Alto, delgado, de nariz aguileña y de escasa inteligencia, adivinábase en él al hombre inculto, al que ha tenido que soportar toda su vida privaciones y miserias, y al hombre de corazón compasivo y tierno, aunque tosco. Anciano ya, toda su vida se la pasó de sacristán ó ayudante de misa, siendo más ducho en estos trabajos que en esforzar su inteligencia para meter en su cabeza teologías y filosofías.

Ama Gertrudis, á quien don Benito daba este calificativo por la abundancia de sus carnes, no por su edad, era una moza fresca y guapetona que lindaba ya en los treinta. Desde niña había estado al servicio de los padres de Pedro, debiéndoles tanto ella como los suyos muchísimas atenciones. Los padres de Gertrudis, al morir, la encomendaron á los de Pedro, y más tarde, cuando el tío Benito apareció en la aldea vistiendo el traje talar y encargado del cementerio, pasó Gertrudis al servicio de éste en calidad de ama y de sirvienta. Pedro, hombre también culto y un tanto enamoradizo, hacíale la corte burlando la vigilancia de su tío. Rayaba ya en los veintiocho y había recorri-

do medio mundo, por lo cual había adquirido una ilustración suficiente para pasar en la aldea por el *hombre ilustre* por excelencia. Su amor á la tierra natal y á la faenas pastoriles, á la soledad y paz de su hatería, y, en una palabra, á todo aquello que tuviera sabor local, le arrastraron á despojarse de la levita y chistera que antes vistiera y á empuñar la aijada para conducir una yunta, ó la esteva del arado para marcar los surcos en su haza, porción de tierra labrantía que le pertenecía por herencia, ó conducir su hato por valles y collados con su hatada al hombro. Esto le encantaba, y éstas eran sus distracciones favoritas. Y cuando intentaba, por cualquier circunstancia, marchar á la ciudad vistiendo flamante traje de rico paño, llamaba la atención por su apostura y su cortesía, borrando las huellas de todo aquello que pudiera traer á la memoria las faenas á que se dedicaba.

Y una vez que conocemos ya á los cuatro personajes, prosiga el cuento.

II

Así que se sentaron á la mesa, don Benito, que no había echado en saco roto las palabras del hermano Enrique relativas á la aventura que le ocurriera el domingo á ama Gertrudis, preguntó á ésta en una de las varias veces que iba y venía de la cocina al comedor:

—Gertrudis, ¿qué aventura es esa de que habló el hermano Enrique y que tanto *pavo* te ha causado?

—Nada, padre mío. Picardías de los hombres, que hasta los lugares más santos los convierten en sitios de diversión.

—Pues ¿qué fué ello?

—Que marchaba á la fuente con mi bocal á la cabeza, y en el atajo me encontré con un hombre que llevaba á cuestas un herpil lleno de melones. Saludóme, contesté al saludo, y cuando más descuidada estaba, sentí que me cogían por la cintura y me echaban en tierra...

—¿Y tú consentiste...?—interrumpió Pedro.

—¿Qué iba á hacer, señorito, con un hombre que tiene más fuerza que Sansón?

Y al decir esto, giró rápida sobre los tacones y se dirigió á la cocina.

El rostro de Pedro se encendió de ira; permaneció mudo unos instantes, hasta que, acercándose á su tío, le dijo por lo bajo:

—Tío, tenemos que hablar.

—Cuando quieras.

—Mañana—y alzando la voz, añadió: —¿No os parece algo ligera?

—¡Pse!—exclamó don Benito, sonriendo maliciosamente.

Terminó la cena, y ya de sobremesa, Pedro se dirigió al abaz, que era de pino, y sacando una botella de cazalla, sirvió tres copas y exclamó:

—¡Bebamos y endulcemos los amargos tragos de la vida!

Hiciéronlo así, y mientras el hermano Enrique sacaba unos naipes, dispuesto á jugar unos cuantos solitarios, el sobrino preguntó al sacerdote:

—¿Y qué aventuras nos contáis hoy?

—Varias.

Pedro restregóse de gusto las manos, y dijo:

—Ya escucho.

Y don Benito comenzó así:

—Serían próximamente las doce de la mañana, y cuando paseaba yo por uno de los patios del cementerio rezando mis oraciones, vi que penetraba en él una señora alta, enlutada, de bello rostro, aunque velado por la tristeza, y dirigiéndose á una lápida, se arrodilló, permaneciendo en aquella actitud cerca de un cuarto de hora. Su rostro no me era desconocido. Hice un poco de memoria, y para cerciorarme de si era la que me había figurado y la que como vago recuerdo había herido mi cerebro, pasé con disimulo por delante de ella, y vi que no me había engañado Era la misma. Ella no me vió, ó al menos no me reconoció. Quise llamar su atención, bien tosiendo á intervalos, bien pasando repetidas veces por donde ella estaba; pero todo fué inútil Nada conseguía volverla del profundo éxtasis en que se había sumido. Decidí por último estacionarme en la puerta de salida, y así lo hice. Al poco rato la vi levantarse, volver á mirar dos ó tres veces la lápida ante la cual había orado, y al pasar por delante de mí me clavó su dulce mirada. La vi palidecer y decirme con voz casi apagada:

»—Buenos días, padre.

»—Id con Dios, hermana—le respondí.

»Tomó un coche *simón* que le aguardaba, y pude observar que me miraba con insistencia á través de los cristales. No había duda: era ella, y de seguro me había reconocido. Quise cerciorarme, y me dirigí á la lápida. Allí leí: «Aquí yace D. Francisco Quirós de Roncesvalles. Rogad por él. Tu esposa no te olvida.» Sentí honda tristeza en mi corazón, y creo que hasta á mis ojos se asomaron algunas lágrimas.

—¿Quién era? —preguntó Pedro.

—Allá en mi juventud—siguió diciendo el religioso—, cuando perdí á mis padres y cuando la herencia de que fuí dueño se fué diezmando poco á poco, entré como administrador en la casa de ese don Francisco Quirós de Roncesvalles. Bellísima persona, por cierto, aunque un tanto celoso y desconfiado de su esposa. Yo, que había sido un hombre que gustó siempre de divertirse con la mujer ajena, procuré aprovecharme de aquella ocasión que se me venía á las manos. Siempre tuve el capricho de hacer rabiar á las solteras, procurando que se interesaran por mí y dejándolas después con sus ilusiones; pero gusté más todavía haciendo rabiar á los maridos, procurando torturarles con el enemigo implacable de los celos.

—¡Vaya un don Benito Tenorio!—exclamó Pedro.

—¡Maldito rey de bastos!—exclamó el hermano Enrique haciéndose el desentendido—. ¡Bien podía haber salido al principio, y el juego estaba hecho!

—Pues, como iba diciendo—prosiguió don Benito—, entré de administrador en esa casa, y doña Maltide Aza de Quirós, que tal era el nombre de la mujer de don Francisco, por cierto alegre y bulliciosa, hizo pronto conmigo muy buenas migas. Pasaron dos ó tres años; la amistad entre los dos iba creciendo, y al percatarse de ello don Francisco, me llamó un día á su despacho y me dijo:

»—Siento en el alma la mala nueva que le voy á comunicar á usted; pero desde primero de mes cesa en el cargo que desempeña en mi casa.

»Un tanto confundido, me atreví á preguntarle:

»—Pero... ¿está usted descontento de mí? ¿Desconfía usted en algo?...

»—Nada, nada—me respondió—; mi resolución está tomada y es irrevocable. Procedo de este modo por no tomar otras medidas que pudieran acarrear á usted serios disgustos.

»—Pero ¿ocurre algo?...

»Y recuerdo que, mirándome fijamente, me contestó colérico, en actitud un tanto ridícula:

»—Eso... el tiempo lo dirá.

»Hízome gracia la ocurrencia, bajé mohino la cabeza, y sin replicar palabra me dirigí á mi escritorio para preparar los libros, cuentas, balances, en fin, todo lo concerniente al cargo que desempeñaba, para que mi sucesor, si es que lo había, encontrase todo en condiciones.

»Así acabé aquella aventura, y hoy me entero de que el buen don Francisco ha fallecido, víctima tal vez de los malditos celos, y me encuentro de nuevo en mi camino con su viuda.

—¿Y os aprovechasteis de ella?—preguntó Pedro.

—¡Pse! Se hizo...

—¡Cinco de copas! ¡Esto va al pelo!—exclamó el hermano Enrique, que seguía embebido en su solitario.

Miráronse tío y sobrino, y sonrieron maliciosamente.

—Y tú, ¿qué has hecho hoy?—preguntó don Benito.

—Pasar el día en la hornachuela de Roque cuidando del ganado. Por cierto que sufrí un gran susto. A la hora de la recogida, cuando cada res anda por su lado, quise ayudar á Roque á reunirlas para la encerrona, y un hermoso toro, que me desconocía, la emprendió conmigo, y yo, que no soy diestro en la capea, me vi negro por salvar la pelleja en aquel trance. Según me dijo después Roque, era uno de los más abantos que posee.

—¿De modo que has dejado hoy á tu rebaño?

—Lo dejé al cuidado de Simón, y me fuí á pasar el día en compañía de Roque. Y decidme ahora, tío: ¿cómo ha andado hoy la muerte?

—Tardía—respondió el hermano Enrique tomando cartas en la conversación y dejando las que tenía en la mano en un cajón del abaz.

—Poco negocio, poco negocio—replicó don Benito—. Nada más que diez y ocho defunciones.

—No está mal—repuso su sobrino.

—En cambio, mañana tenemos responso de primera clase—exclamó el religioso frotándose las manos.

—¡Hola, hola! Quinientas del ala, ¿eh?

—Pero va un alma al cielo—replicó con tono ceremonioso el sacerdote.

En aquel momento entró ama Gertrudis con una candileja en la mano, y dijo á don Benito:

—¿Se le ofrece á usted algo, padre mío?

—Nada, hija; puedes acostarte.

—Entonces, buenas noches, y hasta mañana.

—Adiós. Sueña angelitos.

—Y no pienses más en la aventura del domingo.

—Descuide el señorito.

—Vete, que ya nos encargaremos de abrir la puerta á Juan.

Desapareció el ama, y volvieron los tres á reanudar su conversación.

—¡Cuidado que mi vida—exclamó don Benito—ha sido un tejido de calamidades!

—No os podéis quejar, tío.

—¡Vaya si me quejo! Parece que la Providencia se ha complacido en hacerme apurar constantemente cálices amargos.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó el hermano.

—Pero, aún así, habéis gozado la vida.

—Según y cómo. Divertirme, sí lo he hecho; pero, en cambio, no he visto fiesta completa. En cuanto comienzo á disfrutar del modo mejor lo que me place, viene el sino fatal á mudar la esencia de las cosas. Faltándome primero mis padres, perdiendo después la fortuna, quedándome más tarde cesante, hasta que, por último, después de mil evoluciones, vine á estrellarme con lo que jamás había pensado: con esto—y señaló su sotana—. ¡Soy verdaderamente el rigor de las desdichas!

—Si Dios lo quiere así, ¿qué le vamos á hacer, padre mío?—exclamó el hermano Enrique con voz apagada.

—¿Que qué quiero? Que no se acuerde tanto de mí. Y á propósito de esto voy á contarles un cuento que me viene á la memoria y que tiene mucha gracia, y que explica el motivo de mi infortunio. Se cuenta por ahí que San Pedro es el encargado de traer y llevar entre Dios y los hombres los mensajes, premios y castigos. Como la Humanidad es muy grande y además muy pedigüeña, son infinitas las súplicas que diariamente tiene que elevar el santo apóstol al Todopoderoso. Como para acceder á tanta petición se requiriría un ímprobo trabajo, apenas llega San Pedro diciendo al Dios misericordioso: «Señor, he ahí á Fulano, que pide tal y tal cosa», «Que se le conceda», responde Dios; pero hete aquí que un día el Señor está de mal humor, y para quitarse de encima al mensajero apóstol, apenas llega diciendo: «Señor, he ahí á Fulano...», «¡Que le den más, que le den más!», exclama; y si el que solicita es un pobre desgraciado cuya vida es un constante padecer, «¡Que le den más, que le den más!», exclama; y el infeliz, en vez de mejorar de vida, va recibiendo más y más infortunios.

Riéronse tío y sobrino al terminar el cuento, y el hermano Enrique, á quien no agradaban estas chanzas, se levantó y, dando las buenas noches, se retiró á su cuarto.

Al verse solos, Pedro dijo á su tío:

—¿Queréis que hablemos ahora?

—Como gustes.

Y encendiendo un cigarro, Pedro comenzó así:

—El hombre, querido tío, fué creado, no para vivir solo, sino para que una Eva compartiera con él sus alegrías y sus pesares.

—Bien, bien—interrumpió don Benito—; todo eso quiere decir que deseas casarte, ¿no es eso?

—Lo habéis adivinado.

—¿Y quién es ella?

—He aquí la cuestión. Como sabéis, á Dios gracias, dinero no me falta, y creo que puedo hacer feliz á cualquier mujer. Además, ya no soy ningún chiquillo...

—Muy bueno está todo eso—interrumpió el sacerdote—, y apruebo tu resolución; pero antes sepamos quién es ella.

—No me atrevo, tío.

—¡Cómo! No eres ningún chiquillo, dices, ¿y te da vergüenza comunicarme quién es tu novia?

—Es que es muy grave, tío.

—¿Eh?

—Que quizás os disgustéis.

—¡Ea, ea!; déjate de tonterías, y dilo sin reparos. ¿Quién es ella?

Quedóse en silencio Pedro, se encendió su rostro, se rascó una oreja, hasta que con voz debilitada por la emoción y entrecortada por el miedo contestó:

—Pues... Gertrudis.

Tosió don Benito, quedóse mirando la punta encendida de su cigarro, arqueó las cejas, y murmuró entre dientes:

—Gertrudis..., Gertrudis...

—¿Os sorprende, tío?

—¡Pse! Regular. Lo que me asombra es ver lo solapado que has sido.

—¿Pues?...

—Porque no me he dado cuenta de ello. Pero ¿lo sabe ella?

—¡Naturalmente!

—¿Y está conforme?

—Dice que sí.

Quedóse don Benito un rato pensativo, suspiró profundamente, y preguntó á su sobrino:

—¿Y crees que serás feliz con ella?

—Creo que sí.

Volvió á suspirar el religioso, sonó en la puerta un aldabonazo, y volvió á murmurar:

—¡Qué mundo éste!

—¿Os desagrada, tío?

—No. Pero una cosa te diré, pues al fin eres mi sobrino, para que la pienses y procedas según te convenga.

—Ya escucho.

Quedó en suspenso unos instantes el sacerdote, pensando mucho las palabras que iba á decir, hasta que exclamó por fin:

—Me da vergüenza.

—¿Os chanceáis, tío?

—No, por mi vida.

—¿Entonces...?

—Pues bien; ahí va sin rodeos... La tal Gertrudis... es una horra.

—¿Eh?—exclamó sorprendido Pedro.

—Lo que oyes—contestó don Benito levantándose.

—¿Cómo sabéis...?

—Lo sé... por experiencia.

Y al decir esto volvió las espaldas á su sobrino y se marchó á abrir la puerta.

***

Entró Juan. Era éste un hombre alto y flaco, de rostro tostado por el sol y surcado de arrugas. Era primo de Gertrudis.

—¿Qué noche traemos?

—Mala.

—¿Llueve?

—Sí, señor cura.

Atrancó la puerta don Benito echando llave y cerrojo, y después de darse las buenas noches, marchóse cada uno á su aposento. Pedro apagó el quinqué al ver que su tío no volvía, y se fué también al suyo. La noche que pasó fué horrible. Las palabras de su tío zumbaban en sus oídos, y se fatigó el cerebro de tanto cavilar, y se torturó el corazón con sus zozobras. ¿Serían ciertas las palabras que le dijo su tío? ¿No habría oído mal? Y de ser ciertas, ¿cómo lo sabría su tío? ¿Serían figuraciones? Y después de mucho pensar, de dar vueltas al asunto, de querer encontrar un cabo que en vano buscaba, y rendido ya por la fatiga y por el sueño, exclamó con ademán de fanático creyente:

—¡Cuán grande es la sabiduría de los ministros de Dios!...

III

Al día siguiente muy de mañana hallábase don Benito sentado en la solana tomando una jícara de chocolate con mojicones, después de haber rezado ya su cotidiana misa. El hermano Enrique registraba armarios y cajones, sacando de unos y otros ornamentos sagrados. Una capa pluvial de raso negro bordada

en oro, un hisopo de plata, un alba de seda blanca y ricos encajes de Damasco, un bonete nuevo, etc., etc.

Juan hallábase cavando unas cuantas fosas, Gertrudis se entregaba á los quehaceres de la casa, y Pedro, con su hatada al hombro, marchaba por un sendero, camino de su hatería.

Así que terminó su desayuno, púsose á pasear el religioso con el libro de oraciones entre las manos haciendo que rezaba, pero en realidad pensando en las quinientas pesetas del responso de primera clase.

Su mirada se fijaba alternativamente, ya en las lápidas, que ostentaban tristes memorias, ya en los hermosos mausoleos que todavía no habían recibido las cenizas de sus dueños.

Y aquel corazón, cerrado á todo sentimiento generoso, insensible á la triste perspectiva que ofrecía aquel vasto campo de desolación, dominado por una sola pasión, el interés, prorrumpía en la siguiente exclamación cuando sus ojos se fijaban en aquellos mausoleos:

—¡Señor! ¿Cuándo morirán los dueños de estos panteones?...

***

Cerca de las once serían cuando las campanas del cementerio comenzaron á doblar á muerto. En la puerta aguardaban tres chiquillos como de unos quince años vistiendo sotanas negras y roquetes de fino encaje. Dos de ellos sostenían ciriales encendidos, y el de en medio, una gran cruz de plata. Detrás aguardaban don Benito, vestido como en las grandes solemnidades, el hermano Enrique, Juan, el sepulturero, y otros tres ó cuatro hombres más.

Por uno de los caminos que conducían á la ciudad y que se perdía en el horizonte avanzaba con paso tranquilo y majestuoso una hermosa carroza fúnebre tirada por ocho caballos empenachados y conducidos de las bridas por ocho palafreneros. Detrás una fila continua de coches se perdía en lontananza. Semejaba un enorme reptil de cabeza monstruosa y cola imperceptible que se arrastraba con dificultad, contoneando su flexible cuerpo por los constantes vericuetos del camino.

Llegó el entierro al cementerio, y don Benito comenzó á cantar con voz segura y potente salmos y latines, siendo contestado por la voz destemplada del hermano y por la de los monaguillos y demás hombres que le rodeaban.

Y como relatar minuciosamente lo que suele hacerse en estos casos sería fatigar al lector y entristecerle, y traer á su memoria el día que fuimos á acompañar á la última morada á seres queridos de la familia ó amigos, paso por alto los pormenores, añadiendo nada más que los responsos por el alma de aquel finado fueron varios, y que las puertas del Edén eterno le fueron abiertas merced á las quinientas pesetas que le costó el responso de primera clase, como última recomendación del alma.

***

Después que todo quedó en silencio despojóse don Benito de sus sagradas vestiduras y siguió paseando, entregado su espíritu á profundas reflexiones y satirizando con su viperina lengua los epitafios que ostentaban algunas lápidas.

—¡Qué mundo éste!—decía—. ¡Maldito dinero, que todo lo puede!—Y después, filosofando, añadía: —Y todo, ¿para qué? Para nada. Más allá de la muerte, ¿existe algo?...

Y sin querer meterse en honduras, por considerarlo impropio de su profesión, exclamaba con el gran Shakespeare: *To be or not to be, that is the question:* «Existir, ó no existir: he aquí la cuestión.» Y más tarde, al recordar su historia, al reconocer que un hado fatal, como él decía, le había hecho apurar tan malos tragos, convirtiéndole en un ser incrédulo y sin entrañas, murmuraba en latín: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas:* «¡Feliz quien haya podido conocer las causas de las cosas!» Pero no se desesperaba. Él hacía su negocio, y tarde ó temprano conseguiría su ideal: *il dolce farniente,* la dulce ocupación de no hacer nada, pues aun cuando actualmente ya lo hacía, le faltaba recuperar el capital perdido; y como pensaba con los italianos que *chi va piano va sano...,* íbalo reuniendo poco á poco, con ahorros y otros medios que ignoramos, con calma y reflexión.

***

Por la tarde, á las tres, cuando don Benito se hallaba entregado al reposo, vino el hermano Enrique á despertarle, diciéndole:

—¡Padre, otro entierro!

—¿Quién es?

—Lo ignoro; no teníamos noticias de él. Es pobre.

—Pues bien, hermano; poneos el roquete, rociadlo con agua bendita y echadle cuatro bendiciones; que como anoche me acosté tarde por esperar á Juan, llevo sueño atrasado.

Salió á cumplir la orden el hermano Enrique, y don Benito cerró los ojos y siguió durmiendo.

IV

Por la noche, una vez terminada la faena de ir anotando en el libro registro los encargos recibidos durante el día, preguntó don Benito, como de costumbre, á su ayudante:

—¿Cuánto arroja el día de hoy?

—Doscientas veintitrés pesetas.

—¿Hay céntimos?

—Ninguno.

—¡Mal día! Esto no puede seguir así. Como vengan muchos como éste, ¿qué va á ser de nosotros?

Levantóse malhumorado y comenzó á pasear por la habitación. El hermano cerró el libro, lo guardó, y sin replicar palabra salió de la habitación en busca del ama, que se hallaba poniendo la mesa.

Al poco rato llegaron Pedro y Juan, y por mandato de don Benito fué servida la cena.

Juan, por ser de baja estofa, como decía don Benito, comía siempre en la cocina con su prima Gertrudis... Y una vez de sobremesa, cuando en ella no quedaban indicios de la cena, cuando el hermanito sacó sus cartas y se dispuso á jugar sus solitarios, Pedro preguntó á su tío:

—¿Hay aventuras hoy?

—Una, y famosa—contestó éste sacando tres cigarros de su petaca de plata, tomando él uno, y ofreciendo los otros dos á su sobrino y al sacristán.

—Gracias.

—Esta mañana—comenzó diciendo—, después del entierro del hijo de la marquesa, llegó un *simón* á la puerta y descendió de él una señora, muy hermosa y joven, por cierto, que se dirigió á la sepultura donde rezara el día anterior doña Matilde Aza de Quirós.

—¿Y no era ella?

—No; porque después de un rato, cuando esa señora colocaba unas cuantas flores en la tumba de don Francisco, penetró en el cementerio doña Matilde. La impresión que experimentó y el semblante que puso al descubrir aquella otra señora que oraba en la sepultura de su esposo, no es para descrito: es para ser visto, como lo vi yo, pues me hallaba paseando.

—¿Quién sería?

—Lo ignoro. Sólo sé decir que causó mal efecto á la segunda, y que la primera, al verla, abandonó el cementerio. Doña Matilde permaneció arrodillada largo tiempo, agitándose como si estuviera nerviosa; examinó detenidamente las flores que depositara su antecesora, y, por último, vi que mirando al cielo se enjugaba algunas lágrimas.

—¡Qué misterio!—exclamó Pedro.

—Sí, señor; un gran misterio. Me miraba la afligida viuda como diciéndome: «Padre, ¿qué opina usted de esto?»; y yo, haciéndome el desentendido, como si aquella mirada no rezara conmigo, seguí paseando, mordiéndome la lengua, que pugnaba por pronunciar su nombre y descubrir el misterio que mi fisonomía le causara. Su expresión era angustiosa, y de fijo habría permanecido allí toda su vida, dispuesta á descifrar aquel enigma, si el auriga del *simón* no se le hubiera acercado con respeto, diciéndola:

»—Señora, ha pasado ya una hora.

»Levantóse, me dirigió una postrer mirada llena de ternura y de misterio, y abandonó la estancia de los muertos.

—¡Qué raro es todo eso, tío!

—¡Verdaderamente!

—¿Y conocíais á aquella otra señora?

—Sí; después que hice un poco de memoria, su rostro no me fué descono-

cido. Recuerdo haberla visto varias veces en este mismo lugar, rezando ante la misma losa; mas no llamó nunca mi atención por no encontrar en ello misterio alguno.

—¿Y decís que la habéis visto varias veces?

—Sí.

—¿Y á su esposa nunca?

—Ayer fué la primera vez.

—Es muy extraño. Quizás alguna parienta...

—Lo dudo. Don Francisco tenía pocas, y ésas lejos de España.

—Quizás alguna amiga...

—Tal vez sea eso: alguna amiga... agradecida.

El hermano Enrique comenzó á descabezar un sueño, no se sabe si fingido. Entre tío y sobrino cruzóse una mirada de inteligencia, y comenzaron á reir maliciosamente. Despertóse el hermano, y al comprender que era objeto de burla, se levantó, guardó las cartas, murmuró entre dientes: «Buenas noches», y medio tambaleándose se marchó á su cuarto. Al desaparecer, don Benito exclamó:

—¡El infeliz es lerdo!

—Ahora que estamos solos, tío—dijo Pedro—, desearía que me explicarais lo que me dijisteis anoche.

El religioso, haciéndose el desentendido, interrogó:

—¿Á qué te refieres?

—Á mi boda; á Gertrudis.

Hizo don Benito un mohín de disgusto, y dijo:

—Verás; voy á serte franco. Tú tienes dinero, eres un buen mozo, y has recibido una esmerada educación.

—Gracias, tío.

—No es por adularte; es la verdad. Por tanto, tú debías ambicionar otra cosa, buscar algo mejor; marchar á la ciudad, y allí enamorarte de una de esas distinguidas señoritas, y no fijarte en esta mujer, paleta al fin y al cabo, indigna de ti.

—Ya sabéis, querido tío, cuál es mi modo de pensar sobre esto. Yo no aspiro á nada superior á mí; al contrario, quiero que la mujer que me toque por esposa sea en condición y clase inferior á mí. Prefiero una mujer modesta, sin grandes aspiraciones y laboriosa, á una de esas que sólo piensan en descubrir medios para malgastar el dinero de su marido, ya con costosas *toilettes,* ya con enormes sombreros. Una, en fin, que se conforme con poco, para que si el día de mañana, por desgracia, experimento algún quebranto en mi fortuna, sepa amoldarse á las circunstancias y sufrir con resignación las consecuencias. Por tanto, no son esas que me proponéis, querido tío, las que se conforman fácilmente con un cambio de vida; no son ésas las llamadas á hacerme feliz.

—Pláceme tu modo de pensar, y comprendo que tienes razón; y, después de todo, como tú eres el que tienes que hacer tu gusto, allá tú.

—¿De modo que accedéis?

—¿Por qué impedirlo?—contestó encogiéndose de hombros don Benito.

—Os doy las gracias, y me permitiréis que os haga otra pregunta.

—Tú dirás.

—Aquello que me dijisteis de Gertrudis...

—¡Basta!—le interrumpió el sacerdote—. Lo dicho, dicho, y no quieras saber más; que es condición de buenos cristianos creer lo que nos dicen que creamos.

Levantóse don Benito, se acercó á la puerta, y gritó:

—¡Gertrudis! Puedes retirarte cuando quieras.

Y volviéndose á su sobrino, añadió:

—Y ahora vamos á cumplir con el dios Morfeo, que ya es hora de entregarse al sueño.

Marcháronse ambos á sus respectivos cuartos, y antes de separarse, dijo Pedro á su tío:

—Mañana seguiremos.

V

El día siguiente amaneció espléndido, y un viento solano arrojaba las nubes á otras regiones. La luz del alba sorprendió á Pedro hablando con Gertrudis. Éste disponíase á partir, y aquélla, con una gran sera llena de carbón, le despedía en la puerta. Sostenían la siguiente conversación:

—Tío Benito accede.

—¿Y cuándo será ello?

—Pienso que pronto. Antaño, como sabes, pensaba lo contrario; pero ahora te prometo que no pasará de este año.

—Creo en tu palabra, Pedro, porque sé no mientes, y regocíjome de la nueva que me das; que ya ansío con todas veras verme señora de tu casa para que mis cuidados no te falten y te haga feliz según pueda y Dios me dé á entender.

—Gracias, Gertrudis; tus palabras me llenan de satisfacción y orgullo, porque comprendo que me quieres y que seré feliz contigo.

—¡Dios lo quiera!

Los pasos de don Benito se oyeron á lo lejos, y un fuerte abrazo enlazó á los enamorados.

—¡Adiós, morena!

—¡Adiós, mi Pedro!

Y mientras Gertrudis cerraba la puerta, arrastrando hacia la cocina la sera de carbón, Pedro alejóse por el atajo canturriando por lo bajo una canción, hosco con sus amores. Don Benito apareció en la puerta.

—¿Con quién hablabas?—interrogó á Gertrudis.

—Con Pedro, padre mío.

—Pláceme. ¿Sabrás que pronto vas á dejarme?

—¿Cómo?

—Que te marchas de mi casa.

—¿Yo?

—Sí; Pedro te lleva de la mía para hacerte dueña y señora de la suya. ¿No lo sabías?

Rióse el ama sin responder palabra, y siguió arrastrando la espuerta de carbón, encendido su rostro, parte por la fatiga, parte por el rubor.

***

Serían las doce y media de la mañana cuando penetraba en el cementerio la señora misteriosa del día anterior, la que causó celos horribles á la afligida viuda del señor Quirós de Roncesvalles. Don Benito estaba paseando como de costumbre, y al verla sintió cierto regocijo, porque creyó llegada la hora de descifrar aquel misterio. Fué acercándosele cautelosamente, sin ella darse cuenta. Una vez á su lado, le dijo á media voz:

—Señora...

Alzó ella la vista, encontrándose frente á frente con el cura del cementerio. Éste notó en ella cierta turbación, al mismo tiempo que le preguntaba, sin poder reprimir un gesto de disgusto:

—¿Me llamabais, padre?

—Sí, señora. Quería deciros que como se acerca el día de Difuntos, es costumbre en mí advertirlo á los fieles que frecuentan estos lugares, por si creen oportuno encargar alguna misa por el alma del finado por quien oran. Y como supongo que es vuestro esposo el que aquí yace, creo oportuno haceros esta advertencia para que penséis lo que os convenga.

—Gracias, padre, y siento no poder complaceros, porque ya en mi parroquia están encargadas las misas por el alma de mi esposo.

—Perdonad, hermana.

—De nada, padre mío. De todos modos, os agradezco vuestros buenos sentimientos.

—Como os veo aquí diariamente—siguió diciendo don Benito—, por eso me he permitido molestaros.

—Ninguna molestia, padre mío. Verdad que vengo diariamente: desde que murió mi buen Francisco no he faltado un solo día.

Y al decir esto sus ojos mostraron un brillo extraño y su semblante quedó lívido. Notólo don Benito y, curioso por investigar la causa, alzó los ojos y vió que se aproximaba con tranquilo paso doña Matilde Aza de Quirós.

—Padre mío, el coche me espera y es ya la hora—exclamó la señora levantándose—. Hasta mañana.

—Adiós, hermana, y perdonad.

La mujer enlutada salió precipitadamente, y el religioso siguió paseando, murmurando entre dientes:

—Pues, señor, no entiendo este misterio. El difunto ha sido bígamo.

Tampoco se le ocultó á don Benito el gesto que hizo doña Matilde al divisar como el día anterior á aquella mujer arrodillada junto á la sepultura de su esposo. Había transcurrido un día, durante el cual los celos habían hecho presa en el corazón de la hermosa viuda, ocasionándole una lucha horrible. ¿Le habría sido infiel su marido? He aquí lo que constantemente se preguntaba; y la sola idea de que sus temores pudieran ser fundados le horrorizaba y le hacía prorrumpir en desconsolado llanto.

—¿Tan ciega he vivido que no me he dado cuenta?—se preguntaba; y después de un momento de reflexión, exclamaba: —¡Ah, no; imposible! ¡Mi Francisco no me ha engañado nunca!

Al penetrar en el cementerio y encontrarse de nuevo con la que había despertado sus celos sintió como que los ojos se le inyectaban, y dirigió una mirada iracunda y retadora á aquella mujer, que le había hecho poner en duda la fidelidad de su marido. Se arrodilló, gimió, se mesó los cabellos, y en un arrebato de locura se levantó ligera y se fué adonde estaba don Benito.

—¡Padre, padre!—exclamó.

—¿Qué os ocurre, hermana?

Y fijándose atentamente doña Matilde en el religioso, le dijo:

—Creo que no me es desconocido vuestro rostro.

—Ni á mí el vuestro tampoco.

—¿Me conocéis?

—Sí, señora. ¿No sois doña Matilde Aza de Quirós?

—La misma, padre mío; pero Quirós ha muerto—y la viuda comenzó á gimotear y á besar las manos del sacerdote.

—Resignación, señora, y conformidad.

La viuda clavó sus bellos ojos velados de lágrimas en el compungido rostro de don Benito. Permaneció en esta actitud breves instantes, hasta que exclamó por fin:

—Decidme, padre mío; aclaradme el misterio que me origina contemplaros.

—¿Os acordáis de Benito Fernández, administrador que fué de vuestra casa?

Un largo silencio siguió á esta pregunta, durante el cual doña Matilde, cubierto el rostro de rubor, inclinó la frente, bajó la vista y... una larga historia pasó por su mente. Después, con voz casi imperceptible, exclamó:

—Ya me acuerdo—y siguió mirando al suelo.

—¿Qué os ocurre, doña Matilde?—interrogó el religioso—. ¿Os han herido recuerdos lejanos? ¿Ha venido á vuestra memoria aquella época de vuestra vida en la que por mi culpa fuisteis causa de ver receloso á vuestro marido con nuestra amistad tan íntima?

—¡Callad, callad, por Dios, Benito! ¡No me recordéis aquellos tiempos! Desde entonces, creedlo, mi marido cambió de modo de ser para conmigo. Siempre malhumorado, espiaba todas mis acciones; me regañaba por cualquier futesa; me prohibió salir sola, recibir á nadie sin su consentimiento é inspección. En fin, Benito, y perdonad, padre mío, que os trate con esta confianza, mi vida se hizo insoportable, y más que mujer casada que disfruta de la liber-

tad que le concede el matrimonio, parecía una secuestrada. Verdad que á pesar de todo mi marido no perdió la caballerosidad que le distinguía ni la veneración que profesaba á su mujer. Jamás noté en él la menor prueba de infidelidad; nunca pude descubrir nada que le vendiera. Últimamente se hizo más reservado conmigo y no me contaba sus cosas íntimas, lo que hacía ni á quién veía, y esto, padre mío, me hace temer, ahora que ya ha muerto, que me ha engañado, que me ha sido infiel. ¡Tengo unos celos horribles, Benito!

—¿De quién, doña Matilde?

—De una mujer que he sorprendido varias veces rezando en esta tumba.

—¡Serán ilusiones de su vista!

—No, no, Benito. Me consta que estaba arrodillada aquí mismo. La vi poniendo flores sobre la lápida; la vi besar la tierra. No me cabe la menor duda, padre mío, de que esa mujer ha tenido intimidad con mi marido.

—¡Bah, doña Matilde, no penséis mal de vuestro esposo! Tal vez sea una infeliz mujer que al morir su marido se haya trastornado un poco, y crea que ésta es la tumba de su esposo.

—No, no, Benito: no tiene cara de demente; al contrario, en cuanto me ve entrar, abandona el cementerio. Sin duda debe conocerme.

—¡Serán figuraciones vuestras!

—No, no, padre mío. Estoy segura. Mis ojos no me engañan. ¿La conocéis vos?

—No.

—Al entrar me pareció veros hablar con ella. ¿No me lo ocultáis, Benito?

El religioso no respondió. Quedóse mirando á la desconsolada viuda, y una sonrisa burlona asomó á sus labios. Después exclamó:

—Y aunque os dijera la verdad, ¿qué es lo que pensáis hacer?

—Ante todo, saber de fijo si me engañó mi esposo...

—¿Y después?

—Después..., lo pensaría. Conque decid: ¿la conocéis?

—No.

—¿No hablasteis con ella?

—Sí.

—¿Y qué os dijo?

—Que el que yacía aquí era su marido.

—¡Falso, falso!—exclamó sollozando doña Matilde—. Eso no es cierto; el que aquí yace es el mío.

Y la hermosa viuda siguió llorando y besando la mano de don Benito.

—Calmaos, doña Matilde.

—¡Ah! ¡Imposible, padre mío! Comprendo ahora lo ciega que he vivido. También comprendo ahora el cambio que noté en Francisco últimamente.—Y mirando la lápida, exclamó: —¡Infame, infame! Estas lágrimas que vierto por tu causa caigan sobre tu alma para que Dios no tenga compasión de ella.

—¡Por Dios, Matilde!—exclamó el religioso cogiéndola del brazo—. Que estáis profanando estos lugares. Vámonos de aquí.

—¡Sí, vámonos; no quiero volver más!

Y se dirigieron hacia la puerta.

—¿Y no me preguntáis, doña Matilde, cómo es que me halláis vistiendo de este modo?—la interrogó don Benito queriendo distraerla.

—¡Ah! Perdonad; tenéis razón. ¿Cómo este cambio?

—La suerte, por no decir el infortunio. Una vez que salí de vuestra casa rodé por esos mundos, recorriendo todas las esferas y clases. Á todas partes me siguió la desventura, y la mala estrella fué mi compañera inseparable.

—¡Algo grave habréis hecho cuando Dios os aplica el rigor de su justicia!

Y al decir esto los ojos de la viuda se clavaron en los del religioso, siendo tan elocuente su mirada, que el sacerdote quedó confundido. Después que se repuso un poco, exclamó:

—Disfruté la vida en un principio, cuando tuve padres y dinero. Una vez que los perdí, en vez de seguir bebiendo el elixir de la vida en las copas del placer, hallé la hiel servida en copas de pobreza y de miseria: ya el mundo bullicioso y placentero no existía para mí.

—¿Y desde que perdisteis padres y dinero decís que fuisteis desgraciado?—preguntó con curiosidad la viuda.

—Sí.

—¿No volvisteis más á disfrutar la vida?

—No.

—¿Lo habéis pensado bien?—siguió preguntándole con curiosidad é interrogándole con la mirada.

Don Benito quedó pensativo unos momentos. Recordó su estancia en casa de don Francisco Quirós de Roncesvalles, se acordó después de otras varias aventuras, y por último sus ojos se fijaron en Gertrudis, que entraba en aquel momento con su bocal á la cabeza.

—Mucho lo pensáis, Benito.

Este, sonriéndose maliciosamente y encarnado como una amapola, contestó:

—Es que hasta, por perderlo todo, he perdido la memoria.

Siguieron paseando. Al volver á pasar por delante de la tumba de don Francisco, doña Matilde dirigió hacia aquel sepulcro una mirada despreciativa, y exclamó:

—¡Me vengaré! Te juré amarte siempre cuando me arrullabas con tus palabras amorosas; hoy, que comprendo que eran hipócritas, seré perjura.

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Ya lo sabréis!

Y al decir esto saludó afectuosamente al religioso, abandonó el camposanto, subió al coche, y el escuálido jamelgo, al oir el golpe de la portezuela, arrancó trotando, hostigado por la fusta del auriga, y se perdió presto en los vericuetos del camino.

***

Por la noche, de sobremesa, contó don Benito la aventura, y la celebraron

entre risas y chanzas, menos el hermanito, que, sin poder contener su malhumor al oir hablar de aquel modo al sacerdote, pagábalo con los reyes y las sotas.

Comprendiéndolo así, le dijo don Benito:

—Hermano Enrique, creo haber notado que os desagrada oir mis aventuras.

Hízose el desentendido el sacristán, como si aquello no rezara con él, y siguió murmurando:

—Tres de espadas, dos de copas, as de bastos...

Miráronse tío y sobrino, y volvieron á reirse. El hermano se dió cuenta de ello y, arrojando furioso las cartas contra la mesa, exclamó:

—¡Lo que me desagrada es ver la burla de que soy objeto!

Y abandonó la estancia.

Volviéronse á mirar tío y sobrino, esta vez sorprendidos, y don Benito, sin poder sufrir aquella grosería, dijo desde la puerta:

—¡Otra vez, procurad beber menos, hermanito!

Comentaron el hecho largo rato, y después preguntó Pedro:

—¿Queréis que sigamos hablando de mi boda?

—Como quieras.

—Supongo no tendréis inconveniente en bendecirnos, ¿eh?

—Ninguno. ¿Y para cuándo es?

—Yo quiero que sea pronto. Lo más tardar, dentro de un mes.

—Conforme.

—Lo único que siento es que os vais á quedar sin ama y sin sirvienta.

—No te preocupes por eso; ya buscaré otra.

Siguieron hablando de este asunto, y después, variando de conversación, preguntó Pedro:

—¿Qué tal el día de hoy?

—Regular; setecientas pesetas mondas y lirondas.

—¡Ya vendrán días mejores, tío!

—Así lo espero. Veremos mañana, que es día de Difuntos, si hacemos más negocio.

—Me repugna el día—dijo Pedro.

—Y á mí—añadió don Benito—. El cementerio se convierte en un lugar de juerga y diversión. A todo se viene menos á rezar por los difuntos. Hay personas que hasta se traen la merienda, y convierten este sitio en merendero.

—¿Y qué me decís de los puestos ambulantes que se estacionan en la puerta?

—¡Una profanación!—exclamó indignado don Benito; y después añadió en tono sentencioso: —En la ciudad de los vivos, un muerto viene á turbar nuestra alegría; en la ciudad de los muertos, los vivos vienen á turbar la paz y el silencio de los que reposan.

Apareció en la puerta ama Gertrudis y dijo:

—¿Se ofrece algo, padre mío?

—Nada; puedes retirarte—contestó el religioso; y después, volviéndose á su sobrino, preguntó: —Y tú, ¿qué has hecho hoy?

—Mientras el ganado pacía tranquilamente en el «valle de las águilas», yo me dediqué á trazar planes para lo futuro, tendido sobre un acervo de trigo, cara al sol.

—¡Buena vida, sobrino!

—Como la vuestra, tío; que no tenéis que envidiarme.

Se levantaron y se retiraron á sus respectivos aposentos.

Gonzalo Firpo.

(Se concluirá.)

LA MUSA ALDEANA

Esta es la musa amiga, la chicuela inocente,
reidora y sincera. Es la musa aldeana.
Resplandece en sus ojos la luz de la mañana
como una blanca aurora que naciera en su frente.

No emplea en sus canciones para ser elocuente
vocablos de opulenta retórica galana.
No es sabia ni ostentosa; pero es buena y es llana,
y tiene el don innato de expresar lo que siente.

Canta en sus tiernas coplas, en sus dulces cantares,
los ingenuos decires de sus castos amores.
No luce brazaletes, sortijas ni collares;

su vestido es humilde, sencillo su peinado,
y no lleva otras galas que unas silvestres flores
de purísimo aroma cogidas en el prado.

Mariano Miguel de Val.

VIEJOS LABRADORES

Por la vereda sombría
que desde la fértil vega
al cercano pueblo llega,
aprovechando el buen día

de sol, la primaveral
mañana que abre las flores,
los ancianos labradores
han ido á ver el maizal.

Encorvados, apoyados
él en ella ó ella en él,
han bajado hasta el vergel,
han recorrido los prados

hasta el último escondrijo,
y han visto que no hay maizales
ni alfalfas ni trigos tales
como los que tiene el hijo.

¡Qué bendición del Señor!
¡Cuánto esfuerzo, cuánto afán
noble y honrado! Así el pan
se come con el sudor

del rostro en días serenos,
y se es digno de tener
un hogar, una mujer
buena y unos hijos buenos.

Son sus manos las que han
plantado las hortalizas
de la huerta, y bien macizas
y sanas se ve que están.

Son sus brazos los que el suelo
han cavado y removido
hasta dejarlo mullido
y esponjoso. Es un modelo

de buena labranza todo;
nadie sabe lo que él sabe;
pruébalo el riego: no cabe
disponer de mejor modo

la entrada, el curso del agua
cuando invade el campo en cuadro
por los surcos del aladro,
que él mismo afiló en la fragua.

Fué la semilla mejor
para esa buena cosecha
del hijo la obra hecha
por sus padres al calor

del hogar tranquilo y santo;
el hogar, íntimo templo
donde se le daba ejemplo
y se le quería tanto.

Los viejecitos caminan
llenos de gozo; se agotan
sus fuerzas y no lo notan,
y en verlo todo se obstinan.

En un rincón del maizal
un jardincito han hallado
maravilloso, poblado
de casitas de cristal;

tiene macizos repletos
de arbolillos y de flores
de diferentes colores...
Es el jardín de los nietos.

¡Ellos también! ¡Ya la buena
alborada en el confín!
Manos que hoy tienen jardín
tendrán mañana colmena.

Las flores son atributos
de nuestros años mejores;
luego esas flores de amores
nos hacen amar los frutos.

¡Qué dicha con todo aquello
gozan los dos viejos! Nada
como su tierra sagrada
tan adorable y tan bello...

Encorvados, apoyados
él en ella ó ella en él,
la vuelta han dado al vergel
sin sentirse fatigados,

y por la senda sombría
que desde la fértil vega
al cercano pueblo llega
vuelven llenos de alegría.

Mariano Miguel de Val.

(Del libro próximo á publicarse *La vida en el campo.)*

LAS LUCES DE CÓRDOBA

Las veo desde mi balcón,
ora opacas, ya briosas,
á los pies del monte, y son
como piedras luminosas

que en una oculta pulsera
un hechicero clavara,
en el llano la pusiera
y á la sierra la ofrendara.

En las sombras de la noche
se ven brillar vivamente
como las piedras de un broche,
como un cintillo candente.

Se ven brillar en hileras
y con orden separadas,
más distantes las primeras,
y al centro más apretadas.

Sin ellas no se sabría
que allí estaba la ciudad
cuando en la noche sombría
la envuelve la obscuridad.

Vedlas: de rojos y azules
puntos el aire se puebla;
nimbadas se ven en tules
si las oculta la niebla.

Y es más tenue y temerosa
su luz, y más indecisa,
cuando el sol tiñe de rosa
el cielo, y la nube irisa;

á su postrer resplandor,
de lejos se ven surgir,
y es cada luz una flor
que entonces se empieza á abrir.

Entre todas, vacilantes,
al fondo, con más misterio,
se miran agonizantes
las luces del cementerio.

Luces que encendió el dolor
de una tumba ante la cruz
—¡en vida ó muerte, el amor
para el hombre siempre es luz!—,

cuando la ciudad contemplo
mis ojos van á buscaros,
y mis amarguras templo
solamente con miraros;

y el alma su pena olvida
viendo que amor es tan fuerte,
que el imperio de la vida
lo dilata por la muerte.

El pájaro que en sus vuelos
cruza por encima de ellas
creerá que está entre dos cielos
y que en los dos hay estrellas;

y no es locura, en verdad,
porque Dios quiso poner
un edén en la ciudad
y una estrella por mujer.

Desde la sierra, en la noche,
ora opacas, ya briosas,
cuando parecen un broche
lleno de piedras preciosas,

las miro con alegría
sobre la oculta pulsera,
y es su luz del alma mía
cariñosa compañera.

Pero no acierto á explicar
por qué van siempre anhelantes
mis miradas á buscar
las tristes y vacilantes.

Acaso para saber
si cuando se alce mi cruz,
desde la sierra han de ver
brillar una nueva luz.

Benigno Íñiguez.

INFORMACIONES

Política

La suspensión de las garantías constitucionales

Para combatir al Sr. Canalejas por haber suspendido ahora las garantías constitucionales es preciso haber olvidado por completo la Historia. Por desgracia, la agitación de elementos, casi siempre radicales, que viven al borde mismo de la legalidad ha hecho precisa igual medida en bastantes ocasiones; he aquí consignadas en un cuadro las suspensiones de garantías decretadas en los veinte últimos años:

Presidentes del Consejo.	Legislatura.	FECHAS DE		Territorio á que alcanzaron las suspensiones.	Fecha de los decretos levantando la suspensión.
		Presentación de los proyectos de ley.	Publicación de los Reales decretos.		
Sagasta.....	1893	»	9 noviembre 1893 ...	Barcelona.....	31 diciembre 1894.
Cánovas.....	1896	»	8 julio 1896.....	Barcelona.....	17 diciembre 1897.
Sagasta.....	1898	»	15 julio 1898.....	Toda España.....	8 febrero 1899.
Silvela	1899	»	12 septiembre 1899...	Vizcaya.....	13 julio 1900.
Silvela.....	1899	»	23 octubre 1899.....	Barcelona.....	»
Silvela.....	1900	»	20 junio 1900.....	Madrid.....	17 septiembre 1900.
Azcárraga....	1900	»	10 noviembre 1900....	Toda España.....	9 marzo 1901.
Sagasta.....	1901	»	7 mayo 1901.....	Barcelona.....	14 mayo 1901.
Sagasta.....	1901	17 febrero de 1902 Se aprobó el 19..	»	Barcelona.....	29 enero 1903.
Montero Ríos.	1905	27 noviembre 1905. Se aprobó el 29..	»	Barcelona.....	15 abril 1906.
Maura.....	1907	»	1 enero 1908.....	Barcelona y Gerona.....	2 junio 1908.
Maura.....	1909	»	27 y 28 julio 1909.....	Barcelona, Gerona y Tarragona, y por el de 28 en toda España.....	27 septiembre y 7 noviembre 1909.
Canalejas.....	1910	»	1 septiembre 1910...	Vizcaya.....	23 septiembre 1910.
Canalejas.....	1911	»	12, 18 y 19 otbre. 1911.	El 12, Vizcaya; el 18, Valencia; y el 19, toda España...	21 octubre 1911.

Como complemento del cuadro anterior ponemos á continuación lo ocurrido en el Congreso al dar cuenta los Gobiernos de las suspensiones de garantías acordadas estando cerradas las Cortes, ó sea la tramitación parlamentaria:

1893.—Comenzó á discutirse el dictamen. Reproducido en la legislatura siguiente, se disolvieron las Cortes sin aprobarse.

1896.—Se aprobó el dictamen sin discusión.

1898.—Nombrada y constituída la Comisión, no emitió dictamen.

1899.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

1899.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

1900.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

1900.—Nombrada Comisión, no se constituyó.

1901.—Se aprobó el dictamen sin discusión.
1901.—Se discutió y aprobó el dictamen, que fué ley.
1905.—Se discutió y aprobó el dictamen, que fué ley.
1907.—Se discutió y aprobó el dictamen.
1909.—Pasaron á las Secciones, que no llegaron á nombrar Comisión.
1910.—Nombrada y constituída la Comisión, no emitió dictamen.

***

Como se ve, no es tal medida patrimonio de este ó del otro partido, de tal ó cual personalidad. Todos han tenido que recurrir á ella, y han hecho bien, cuando las circunstancias lo aconsejaban, en evitación de males mayores.

Y no por haber suspendido hasta cuatro veces las garantías dejó de ser el Sr. Sagasta el jefe y el verbo del partido liberal, ni por haberlas suspendido tres perdió el Sr. Silvela su representación de la extrema izquierda del partido conservador, ni pudo decirse de ellos ni de los demás presidentes que habían vulnerado la Constitución.

Tomando otras posiciones, pretenden los que ahora combaten al Sr. Canalejas que no estaba justificada la suspensión. Y tal argumento es, si cabe, más absurdo que el anterior. Precisamente el Sr. Canalejas se resistió, como es bien sabido, á decretar el estado de excepción, hasta el punto de llegársele á acusar de que dejaba indefensa la sociedad ante la labor revolucionaria de los agitadores. Y sólo cuando todos los elementos de orden del país llegaron á un grado de verdadera alarma, cuando los hechos justificaron plenamente el acuerdo, planteada una huelga general en toda España, suspendió las garantías el presidente del Consejo; y de que lo hizo con oportunidad es prueba la eficacia inmediata de la disposición ministerial. Esta es la realidad de los hechos; negarla es empeñarse en cerrar los ojos á la luz.

Y los que todavía, contra toda evidencia, se empeñan en ver simpatías del Sr. Canalejas hacia el régimen de excepción, pueden convencerse de lo contrario con sólo fijarse en el cuadro que precede. Fuera de una suspensión de garantías en la provincia de Barcelona decretada por el Sr. Sagasta á consecuencia de la huelga de tranviarios en mayo de 1901, y que duró sólo siete días, todas las demás, anteriores al Sr. Canalejas, han durado varios meses, algunas más de un año. El Sr. Canalejas ha recurrido á la suspensión en dos ocasiones: el año último, con motivo de la huelga de Vizcaya, en que mantuvo el estado excepcional sólo veintidós días; y ahora, con motivo de la agitación revolucionaria, durante un período de mes y medio en Vizcaya y que apenas pasa de un mes en el resto de España.

De esto á la suspensión decretada en 2 de julio de 1896, que duró diez y siete meses, hay alguna distancia.

Tales son las enseñanzas de la realidad. Contra los hechos de nada sirven las palabras. Y los hechos prueban que el Sr. Canalejas, al decretar la suspensión de las garantías que ahora finaliza, ha obrado con prudencia y opor-

tunidad, cumpliendo rigurosamente los preceptos constitucionales y demostrando un amor á la libertad perfectamente compatible con la conservación del orden social, y desde luego mucho más grande y verdadero que el de los elementos que han obligado á imponer el régimen de excepción, y que con tan injusta saña se aprestan á combatir, según todos los anuncios, la conducta del presidente del Consejo.

Extranjera

Chile

Sociedad de Fomento Fabril

La Sociedad de Fomento Fabril, de Santiago, que labora sin cesar en favor del proteccionismo nacional, dice en su última Memoria, refiriéndose al fomento industrial, que, con arreglo á uno de sus fines primordiales, el Consejo ha dedicado sus esfuerzos en el año pasado á defender ó á pedir que sean fomentados debidamente diversos intereses industriales que han solicitado el apoyo de la Sociedad, ó que ésta espontáneamente ha creído deber amparar.

Como continúa trabajando la Comisión especial de diputados encargada de estudiar la reforma de la ley número 980, de 23 de diciembre de 1897, el Consejo ha continuado también haciendo llegar hasta ella las representaciones que ha creído justas.

Ya en el año anterior (1909) el Consejo había enviado dos notas á la Comisión mencionada, exponiendo su opinión acerca de las reformas necesarias en los derechos relativos á los artículos siguientes:

a) hierro galvanizado, *b)* clavos, *c)* ingredientes para pintura, *d)* jabones y sus ingredientes, *e)* pañuelos de rebozo, *f)* sombreros de paño y de paja, *g)* cilindros y discos para fonógrafos y gramófonos, *h)* artículos de vidrio, *i)* maniquíes de madera, y *j)* tapas-coronas para botellas.

Durante el año 1910 se ha elevado á conocimiento de la Comisión el informe de la Sociedad acerca de los derechos que gravan los siguientes artículos:

k) celuloide en bruto y manufacturado, *l)* ceniza de soda, *m)* zapatillas de fieltro, *n)* trenzas de yute, alpargatas y zapatillas, *o)* tintas de escribir, *p)* aluminio en hojas y esmalte en sacos, *q)* tejidos de punto de lana y algodón, *r)* bebidas gaseosas, y *s)* cloruro de platino.

La Comisión especial de que se trata, que ha trabajado con empeño y con minucioso estudio, haría obra benéfica si apresurara la presentación á la Cámara del resultado de sus trabajos, á fin de que pudieran ser despachadas cuanto antes las reformas en proyecto, reformas que nuestras industrias esperan con viva ansiedad.

A fin de contribuir al alivio de la penosa situación por que atraviesan las curtidurías nacionales, el Consejo ha reiterado sus peticiones anteriores al Gobierno en el sentido de gravar la exportación de los cueros al pelo y de conceder una prima á la exportación de suelas.

Se ha enviado una nota al Gobierno indicándole las medidas convenientes para desarrollar en el país y en el Extranjero el consumo de carbón nacional, y otra pidiéndole que favorezca la industria nacional del cemento, que es una de las más interesantes.

Se le ha insinuado asimismo la conveniencia de dar preferencia á las fábricas nacionales en la provisión de artículos para el Estado, como un medio de fomentar la industria y de evitar la innecesaria exportación al Extranjero de capitales del país.

Se han reunido antecedentes acerca de la fabricación de pólvora y otros explosivos en el país, pues si esa fabricación se nacionalizara, se obtendrían, aparte de notorias ventajas militares, positivos beneficios para las industrias que consumen explosivos y hoy los pagan á precios exorbitantes.

Se ha estudiado con detención el proyecto que concede liberación de derechos á las materias primas que empleen las fábricas nacionales que se establezcan en la provincia de Tacna, y con motivo de él se han dirigido comunicaciones á la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados y á la Superintendencia de Aduanas.

Ha continuado preocupándose el Consejo de reunir las posibles informaciones y datos para favorecer la implantación en el país de la fabricación de celulosa de madera y de la elaboración del lino.

Se han tomado acuerdos para procurar que se proteja á la industria maderera nacional, encargándole á ella los durmientes necesarios para los ferrocarriles que se construyen en el país.

Se informó al Gobierno acerca de una petición encaminada á obtener ciertas ventajas del Estado para establecer en Tacna una fábrica de azúcar de caña.

Se han reunido y remitido á la Comisión de Aranceles de la Cámara diversos datos acerca de la forma como deben gravarse los papeles de imprenta.

Se han estudiado y se hallan aún pendientes ciertas peticiones de reforma de derechos que han formulado los curtidores de pieles chicas, *boxcalf* y cabritillas.

Para proteger la producción del aceite de ballena en el país, se ha patrocinado la liberación de derechos para los barriles de pino ya usados en transporte de petróleo, y que son los envases más convenientes para dicho aceite.

Se ha insistido nuevamente en la conveniencia de realizar por fin la antigua idea de crear, anexos á los principales Consulados de Chile en el Extranjero, muestrarios de los productos chilenos, por ser ése un medio eficaz y práctico de dar á conocer nuestros productos en los demás mercados.

Merced á las gestiones realizadas por el Consejo se ha formado una Comisión de delegados de nuestra Sociedad y de la de Agricultura á fin de que estudien las ventajas y el modo de implantar en nuestros Aranceles aduaneros

una tarifa máxima y una tarifa mínima, como medio de proteger nuestras industrias y de obtener para ellas tratados de comercio equitativos. Aceptada por la Sociedad Nacional de Agricultura la idea de esa Comisión, y designados ya los delegados respectivos, podrán iniciar pronto sus estudios sobre ese tópico, de excepcional transcendencia para nuestras industrias y para nuestro comercio.

Uruguay

Reglamentación del trabajo

He aquí el texto del proyecto de ley de Reglamentación del trabajo elevado por el Poder ejecutivo á la Honorable Asamblea General:

«Artículo 1.° El trabajo efectivo de los obreros de fábricas, talleres, astilleros, canteras, Empresas de construcción en tierra ó en los puertos, costas y ríos; de los dependientes ó mozos de casas industriales ó de comercio; de los conductores, guardas y demás empleados de ferrocarriles y tranvías; de los cocheros de plaza y, en general, de todas las personas que tengan tareas del mismo género de las de los obreros y empleados que se indican, no durará más de ocho horas por día.

»Art. 2.° El trabajo diario de los menores de diez y nueve á diez y seis años no durará más de seis horas por día, ni el de los menores de diez y seis á trece más de cuatro horas; los que no hayan cumplido trece años no serán admitidos en los establecimientos de trabajo.

»Art. 3.° En casos especiales, y mediante la previa autorización motivada de la Intendencia que corresponda, podrá aumentarse el trabajo diario de los adultos hasta doce horas; pero en ningún caso excederá de cuarenta la suma de las horas de trabajo en cada período de cinco días. El trabajo diario de los menores de diez y nueve á diez y seis años podrá ser aumentado hasta nueve horas, y el de los de diez y seis á trece, hasta seis; pero en ningún caso podrá exceder de treinta para los primeros y veinte para los segundos la duración total del trabajo en cada período de cinco días.

»Art. 4.° Todo obrero ó empleado de los designados en los artículos anteriores deberá gozar de un día entero de asueto en cada período de seis días, á cuyo efecto el personal de cada fábrica, etc., se dividirá en seis grupos, que se numerarán de uno á seis, y á cada uno de los cuales corresponderá el día de asueto por orden de numeración. Cuando por la pequeñez del personal ó la naturaleza del trabajo no alcance á seis el número de grupos que sea posible formar, los obreros ó empleados gozarán de los mismos días de asueto de que gozarían si el número de grupos fuese completo.

»Los incisos anteriores de este artículo no se refieren á los establecimientos que suspendan su trabajo por un día completo en cada período de seis días.

»Las disposiciones del presente artículo comenzarán á aplicarse diez meses después de promulgada la presente ley.

»Art. 5.° La mujer encinta dispondrá de cuarenta días de reposo en el período del parto.

»Mientras no se cree una caja de pensiones para obreros, recibirá del Estado un subsidio de veinte pesos, que le serán entregados cuando se produzca el parto y que no podrán ser embargados ni cedidos.

»Art. 6.° Ninguna fábrica, taller, etc., se servirá de obreros que trabajen en otro establecimiento el máximum de horas autorizado por la ley; pero cuando un obrero trabaje en un establecimiento un número de horas menor que el autorizado, podrá trabajar en otros las horas complementarias.

»No se servirán tampoco las fábricas, etc., de mujeres que hayan estado de parto, sino después que hayan tenido el reposo á que se refiere el artículo anterior.

»Art. 7.° Las fábricas, talleres, etc., que permitan el trabajo de obreros ó empleados por mayor número de horas que el que esta ley permite, ó durante el día de descanso obligatorio, serán multados por la primera vez en diez pesos por cada obrero que haya infringido la ley, y las veces siguientes, en quince. Los obreros serán multados en la suma que perciban por el exceso de trabajo, no pudiendo ser mayor cada multa que el exceso de un mes.

»Art. 8.° Vigilarán el cumplimiento de las disposiciones de esta ley 25 inspectores especiales que el Poder ejecutivo distribuirá en los departamentos en las proporciones que considere convenientes, y que dependerán de la Oficina del Trabajo.

»La asignación de cada uno de los inspectores será de 720 pesos anuales en el departamento de Montevideo, y de 600 en los otros departamentos.»

—o—

Financiera

El valor del oro

Hay dos escuelas que sustentan opiniones enteramente distintas.

Una de ellas dice:

«Si se establece que la producción va constantemente acrecentándose, es necesario admitir que á medida que la cantidad de oro aumente, la adquisición de la moneda de oro bajará en la misma proporción.»

Pues bien; la producción del oro ha aumentado desde hace algunos años en proporciones inauditas. De ello dan fe las siguientes cifras, relativas á la producción aurífera universal desde 1493 hasta 1910:

De 1493 á 1800: producción total, 9.325 millones de francos; producción media anual, 30.

De 1801 á 1850: producción total, 6.425; producción media anual, 125,5.
De 1851 á 1875: producción total, 15.625; producción media anual, 625.
De 1876 á 1895: producción total, 12.250; producción media anual, 612.
De 1896 á 1905: producción total, 14.525; producción media anual, 1.452,5.
De 1906 á 1910: producción total, 10.609; producción media anual, 2.120.
Total y producción media: 68.750 y 165.

Sólo en el curso del año 1910 la producción de oro se elevó á *dos mil doscientos setenta y cuatro millones trescientos setenta mil* francos. Esta cifra fué un verdadero *record*.

Así, la cantidad de oro que actualmente existe puede evaluarse en 75.000 millones de francos, pues es necesario darse cuenta de las existencias anteriores á 1493, aunque no conozcamos á cuánto ascendían.

De esta suerte, si nos basamos en la cantidad media de la producción actual, podemos decir que las existencias de oro se habrán duplicado, aproximadamente, de aquí á treinta años.

Para no molestarse en examinar el problema, suele repetirse que los grandes manantiales de la producción aurífera deben necesariamente agotarse, y aun con bastante rapidez. Se da como ejemplo la Australia, que producía en 1903 alrededor de 450 millones de francos, y que no ha producido más que 328 millones en 1910. Pero se olvida que á medida que la producción disminuye en un punto, aumenta en otro, y así, por ejemplo, de 1902 á 1910 la producción del Transvaal ha pasado de 200 millones en 1902 á 875 en 1910. También se olvida decir que la cianuración, nuevo procedimiento que permite tratar los minerales de escaso valor aurífero, ha ejercido y continúa ejerciendo una influencia muy grande sobre la producción del oro, en el sentido de su acrecimiento.

En resumen, el aumento es constante, y nada permite pensar que debe hacerse más lento. Por tanto, es absolutamente inevitable que el valor intrínseco del precioso metal disminuya, que disminuya su poder de adquisición, y que paralelamente aumente el precio de las cosas.

***

Esta opinión tiene su contrapeso. Una personalidad oficial eminente, á la cual nada de cuanto concierne á la moneda le es extraño, estima que es erróneo considerar el aumento de la cantidad de oro en el mundo como pudiendo influir actualmente sobre el encarecimiento de la vida.

«En efecto—ha dicho ese personaje á un redactor del *Paris-Journal*—; hay que fijarse en un hecho primordial importantísimo: el aumento también prodigioso y constante de las necesidades. Se cambia, se adquiere y se vende más cada día; las necesidades no cesan de ser numerosas, de desenvolverse más cada vez; el acrecentamiento de la moneda de oro nos informa, aproximadamente, acerca del acrecentamiento de los cambios, que corresponde al aumento de las necesidades.

»En 1880 el monedaje de oro en el mundo se elevaba á 775.400.000 francos. En 1909 ascendió á 1.556.900.000 francos.

»Y cuando se nos señala este aumento de la producción del oro como un peligro que va constantemente agrandándose, parece que se olvida voluntariamente que muchos países, y muy poblados, especialmente los de Asia, no tienen aún el tipo del oro; será necesario, sin embargo, que lo adopten un día ú otro, y entonces aumentará el valor del oro en proporciones que hoy no podemos ni imaginar.

»No es, pues, de temer que disminuya el valor del oro ni su poder de adquisición.»

—o—

Literaria

Juan Ramón Jiménez

Ningún caso más edificante de ascetismo literario, de austeridad profesional, que el caso de Juan R. Jiménez. Vive tan exclusivamente para su arte, que siendo el más fecundo de los poetas españoles contemporáneos, el que más se prodiga dando un libro sobre otro, el que más dulcemente fatiga al público—si puede haber fatiga en la satisfacción artística intensa y continuada—, es el menos profesional de los actuales literatos. Y es que odia el profesionalismo por temperamento, por exceso de amor al arte.

Es el más ardiente, más puro y más sincero poeta de España. Otros harán cosas mejores, en el sentido de más artificiales, más relamidas, más pasadas por el tamiz de la crítica de lentes diminuentes, más atractivas, con vistas á más público. Pero nadie cantará tan honda y conmovidamente como este poeta ardiente y triste, que vive solitario en un pueblo azul y cálido de Andalucía, apenas sin vínculo con el mundo exterior, y, por lo menos, sin ligamento de solidaridad con el mundo literario. Allá de tarde en tarde, un libro, una misiva amistosa, cuatro sinceras frases de elogio en un periódico ó revista le recuerdan que pertenece al mundo de los escritores. Pero luego vuelve de nuevo á encerrarse en su arte, del que ha hecho un culto, y se recluye otra vez en su Telema de Moguer, en su abadía laica, donde sus oraciones al Arte son esas baladas tristes, esas elegías puras ó lamentables; lamentables, sí, pero no en el sentido en que son lamentables las elegías de otros pobres hombres que por ahí pululan con fueros y pretensiones de poetas, cuando son, en realidad de verdad, honorables mercaderes; y gracias á que pueda calificárseles de honorables.

Juan Ramón Jiménez, tan lejos de los corrillos donde se derrocan reputaciones, de los circulitos de café donde se cambian más terrones de azúcar que

ideas, es el cenobita de los tiempos modernos, el cenobita por pasión de arte, ya que antaño lo eran por pasión de ánimo. Vive tan exclusivamente para su arte, que nada de la vida y del ambiente circundante le interesa. *Un mandarin comme moi n'est pas fait pour vivre dans ce monde,* dice Flaubert y podría decir Juan Ramón Jiménez. El mismo Flaubert á los doce años—misteriosas inquietudes del genio precoz—escribía en una carta íntima: «¡Tú crees que me fastidio de tu ausencia; sí, no te engañas, y si yo no llevase en la cabeza, y al extremo de la pluma, una reina de Francia en el siglo XV, yo estaría totalmente disgustado de la vida, y hace mucho tiempo que una bala me hubiera libertado de esta farsa bufa que se llama la vida!» *(Correspondance,* primera serie, pág. 7.)

Juan Ramón Jiménez está, como Flaubert, únicamente consagrado á su arte, y puede afirmar sin énfasis y sin artificialismo de *pose* literaria que si no llevase en la cabeza las mujeres de sus elegías—Rocío, Estrella, Francisca, Blanca—no podría vivir, y le hubiera besado la frente con su beso ígneo una bala de revólver... En un sentimental comentario de *Helios*—aquella fragante revista que floreció en la primavera—nos lo dijo ya en cierta ocasión, ó mejor, nos lo insinuó en su prosa lírica, tan de *medias tintas* y de tonos indecisos como su poesía: «Ella, rezándole á la Virgen María; yo, con una pistola en la mano...» Piensa, sin embargo, que vale la pena de vivir el producir un sonoro alejandrino, ó un delicado romance octosílabo, ó una cuarteta que rima con canturia de cristal... «¿Qué verás en otra parte del mundo que aquí no lo veas?», se ha dicho, como Kempis. Y no ha salido de su retiro agreste de Palos de Moguer, semejante á aquel retiro de Les Charmettes en que se deleitaba, ya anciano, Juan Jacobo Rousseau. Con el poderoso y divino orgullo de su arte austero se satisface su alma delicada, porque piensa que *vita sine litteris mors est* (como dijo Juvenal) y que *ars longa, vita brevis;* la vida es fugaz y perecedera; el Arte inmortal y eterno. *Cosa bella mortal pasa è non d'arte,* que dijo el gran Leonardo de Vinci. Las cosas mortales pasan; pero no las cosas de arte. Para un artista que no tenga este consuelo la vida ha de ser un desolador vacío y un fastidio tenaz y continuado. Hay, con todo, momentos de desmayo, tristes horas en que se duda si subsistirá nuestro arte cuando se abata nuestra vida; y son éstas las horas más dolorosas de la existencia de un artista. ¡Aquellas horas en que sentimos aletear sobre nosotros el siniestro murciélago del abatimiento!... Como aquella hora en que Edmundo de Goncourt sintió que decaía en la labor, que su arte se hundiría en la vorágine de las generaciones. Un día, en su *Diario,* ese documento tan mal comprendido y de un interés tan punzante, como ha dicho Emilio Zola, ha lanzado el grito sublime de la vida consagrada á las letras, el grito de angustia de que la tierra un día se desmoronará y sus obras no serán leídas. Muchos se habrán sonreido de ese grito; pero en verdad que no conozco más admirable y enérgico grito, y que cuando se lee eso, hay que amarle más por su orgullo, el potente y divino orgullo, que es nuestra fe, la fe literaria, entre el amargo alumbramiento de las obras artísticas... Y así, cuando el artista ha dado á luz una

obra, gime como la mujer cuando ha dado á luz un hijo. Porque piensa que acaso se le perderá en el torbellino del mundo lo que tantos esfuerzos, vigilias y dolores le costó.

Pero hay artistas que gimen de dar su obra al público, porque creen que el público no ha de comprenderlos y apreciarlos. Llena está la Historia de quejas literarias, por este orden: desde Horacio á Nietzsche, unos en sentido más escéptico, otros en sentido más resignado, más estoico, todos reniegan del público, que no los comprende. Hay quien vilipendia á sus contemporáneos porque son romos de entendimiento y no alcanzan á estimar su arte, como Nietzsche poniendo de bestias, plantígrados y obtusos á los alemanes como no digan dueñas; hay quien para consolarse se entrega al juicio de la posteridad, diciendo como Horacio: *Non omnis moriar...*

Los artistas verdaderamente solitarios y silenciosos, los artistas como Juan Ramón Jiménez, ni abominan de sus contemporáneos, ni fían su labor á la equidad de las generaciones venideras, que han de vindicarles de injusticias y conspiraciones de silencio. No será el autor de *Jardines lejanos* de los que anatematicen é increpen al siglo en que viven, citando palabras de Séneca con la acritud con que las citaba Schopenhauer: *Etiamsi omnibus viventibus tecum silentium livor indexerit, venient qui sine offensâ, sine gratiâ judicent...* Ni aun esta filosófica y plácida queja se ocurre á espíritu como el de Juan Ramón Jiménez. Sería manchar el armiño de su arte buscar esa consolación exterior.

Juan Ramón Jiménez escribe, como Stendhal y como otros escasos espíritus que jamás se mancharon del lodo del profesionalismo, verdaderos *dilettanti* en el sentido más noble de la palabra, por el placer de escribir, por agradarse á sí mismos. Narcisos del entendimiento, sin ánimos de que su obra transcienda al exterior, abstracción hecha del público. No buscan el dinero, ni la gloria, ni la utilidad pública; no creen que sea el fin del artista ser leído por una gran masa; aman lo bello pura y exclusivamente por sí mismo. Puede decir Juan R. Jiménez como cierto poeta francés contemporáneo:

Faites vers simplement pour le plaisir d'en faire...

En una carta que me escribía últimamente —y conste que considero las cartas amistosas como los documentos más interesantes para la historia de un artista—me decía: «Estoy cada vez más dentro de mi vida y más fuera de la literatura, y ya va siendo *feo,* entre tanto éxito fácil—¡y de quiénes!—, tenerlo ante el público... ¡El público!...» En estos puntos suspensivos enciérrase un mundo de insinuaciones estéticas.

Andrés González-Blanco.

Bibliográfica

La Ciencia Hierática de los Mayas, por Mario Roso de Luna.

Mario Roso de Luna, ese laborioso extremeño que en tan alto lugar ha colocado á la ciencia española con sus publicaciones, y últimamente con su viaje á las Repúblicas suramericanas, acaba de publicar un nuevo libro que ha de causar una verdadera revolución en los estudios prehistóricos. *La Ciencia Hierática de los Mayas* es el título del volumen, que, como declara su autor, es una contribución para el estudio de los códices Anáhuac.

Ocurre con Roso de Luna un fenómeno que no por lo repetido deja de llamar la atención. En todos los tiempos y países ha habido talentos ignorados á los que sus contemporáneos no han hecho caso, teniendo los frutos de sus investigaciones esos «éxitos de silencio» que proporcionan los espíritus ruines á los que piensan para ahorrarles á ellos el trabajo de pensar. Buena prueba de esto es lo ocurrido al gran Gustavo Le Bon cuando publicó en los *Informes de la Academia de Ciencias de París* sus primeros trabajos sobre la desmaterialización de la materia. Todos se rieron de él, y los más piadosos le tomaron por loco. Era natural. Las doctrinas expuestas por Le Bon destruían el dogma de la conservación de la materia, proclamado por Lavoissier y acatado por todos sus sucesores; la Química empezaba á bambolearse, amenazando desmoronar el edificio de sus ecuaciones, y el gran Spencer afirmaba en sus *Primeros principios* que la Ciencia y la Filosofía sostendrían un duelo á muerte si se demostraba la falsedad del principio de Lavoissier. Pero después de trece años de estudios continuados, Le Bon ha conseguido que se tomen en serio sus «cosas», y su obra magna *La evolución de la materia* está hoy traducida á todos los idiomas.

Casos idénticos fueron los de William Crookes en Inglaterra y Lombroso en Italia. Mientras siguieron los caminos trillados todo fué bien; pero cuando quisieron investigar las fuerzas latentes en el hombre les aplicaron el remoquete de locos, y «ya» perdieron su autoridad.

En España se registra el caso de Roso de Luna. Mientras recorre la Argentina, Chile, el Brasil y el Uruguay dando conferencias teosóficas que han ocupado largas columnas en los mejores diarios de aquellos países, la prensa española no le dedica ni una sola línea; mientras sus trabajos astronómicos se publican en revistas extranjeras como la *Astronomische Nachrichten,* aquí no nos enteramos sino media docena de «locos» que tenemos el «nefasto vicio de leer».

Esto es ley general. Despunta uno un poco, y choca con su familia; se significa algo más, y choca con su pueblo; aumenta la significación, y el choque es con su comarca; creciendo y perfeccionándose el individuo, viene á chocar á veces con su patria, y hasta con el mundo entero si su ideal es transcendente; y ahí están si no los grandes revolucionarios, con Cristo á la cabeza, quien por algo dijo que no era de este mundo su reino.

Roso de Luna ha hecho un sensacional descubrimiento estudiando el códice maya cortesiano, cuyo original se conserva en nuestro casi desconocido Museo Arqueológico. El autor de *Hacia la gnosis* estudia en aquel libro dicho códice, sacado de los antiguos templos mejicanos; le compulsa con sus similares el *Troano,* el del Vaticano, el de Dresde, etc., y después traduce sus jeroglíficos modulares y ógmicos forjándose una clave parecida á la telegráfica de Morse, mediante la cual demuestra que tales jeroglíficos, hasta aquí tenidos por indescifrables, contienen toda una teoría coordinatoria, reveladora de los conocimientos matemáticos de aquel pueblo glorioso que llenó de edificios ciclópeos el Yucatán, pueblo que no pudo ignorar la Matemática, porque, como el autor dice:

«Cuando nuestra brillante cultura actual se sepulte en el polvo del pasado, que es ley inexorable de la vida, acaso lleguemos á comprender, aunque tarde, la compasiva amargura que sienten los pensadores orien-

tales ante nuestros ligeros juicios sobre su cultura, viendo que otros pueblos sucesores nuestros lleguen infantilmente á creer que nuestra torre Eiffel de las ruinas de París ó nuestra estatua de la Libertad de las ruinas de Nueva York pudieron muy bien ser levantadas sin el conocimiento de la Matemática.»

En todo el libro, escrito en ese lenguaje de Roso de Luna, que sabe hermanar la aridez científica con la galanura de la forma, se nota el aliento del enorme poeta, del gran intuitivo que hay en él, y que una vez más ha sentido el soplo de la inspiración científica, para demostrarnos que no es necesario llamarse Max Müller, ni Champollion, ni Holden, ni Charencey para realizar meritísimas labores de investigación prehistórica.

Hay que cultivar la ciencia por la ciencia, que es bello su estudio y grandes sus enseñanzas, porque todo descubrimiento, por insignificante que parezca, lleva en sí multitud de aplicaciones prácticas, á la manera del lienzo hinchado por el viento y visto por los hermanos Montgolfier, que guardaba en su convexidad, como el vientre fecundo de una mujer, el germen de la navegación aérea.

Francisco Vera.

***

Los archivos de Guibray, por Maurice Montégut.

La evolución de las formas políticas y los trastornos consiguientes á un cambio de formas en las sociedades han dejado siempre tras de sí un reguero de discordias y una obscuridad raras veces disipada en cuanto se refiere á la pureza y rectitud de las genealogías. Tiempos de lucha y de heroísmo, de conquistas y dominaciones, de atropellos y rebeldías, á los ojos del historiador surge tan pronto el rostro feudal de un tirano como la horca levantada para castigar desmanes de siervos contra la opresora omnipotencia de los señores de horca y cuchillo. A veces también en esta ferrada existencia pimpollece la flor sentimental de un alma enamorada, y entonces la Historia cubre piadosamente la luz de un bastardo.

Mauricio Montégut ha buscado en el antagonismo de dos familias, representativas de la abolida nobleza la una, de la democracia nueva la otra, simpático asunto para *Los archivos de Guibray,* en cuyos empolvados legajos durmió el sueño de un siglo el secreto de la unidad genealógica de los personajes. Hermosamente estudiada la psicología de los dos protagonistas, jóvenes ambos y mutuamente enamorados, es una verdadera delicia ver cómo *él* y *ella* van ahondando el foso de odios y rencores que por los crímenes de sus mutuos antepasados les separa. La rebusca de *Los archivos de Guibray* realizada por el joven Pedro, buscando en los empolvados legajos alguna ateruante en la conducta de los antepasados de su amada que le permita dar la mano á ésta, y el encuentro de una colección de cartas probantes de que un capricho del antepasado noble les hace herederos del mismo nombre, y borra, por tanto, el odio de familias que creían separarles, es de una angustia trágica, iluminada por los resplandores de aquel adivino que se llamó Matías de Guibray, cuyas predicciones cabalísticas se cumplen matemáticamente á cien años fecha.

Los archivos de Guibray es una novela interesantísima, de gran sagacidad en el estudio de los caracteres, modelados todos en el troquel de prejuicios que ahogaron la espontaneinad de sus corazones; escrita con la prosa limpísima que los lectores de *Las tentaciones de Próspero* han tenido ocasión de gustar, y afortunadísima en la descripción de paisajes y ruinas. De trama original, con sus puntos y ribetes de humorismo, muestra cuán vanas son las más caras verdades cuando éstas se fundamentan en la movediza arena de las pasiones humanas.

Los archivos de Guibray ocuparán puesto muy señalado en la colección de aquellas novelas de agradable entretenimiento que pueden ser por todos leídas y gustadas.

***

Contra Bonaparte, por Georges Ohnet.

Georges Ohnet ha rendido también su tributo á la grandeza de aquel coloso que se llamó Napoleón Bonaparte, cuya figura ejerce una verdadera sugestión literaria. Historiadores y novelistas han encontrado en la vida del gran conquistador abundantes ma-

teriales para sus obras, sin que pueda columbrarse aún cuándo se verá exhausta la rica vena que los proporciona. Pero al lado de Bonaparte, como junto á toda figura única, hay una multitud de personas que son como los satélites y asteroides del núcleo central, y un cúmulo de accidentes que más ó menos de cerca con la influencia del astro rey se relacionan, formando la trama entera de una época con sus luchas, pasiones, anhelos, rebeldías, derrotas y victorias materiales ó morales, en el campo de batalla ó en el puramente ideológico.

De estas figuras, no por obscuras menos grandes en su esfera de acción, y decisivas á veces en su laborar silencioso de los triunfos ó derrotas de los superiores, ha extraído Charles Laurent materiales interesantísimos y amenos para *Su hijo, Ocios de Emperador, El último Condé, El espía del Emperador,* etc., etc., y en el mismo manantial ha posado sus labios Georges Ohnet para componer este volumen, titulado *Contra Bonaparte.*

Después del 18 Brumario y del 18 Fructidor, nobles y revolucionarios lucharon sin cesar contra el Primer Cónsul, pretendiendo los unos la restauración de la Monarquía decapitada con Luis XVI, intentando los otros el triunfo de sus radicalismos. En esta puja de pasiones Bonaparte sufre repetidos atentados, y uno de ellos, llevado á cabo por los secuaces del conde de Provenza, forma precisamente el fondo trágico de *Contra Bonaparte.* Conocidas las dotes de narrador de Georges Ohnet, no hay para qué decir si el libro tiene interés dramático, al que forzosamente se une delicada trama amorosa que refresca y orea las páginas con acariciadora ternura. *Contra Bonaparte,* que señala una nueva forma de novelar en el ilustre autor de *Las batallas de la vida,* es una narración sencilla, sin complicaciones, de gran sutilidad psicológica, de acertadísimas pinceladas descriptivas, de una gran exactitud en la evocación de tiempos y costumbres que fueron, y un acabadísimo cuadro de época que muestra ante los ojos del lector los primeros pasos del hombre que poco después había de ser la pesadilla del orbe entero. *Contra Bonaparte* posee gran interés dramático, emoción sincera, lenguaje delicado, todo cuanto puede hacer agradable y entretenida su lectura. A mayor abundamiento, *Contra Bonaparte* ha sido esmeradamente vertida al castellano por el celebrado traductor de *Los archivos de Guibray,* de *Las temporeras,* de *Joselón* y de varias otras obras que tantos elogios han merecido de la crítica, por Miguel García Rueda, lo cual constituye por sí solo un elogio de la pulcritud literaria de *Contra Bonaparte.*

***

Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

Acaba de publicarse el tomo XVII de esta Biblioteca, que lleva por título *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas,* recopilados por el ilustre académico don Emilio Cotarelo y Mori.

Esta magnífica publicación acrecienta prodigiosamente sus méritos con cada uno de los nuevos volúmenes que salen á la venta, y el que hoy va á ser asunto de esta breve nota bibliográfica es sin duda uno de los más interesantes y curiosos de cuantos pueden solicitar la atención de las personas cultas, sobre todo de las que sientan predilección por los estudios históricos literarios hechos seriamente, como corresponde á una rama del saber humano justamente calificada de maestra de la vida.

Este volumen, que comprende la colección de entremeses, loas, bailes, jácaras, mojigangas y otras piezas cortas de teatro desde Lope de Vega á Cañizares, ha de satisfacer el anhelo que desde fines del siglo antepasado tuvieron muchos amantes de nuestras letras de ver reunidos en muy pocos volúmenes estos fugaces destellos de la radiante y majestuosa Talía española.

No se incluye en este tomo todo el caudal abundante que de obras intermedias nos han dejado los poetas del siglo XVII, pero sí las suficientes para que podamos apreciar en todo su valor esta clase de obras dramáticas; riqueza literaria diseminada en tomos hoy sobradamente raros y en un grandísimo número de manuscritos que, por fortuna, pudieron salvarse de los mil peligros y contingencias que siempre han corrido este linaje de documentos.

Empieza este primer tomo por las loas de Agustín de Rojas Villandrando, autor que abarcó ya casi todas las formas y asuntos

que en lo sucesivo habían de tener estos preludios, y se cierra con las obras del insigne Luis Quiñones de Benavente.

El tomo XVIII, volumen segundo del que ahora nos ocupa, abrazará los entremesistas contemporáneos de Calderón, en que los hay de gran mérito, como este mismo gran poeta, D. Jerónimo de Cancer, Moreto, Villaviciosa, Suárez Deza, Bernardo de Quirós, Avellaneda, Monteser y otros.

La introducción cumple á escritor tan profundo como es el Sr. Cotarelo y Mori, conocedor de nuestra literatura clásica, como ha demostrado ya en libros de paciencia benedictina, y principalmente en el tomo de esta Biblioteca *Teatro del Maestro Tirso de Molina*.

—o—

Libros recibidos

POESÍA

A flor de alma.—Miguel Basch.—1911.
Poesías.—Angel María Céspedes.—Bogotá, 1908.
Invitación al amor.—Angel María Céspedes.—Bogotá, 1911.

TEATRO

Raza vencida.—Max Grillo.—Bogotá, 1905.
Vida nueva.—Max Grillo.—Bogotá, 1908.

VARIA

La casa del juicio.—Oscar Wilde.—Madrid, 1911.
Breviario de amor.—Francisco Villaespesa.—Madrid, 1911.
Jurisconsultos españoles.—Madrid, 1911.

OBRAS DE FÉLIX NAVARRO

Concepto del Arte.—Zaragoza, 1904.
El Monumento á los Sitios.—Zaragoza, 1906.
La Torre de los Sitios.—Zaragoza, 1907.
El Arte en la cultura universal.—Zaragoza, 1908.

La poesía española y la Revolución francesa

V

Aún debía llegar más lejos en el propio Forner el prosaísmo de su época, que dejó testimonios como el poema de *La música,* de Iriarte, ó *El observatorio rústico,* de Salas, con los cuales compiten alguna vez los *Discursos filosóficos* (en verso) del avinagrado humanista de Mérida. La trivialidad de pensamiento y de forma invade á menudo el campo de la chocarrería, y la magnitud de los asuntos contrasta violentamente con la miseria de la expresión, adocenada y sin vuelo. He aquí dos décimas contra *La Convención* que no las hubieran escrito peores Nif.., el cura de Fruime, Guerrero, Pablo Tresserras ó cualquiera de los copleros que proveían entonces de versos de circunstancias á la *Gaceta,* el *Mercurio* ó el *Diario de Barcelona:*

¿Querrásme decir, Damón
(ya conoces mi ignorancia),
qué quisicosa es en Francia
lo que llaman *Convención?*
De sus sabios la opinión
es que la comunidad
forma civil sociedad
cuando, *convencidos* todos
en las cosas y en los modos,
reina la unanimidad.

Allí se infaman, se ultrajan,
se calumnian, se acriminan,
se destruyen, se asesinan,
hienden, hunden, cortan, rajan,
leyes y cultos barajan
discordes, con furia impía;
dime, en la Filosofía
(pues yo lo ignoro, Damón),
la palabra *Convención,*
¿indica *piratería?*

Algo más consiguió levantarse su estro y la dignidad de su lenguaje en el canto heroico titulado *La paz,* escrito y publicado allá por 1796, después de la de Basilea. El acre censor de los versificadores chirles que diez ó doce años antes, con Huerta á la cabeza, cantaban los prodigios del general Barceló contra la piratería de Argel, tuvo que claudicar á su vez cuando llegó la hora, y adherirse á la legión de poetas épicos que celebraron las victorias de Bellegarde y de Trullás, que enaltecieron á Ricardos, que sepultaron á Godoy bajo una balumba de falsos laureles por su negociación diplomática con el Directorio. Bien es cierto que en las octavas de Forner puede más su inextinguible rencor contra los revolucionarios y enemigos de la víspera que el entusiasmo por la nueva alianza, mediante la cual pasamos los españoles bruscamente

desde el papel de paladines y sostenedores del antiguo derecho monárquico al de primeros y únicos amigos y servidores de la República en Europa. Así el implacable Burke pudo llamar á España desde entonces *el feudo del regicidio,* como habíanla infamado dos años antes con el mote de *la Coblenza del Sur* los folicularios de la demagogia parisiense. La diatriba contra lo pasado supera en el canto de Forner á la apoteosis de lo presente. No es la paz lo que le inspira, sino el odio á lo que aparentemente, nada más que aparentemente, había sucumbido el 9 de Thermidor:

Cayó la ilustre pompa de Occidente
en el alto dosel que de su gloria
llenó, adorada de remota gente,
del Cuarto Enrique la inmortal memoria;
derribado su solio infamemente,
yace deshecho en lamentable escoria,
y el incendio voraz que le consume
aun el solio de Dios tiznar presume.

Sus aras profanó plebe engañada,
plebe infeliz que, fraudulenta, agita
la atroz *sofistería,* más malvada
porque así sus maldades facilita.
Quiere en la mente del mortal borrada
la adorable virtud que la limita,
y quiérela borrada, porque quiere
que entre malvados el mayor impere.

En vano parecía aludir á Robespierre y su facción la última octava; en vano había caído ya el «malvado mayor» que imperaba entre tantos malvados. La estrofa, como otras varias del mismo canto, no apareció en la edición de 1796 por haberla prohibido los censores, no obstante el valimiento del poeta con Godoy, que á todo trance quería contentar á Francia y aplacar la disensión de los espíritus, soliviantados por la mutua y general invectiva. Y la invectiva era el tono ordinario de Forner:

Templos, aras, misterios venerables,
bases á la virtud, cotos al vicio,
turbas contra sí mismas implacables
destruyeron en vago desperdicio.
Manos ¡ay! impíamente abominables
trocaron en perversos sacrificios
los que con mente agradecida y pura
tributaba al Criador su criatura.

Y desquiciados en igual ruïna
trono y altar, palacio y santuario,
en ciego laberinto desatina
de un vulgo necio el pensamiento vario.
La luz que á los mortales encamina
sacrílego apagó, y osa, nefario,
trastornado el apoyo de sus leyes,
dechado hacerse á las humanas greyes.

¡Ay, que la hoguera fúnebre en que arde
la triste Francia y su potencia augusta,
aunque al principio tímida y cobarde,
se dilata veloz y á Europa asusta!
¡Ay, que acudiendo á detenerla tarde
la prudencia política, robusta
crece, y no detenida, corre horrenda
y no hay región que de ella se defienda!

Al hierro destructor ya es sólo dado
contener la violencia de la llama,
y en confusa caterva vulgo armado
á refrenar su curso se derrama.
El linaje mortal, todo afanado,
corre al peligro y turbulento brama;
gime la tierra al peso furibundo,
y en crueldad inhumana hierve el mundo.

Discorde el galo en su disuelto suelo,
anegado de leyes sin ley cierta,
lucha entre sí con porfiado anhelo,
y sólo á degollarse, ¡oh triste!, acierta;
y en tanto, estimulando su recelo
de extranjera opresión, deja desierta
la patria infausta en su perpleja suerte
y á la ajena región lleva la muerte.

Destroza sus entrañas, y destroza
en enjambres feroces desatada
Francia cruel la tierra, y se alboroza
porque en sangre la ve toda empapada.
¡Ilustre gloria con sus triunfos goza!
Ella contra sí misma encarnizada,
fulminando inhumanas proscripciones
y hecha esclava de pérfidas facciones.

La Revolución no había hecho más que trasladar al campo de la Historia y de las acciones humanas el odio que Forner, en su intransigente españolismo intelectual, había sentido de antemano contra la Enciclopedia. En medio de la irresolución de Europa, sólo España le pareció haber estado á la altura de los acontecimientos, haber respondido á la misión providencial y caballeresca de defender al caído, de vengar al inocente, de sostener el principio espiritualista y cristiano de la civilización:

Tú, España, sola tú, de fe inviolable
alto blasón, ejemplo inextinguible,
por ella en todos tiempos memorable
y por ella quizás menos terrible;
si fulminas el bronce formidable
llevada de un destino irresistible,
generosa lealtad tus armas guía,
y sólo por justicia eres impía.

La guerra del Rosellón, en efecto, fué algo así como la última cruzada; porque si bien la lucha que sostuvo España doce años más tarde contra los ejércitos de Napoleón revistió en gran manera los caracteres de lucha religiosa, y no faltó obispo que la llamara ya en sus mismos comienzos «guerra teologal», al fin y la postre se trató de una defensa desesperada del hogar, del trono y del santuario dentro de las propias fronteras, sin impulso agresivo. Pero la guerra que tan brillantemente condujo el general Ricardos en su primera fase fué, por el contrario, una guerra de agresión y de expansión más allá de nuestro territorio, sin objeto alguno utilitario, sin finalidad diplomática, sin otro motor ni estímulo que el sentimiento tradicional de casi la totalidad de los españoles, apelando por vez postrera en la Historia á un torneo ó juicio de Dios. Y esto es lo que ponen en evidencia casi todos los comentaristas poéticos de tal empresa, empezando por Jovellanos, como hemos visto, siguiendo por Forner, y llegando á un ingenio tan modesto, apacible y, al parecer, tan alejado de este linaje de preocupaciones como fué el sainetero gaditano D. Francisco González del Castillo, émulo de D. Ramón de la Cruz, si no en el derroche, cuando menos en la popularidad y la gracia de sus obrillas.

El humilde apuntador del teatro de Cádiz, el autor de *El fin del pavo* y tantos otros saladísimos pasatiempos parece haber conservado en medio de sus tareas subalternas y del ambiente de escenario una respetabilidad personal que se traduce en la deferencia con que le tratan sus compañeros de profesión y en el tono moral de sus producciones líricas. Escribió un poema titulado *La Galiada, ó Francia revuelta,* con motivo de los horrores del 93, y la *Elegía* á María Antonieta ya llamó la atención de D. Leopoldo Augusto de Cueto en su *Bosquejo histórico-crítico de la poesía del siglo XVIII,* porque, no obstante su estilo desigual y declamatorio, hay algo en ella que denota el impulso elocuente que arrebata el ánimo de los verdaderos poetas:

Sí; porque, de otro modo, ¿cómo hubieran
puesto esos monstruos sus nefarias manos
en su reina infeliz? ¿Cómo pudieran
marchitar, ¡oh gran Dios!, esos tiranos
aquella rosa, honor del galo suelo,
aquella estrella de su antiguo cielo?
. . . . . .
... ¡La real matrona
en el alto cadalso! Almas crüeles:
¿es ésa á quien ceñisteis la corona?,
¿á esos pies ofrecisteis los laureles?
. . . . . .
¿Quién hizo á una gavilla de asesinos
árbitros de la ley, jueces del trono?
¿Quién formó un tribunal de libertinos
do vota la impiedad, manda el encono?...

VI

Entre los poetas castellanos de las postrimerías del siglo XVIII cuéntase uno que bien podrían los modernos «pacifistas» invocar como precursor y colega. Figura en la serie de vates menores, nutrida durante aquella centuria por próceres y títulos de Castilla que dedicaban sus ocios al cultivo de las musas, acaparando los sillones académicos, y no pierde ocasión de declamar contra el horrendo espectáculo de los campos de batalla, bien en forma preconcebida y directa, bien por medio de digresiones frecuentes, aunque se trate de los más heterogéneos motivos de inspiración. Ora departiendo con un amigo, ora despidiéndose de su amada, unas veces por rapto brusco en odas ó epístolas de asunto moral, otras veces interrumpiendo la ilación de tales ó cuales versos amatorios, su pluma insiste de continuo en el tema de la paz y la discordia, en la maldición de las empresas marciales. Al final de una *Imprecación contra la guerra,* dirigida á su compañero D. Fernando Cajigal, llega á exaltarse indignado contra aquella fatalidad histórica y á prorrumpir en exclamaciones como las siguientes:

Cuando contemplo á César coronado
de sangrientos laureles, y que el triunfo
de Aníbal, de Scipión, del grande Tito,
sobre fuego, sobre humo, sobre nada
se eleva y engrandece, me enardezco
y de lo hondo del pecho saco fuera
estas palabras, de furor henchidas:
«Maldito una y mil veces el primero
que, destrozando las sagradas leyes
de la Naturaleza, quiso, osado,
elevar su cabeza con orgullo
sobre todos los otros sus iguales
y, deshaciendo los estrechos lazos
con que estaban los hombres reunidos,
dió á la Discordia entrada, y á la Guerra
revistió con el traje de la Gloria...»

Pues bien; este enemigo de Marte era «hijo de Marte», probado en las acciones más duras: en el sitio de Gibraltar, en el combate naval que se llamó de *los empalletados.* Me refiero al conde de Noroña, que tomó viva parte en la campaña del Rosellón y, ascendido más adelante á teniente general, obtuvo contra los franceses, en la guerra de la Independencia, la famosa victoria del puente de San Payo. Al ilustre patricio de Castellón deben las letras castellanas el primer conato de *orientalismo,* antes de que los grandes poetas románticos vinieran á popularizarlo y extenderlo como elemento de renovación ó, mejor dicho, de integración artística. Con anterioridad á toda influencia posible de *El diván,* de Goethe, y á haberse escrito una sola de *Las orientales,* de Víctor Hugo, el conde de Noroña compiló su antología ó florilegio de *Poe-*

sias asiáticas, traducción ó paráfrasis del inglés casi todas ellas. «Me prometo—decía en la advertencia—que los amantes de la verdadera literatura distinguirán estas composiciones, llenas de fuego é imágenes pintorescas, de las insulsas filosóficas prosas rimadas que nos han venido de algún tiempo acá de allende los Pirineos... Los genios españoles, que tanto han brillado por su fecunda y hermosa imaginación, deben abandonar esas gálicas frialdades y no desdeñarse de leer los poetas del Oriente, en quienes todo es calor y entusiasmo, y entre los cuales suenan con honor algunos hispanos, cuyas obras yacen sepultadas en El Escurial.»

De la misma manera, aunque con menos provecho para las letras que con esta versión de poetas árabes, persas y turcos, vino á inaugurar la racha lírica que siguió al rompimiento con la primera República, y cantó *La batalla de Trullás* (22 de septiembre de 1793) con inspiración que juzgaron casi pindárica algunos de sus contemporáneos, pero que revisada ahora, fríamente, á la distancia de ciento veinte años, produce un efecto general harto pobre en los desmayos de prosaísmo y harto hinchado é hiperbólico en los momentos de elevación:

¡Oh llanos de Trullás! Decid si acaso
Ricardos de otra suerte
arrastró al hierro duro de la muerte
al galo altivo, de consejo escaso,
sin saber cuál más parte
tuvo en su corazón: Palas ó Marte.

Ó si los maratonios campos fueron
en más sangre empapados;
si más valor mostraron los soldados
que en Salamina á Jerjes destruyeron,
ó si acaso retumba
con más ecos de triunfo el val de Otumba.
.....
... El contrario á la fragosa cumbre
se acoge desmayado,
al verse del ibero destrozado
á pesar de su inmensa muchedumbre,
y su furia atrevida
en polvo, en humo, en nada convertida.

Y tú, Ricardos, que en tan fausto día
con sereno semblante,
al poderoso Jove semejante,
confundiste del galo la osadía
cuando el rayo lanzabas
ó los fuertes ataques ordenabas;

tú, que renuevas los ilustres nombres
de Leiva y de Toledo,
la gloria de Aguilar, el gran denuedo
de aquellos siempre inimitables hombres
que el Ponto despreciaron
y á España nuevos reinos conquistaron...

Se observa en esta composición una absoluta ausencia de reflexiones políticas sobre las causas de la guerra, esto es, sobre la Revolución, el regicidio y la anarquía, como si al autor, olvidándose por un momento de su criterio pacifista, no le preocupase más que el puro aspecto militar de la lucha por la lucha, de la victoria por la victoria y del caudillo ante el caudillo: Ricardos contra Dagobert. En otra oda ó canto *A la paz entre España y Francia,* que escribió inmediatamente después de haberse firmado la de 1795, vuelve á su pintura habitual de las devastaciones y espantos que acompañan á la guerra, azote de la Humanidad:

La Discordia levanta su cabeza,
de víboras crinada;
las mueve, las sacude, y, agitada,
retiembla la mansión de la tristeza;
la turbia Estigia crece
y el tenebroso Averno se estremece.
.....
En pos de ella camina la Hambre fiera
la Miseria afanosa,
la devorante Fiebre, la ambiciosa
Gloria, el Furor, la Rabia carnicera
y todos cuantos males
comprimen con la guerra á los mortales.
.....
Todo es fuego y furor, todo se llena
de horrorosa matanza;
ya en medio de la Galia se abalanza
con sangre humana enrojecido el Sena;
ya en su centro se irrita,
desploma el templo, el trono precipita...

Y después de estas breves alusiones al gran estremecimiento social y político que había originado la guerra del Rosellón por parte de España y la de las otras potencias coligadas contra los franceses, pasa en revista el espectáculo feroz é inusitado de aquel pueblo que se destruye y asesina en el interior, pero que vuela á las fronteras, y dirige «su carro fulminante contra el animoso belga», y ahuyenta de Tolón los navíos británicos, y salta el muro de hielo que le opone el danés, y se interna hasta el Rhin, y escala los Alpes. Ni su prejuicio nacional ni su espíritu en cierto modo antimilitarista acallan el asombro ante la increíble audacia de los *sans-culottes,* que entran en fuego ó atacan á la bayoneta cantando el *ça ira,* superando y haciendo olvidar cuantas victorias constituyeron un día el orgullo de romanos y griegos. La propia España indomable siente decaer su tesón y sostiene penosamente su espada al final de la lucha, después de haberla vibrado vencedora en los comienzos:

Tú, que te viste del francés triunfante,
y con marcha atrevida,
ya del Tec refrenaste la avenida,

ya diste espanto al Canigó gigante,
mil laureles cogiendo
cuando la Europa toda estaba huyendo...,

vacila y flaquea ahora, no sabiendo cómo poner término á la lucha y suspirando por la paz, que es también el anhelo íntimo y constante del poeta. Al fin sonríe esa esperanza. La reja ya no quedará abandonada en el surco; los rebaños ya no correrán sin pastores por los campos estériles; ya no dejará la virgen del Señor los muros de su clausura, ni los templos santos caerán destruídos al impulso de las hordas jacobinas. Una claridad tiñe el horizonte:

Nace el día en los brazos de la aurora;
asoma en el Oriente
un destello de luz, rápidamente
se extiende, el cerco de las nubes dora,
y el tenebroso velo
rasgado cae desde el alto cielo.
Así la Paz se esparce por la tierra.
El carro de la Muerte
estalla, vuelca, y con impulso fuerte
lanza lejos de sí la horrenda Guerra,
que, por el aire vago
rodando, se despeña al negro lago.
Al golpe, con revueltos remolinos
las ondas se levantan,
los eternos cerrojos se quebrantan,
se conmueven los muros diamantinos
y queda el Monstruo airado
en su profundo abismo sepultado.

Acaso los versos del conde de Noroña nos han entretenido mucho más de lo que conviene á su valor intrínseco. Pero con independencia de dicho valor, tienen otro, documental y representativo de la época, que los hace especialmente interesantes. Conocidas estas composiciones, puede decirse que se conocen las demás inspiradas en el mismo asunto de la guerra de España contra la Convención y de la paz concertada en Basilea. Así habrá de verse al pasar los ojos por otras poesías análogas y aunque sean de ingenios más sonados, como Cienfuegos ó Arriaza. La única diferencia puede reducirse á que Noroña no tiene una palabra de adulación ni servilismo para Godoy, refiriéndose siempre á la paz en abstracto, y nunca al inexperto favorito, que le debió entonces su título de príncipe y el más inconsciente é inmotivado elogio de la nación entera.

Miguel S. Oliver.

(Se continuará.)

LA R. P. EN BÉLGICA

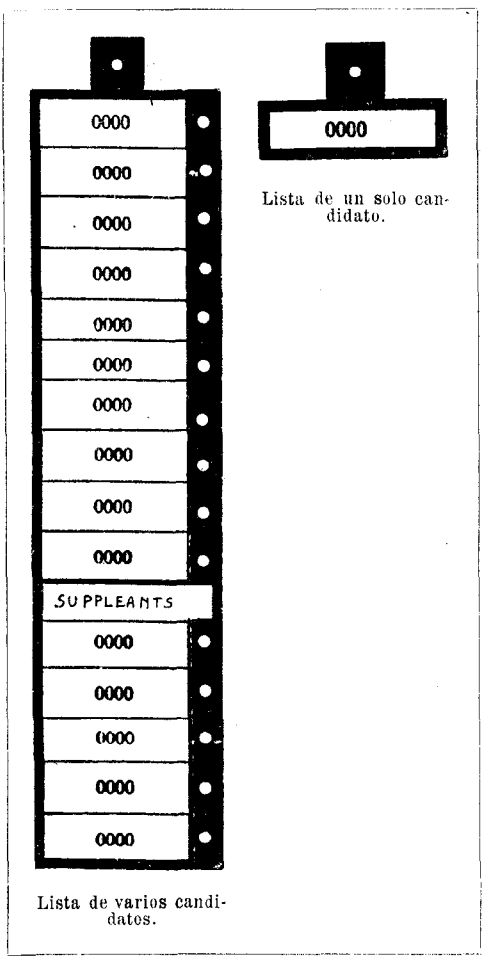
(Continuación.)

7. Una vez que el *bureau* principal—ya veremos luego lo que es este organismo—ha recibido las diferentes listas electorales, forma la *papeleta* ó *boletín de votación,* y lo hace imprimir en papel de color para las elecciones de senadores, y en papel blanco para las de diputados. Sólo puede votarse con estos boletines oficiales.

La forma de los boletines de votación está reglamentada por la ley.

Cada lista debe ocupar en el boletín una columna particular, en la cual figuran en primer lugar los nombres de los candidatos titulares por el orden en que hayan sido presentados, y á continuación, precedidos de la rúbrica SUPPLÉANTS, los nombres de los suplentes. A la cabeza de cada lista y á la derecha de cada nombre se coloca un cajetín cuadrado de color negro con un punto blanco en el centro. Se vota ennegreciendo con lápiz el punto blanco.

De una manera análoga se presentan en el boletín de votación los candidatos aislados, á los cuales, en el lenguaje corriente, se les llama *salvajes,* calificativo que revela la poco estima de que gozan, por regla general, los candidatos disidentes. La figura adjunta representa modelos de lista múltiple y de candidatura *sauvage.*



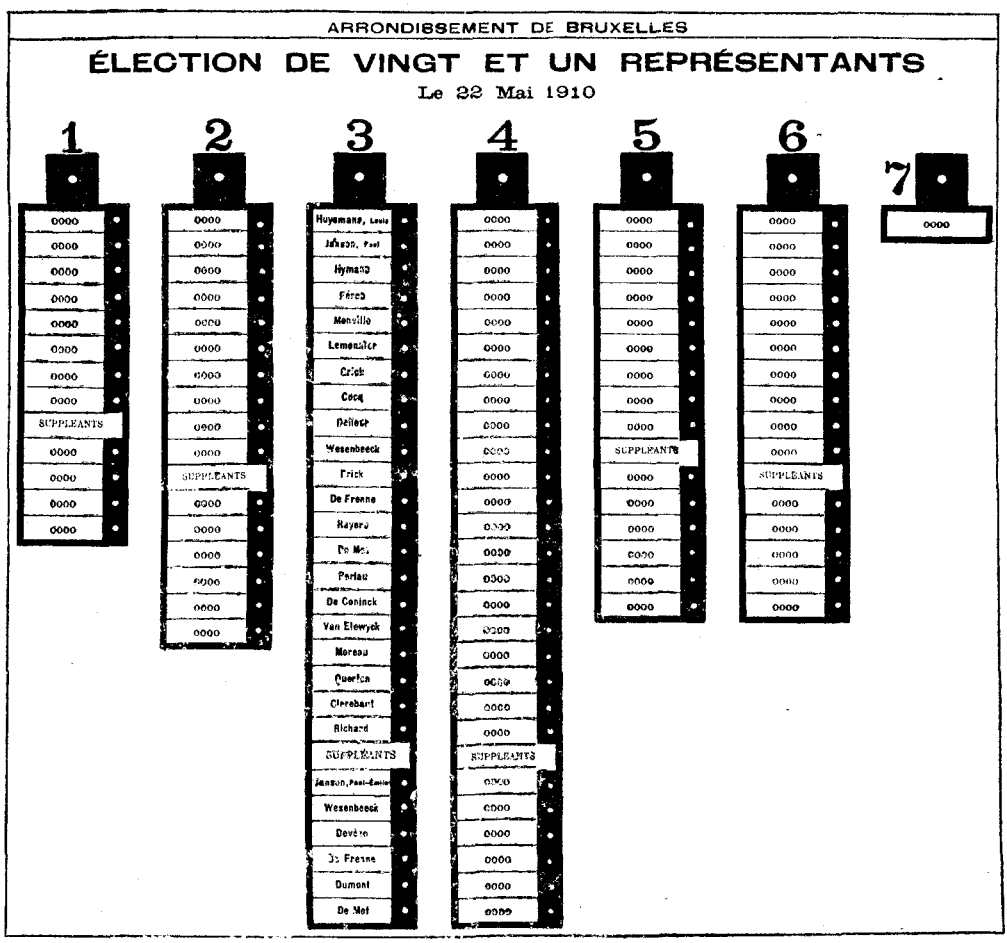
Manera de presentar en el boletín de votación las listas de candidatos.

Ahora bien; ¿qué lugar ocupa cada una de las listas en el boletín?

También está previsto por la ley este detalle. Según el artículo 258 del Código electoral, el *bureau* principal determina por sorteo el lugar de colocación de cada lista, excepto las candidaturas individuales, que se colocan las últimas, dándose á cada lista y á cada candidatura *salvaje* un número de orden. También ordena la ley que se ins-

criba á la cabeza del boletín el nombre de la circunscripción, el número de representantes que en ella se elijan y la fecha de las elecciones.

Véase un facsímile del boletín de las elecciones verificadas en la circunscripción de Bruselas el 22 de mayo de 1910:

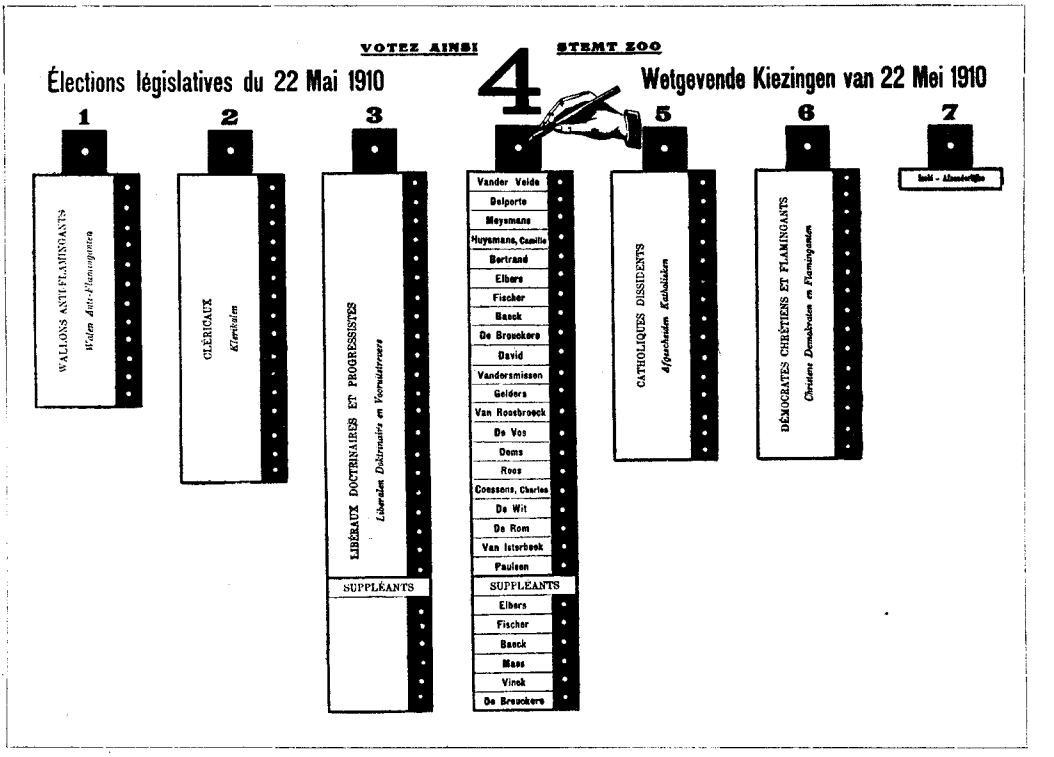


Modelo de un boletín de votación.

8. Con la presentación oficial de las listas de candidatos suele coincidir el apogeo de la campaña electoral de los diversos partidos.

Independientemente de los actos de propaganda comunes á todos los sistemas (mítines, conferencias, publicaciones, etc.), la campaña electoral en Bélgica se caracteriza por algunos rasgos que tienen una íntima conexión con su régimen proporcionalista.

Uno de esos rasgos característicos es el *impersonalismo* de estas campañas. Lo general es que se luche *por las ideas;* sólo excepcionalmente se lucha *por las personas*. El arma de combate es el programa del partido. Este programa



Hoja de propaganda electoral del partido socialista. (Anverso.)

se publica en los dos idiomas nacionales (el francés y el flamenco) al dorso de hojas con el facsímile del boletín de votación. En las elecciones de 1910 en Bruselas el partido socialista formulaba su programa así:

«*Si queréis con nosotros:*

»El sufragio universal puro y simple á los veintiún años;

»La reducción del tiempo del servicio militar...;

»La reglamentación de la jornada de trabajo...

(Sigue la enumeración de reformas defendidas por el partido socialista, y concluye:)

»*Si queréis todo eso, votad el 22 de mayo por la lista de los candidatos socialistas,*

» *Votad por la lista número 4.*»

Como se ve, no lucha el candidato, sino el partido.

En esas mismas hojas de propaganda suele recordarse á los electores los preceptos de la ley acerca de la manera de votar, insistiéndose particularmente en las instrucciones para evitar la nulidad del sufragio. (Véanse como ejemplo las instrucciones y recomendaciones contenidas en las adjuntas hojas del partido liberal.)

Estas instrucciones—verdadera vulgarización de la ley Electoral—se in-

sertan además en los periódicos durante los últimos días precedentes al de la elección:

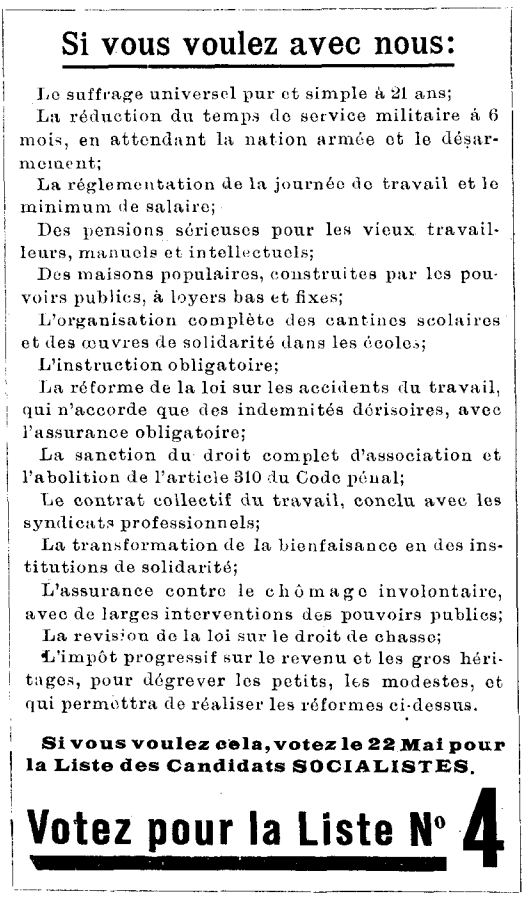
Ya hemos indicado antes que una de las cosas que caracterizan las elecciones belgas es que se lucha por el partido, no por las personas. Á tal punto llega esta ausencia de fulanismo en las campañas electorales, que los periódicos de partido no citan siquiera los nombres de los candidatos, á no ser en casos muy justificados, limitándose á indicar simplemente el número de la lista de cada circunscripción. Así, por ejemplo, los periódicos del partido liberal en las elecciones generales de 1910 se limitaban á decir:

VOTAD POR LOS LIBERALES:

En Bruselas, la lista	Núm. 3.
En Amberes	Núm. 3.
En Arlon	Núm. 1.
En Brujas	Núm. 1.

Etc., etc.

A veces, sin embargo, sucede á última hora que un candidato de prestigio, ó que por circunstancias de la lucha le conviene al partido que triunfe, cuenta con pocas probabilidades de ser elegido porque se le colocó en mal sitio de la lista. En semejante caso se apela á los votos de preferencia—que luego veremos en qué consisten—, y se recomienda á los electores que voten al candidato en cuestión. Esto sucedió en las elecciones de 1910 con M. Cocq y M. Jourez, candidatos liberales en las circunscripciones de Bruselas y Nivelles, respectivamente; y gracias al voto de preferencia (que los electores conceden disciplinadamente cuando el partido lo recomienda) triunfaron esos dos candidatos: el triunfo de M. Jourez en Nivelles fué un puesto arrancado á los clericales.



Si vous voulez avec nous:

Le suffrage universel pur et simple à 21 ans;
La réduction du temps de service militaire à 6 mois, en attendant la nation armée et le désarmement;
La réglementation de la journée de travail et le minimum de salaire;
Des pensions sérieuses pour les vieux travailleurs, manuels et intellectuels;
Des maisons populaires, construites par les pouvoirs publics, à loyers bas et fixes;
L'organisation complète des cantines scolaires et des œuvres de solidarité dans les écoles;
L'instruction obligatoire;
La réforme de la loi sur les accidents du travail, qui n'accorde que des indemnités dérisoires, avec l'assurance obligatoire;
La sanction du droit complet d'association et l'abolition de l'article 310 du Code pénal;
Le contrat collectif du travail, conclu avec les syndicats professionnels;
La transformation de la bienfaisance en des institutions de solidarité;
L'assurance contre le chômage involontaire, avec de larges interventions des pouvoirs publics;
La revision de la loi sur le droit de chasse;
L'impôt progressif sur le revenu et les gros héritages, pour dégrever les petits, les modestes, et qui permettra de réaliser les réformes ci-dessus.

Si vous voulez cela, votez le 22 Mai pour la Liste des Candidats SOCIALISTES.

Votez pour la Liste N° 4

Hoja de propaganda electoral del partido socialista. (Reverso.)

En estos casos los periódicos suelen propagar y recomendar los votos de preferencia mediante procedimientos gráficos; pero nótese que casi siempre que se trabaja á favor de un candidato, *se hace en nombre del interés del partido*. El voto de preferencia en el sistema electoral belga es, en determinadas circunstancias, no sólo un modo de que triunfe Fulano ó Mengano, sino un

recurso para ganar uno ó más puestos á las listas adversas. En la designación del candidato que haya de ser favorecido con los votos de preferencia se tiene en cuenta la popularidad de que goce, y esta popularidad viene á ser un elemento de lucha, y á veces de victoria, *para la lista entera.*

El día de la elección entran en escena dos nuevas armas de combate, reservadas para los últimos momentos: los carteles y las caricaturas, sobre todo las caricaturas. Unos y otras hay que buscarlos —mejor dicho, no hay que buscarlos, porque salen al paso—en las paredes, en las puertas, en todos los sitios más visibles. Los carteles suelen ser de pequeñas dimensiones; á veces son diminutos *tikets,* que se pegan incluso en los postes del alumbrado, en los que se lee simplemente: «Votad por la lista 4, por la lista 3, por la lista 2...»

La «batalla de caricaturas» es en ocasiones sumamente sugestiva. El 22 de mayo de 1910 la fisonomía de los muros de Bruselas era en extremo pintoresca. He aquí una caricatura presentada por los católicos: Hay tres gallinas: la gallina liberal, que cría siempre y no pone nunca; la gallina socialista, que cría más aún y pone á veces, pero se come sus propios huevos; en fin, la gallina católica, que cría mucho más y pone huevos excelentes: cada huevo lleva su correspondiente letrero.

Pour bien voter

Chaque électeur recevra dans son bureau de vote autant de bulletins de vote qu'il a de voix.

Pour bien voter, l'électeur doit, au moyen du crayon, **noircir le point blanc qui se trouve dans le carré au-dessus de la liste des libéraux, la liste n° 3** ainsi il vote valablement.

D'après la loi, les bulletins panachés son nuls.

Donc, pour faire un bulletin valable, pour ne pas perdre de voix, il faut noircir **uniquement** le point blanc au-dessus de notre liste n° 3.

Personne ne peut savoir pour qui l'électeur vote; le vote est absolument secret.

Votez en hommes libres.

Votez pour les libéraux en votant dans la **case en tête de la liste n° 3,** ainsi votre vote sera valable.

Electeurs, attention!

Noircir le point blanc dans la case placée au-dessus de la liste libérale n° 3

Recommandations aux électeurs

I

La loi interdit d'une façon absolue, sous peine de nullité, le panachage.

II

Les électeurs libéraux doivent voter en tête de la liste n° 3, **sous le chiffre 3,** c'est le meilleur moyen de ne pas faire un bulletin nul.

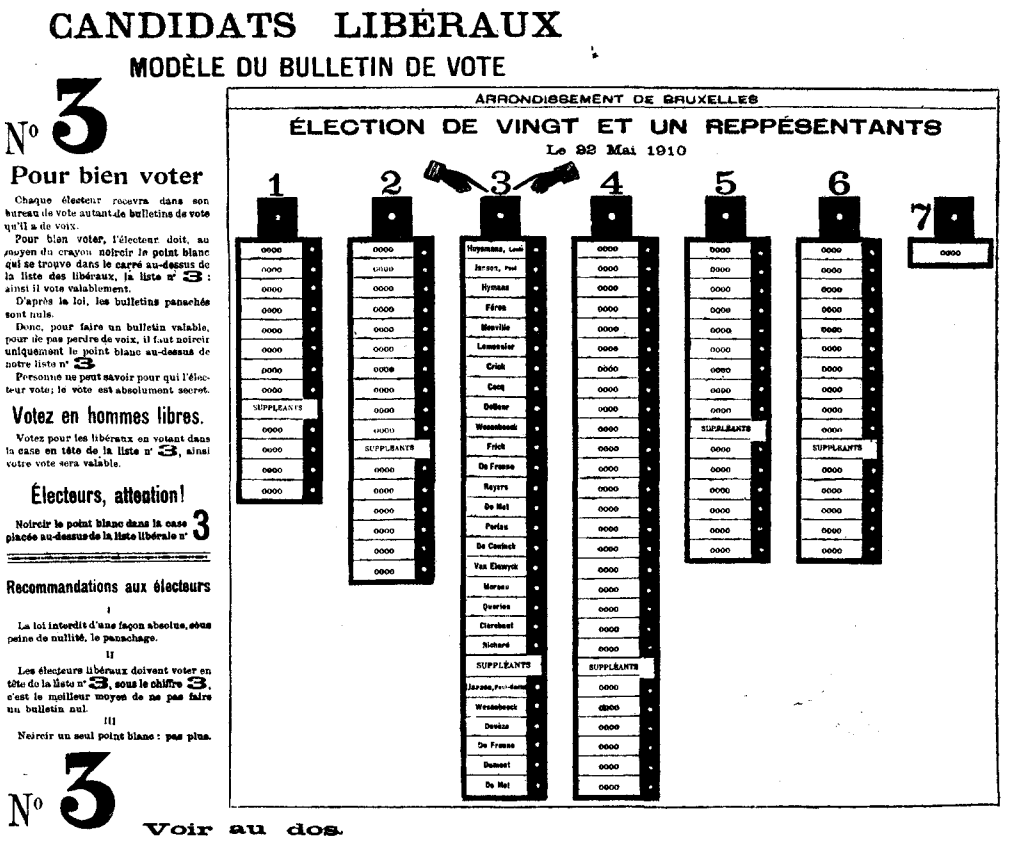
III

Noircir un seul point blanc: pas plus.

Modelo de instrucciones á los electores (Recorte de una hoja de propaganda del partido liberal)

Y todas estas campañas, todos estos procedimientos de lucha deslízanse en medio del mayor orden. La compra de votos, los fraudes electorales, la presión gubernamental, es mercancía que ha expulsado de Bélgica la R. P. El resultado de las elecciones acusa también idéntico temperamento de equilibrio y de sosiego. En las elecciones de 1910 los liberales ganaron un puesto á los católicos. La mayoría de éstos ha quedado reducida en la Cámara á seis votos. Esto en España nos parecería un *statu quo.* En Bélgica constituye un gran triunfo. Los liberales, llenos de entusiasmo, pronosticaban para dentro de cuatro, de seis años, el equilibrio de fuerzas entre las derechas y las izquierdas.

¿No es realmente mérito grande para un sistema haber dado á las masas electorales esa continuidad, esa fidelidad, esa virilidad de sus opiniones políticas? No hay duda: la R. P. es un progreso cierto, es un régimen de madurez cívica, y las campañas electorales—estas campañas en las que la fiebre de los



CANDIDATS LIBÉRAUX

MODÈLE DU BULLETIN DE VOTE

N° 3

Pour bien voter

Chaque électeur recevra dans son bureau de vote autant de bulletins de vote qu'il a de voix.

Pour bien voter, l'électeur doit, au moyen du crayon noircir le point blanc qui se trouve dans le carré au-dessus de la liste des libéraux, la liste n° 3 : ainsi il vote valablement.

D'après la loi, les bulletins panachés sont nuls.

Donc, pour faire un bulletin valable, pour ne pas perdre de voix, il faut noircir uniquement le point blanc au-dessus de notre liste n° 3.

Personne ne peut savoir pour qui l'électeur vote; le vote est absolument secret.

Votez en hommes libres.

Votez pour les libéraux en votant dans la case en tête de la liste n° 3, ainsi votre vote sera valable.

Électeurs, attention!

Noircir le point blanc dans la case placée au-dessus de la liste libérale n° 3

Recommandations aux électeurs

I

La loi interdit d'une façon absolue, sous peine de nullité, le panachage.

II

Les électeurs libéraux doivent voter en tête de la liste n° 3, sous le chiffre 3, c'est le meilleur moyen de ne pas faire un bulletin nul.

III

Noircir un seul point blanc : pas plus.

N° 3

Voir au dos.

ARRONDISSEMENT DE BRUXELLES

ÉLECTION DE VINGT ET UN REPPÉSENTANTS

Le 22 Mai 1910

1 2 3 4 5 6 7

SUPPLÉANTS

Hoyaerts, Louis
Janson, Paul
Hymans
Féron
Mouvillo
Lemonnier
Crick
Cocq
Delbeur
Wesenbeeck
Frick
De Fresne
Royers
De Mot
Portes
De Coninck
Van Elewyck
Moreau
Queriaux
Claesbeet
Richard
SUPPLÉANTS
Janson, Paul-Emile
Wesenbeeck
Devèze
De Fresne
Dumont
De Mot

Hoja de propaganda electoral del partido liberal. (Anverso.)

espíritus rara vez excede el grado de la normalidad—son un reflejo fidelísimo de ese equilibrio y esa cordura que gracias á la R. P. preside las opiniones políticas de los ciudadanos belgas.

9. Trasladémonos ahora á las *circunscripciones electorales.*

Acabamos de hacer notar que una de las cosas que caracterizan á la R. P. es que sustituye la lucha de personas por la lucha de ideas. Este principio transciende á la geografía electoral. La R. P., en efecto, exige grandes circunscripciones que elijan tres ó cuatro diputados por lo menos. Royer-Collard decía:

«¿Queréis que el elector vea lo que debe ver, y que no vea otra cosa? Pues separadle de la atmósfera local, separadle de los distritos uninominales,

Aux Electeurs de l'Arrondissement de Bruxelles.

Electeurs,

Il y a vingt-six ans que la Belgique est soumise au régime clérical. Un seul parti pendant plus d'un quart de siècle a occupé le pouvoir, n'ayant d'autre dessein, d'autre ambition que d'assouvir les convoitises du clergé et de consolider par une pression croissante sur les consciences et sur les intérêts, la domination de l'Eglise.

Les emplois publics sont devenus l'apanage d'une coterie. Les fonctionnaires sont dépouillés de toute indépendance. La mainmorte s'étend. Chaque village a son couvent. 60,000 congréganistes campent dans le pays. La religion descendant des autels sur la place publique, est devenue une réclame et un instrument de propagande politique. Le clergé déploie une arrogance sans frein, depuis ses plus hauts prélats jusqu'aux derniers vicaires de la campagne.

Le pays est las de cette servitude prolongée. Il aspire à s'affranchir. S'il le veut, le 22 mai, il secouera le joug qui lui pèse.

Dans un pays libre, les institutions parlementaires supposent une alternance gouvernementale, qui permet aux partis de collaborer successivement à la gestion des intérêts de la nation. La perpétuation d'un parti au pouvoir aboutit à un véritable monopole politique, qui rompt l'équilibre, et entraîne la confiscation de la liberté, les abus et l'oppression.

Le parti libéral a un passé illustre. Il a gouverné le pays dans des circonstances critiques. Il a accompli de grandes réformes. Il est digne de réclamer et d'obtenir la confiance du peuple belge.

Il défend la plus précieuse, la plus auguste des libertés, la liberté de conscience, qu'une politique sectaire met en péril et veut étouffer.

La Constitution garantit toutes les libertés. Mais il ne suffit pas qu'elles soient inscrites dans les textes. Il faut qu'elles vivent et soient effectivement respectées.

Nous appelons les citoyens à la défense des libertés menacées.

Electeurs, l'avenir intellectuel du pays est compromis. Le parti clérical poursuit la destruction des écoles publiques que les communes libérales et démocratiques ont maintenues, et où elles assurent à tous les enfants, sans distinction d'opinion, une éducation scientifique, respectueuse des convictions de toutes les familles, et dégagée de toute préoccupation confessionnelle.

Le parti clérical voudrait ruiner les communes en les obligeant à subsidier les écoles des couvents.

Depuis 1884, les écoles congréganistes ont touché 185 millions de subsides des pouvoirs publics.

Ce n'était pas assez.

La majorité parlementaire a voté un nouveau subside annuel de un million à des écoles où enseignent 6,000 religieux, parmi lesquels plus de 2,000 instituteurs sans diplôme, et près de 600 étrangers qui sont chargés d'inculquer à nos enfants l'amour de la Patrie et de nos institutions.

Si les cléricaux conservent le pouvoir, c'est 18 millions de plus qu'ils exigeront annuellement pour les écoles des couvents.

Peres de famille, vous connaissez les écoles communales, organisées avec un souci si vigilant de l'éducation, de la moralité et de l'hygiène. Les cléricaux les diffament, les appellent des écoles de dégradation et de démoralisation. Ils insultent les instituteurs des écoles publiques, les parents qui leur confient leurs enfants, et ces enfants eux-mêmes.

Que le 22 mai, votre verdict frappe et confonde les calomniateurs!

Electeurs,

Si vous voulez que l'instruction obligatoire, combinée avec le libre choix de l'école par le père de famille, assure à la jeunesse belge une éducation saine et pratique, destinée à élever le niveau de la classe ouvrière, à faire des artisans d'élite et des citoyens utiles,

Votez pour les Libéraux!

Si vous voulez supprimer les fraudes et les privilèges d'un régime électoral qui froisse tous les instincts de la démocratie moderne; si vous voulez établir, à tous les degrés de l'électorat, l'égalité politique,

Votez pour les Libéraux!

Si vous voulez marquer votre confiance et votre reconnaissance à ceux qui, après vingt ans de luttes, ont imposé au ministère et à la droite, l'abolition du honteux remplacement,

Votez pour les Libéraux!

Si vous voulez assurer une prudente et loyale gestion des finances publiques et mettre un terme à un système d'emprunts qui a créé à charge de la Belgique une dette de près de 4 milliards de francs; si vous voulez condamner le gaspillage des deniers publics, l'impéritie et l'imprévoyance des ministres, qui, n'ayant pas assuré le transfert intégral à la Belgique de l'actif de l'État du Congo et de la Fondation de la Couronne, ont laissé échapper 30 millions dus, de leur aveu, au trésor belge, et se voient contraints aujourd'hui de chercher à les récupérer,

Votez pour les Libéraux!

Si vous voulez, par le développement des assurances sociales garantir les ouvriers contre les risques de la vieillesse et de l'invalidité qui menacent si cruellement leur existence,

Votez pour les Libéraux!

Les cléricaux sont divisés. Les libéraux sont unis. Les cléricaux n'ont plus de programme. Le programme libéral assure le développement pacifique de toutes les ressources morales et matérielles de la nation.

Depuis 1902 la majorité cléricale à la Chambre est tombée de 26 voix à 20 voix, puis à 12, enfin à 8. Il ne reste plus que 4 sièges à conquérir.

Electeurs, faites votre devoir et dans quelques jours le régime clérical aura vécu!

POUR L'ALLIANCE LIBÉRALE

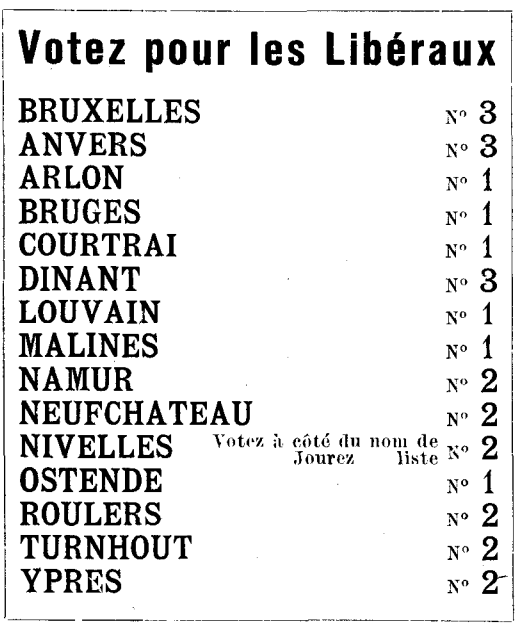
Les Sécretaires, PAUL DE MOT ALBERT DEVEZE.

Les Présidents, ÉMILE FERON PAUL HYMANS.

Hoja de propaganda electoral del partido liberal. (Reverso.)

y abridle el horizonte de las grandes divisiones electorales... Dadle compañeros, poned las fuerzas en común, formad masas, que sólo las masas son fuertes para resistir el poder de las corrupciones y de los fraudes» (1).

Esta transformación ha operado en Bélgica la R. P. Con anterioridad á la ley de 1899 cada una de las 41 provincias (2) constituía una circunscripción electoral, con derecho á un diputado por cada 40.000 habitantes y un senador por cada 80.000. Según la ley de 1899, la provincia corresponde en principio á la circunscripción; pero á fin de facilitar el funcionamiento de la R. P., dispone el artículo 136 que dos ó más provincias poco populosas pueden fusionarse para formar un solo colegio electoral.



Recorte de un periódico donde se refleja el impersonalismo de las campañas electorales.

Con arreglo al cuadro anejo á la ley Electoral, revisado por la ley de 18 de abril de 1902, resulta que las 41 provincias belgas forman 30 circunscripciones para las elecciones de diputados y 21 para las senatoriales.

Elecciones de diputados. — Los 166 diputados de la Cámara belga se eligen por 21 circunscripciones que coinciden con 21 provincias, dos circunscripciones comprendiendo cada cual tres provincias, y siete circunscripciones de á dos provincias.

El número de diputados que eligen las 21 circunscripciones primeramente citadas es el siguiente:

Bruselas elige 21 diputados.
Amberes, 13.
Lieja, 12.
Charleroi, nueve.
Lovaina y Mons, seis cada una.
Hay cinco circunscripciones que eligen cinco cada una;
Seis que eligen cuatro cada una,
Y otras seis que eligen tres cada una.

---

(1) Citado por E. Flandin: *Institutions politiques de l'Europe contemporaine;* Paris, Le Soudier, tomo I, 1907, página 208.

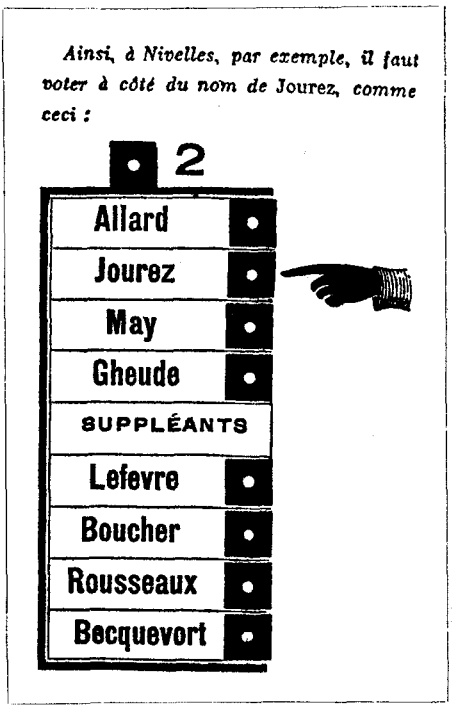
(2) Al decir «provincia» nos referimos al *arrondissement administratif,* que es una demarcación análoga á nuestras capitales de provincia. Con la palabra *province* se designa en Bélgica el territorio á que nosotros llamamos «región».

De las dos circunscripciones de á tres provincias, una (Furnes-Dixmude-Ostende) elige cuatro, y otra (Arlon-Marche-Bastogne) elige tres.

Quedan, por fin, siete circunscripciones, comprendiendo cada cual dos provincias. La circunscripción Gante-Ecloo elige 11 diputados; Tournai-Ath elige seis; tres circunscripciones eligen cuatro, otra tres, y otra dos.

Resulta, pues, que en las 30 circunscripciones eligen cuatro diputados nueve circunscripciones, eligen más de cuatro diputados doce, y sólo nueve eligen menos de cuatro diputados, siendo una sola la que elige dos, y no habiendo ningún colegio uninominal.

Elecciones de senadores.—El Senado belga comprende 110 miembros, de los cuales 76 son elegidos por sufragio universal directo, bajo el mismo régimen de R. P., y 27 por los *Conseils provinciaux* (1), organismos análogos á nuestras Diputaciones provinciales. Y de la misma manera que las circunscripciones para la elección de diputados se forman fusionando provincias, las circunscripciones senatoriales se forman fusionando las circunscripciones indicadas para la elección de diputados. Así, por ejemplo, en nueve casos dos de estas últimas forman un solo colegio senatorial, y en tres casos el colegio senatorial coincide con la región entera. Bástenos indicar que las circunscripciones para la elección de senadores son más extensas, que el número de senadores á elegir es menor que el de diputados, y que el número de electores es también más restringido, pues para poder elegir diputados se exige la edad de yeinticinco años, y para poder elegir senadores, la de treinta.



Modo gráfico de recomendar un voto de preferencia.

El número de electores varía mucho de una á otra circunscripción. El divisor electoral fluctúa de 15.000 (Charleroi) á 7.500 (Hassel) votos. A esta razón y al número de abstenciones, que es también muy variable de uno á otro colegio, atribuye M. Errera la anormalidad de que los católicos tengan mayoría en la Cámara, y no en el país. En las elecciones de 1906-1908 los partidos de oposición obtuvieron 1.192.000 votos, mientras que los católicos, con sólo 1.165.000, lograron una mayoría de ocho diputados (2).

(1) Los siete puestos restantes se reservan á los individuos de la Familia Real, que son senadores por derecho propio.
(2) Loc. cit., pág. 157.

UN SEUL COUP DE CRAYON

pour noircir le point blanc situé au milieu du carré noir placé.

A côté du nom d'un candidat effectif de la liste libérale

On ne peut noircir qu'un seul point.

On ne peut notamment noircir le point de la case de tête et voter en même temps pour un effectif et un suppléant: ce serait un bulletin nul.

Les votes de préférence

Ces votes comptent pour la liste tout entière au même titre qu'un vote en tête du bulletin.

Ils sont d'ailleurs conformes aux principes de libre examen dont notre parti s'enorgueillit avec raison.

En usant efficacement, consciencieusement de son droit d'appréciation et de contrôle, l'électeur travaille pour le plus grand bien de son parti, et personne ne peut s'en déclarer lésé, puisque tous les candidats sont égaux devant la loi du vote de préférence.

L'électeur a donc parfaitement raison d'utiliser:

1° Ce moyen de favoriser le candidat qui personnifie le mieux à ses yeux les revendications qui lui sont spécialement chères; ou d'indiquer clairement de quel côté il entend orienter la politique du parti libéral;

2° Cette occasion pratique de protester contre l'insuffisante liberté qui lui est laissée par l'organisation électorale actuelle dans le choix des candidatures.

Pas de bulletins nuls

Répétons, bien que tout le monde doive le savoir maintenant, **qu'on ne peut noircir qu'un seul point et qu'on ne pourrait voter à la fois en tête de liste et à côté du nom d'un candidat.**

Il ne faut d'ailleurs pas s'exagérer la crainte des bulletins nuls.

L'électeur est beaucoup plus familiarisé aujourd'hui avec les différents modes de votation qu'au début du suffrage plural. Au surplus, l'expérience a été faite. Et à l'expérience, il n'y a rien à répondre. A Huy, par exemple, le vote de préférence a été officiellement recommandé aux dernières élections, il a été appliqué d'une façon tout à fait générale, il n'y a pas eu plus de bulletins nuls pour cela.

Cette fois encore, dans la moitié des arrondissements où il y a élection, le vote de préférence est **officiellement recommandé** par les groupes d'opposition **comme une nécessité.**

Dans ces arrondissements, le vote en tête de liste **est inopérant.** Des cartels y ont été conclus entre les **deux partis d'opposition** et les sièges seront attribués **à chacun d'eux en tenant compte uniquement des votes de préférence obtenus par leurs candidats effectifs.**

Instrucciones electorales de un periódico liberal.

El interés del partido, no el del candidato, es el que se invoca en la recomendación de los votos de preferencia. (Véase el final del recorte.)

El voto tiene lugar en el municipio, según el artículo 48 de la Constitución. Sin embargo, cuando los municipios no llegan á reunir 400 electores, la Constitución autoriza que se unan á otros. Y, por el contrario, en los municipios de gran extensión se dividen en secciones, procurando que los electores queden repartidos por grupos de 150 á 400 en cada sección (art. 139 del Código electoral).

10. Veamos ahora cuáles son los organismos equivalentes á nuestras *Mesas electorales*. Nos referimos á los *Bureaux électoraux*.

Hay tres especies de *bureaux:*

a) El primer *bureau* de la capital *(chef-lieu)* de la circunscripción electoral funciona como *bureau* principal y es el que proclama el resultado de la elección.

b) Los *bureaux* establecidos en las capitales de los cantones judiciales (lo que en España se llama cabezas de partido) están encargados del recuento de votos, es decir, preparan los elementos necesarios para la proclamación del resultado de las elecciones.

c) Los *bureaux* de sección tienen por misión la recepción de los votos, sin conocer de ninguna otra operación, ni anterior ni posterior á la votación.

El *bureau* principal lo preside el presidente del Tribunal de primera instancia; los otros, según los casos, son presididos por los vicepresidentes de dicho Tribunal, los jueces ó jueces suplentes, los jueces de paz ó sus suplentes, ó los electores que, gozando de voto triple, sean designados por el

presidente del *bureau* principal (art. 143). Cada *bureau* se compone además de cuatro asesores, cuatro asesores suplentes y un secretario. Sólo este último puede no ser elector. Los demás son designados de entre los electores de voto doble ó triple (arts. 145 y siguientes). Pueden también agregarse á los *bureaux* testigos que representen á los candidatos. Su objeto es presenciar las operaciones electorales. Cada partido no puede designar más de un testigo por *bureau* de sección (artículo 165).

El *bureau* propiamente dicho está constituído por el presidente y los cuatro asesores; sólo ellos tienen voto deliberativo si se suscita una cuestión cualquiera; los testigos son oídos á título consultivo y pueden exigir que sus observaciones consten en el acta.

Las funciones de los miembros del *bureau* son ligeramente retribuídas (arts. 147 á 149).

El artículo 152 impone el juramento «de guardar el secreto de los votos» á todos los que asisten á las operaciones electorales.

El artículo 157 y los siguientes atribuyen al presidente la policía del *bureau*. En fin, los artículos 170 y siguientes determinan en reglas infinitamente detalladas el modo de instalación de los *bureaux* electorales (1).

Les votes de préférence à Bruxelles

Spécialement à Bruxelles, les libéraux ont pris soin de compléter leur liste en choisissant des candidats particulièrement populaires dans différents milieux, *précisément avec l'espoir que les sympathies personnelles qui les entoureront attireront des votes de préférence dont profitera la liste tout entière.* S'il n'en était pas ainsi, à quoi rimérait le procédé employé pour constituer notre liste?

D'ailleurs, nous n'avons pas eu à nous plaindre du système aux élections antérieures. Faut-il rappeller le rôle heureux joué par le vote de préférence en 1902, lorsque M. Lemonnier fut élu pour la première fois, grâce aux sympathies nombreuses qu'il comptait dans le monde des facteurs et employés des postes, sympathies qui s'étaient manifestées par des votes de préférence en face de son nom?

Pour nous, c'est par principe, en dehors de toute considération personnelle que nous engageons nos amis à employer le vote de préférence, à émettre un vote délibéré et conscient.

Mais ces votes seront extrêmement nombreux à tous les étages de la liste et vraisemblablement surtout aux dernières places; l'élection des sept premiers candidats étant absolument assurée déjà par les votes de liste, ceux qui ont été placés aux postes critiques seraient exposés à être lésés si leurs amis n'usaient pas du droit de vote en leur faveur.

C'est pourquoi nous comprenons parfaitement que les amis de M. Cocq aient, comme l'annonçait ce matin un journal de gauche, l'intention de lui donner cette marque d'estime et d'intérêt en votant pour la liste libérale, en face de son nom.

Tout l'intérêt de la lutte se trouve donc bel et bien concentré, à Bruxelles, entre libéraux et cléricaux. Ce qu'il fallait démontrer.

Nous avions raison de dire et nous maintenons que l'effort démocratique et anticlérical doit se concentrer avant tout sur la liste libérale et sur le candidat placé au poste de combat. M. Fernand Cocq.

Le plus de chances et même les seules chances d'enlever un siège aux cléricaux et ce, en élisant un démocrate éprouvé, M. Fernand Cocq.

Otro modelo de recomendación del voto de preferencia.

11. *El voto.*—El día del escrutinio acude el elector á la sección que le corresponde votar, de ocho de la mañana á una de la tarde. Los electores entran en la sala aisladamente ó por grupos de cuatro como máximum, llevando consigo su cédula electoral, en la cual se indica en la parte superior con caracteres de gran tamaño el número de votos—uno, dos ó tres—á que tienen derecho. El elector se presenta al *bureau* y se le canjea la cédula por uno, dos ó tres boletines de votación, que recibe de manos del presidente, timbrados en uno de los ángulos al dorso con un sello que lleva el nombre del cantón judicial en que se efectúa la votación, y la fecha del día.

(1) Vid. Errera, págs. 157-158.



Modo gráfico de recomendar un voto de lista.

La hoja, que es un facsímile del boletín de voto, lleva esta leyenda: *Votez ainsi: un seul coup de crayon dans la case au-dessous du n° 3.*

Provisto de su boletín, ó de sus dos ó tres boletines, el elector es invitado á penetrar en el *isoloir*, un compartimiento cerrado, á veces un simple biombo instalado en la sala. En el *isoloir* encuentra un pupitre y un lápiz negro; formula su voto ennegreciendo con el lápiz el punto blanco del cajetín correspondiente del boletín ó los boletines de que dispone; dobla el boletín ó cada boletín en dos pliegues, dejando visible el sello del cantón; sale del *isoloir*, se dirige hacia la mesa, y á presencia del *bureau*, pero por sus propias manos, desliza su boletín ó sus boletines por la ranura de la urna electoral.

Todas estas operaciones, que tienen por objeto garantizar el secreto, y con el secreto la sinceridad del voto, están minuciosamente reguladas por la ley. La ley dispone además que el elector vote personalmente, y sólo en el caso excepcional de tratarse de un elector ciego ó enfermo está autorizado que se haga acompañar por uno de sus próximos parientes.

Pero volvamos al *isoloir*. Allí hemos dejado sin explicar una operación importante. Dijimos que en el *isoloir* hay un lápiz y un pupitre. He aquí al elector con el lápiz en mano á presencia del boletín. ¿Cómo vota? ¿Cómo puede votar? ¿Cómo no puede votar? Según el artículo 259, el voto puede formularse de cuatro maneras:

1.ª El elector es un adicto fiel á su partido. Quiere aprobar la lista en el orden mismo que ha sido presentada, tanto respecto á los candidatos titulares como á los suplentes. En este caso el elector ennegrecerá el punto blanco del cajetín colocado en la parte superior de la lista. Este es el voto que se llama *voto de lista,* ó *en tête.*

2.ª Pero no se trata de un elector tan disciplinado. Este otro elector está conforme con el orden de los candidatos; pero, entre los suplentes, quisiera que triunfara en primer lugar tal suplente, que los padrinos de la lista han colocado en segundo rango. Este elector se limitará á ennegrecer el cajetín colocado al lado del nombre de su suplente preferido. Esto es lo único que tiene que hacer.

3.ª Un tercer elector, de espíritu aún más independiente, quiere modificar el orden de los candidatos titulares. Con el orden de los suplentes está conforme. Este elector votará al lado del nombre del candidato de su predilección.

4.ª En fin, un cuarto elector pretende alterar el orden de los candidatos y el de los suplentes. También está en su derecho. Votará, pues, al lado del candidato y del suplente

que represente mejor sus ideas. Este es el único caso en que se puede votar ennegreciendo dos cajetines. En todas las demás hipótesis, *un seul coup de crayon!*, según dicen las hojas que ya conocemos.

En resumen, hay cuatro maneras de votar válidamente:

En tête de una lista.

Al lado del nombre de un suplente.

Al lado del nombre de un candidato.

Al lado del nombre de un candidato y de un suplente.

Pero siempre en la misma lista.

Ya sabemos, pues, cómo se puede votar. ¿Cómo no se puede votar?

El artículo 261 prevé cuatro casos de nulidad:

1.° No se puede votar por dos listas; eso sería un contrasentido: sería adherirse al mismo tiempo á dos políticas diferentes. Es nulo, por consiguiente, el boletín que comprenda más de un voto *en tête*.

2.° El voto es uninominal según la ley. La regla puede formularse así: «Un boletín de voto sólo designa un elegido.» Incluso el voto de lista no vale más que para un candidato. De ahí que sea nulo todo boletín que comprenda votos al lado de más de un candidato efectivo ó de más de un suplente.

3.° El voto á la cabeza de la lista indica la aprobación del orden de la misma. Sería una contradicción adherirse al orden de la lista y modificar al propio tiempo este orden votando nominalmente á uno ó más candidatos. Es, por tanto, nulo todo boletín que comprenda, además del voto de lista, algún otro á candidatos ó suplentes.

4.° Votar á un candidato titular en una lista y á un suplente en otra, sería apoyar á la vez á dos listas diferentes; esto sería ilógico. Es, por consiguiente, nulo todo boletín que contenga un voto al lado de un candidato efectivo de una lista, y otro al lado de un suplente de otra.

De esta enumeración se desprende que la ley ha tomado su principio fundamental de la teoría del voto uninominal, adaptándolo al escrutinio de lista proporcional. ¿Razones de esto?

Dice J. Mommaert: «Es justo que todos los boletines de voto tengan la misma influencia y que sean iguales á la unidad... Lo exige la igualdad de los electores. Por eso ha parecido la más equitativa de todas las soluciones realizar el voto uninominal en el escrutinio de lista. De esta manera cada boletín no vale más que una unidad, emítase el voto á la cabeza de la lista ó en un cajetín lateral, y emítase en un distrito donde se elijan dos, tres ó veinte representantes. La adaptación del voto uninominal al escrutinio de lista proporcional garantiza en el seno mismo de cada partido la representación de los matices, de los grandes intereses locales, materiales ó sociales. La misma mayoría de un partido no podrá descartar los candidatos representando las fuertes minorías de su campo. El voto uninominal entraba las intrigas y constituye para todos los grupos la prenda más segura del respeto de sus derechos á la representación» (1).

---

(1) J. Mommaert: *La R. P. dans les élections législatives;* Bruxelles, 1904; págs. 16-17.

12. Ya están depositados todos los votos en la urna. El presidente declara terminado el escrutinio. ¿Qué es lo que procede? Procede una nueva operación: *el recuento de votos, le dépouillement.*

Se sacan los boletines de la urna; se cuentan sin desdoblarlos; luego se desdoblan y se clasifican por listas; á continuación se clasifican por especies de votos; por fin se redactan los cuadros y las actas. Los boletines blancos ó nulos se ponen aparte; los dudosos son objeto de una decisión del *bureau,* en vista de la cual se agregan á la categoría á que se declare pertenecen.

Todas estas operaciones se efectúan en las mismas condiciones de lealtad que el voto mismo, bajo la intervención *(contrôle)* de los testigos representantes de cada lista, quienes deberán aprobar las actas de recuento con su firma, ó consignar en ellas sus reclamaciones.

Pasemos á los detalles de esta serie de operaciones.

En primer lugar, puesto que hay cuatro maneras de expresar válidamente el voto, podrá haber también *cuatro especies de boletines,* que deberán tenerse en cuenta en las operaciones del recuento. He aquí esas cuatro especies:

1.ª Boletines que llevan voto á la cabeza de la lista.

2.ª Boletines que llevan voto al lado del nombre de un suplente.

3.ª Boletines que llevan voto al lado del nombre de un candidato.

4.ª Boletines que llevan voto al lado del nombre de un candidato y al lado del nombre de un suplente.

A las dos primeras especies de boletines, como confirman el orden de presentación de la lista de candidatos titulares, los llamaremos, según la terminología de la ley, *votos de lista.* Los votos de las dos últimas especies de boletines son *votos nominativos:* votos nominativos para candidatos, votos nominativos para suplentes.

Los cuadros de recuento, cuyo modelo se dirige en cada escrutinio por el presidente del *bureau* principal, deben, según los artículos 260 y 262 de la ley, mencionar separadamente para cada lista las tres expresadas categorías de votos:

1.ª Votos de lista.

2.ª Votos nominativos para candidatos.

3.ª Votos nominativos para suplentes.

Deben mencionar además:

1.° El número de boletines válidos.

2.° El número de boletines nulos.

3.° La cifra electoral de la lista, que se determina añadiendo al total de los votos de lista el total de los votos nominativos para candidatos titulares (artículo 262).

4.° El número de votos nominativos para suplentes.

Estos cuadros de recuento son enviados por cada *bureau,* bajo sobre cerrado, al presidente del *bureau* principal de la circunscripción, el cual deberá abrirlos á presencia de los testigos designados por cada partido. Y entonces

comienza el recuento general, que es la base para el cálculo de reparto de puestos y la proclamación de los candidatos y suplentes elegidos.

(Incluímos como aclaración de lo dicho el adjunto croquis de un cuadro de recuento:)

Cuadro de recuento.

Total de boletines válidos		47.000
Total de boletines nulos		123

Lista núm. 1.

I *Votos de lista*	Boletines marcados á la cabeza de la lista.	18.000	
	Boletines marcados únicamente al lado del nombre de un candidato suplente...	500	
Total de los votos de lista			18.500
II *Votos nominativos para candidatos titulares*	Pablo	300	
	Juan	700	
	Alberto	4.000	
	Javier	500	
Total de los votos nominativos para candidatos titulares			5.500
CIFRA ELECTORAL DE LA LISTA NÚM. 1			24.000
III *Votos nominativos para suplentes*	Miguel	2.000	
	Alfredo	1.000	
	Julio	1.500	
Total de los votos nominativos para candidatos suplentes			4.500

Lista núm. 2.

I *Votos de lista*	Boletines marcados á la cabeza de la lista.	4.000	
	Boletines marcados únicamente al lado del nombre de un candidato suplente...	250	
Total de votos de lista			4.250
II *Votos nominativos para candidatos titulares*	Valero	500	
	Arturo	6.250	
Total de los votos nominativos para candidatos titulares			6.750
CIFRA ELECTORAL DE LA LISTA NÚM. 2			11.000
III *Votos nominativos para suplentes*	Jaime	500	
	Augusto	6.250	
Total de los votos nominativos para candidatos suplentes			6.750

13. He aquí lo hecho hasta ahora: los *bureaux* de sección han sacado de las urnas los boletines y, previas las formalidades requeridas, los han remitido á los *bureaux* cantonales correspondientes; los *bureaux* cantonales han formado los cuadros de recuento parcial y los han enviado al *bureau* principal

de la circunscripción. Ya están en poder del *bureau* principal todos los datos de las elecciones. Va á procederse á una nueva operación: el *recuento general* y el *cálculo para el reparto de puestos* entre las diversas listas.

Primero el recuento general. De este recuento, que se hace á base de los cuadros de recuento parcial, previamente comprobada su exactitud, sale otro cuadro: el cuadro del recuento general. De dicho cuadro se toman las cifras electorales de cada lista. Estas cifras son la base del cálculo para el reparto de puestos, cálculo que se efectúa según las reglas del sistema de D'Hondt, que es el aceptado por la ley belga.

Supongamos que las cifras electorales de cada lista son éstas:

Lista A	24.000 votos.
Lista B	11.000 —
Lista C	9.000 —
Lista D	3.000 —

¿Á cuántos puestos tiene derecho cada lista? ¿Cómo se hace el cálculo de reparto proporcional?

He aquí el principio establecido por el artículo 263 de la ley: «El *bureau* principal divide sucesivamente por 1, 2, 3, 4, 5, etc., la cifra electoral de cada lista y coloca los cocientes en el orden de su importancia numérica hasta la concurrencia de un número total de cocientes igual al de miembros á elegir. El último cociente sirve de *divisor electoral*», al cual suele también denominarse *cifra repartidora* ó *metro electoral*.

Sigamos con la hipótesis iniciada. Supongamos que son cinco los puestos á repartir entre las listas A, B, C y D. Apliquemos, pues, el artículo 263 de la ley. En primer lugar se divide sucesivamente por 1, 2, 3, 4, 5, etc., la cifra electoral de cada lista hasta descubrir los cinco mayores cocientes. El resultado de esta división es el siguiente:

	Lista A.	Lista B.	Lista C.	Lista D.
Cifras electorales	24.000	11.000	9.000	3.000
Divididas por 1	24.000	11.000	9.000	3.000
— 2	12.000	5.500	4.500	»
— 3	8.000	»	»	»
— 4	6.000	»	»	»

Coloquemos ahora los cocientes en el orden de su importancia numérica hasta la concurrencia de 5, que es el número de puestos á repartir:

1	24.000
2	12.000
3	11.000
4	9.000
5	8.000

El último cociente, ó sea 8.000, es el divisor electoral.

Ahora bien;

8.000 está comprendido *tres* veces en 24.000: la lista A tendrá, pues, derecho á *tres* puestos.

8.000 está comprendido *una* vez en 11.000: la lista B tendrá, pues, derecho á *un* puesto.

8.000 está comprendido *una* vez en 9.000: la lista C tendrá, por consiguiente, derecho á *un* puesto.

Finalmente, 3.000, cifra electoral de la lista D, no llega al divisor: esta lista, evidentemente, no tiene derecho á ningún puesto.

Si por un azar excepcional dos listas suministraran el divisor electoral y se encontraran así en competencia para el último puesto, se aplica el artículo 264, el cual decide que «cuando un puesto corresponde por igual título á varias listas, debe atribuirse á la que haya obtenido la cifra electoral más alta»; y en el caso aún más improbable de empate de cifras electorales, la ley da preferencia «á la lista en que figure el candidato cuya elección se discute que haya obtenido más votos, ó, subsidiariamente, que sea de más edad»

En resumen, averiguar el divisor común y servirse del mismo como de cifra repartidora, de metro electoral: tal es el fondo del sistema del profesor D'Hondt, «el más perfecto ó el más vecino de la perfección matemática de todos los sistemas conocidos de R. P.», á juicio de M. Charles Benoist (1).

Mariano Gómez González.

De la Universidad de Zaragoza.

(Se continuará.)

(1) Loc. cit., pág. 137.

oCo

NUEVO CAMINO DE AMÉRICA[1]

Terminaba mi primera conferencia diciendo que América y Africa son los mundos del porvenir; que no hay pueblo en tan ventajosa situación como el nuestro para influir y relacionarse comercial y políticamente con esos dos mundos nuevos que las grandes potencias se disputan.

No otros son los horizontes de España que pretendo examinar en este curso de conferencias, tan bondadosamente encomendadas á mí por el docto Centro de Cultura Hispano-Americana, al que tengo la honra de pertenecer.

Me propuse demostrar en mi conferencia anterior el influjo de España en la América latina, la exactitud con que se encuentran desdoblados sobre aquel enorme continente la carta geográfica y el mapa social de nuestra Península, con todas las características del temperamento español y todos los variados matices de nuestras diferentes vidas regionales, y, en su virtud, lo propicio de tales circunstancias para el fomento de relaciones con nuestros hermanos de allende el Atlántico y para el mejor desenvolvimiento de nuestra misión en el Continente Nuevo.

Este medallón tiene un reverso que es el que desearía exponer hoy, y se contiene en esta pregunta: ¿Por qué razón aquel campo, tan bien abonado para España, no es hoy, como debiera serlo, el objeto de nuestras predilecciones y de nuestras preferencias?

Muchos de los enojos que han fermentado allí, muchas de las campañas que se han hecho desfavorables, obedecen á que no hemos correspondido en estos últimos tiempos á la inclinación que ellos han sentido y sienten por nosotros.

Vienen á España, por la que estuvieron suspirando muchos años, y de la que han tenido día por día información completa en sus periódicos, que se llaman como los nuestros—*El Imparcial, El Heraldo, El Correo Español,* de Méjico; *El Liberal, El Imparcial, El País, El Heraldo,* de Bogotá; *El Diario Español, El Comercio Español,* de Buenos Aires; *El Diario Español, El Comercio Español,* de Montevideo; *La Bandera Española,* de Caracas; *La Unión Latina,* de Asunción; *El Correo de España,* de San José de Costa Rica; *El Diario Español, La Unión Española, La Colonia Española, Galicia,* de la Habana, etc.—, y lo primero que advierten es que mientras estén aquí, mientras aquí permanezcan, no leerán noticia alguna de su país como no se procuren algún periódico extranjero, algún diario de París ó de Londres.

Este primer golpe es ya bastante mortal para todas sus ilusiones. ¡Ellos que no alimentan sus periódicos de otra cosa que de noticias de España y firmas de España, pagándolas bien, ó reproduciéndolas cuando no pueden costearse originales inéditos!

(1) Segunda de las conferencias dadas por nuestro director en el Centro de Cultura Hispano-Americana.

Sin embargo, por escasos días que entre nosotros vivan, todavía acumulan mayores decepciones. Difícilmente encontrarán una persona que sepa siquiera cuáles son las capitales de las distintas Repúblicas hispanoamericanas; mucho menos los nombres de sus hombres más ilustres.

Y es que sólo piensa aquí en América el que se ve forzado á la ventura de la emigración; y aun ése va á ciegas, sin informarse bien, sin saber cómo ni adónde ni con qué probabilidades de poder triunfar en la lucha por la vida.

El que puede viajar, recorre Europa. Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Inglaterra y Alemania son los países más visitados por los españoles. El viaje de los españoles por la América latina no se ha dado aún. Si nos ponemos á contar los españoles que han ido á estudiar en la América latina el problema de nuestras relaciones con aquellas Repúblicas y la manera de hacer reproductiva la semilla fecunda allí lanzada, seguramente basta una mano, y sobran dedos.

Claro está que todo tiene su explicación. Los viajes á América son caros de tiempo y de dinero, y no á todos les basta el supuesto gratuito de que los meses no serán perdidos ni el gasto mal empleado.

Pero de esa explicación es de donde precisamente dimana y se deduce la necesidad de remediar el mal, y remediarlo pronto, porque, según demostraré otro día, todo lo que hoy allí nos simpatiza y nos favorece y nos ayuda pudiera borrarse en absoluto si por más tiempo abandonásemos la obra nuestra á los pueblos estudiosos y previsores que saben aprovechar los horizontes que á otros se les presentan, y saben apropiarse y asimilarse, como Calderón diría, «las hierbas que otro arrojó».

Las más justificadas y legítimas esperanzas de civilización y de progreso fundáronse siempre sobre la base de la unión y la armonía, la aproximación ó el contacto de los pueblos distantes, de las naciones lejanas, de los continentes antípodas, diametralmente opuestos por su situación en el globo, y hasta por sus idiomas, costumbres, tradiciones y leyes.

No otra cosa buscaron en el siglo XIX empresas tan colosales como el ferrocarril transiberiano y el transamericano y el canal de Suez; pero todavía al siglo XX, con sus nuevos impulsos y mayores elementos, le cabe adoptar aquella tendencia fecunda de concentrar y agrupar las fuerzas de la Humanidad, para que aun cuando cada pueblo pierda con la mayor facilidad de las comunicaciones sus peculiares caracteres, sus tradiciones, sus costumbres, etcétera, se logre la ventaja de que, así como las diferencias se borran, las fuerzas se unifiquen, las inteligencias y los capitales se asocien, y de una vez la Humanidad conquiste el mundo para su bienestar más completo.

Se acerca el día en que será posible ir en ferrocarril de un extremo á otro de la Tierra, desde la punta meridional de Africa hasta la de Suramérica, ó sea desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Punta Arenas ó Cabo de Hornos, en la llamada Tierra del Fuego.

Para poder ir de uno á otro punto sin necesidad de abandonar ni por un momento la vía férrea, sólo falta que estén acabados varios gigantescos pro-

yectos, ya en vías de realización: primero, el ferrocarril del Cabo de Buena Esperanza al Cairo, casi terminado, y ya en funciones en las tres cuartas partes de su recorrido total, que comprende el continente africano en toda su longitud; segundo, el túnel submarino del Sinaí, proyecto relativamente sencillo, que pondrá en comunicación las líneas férreas africanas con las del Asia Menor; tercero, el túnel submarino de Behring, que suprimirá toda solución de continuidad entre el ferrocarril transiberiano y las líneas norteamericanas; y cuarto, el ferrocarril panamericano, que, partiendo de estas líneas, llegará hasta el Estrecho de Magallanes.

El recorrido completo supone un viaje cual nunca lo soñaron nuestros mayores: la vuelta al mundo en cincuenta días. Podrá el viajero visitar en dos meses treinta y tantos países distintos, contemplando los más variados paisajes, oyendo los más diferentes idiomas, encontrándose con hombres de todas las razas.

De las selvas de la Rodesia y de los desiertos del Sudán, donde los silbidos de la locomotora levantarán manadas enteras de cebras y avestruces, se pasará al pintoresco valle del Nilo, con sus antiguos templos, sus esfinges mudas, sus imponentes pirámides. Cruzaráse en seguida el canal de Suez y se recorrerá la Tierra Santa, pasando por Jerusalén y llegando hasta Damasco, la ciudad más antigua del mundo. Después la Turquía asiática, y en seguida Europa.

De Constantinopla á Viena, de Viena á París, de París á Suiza, á Italia, á España, á Londres, y, por último, regresando nuevamente á la capital de Francia, se proseguirá el viaje de París á Berlín y de Berlín á Moscú, en el Imperio de los zares.

El ferrocarril transiberiano llevará al viajero al confín del Asia, donde por el túnel de Behring entrará en América, y ya allí, se verá rápidamente transportado de Dawson á San Francisco de California, á Chicago, y sucesivamente á Nueva York, á Nueva Orleans, Méjico, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Ecuador, Perú, Chile y la República Argentina, hasta la Patagonia.

Pero con ser tan colosal este pensamiento, de relativamente pronta realidad por lo que avanzan los trabajos en los diferentes trayectos ya semiconstruídos, hay todavía otra idea que, aun siendo más sencilla y breve, á los españoles nos significa y representa mucho más, porque á la pobre España, cada vez más arrinconada y oculta, la trueca en paso del mundo, en estación y centro de las circulaciones intercontinentales.

La luminosa iniciativa fué lanzada por un aristócrata español, el excelentísimo señor conde de Moriana, marqués de Camarasa, á cuya actividad y patriotismo se debe también la buena marcha del proyecto y los no pocos pasos de avance en corto tiempo dados hacia una realización segura y pronta.

Le debo al señor marqués de Camarasa el honor de haber sido una de las primeras personas á quienes habló de este asunto.

Siendo yo secretario del Ateneo de Madrid, se presentó una tarde en el

despacho de la Secretaría, desdobló sobre mi mesa un mapamundi, explicó su proyecto, y de cómo yo lo juzgué, juzgaréis vosotros con sólo saber que de allí salieron aquel mismo día: primero, la redacción de un documento que después firmaron ateneístas tan ilustres como Echegaray, Azcárate, Marvá, Antón, Salillas, Carracido, Torres Quevedo, Labra, etc., y que por duplicado se envió al entonces presidente del Consejo de ministros, excelentísimo señor D. Segismundo Moret, y al entonces presidente de la Conferencia internacional de Algeciras, excelentísimo señor duque de Almodóvar del Río; segundo, el ofrecimiento del señor marqués de Camarasa de exponer su idea, como así lo hizo, en la recién fundada revista del Ateneo; y tercero, la organización de una serie de conferencias que dentro de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, presidida por el sabio insigne D. Leonardo de Torres Quevedo, fueron inauguradas el 22 de febrero de aquel año de 1906, con asistencia de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, por el ilustre ex vicepresidente del Ateneo y catedrático de la Central D. Manuel Antón y Ferrándiz.

A partir de esta fecha la idea del marqués de Camarasa cundió con tal rapidez y tan unánime entusiasmo, que dos días después el Sr. Moret, en el Senado, á la cabeza del banco azul como jefe del Gobierno, pronunció un elocuente discurso encomiando el proyecto, encareciendo las excelencias de sus resultados, y asegurando que contaba la idea con todas las simpatías del joven Monarca; el 2 de abril siguiente el duque de Almodóvar del Río, en su discurso de clausura de la Conferencia de Algeciras, le dió oficialmente á conocer á los representantes extranjeros, con lo cual tomó el proyecto carta de naturaleza española; S. M. el Rey se declaró patrocinador del pensamiento, al que se adhirieron en seguida Corporaciones como la Real Sociedad Geográfica Española y la Unión Ibero-Americana, y personalidades, además de las citadas, como los Sres. Maura, Nozaleda, marqueses de Aguilar de Campóo, Pidal y Comillas, conde de Romanones, duque de Santo Mauro, D. Alejandro Pidal, Gasset, etc., y no pocos africanistas de tan reconocida competencia como los Sres. Beltrán y Rózpide, Gutiérrez Sobral, García Farias, Caballero de Puga, Escuder y Alvarez de Ardanuy; entusiasmos que tuvieron eco en Marruecos, en París, en Londres, en Berlín, en Roma y en otras capitales europeas y africanas, y singularmente en las Américas Central y del Sur, de cuyos Presidentes y Gobiernos se recibieron en el Ateneo de Madrid cablegramas de felicitación y estímulo á los iniciadores de tan simpática y beneficiosa campaña.

La idea, que no puede ser más sencilla, ni más natural, ni más clara, «viene al mundo—según palabras de D. Manuel Antón—con la esperanza de cambiar en gran parte las corrientes universales de las comunicaciones humanas, de abrir de par en par á la luz y al aire de vida de la civilización moderna la vetusta y cerrada alcazaba del Imperio de Marruecos, y de inundar nuestro país con las oleadas de la actividad y del tránsito, convirtiendo el suelo de España en amplio cauce por donde la Europa entera se comunique con la América meridional y con el Africa occidental y meridional, cuando no con todo el continente negro».

Se trata, pues, sencillamente, de estrechar las relaciones entre Europa y América acortando la duración de los viajes; es decir, de trazar en el mapa la línea más corta que pueda ser vía de comunicación entre los dos continentes.

La línea que resulta es una que sobre el mar va de Pernambuco (en la costa oriental del Brasil) á Dákar (ciudad y puerto del Senegal francés en la costa occidental de Africa, al sur de la península de Cabo Verde), y que de allí parte por tierra, atravesando Río de Oro y Marruecos, bien buscando las ciudades de Marruecos, Mequínez ó Fez, ó bien bordeando la costa para huir las dificultades que en el interior pudieran presentar á la construcción del ferrocarril las grandes cordilleras, y llegando hasta Ceuta ó hasta Tánger, para desde cualquiera de dichos puntos atravesar el Estrecho de Gibraltar y convertir á España en puerta por donde toda el Africa y toda la América del Centro y del Sur entrarían á Europa, y por donde toda Europa saldría á sus viajes por Africa y América.

Comparable es—dice el marqués de Camarasa—la proyectada línea iberoafroamericana á un colosal reloj de arena cuya garganta fuese el Estrecho de Gibraltar: «así como los infinitos granos de arena tienen que pasar por la estrecha garganta del aparato, así pasarán en diversos sentidos una y otra vez y todos los días los innumerables viajeros, la correspondencia, las mercancías de miles de pueblos y ciudades de las más pobladas regiones del mundo, las regiones nuevas y de inmenso porvenir de tres ó más continentes».

Las ventajas de esta línea sobre todas las hoy existentes á través del Océano se aprecian con sólo fijar la vista en el mapa. El viaje se reduce á cinco días de Madrid al Brasil, sin más que dos y medio de navegación: tres mil kilómetros de ferrocarril, que á la velocidad de los grandes expresos europeos, por ejemplo, el de Calais-París (78,64 kilómetros por hora), podrían recorrerse en cuarenta horas, y aun en día y medio, toda vez que ya no son teóricas las velocidades de 100 kilómetros (en Alemania se han hecho ensayos en los que se ha llegado á una velocidad de 240 por hora); y después de esos 3.000 kilómetros de ferrocarril, 1.700 millas de navegación, que á la velocidad de veintiséis ó veintiocho por hora, pueden necesitar aproximadamente dos días y medio.

«Es cosa sabida—dice también el marqués de Camarasa—: en toda charada, en todo acertijo, en todo problema, lo que más extraña después de conocida la solución, es cómo no se nos ha ocurrido antes. Con frecuencia sucede además, y éste es uno de los casos, que el planteamiento de un problema cuya solución sería evidente no se ocurra. Si cuando niños nuestro profesor de Geografía elemental nos hubiese mandado trazar la línea que, partiendo de Ceuta, llegase á un punto de la costa africana desde el cual la travesía á América fuese la más corta, todos, con el dedo sobre el mapa, hubiéramos trazado un camino que, atravesando Marruecos, arribase á las cercanías de Freetown.

»El temor á los peligros del mar y á las molestias, trastornos y ansias del mareo hacen más extraño aún que no haya sido estudio preferente de los ingenieros el trazado de una línea férrea desde el Estrecho de Gibraltar, por Marruecos, á la costa occidental de Africa, y que la construcción de esa línea, de

tanto interés para los africanistas, para Europa y para gran parte de América, no haya sido punto predilecto de apoyo de los hombres políticos para solicitar, si no la penetración en todo Marruecos, el paso de la línea por este Imperio, paso con el cual sería ya sólo cuestión de tiempo la de conseguir aquélla.»

Los ilustres conferenciantes del Ateneo de Madrid se encargaron de probar la facilidad de realización del magno proyecto.

Contra los que pudieran oponer á las facilidades de la obra la falta de agua en el Desierto y la barbarie de las tribus mahometanas, habló el Sr. Antón detenidamente.

La construcción de un ferrocarril al través del Sahara es un problema resuelto ya en absoluto por los franceses y los ingleses, que los poseen tiempo ha construídos en Africa, habiendo tenido que vencer dificultades más grandes y recorriendo trayectos mayores de los que resultarían de la nueva línea.

La leyenda de que en el Desierto no hay agua, tampoco es cierta: mediante la construcción de buenos pozos artesianos, se encuentra dondequiera que se busca, y con los procedimientos modernos se puede hacer brotar y surgir como una palmera, en abundancia siempre; los célebres oasis del Desierto no son obra de la Naturaleza, como de ordinario se cree, sino del trabajo del hombre, que ha sabido sacar el agua á flor de tierra y ha cultivado el suelo. Y por cuanto se refiere á las dificultades que los naturales de aquellos países pudieran oponer á la construcción ó al paso del ferrocarril, nada hace temer el peculiar carácter de aquellas tribus, hermanas nuestras, de bereberes y moriscos, tan fáciles de contentar con moneda española, que por allí circula, y tan incapacitadas de formar un ejército numeroso por la separación completa en que viven.

Encomiando la relación estrecha de confraternidad que debía existir entre España y Marruecos, alguien hizo notar durante la Conferencia de Algeciras lo significativo de que el representante de España en aquel acto se llamase *Almodóvar,* título de raíz árabe, y el representante de Marruecos se llamase Mohamed *Torres,* apellido netamente español.

Después de D. Manuel Antón los conferenciantes del Ateneo fueron los siguientes: D. Lucas Fernández Navarro, catedrático de la Facultad de Ciencias, que habló de la «Constitución geológica de los terrenos atravesados por el ferrocarril de Dákar á Ceuta»; D. Antonio Prieto y Vives, ingeniero director de los ferrocarriles del Oeste de España, con este tema: «El nuevo ferrocarril bajo el punto de vista técnico»; D. Manuel Martínez de la Escalera, que trató de la «Riqueza extraíble de Marruecos y el Sahara»; el ilustre general de Ingenieros D. José Marvá, versando sobre «El nuevo ferrocarril bajo el punto de vista militar»; y el ilustradísimo doctor D. Gustavo Pittaluga, cuyo tema fué: «Medios de defensa contra las enfermedades endémicas en la costa occidental de Africa.»

Estas conferencias, excepto una, la del Sr. Escalera, están en mi poder; puse yo mucho empeño en conservarlas; sólo dos se han impreso; nadie más que yo tiene las restantes.

No puedo detenerme mucho á examinarlas, porque no habría tiempo suficiente para ello; sin embargo, no dejaré de consignar rápidamente las conclusiones que pudieran deducirse de tan importantes estudios.

Con respecto á lo manifestado por el Sr. Antón ya queda expuesto su dictamen: ni por la falta de agua en el Desierto ni por la barbarie de las tribus africanas ofrecería dificultades el nuevo ferrocarril.

«Esas mismas dos dificultades juntas se han presentado y han sido vencidas por los ingleses en su ferrocarril á Carthum al través del desierto líbico, y la última ha sido achaque fácilmente vencido en todos los muchos ferrocarriles africanos.

»La sequía del Desierto es una realidad que se exagera, como otras muchas: la prueba más evidente de que la falta de agua no es, ni mucho menos, absoluta, está en su población, aunque escasa, diseminada en toda su extensión en la infinidad de oasis que lo esmaltan con sus bosques de palmeras y sus fructíferos huertos; y aun en esta costa occidental, más húmeda por contacto con el Océano, hay poblados, como el adrar Temar, con grandes palmerales y población sedentaria, y más arriba un sistema de ríos y sus afluentes que, temporalmente al menos, llenan sus amplios cauces. Mas la vida del Desierto surge del pozo, de ese pozo bíblico, anhelo del caminante y regalado refresco de la caravana.

»En cuanto á la barbarie de las gentes, motivos hay para estimarla exagerada por algunos viajeros que trataron de ensalzar, sin duda, con emociones dramáticas el interés de sus viajes.

»Rompa la vía el Atlas por las Bibauan ó puertas por donde trasmontan las caravanas que desde Marruecos caminan hacia el Desierto, y viceversa, ó suba por más suaves pendientes á buscar el seguro puerto de Agadir, recorriendo los más fáciles y llanos trayectos del litoral para enlazar entre sí los puertos del Atlántico desde Mogador hasta Rabat, en tan largo trayecto correrá la locomotora de Sur á Norte al través de las grandes confederaciones de Haha, berberisca; Chiadma y Dukala, árabes; Chauia y Zemmur, berberiscas, y las más reducidas del Gharb, árabes en su mayor parte, y de Beni-Hazzen y Angera, casi todas berberiscas, que no reconocen más autoridad en el Sultán que la religiosa; pero de creer es que los *kaids, cherifes* y *kuanes* ó hermanos de cofradía que las dominan no habían de resistir á la sugestiva influencia de unos cuantos miles de duros bien y discretamente repartidos, porque sabido es que si nuestros moros vecinos creen y adoran en Mahoma, veneran también y no han perdido la fe—perfectamente compatible, por otra parte, con aquélla—en la plata española, que aceptan con júbilo y guardan con gran estimación y recato.

»No: no han de presentar las gentes dificultades insuperables al paso de la locomotora; no las han presentado los cafres y hotentotes desde el Cabo al Zambeza, ni los pieles rojas desde Nueva York á California, ni los tártaros y tunguses desde Moscú á Vladivostok, ni los mismos árabes berberiscos desde el Egipto al Senaar.»

Don Lucas Fernández Navarro, haciendo suya la afirmación de Lappara

sobre la necesidad de acudir á la Geología en el estudio de los trazados de caminos y ferrocarriles, para determinar así con la mayor exactitud la clase de trabajos que han de ser precisos dada la diferente constitución de los terrenos, analiza las tres zonas distintas que ha de atravesar el ferrocarril, que son: la parte de Senegambia, la correspondiente región del Desierto y la de Marruecos. De la primera zona dice que la constituyen materiales blandos, fáciles de hendir, tierras y arenas fáciles de labrar y trabajar. En esta zona existe ya un ferrocarril construído, el de San Luis á Dákar, lo cual, hasta cierto punto, porque es un ferrocarril de vía estrecha, facilitaría el proyecto actual.

En la segunda zona, ó sea la zona del Desierto, pueden hacerse dos trazados: uno siguiendo la costa, el más conveniente para nosotros, por cuanto beneficia á nuestras comunicaciones con Canarias, Río de Oro, etc., y otro que, entrando más en el interior del Desierto, viniera á pasar por el Adrar, la región más poblada y más rica de todo el Desierto occidental. El trazado próximo á la costa es preferible, desde el punto de vista geológico, al trazado por el interior, porque éste alcanza granitos y materiales eruptivos, y, en cambio, aquél se haría sobre terrenos cuaternarios, ó, aproximándose mucho al mar, sobre terrenos terciarios; de todos modos, sin grandes problemas ninguno de los dos.

En cuanto á la tercera zona, la de mayores dificultades por la estructura del terreno, por la orografía, por los ríos que hay que atravesar y por los intereses encontrados de las naciones que allí influyen, cada una de las cuales querrá imponer el trazado que más le convenga, no ofrece, sin embargo, ninguna que sea insuperable, mucho menos siguiendo el trazado de la costa, por Mogador, Mazagán, Casablanca, etc., si bien esto tenga el inconveniente de no pasar por Marruecos y Fez, la capital del Imperio.

Don Antonio Prieto y Vives, meditando con la autoridad de su saber y de su experiencia, acumulada durante más de medio siglo de vivir consagrado como ingeniero á estos asuntos de ferrocarriles; meditando, repito, sobre los distintos trazados, se declara partidario del más próximo á la costa. Estudia el tan debatido asunto del ancho de la vía, ancho que habrá de ser muy discutido, porque el ferrocarril del Senegal es de vía estrecha, el de Argelia tiene el ancho de los ferrocarriles franceses, y el ancho español no es ni aquél ni éste, lo cual significa que, aparte la diferencia de los gastos, el ancho de la vía decidirá los enlaces que el nuevo ferrocarril ha de tener. Estudia también lo relativo al radio de las curvas y al grado de las pendientes, examina el problema obrero, y detalla el sistema que habrá de seguirse en la obra para su más económico y rápido avance.

El sabio general Marvá no dió una, sino dos conferencias; palmaria prueba del gran interés que le despertó el asunto.

Comienza ante el mapa de Marruecos por el estudio de los diferentes trazados en proyecto, considerándolos con arreglo á la estrategia y comparándolos con trazados franceses de ferrocarriles en construcción al través del Sahara.

Circunscribiéndose á nuestra vía iberoafroamericana, analiza las dos fases

que en ella tiene el problema militar: la primera, que pudiéramos llamar internacional, y se refiere á las relaciones políticomilitares con las demás naciones; la segunda, puramente local, relativa á la hostilidad probable de los naturales del país y á la defensa contra sus ataques.

Desde el punto de vista militar, declara que el trazado interior es para nosotros el más conveniente, por cuanto determinaría nuestro dominio del Adrar; pero que la defensa militar es más fácil para el ferrocarril de la costa. Sigue paso á paso ambos trazados, enumerando sus riesgos por razón del terreno ó de las tribus que lo habitan, y termina enumerando los distintos procedimientos que se emplean en las guerras modernas para la defensa de los ferrocarriles, y los elementos de que dispone la ingeniería militar para coadyuvar á la resolución del problema.

Por último, el Dr. Pittaluga estudia minuciosamente el problema sanitario, la influencia de los climas tropicales en el organismo de los europeos, las enfermedades endémicas características de las regiones que atravesará el ferrocarril y sus medios de transmisión desde el hombre enfermo al hombre sano, es decir, los vehículos que propagan los agentes patógenos; todo ello para acabar detallando los medios profilácticos que será preciso adoptar como medida previsora antes de empezar á trabajar, antes de enviar allí obreros á la construcción de la línea.

Hay que reconocer que estos estudios, por su excepcional importancia, dejaron atrás, si cabe, cuanto se hubiera podido apetecer.

La calidad de los autorizados dictámenes daba el problema resuelto en la forma más brillante y completa.

El proyecto del marqués de Camarasa había entrado, pues, por la puerta grande en el programa de nuestras más realizables aspiraciones para el porvenir.

Los corresponsales en Madrid de la prensa americana tomaron taquigráficamente aquellas conferencias, y una vez extractadas y remitidas por cable á América, fueron muchos los capitalistas americanos que al señor marqués de Camarasa y al secretario del Ateneo de Madrid ofrecieron apoyo y sumas cuantiosas para la realización de la obra, que tanto interesa también á aquellos pueblos, cuyo crecimiento sería así más rápido y su prosperidad más grande.

No puede ya dudarse que todo ello será un hecho dentro de poco.

Y de asegurar es que una vez construída la gran arteria ferroviaria, tal será la facilidad de los viajes á América, que allá irá el viajero español preferentemente; nuestros periódicos tendrán allí cronistas como ahora los tienen en las capitales de Europa; nos interesaremos al día por los asuntos políticos, literarios, financieros, etc., de todos aquellos pueblos; y no estando el campo abandonado, ni se adulterará el habla, ni se borrarán las analogías, ni se enfriará la amistad, ni se perderá la influencia.

La situación actual es, en verdad, de lo más desesperante para toda obra que se emprenda.

Los viajes más rápidos entre España y Montevideo y Buenos Aires, por

ejemplo, los realizan ahora en diez y seis ó diez y siete días (salvo los constantes retrasos por culpa del temporal) los grandes vapores de las Compañías Hamburg-America-Linie, Mala Real Inglesa, Mala Imperial Alemana de Bremen, Navigazione Generale Italiana, Transatlántica Española, etc. Un vapor de la línea alemana del Brasil sale de Hamburgo el 17; llega á Lisboa, con dos escalas intermedias, el 21; sale el 24; llega á Pernambuco el 4, á Río Janeiro el 10, y se detiene un día, á Santos el 14. Total, veintisiete días.

Un vapor de la línea de Hamburgo á La Plata sale de Hamburgo el 1.°, el 3 de Douvres, y el mismo día hace escala en Boulogne; sale de Vigo el 5, el 6 de Lisboa, y llega á Buenos Aires, si no hay retrasos, el 21. Total, veintiún días.

Pues bien; estos viajes de Hamburgo al Brasil y de Hamburgo á Buenos Aires podrán hacerse, después de construído el ferrocarril de Marruecos, en ocho y once días, respectivamente, y una vez terminados en el Brasil los ferrocarriles de Pernambuco á Campos y de Santos á Puerto Alegre, los viajes á Buenos Aires serán mucho más rápidos todavía. La diferencia no puede ser más alentadora.

Y si además se añade que los vapores no salen á diario de ningún puerto, sino cada ocho, cada quince días, cada mes, lo cual obliga siempre á perder tiempo en esperar el día de embarque, se comprenderá la ventaja inmensa del ferrocarril, que por salir diariamente una ó varias veces en la misma dirección y con igual destino, permite que cada viajero ajuste á su comodidad ó á su capricho hasta las horas de salida y de llegada; ventajas que son todavía más de notar entre España y América para la correspondencia, pues si de una carta que se echa hoy al correo para Buenos Aires no se recibe contestación hasta dentro de cuarenta días, luego podría recibirse á los quince ó diez y seis, y del Brasil mucho antes, adonde, como puede verse en el mapa, se irá desde España en cuatro días y medio, ó desde Madrid en cinco.

En cuanto á los precios de los viajes, la ventaja será también de gran consideración. Un pasaje entero de tercera clase desde la Coruña á Montevideo cuesta hoy 235 pesetas. En primera clase los precios son verdaderamente fabulosos: oscilan los de cámara entre 570 y 5.800 pesetas. Véase cualquier guía de servicios marítimos.

Construído el ferrocarril de Marruecos, los precios de los viajes quedarían reducidos aproximadamente, según la norma de las modernas tarifas, á unas 130 pesetas en tercera y 350 en primera, ó á lo más 400 en departamento de lujo y con toda clase de comodidades.

Sobre todas estas ventajas está la de reducir al mínimum posible la parte marítima de los viajes. El marqués de Camarasa nos hace observar que los portugueses, á pesar de la mayor distancia, van por tierra de Lisboa á Londres, y los más de los ingleses pudientes, á pesar de ser en general aficionados al mar, van por tierra á Brindisi, puerto de Italia en el Adriático, á tomar el barco para Alejandría y Suez. Sin embargo, la travesía por mar de Londres á Brindisi es insignificante, dada la magnitud del viaje de Londres á la India,

y sobre todo muy ventajosa por varias razones, entre ellas la de evitar el inconveniente de los transbordos del Canal de la Mancha y del paso de fronteras. Por ahorrarse veinte minutos de navegación, el mayor número de viajeros (de 100.000, los 75.000) se embarcan en Calais para ir á Douvres, y viceversa. Sin embargo, por Folkstone á Boulogne es más corta la distancia á París.

Pero hay algo todavía de tanta importancia económica para España como todas esas ventajas juntas. Me refiero al tránsito.

Lo que sería el tránsito de mercancías y viajeros por nuestros ferrocarriles desde Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Italia, etc., y viceversa: desde toda la América Central y del Sur y desde toda el Africa; lo que significaría para nosotros el paso de todos esos granos de arena de que nos habla el marqués de Camarasa, es incalculable. Sírvanos de estímulo el ejemplo de lo que en Francia se procuran las ventajas del tránsito: cientos de millones se gastaron no hace mucho para modificar el trazado de sus líneas sólo por no perder los transportes desde Inglaterra al Simplón.

La efectividad relativamente fácil del proyecto es, pues, de absoluta evidencia. Obra es de importancia internacional, y para España verdaderamente salvadora, porque asegura de una vez la futura prosperidad de su vida al ponerla en el centro de una circulación inmensa, haciéndola corazón de los continentes del mundo y facilitando mucho además nuestras relaciones con las pocas colonias que nos quedan: Canarias, Río de Oro, Fernando Póo y demás posesiones españolas del golfo de Guinea, las cuales podrán así llegar á ser mucho más de lo que son actualmente.

Alguien ha querido oponer á este magno proyecto la dificultad con que se tropezaría al llegar á Pernambuco, en el Brasil, para trasladarse desde allí á cualquiera otra de las Repúblicas del Sur. Cierto; pero ya se cuenta con ello y con que el cauce de las comunicaciones intercontinentales tome rumbo distinto del actual y las líneas todas confluyan en el puerto elegido para el transbordo. Dicho queda lo que Francia ha hecho con sus líneas férreas á raíz de la apertura del Simplón. Y para que se vea cuán rápidamente pueden construirse los ferrocarriles donde menos los haya, baste recordar que en 1890 la Argentina apenas contaba con 10.000 kilómetros de vías férreas, las cuales hasta hoy, en sólo veinte años, han sido prolongadas á cerca de 40.000 kilómetros.

A mayor abundamiento reproduzco la siguiente noticia, publicada no hace muchos meses en *Le Figaro,* de París, y procedente de Río Janeiro:

Amérique latine

AU BRESIL

RIO-DE-JANEIRO, 20 MAI.

Chemins de fer.—Un projet de chemin de fer unissant Rio-de-Janeiro et Buenos-Aires vient d'être présenté au ministère de voirie; cette ligne suivrait le littoral par Itacurusa, Angra dos Reis et Parati jusqu'à Santos; de Santos, elle se dirigerait à Parassagua,

San Francisco, Araramgua, Porto-Alegre, Pelotas et Yaguaron. La ligne projetée s'unirait en ce port au chemin de fer uruguayen qui aboutit à Colonia, d'où il pourrait suivre jusqu'à Buenos-Aires moyennant un puissant ferry-boat. Cette œuvre colossale, calculée en 500 millions de francs, serait entreprise par le gouvernement.

Para la magna obra lo de menos serán los gastos que requiera. Conviene añadir, aunque ya de pasada lo dije, que los capitales se ofrecieron espontáneamente á la formación de la Empresa constructora y de la Compañía explotadora; capitales extranjeros y capitales españoles. Naturalmente que habiendo tomado ya el proyecto carta de naturaleza española en la Conferencia internacional de Algeciras, nosotros tenemos la propiedad, la patente, el privilegio de invención, y nosotros somos, por consiguiente, los indicados para llevar la dirección de este asunto, lo que en cierto modo se nos reconoció ya en Algeciras, donde nuestro delegado fué el presidente de la Conferencia.

No hemos de negar participaciones á ninguno de los países más ó menos interesados en la empresa; pero esas participaciones necesario es que las conceda, fuerza es que las distribuya España, á fin de que ni por un momento se dejen de reconocer nuestra prioridad y nuestro mejor derecho, lo cual ya hoy, pero mucho más el día de mañana, será de capital importancia en los distintos alcances y desarrollos que la nueva empresa pueda tener.

Los capitales españoles es necesario que concurran los primeros. Ellos, con sólo despertar del largo sueño que han dormido en las viejas arcas, podrían decidir muchos asuntos internacionales que nos preocupan. Cuando recientemente fueron á Melilla nuestras tropas, el vulgo, viendo partir á los soldados, vociferaba y decía que los llevábamos al matadero por defender unas minas del conde de Romanones. Nadie parecía darse cuenta de que si en vez de ir á Melilla unos pocos capitales, hubiesen ido muchos á emplearse en minas, ó en el comercio, ó en la agricultura, acaso no hubiera sido necesario emplearlos en guerras. Tenemos el ejemplo de Alemania, el país por excelencia militar, que cuenta con el ejército más fuerte del mundo, á pesar de lo cual todas sus numerosas conquistas modernas se llevan á cabo sin disparar un solo tiro, enviando capitales, fuera de toda rutina, adonde pueden encontrar mayor beneficio, encauzando la emigración premeditadamente, asimilándose y perfeccionando todo lo que puede tener utilidad, y realizando así paso á paso y con firmeza su penetración pacífica en todas partes.

Grave error el de nuestros Gobiernos con sus no reprimidos anhelos de la conquista por la fuerza. Los pueblos débiles han de tender sobre todo á robustecerse, porque invocar la fuerza ante los que pueden menos, vale tanto como exponerse á que se la invoquen después á ellos los que pueden más, y esto entraña un ridículo que es el peor de los fracasos.

Nuestra misión en África era, pues, bien sencilla. Cumplir al pie de la letra, y velar porque las naciones firmantes hiciesen lo mismo, lo pactado en la Conferencia de Algeciras. Cada uno en su zona y Alah en la de todos..., y el orden garantido por nuestra policía. Marruecos libre, con su arrogante Sul-

tán, rodeado de su aparatoso gran visir, sus intachables caídes y sus vistosos mejanias; pero, al mismo tiempo, Marruecos para la Humanidad en el orden mercantil y comercial, y para los efectos de la civilización que allí se extendiera y del paso del mundo que se abriese con el nuevo ferrocarril.

Y, ante todo, allí siempre nuestra dirección, ajustándose á una norma de conducta bien meditada, y nuestros capitales bien administrados, aunque parezca difícil y sea ya entre nosotros tradicional que el dinero y la buena administración no se vean juntos.

Pero, en fin, repito, volviendo al caso concreto del ferrocarril, que nuestros capitales se ofrecieron espontáneamente.

No existiendo, pues, dificultades de orden técnico ni de carácter económico, y siendo tanta y tan evidente la transcendencia que para España tiene el proyecto, sería natural que en el Parlamento se estudiase este asunto seriamente.

Es de tal urgencia para nosotros esa aproximación á los pueblos de América, que no debemos contentarnos con esperar á que el gran proyecto del ferrocarril iberoafroamericano se realice.

Italia ha resuelto su problema con sólo la organización de sus líneas de vapores rápidos.

Imitémosla. La empresa contaría, no sólo con la subvención de nuestro Gobierno, sino con las de muchos Gobiernos americanos igualmente interesados en la aproximación. Empresa es que ese gran patriota que se llama marqués de Comillas puede realizar él solo; tanto más si todos le secundamos.

El Sr. Llovet, que ha sido secretario del Banco Sudamericano y del Banco de la Nación Argentina, además de senador y hombre de negocios, es el jefe del Cuerpo consular de su país en Francia.

Hablando no hace mucho el Sr. Llovet de las relaciones comerciales de la Argentina y España, manifestó que se fundamentan en el gran afecto de la nación del Plata por la madre patria, pero que pueden y deben ser objeto de mucho mayor desarrollo.

Todo argentino, al salir de su país, anhela conocer España; pero los medios de comunicación con ella no son buenos: hay dificultades aduaneras, molestias, y esto es importante, porque el argentino que se dirige á Europa viene á gastar dinero, y lleva mucho equipaje.

Francia, que sabe aprovecharse de los beneficios pecuniarios que deja el extranjero como ninguna otra nación, da grandes facilidades al turista: por eso París es el cuartel general de los americanos del Sur. ¿Por qué no atraerlos á Madrid haciendo mejoras en los servicios de vapores y ferrocarriles y facilitando los trámites en las Aduanas?

El Sr. Llovet manifiesta que muchos de sus compatriotas prefieren desembarcar en Génova á hacerlo en Barcelona, para evitarse las molestias que les origina la Aduana española. Ni en Italia ni en Francia se les molesta en las fronteras, porque saben que nada traen de pago.

La colonia argentina dejó en París el año 1909, según estadísticas, unos

doscientos cincuenta millones de francos en gastos hechos en hoteles, teatros, modistos, Bancos, etc. ¿No se podría lograr que una parte de la colonia argentina de París viniese á España?

El Sr. Llovet opina que si se aumentasen las comodidades del viaje por mar y por tierra, y se facilitara el servicio de Aduanas, no molestando mucho á los viajeros, la mayor parte del turismo de Buenos Aires vendría directamente á la madre patria, aunque después visitasen otros países.

Lo que el Sr. Llovet afirma refiriéndose á la Argentina no es distinto de lo que pudiera asegurarse con relación á las demás Repúblicas de Suramérica.

Urge, pues, establecer esas líneas de vapores rápidos y de lujo que aumenten las comodidades de los viajes y reduzcan la duración de la travesía.

Y no desesperemos de que, más ó menos pronto, sea también un hecho el proyecto grande del ferrocarril por Marruecos.

Yo no puedo ser pesimista.

Creo que á pesar de todos los obstáculos y de cuanto se murmura por quienes suponen que la Argentina, poco amiga del Brasil, trabajará contra el proyecto por no ser tributaria de su vecina, la obra se impondrá por su propia virtud. La prueba más significativa está en la frecuencia con que las revistas financieras cotizan el tema, hablando de él como de un gran negocio seguro con el que hay que contar á breve plazo. Leed *El Financiero Hispano-Americano* del 31 de marzo último.

El ilustre marqués de Camarasa, que es uno de los infatigables, de los laboriosos, de los que están siempre en el poder porque están siempre en el *querer*, lo cual, á la corta ó á la larga, tiene la mayor fuerza, ha hecho circular este año por toda Europa unos interesantes opúsculos que han creado atmósfera muy favorable al asunto.

Y en la propuesta que la Compañía Nacional de Obras Públicas ha presentado al Gobierno de S. M en 15 de febrero último, no hace tres meses todavía, para la ejecución inmediata del programa de obras públicas en proyecto, se leen los siguientes párrafos:

«Entre los propósitos de la Compañía Nacional de Obras Públicas figura el pensamiento de cooperar con principal iniciativa á la ejecución de los complementos iberoafricanos de la gran arteria ferroviaria que cruzando el Asia por el transiberiano, y enlazando directamente á San Petersburgo, Berlín y París, necesita ulterior desarrollo, convirtiendo á nuestra Península en el camino más rápido y expedito para el tráfico terrestre europeo con Africa, y empalmando estas relaciones trascontinentales con América por medio de la gran línea de Tánger á Dákar ó Freetown, desde los cuales las comunicaciones marítimas con la América del Sur pueden quedar reducidas á sesenta y seis horas de navegación.

»Mediante esta gran arteria de comunicaciones intercontinentales, la vía más rápida desde el Japón á la Argentina y al Brasil será la de Vladivostock, Berlín, Madrid, Tánger y Dákar.

»Esta gran obra, en el recorrido de sus 2.800 kilómetros desde Tánger á

Dákar, tiene carácter internacional, y, además, en parte muy considerable de estas zonas su internacionalismo está sujeto por convenios y tratados al régimen de la puerta abierta.»

El asunto no está, pues, en malas manos; pero hace falta un hombre de gobierno que lo patrocine con el entusiasmo y la decisión que requiere el caso. Es ésta una empresa, como decía muy acertadamente en su memorable discurso el Sr. Antón, que necesita contar con el más elevado apoyo, porque no siendo así, y tratándose de algo nuestro, podría parecer un sueño fantástico y oriental.

Contribuyamos, pues, á la mayor propaganda en todas partes por medio de conferencias y de artículos; despertemos el espíritu nacional con esta nueva aurora que resplandece en el horizonte; devolvámosle sus legendarios ánimos triunfadores y altivos, y con el esfuerzo de todos á una realícese pronto la gigante empresa; realícese pronto y á satisfacción, y veamos así resuelto el problema de nuestra comunicación inmediata con la América latina, donde tan necesario es que siga predominando la influencia española, si no queremos perder la fuerza que ello nos ha de significar en el porvenir, ni borrar de nuestro escudo los más preciados cuarteles, las más memorables glorias, que bien puede envidianos el mundo entero: las que con sangre y oro se ganaron y se escribieron en la historia de la Humanidad.

Mariano Miguel de Val.

EL CURA DEL CEMENTERIO

VI

Desde las primeras horas del día siguiente multitud de personas afluían por los atajos del camino á la descuidada carretera que ponía en comunicación el cementerio con la ciudad. El día había amanecido espléndido, y una brisa apacible, casi fría, empujaba las hojas arrancadas de los árboles, arrastrándolas por el polvo del camino. Las campanas comenzaron á doblar desde muy temprano, y los vendedores ambulantes que habían estacionado sus puestos de buñuelos, churros, confites y otras baratijas, mezclaban su vocerío con el de las floristas, que pregonaban por poco precio ramilletes de flores, coronas, cruces y otros artículos. Las diversas naves y los patios del cementerio veíanse llenos de gente que, olvidando el sitio donde se encontraba, hablaba en voz alta y reía.

De vez en cuando llegaban jardineras atestadas de gente, y las cabalgaduras, con el ruido de campanillas y cascabeles, aumentaban la algarabía que reinaba en aquel lugar, que horas antes hallábase en silencio. En una palabra, el aspecto que ofrecía el cementerio era el de una feria, pues veíase invadido por una multitud desenfrenada y loca que, más que á rendir un homenaje á sus difuntos, parecía que había ido allí para divertirse.

Don Benito contemplaba aquel cuadro y sentía indignación; pero también hacía su negocio. Vestido con roquete y negra estola, y armado de hisopo y libro de oraciones, se lo disputaban los fieles para que *por tres pesetas* echara un responso á los queridos difuntos que venían á visitar. El hermano Enrique, provisto de un cepillo de hojalata, se encargaba de recoger limosnas para sufragios por las benditas ánimas. Ama Gertrudis, asomada á una de las ventanas de la casa, oraba en silencio, y Juan doblaba las campanas.

Aquel día no había ido Pedro al campo al cuidado de su hatajo, pues desde el día anterior convino con Roque, su criado, en que por ser día de fiesta no bajaría á la hatería. Quedóse en casa combinando planes con Gertrudis y concertando el día de la boda. Mantenían la siguiente conversación:

—¿Te parece bien de aquí á un mes?

—Paréceme todavía muy tardío—respondió ella—, pues cree que son muchas las ganas que tengo de ver convertidas en realidades lo que ha tiempo no han sido más que quimeras.

—Todo llegará, Gertrudis; que con paciencia y calma se gana el cielo, según dicen. Más ganas tengo yo que tú de verte abandonar estas faenas, que tanto me desagradan. Porque en mi casa, Gertrudis, serás la señora, y no la sirviente; procurarás que la que entre á nuestro servicio cumpla con sus quehaceres, y más tarde, cuando Dios quiera concedernos algún hijo, lo cuidarás y le enseñarás á hablar.

Gertrudis, que se hallaba de pie, bajó la vista y, cogiendo las dos puntas de su delantal, comenzó á jugar con ellas.

Quedósela mirando Pedro, y al ver que nada respondía, le preguntó:

—¿No te gusta todo esto que te estoy diciendo, Gertrudis?

—Sí me gusta—respondió ella—; pero... no sé si será cierto.

—Pues qué, ¿lo dudas? ¿Piensas acaso que no vamos á tener hijos? Yo quiero muchos, Gertrudis; quiero ver reproducidos en cada uno de ellos los instantes felices que tú me proporciones.

Volvió á bajar la vista sin responder palabra. Pedro siguió diciendo:

—Los hijos son un gran estímulo para el padre, pues le obligan á trabajar para su sustento y le evitan ser un vago: que, como sabes, Gertrudis, la ociosidad es madre de todos los vicios, y antes de verme yo hecho un malhechor, preferiría morirme.

—Me parece bien todo eso, y me gusta cuanto dices, Pedro; pero... ¿los tendremos?

—¿Por qué no?

Siguió Gertrudis jugando con las puntas de su delantal hasta que, suspirando profundamente, murmuró:

—En fin, ya lo veremos...

***

Cerca ya del obscurecer, y cuando la gente comenzaba á abandonar el cementerio, encontráronse tío y sobrino.

—Hoy te has declarado en huelga, ¿eh? *Diem perdidi.*

—Hay que conmemorar el día, tío.

—¿Y en qué lo has empleado?

—En forjar ilusiones.—Y cambiando de conversación, preguntó: —¿No habéis vuelto á ver á doña Matilde?

—No, y me extraña. Tal vez cumpla su palabra de no volver por aquí.

—Y á la otra señora, ¿la habéis visto?

—Sí; ésa no falta.—Y alejándose dijo: —Voy á poner el libro de encargos al corriente, porque hoy se han recibido muchos.

—Mi enhorabuena.

—Adiós; hasta luego.

***

Ha transcurrido ya cerca de un mes desde los sucesos narrados. Pedro y Gertrudis hacían los preparativos de su boda, y don Benito, como siempre, procuraba sacar el lucro posible en responsos y demás misiones sagradas. Hacía ya tiempo que no había vuelto á ver á la viuda de Quirós, y esto le extrañaba.

Un día, á la hora de la comida, entró Juan y alargó al sacerdote una carta de luto. Iba dirigida á nombre de don Benito Fernández, y la letra le era desconocida.

Abrió el sobre, y leyó lo siguiente:

«Apreciable amigo: Perdonad que os dé este título; pero para mí, que conservo gratos recuerdos de vos, no sois religioso, ni respetable padre, sino un amigo del alma. Comprendo lo que pueden en un corazón como el vuestro, ó como el que fué en un tiempo, los rudos golpes de la vida, habiendo sido blanco de las saetas del infortunio. No fué Dios el que os llamó por el camino que seguís, ni tampoco os arrastró á él vuestra vocación. Lo habéis emprendido impulsado por constantes desengaños y amarguras, y cuando ya, hastiado de la vida, pues habéis saboreado de lo lindo su exquisita miel, vuestro corazón ambicionó la dulce holganza y abandonar ese mundo que os punzó con sus espinas á pesar de los goces pasajeros que os proporcionó de vez en cuando, como nube fugaz que os hiciera olvidar breves instantes los constantes sufrimientos que experimentasteis, para luego asestaros nuevos y más rudos golpes. También yo he sido infortunada. He vivido ciega toda mi vida, creyendo que mi esposo, al jurarme ante el altar de Dios eterna fidelidad, cumpliría su palabra. Su muerte ha roto la venda que me cegaba, y he podido ver que aquel juramento ha sido quebrantado. También yo le juré fidelidad eterna. Y ¿lo cumplí?... Vos lo sabéis. Tal vez la Divina Providencia ha querido que fuera yo víctima de la infidelidad de mi marido por haber sido la primera en romper aquella sagrada promesa. No os culpo á vos; me culpo á mí misma. Recuerdo también que en vida de mi esposo, en esos instantes amorosos en los que se prometen mil absurdos, le juré que si él moría primero, me acordaría de él toda la vida y no volvería á entregar mi corazón á otro hombre. Él me juraba lo mismo, y el muy infame no sólo no sentía lo que me decía, sino que ya su corazón estaba dividido entre yo y otra persona que ya conocéis. Los recelos que experimenté y de los cuales fuisteis testigo, han sido fundados. He indagado, y por fin he descubierto la verdad. Suele decirse que con la muerte van al sepulcro secretos y misterios; pero esta vez no ha sido cierto: la muerte ha sido la que ha querido descubrirlo. Mas yo me he de vengar. No solamente he arrojado su recuerdo de mi mente, si que también he de procurar quebrantar las promesas que le hice. Quisiera ir á vuestro lado para poder hablaros largo y tendido; pero me hallo algo indispuesta. Espero que pronto podré hacerlo, y en el ínterin me repito vuestra más sincera amiga, que no os olvida,— *Matilde.*»

.....

Don Benito quedó como anonadado ante aquella carta. La leyó dos ó tres veces, y todas ellas experimentó el mismo resultado. Se fué adonde su sobrino estaba, que aquel día tampoco había ido á su hatería, pues se acercaba ya el de la boda, y le leyó la carta recibida.

—¿Qué opinas de esto, Pedro?

Encogióse de hombros éste, y dijo:

—No lo entiendo. Esperemos á que venga, y veremos lo que os dice.

—Cree, sobrino, que esta carta me ha dejado confundido.

—No hagáis caso.

—Siento así como un remordimiento que me hace pensar que yo tengo la culpa de todo esto.

—¿Usted, tío?

—Sí, yo.

—No lo comprendo. Serán escrúpulos de conciencia tal vez.

—Nunca los tuve. Pero hoy se me ha metido en la cabeza que si don Francisco fué infiel con su mujer, fué por mi culpa, por vengarse de ella.

—No penséis tal, tío. Si así fuese, no lo hubiera hecho tan solapadamente. Antes al contrario, hubiera puesto los medios para que se enterara.

—Tienes razón. Pero, entonces..., ¿qué quiere de mí doña Matilde? ¿Por qué me trata con esa confianza? ¿Por qué dice al despedirse que no me olvida?

—Es una *sincera* amiga. Os recuerda con cariño, y como está acostumbrada á trataros con confianza, no puede amoldarse á las actuales circunstancias, tratándoos de reverendo padre.

—Puede ser.

—Y, por tanto—siguió diciendo Pedro—, quiere que la aconsejéis, que la ayudéis en algo, que la consoléis...

—Y ¿qué será ese *algo?* —interrumpió don Benito.

—Ya lo sabremos—contestó su sobrino.

Se guardó la carta el religioso, y se encaminaron ambos al comedor, donde la comida, servida ya, les aguardaba.

***

Después de terminada llamó don Benito á su cuarto á su sobrino y le dijo:

—Te llamaba, Pedro, para preguntarte y hablarte de una cosa.

—Ya os escucho.

—¿Te casas por fin pasado mañana?

—Si Dios quiere.

—Pues bien; como el acto de la bendición no tiene importancia...

—¿Cómo?— interrumpió Pedro asustado.

—Quiero decir que deseo hacer por ti algo más; y, por tanto...

—No penséis en eso, tío—interrumpió de nuevo su sobrino—. Eternamente agradecido estaré del servicio que nos prestáis.

—Eso no es nada—replicó don Benito haciéndole un mimo—. Eso solamente es un favor, y quiero además dedicaros un recuerdo.

—¡Bah, bah! De ningún modo. No puedo consentir que os privéis de nada.

—No seas tonto, que cuando quiero, es porque puedo.—Y abriendo un armarito de caoba sacó un paquete, y entregándoselo á su sobrino le dijo: —¡Venga un abrazo, Pedro!

Cogió éste el envoltorio, y echándose en sus brazos abiertos, exclamó:

—¡Usted siempre tan generoso, querido tío! ¡Muchas gracias!—Y mirando

alternativamente al paquete que tenía entre sus manos y á don Benito, dijo:
—Pero... yo no debía admitirlo...

—No seas tonto, Pedro—le dijo el religioso empujándolo hacia la puerta con dulzura—. Cuando lo hago, señal que puedo hacerlo.

***

Una vez en su cuarto, abrió Pedro el paquete, ávido de saber lo que contenía. Halló dos objetos envueltos cuidadosamente en papeles de seda. Desdobló uno, y se encontró una preciosa cartera de piel de cocodrilo con cantoneras é inicial de plata. La abrió para ver los compartimientos, y al mirar en uno de ellos, cuál no fué su asombro al encontrarse con cinco billetes de á mil pesetas cada uno.

—¡Mi tío se ha vuelto loco! —murmuró; y comenzó á desdoblar el otro objeto.

Era éste un precioso portamonedas de señora, de red de plata, y en su interior había otros dos billetes de mil pesetas. El regocijo que experimentó fué grande, y su asombro también.

—¿De dónde sacará mi tío tanto dinero? ¡Es un misterio!

Estas y diferentes preguntas eran las que se hacía Pedro. Lo guardó todo cuidadosamente, y se fué en busca de su tío para echarse en sus brazos.

VII

—¡Hermoso día te concede Himeneo!—exclamó don Benito mirando á su sobrino, que, vestido de punta en blanco, estaba sentado en la solana desayunándose.

—Cierto; muy hermoso.

—Y tú... estás nervioso. Se te nota en la voz, en los movimientos...

—Os lo podéis figurar. Por fin ha llegado el día por mí tan apetecido.

—Lo comprendo, lo comprendo. Estos actos siempre impresionan.

—¿Falta aún mucho para las diez?—preguntó impaciente el novio.

Don Benito, sacando su reloj, dijo:

—Aún falta bastante. Son las nueve.—Y acercándosele y poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó: —Caballerito, ¿cuándo nos confesamos?

Quedó atónito Pedro mirando á su tío sin responder palabra, tomando su semblante varios matices: desde el de la indiferencia al del terror. Soltó el religioso una carcajada prolongada y ronca, y dijo:

—¡Valiente cara has puesto!

—En verdad que no me esperaba tal pregunta.

—Bien está; te lo perdono. Como eres una buena persona, no hace falta ese celo por mi parte.

Entró ama Gertrudis vistiendo rico traje de paño negro y algunos azaha-

res á la cabeza. Su entrada causó regocijo entre tío y sobrino, pues en verdad que nunca se había visto á Gertrudis tan guapetona y tan gentil.

Así que entró prorrumpieron en aplausos y vivas, y don Benito, cogiéndola de un brazo, la paseó por la solana ufano y satisfecho, diciendo:

—¡Vaya una sobrina!

—¡Se parece á la Virgen!—exclamó entusiasmado Pedro.

Y don Benito murmuró:

—¡Sí! Lo parece..., lo parece.

Una hora después, en la capilla del cementerio entraba una comitiva nupcial. Tal vez la primera y última. Formábanla en primer término Gertrudis, del brazo de su primo Juan; después Pedro, que daba el brazo á una parienta suya venida exprofeso para presenciar la boda; después Roque y Simón, ayudantes del novio; amigos, amigas, Guillén, el del Ventorro, y algún que otro curioso. En la sacristía ya esperaba don Benito vestido con los ornamentos sagrados más preciosos que tenía, y que usaba solamente en las grandes solemnidades.

Pasaron todos en comitiva á la capilla, y allí tuvo lugar la ceremonia en que se juraron fidelidad, apoyo y cariño mutuo Pedro y Gertrudis.

***

Por la tarde hallábase paseando don Benito por el cementerio, pensando en su sobrino, y en el mismo momento en que penetraba doña Matilde murmuraba:

—¡Veremos si Dios hace un milagro!

El religioso, al verla, sintió cierta emoción desconocida, y ella, con el rostro sonriente, le miraba con atención y parecía hablarle con la mirada.

—Buenas tardes, Benito.

—Santas y buenas, señora—contestó el sacerdote quitándose el bonete.

—No me tratéis con tanto cumplido; yo os llamo Benito á secas, y vos debéis hacer lo mismo.

—Reparad que ya no soy el administrador de vuestra casa, el amigo íntimo con quien tuvisteis confianza, sino un religioso, un hombre consagrado á Dios...

—Para mí—interrumpió ella—seguiréis siendo el que fuisteis.—Y acercándosele más, le dijo: —Os tengo que hablar con confianza, y no es éste el lugar más á propósito.

—No hay miedo. Éstos ya no oyen—respondió don Benito, señalando los sepulcros—. Mas si no queréis hablarme aquí, pasaremos á mi modesta casa.

—¿Estaremos solos?

—Solos; no hay nadie en ella. Esta mañana acabo de casar á la persona que me acompañaba, á mi ama.

—¿Se ha casado vuestra ama?

—Sí; con un sobrino mío, y se han ido á pasar la luna de miel á la ciudad.

—¿Y habéis quedado solo?

—Con mi sacristán, el hermano Enrique.

—¿Y no os da miedo estar solo entre tanto muerto?

—Ninguno. De sobra sabéis si lo conozco.

Marcháronse, pues, hacia la casa, y una vez en ella, don Benito dijo á su interlocutora, cerrando la puerta:

—Ya estamos solos, sin temor de que nos vea ni nos oiga nadie.

Se sentaron, y doña Matilde comenzó así:

—¿Me vais á permitir que os hable de *tú?*

—Señora...

—Considerad que es grave lo que tengo que deciros, y, acostumbrada á haberlo hecho antes, no podría amoldarme ahora al nuevo tratamiento, y no sabría explicarme con franqueza.

—Haceos cargo de que yo no soy el mismo, sino un respetable padre con quien os vais á confesar.

—¡Imposible! En ese caso, decididamente no os hablaría, pues si lo hago, es porque sois Benito. Conque... ¿accedéis?—le interrogó ella con una mirada centelleante, el semblante risueño, y acariciándole una mano.

Don Benito, después de pensarlo unos instantes, respondió confundido:

—Si os empeñáis..., ¡sea!

—¿Y vos también á mí?

—Eso... ya es más grave.

—Tenéis que corresponder á la confianza con que os trate. De otro modo, yo no me decidiría á hacerlo. Conque... ¿accedéis?

Otra nueva sonrisa por parte de doña Matilde, acompañada de una caricia en la mano del religioso, y otra nueva turbación por parte de don Benito. Después de una breve pausa exclamó éste suspirando y secándose algunas gotas de sudor que resbalaban por su frente:

—Conforme.

—Gracias—respondió ella, y se le aproximó más. Después siguió diciendo: —Vamos á tratarnos como amigos de toda la vida. Olvida que eres religioso, y préstame atención para responderme á las preguntas que te haga. Ante todo, ¿recibiste mi carta?

—Sí.

—¿Te extrañaría?

—Algo.

Hizo pausa ella, y después prosiguió:

—Pues bien, Benito; hora es ya de que te hable con franqueza. Mi marido, como sabes, me ha engañado. Su muerte ha sido la que me ha hecho descubrir este secreto. ¿Debo yo vengarme?

—Nunca; la venganza está prohibida.

—¡Ah! Me hablas así porque eres religioso, no porque lo sientas. Si mi venganza tuviera por objeto cometer algún crimen, si me arrastrara alguna vil pasión para atentar contra la vida de alguien, yo sería la primera en reconocer que no debía ejecutarlo. Pero no tiene por objeto nada de eso mi ven-

ganza. Ella consiste en ser perjura, en observar la misma conducta que mi marido guardó para conmigo.

—¡Horror! Eso es jurar en vano, y es pecado mortal.

—No me importa. No causo ningún mal á nadie. En todo caso me lo hago á mí misma, si es que existe otra vida mejor después de la muerte.

—No lo dudes.

—Quiero que si mi marido me ve desde esa otra vida, vea que he faltado á mi promesa; y si me oye, que me oiga decir que por su culpa.

—¿Y qué intentas hacer?

—¿Que qué intento?...

Hizo pausa doña Matilde, y después añadió con tono y expresión distintos:

—Benito, el día que te vi vistiendo este hábito que llevas, sentí como una mano de fuego que me oprimía el pecho. Sabía, porque me lo dijiste muchas veces cuando estuviste colocado en casa, que no tenías vocación para la vida de retiro, que muy grande tenía que ser tu desengaño para llegar á profesar en ella. Llegó para ti ese momento en el que, tal vez arrastrado por un hado fatal, cometiste ese acto, del que ahora quizás te estés arrepintiendo. Yo vengo á redimirte, Benito; yo soy la que quiero cambiar el curso del que parece tu destino; yo la que te torne á ese mundo que siempre ha sido tuyo, y al que abandonaste en un momento de locura.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Cómo es posible...?

—Verás, Benito—interrumpió ella; y aproximándosele más, siguió de esta manera: —Si tú quisieras, podríamos vivir juntos...

—¿Qué dices?

—Así cambiarías tú de vida, y conseguiría yo al mismo tiempo mi venganza. Abandonas estos lugares, huyes conmigo, dejas el hábito, y en un hotelito que nos espera en las afueras viviremos felices...

—¡Horror! ¡Me propones un sacrilegio! ¡Eso es ofender al cielo!

—No digas eso, Benito. De todas maneras, si existe más allá de la muerte esa otra vida que tanto temes, tu condenación es irremediable.

—¿Eh?—exclamó Benito levantándose de su asiento y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, Benito. Sobre tu conciencia gravita el peso de mi culpa, y el remordimiento no te dejaría morir tranquilo. Además, tal vez más sucias tienes las manos en esta profesión que practicando estás, que en ese mundo que pareces aborrecer ahora. Y en ese caso tu perdición es cierta, pues el sacrilegio lo estás cometiendo ya.

—¡Calla, calla, Matilde!—exclamaba el religioso paseando nervioso por la habitación.

—Benito, abre los ojos. Si te espera sufrir en la otra vida, ¿para qué anticipar tu desventura? Bastante has padecido ya; no quieras seguir labrando tu desgracia.

—¡Oh! Pero dejar mi vida de eclesiástico..., ¡eso es infame!

—¿Qué te importa cometer un nuevo delito, si tal vez deshonras con tu vida el hábito que llevas? ¿No sientes además remordimientos de haberme hecho perjura? ¿No escuchas la voz de la conciencia que te delata á gritos?

—¡Basta, Matilde! ¡No quieras atormentarme más! ¡Cierra ya esa boca, que me hace más daño que todas las torturas juntas que he padecido!

Levantóse la hermosa viuda, se acercó al sacerdote y, apoyándose en su hombro, le dijo:

—Veo un fácil arreglo, con el que puedes acallar un poco la conciencia y yo ver satisfecho mi propósito.

—¿Cuál?

—Viviendo yo contigo como acompañante, como pariente..., como ama, si quieres.

—No me atrevo, Matilde.

—¿Por qué? ¿No me dijiste hace un momento que tu ama se ha casado y te has quedado sin ella?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué vacilas?

—Porque... tengo miedo, Matilde, ¡tengo miedo!

—¡Bah! Hazte cargo que has cambiado de ama. ¿Accedes?

Don Benito no contestó. Por su mente pasaron rápidas como una exhalación las palabras que poco antes le dijera la hermosa viuda. Recordó su culpabilidad y oyó las voces de su conciencia que le acusaban, no ya de seductor, si que también de sacrílego, pues deshonrando estaba su sotana, ya con su vida licenciosa con el ama que tuvo, ya con la poca honradez con que desempeñaba el cargo de cura de cementerio. Las palabras de doña Matilde fueron agudas flechas que se clavaron en su corazón, y después de mucho pensar, por ningún lado halló perdón á sus delitos. Su condenación, por tanto, era segura de un modo ú otro. Así, pues, pecar de nuevo, ¿qué le importaba? ¿Qué venía á ser un nuevo pecado para aquel saco repleto que cargaba sobre sus espaldas? Convencido, pues, de ello, y abrumado un tanto por las acusadoras palabras de su interlocutora, exclamó suspirando:

—Sea como deseas, Matilde; pero no quiero abandonar el hábito. Aligeremos siquiera algo la culpa. Vivirás en calidad de ama mientras yo viviere.

—¡Gracias, Benito!—exclamó ella besándole las manos—. Ya sabía que tu conciencia no podría oir tranquila la acusación que contra ella he formulado.

—Nunca la tuve, Matilde, y hoy tú me la has despertado. Con razón dicen que sois las mujeres de la piel del diablo. No sé qué mágico poder he hallado en tus palabras, que me han confundido por completo, me han dejado anonadado.

—Es la voz de la razón la que ha hablado por mí.

—Sea la razón ó sea el diablo, lo que puedo decirte es que me han causado miedo.

—¡No creí que fueras tan cobarde!

Comenzaba á obscurecer. En la puerta sonó un aldabonazo: era el auriga del coche *simón* de doña Matilde, que venía á avisarle que habían transcurrido ya tres horas.

Abandonaron la estancia, y en la puerta dijo al despedirse doña Matilde á don Benito:

—Dentro de dos días me tendrás aquí.

—Hasta entonces, pues.

—Adiós.

—Dios te acompañe.

***

—Seguid leyendo, hermano.

—Casas Gil, don Ruperto. Este señor encarga dos misas por el alma de su hijo.

—Diez pesetas, ¿no es eso?

—Cabales.

—Poco es. Adelante.

—Carretero y San Lázaro, Matilde. Abona ocho pesetas para comprar una corona y rezar un responso por su padre.

—¡Eso no puede ser! Eso es de balde. Se le cantará un responso, y gracias. Otra persona.

—Casajuana y Soler, Eustaquio. Este señor encarga una lápida de mármol para que sea colocada en el nicho número 412, con la inscripción que en un papelito se acompaña.

—¿Cuánto abona?

—Doscientas pesetas.

—¿Tendrá noción ese insensato de lo que cuesta el mármol? ¿Creerá tal vez que por amor al arte inscribe el marmolista las leyendas? Se comprará una lápida de yeso. Adelante.

—Campos Fernández, Sebastián; herrero de oficio. Encarga se cerque con una verja la tumba de su esposa.

—¿Cuánto envía?

—Quince pesetas.

—¡Insensato! Es herrero, é ignora lo que cuesta el hierro. ¡Esto es una vergüenza! Si quiere esa verja, que la haga él. Adelante.

—No hay más nombres ni más letras.

—¿Cuánto arroja esta última?

Hizo una breve operación el hermano Enrique, y después dijo:

—Doscientas treinta y tres pesetas.

—¿Y el día de hoy?

Volvió á hacer otra nueva operación:

—Cuatrocientas doce.

—¡Poco, muy poco es eso! Esto no puede seguir así. ¡Señor, mandad una epidemia pronto, que así iremos mejor!

VIII

Don Benito estaba nervioso. Ya no paseaba por el cementerio como antes, porque aquel panorama de desolación le intimidaba. La tumba de don Francisco Quirós de Roncesvalles le causaba miedo, y pasaba unas noches de insomnio horribles. El hermano Enrique había notado este cambio en su superior, y no se atrevió á preguntarle la causa. «Ver, oir y callar»: éste era el lema del hermanito, y lo cumplía.

El día á que venimos refiriéndonos era uno de esos en que el cielo, de acuerdo con los tristes, llora con ellos. Comenzaba á declinar la tarde, y la lluvia, golpeando con fuerza los cristales, producía un ruido monótono y desagradable. El viento silbaba con furia, y los sauces y cipreses se balanceaban, produciendo ese ruido del follaje misterioso y vago, cual susurro de ánimas que se lamentan. La casa de don Benito se hallaba sepultada entre tinieblas. La cocina, ennegrecida por el hollín y llena de humo, presentaba un aspecto lúgubre y amedrentador. Una mujer escuálida y harapienta, de mirada hosca y rostro aceitunado, cocinaba en ella. Mascullaba de vez en vez, con su voz de flauta agrietada, una especie de canción salmódica, cual si pretendiera arrullar algún reciénnacido. Removía con estrépito de vez en cuando ollas y cacharros, y con un hierro comido por el moho y cardenillo removía las brasas de la lumbre. Un gato flácido, de pelo negro, bufaba persiguiendo los ratones, y un moscardón que se coló por la ventana revoloteaba en torno del candil, que pendía de un clavo, produciendo un zumbido molesto y ensordecedor. En la habitación del hermano Enrique la débil luz de un quinqué proyectaba su sombra, alta y delgada, en la pared blanquecina, llena de estampas de santos é ilustraciones de revistas religiosas. Hallábase éste arrodillado ante un crucifijo de madera, con el rostro inclinado y los ojos cerrados, y moviendo sus labios simultáneamente mientras pasaba entre sus dedos las cuentas de un rosario. En el aposento de don Benito una lamparilla de aceite proyectaba una luz movediza y mareante merced al oscilante pábilo de la misma. El religioso, sentado en una butaca de cuero, miraba con ojos centelleantes á una señora vestida de negro, hermosa, fresca aún, á pesar de los años que tenía, la cual hablaba en voz baja y sacaba de un baúl mundo piezas de ropa, que acomodaba en un armario.

—Siento, Matilde—decía el religioso—, que abandones la vida para sepultarte en estas soledades, que sólo seres como yo las apetecen.

—No importa, Benito. Al fin y al cabo no me hallo tan sola, puesto que estás conmigo. Me sacrifico por ti.

—¡Grande abnegación la tuya! Sólo una heroína procede así. ¡Grande también es el espíritu de venganza que te anima! Pero dime: ¿qué sacas con todo lo que has hecho? Martirizarme nada más con recuerdos gratos, pues tú sola encierras una página del libro de mi vida. Viviendo solo, al menos llegué á ol-

vidar los males que hice, y seguro estaba que Dios me habría perdonado. Pero ahora, teniéndote delante, viendo el sacrilegio que me has hecho cometer, ¿cómo puedo vivir tranquilo?

—¡Sacrilegio!—exclamó ella—. Deja á un lado la conciencia, y dime: ¿es sacrílego el que, cual tú, tiene una persona que le cuide? ¿No la tenías antes?

—Sí, sí.

—Entonces, ¿á qué esos escrúpulos de conciencia? ¿A qué esos remilgos? Piensa un momento si desde que practicas esa vida es ésta la primera vez que crees ofender al cielo.

Por la mente de don Benito pasaron rápidos como una exhalación, en confuso torbellino, mil recuerdos. Se acordó de Gertrudis, de la poca honradez con que procedía en el cargo de su profesión, de lo blasfemo y sin entrañas que se había convertido muchas veces cuando deseaba la muerte de los dueños de los mausoleos vacíos sólo por el lucro que esto le proporcionaría. Se agitó convulso en el asiento; balbució palabras ininteligibles; sentía un calor desconocido que le devoraba, y, levantándose como un demente, prorrumpió en una atronadora carcajada histérica, prolongada, ronca, y cayó de rodillas.

.....

***

Después de cenar don Benito quiso acostarse. Se sentía mal, y llevaba varias noches sin dormir. Tenía un poco de calentura. Hízolo así, y se retiraron también á descansar doña Matilde, el hermano Enrique, Juan y la vieja escuálida y harapienta, semejante á una bruja.

El sueño se apoderó pronto de don Benito, y, delirando por la calentura, tuvo la siguiente pesadilla:

Hallábase sentado sobre una tumba de mármol y de brillante jaspe, abarcando con su mirada las innumerables cruces que indicaban estar allí enterrados restos humanos. Era el obscurecer. El firmamento, extendido como un dosel salpicado de brillantes lentejuelas sobre la dilatada y quieta mansión de los muertos, veíase límpido y transparente. Sobre las lejanas sierras se amontonaba en revueltas ondas una nube tempestuosa que, empujada por un viento impetuoso, eclipsó en breves instantes la transparencia del firmamento. Por entre las sutiles mallas de la humedad, que sin condensarse saturaba la atmósfera, se cernía la luz lunar, desposeída de todo matiz metálico, cayendo sobre los objetos con difusas ondulaciones blanquecinas, opacas, cual si brillase tras de un cristal bañado, dibujando en el inmenso cielo vivos fulgores, estelas, irradiaciones, destellos, brumosidades argentadas que empañaban levísimamente la azul transparencia de la noche. La tierra, cual una chapa de metal puesta á la lumbre, despedía bocanadas de calor asfixiante. El aire abrasador, cargado de efluvios eléctricos, difundía en todos los seres una excitación voluptuosa, un renuevo del instinto genésico de la primavera. Dijérase que en sus senos candentes iban diluídos las húmedas y cálidas emana-

ciones de la germinación, los embriagadores aromas de las flores, los hálitos jadeantes del celo. Chirriaban los insectos entre las losas funerarias; las ranas asomaban las cabezas sobre las inmundas aguas de templadas charcas para entonar un monótono y grave cuarreo de áspero timbre; desde las selvas comarcanas enviaba la Naturaleza su grito ululante y melancólico; el viento silbaba con furia; en el cielo resonaron atronadores los roncos crujidos de los truenos; exhalaciones cárdenas cruzaban el espacio, y sobre la tierra comenzaron á caer torrentes de agua. Y don Benito, quieto, inmóvil, permanecía sentado contemplando aquel imponente espectáculo, impávido, atónito, sin poder huir ni resguardarse, porque una fuerza extraña y desconocida le retenía en aquel lugar, como si su ser fuera una protuberancia de la losa sobre la que se hallaba sentado. Un ruido misterioso y ensordecedor salía del interior de cada tumba, y fosforescencias y resplandores de luz opaca emanaban de las mismas. Innumerables insectos y reptiles se arrastraban por la humedecida tierra, subiéndose por los pies de don Benito. Quería gritar, y no podía. Solamente su laringe producía un sonido sordo, áspero, desagradable al oído. De pronto un estrépito horrible atronó el espacio; piedras que se rompen, hierros que se tuercen produciendo agudos chasquidos, huesos que se descoyuntan y son lanzados de sus fosas. Y en breves minutos se vió don Benito rodeado de esqueletos, y de cada tumba salía un nuevo fantasma, y la atmósfera se vió cruzada por ánimas, monstruos infernales, espíritus que habían tomado formas espeluznantes, y que en vertiginosas carreras iban y venían del cielo á la tierra. Quiso pedir socorro; no pudo. La lengua paralizada le impedía hablar... Y aquel ruido de chocar de huesos y de piedras al romperse, el sordo rumor que salía de las tumbas y el rugir del firmamento, todos estos ecos llegaron á sus oídos cual terribles acusaciones que la tierra, el cielo, los vivos y los muertos contra él fulminaban... Y en tanto, aquellas enormes legiones de esqueletos se agitaban en confuso torbellino, como movidas por un resorte misterioso, entonando un himno tétrico y macabro, acompañado por el ruido de los huesos al moverse. Los contornos del cementerio se iluminaron por un resplandor como de incendio, y un vocerío ensordecedor se oyó fuera de aquel recinto, como de gente que prorrumpe en exclamaciones incomprensibles, arrojando dardos y piedras á don Benito, que seguía sentado, pugnando por desasirse de aquella piedra á la que estaba adherido. De pronto llegaron á sus oídos los ecos de las voces de los que gritaban fuera, y pudo oir clara y distintamente que le acusaban de ladrón y le reclamaban el dinero de los encargos que habían hecho. Las calaveras comenzaron á agitarse, amenazándole con sus puños cerrados, y las voces de doña Matilde, que gritaba desde una ventana, llegaron á sus oídos. Y él, en tanto, seguía mudo, sudando, manteniendo una lucha irresistible. De repente el cuerpo de don Francisco Quirós de Roncesvalles se le puso delante y le dijo:

—¡Mísero mortal! ¿Dónde está Matilde? ¿Qué has hecho de ella? ¡Dios acaba de pronunciar tu sentencia y te condena al fuego eterno!

Y siguieron desfilando ante su aterrada vista infinidad de cuerpos y esque-

letos, y todos le amenazaban, todos se mofaban de él, y todos le decían lo mismo.

—¡Ven, Benito, que te van á matar!—gritaba doña Matilde; y él la miraba con ojos empañados por las lágrimas, sin responder palabra.

El huracán seguía silbando, la lluvia azotaba su rostro, y el cielo seguía trepidando como si quisiera desplomarse. Y entre aquel conciliábulo infernal, entre aquella asamblea macabra, vió á su sobrino Pedro, cogido del brazo de Gertrudis, que le decía:

—¡No es horra, tío Benito!—y le mostraba dos tiernos vástagos.

Por fin su lengua se desató, y notó que le bailaba dentro de la boca.

—¡Socorro!—pudo gritar al fin; pero nadie venía á ayudarle: su acento fué apagado por el estrépito del cementerio. Y en tanto seguían lloviendo sobre él acusaciones y blasfemias, y se vió maltratado y sacado á empellones de aquel recinto sagrado. Quiso imponer silencio, quería hablar; pero nadie le hacía caso: su voz era débil é impotente para percibirse entre aquel fragor espantoso. Alzó los brazos, suplicando le escucharan, y á medida que se alejaba, arrastrado por una fuerza invisible que le hacía caminar de espaldas sin poner los pies en tierra, logró calmar un tanto el desconcierto que reinaba, y con bronca y potente voz gritó cuanto se lo permitieron sus pulmones:

—¡Callad, vampiros! ¡No me acuséis! ¡No me sigáis! ¡Acordaos que San Dimas fué primero ladrón, y después santo!...

. . . . . .

. . . . . .

Y despertó.

Gonzalo Firpo.

oOo

UN ESPAÑOL

(SONETO)

Alterna el pan francés con el de Viena.
Macarrones almuerza á la italiana.
Bebe cerveza Pilsen alemana.
Con cigarrillos turcos se envenena.
Viste de paño inglés, que es tela buena.
Juega siempre al *foot-ball* por la mañana.
Unicamente por Verlaine se afana.
Solamente Tschaikowsky le enajena.
Y siempre al ver la enseña de Castilla
descubre su cabeza, conmovido...
¿No la vería con mirada fosca
si le atracaran ahora de Zorrilla,
Chueca, puros de aquí, Jerez, cocido,
tejido catalán y pan de rosca?

LA LENGUA INTERNACIONAL

(SONETO)

¿Yo aprender ese idioma? ¡Ca! Ni en broma.
Para cantar me basta el castellano.
Y lo importante en el comercio humano
se dice aquí como en Berlín ó en Roma.
Para hablar, el amor, ¿qué voces toma?
El hombre y la mujer, ¿miran en vano?
¡Oh idioma de los ojos! Soberano,
divino, eterno, universal, ¡idioma!
Una inglesa sensual de labios rojos
me ha dicho que me quiere, con los ojos;
lo que repuso mi mirada omito.
El ceño del marido—que es un belga—
me anuncia un puntapié... No necesito
saber ya más. El esperanto huelga.

LAS ARMAS NATURALES

(SONETO)

El pico del condor rasga punzante.
Temible en su tamaño es la ballena.
Muestra sus dientes la insaciable hiena;
sus puntiagudas astas el rumiante.

Enturbia el agua el pez. El elefante
sabe aplastar. La víbora envenena.
Y el insectillo volador, que suena,
clava el rejón sutil y huye al instante.
Dios, que ha armado á los brutos de mil modos,
al hombre sólo la *razón* le ha dado;
arma capaz de aniquilar á todos.
Vence con la razón; pero la pierde,
y el racional entonces, desarmado,
pincha, y aplasta, y envenena, y muerde...

POSTALES

Según mi madre dice, lloré yo anoche tanto,
que se acercó á mi cama por ver qué me ocurría.
Precisamente anoche dormí mejor que un santo
por no soñar contigo...; mas, calla, vida mía...
¡Por eso! ¡Ya me explico la causa de mi llanto!

***

Cuando tu alma tienda el vuelo
al cielo, y tu cuerpo á poco
baje á enterrarse en el suelo,
¡ay!, me voy á volver loco
entre la tierra y el cielo.

***

Tengo á la cabecera de mi cama,
en vez de un crucifijo, tu retrato.
Desde que allí lo he puesto,
me retiro de noche más temprano.

***

Amor con los ojos dices.
Con la boca dices odio.
Pero es tan chica tu boca
y son tan grandes tus ojos...

***

Dijiste en tono burlón:
—¡Qué Enrique de mis pecados!—
... ¡Ay! ¡Qué más quisiera yo!...

***

¡Qué ufano salgo á la calle
después de estrechar tu mano!
¡¡Cómo saldría de ufano
después de estrechar tu talle!!

***

Contigo en mí la risa tiene un amigo.
También tiene una amiga la risa en ti.
Yo con nadie me río más que contigo.
¡Tú de nadie te ríes más que de mí!

***

Siempre que vas á misa—lo he notado
y lo nota cualquiera—
repite el cura: *Dóminus vobiscum*
más veces que debiera.

Enrique de la Vega.

(Versos leídos por su autor en la sesión inaugural del curso celebrada el 4 del corriente por la Academia de la Poesía Española. Las poesías de los otros autores recomendados y del poeta premiado en el concurso de la citada Corporación se publicarán en los siguientes números de ATENEO.)

INFORMACIONES

Política

La negociación con Francia en el asunto de Marruecos

Mientras M. De Selves conferencia con M. Geoffray y estudia las instrucciones que han de darse á éste para la negociación con España sobre Marruecos, el partido colonial de la vecina República prosigue sus esfuerzos para convencer á la opinión pública de su país de que un interés esencial francés exige que nuestras fuerzas evacúen Larache y Alcázar, Alcázar por lo menos; que esa ciudad y una faja de terreno hasta Tánger pasen á ser zona de influencia francesa, y que á través de ella se construya, bajo la acción política de Francia, el primer trozo del ferrocarril Tánger-Fez.

Antes de la publicación de los acuerdos secretos de 1904 y 1905 esta pretensión hubiera podido tener apariencias de fundamento; hoy no es solamente en España, por el honor de nuestras armas y el prestigio de nuestra causa en Marruecos, donde se rechazará, sino en toda Europa, sabedora de qué lado radica la justicia, y consciente del riesgo que para los intereses colectivos en el Mogreb encierra aquella idea.

Porque, en efecto, no hay que olvidar que si Tánger, enclavado en la esfera de influencia española, va á tener, conforme al Convenio de 1904, una *situación especial,* es en obsequio á esos intereses políticos generales; y si hay razones de bastante peso, á juicio de las potencias, para que tan valiosa posición estratégica en la confluencia de los dos mares más importantes del mundo no quede en manos españolas, ¿cuáles no habrá para impedir que caiga en manos francesas? Y ¿quién dudará de que si la región vecina, si el ferrocarril que une la ciudad con el interior, se hallan bajo la influencia francesa, la acción del Gobierno de la República reducirá á la categoría de *nominal* la autonomía administrativa y la neutralidad política que quiere darse á Tánger?

Ciegos estarían los que no vieran que tras de ello, sin voluntad acaso preconcebida, por la fatalidad de los acontecimientos, Francia acabaría por ser dueña de Tánger si lo fuera de sus vecindades y de sus más importantes vías de comunicación terrestre.

Europa, que al comprender nuestro derecho de establecernos en la costa del Muluya al Estrecho nos busca como dique contra el desbordar de la influencia francesa en esa parte del Mediterráneo, quiere también que permanezcamos entre el Lucus y Tánger como valladar contra la absorción de esta capital por la gran potencia llamada á convertir el Majzen en una dependencia francesa.

Así lo entendieron siempre los políticos más perspicaces de la misma Francia. Por eso antes de ahora no había surgido la pretensión de arrebatar á Es-

paña Alcázar y Larache; por eso ahora todavía el Gobierno francés no ha hecho suya esta petición; por eso cada vez que entre los dos Gabinetes se ha tratado la cuestión de ferrocarriles en Marruecos se la ha solucionado (y la solución, contenida en un pacto, es obligatoria) en forma bien diferente de la que ahora reputan los coloniales como la única compatible con el interés francés.

Los que negociaron el frustrado Convenio de 1902 y el Convenio de 1904 eran *alguien* en Francia y sabían *algo* del interés nacional. Tuvieron largo tiempo para deliberar, y ni un solo momento intentaron despojar á España de Larache y Alcázar. No se les ocultaba que *un día* tendría que correr el ferrocarril de Fez á Tánger; pero no se les pasó siquiera por la imaginación que esa vía, parte de la cual tendría que estar en la zona de influencia española, hubiera necesariamente de quedar sometida á un régimen particular. Monsieur Rouvier y M. Cambon, que en 1905 introdujeron, de acuerdo con nuestro Gobierno, presidido por el ilustre Montero Ríos, modificaciones en el Convenio de 1904, y que se ocuparon, entre otras cosas, de la situación especial de Tánger y de las reglas para la construcción de obras públicas, no creyeron tampoco del caso hacer reserva alguna sobre la vía Tánger-Alcázar. Y otro tanto puede decirse de M. Pichon en los tres años que desempeñó el Ministerio de Negocios Extranjeros.

Al final, ciertamente, M. Pichon, en su contrato de empréstito con El Mokri, previó la construcción del ferrocarril Tánger-Alcázar, y hasta consignó que quedaría bajo un *contrôle* organizado de acuerdo con el Gobierno francés. Pero en el acto surgió la protesta española, en nombre del Convenio de 1904, y es bien notorio que M. Cruppi vino á declarar que no había pensado jamás en que ese *contrôle* pudiera ser establecido prescindiendo *(en dehors)* del Gobierno español, y que, por consiguiente, examinaría gustoso esas cuestiones con el Gabinete de Madrid para darle satisfacciones y garantías, á lo cual replicaron la prensa, la opinión y el Gobierno de nuestro país que no se comprendía en qué podía fundar el Gabinete de París su título de partícipe en semejante intervención.

Ahora, sin embargo, el ferrocarril Tánger-Alcázar en manos de Francia es para los coloniales condición *sine qua non* del protectorado. Sería útil que expusieran las razones en que se fundan.

Dijimos antes que Tánger, destinado á tener una *situación especial,* no ha de estar sometido á la influencia francesa, y, por ende, ha de disfrutar una autonomía administrativa frente al Sultán, protegido francés. Nada, pues, tiene que ver Tánger con el protectorado, y no son razones locales las que servirían para justificar la pretensión que venimos refutando.

Mucho menos podrían alegarse necesidades de carácter general, entre las cuales figuraría en primer término la comunicación de Fez con Europa, ya que por Argelia y por Rabat tiene dos vías que llenan este mismo objeto, y ambas están en poder completamente de Francia.

A nadie se oculta, por otra parte, que si Francia quisiera enviar fuerzas en número importante á Fez, Europa habría de oponerse á que desembarca-

ran en Tánger. Y tampoco puede aducirse el argumento de la necesidad de esta vía para los aprovisionamientos, puesto que de Argelia y de la Chauia pueden enviarse más rápida y fácilmente.

Todo esto demuestra que el disponer completamente de la vía de Tánger sería una *comodidad* para Francia, no una *necesidad;* y en nombre de la comodidad nadie puede pedir á su propio país la violación de un Tratado, y al país ajeno el sacrificio de su dignidad, la renuncia á derechos adquiridos, y la aquiescencia á lo que en el porvenir pudiera entrañar incluso un peligro para la integridad nacional.

—o—

Académica

Academia de la Poesía Española

Solemne sesión de apertura

Con asistencia de SS. MM. los Reyes D. Alfonso, D.ª Victoria y D.ª Cristina, y SS. AA. RR. los Infantes D.ª María Teresa, D.ª Isabel, D.ª Paz, don Fernando y la Princesa D.ª Pilar de Baviera, se celebró solemnemente el día 4 del actual, en el salón de actos del Ateneo, la sesión inaugural del curso de la Academia de la Poesía Española.

Sus Altezas Reales ostentaban prendido al pecho el distintivo de la Corporación.

Veíase además en el estrado al Sr. Gimeno, ministro de Instrucción pública; al Sr. Rodríguez Marín, vicepresidente de la Academia; á los señores Val, Jurado, Machado, Gullón y Vega, que habían de tomar parte en el acto, y á los acompañantes de los Reyes é Infantes, señora duquesa de San Carlos, marquesa de Mirasol, marqueses de la Torrecilla, Aguilar de Campóo y San Felices.

El ministro, en nombre del Rey, abrió la sesión, concediendo la palabra al secretario, D. Mariano Miguel de Val, que leyó la Memoria, empezando por saludar á las personas reales, que honraban el acto, y por dar cuenta detallada de todas las veladas y trabajos de la Academia durante su primer curso, trabajos que realmente acreditan una útil y beneficiosa labor en provecho de la cultura y como educadora del espíritu. Veladas en el Ateneo, en el Centro del Ejército, en la Casa del Pueblo y en Salamanca; concursos de cantares y de libros inéditos; propaganda y difusión por América, donde ya se han comenzado á crear las Academias correspondientes de la de Madrid: todo esto ha realizado en un año la Academia de la Poesía.

«A los gastos de todas estas propagandas, de todas aquellas veladas y de todos nuestros trabajos—decía el Sr. Val—hemos atendido nosotros solos, sin auxilio económico de nadie. No solamente hemos trabajado con absoluto desinterés, sin percibir retribución alguna por nuestra colaboración en la empresa, sino costeando con nuestro peculio propio la impresión de todas nuestras hojas de propaganda y del libro de nuestra constitución, una gran tirada de lujo que ha circulado por todo el mundo; los gastos de estas solemnes sesiones del Ateneo, el Centro del Ejército, la Casa del Pueblo y el convento de Santo Domingo; el viaje de Salamanca; la dotación de material y el personal de nuestras oficinas durante los doce meses que llevamos de existencia. Y además hemos organizado dos concursos con premios en metálico: uno el de *El mejor cantar,* para el que se recibieron 359 cantares, premio de 100 pesetas, que se adjudicó el 21 de enero á D. Federico Ruiz Morcuende, más un *accésit* de 50 pesetas para D. Andrés Gay Sangrós; y otro el de *El primer libro,* para el que se recibieron 61 colecciones inéditas de versos, premio de 500 pesetas, que se le adjudicó el 29 de mayo á la titulada *La gruta,* de D. Ignacio Zaldívar, más seis *accésits* á favor de D. Mariano Berdejo Casañal, D. José Martínez Jerez, D. Ramón Goy de Silva, D. Antonio Andión, D. Antonio Gullón y don Enrique de la Vega, de cuyos notables libros se leerán en la sesión de hoy escogidas composiciones, pues la Academia de la Poesía Española, lejos de monopolizar la tribuna gloriosa que hoy se nos brinda ante tan ilustrado y brillante auditorio, quiere quedar en absoluto entre bastidores para abrir paso á los desconocidos y proporcionarse el hondo placer de contemplar su merecido triunfo.»

A continuación detalló las gestiones de la Academia en la organización del centenario de Cervantes, y pidió al ministro que activase la constitución oficial de la Junta magna que ha de encargarse de los trabajos.

Y para terminar dijo:

«Esperamos, pues, y para ello nos dirigimos en primer lugar á S. M. el Rey, que se disponga de nosotros para todo y siempre; no sólo para llevar á feliz término esta obra nacional de glorificación del habla castellana en la colosal figura de Cervantes, sino para cualesquiera de aquellas empresas necesitadas de inteligencia ó de brazos; queremos ser legión de luchadores, y que el ritmo de nuestros versos, lejos de inclinarnos á la vida de inacción y contemplativa, sea compás de nuestros entusiasmos y de nuestros pasos; tenemos un dato de nuestra posible utilidad y de nuestro poder, que es el de nuestro querer, es decir, el de nuestra voluntad decididamente al servicio de la Patria, tenazmente al servicio de la Patria, para cantarla con la lira de Tirteo, que lleva á los soldados á la victoria; para defender á España de difamaciones inicuas, y enseñar á las venideras generaciones, báculo de los viejos laureles y germen de los nuevos destinos, cómo los buenos ciudadanos pueden verlos reverdecidos por el nuevo sol, y entonados y vigorizados con savia nueva.

»España será sólo de la primera clase que se organice mientras no nos or-

ganicemos las demás; y sabido esto, queremos predicar con el ejemplo. El esfuerzo será rudo y fatigoso, hasta que trabajemos todos á una, porque así como las ruedas aisladas no hacen funcionar un reloj por muchas vueltas que den, así nos acontecerá á nosotros en tanto falte el necesario engranaje en toda la máquina social.

»Pero somos optimistas, y confiamos y perseveramos en nuestro afán decidido de levantar el espíritu nacional, sembrando á manos llenas en los cerebros y en los corazones fértiles españoles nobles ideas de trabajo, ideas generosas de paz, de amor y de fraternidad, y laborando fuera de España por nuestro prestigio intelectual y nuestro crédito.»

La Memoria fué muy elogiada y aplaudida.

Los poetas recomendados en el concurso leyeron luego bellísimas composiciones.

Enrique de la Vega fué muy aplaudido y mostró ser digno continuador de la verdadera dinastía que significa su glorioso apellido.

La raza, que leyó su autor, D. Antonio Gullón, es una poesía hermosa de fondo y forma, que fué acogida con grandes aplausos.

El Sr. Val leyó luego la titulada *Canto póstumo*, de D. Ramón Goy de Silva, también muy aplaudida.

Igual éxito alcanzaron las tituladas *Bucólica* y *Advocación,* muy bien leídas por Machado, y cuyos autores son, respectivamente, Antonio Andión y José Martínez Jerez.

Y el Sr. Jurado terminó leyendo *Las sendas de mi huerto,* de Mariano Berdejo Casañal, y *La gruta,* de Ignacio Zaldívar, poeta premiado. Ambas composiciones fueron estrepitosamente aplaudidas.

El ministro de Instrucción pública dió la última nota de la brillante fiesta pronunciando un discurso, como todos los suyos, elocuente é inspirado.

Comenzó saludando á la Academia de la Poesía, en cuyo seno la juventud literaria encuentra el elemento propio y los estímulos necesarios para consagrarse al cultivo de las letras en su expresión más bella.

Determinó el alcance de la Academia y los beneficios que á la literatura patria puede reportar en lo futuro, porque las expresiones literarias, lo mismo que el campo, necesitan el cuidadoso cultivo y las condiciones favorables del medio ambiente para producir flores y frutos.

Después de alentar á la juventud á que persevere no sólo en el ejercicio de la poesía, sino en el conocimiento y estudio de los grandes poetas, porque con la contemplación de las almas sublimes adquiere la nuestra el resplandor de aquellos reflejos, expuso brillantemente el concepto de la poesía.

Respeta el Sr. Gimeno la poesía tradicional, y la admira por su valor intrínseco y por su significación histórica; pero entiende que cada época tiene su fisonomía propia, su perfil psicológico, y que los poetas son los hombres inspirados que saben expresar con grandeza y con perfección aquellos rasgos específicos de su siglo.

En su consecuencia, invitó á la juventud á que abandonase la poesía pala-

brera é inexpresiva y á que robusteciera su inspiración con los grandes problemas de nuestro tiempo, sin desdeñar la ciencia, que dilata el horizonte de la vida y que es un venero inagotable de vigorosa y profunda poesía.

Los aplausos, iniciados por S. M. el Rey, resonaron por largo espacio en el amplio salón del Ateneo, y todo el mundo salió muy complacido de aquella fiesta, que dejará recuerdo grato é imborrable.

Un nuevo concurso

La Academia de la Poesía Española abre concurso entre los poetas nacionales, con arreglo á las condiciones siguientes:

1.ª Se otorgará un premio de 500 pesetas al autor que, á juicio del Jurado, presente la mejor obra dramática en un acto y en verso, original é inédita.

2.ª Se concederá otro premio de 500 pesetas al autor del mejor poema, también en verso, original, inédito y representable.

3.ª Los originales, precedidos de su título, escritos en letra clara, firmados con el nombre y apellidos del autor é indicando el domicilio de éste, deberán entregarse al secretario de la Academia de la Poesía (Serrano, 27, Madrid), quien, para que sirva de resguardo, extenderá un recibo haciendo constar la fecha de la entrega, el título de la obra y el nombre del autor.

4.ª El plazo de admisión de originales quedará cerrado á las diez de la noche del 31 de enero próximo.

5.ª Al siguiente día se publicarán los títulos de los originales recibidos y los nombres de las personas que han de constituir el Jurado, el cual dictará su fallo, que también se hará público.

6.ª La Academia celebrará en uno de los principales teatros de esta corte una solemne función en la que se estrenarán las obras premiadas.

—o—

Bibliográfica

El año en la mano.

Hemos recibido *El año en la mano* correspondiente al año 1912, que es más completo, más ameno é instructivo que los de años anteriores. Desde luego es más lujoso y tiene la parte tipográfica más cuidada. Contiene treinta páginas en color, cuatro mapas tirados á cinco colores y dos mapas en negro.

Es un verdadero resumen de la historia de los últimos doce meses, y por ello lo consultarán con fruto cuantos tengan que buscar un dato, una fecha ó las efemérides de algunos días determinados. Contiene trozos escogidos de León Tolstoi, el gran escritor fallecido en Rusia durante el pasado año, y en la sección de páginas olvidadas reproduce algunas del *Marco Bruto* de Quevedo que son de lo mejor que se ha escrito en lengua castellana. Todos los descubrimientos, todas

las aplicaciones industriales de inventos puramente científicos, todos los métodos agrícolas puestos en planta, todo cuanto de notable ha ocurrido en los campos de la Física, Química, Astronomía, etc., se encuentra consignado y detallado en *El año en la mano,* que resulta un libro ameno y útil y digno de figurar en todas las bibliotecas.

—o—

Libros recibidos

POESÍA

Fe.—Filomena Dato.—Coruña, 1911.
Cantares gallegos.—Manuel Leiras Pulpeiro.—Mondoñedo, 1911.
Fugaces.—Lino Ramón Campos.—Oaxaca (Méjico), 1910.
Los senderos ocultos.—Enrique González Martínez.—Méjico, 1911.

TEATRO

La cencerrada (comedia de costumbres aragonesas).—Alberto Casañal.—Madrid, 1911.
Neurosis (comedia en tres actos).—Vicente Casanova.—Madrid, 1911.

NOVELAS Y CUENTOS

La gloria de Don Ramiro (tercera edición).—Garnier, Hermanos.—París, 1911.
Á bordo y en tierra.—Fenimore Cooper.—Garnier, Hermanos.—París, 1911.
Varias historias.—Machado de Assis.—Garnier, Hermanos.—París, 1911.

VARIA

La penetración en Marruecos.—Mariano Gómez González.—Madrid, 1909.
Cantares baturros.—Biblioteca «Para todos».
Una solución al problema obrero.—César Fallola.—Madrid, 1911.

La poesía española y la Revolución francesa

VII

Hay apellidos extrañamente reveladores de la personalidad que los ostenta, y este de Cienfuegos que acabo de citar, con su prestigio entre musical y simbólico, pertenece á dicha categoría. Sólo al pronunciarlo se impone ya á nuestra mente un tipo de poeta inactual entre sus contemporáneos, á la vez retrasado y anticipado con respecto á las modas literarias de su tiempo, volcánico y eruptivo, descompuesto y ardiente en medio de la tiesura y frialdad de los estilos académicos y seudoclásicos.

Y algo y aun mucho de verdad encierra semejante sugestión, puesto que Cienfuegos figura siempre como un *caso* aparte en la poesía española de los comienzos del pasado siglo, medio herrerista y medio gongorino doscientos años después de Góngora y de Herrera, pasional y desmandado mucho antes de la revolución estética que habían de iniciar Byron, Leopardi ó Víctor Hugo. Y este prerromántico, amigo de la hinchazón y de la hipérbole del siglo XVII; este precursor de la grandilocuencia resonante, pero vacía, de Quintana, fué también uno de los primeros cantores de la paz de Basilea, con todo el postizo y engañoso entusiasmo que hizo de aquella explosión poética uno de los mayores extravíos que jamás haya experimentado la conciencia nacional, tomando por victoria y salvación una alianza que al pasar del Directorio al Consulado, y del Consulado al Imperio, debía sernos colectivamente tan funesta como lo fué, de un modo personal, para el propio Cienfuegos. Y, sin embargo, ¡con qué énfasis celebra la paz de 1795!:

¡Oh Pirineo! ¡Oh campos de Gerona!
¡Espectáculo atroz! ¡Oh! ¿Quién me aleja
de esta escena crüel de sangre y lloro,
do el fratricidio la discordia abona,
donde es muerto el honor? ¡Ay! ¡Cuál refleja
el acero infeliz los rayos de oro
del sol vivifiante! ¡Cuál rechina
el carro horrible do el cañón sentado
va de viudez y de orfandad preñado!
¡Cuánto de llanto, y ruina,
y sepulcro está abriendo
del trémulo tambor el ronco estruendo!
. . . . . .
¡Júbilo, salvación! ¡Oh, cuál se inunda
mi espíritu en placer! ¿Ois que clama:
«Paz, paz» el Pirineo ensangrentado?
Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda
con sus hojas? La trompa de la Fama
toda es paz, y á su son llora, abrazado
del galo, el español, y maldiciendo
de la guerra y sus bárbaros horrores,
en amistad convierten sus rencores...

¿En amistad? Este pudo ser el ensueño de los poetas y de los ideólogos. Pero la Historia no discurre conducida por ellos, ni se ablanda al calor de las utopías y de los programas instantáneos, transformándose por brusca mutación. Mientras el imperio futuro de la paz universal empieza á dibujarse en las almas de los visionarios de París, que prometen establecerlo al día siguiente de su triunfo—sin perjuicio de ensangrentar perpetuamente á la Humanidad para conseguirlo—, un joven corso de pequeña figura macilenta, de mejillas pálidas y hundidas, de ojos en fiebre, de cabello agitado como por la ráfaga del jacobinismo, vaga insomne entre las baterías y parapetos del sitio de Tolón. Aquel joven es la encarnación más indomable y extraordinaria que haya tenido en el mundo la Discordia, y aparece cuando la «filosofía», mejor dicho, la abstracción divorciada del sentido de la vida, acaba de proclamar la confraternidad indestructible del género humano.

Poco lo sospecha Cienfuegos; poco adivina el trágico porvenir que aquella frente preñada de misterio y fatalidad reserva á España. Un rasgo de afectada cultura del joven caudillo inflama al iluso poeta español, y por primera vez en lengua castellana, en la cual tantas veces había de sonar más tarde para la execración y el vituperio, es cantado y ensalzado el hijo de Leticia Ramolino. Tales son las estrofas *En elogio del general Bonaparte con motivo de haber respetado la patria de Virgilio* en sús operaciones de la campaña de Italia: un verdadero y, por lo prematuro, muy sorprendente ditirambo que añadir á la antología napoleónica, en aquellas fechas bastante pobre. Virgilio Marón yace en los Campos Elíseos, según el poeta; las sombras generosas de los antiguos héroes vuelan en torno suyo: Epaminondas, Leónidas, Aníbal, los Escipiones... «¿Quién puede devolver á la tierra—dice el mantuano—lo que duerme en tales sepulcros?»

Mira entretanto á Bonaparte, y clama:
«No habéis muerto; vivís, héroes gloriosos;
todos, todos vivís. Joven valiente,
tú Marcelo serás.» Dijo, y el héroe,
el bastón empuñando,
va al enemigo, rápido marchando.
.....
Sí; que al oirle desnudar la espada
tiemblan los muros de diamante, tiemblan
ríos y montes. Sólo sin espanto
la pobre aldea de Marón le mira,
que el héroe respeta.
Viólo en su tumba, y sonrió el poeta.

Y rebosando en júbilo su pecho,
«Cumplióse—dijo—mi feliz presagio,
Bonaparte inmortal. ¡Oh!; ¡que á la vida
no pudiese otra vez volver ahora!
¡Quién loarte me diera,
y que luego á mi túmulo volviera!

»De mis cantos rayad, rayad á Augusto,
rayad á Eneas, y á Catón dictando
sus leyes á los justos del Elíseo;
que todo nombre de virtud y gloria
de ellos rayado sea,
y *Bonaparte* en su lugar se lea.»

Antes de tres lustros el azote de Italia habrá caído también sobre la Península ibérica. Sus legiones descienden por el Pirineo y se internan en España á título de aliados y amigos, en medio del asombro de la multitud. La perfidia llama desde Bayona á nuestros Reyes, y la torpeza y el envilecimiento los empujan hasta allí desde la capital. Liquidamos á toda prisa las consecuencias de la paz de Basilea. Murat lanza sus fieros mamelucos sobre los patriotas inermes del 2 de mayo, y las descargas del Prado y de la Moncloa ahogan en las gargantas el grito de independencia. Cienfuegos dirige entonces la *Gaceta de Madrid,* y su heroica entereza no se deja arredrar por nada: ni por el halago, ni por la amenaza, ni por el peligro mortal. Padeciendo una grave y crónica dolencia, escapa como por milagro á los fusilamientos de Madrid, y reducido á prisión, es enviado más tarde á Francia en calidad de rehenes, falleciendo al llegar á Ortez, víctima de deportación tan inhumana y violenta. ¿Qué pensaría entonces de sus antiguas admiraciones por el joven Bonaparte?

Su ejemplo de estoica firmeza fué un continuo reproche para los débiles y los tránsfugas de aquella misma generación; y otro poeta leal, en un verso famoso, pudo invocar, levantándose airado contra los tiranos y contra los apóstatas, contra la usurpación y la cobardía,

la sombra inexorable de Cienfuegos,

cuyo aliento patriótico vino á henchir después las composiciones de Arriaza, versificador que también se separa del gusto predominante en su época, pero por otro estilo: por propender á las corrientes populares de los copleros á la antigua.

Fué D. Juan Bautista Arriaza durante la guerra de la Independencia y hasta afirmarse el régimen constitucional en 1833 el cantor nato de la Monarquía absoluta y del españolismo neto y sin mezcolanzas. De su pluma salieron los himnos bélicos, las letrillas patrióticas para brindis, las cantatas «musicables», las loas y apropósitos para fiestas palatinas y reales celebraciones. Sus reseñas satíricas en verso sobre los estrenos de los teatros de Madrid fueron tan populares como temidas, por lo mismo que resultaban mordaces y graciosas. Realista á machamartillo como lo fué toda su vida, era imposible que, aun escribiendo poco después de la Revolución, no dejara en sus versos algún rasgo expresivo de sus ideas políticas ó del horror y angustia que había de producirle la tormenta. En 1792 Arriaza tenía poco más de veinte años, y entonces escribió uno de sus primeros ensayos, contestación á Var-

gas Ponce, que acababa de exhortarle en verso para que dejase la carrera militar. Arriaza y Vargas Ponce habían embarcado en la escuadra que iba á dar la vela para la primera campaña contra Francia. En dicha contestación no se trata más que de familiares discreteos, siendo como era el ingenio y la facilidad la nota distintiva de los dos amigos, autor el uno de la *Proclama de un solterón,* é inagotable el otro en sus *Sátiras* del teatro. Ello no obstante, llega un momento en que Arriaza, entre burlas y veras, da una impresión intensa y hasta sorprendente de la angustia de su tiempo, entenebrecido por la funesta sombra revolucionaria:

Amigo, la pasión me desvanece,
haciéndome soñar felicidades
en un tiempo en que el sol no resplandece
sino para aclarar negras maldades.
Vivimos (si tal nombre se merece
el gozar *la peor de las edades*)
días en que á la paz horrenda guerra
arrojó para siempre de la tierra.
Tienda la noche su estrellado manto
sobre *la desgraciada faz del mundo;*
ya no me da su obscuridad espanto,
ni su silencio tétrico y profundo;
yo sólo respirar puedo..., etc., etc.

VIII

El estro juvenil de Arriaza llegó á tiempo de celebrar todavía los triunfos de Ricardos, preludiando una serie de inspiraciones y cantos guerreros que debía extenderse después hasta Trafalgar y el 2 de mayo, y luego á Wellington, y más tarde aún al duque de Angulema y sus «cien mil hijos de San Luis». La campaña del Rosellón, feliz para las armas españolas durante el primer año y mientras vivió el inteligente caudillo aragonés, resucitó el recuerdo olvidado de la victoria en guerras ofensivas después de casi un siglo de humillaciones y luchas de defensa. Así se comprende el vivo aunque fugaz entusiasmo que esparcieron aquellas primeras acciones afortunadas: Bellegarde, Trullás, Colliure... En una nación en que el énfasis había llegado á formar una segunda naturaleza, y, como la sombra al cuerpo, siguió las huellas de la expansión imperialista de los siglos XVI y XVII, sobreviviéndole largo tiempo después de extinguida, á manera de pomposo crepúsculo; en un estado de espíritu semejante, no hay que extrañar esa erupción poética aparatosa y bombástica de que el siguiente soneto de Arriaza con motivo de la entrada en Colliure es el mejor ejemplo:

Pisa Ricardos la ciudad tomada,
y entre el tropel de la vencida gente,

Febo divino, Marte armipotente,
salen también á celebrar su entrada.

Febo le toma la invencible espada
y con laurel eterno alegremente
ciñe y enjuga la gloriosa frente,
de espeso polvo y de sudor bañada.

Contempla Marte el ademán bizarro,
y al ver que resplandece en su semblante
la gloria de Cortés y de Pizarro,

alargóle la diestra fulminante
é hizo montar en su soberbio carro
al domador del Rosellón triunfante.

Y con este trofeo parece que se extingue en la poesía española contemporánea de la guerra contra la República el comentario lírico de los combates, y aun toda producción de asunto revolucionario. Lo que puede espigarse después no son más que ecos remotos, persistencias cada vez más débiles, rastros cada vez más confusos de la inmensa tempestad que se aleja. Pasó el Terror; pasó la crápula de los thermidorianos; pasó la farsa consular, desenmascarándose y amaneciendo un día convertida en Imperio. Han transcurrido diez y seis años. España está en guerra con Napoleón: una lucha desigual, insensata, heroica, que no mide los medios, los recursos ni las posibilidades. Tal ejemplo de temeridad sublime y ciega no desarma á los libelistas extranjeros, que hablan de esta pobre nación allá por 1810 en términos de ultraje y villanía, sin comprender la grandeza de semejante duelo á muerte con el coloso, sin la admiración estética, cuando menos, que produce en las almas generosas el espectáculo del patriotismo ardiente y la indomable independencia. Entonces Arriaza, al comentar en versos amargos esa injusticia del mundo—compensada por las estrofas vengadoras de Byron y la admiración de los patriotas alemanes—, siente herida la memoria por uno de los nombres más repulsivos de la medio olvidada Revolución, y lo escupe indignado á la frente de los detractores de su patria:

Tres años de proezas singulares:
sitios, asaltos, lides carniceras,
en que del Corso las legiones fieras
el acero español siega á millares;

hallarse, Iberia, yermos tus hogares,
ó en ellos luto y quejas lastimeras,
de tus hijos por todas las riberas
bajando sangre á enrojecer los mares;

ver la flor de Aragón y de Castilla,
que al cautiverio la cerviz prosterna
primero que al tirano la rodilla...

¿Y á tanto honor, con frases de taberna
la gacetera chusma aún amancilla?
¡Raza de Luis Freron, serás eterna!

Luis Freron, como se sabe, perteneció á aquel grupo de los terroristas «sobrevivientes», más repugnantes y odiosos que otro alguno, porque ofrecieron á la Humanidad el ejemplo del crimen glorificado, del cinismo triunfante, de la orgía y la bacanal que se revuelca sobre la pira de los cadáveres palpitantes todavía. Marat feneció. Danton y sus amigos dejaron la cabeza en las fauces del propio monstruo que habían excitado y enfurecido. Robespierre, Couthon, Saint-Just y toda su caterva se asomaron también, cuando llegó la hora, á la *fenêtre nationale.* La iniquidad se mutilaba á sí misma, y por obligado automatismo vital semejante al de la fagocitosis, devorábanse unos á otros los malvados y «bebedores de sangre». Pero el caso de Freron, de Barère, de Barrás, de los felices, de los impunes y triunfadores hasta el fin, pareció un escarnio al principio de justicia inmanente en la conciencia humana, y una ruptura ó paralización de las leyes providenciales.

En *L'Orateur du Peuple,* mala parodia del título y del periódico de Marat, había alcanzado Freron aquella infame nombradía que llega á la personificación de un vicio ó de una plaga social. Su nombre evoca la idea del foliculario de todos los tiempos, removedor de los bajos fondos de la demagogia, inductor á los más viles asesinatos, apologista nato del homicidio y la crueldad. Cuando la Convención le nombra comisario cerca del ejército de Italia, y tiene que ir á Tolón, recuperado del poder de ingleses y españoles, suele dar cuenta de su cometido á la Asamblea en términos de regocijo salvaje como los que siguen: «El fusilamiento está á la orden del día: he aquí á unos seiscientos que ya no harán en lo sucesivo armas contra la República; la mortalidad se ceba ahora entre los súbditos de Luis XVII. Hoy han caído todos los sargentos, ayudantes y soldados de la Marina, con los miembros de la Municipalidad que se habían puesto la banda blanca durante el reinado del estafermo. Tres curas han cerrado el baile.» (6 nivoso, año II.) Y, sin embargo, para esa figura execrable fueron los honores y los encumbramientos, las adulaciones y las riquezas, el amor de Paulina, hermana del César, y la muerte natural en un lecho de potentado...

De la misma índole que la alusión de Arriaza, es decir, como recuerdos y exhumaciones póstumas, deben considerarse casi todas las referencias de los poetas de aquella generación, más joven que la de Jovellanos, Forner y Moratín, susceptibles de figurar en este recuento. Así como todo el período que precedió á la muerte del Rey de Francia fué de silencio y prohibición para la pluma española, una vez acabada la guerra del Rosellón cesó también la tolerancia y enmudecieron los comentaristas. Ahora, para no disgustar á nuestros aliados con escritos hostiles, como antes por temor al contagio de la fiebre extranjera, se volvió al régimen prohibitivo, que sólo había de romperse en 1808, bien para la execración de los réprobos, bien para la difusión de las ideas de libertad: como si los reformistas españoles, aleccionados por la catástrofe francesa, contrapusieran como polos irreconciliables y opuestos los dos espíritus y los dos momentos compendiados en 1789 y 1793.

A este período del alzamiento nacional contra Napoleón pertenece, sin

duda, el soneto de D. Alberto Lista titulado *Robespierre.* Lista fué el mentor y consejero de la juventud liberal y romántica en la primera mitad del siglo pasado; fué el humanista y el oráculo, ofreciendo el tono común de aquellos hombres, partidarios de las luces y las reformas tanto como enemigos del desorden, ilustrados y tímidos, que vinieron á ser con el tiempo los moderados, ó se habían afrancesado en su día por debilidad de carácter mucho más que por efectiva convicción. El cantor de *La beneficencia,* de *La bondad natural y originaria del hombre,* de *La felicidad pública, El triunfo de la tolerancia* y otros asuntos que ya sólo en su título y enunciación respiran aliento rusoniano; el adepto de la Academia sevillana del *Silé* y el autor del himno masónico para una pretendida sociedad de amigos, pasada su juvenil turbulencia y aturdimiento, dejó entre sus sonetos ó medallones históricos (los tiene dedicados á Foción, á Marco Bruto, á Sully, á Enrique IV de Francia, al tipógrafo Fermín Didot...) esta aguafuerte, bien comenzada y de defectuoso y deslucido final, retrato de «el incorruptible»:

Mata, destroza; de exterminio fiero
sáciate, Robespierre; vierte inhumano
la pura sangre de tu triste hermano
y otra vez y otras mil alza el acero.

Al golpe atroz de tu segur primero
perezca el orbe, y con furor insano
al astro de la luz llegue tu mano
y hunda feroz el Universo entero.

Húndase, y vive solo tú, malvado,
ante el Dios de bondad: en Él te queda
el castigo á tus furias reservado.

Mira esa sangre que tus labios baña
y oye el remordimiento, que ya hereda
de innumerables víctimas la saña.

Y ésta es ocasión de decir que aunque hubo en España desde los comienzos de la Revolución francesa quien simpatizara con las ideas y principios que tomaba por base, y hasta quien sintiera franca inclinación por la reforma llevada á cabo en la Constituyente, por lo que el juramento del Juego de Pelota y la sesión del 4 de agosto vinieron á representar, ni una vez en verso castellano suena con elogio el nombre de un solo jacobino, ni de un solo partidario de la Gironda, ni de quienquiera que presentase las manos manchadas con la sangre del Terror, si se exceptúa el caso, entonces ignorado en España y poco menos que clandestino, de las poesías de Marchena.

IX

No hemos hallado hasta ahora, en esta rápida excursión por la poesía de los tiempos revolucionarios, más que dos suertes de testimonios: ó influencias encubiertas del filosofismo francés, bajo las formas de incredulidad volteriana y de «filantropía» sentimental según la escuela de Rousseau, ó condenaciones y anatemas explícitos de los crímenes del Terror y de los feroces demagogos que vinieron á personificarlo en la imaginación de las gentes. Es preciso llegar á Marchena si queremos obtener textos terminantes de exaltación revolucionaria, de glorificación y franca apología de sus hombres y sus principios.

No se trata ya de vagas declamaciones humanitaristas sobre la felicidad primera de nuestra especie ó sobre la tolerancia y el fanatismo, á la manera de Meléndez, de Lista, de Reinoso. No se trata de ataques solapados ni de burlas corrosivas y cautelosas contra la religión, como las que nos ofrecen Moratín ó Iriarte. El girondino andaluz abandonó resueltamente el campo de las platónicas simpatías, de los eufemismos y de las vaguedades, y se convirtió desde los comienzos de su vida literaria en un verdadero militante ó propagandista, con todo el ardor de los neófitos y toda la audacia de la franca rebelión.

El abate D. José Marchena y Ruiz de Cueto nació en Utrera el 18 de noviembre de 1768. Cuando se reunieron los Estados Generales tenía veinte años. Había comenzado en Sevilla los estudios eclesiásticos, ordenándose de menores, de las cuales no pasó, y descollando soberbiamente en el dominio del latín, y muy pronto en el de la lengua francesa. Luego se le conoció en la Universidad como ardiente materialista y descreído, escribiendo contra el celibato eclesiástico una carta que circuló privadamente, con el escándalo natural entonces, dado el espíritu de la sociedad española. «Marchena saludó con júbilo—dice Menéndez y Pelayo en su magnífica semblanza—la sangrienta aurora de la Revolución francesa y, si hemos de fiarnos de obscuras y vagas tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de lo que él llamaba *superstición agobiada,* y entró con otros mozalbetes intonsos y con algún extranjero de baja ralea en una descabellada tentativa de conspiración republicana, la cual tuvo el éxito que puede imaginarse, dispersándose los modernos Brutos, y cayendo alguno de ellos en las garras de la policía.»

Añade el insigne biógrafo del revolucionario español que si tal conspiración existió realmente, tuvo que ser muy anterior á la llamada *del cerrillo de San Blas* (en algún folleto casi contemporáneo la he visto yo recordada bajo otra forma: *del día de San Blas),* que fraguaron en 1795 el pedagogo mallorquín Picornell, José Lax, Garasa, Pons Izquierdo y otros varios. En 1795 Marchena no estaba ya en España, de donde había salido más de dos años antes, se presume que avisado por Lista ante el peligro que corría de verse envuelto en un proceso de la Inquisición. Parece que á mediados de 1792 se refugió en Gibral-

tar, y de allí pasó á Francia, fijándose en Bayona, donde permanecía aún en diciembre del mismo año. Había llegado á la que fué después su patria adoptiva con el ingenuo y delirante entusiasmo de quien realiza un sueño de oro: establecerse en el país de la libertad y embriagarse de ella. Se alistó en el Club jacobino de Bayona, y pronunció en él un discurso según el más violento patrón de la época. «Pongamos—decía—sobre nuestras cabezas el gorro de los hombres libres, y á nuestros pies la corona de los reyes.» Y entre su público de descamisados obtuvo un grande éxito de tribuna, según las Memorias inéditas de M. Reynon, de San Juan de Luz, quien le conoció personalmente y le vió actuar en aquellos días calamitosos.

Púsose en correspondencia al poco tiempo con el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun, y se le ofreció para organizar la propaganda revolucionaria en España y para intervenir en los Comités «insurreccionales» de Bayona y Perpiñán, que con elementos mixtos de las dos naciones empezaban á funcionar activamente. Trasladóse á París y colaboró casi en seguida en el *Ami du Peuple,* de Marat. «No pasaron muchos meses sin que Marchena renegase duramente del bando jacobino y de los furiosos fanáticos ó hipócritas perversos que le dirigían, y se pasase á la fracción de los girondinos, á quienes acompañó en próspera y adversa fortuna, ligándose especialmente con Brissot.» Aun antes de la caída de sus amigos en la insurrección del 31 de mayo probó ya el rigor de las cárceles revolucionarias, en las cuales dió tantas veces, pretendiendo huir á las del Santo Oficio. Brissot intercedió en su favor, y bien por esta ayuda, bien por haber logrado evadirse, vióse muy pronto en libertad, á tiempo de compartir «con noble y estoica entereza» la proscripción de los diputados de la Gironda que no pudieron ser inmediatamente encarcelados después del decreto de la Convención.

Siguió en su fuga desesperada á Buzot, Sale, Barbaroux, Larivière, Louvet, Petion... Iba con ellos el periodista Girey-Dupré y un joven literato llamado Riouffe, á cuyas Memorias se deben todos los pormenores referentes á este episodio de la vida de Marchena. Ahogada la insurrección que fueron á atizar, pasaron de Normandía á Bretaña con ánimo de embarcarse para la Gironda, y á costa de increíbles penalidades llegaron á Quimper. En Quimper creían encontrar una barca preparada para huir á Burdeos: exigió grandes reparaciones, y no pudieron salir sino después de muchos días; el 24 de agosto llegaron á la vista del pico de Ambés, y allí se reunieron con otra porción de fugitivos de la misma parcialidad que habían tomado diferente ruta. Escondidos, inseguros, seguidos de cerca por la tropa jacobina, no les cupo más remedio que entregarse ó dispersarse. Uno tras otro fueron cayendo en poder de sus perseguidores. Marchena y Riouffe fueron detenidos en Burdeos el 4 de octubre de 1793, conducidos á París, encerrados en la Conserjería...

Tales son las principales vicisitudes de nuestro compatriota desde el instante en que salió de España, abominando de su despotismo y anhelando respirar las auras de la libertad en la tierra de promisión que había admirado y cantado, incluso por medio de digresiones é incisos de sus poesías amatorias

á las Licoris y Aglaes de su época escolar, que con patente remordimiento le hacían olvidarse

del congreso sagrado
que en Francia destruyó la tiranía,

y abandonar su inspiración política propiamente dicha. A ella se deben, en sentir de Menéndez, los más antiguos versos de propaganda revolucionaria escritos en España, y desde luego el primer comentario de la toma de la Bastilla:

Cayeron quebrantados
de calabozos hórridos y obscuros
cerrojos y candados,
y caen por tierra los tremendos muros,
terror del ciudadano,
horrible baluarte del tirano.
.....
Dulce filosofía,
tú los monstruos infames alanzaste;
tu clara luz fué guía
del divino Rousseau; tú amaestraste
al ingenio eminente
por quien es libre la francesa gente.
Excita al grande ejemplo
tu esfuerzo, Hesperia; rompe los pesados
grillos, y que en el Templo
de Libertad, de hoy más muestren, colgados,
del pueblo la vileza
y de los reyes la brutal fiereza.

De Marchena es también la primera invectiva formal y declarada contra el Santo Oficio y el primer apóstrofe ó invocación á *la libertad* en sentido filosófico á la francesa, no como recuerdo de las viejas franquicias populares de la Edad Media, sino tal como arrancaba de la reciente Constitución norteamericana ó de la Declaración de los Derechos del Hombre:

¡Oh lauro inmarcesible, oh glorioso
hado de nación libre; quien te alcanza,
llamarse con verdad puede dichoso!
¡Libertad, libertad! Tú la esperanza
eres de cuanto espíritu brioso
el despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que, benéfica, visitas,
á vida nueva al punto resucitas.

El pueblo de Minerva, el de Quirino,
si la Historia pregona sus loores
y si con esplendor lucen divino,
del tiempo y del olvido vencedores,
á la libertad deben su destino.
La libertad regó las bellas flores
que la sien de Fabricio y Decio ornaron,
y á Foción y Arístides coronaron.

A Jéfferson y á Wáshington inflamas
en tu sagrado amor, y otro hemisferio
consume luego entre voraces llamas
los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la nación derramas
y de las leyes fundas el imperio,
siempre absoluto porque siempre justo,
que la igualdad social mantiene augusto.

Estas octavas desabridas y de acentuación defectuosa y poco agradable denotaban una mentalidad extranjerizada por completo, y aun se diría que proclaman á voces haber sido compuestas y escritas más allá de los Pirineos.

Miguel S. Oliver.

(Se concluirá.)

LA R. P. EN BÉLGICA

(Conclusión.)

Dicho queda, en sus líneas generales, el funcionamiento de la R. P. en Bélgica; pero, para explicarlo más claramente, vamos á ver cómo se deslizan en la práctica las operaciones de que venimos hablando.

Tomemos como ejemplo el último caso, la experiencia más moderna:

Domingo 22 de mayo de 1910 (1).—Hoy se celebran en Bélgica las elecciones para la renovación parcial de la Cámara de los Representantes. La circunscripción de Bruselas elige 21 diputados. Han luchado siete listas diferentes: primera, walones antiflamenquistas; segunda, católicos; tercera, liberales; cuarta, socialistas; quinta, católicos disidentes; sexta, demócratas cristianos y flamenquistas; séptima, un candidato aislado, un *sauvage*. Ciento once son en total el número de candidatos de las siete listas. Han funcionado 635 secciones de votos: el número de secciones se multiplica de intento, á fin de causar las menos molestias posibles al elector y privarle de toda circunstancia atenuante si no cumple su obligación de votar; en cada sección han votado, por término medio, 400 electores. A la una en punto de la tarde ha quedado terminada la emisión de votos. Los boletines de las 635 secciones han sido objeto de recuentos parciales en 216 *bureaux de dépouillement*. Estos 216 recuentos parciales han sido remitidos al *bureau* central.

Lunes 23 de mayo.—Estamos en el *bureau* central. A la una y media de la tarde se presenta el presidente (que lo es, por ministerio de la ley, el presidente del Tribunal Civil de Bruselas), llevando consigo los sobres cerrados que contienen los 216 cuadros de recuentos parciales, con sus actas correspondientes. Va á procederse en seguida al recuento general. Son testigos de esta operación los individuos del *bureau,* los escrutadores, los representantes de los partidos y varios extranjeros que han venido expresamente á Bruselas para estudiar sobre el terreno la R. P.: allí está M. Charles Benoist, el profesor de la Universidad de Coimbra D. Alvaro da Costa Machado Villela, varios profesores alemanes; yo, gracias á M. Paul Errera, rector de la Universidad libre, presencio las operaciones acompañado por M. Charles Buls, ex burgomaestre de Bruselas. Todos estamos sedientos de curiosidad. Monsieur Buls es mi *cicerone*.

¿Cuál es la primera dificultad con que tropieza el presidente del *bureau* principal? Hay una que no procede de la R. P., sino que es efecto del trabajo enorme que supone la aglomeración de papeles. Lo primero que se hace es una comprobación minuciosa de los 216 recuentos parciales. A medida que se van comprobando los cuadros se hacen pasar á los calculadores, que son, en su

(1) De mi *carnet* de viaje.

mayor parte, simples empleados de la ciudad que, con no muy difíciles instrucciones que previamente han recibido, cumplen á maravilla su oficio.

Hay cuatro listas á las que no les corresponderá seguramente ningún puesto: es necesario, sin embargo, someterlas á las mismas operaciones que á las demás. Los calculadores comienzan á trabajar á las dos de la tarde. A las once y treinta y cinco minutos de la noche presentan al *bureau* la suma de los resultados de los 216 cuadros parciales de recuento. Ya sabemos los votos de lista y los votos nominativos á candidatos y á suplentes que corresponden á cada una de las siete listas.

Prescindamos de las cuatro listas disidentes, que han resultado derrotadas. He aquí las cifras electorales de las otras tres:

Lista católica	129.152 votos.
Lista liberal	99.637 —
Lista socialista	68.604 —

Después el misterio de la R. P. se ha revelado inmediatamente. En quince minutos escasos los calculadores han practicado las divisiones que ya conocemos:

	Lista católica.	Lista liberal.	Lista socialista.
Cifras electorales	129.152	99.637	68.604
Dividida por 1	129.152	99.637	68.604
— 2	64.576	49.818	34.302
— 3	43.050	33.212	22.901
— 4	32.288	24.909	17.150
— 5	25.230	19.923	**13.720**
— 6	21.525	16.606	11.434
— 7	18.450	14.233	»
— 8	16.144	12.454	»
— 9	14.350	»	»
— 10	12.915	»	»

Una vez obtenidos estos cocientes, procedía colocarlos por orden de su importancia. El cociente número 21 es en este caso el divisor electoral, dado que son 21 los diputados á elegir. He aquí la *jerarquía* de cocientes:

1.°	129.152 (Lista católica.)
2.°	99.637 (Lista liberal.)
3.°	68.604 (Lista socialista.)
4.°	64.576 (C.)
5.°	49.818 (L.)
6.°	43.050 (C.)
7.°	34.302 (S.)
8.°	33.212 (L.)
9.°	32.288 (C.)
10	25.230 (C.)
11	24.909 (L.)
12	22.901 (S.)

13	21.525 (Lista católica.)
14	19.923 (L.)
15	18.450 (C.)
16	17.150 (S.)
17	16.606 (L.)
18	16.144 (C.)
19	14.350 (C.)
20	14.233 (L.)
21	**13.720** (S.)

Resulta, pues, que 13.720 es el divisor electoral, el cual se halla contenido nueve veces en la lista católica, siete veces en la liberal y cinco en la socialista. Corresponden, por consiguiente, nueve puestos á los católicos, siete á los liberales y cinco á los socialistas.

Nada menos complicado, según se ve. Podrá criticarse desde otros puntos de vista el sistema D'Hondt; pero no se puede decir que sea difícil de aplicar.

Mas marchemos con calma. Todavía falta algo. Sabemos los diputados á que tiene derecho cada lista Ahora bien; dentro de cada lista, ¿quiénes son los elegidos? La operación para determinarlo, cuando se trata de una circunscripción tan extensa como la de Bruselas y de listas en las que hay tantos votos de preferencia, es algo pesada. Algunas explicaciones preliminares son necesarias. Abandonemos, pues, por un momento el *bureau* central, y acudamos á las reglas generales de la ley.

14. ¿Cómo se procede dentro de cada lista á la designación de los candidatos? ¿Cuáles son los que deben considerarse elegidos?

Si el número de candidatos de la lista es igual ó menor (1) al número de puestos á que tiene derecho, entonces no hay dificultad: todos son elegidos. (Artículo 265.)

Si el número de candidatos es mayor que el de puestos, ¿qué se hace? La ley erige en principio la regla de la pluralidad de votos. Nada más justo: es la voluntad de los electores la que decide. Dice el artículo 265: «Los puestos son conferidos á los candidatos titulares que hayan obtenido mayor número de votos. En caso de empate, el orden de presentación prevalece.»

Ahora bien; ¿cómo se establece el número de votos obtenidos por los diversos candidatos?

Dos elementos deben entrar en cuenta para determinar el número de votos obtenidos por cada candidato: los votos nominativos y los votos de listas.

a) Los votos nominativos desde luego; esto no ofrece duda: es la voluntad expresa de los electores: la voluntad de alterar el orden de la lista.

b) Pero es preciso tener también en cuenta los votos de lista: éstos son también una manifestación de voluntad de los electores: la voluntad de adherirse al orden de la lista. ¿Y cuál es el alcance preciso de los votos de lista?

---

(1) Si es menor el número de candidatos que el de puestos de que dispone la lista, puede ser elegido como titular un candidato suplente, si lo hubiere.

«A los ojos del legislador—dice un comentarista belga—, el elector que se adhiere al orden de presentación, declara que desea ver llamar sucesivamente á los puestos que correspondan á la lista á los diversos candidatos en ella incluídos, y precisamente en el orden en que han sido presentados...» (1).

A fin de realizar prácticamente esta interpretación racional, los votos de listas se reparten según un procedimiento que se ha llamado *procedimiento de devolución,* mediante el cual se concilian y se combinan las dos especies de votos: nominativos y de lista. Cada candidato suele tener un cierto número de votos nominativos ó de preferencia: á cada uno de ellos se le atribuye, por el orden de inscripción, el número de votos de lista que sea necesario para completar el divisor electoral; y, naturalmente, si un candidato posee ya un número de votos nominativos superior ó igual al divisor electoral, entonces no habrá lugar de adjudicarle ningún voto de lista. Esto es el procedimiento de devolución, cuyas dos fases las precisa con toda claridad el artículo 265. Estas dos fases son:

1.ª Atribución previa de los votos de lista, con el objeto de llenar la diferencia que existe entre la cifra de votos nominativos de cada candidato y la cifra del divisor electoral. La atribución se efectúa por el orden que ocupan los candidatos en la lista.

2.ª Una vez repartidos de la manera indicada los votos de lista, se declaran elegidos los candidatos que resulten con mayor número de votos; los que no lleguen á la cifra del divisor electoral se declaran igualmente elegidos. En caso de empate de votos entre candidatos, el orden de presentación decide el rango definitivo.

***

Para dar una idea más clara de lo que es en la práctica este sistema de devolución de votos, apliquemos el artículo 265 á los resultados de la elección de Bruselas. Tomemos la

Lista católica.

Votos de lista	97.358
Votos nominativos:	
MM. Nerincx	741
De Lantsheere	670
Vanderlinden	364
Renkin	1.835
Carton de Wiart	1.357
Théodor	1.601
De Bue	2.780
Wauwermans	1.497
De Coster	6.969
Colfs	13.980
CIFRA ELECTORAL	129.152

(1) J. Mommaert: loc. cit., pág. 28.

Para facilitar los cálculos de designación de los candidatos elegidos en cada lista, el Ministerio del Interior, en sus instrucciones á los presidentes de los *bureaux* principales, incluyó el cuadro á cuyo modelo debían ajustarse.

En la primera columna de ese cuadro modelo se escriben los nombres de los candidatos por el orden de su presentación en la lista; en la segunda columna, el número de votos nominativos que han obtenido; en la tercera, el número de votos de lista que es preciso añadir á los nominativos para completar el divisor electoral; en la cuarta, finalmente, el total de los votos así atribuídos á cada candidato.

He aquí un croquis de este cuadro:

Lista católica.

Votos de lista: 97.358. Divisor electoral: 13.720.

CANDIDATOS	Orden de la lista.	Votos nominativos.	Votos de lista adjudicados.	TOTAL DE VOTOS
Nerincx	1	741 +	12.979 =	13.720, elegido.
De Lantsheere	2	670 +	13.050 =	13.720, elegido.
Vanderlinden	3	364 +	13.356 =	13.720, elegido.
Renkin	4	1.835 +	11.885 =	13.720, elegido.
Carton de Wiart	5	1.357 +	12.363 =	13.720, elegido.
Théodor	6	1.601 +	12.119 =	13.720, elegido.
De Bue	7	2.780 +	10.940 =	13.720, elegido.
Wauwermans	8	1.497 +	10.666 =	12.763, elegido.
De Coster	9	6.869 +	0 =	6.869
Colfs	10	13.980 +	0 =	13.980, elegido.
Total de votos de lista adjudicados			97.358	

Como se ve, en el cuadro precedente se han repartido entre los candidatos los 97.358 votos de lista, comenzando por el número 1, pasando luego al número 2, luego al número 3, y así sucesivamente. Al llegar al candidato número 8 sólo quedaban ya 10.666 votos, por haber adjudicado todos los demás á los siete candidatos anteriores. Para el candidato número 9 no quedó ningún voto, y el candidato número 10 no tiene necesidad de ninguno: con los nominales tiene más que suficientes.

Según dijimos antes, esta lista tiene derecho á nueve puestos. El presidente del *bureau* principal declarará, pues, elegidos los nueve candidatos que después de practicadas estas operaciones resultan con más votos. Y los declarará elegidos atendiendo al número de votos y, en caso de empate, al orden de la lista. Por consiguiente:

Monsieur Colfs, que es el que tiene más votos, pasa al primer lugar.

Los siete primeros candidatos de la lista están empatados: pasan, por tanto, después de M. Colfs, por el orden que tienen en la lista; de modo que cada uno pierde un número.

El último es M. Wauwermans. Y M. De Coster queda derrotado; pero no

por no haber llegado al divisor electoral, sino por ser el que menos votos tiene. Obsérvese:

a) La influencia que tiene el orden de presentación: cualquiera de los ocho primeros candidatos hubiera sido derrotado en uno de los dos últimos puestos de la lista.

b) La influencia que tiene el elector para alterar el orden de la lista, es decir, para rectificar el orden propuesto por el partido: los electores, en efecto, han hecho pasar á M. Colfs á la cabeza de la lista, y perder un puesto á todos los demás candidatos.

15. Réstanos exponer las disposiciones de la ley relativas á la *designación de suplentes* y carácter de los que resulten designados.

En primer lugar, el número de los suplentes elegidos no puede ser mayor del de los candidatos titulares elegidos.

La elección y el rango de los suplentes (suplente primero, suplente segundo, etc.) se determina por el mismo procedimiento devolutivo que se aplica á la designación de los candidatos titulares: será preciso, por tanto, tomar en cuenta los votos nominativos y los votos de lista, y en caso de empate prevalecerá el orden de presentación. (Cód. elect., arts. 254 y siguientes.)

¿Cuál es la misión de estos candidatos suplentes? ¿Cuándo y bajo qué condiciones serán llamados los suplentes al Parlamento?

He aquí lo que estatuye el artículo 267: «En caso de vacante por opción (1), fallecimiento, dimisión ú otra causa cualquiera, entrará en funciones el que haya sido declarado primer suplente de la lista. Previamente á su ingreso en la Cámara como diputado ó como senador, la Cámara correspondiente procederá á un examen complementario de sus poderes, con el exclusivo objeto de comprobar si conserva las condiciones de elegibilidad.»

Cuando no hubiere suplentes á quienes llamar en caso de vacante, ya porque no se eligieron, ó porque todos han sido llamados, ó porque los llamados no reúnen las condiciones de elegibilidad, etc., entonces se procede á una elección parcial, caso verdaderamente improbable. Si en la elección parcial se trata de proveer un solo puesto, la elección se verifica bajo el régimen de mayorías; si los puestos á proveer son más de uno y pertenecen á la misma circunscripción, se aplican las reglas de la R. P. (Art. 235.)

16. Tal es el sistema belga de R. P. ¿Cuáles son sus defectos? ¿Cuáles sus ventajas y sus méritos?

Pocos son los que dejan de reconocer los méritos y las ventajas fundamentales del sistema belga y su superioridad con relación no sólo á toda forma de escrutinio mayoritario, sino también á todo otro sistema proporcionalista de los actualmente conocidos. No obstante estas cualidades eminentes, se plantea

(1) La ley se refiere á la opción *entre dos actas*, que diríamos nosotros. Un mismo candidato no puede ser elegido diputado en más de una circunscripción; pero puede ser elegido á la vez diputado y senador, y en este caso y los demás previstos por el artículo 243 procede la opción.

la cuestión de su mejora. Numerosos son, en efecto, los perfeccionamientos de que es susceptible. Ciertos políticos belgas se han impuesto la tarea de estudiar esas mejoras (1). En periódicos, libros y revistas aparecen constantemente apreciaciones críticas. Y, por fin, la Cámara de los Diputados de Francia se ha ocupado en repetidas ocasiones del problema de la R. P., y en los debates á que ha dado lugar, especialmente en los de octubre y noviembre de 1909, hay muchas ideas que conviene recoger para apreciar en sus justos términos el valor del sistema electoral de Bélgica.

Se ha dicho contra el sistema belga que no ofrece exactitud matemática, que favorece al partido que dispone de la mayoría, que es complicado, y que inutiliza considerables residuos de votos. Se han criticado las repercusiones que produce el voto plural y los resultados á que da lugar la poca extensión de algunas circunscripciones. Y no faltan, por fin, quienes, estimando como una presión sobre el elector el obligarle á votar una lista compacta, reclaman la libertad de la lista *panachée* (2), y quienes, sin ir tan lejos, reclaman, no obstante, la supresión del voto *en tête,* con objeto de que todo elector se vea forzado á escoger un nombre.

Examinemos las principales objeciones.

a) Argumento de la exactitud matemática.—En estos últimos años los autores de sistemas nuevos de R. P. se han multiplicado como por encanto. Casi todos, al exponer las ventajas de *sus* sistemas, los comparan con el sistema belga, y decretan, naturalmente, su superioridad. Tomemos como ejemplo dos de esos novísimos sistemas, dos de los más racionales y de mayor seriedad: el expuesto por Richard Siegfried, profesor de Kœnigsberg, en la *Revue Scientifique* (18 de octubre y 4 de noviembre de 1905), y el que defiende P. G. La Chesnais en su obra *La R. P. et les partis politiques* (París, 1904). Uno y otro hablan de las inexactitudes matemáticas del sistema D'Hondt. Tales pretendidas inexactitudes se invocaron en la *Chambre des Députés* de Francia por el apasionado adversario de la R. P. M. Jules-Louis Breton durante los debates de octubre y noviembre de 1909. Monsieur Breton afirmaba, alegando el caso del sistema belga, «que la R. P. no es proporcional». Y contra este aserto presentó M. Charles Benoist, en su discurso del 28 de octubre, una serie de informes concluyentes.

Citó en primer lugar el informe del comandante Renard, que es además inventor de un sistema. «Yo creo—dice Renard—que el sistema D'Hondt es inatacable desde el punto de vista matemático, y completamente equitativo.»

Otro matemático, M. Léon Rouyer, escribe: «El método D'Hondt reduce á su mínimo las desigualdades inevitables; es decir, conduce á un reparto en el que las listas favorecidas se benefician de una ventaja tan débil como es posible.»

---

(1) Citemos, entre otros, MM. Goblet d'Alviella, en sus artículos de la *Revue de Belgique;* H. Dumont, en el periódico *Le Ralliement;* J. Mommaert, en la revista mensual *La R. P.*

(2) Llámase lista *panachée* aquella que forma el elector tomando libremente los nombres de las diversas listas que sean de su mayor agrado. La acción de formar una lista de esa naturaleza se llama *panachage.*

Y á continuación de la lectura de estas opiniones decía M. Benoist, encarándose con M. Breton: «He ahí informes suministrados por matemáticos sobre una cuestión que es verdaderamente interesante: la de saber si la R. P. es ó no proporcional; la de saber si el sistema D'Hondt es ó no matemático. Su señoría ha dicho que no lo era; yo repito que he ahí matemáticos cuya competencia no es discutida, que dicen todo lo contrario.»

«Pero el punto de vista matemático—concluía su argumentación M. Benoist—no es el único, ni siquiera el principal; en efecto, no es un problema matemático lo que tenemos que resolver: es un problema político.» Y el mismo M. Alfred Meyer, el matemático que en la *Revue Générale des Sciences* ha hecho una concienzuda crítica de los diversos procedimientos, no ha vacilado en declararlo:

«Con el escrutinio mayoritario—dice Meyer—las elecciones se convierten en una cuestión de suerte... Los azares, las maniobras de los partidos, las desigualdades de las circunscripciones y la manera en que los electores de los diferentes partidos y opiniones se encuentran repartidos en estas circunscripciones, arbitrariamente determinadas, juegan en las elecciones un papel preponderante. El partido que tiene la mayoría en el país no puede estar nunca seguro de obtener la mayoría de los representantes; cada período de elecciones generales es una verdadera crisis nacional que hace estremecer las instituciones hasta en sus fundamentos... Es el régimen de la inestabilidad organizada.»

Pues este problema político, con ó sin exactitud matemática, lo resuelve satisfactoriamente la R. P.

b) Argumento de la prima que concede á la mayoría.—La aplicación del sistema D'Hondt, ¿ha dado á cada partido el número exacto de puestos á que tenía derecho por su fuerza numérica?

—No—dicen los adversarios del sistema; y enlazando este argumento con el anterior, agregan: —El sistema D'Hondt ha favorecido siempre al partido más fuerte, al partido católico: es, pues, inexacto y tendencioso (1).

Citan en comprobación de esta tesis los resultados de las elecciones verificadas desde 1900. Así, por ejemplo, en 1900, no habiendo obtenido los católicos nada más que 994.215 sufragios, contra 1.019.626 que reunieron las oposiciones, lograron, sin embargo, llevar al Parlamento una mayoría de representantes. Análogo fenómeno se ha producido en 1910: en estas elecciones, 676.939 votos católicos han hecho triunfar á 49 candidatos, mientras que 561.055 votos de liberales y socialistas sólo han sacado 36 diputados. Supongamos—dice un publicista (2)—que en estas elecciones de 1910 hubiera habido en Bélgica una sola circunscripción para el escrutinio de los 85 diputados; según sus cálculos, la verdadera proporcionalidad hubiera sido atribuir 45 puestos á los

---

(1) Vid. P. G. La Chesnais: *Les radicaux et la R. P. (Revue Politique et Parlementaire,* 1906, tomo IV, págs. 50-78, en especial 75).

(2) G. Lachapelle: *La R. P. en Belgique (Revue Politique et Parlementaire,* septiembre de 1910, pág. 474).

católicos y 37 á los liberales y socialistas: tuvieron, pues, los católicos cuatro diputados más, y las oposiciones, uno menos; pero este publicista no nos dice á qué partido corresponden los tres puestos restantes, pues con la aplicación de su sistema (que es el del Colegio único y cociente electoral uniforme) (1), quedan esos tres puestos sin atribuir á nadie.

Resulta, pues, que es forzoso en todo sistema que queden residuos de votos inutilizados, y que es imposible llegar á la perfección rigurosamente aritmética en materia de R. P., porque es también imposible dividir con exactitud el número de votantes por el de puestos. De la única manera que quedarían proporcionalmente representadas todas las fracciones sería dividiendo en dos, en tres, en cuatro partes un diputado: á unas les correspondería un tercio de diputado; á otras, un cuarto ó un quinto. El procedimiento, como se ve, sería un poco inhumano...

Descontemos, pues, esta crítica de la proporcionalidad absoluta, que por ser inaccesible á todos los sistemas, no puede ser argumento contra ninguno de ellos en particular. La cuestión se plantea en estos términos: puesto que es forzoso en todo sistema que queden residuos de votos inutilizados, es decir, no representados, ¿cuál es la mejor actitud frente á esos residuos? ¿Cuál es la solución que nos ofrece el sistema D'Hondt?

Este sistema no atribuye los residuos á tal ó cual partido, según cualquiera de esos criterios arbitrarios que han sido propuestos (2). El sistema D'Hondt, por su mismo mecanismo, como resultado de su funcionamiento, *favorece al partido más fuerte* (3), al más compacto, lo cual entró ya en los cálculos del autor del sistema, con objeto de que esta especie de prima concedida á las agrupaciones políticas más unitarias fuera un freno al fraccionamiento de los partidos (4). Por eso en las pequeñas circunscripciones, liberales y socialistas han tenido que luchar juntos, formando una lista común, un «cartel», para evitar así ser derrotados por el partido católico. Y es que, en realidad, la R. P. no da resultado satisfactorio nada más que cuando se aplica en grandes circunscripciones, como la de Bruselas, por ejemplo, donde, dada la extensión de la misma, la unión de socialistas y liberales no ha sido precisa.

Esta prima, esta ventaja que ofrece el sistema D'Hondt á los partidos más compactos, no es, sin embargo, la única, ni siquiera la principal causa de las anomalías de esas elecciones belgas, en las que los católicos, sin tener la mayoría de votos en el país, tienen una mayoría de representantes en el Parlamento. La explicación de este fenómeno está en la habilidad con que han sido formadas las circunscripciones por el partido que se aprovecha de ellas:

---

(1) Este cociente se determina dividiendo el total de votos por el número de puestos á proveer.

(2) Vid. el capítulo *Sistemas de R. P.*

(3) Vid. el párrafo 5.º del capítulo citado en la nota anterior.

(4) A propósito de esto dice P. G. La Chesnais (loc. cit., pág. 77): «Como consecuencia de la aplicación del sistema D'Hondt, los demócratas cristianos y los independientes han desaparecido de las luchas electorales; la unidad del partido clerical se ha fortificado; el partido liberal casi ha olvidado sus disidencias. Y la necesidad electoral de concentración ha sido tal, que en las últimas elecciones, liberales y socialistas han tenido que presentar lista común por todas partes, excepto en Amberes y Bruselas. Así se tiende—electoralmente, al menos—al sistema de los dos grandes partidos.»

por el partido católico, que es el gobernante. Liberales y socialistas belgas piden, en efecto, una *R. P. integral* (1); pero no reclaman para conseguirlo un nuevo sistema, porque bien saben ellos que no es la culpa del sistema, sino una nueva demarcación de circunscripciones y la extensión del sistema á toda clase de elecciones (municipales y provinciales), lo cual bastaría para extirpar las anomalías á que nos referimos. «Si Bélgica entera estuviera dividida en nueve grandes circunscripciones—dice el publicista liberal M. Errera—, no se producirían esos errores.» Lo mismo opina M. Vandervelde, jefe del partido socialista: «La R. P.—dice—, tal como se practica en Bélgica, pero con circunscripciones de mayor extensión, la considero como el más equitativo y el menos imperfecto de los mecanismos electorales» (2).

c) Argumento de la supresión del voto «en tête».—¿Conviene suprimir el voto *en tête,* es decir, el voto que se formula ennegreciendo el punto blanco del cajetín colocado á la cabeza de la lista?

Esta cuestión, planteada desde hace tiempo por los políticos belgas, fué muy discutida durante los días que subsiguieron al escrutinio de 22 de mayo de 1910.

Provocó la polémica la derrota del candidato católico M. De Coster. Este candidato, colocado en el número 9 de la lista, á pesar de los 6.869 votos de preferencia que obtuvo, quedó sin ser elegido, mientras que M. Wauwermans, candidato número 8, no obstante haber recogido 1.497 votos de preferencia solamente, salió triunfante á virtud de los 10.666 votos de lista que se le atribuyeron (3).

El *Bulletin Mensuel de l'Association Catholique de Bruxelles* (junio de 1910) daba cuenta de este resultado, haciendo notar que, en definitiva, el candidato número 8 había sido proclamado por los votos de preferencia dados al candidato número 9. El razonamiento es un poco complicado, pero es totalmente exacto. Resultaba, en efecto, que el candidato número 8, con sus 1.497 votos de preferencia y los 10.666 votos de lista que se le atribuyeron, reunió 12.163 en total, es decir, 1.297 votos menos que el divisor electoral, que era de 13.720. El candidato número 8 fué el último de los nueve candidatos elegidos. Y fué elegido, no obstante no llegar á la cifra del divisor electoral, porque ese divisor estaba contenido nueve veces en la lista entera; pero estaba contenido las nueve veces gracias á los 6.869 votos personales del candidato número 9; sin esos votos personales, le hubieran correspondido á la lista ocho puestos únicamente; y en ese caso, el candidato número 8 de la lista, último de los nueve elegidos, no hubiera triunfado. Consecuencia: que M. Wauwermans (candidato número 8) resultó elegido con los votos personales de M. De Coster (candidato número 9).

---

(1) Vid. Goblet d'Alviella: *La R. P. integral* (folleto de propaganda repartido durante las elecciones de mayo de 1910).

(2) Tomo estas referencias del citado discurso de M. Charles Benoist.

(3) Para mejor darse cuenta de lo que sigue, conviene tener á la vista las cifras de la lista católica y el cuadro de reparto de votos, contenidos en las páginas 335 y 336.

Recogiendo estos datos y razonamientos, decía *L'Indépendence Belge* en su número del 22 de junio (1910):

«La demostración del *Bulletin de la Association Catholique* nos parece admirablemente hecha para condenar el voto *en tête*. Francamente, con la existencia de este voto la influencia del elector se eclipsa demasiado. No es admisible que la voluntad claramente expresada de millares de electores no baste para servir de contrapeso á la voluntad de los que forman la lista. Con el voto *en tête* la voluntad de unos cuantos miembros de la Asociación prevalece sobre la voluntad de una masa compacta de electores. El caso de los 6.869 votos de M. De Coster debiendo ceder ante los 1.497 de M. Wauwermans es sumamente característico é invita á reflexionar.»

El *Journal de Bruxelles* (periódico clerical) daba á conocer la tendencia dominante en el partido católico, diciendo que la supresión del voto *en tête* multiplicaría la raza de los «políticos charlatanes», de los que hacen política más bien en su propio interés que en el interés del partido, los cuales, si no existiere el voto *en tête,* provocarían luchas odiosas para la conquista de los votos de preferencia.

A esto replicaba *L'Indépendence Belge* (número citado):

«El *Journal de Bruxelles* aboga por los elegidos clericales que se imponen por la influencia de un muy pequeño grupo y que nunca podrían hacerse elegir por los votos de preferencia.» «Se nos dice—agregaba *L'Indépendence*—que el voto *en tête* es necesario para asegurar la elección de los jefes de partido. Pero ¿es que los jefes de partido temen no contar con el apoyo de la masa? ¿Cómo pueden ser *jefes* abrigando ese temor de no verse seguidos por sus tropas? ¿Es que una minoría de militantes en el seno de los partidos son los únicos que tienen el derecho de designar los jefes?» «La supresión del voto *en tête*—termina diciendo el periódico liberal—nos parece una cuestión que es necesario discutir muy seriamente si se quiere hacer nuestro sistema electoral más sincero, y si se quiere que la voluntad de los electores, tomada en su conjunto, tenga la debida influencia en las luchas políticas.»

¿Cuál de las dos tesis es preferible?

A nuestro juicio, no se puede contestar de una manera categórica. Todo depende del punto de vista en que nos coloquemos, el cual, por otra parte, está en relación con el grado de organización, cultura y probidad de los partidos políticos. Si se quiere, como pretende la mayoría de los católicos belgas, que prevalezca en el gobierno de los partidos el criterio de que la masa debe estar sometida en cierto modo á la tutela y dirección de los Comités, entonces bien está el voto *en tête.* Si se quiere, por el contrario, que es á lo que aspiran una minoría de católicos, los socialistas y los liberales en Bélgica, y la mayor parte de los proporcionalistas franceses, que la mayor influencia corresponda á la masa de electores, entonces es incuestionable que procede la supresión del voto *en tête,* pues aunque éste no priva al elector de la libertad de formular un voto de preferencia, con lo cual el voto *en tête* queda de hecho suprimido, no es menos cierto que si se obligara siempre al elector á designar

un nombre, acaso los que aceptasen el orden propuesto por el partido fueran menos, porque actualmente el voto *en tête* no sólo es el voto de los indiferentes, de los indecisos, sino que estimula la indiferencia en la designación de nombres; y á un partido, tanto ó más que contar con espíritus disciplinados, le interesa infundir entre sus adictos el espíritu de propia resolución. Pero repetimos que ésta es una cuestión muy circunstancial: el estado moral de la masa de electores no debe perderse de vista.

De todos modos, lo fundamental del sistema nada sufriría con la supresión del voto *en tête*. En nuestra modesta opinión, una buena fórmula para conciliar ambas tesis sería comenzar el reparto de votos de lista por los candidatos que dispusieran de mayor número de votos de preferencia, y pasar luego á los candidatos que no hubieran obtenido votos personales por el orden mismo de su colocación en la lista.

d) Argumento de la complicación del sistema.—Sucede con el sistema belga de R. P. que visto de lejos, es decir, visto á través de los artículos de la ley ó de las descripciones que del mismo se hagan, parece, en efecto, complicado. Pero una vez que se le ha visto funcionar, se posesionan del espíritu las pocas ideas directrices que lo dominan y se eclipsa por completo el misterio. La complicación del sistema es simplemente un fenómeno de *visión indirecta*. Muchos publicistas franceses, para subrayar la fuerza de este argumento, llegan incluso á decir que ellos mismos no lo comprenden Lo apasionado de la afirmación lo han puesto de relieve los millares de electores belgas, la mayoría de ellos gente de pocas luces, quienes lo practican sabiendo con plena conciencia lo que hacen.

Como de esta supuesta complicación del régimen de R. P., alegada como argumento contra ella, nos ocupamos en términos generales en el capítulo *El pro y el contra de la R. P.*, vamos aquí á referirnos exclusivamente al sistema belga.

Nada, al efecto, de mayor interés y más concluyente que el dictamen de un profesional imparcial, que es además uno de los mejor colocados para conocer el lado fuerte y el lado endeble de la R. P. Nos referimos al dictamen de M. Duguesne, presidente del Tribunal Civil de Bruselas, el cual es, como sabemos, por ministerio de la ley, el que preside el *bureau* principal de la circunscripción de Bruselas. Monsieur Duguesne, que ha dirigido personalmente en diferentes ocasiones las operaciones de recuento general de votos y demás que comprende el sistema belga, fué llamado á París en 1907 por la Comisión de la Cámara de Diputados francesa encargada de estudiar las diversas proposiciones de ley presentadas al Parlamento con objeto de introducir la R. P. en el régimen electoral de la República.

He aquí el interesante interrogatorio á que fué sometido M. Duguesne por la Comisión de la *Chambre:*

Presidente de la Comisión.—Lo que la Comisión desearía saber es si las operaciones de la atribución de puestos se hacen fácilmente, ó si son tan complicadas que se tropieza con serias dificultades.

R.—Ninguna dificultad. En la práctica del sistema yo no he encontrado ninguna.

Presidente.—¿Son necesarios calculadores profesionales, matemáticos experimentados, para averiguar el divisor electoral?

R.—Los calculadores que hacen falta se encuentran sin dificultad alguna.

Un vocal de la Comisión.—¿Cómo ha sido aceptado por la población vuestro modo de votar?

R.—Este modo de votación tiene numerosos partidarios.

El mismo vocal.—¿No hubo quejas al principio por la dificultad de las operaciones?

R.—Sólo el *bureau* principal tiene que hacer operaciones bastante delicadas; pero no ha encontrado dificultades.

El mismo vocal.—Pero el elector mismo, ¿no ha tropezado con dificultades?

R.—Con ninguna: todo le ha parecido fácil y natural.

El mismo vocal.—¿Se formulan con frecuencia protestas contra las operaciones del escrutinio?

R.—No. Son muy raras. A veces se presentan reclamaciones. A la Cámara misma le corresponde juzgar.

El mismo vocal.—¿Ha habido anulación de elecciones?

R.—Hasta el día, ninguna.

El mismo vocal.—Desde el punto de vista del método de la práctica, ¿es adicto el pueblo belga á este modo de votación?

R.—Tan adicto es, que va á pedirse que la R. P., tal como funciona en las elecciones legislativas, se haga extensiva á las elecciones municipales y provinciales.

Otro vocal.—Se nos ha dicho que el recuento general comienza á las dos de la tarde del día siguiente al de las elecciones. ¿A qué hora puede quedar terminado?

R.—En Bruselas los recuentos parciales comienzan á ser transmitidos el domingo, á las seis de la tarde. El último recuento suele llegar á las once y media de la noche. Al día siguiente, al mediodía, llegan por correo los recuentos de los cantones de las afueras. El recuento general comienza el lunes, á las dos de la tarde. A las cinco, suspensión para la comida. Se reanuda el trabajo á las siete, y se termina de nueve y media á diez de la noche. La primera vez que tuve que aplicar la ley era un poco más tarde: eran las once.

El mismo vocal.—¿En qué momento son conocidos los recuentos parciales?

R.—Son conocidos el mismo domingo, al anochecer. Los periódicos publican esos resultados el mismo domingo; pero no son los oficiales. Los datos oficiales no se conocen hasta el lunes por la noche.

Yo creo que son ociosos los comentarios.

17. Ultima cuestión: *¿qué efectos ha producido la R. P. en la vida polí-*

tica de Bélgica?—Una cosa es indiscutible: que los belgas tienen una gran fe en la R. P., que no piensan siquiera en volver al sistema mayoritario, y que semejante propósito tropezaría incluso con los motines populares. En este sentido, el conde Goblet d'Alviella, jefe prestigiosísimo del partido liberal, decía recientemente en la *Revue de Belgique:* «Jamás, á menos de un golpe de fuerza, nuestro país volverá á los absurdos y á las injusticias del régimen de mayorías: primero, porque eso sería la destrucción de un gran partido que tiene derecho á vivir su propia vida entre el partido clerical y el partido socialista; después, porque un país que ha introducido en su sistema electoral un principio de razón y de justicia, no retrocede en el desenvolvimiento progresivo de sus instituciones» (1).

Gracias á la R. P. las polémicas electorales han perdido en Bélgica su vehemencia, y la lucha presenta un carácter menos personal; el fraude y la presión en el voto y en las operaciones del escrutinio se ha hecho sumamente difícil, casi imposible; las costumbres electorales se han saneado; han disminuído considerablemente las abstenciones, inevitables en el régimen de mayorías, porque los electores que pertenecen á un partido en minoría, y saben de antemano que van á ser derrotados, renuncian á la lucha: la R. P., por el contrario, al ofrecerles una representación, les hace votar; la R. P. ha dado estabilidad y equilibrio á la política y evitado las oscilaciones bruscas; la R. P. ha sido además un excelente instrumento de gobierno, porque ha permitido conocer en todo momento las orientaciones de la opinión pública, reflejadas como en un sismógrafo en las estadísticas electorales; la R. P. ha suprimido de hecho las elecciones parciales con la institución de los suplentes, ha robustecido las agrupaciones políticas, y ha llevado á los espíritus de todos los ciudadanos ideas de ponderación y de justicia, emanadas lógicamente de ese principio cardinal del sistema que atribuye á cada grupo de opiniones la representación á que le da derecho la fuerza social reflejada en su fuerza numérica.

Para terminar, oigamos algunos dictámenes de gente imparcial y esclarecida:

Monsieur Van den Heuvel: «Cinco elecciones se han celebrado (2) en Bélgica desde la adopción de la R. P. La opinión pública se ha adherido completamente al sistema. Los resultados deseados se han conseguido en la medida en que era racional esperarlo. Los electores están seguros de que su voto produce el máximum de utilidad. Los partidos pueden, si quieren, triunfar en condiciones de toda independencia y sin pasar por el yugo de las coaliciones *(cartels).*—Se ha dicho que la R. P., al dar á cada partido lo que le corresponde, acababa por no dejar á la mayoría nada más que una ínfima superioridad sobre las minorías, y hacía difícil la misión del Poder ejecutivo. Efectivamente; la diferencia que existe actualmente en la Cámara belga entre la ma-

(1) Citado por G. Lachapelle: loc. cit., pág. 478.
(2) Actualmente, seis. Monsieur Van den Heuvel hablaba en 1909, es decir, antes de las elecciones de 1910.

yoría y los partidos de oposición es insignificante (1); pero esta situación resulta, no de la R. P., sino de los sentimientos dominantes en el cuerpo electoral, de que la diferencia real de los partidos no es más considerable en el país... La R. P. se limita á medir exactamente la fuerza de los partidos..., y ha hecho del Parlamento una imagen de las diversas opiniones que existen en el país» (2).

Monsieur Errera: «Son indiscutibles los felices resultados de la R. P. en nuestra vida parlamentaria. Tres grandes opiniones políticas se reparten el país; las tres están representadas en el Parlamento por hombres de los más altos merecimientos, los más capaces, los más devotos de su causa y, por tanto, los más útiles al Estado... En nuestra actual organización política el individuo está obligado á agruparse, á solidarizarse, á ingresar en partidos políticos... Puede decirse que la R. P. ha contribuído en Bélgica á afirmar la educación cívica» (3).

Monsieur Goblet d'Alviella: «La R. P. ha salvado á los liberales belgas del aplastamiento que les amenazaba entre los otros dos partidos. (El partido liberal hubiera desaparecido, en efecto, casi totalmente de perpetuarse el antiguo sistema mayoritario.) Desde que la R. P. fué introducida en 1900 los liberales no hemos cesado de aumentar en cada elección el número de representantes enviados á las Cámaras; los socialistas han conservado sus posiciones; los católicos han visto disminuir gradualmente su mayoría... Es preciso reconocer además que la R. P. ha llevado al Parlamento los mejores representantes de nuestros tres grandes partidos. Su advenimiento ha constituído en Bélgica una victoria de la opinión sobre las repugnancias del Parlamento. Hay reformas que arraigan en el país... La R. P. es una de ellas... Llegará un día en que se preguntará cómo pueblos sin cesar preocupados del progreso han podido contentarse en el dominio electoral con un procedimiento tan grosero y tan imperfecto como el régimen mayoritario; y se preguntará, sobre todo, cómo esos pueblos pudieron oponer tantas vacilaciones y resistencias á la adopción de un perfeccionamiento tan simple y tan lógico como la R. P.» (4).

He aquí la experiencia belga desmintiendo rotundamente á los que consideran la R. P. como una quimera. La R. P.—de la que ya encomió Stuart Mill su extraordinario valor político—ha corrido la suerte de todas las grandes ideas, de todos los grandes progresos, ignorados, desdeñados, ridiculizados en sus orígenes. No hace aún muchos años no se le concedía aún el honor de la discusión.

Esta es la etapa en que nos encontramos ahora los españoles. «Cosas de

---

(1) Todavía menor es desde las elecciones de 1910. Antes de 1910 la mayoría católica era de ocho votos; desde 1910 es sólo de seis votos. La composición actual de la Cámara es: 86 católicos, 45 liberales y 35 socialistas

(2) Citado por M. Paul Deschanel en el discurso que pronunció en la *Chambre des Députés* (Francia) en la sesión del 22 de octubre de 1909.

(3) Loc. cit., págs. 148 y 150.

(4) Referencias tomadas de los citados discursos de MM. Deschanel y Benoist.

profesores», se dice. Sí, cosas de profesores. Eso han sido todos los progresos políticos y sociales, porque es más fácil rechazar una idea nueva que molestarse en comprender las razones para adoptarla. Eso fué el mismo sufragio universal. Muchos años costó en Bélgica vadear el lago muerto de la rutina; pero por fin se llegó á la otra orilla, y hoy, año de 1911, mientras hay pueblos que consideran la reforma como una quimera, y otros ni siquiera piensan en prestarle un poco de atención, el pueblo belga, adherido firmemente á ella, llegaría incluso hasta la revolución si alguien pretendiera arrebatarle lo que estima no sólo como un *derecho,* sino como una *realidad* de verdad y de justicia políticas.

Mariano Gómez González.

De la Universidad de Zaragoza.

BIBLIOGRAFÍA (1)

Annales parlementaires belges.—(Los debates á que dió lugar la ley de 29 de diciembre de 1899 duraron del 12 de septiembre al 24 de noviembre de 1899 en la Cámara de los Representantes, y del 12 al 22 de diciembre de 1899 en el Senado.)

A. Henry: *Loi électorale communale. Commentaire de la loi du 11 avril 1895 relative à la formation des listes des électeurs communaux.* - Folleto en 18.° de 52 páginas.- Bruxelles, Société Belge de Librairie.

Víctor d'Hondt: *Système pratique et raisonné de représentation proportionnelle.*— Bruxelles, 1882.

Víctor d'Hondt: *Système simplifié de R. P.—La R. P.* (revista mensual que se publica en Bruselas), marzo de 1884.

Víctor d'Hondt: *Table de division pour la R. P. des sièges. Exposé de la méthode.*— Gand, 1900.

A. Delcroix: *Commentaire des lois électorales...*, segunda edición.—Bruxelles, 1900.

Jean Mommaert: *Le mecanisme de la R. P. d'après la loi de 29 décembre 1899.*— Bruxelles, 1900.

Jean Mommaert: *La R. P. dans les élections législatives.*—Bruxelles, Société Belge de Librairie, 1904.

A. Fromes: *Manuel pratique pour les élections législatives,* cuarta edición.—Bruxelles, 1908.

La R. P.—Études de législation et de statistique comparés, publiés sous les auspices de la Société pour l'Étude de la R. P.—París, 1889.

Mauranges: *Le vote plural. Son application dans les élections belges (Thèse).*— París, 1899.

Comte Goblet d'Alviella: *La R. P. en Belgique.*—Bruxelles, 1900.

R. Lambert: *De la représentation des minorités en Belgique (Thèse).*—París, 1900.

Emil Klöti: *Die Proportionwahl in der Schweiz, Geschichte, Darstellung und Kritik.*— Bern, 1901.

P. Cameu: *La R. P. en Belgique.*—París, 1901.

(1) Nos limitamos á hacer una simple indicación de algunos de los principales trabajos. Excluímos tanto las obras acerca de la R. P. en general, la mayoría de las cuales contienen referencias á Bélgica, como los Tratados generales de Derecho público comparado y de Derecho público belga: también suele haber en éstos, particularmente en los últimos, abundantes elementos de estudio.

Smissen: *La R. P. en Belgique et les élections de mai 1900 (Annales des Sciences Politiques,* 1901, págs. 509 y siguientes, 575 y siguientes).

Smissen: *La question du suffrage universel en Belgique (Annales des Sciences Politiques,* 1902, págs. 578 y siguientes).

Paul Dubois: *La R. P. soumise à l'expérience belge.*—París, Larose et Tenin, 1906.

C. Barriety: *La R. P. en Belgique (Thèse).* – París, 1906.

L. Dupriez: *L'évolution des partis politiques en Belgique et les élections de mai 1906 (Annales des Sciences Politiques,* 1906, págs. 569-588).

Georges Lachapelle: *La R. P. en Belgique (Revue Politique et Parlementaire,* 1910, tomo III, págs. 451-479).

La situación actual de la mujer.

Una injusticia hecha á una sola institución es una amenaza contra todas las instituciones sociales. El trastorno del régimen femenino, del cual es centro la familia, causa también el trastorno de la maternidad, y de rechazo se resiente el Estado, porque los matrimonios son origen directo de la forma de su constitución civil. Bajo el influjo de factores morales y económicos, esta grave perturbación avasalla hoy día las tres cuartas partes de nuestra sociedad. El feminismo, religión de un sexo, como el socialismo lo es de una clase, inspira hoy, con el auxilio de la ambición y de la vanidad, todo ese espíritu intelectualista que envenena el ambiente psicológico de la existencia colectiva y que aun al orden político transciende. Los dogmas que los feministas proclaman son muy utópicos y parece que tienen muy pocas garantías de difusión, y, no obstante, se difunden. Notoriamente las tendencias egoístas se tornan por momentos más potentes, vastas y significativas; notoriamente el individualismo ensancha más y más su poder, y pronto el matrimonio no será ya más que un recuerdo de su antigua sublimidad. Cada sexo para sí, cada sexo á su negocio, y detrás de esto que venga el fin del mundo: he aquí toda la moral de una sociedad entregada en cuerpo y alma al demonio de la industria.

En un libro extenso estudié á manera de introducción el problema feminista en conjunto. Los sexos tienen instintos comunes y también instintos especiales que bastan por sí solos para revelar el sexo: así lo dejé allí establecido. Pero actualmente la sociedad parece evolucionar (ó más bien retroceder), independientemente de la Naturaleza, ajena á toda sexualidad, y sin la influencia y aun contra la influencia fisiológica. Sólo en la fusión del humano derecho de Roma con el divino ideal del cristianismo se logró encerrar á la mujer en la misión que de consuno le marcan la vitalidad y la sociabilidad. En la Edad Media y en el conjunto de los tiempos modernos la antigua tradición, aunque política y civilmente ocurrieran transformaciones, continuó en las leyes y en las costumbres; la mujer fué excluída de las funciones públicas lo mismo que del culto y de la milicia, y se le dió por tutor al hombre, considerándola en estado de minoridad perpetua, incapaz de administrar su propiedad é inhábil para gobernar su vida cotidiana. Era una continuación tradicional de las leyes romanas, aunque, como reconoce Sergi (1), no existiese el tan injustificado rigor tradicional. Sin embargo, creo que este autor se equivoca al afirmar que la influencia del cristianismo fué nula para tal fenómeno humano. A mi juicio, por el contrario, lo fué todo. Sólo él, desde un punto de vista sobrenatural y dogmático, pero eficaz, restituyó el matrimonio á su propia naturaleza, con las notas esenciales de unidad, santidad y perpetuidad instituídas desde la unión de la primera pareja, realizada bajo la acción inmediata de Dios en el Paraíso, robustecidas con la cualidad de sacramento,

(1) *La evolución humana individual y social*, I, 123.

adquiridas por la ley de la gracia. De aquí el sublime oficio de la mujer en la civilización cristiana, educando cariñosamente á los hijos, dando felicidad, descanso y energía al marido en sus terribles luchas, siendo el alma de la economía y del ahorro.

Todo esto sucedía en la época de que vamos tratando; pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las mujeres, que hasta hoy tenían sus aspiraciones concentradas en el hogar, ven al hogar en vías de disolución y falto de los atractivos tradicionales. Grande, sin duda, es la distancia que el hogar ha recorrido con la paulatina transformación de los sentimientos domésticos en la escala de su constitución. Sin remontarnos á los tiempos en que el jefe de familia tenía bajo su poder á la mujer, á los hijos y á un cierto número de esclavos, con la patria potestad romana y derecho de vida y muerte sobre todos ellos, recordemos que en la Edad Media, según la *Crónica general de España,* los reyes, condes, nobles y todos los caballeros, á fin de estar prestos á toda hora, tenían sus caballos en la sala donde dormían con sus mujeres. Esto, que á primera vista parece solamente un detalle curioso, denota con suficiente elocuencia, al mostrar en un caso concreto los instintos reguladores y las facultades implantadas en una raza, cuál fué el espíritu dominante de toda una época. El lector habrá comprendido ya el secreto de la contradicción que hay entre lo antiguo y lo nuevo en el matrimonio. Este secreto es que con la evolución de las sociedades en sentido industrial y pacífico ha venido la decadencia del espíritu y de las instituciones militares, que implicaban el predominio del varón en las sociedades guerreras (1). El caso es sencillísimo, propiamente pequeño, producto de casos anteriores, engendro de nuestro antinómico progreso; es la fruslería que destruye un gigante, el «alfiler que mata á Aquiles» de nuestros novelistas épicos. Dos tipos de organización social tenemos á la vista en la historia de nuestra civilización: el *tipo guerrero,* donde la familia depende del Estado, con ó sin el concurso de su jefe, y el *tipo económico,* donde la familia no depende más que de sí misma, y descansa en su propia base como en su único ideal. En la primera de estas organizaciones lo que hoy llamamos *familia* era un resultado de la violencia, pues se componía en principio de dos elementos, los esclavos y las mujeres, y está probado que ni unos ni otras entraban en ella de una manera contractual. Los esclavos eran los prisioneros de guerra á quienes los vencedores conservaban la vida, cuando podían matarlos por el derecho de guerra entonces admitido (2). De entonces data, si no estamos equivocados, la célebre expresión *servi.* La expresión esta, que se ha hecho odiosa en lo sucesivo, la inventaron los romanos para designar un organismo constitutivo del doméstico y significativo de beneficio y de clemencia, pues derivaba de la palabra *servare,* conservar (3). *Famulus* quería decir *esclavo familiar,* y por *familia* se entendía el conjunto

(1) Gómez de Baquero: *Alrededor del feminismo* (en *El Imparcial* de 10 de diciembre de 1904).
(2) San Agustín: *De Civitate Dei,* IV, 46.
(3) Bossuet: *Advertences aux protestants* (en las *Œuvres,* V, 332).

de esclavos pertenecientes á un mismo hombre. Todavía en tiempo de Cayo se transmitía testamentariamente la familia, *id est patrimonium,* esto es, parte de la herencia (1). En esta fórmula brutal é imperiosa se resume toda la legislación antigua; siempre viene á parar á esto; es su mayor razón, la más fuerte, el argumento Aquiles. Ahora bien; la mujer tenía entonces la misma condición social que el esclavo. Inútil es disimularlo: el primer esclavo caracterizado del hombre fué la mujer. En los pueblos en el estado natural, ésta, como el esclavo, es ó parece completamente idiota, cerrada de inteligencia, grosera y bajuna de sentimientos, so pena de que descarguen sobre ella todas las iras del marido orgulloso. Y que no se trata sólo de una comprobación por vía de caracteres externos, sino de una comprobación posible y aun fácil asimismo en el proceso de la evolución histórica, lo indican bien claramente las investigaciones de la moderna sociología. Hacen ver éstas, en efecto, la universalidad primitiva del *hetairismo,* es decir, que el hombre, en el momento de su aparición sobre la tierra hacia el comienzo del período cuaternario, constituía grupos que vivían en la más absoluta promiscuidad. En tal situación la mujer carecía de toda personalidad, hasta de toda designación concreta, como los esclavos familiares de la antigüedad, como aún hoy en Marruecos los esclavos judíos que en ominosa servidumbre viven, y á quienes se les llama *demmi,* que significa pueblo sometido, y no se les conoce nombre alguno. Añadamos, como demostración de que la fuerza bruta era la única ley en los orígenes de la sociedad doméstica, esa forma de matrimonio en que el novio, solo ó con sus amigos, está obligado á arrebatar su futura esposa á los padres, simulando un rapto. Mac-Lennan (2) supone que tal usanza es un vestigio de una costumbre anterior en que tal hecho era real, y no simulado; en que los hombres adquirían mujeres cogiéndolas de otra tribu por la fuerza. ¿Cómo nació este matrimonio por rapto? ¿Será efecto sólo de la *exogamia,* como quiere Mac-Lennan? No; es efecto natural, lógico de todo el ambiente social primitivo (3). Y ¿acaso mejoró mucho la posición de la mujer en la familia en las otras formas, en las formas de *endogamia?* Responda por mí Morgan (4), cuya autoridad nadie pondrá en duda. En la *familia consanguínea* la grosería y la barbarie exceden á toda ponderación. En la *familia punalúa* la infidelidad conyugal es un derecho para los hombres. En la *familia sindiásmica,* tercera etapa de la *poligamia,* esa infidelidad sigue siendo un derecho para el sexo fuerte, al paso que se exige la más estricta fidelidad á las mujeres mientras dura la vida común, castigándose su adulterio cruelmente. Con el matrimonio sindiásmico empieza la compra de las mujeres; mas al influjo del incremento de la riqueza y el género de vida que esto supone se constituye la *familia monogámica.* Y ¿qué diremos de la nueva forma de matrimonio? En este particular nada me-

(1) Engels: *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado,* 102.

(2) *Primitive mariage,* 71, 74.

(3) *Tanto è vero che il ratto, se esistette quasi sempre à lato dell'Esogamia, si mantenne anche quando il divieto esogamico scomparve.* (Amadori-Virgilj: *L'Istituto Famigliari nelle Società Primordiali,* 189.)

(4) *Systems of Consanguinity of the Uman Family,* 12, 72.

jor que volver á la autorizada opinión de Morgan (1), según la cual la *monogamia* se funda en el poder del varón con el fin de tener hijos de una paternidad cierta, y esta paternidad se exige porque esos hijos, en calidad de herederos directos, han de entrar un día en posesión de los bienes de la fortuna paterna. No hay duda que con la atenuación de la ferocidad primitiva y con la gradual elevación del sistema de vida la condición de la mujer fué sucesivamente mejorando. Cuando el hombre, en vez de apoderarse de ella por medios violentos, *more ferarum,* hubo de pedirla y comprarla á los padres, la mujer adquirió, si no otra cosa, el valor del precio satisfecho por el marido. Más adelante la personalidad de la mujer empezó á afirmarse, y ya para la boda solicitóse también su consentimiento; su vida y su integridad personal las amparó la ley; la familia monogámica se diferencia de la sindiásmica por la mayor solidez del vínculo conyugal, cuya disolución no es ya facultativa. Y aunque sea manifiesto que no por eso dejó de quedar sometida siempre en estado de inferioridad respecto al varón, el cual continuó tratándola duramente y siendo el único que podía romper el vínculo conyugal y repudiar á la mujer, también lo es que en la monogamia la familia tuvo por primera vez por base condiciones sociales, y no condiciones naturales En esta forma de familia desaparece el matrimonio por compra y se establece por convenio. El cristianismo espiritualizó cuanto pudo la nueva forma de matrimonio, y dado su ideal, tan alejado de la antigua organización guerrera, hubiera ido muy lejos en el camino de semejante espiritualización. Desgraciadamente, el material sobre que trabajaba era indigno de su ideal. Destruído el Imperio romano, la esclavitud en general se transforma, pero no desaparece, y la esclavitud femenina sufre una suerte semejante. Los Estados son formados militarmente, organizándose con todo el juvenil ardor de la novísima sangre bárbara. Y sobre tales cimientos militares constitúyese inmediatamente la división del trabajo social entre los dos sexos mediante un reparto en que se entregan á la mujer las funciones esencialmente femeniles de la familia y del hogar, y al hombre las funciones esencialmente varoniles de la guerra y del gobierno. Dentro de este régimen era tan necesaria la desigualdad sexual práctica como la práctica supervivencia de la esclavitud; pero á medida que la Humanidad civilizada se fué apartando del tipo guerrero y evolucionando en sentido industrial (2), varió la constitución doméstica, y con ella los derechos civiles del sexo débil, que á su vez han hecho variar los políticos. Y este conflicto es mayor y más pavoroso en nuestra época, en que el régimen militar cada vez va cediendo más el puesto á las instituciones industriales.

---

(1) *Ancien Societies,* 374, 436, 440.

(2) Comte, en su *Cours de Philosophie positive,* admite entre la fase *militar* y la fase *industrial* de las sociedades una tercera fase que llama *legal,* interpretándolas erróneamente por el fetiquismo, politeísmo y monoteísmo, que son, según él, las tres únicas fases que presentan las manifestaciones de la idea religiosa. Comte se esfuerza por demostrar la correspondencia existente entre esos diversos estados, y la halla muy marcada entre el fetiquismo, que mata al prisionero, y el arte militar; entre el politeísmo, que convierte en esclavos á los vencidos, y la legislación que sanciona las diversas condiciones de los hombres; entre el monoteísmo, cuya última manifestación fué la religión de Jesucristo y la emancipación del siervo y del trabajo por él prestado.

Las épocas, como los individuos, llevan en sí desde el nacer el germen de la enfermedad de que han de morir. Desde el punto de vista práctico, debemos convenir con los feministas cuando afirman que el conflicto no puede resolverse. La mayor parte de los críticos del feminismo (y yo mismo en otros trabajos) tienden comúnmente á examinar á éste en su efectos, haciendo ver que las exaltadas *modern-style* paren mal y son pésimas madres. Sin embargo, tienen tal relación los efectos con las causas, que apenas es posible tratar de aquéllos sin rozarse algún tanto con éstas. He aquí por qué entre los criterios que sirven para darse cuenta de la razón de un movimiento social cualquiera, el mejor, incomparablemente, es, no el de discusión, sino el de observación, sobre todo de observación impersonal, reconstructiva, genealógica: se parece á esos maravillosos descubrimientos que después de conocidos nos asombran por su sencillez. Esto no quiere decir que no sea posible ningún acuerdo entre los que, reputando por prácticamente irrealizable todo lo que es racionalmente absurdo, se limitan á refutar la doctrina feminista, y los que, como aconseja Gómez de Baquero (1), pueden y deben reconocer, contra su modo particular de sentir, que hay en la época actual un conjunto de circunstancias favorables al feminismo, circunstancias que más parecen destinadas á acentuarse que no á desaparecer, y que son independientes de la razón de ser científica que asista al feminismo ó que le falte. El mismo Gómez de Baquero (2) declara que no es feminista, sin que esto le impida considerar al feminismo como un fenómeno social lógico, y creer que en las condiciones de nuestro tiempo, en el ambiente moral, en la crisis doméstica y en la transformación económica está su explicación. Efectivamente; en el estado actual de cosas, la evolución de la familia se halla sometida á tres órdenes de factores: políticos, económicos, psicológicos. Nivelación é indiferencia en la esfera política; desamparo, intenso universalismo y exceso de actividad del trabajo en la parte económica; disolución en el matrimonio: tales son desde luego los rasgos más característicos de la vida contemporánea. Bien consistente ha de ser una sociedad para no ceder á tan eficaces elementos de perturbación. Es improbable que los resista mucho tiempo.

Los factores políticos comprenden las leyes y las instituciones. Los teóricos de todos los partidos, los feministas modernos sobre todo, les conceden generalmente grandísima importancia. Todos están persuadidos de que la mala situación de la mujer depende de las leyes, y que basta variarlas para lograr al propio tiempo su emancipación (3). El individualismo y el feminismo se han propuesto por fin, y en parte lo han conseguido, cancelar las más altas superioridades y las desigualdades más invencibles como cosas injustas y re-

---

(1) *Un libro sobre el feminismo* (en *La España Moderna*, febrero de 1905).

(2) *Alrededor del feminismo* (en *El Imparcial* de 10 de diciembre de 1904).

(3) Lebon (*Psichologie du socialisme*, I, 1), y con él la mayoría de los sociólogos, cree, por el contrario, que las leyes ejercen influjo muy escaso; que el destino de las instituciones se rige por el carácter de los pueblos que las crean, es decir, por el alma de la raza. Así se explica que instituciones que se basan en iguales leyes, pero que no viven en medios ancestrales idénticos, ocupen lugares muy distintos en la escala de la civilización.

pugnantes á la razón. Considerada la jerarquía como una superstición, debía ser destruída, como contraria al progreso y á la verdad. Este falso programa ha sido observado, ilustrado y expuesto, cada vez con mayor insistencia, durante la segunda mitad del siglo XIX, y los comienzos del siglo XX demuestran que la generalización del sufragio á todas las clases trae, con arreglo á las brutales exigencias de la lógica social, su extensión al sexo débil. Y este espíritu transciende, y no puede menos de transcender, al Derecho privado. Ya la igualdad de atribuciones civiles del varón y de la soltera y la viuda representa un franco ataque al sentido tradicional de la protección femenina, á la *sexus tutela,* quedando reducida á una inconsecuencia, casi á una laguna legislativa, la *capitis diminutio* que la mujer casada sufre en cuanto tal en nuestras sociedades.

Los factores económicos tienen hoy importancia inmensa. Era muy escasa en la época de las pequeñas industrias domésticas; pero ha terminado por adquirir un influjo preponderante. Una de las características principales de la época actual está en la industria en grande, que torna fácil y barata la vida del soltero. La mujer no hila ya el lienzo para las camisas de su marido, como hacía la Reina Católica: es más barato comprarlas hechas (1). Después de la destrucción de la promiscuidad primitiva, en que el concepto de *padre* era el de simple y grosero *generador,* el papel de la paternidad en nuestra raza, á partir de la civilización indoeuropea, ha sido de *sostener* á la familia (2); mas hoy ya se ha exteriorizado mucho esta misión por las nuevas condiciones económicas, y ¡quién sabe si está próximo el día en que un millón no podrá producir ni una libra de carne ni un pedazo de pan! Se ha dicho con exactitud que, desde el punto de vista económico, una revolución de las modas que impusiera en el tocado de las mujeres un solo color ó una sola tela, como ocurre con los trajes masculinos, causaría sufrimientos más intensos y prolongados que una guerra sanguinaria, un hambre desoladora ó una epidemia mortal. El simple hecho de que el hombre haya encontrado medio de que la luz que nos alumbra por la noche sea luz tomada del sol de una manera artificial, ha cambiado por entero nuestras condiciones de existencia doméstica. Citemos aquí la ingeniosa paradoja de Ganivet (3), que cree que el candil y el velón han sido en España dos firmes sostenes de la vida familiar, que hoy se va relajando, dice, por varias causas, entre las cuales no es la menor el abuso de la luz. «El antiguo hogar no estaba constituído solamente por la familia, sino también por el brasero y el velón, que con su calor escaso y su luz débil obligaban á las personas á aproximarse y á formar un núcleo común. Poned un foco eléctrico y una estufa que iluminen y calienten toda una habitación por igual, y habréis dado el primer paso para la disolución de la familia.»

---

(1) Gómez de Baquero: *Un libro sobre el feminismo* (en *La España Moderna,* febrero de 1905).
(2) Véase mi obra sobre *El feminismo en las sociedades modernas,* II, 123.
(3) *Granada la Bella,* 13.

Pero no son sólo las nuevas condiciones económicas las que hacen que el arca del matrimonio sea cada día más estrecha y en ella no quepan todas las parejas de animales racionales de ambos sexos. También las nuevas condiciones psicológicas explican que haya mil mujeres que se quedan sueltas y horras, porque no se casan todos los hombres que debieran casarse. La estadística nos guía en parte por este laberinto, en cuyo seno misterioso se oculta la verdad, haciéndonos ver que á la disminución de los matrimonios corresponde la progresión de las uniones ilegítimas. Débese esto, por un lado, á la crisis que vienen sufriendo nuestras ideas morales, y por otro, á ese individualismo colectivo que obliga á la mujer que no puede casarse á entrar sola en la lucha por la vida. ¡Qué triste es contemplar á las mujeres en el taller, con lo que, aparte de los peligros que allí encuentran, tienen que abandonar su altísima é irreemplazable misión! (1). Pensadores profundos y concienzudos, conmovidos ante este espectáculo, y á fin de proveer á un número mayor de madres y á una suma mayor de felicidad humana, aconsejan que no tomemos en consideración solamente á los hijos ilegítimos. «Me parece—exclama Moebius (2)—que podíamos ser un poco más generosos. Yo, por lo menos, sentiría respeto hacia una joven que me dijese: *Este es mi hijo, y para él trabajo,* importándome poco de quién lo había tenido. Pero oigo gritar: *¡Alto ahí, desgraciado; tú trastornas las bases del Estado cristiano!* Demos fin á esta patraña del Estado cristiano. Eso es, en cuanto es posible, anticristiano. Si sobre nuestra vida no pesasen la indiferencia y la hipocresía, sería mucho más fácil la protección á la infancia.»

La ley del divorcio, generalizada en las naciones civilizadas, produce igualmente sentimientos favorables al movimiento feminista. No hay que dejarse engañar por las protestas de los defensores de esa ley. Como los antiguos, en su respeto supersticioso á las vírgenes, no las mataban sin haberles quitado aparentemente su virginidad, los que nos han traído el divorcio quieren hacernos creer que no han destruído en la hasta aquí virgen institución del matrimonio sino aquello que ella misma había corrompido con sus abusos. Pero, realmente, el cambio es esencial y ataca á lo más íntimo de la institución. Suprimida la condición *alieni juris,* la mujer, no sólo en lo moral, pero ni tampoco ya en lo jurídico, necesita como defensa contra la potestad marital de esa resistencia pasiva que es la fuerza de los débiles, y que antiguamente empleó como supremo recurso. En semejantes condiciones, el papel de mujer héroe es difícil, y el de mujer perseguida, ridículo. El divorcio ha hecho realidad á corto plazo la humorada aquella de que el matrimonio está llamado á desaparecer, lo mismo que el bazo, la hache, la forma poética, las Diputaciones provinciales y la Facultad de Farmacia. El matrimonio nada es sin la mujer, y la mujer de antigua marca desaparece. Bien puede venir un poeta á darla el último adiós y entonar una elegía. También han desaparecido las

(1) Véase al P. Cathrein: *Die Frauenfrage,* I, 1.
(2) *La inferioridad mental de la mujer,* 152.

antiguas condiciones sociales. Fórmanse ahora mujeres de moral masculina, de ideal más ambicioso, de aspiración desintegradora, de conducta y espíritu diversos. Una estirpe será sustituída por otra. ¿De qué proviene esto en la mayor parte de los países, en aquellos que antes practicaron el feminismo? Proviene en primer lugar del número extraordinario de solteronas y de la degeneración física de las casadas, y también proviene de la obsesión individualista, que en religión (1) y en Jurisprudencia lleva á la creencia de que el matrimonio es una relación convencional ó contractual. Esta creencia—dice Verdes Montenegro (2)—da lugar necesariamente á la subversión de la esfera familiar. Basados en ella, los seudorradicales defienden el divorcio en toda ocasión y circunstancia: basta con que no exista acuerdo entre los cónyuges. Sin embargo, hoy, merced á las investigaciones de que más arriba se hizo mérito, sólo cabe defender el divorcio (como lo hace, entre otros, Cavagnari en *Les Institutione Pupilari)* en el caso en que no haya descendencia ó los hijos estén ya en condiciones de bastarse á sí mismos, esto es, cuando la familia no existe realmente, ó cuando no tiene ya misión alguna que cumplir. Las demás pretensiones en este respecto son enteramente *disolventes* de la comunidad social de la familia, primero, y de la sociedad en general, después. No se diría que la gallina ha cumplido su función reproductora si no incubara sus huevos ó si no enseñara á vivir por sí solos á los polluelos; pues, de igual manera, la crianza y función educativa, si se han de apreciar rectamente, deben considerarse como un momento, cuando menos, en el proceso de la reproducción de la especie. Entonces es evidente que la ruptura del vínculo familiar por el divorcio niega la función específica doméstica si los vástagos no están en condiciones de servirse á sí mismos.

Cuando una institución ha dejado de ser amable, es porque ha cesado de ser amada. Asistimos á los comienzos del ocaso del hogar; esta institución ha entregado ya á la muerte la mayor parte de su ser, y no hay que dejarse engañar por apariencias exteriores. No se operan los cambios sociales sin larga resistencia. La evolución psicológica de la conciencia colectiva es tan lenta, y la fuerza de la tradición tan poderosa, que las instituciones siguen subsistiendo mucho tiempo después que su incompatibilidad con el medio ambiente queda manifiesta. Semejante al cadáver del Cid cuando le montaron en la silla para que á los moros dispersara, remedando en la muerte el miedo que vivo infundía su presencia, el hogar tradicional conserva una vida aparente, elevando sobre sí propio sus tradicionales principios de indisolubilidad del vínculo con-

(1) La elevada proporción de las mujeres feministas en los países protestantes es un hecho muy general para no deber atribuirse á la influencia de la religión. *Il protestantismo*—dice Morselli *(Il suicidio,* 215)—, *negando ogni materialità di culto esterno e concedendo il libero esame dei dogmi e delle credenze, é un culto eminentemente mistico, che sviluppa le potence riflessive della mente ed esagera la lotta interiore della coscienza. Questo esercizio dell'organo pensante, mentre gli é sempre di danno quando sorta debole per natura, lo rende poi piu sensibile e suscettivo di morbose impressioni.* Un autor inglés cree también que el estado de cosas que ha dado margen al feminismo es un producto de la religión protestante, «que no cuida de recordar los deberes y leyes esenciales de la vida, y que deja al individuo árbitro de sí mismo, dueño de adulterar las obligaciones más sagradas». (Stephens: *The Woman in the New England,* en la revista *Atlantic Monthly,* noviembre de 1901.)

(2) *Boceto de Etica científica,* 55.

yugal y potestad marital y paterna. Se parecen estos principios, nota Gómez de Baquero (1), á las paredes maestras de un edificio venerable: por dentro todo es agrietamiento y ruina, y algunas de las grietas preséntanse ya harto visibles al exterior, como el divorcio. Los hogares al modo cristiano son en nuestra época como muertos que todavía no tienen tumba.

Se ha dicho con exactitud que la evolución es como la conciencia de la sociedad. Yo evoluciono: luego existo. Y es imposible resistir por mucho tiempo á la fuerza de la evolución: es luchar contra la corriente. No ha habido, hay ni habrá remedio eficaz contra esa eterna epidemia que se llama espíritu del siglo; no existen más que paliativos obtenidos por una educación individualista, y mejor aún, por transformaciones intencionadas del estado social. Pero todo el poder directo que la educación y la ilustración tienen en el dinamismo moral de las llamadas costumbres y hábitos, como resultado de la organización influída por los medios cósmicos y sociales, es poco ó nada al lado del poder de la opinión pública, «no la de un momento, sino la que es expresión de las clases sociales ilustradas y de las mayorías laboriosas (no importa que impere desde las leyes ó se imponga sin sanción), y que se inspira tanto más en los ideales de la razón cuanto más se aparta de los apetitos orgánico-bestiales, tan antiguos como se puedan demostrar en Zoología comparada» (2). Por hallarse en esta posición en la escala evolutiva, por la espiritualidad exagerada que el feminismo en sí lleva, es por lo que tiene tantos partidarios en este siglo de sueños igualitarios, de visiones fraternales, de ansias libertarias y de proféticos *apokalipsis* de una sociedad mejor. Los primeros feministas han sido los socialistas, los anarquistas, los ácratas, cuantos viven de ilusiones generosas y las propagan, aprovechándose de lo favorable de este medio ambiente, donde toda idealidad tiene su asiento y donde todo misticismo fanático hace su habitación. El feminismo social, popular, el feminismo de la opinión, habla hoy con la voz hueca y retumbante de un oráculo infalible, anunciando la destrucción de los últimos yugos que pesan todavía sobre la mujer, pronosticándole que de ella será el cetro del mundo. La opinión enloquecida escribe la Historia antes que la engendre el tiempo.

¡Inútil toda la labor de la civilización cristiana! No encuentro frases para interpretar mi odio hacia un retroceso tan absurdo. Recuerdo la divina caridad de la enseñanza del Evangelio, por la cual entró la mujer en el corazón de la Humanidad, recobrando al varón y haciéndolo suyo para siempre; recuerdo el trabajo colosal de los primeros cristianos para socializar la espiritualidad del matrimonio, y el trabajo posterior de la Iglesia y de los monarcas para apoyar en bases dignas toda la armazón de las familias cristianas;

---

(1) *Un libro sobre el feminismo* (en *La España Moderna*, febrero de 1905). Gómez de Baquero invita á comparar la epístola de San Pablo, que en los casamientos canónicos se lee, con el libro de Gyp *Alrededor del matrimonio*, para explicarnos claramente la crisis del hogar. «Ciertamente—añade—, la epístola expresa un ideal de perfección, y la sátira de costumbres de la escritora francesa agrava la pintura de la realidad, como es uso en satíricos y moralistas. Pero entre los dos textos hay un estado real, un cambio en la moral privada y doméstica que hace que tomar el matrimonio como Sacramento sea la excepción.»

(2) Valentí Vivó: *Tratado de Antropología médica y jurídica*, I, 137.

recuerdo la lucha de unos y otros contra la disolución de los nobles de la Edad Media para consolidar una monogamia perpetua, soberana, robusta. ¿Cuándo han contemplado las sociedades adelanto tan vasto y elevado ni institución tan moralizadora? El matrimonio cristiano ha acabado por representar el único ideal conyugal de las naciones cultas. No sólo supera á las instituciones semejantes de las razas ínfimas, sino también de pueblos que han alcanzado muy altos grados en la civilización, pero que oprimen brutalmente á esa noble mitad del género humano. El ideal supremo de nuestra sociedad sería volver al matrimonio cristiano, purgándole acaso en parte de su espiritualismo excesivo, ó más bien añadiéndole un sentido más natural, más humano. Nuestro bienhechor antifeminismo reúne en sí, por lo que á esto toca, toda la belleza de las divinidades paganas y toda la sublime esencia de la ley evangélica. Pero sería inútil querer sorprender en la realidad actual un reflejo de nuestras ideas generosas. Y más aún lo sería llevarlas á la práctica, contando con todos los hombres (y son muchos) que comulgan en el concepto tradicional y con la inmensa mayoría de las mujeres, que es todavía antifeminista. ¿De qué sirve á un general disponer de muchas fuerzas, si al entrar en batalla se encuentra sin terreno? Rota la antigua jerarquía doméstica, que enlazaba como los miembros del cuerpo humano los órganos de la paternidad en la familia y en la vida pública, y hacía que el hogar tuviera grandes condiciones de estabilidad, han venido á quedar disueltos los vínculos que existían entre los dos sexos, declarándose una guerra tenaz y mucho menos desigual que antes entre ambos, en cuya lucha cada uno no busca sino la manera de disolver de derecho el matrimonio, disuelto de hecho.

No he de gastar muchas palabras ponderando cuán semejante al espectáculo histórico es el que la mujer nos ofrece en la escala social, independientemente del tiempo y de la evolución. En las clases inferiores, como subsisten las antiguas condiciones de vida de familia, no hay rastros de espíritu feminista; consérvase, en cambio, el antiguo método de barbarie y opresión. La mujer en esas clases es hoy todavía una bestia de carga, ó poco menos: su situación en la existencia diaria es muy inferior á la del hombre. Para ella son todos los trabajos penosos, todas las labores domésticas y de la agricultura, y en las poblaciones fabriles comparte con el hombre, y con grave daño de la descendencia, las fatigas de la vida industrial. ¡Pobre descendencia la suya, condenada á la frialdad de un hogar solitario ó al abandono en extrañas manos!

La clase media no ofrece en sus mujeres un espectáculo mucho más consolador. Su educación es palmariamente superficial; su religiosidad se manifiesta en santurronerías sin substancia, propias de viejas histéricas, más que en actos de elevado cristianismo. Cuando la suerte, el azar, un casamiento rico ó una herencia colocan la fortuna en sus manos, no la emplean sino en los goces más vulgares. Las mujeres de la clase media continúan siendo ignorantes y supersticiosas, de tal modo que no saben criar racionalmente ni formar el espíritu de sus hijos. Y no hablo de las mujeres que aspiran á emanciparse y

competir con el hombre: éstas son pobres ilusas, marisabidillas neuróticas, tormento de sí propias y de los demás (1).

La mujer, en las clases elevadas, no da un espectáculo más edificante. Es el triste producto del *método francés* de separar á la mujer de los deberes maternales; método opuesto, pero no menos nocivo que el *método angloamericano* de trabajo cerebral á jornadas forzadas. Es lo que Moebius (2) llama el tipo de la *dama,* que tuvo su origen en la sociedad francesa del siglo XVIII. Dentro de este tipo, la mujer es un objeto de lujo. Con el ansia de figurar en el *gran mundo,* tiene horror á los deberes de la maternidad, y se rebela, por tanto, á las leyes de la Naturaleza. De ahí la esterilidad y la disminución de los nacimientos en los círculos de *damas.* Cultivar la vanidad y toda suerte de desórdenes y de vicios es en estos círculos la principal ocupación. La verdadera *dama* existe sólo para el placer, ó sea para el placer de los demás y para el suyo propio. El ambiente mefítico y corrompido en que viven, y luego el ocio, no hacen más que acrecentar sus naturales defectos, pervertir el carácter, alterar la salud; motivos por los cuales esas mujeres, con ligeras excepciones, se creen seres superiores, sintiendo perfecta repugnancia por los cuidados domésticos, y por su marido, si es hombre ordinario y útil, un desdén amable y una ironía transcendente. Las *damas* francesas del siglo XVIII infiltraron en la literatura su disipación; llegaron á influir hasta en la ciencia. ¿Por ser inteligentes? Todo menos eso. Eran Armandas, Filamintas, Belisas; pero no mujeres de elevada inteligencia. El mundo se hallaba entonces familiarizado con la idea de que el arte y el saber, como el amor, eran juegos y pasatiempos. Los años anteriores á la Revolución debieron á la influencia de los *salones* la superficialidad del pensamiento tanto como la frivolidad de las costumbres.

El siglo actual excede con mucho á todos los pasados en su tendencia á dejar solo al individuo, al sexo y á la clase en los azares de la lucha por la vida, mientras que por otro lado exagera el ideal de la colectividad, ensanchando de un modo absurdo la realización de los postulados conforme á los cuales se han constituído las nacionalidades modernas en sentido igualitario. El mayor daño, si la sociedad se resuelve á aceptar la tesis feminista, será, no para los hombres, sino para las mujeres: ellas serán las perjudicadas, pues verán prontamente la desaparición de muchas cosas favorables á su comodidad, á su decoro, á los privilegios de que hoy disfrutan. Cuando reine el feminismo, las mujeres recordarán quizás con la triste impresión del bien perdido las épocas en que el hombre las condenaba á lo que ellas llaman hoy abyectos cuidados de la casa y de la maternidad; en que no podían dirigir talleres, ni mandar buques del Estado, ni hacer servicios de guardia; en que no tenían el derecho de hacerse matar ó estropear en la guerra, en los viajes ó en el trabajo.

¿Dominaremos esta tendencia fatal? ¿Seremos, al contrario, dominados por

---

(1) Vaccaro: *La lucha por la existencia y sus efectos en la Humanidad,* 109.
(2) *La inferioridad mental de la mujer,* 90.

ella? ¿Nos será imposible detener á las mujeres en el odioso y ridículo precipicio en que se han colocado? ¿Tendremos que llorar alguna vez por haber sembrado en el hogar doméstico las disensiones que ya teníamos en la plaza pública? ¿Por haber procurado añadir á la guerra de los individuos la guerra de los sexos? ¿Por apadrinar y hacer visibles las rebeliones contra la ley sexual y matrimonial, después de haber cundido por todas partes el ejemplo y la costumbre de la rebelión contra las clases directoras? Difícil es preverlo. Es el tiempo un océano de aguas hondas y corrientes insensibles, que lleva los objetos flotantes á playas desconocidas y los arroja donde menos se piensa. Suceda lo que quiera en lo referente al avance inevitable de los elementos feministas, es siempre posible un retroceso de los espíritus en el juicio optimista sobre la igualdad del sexo, y hasta es probable que la evolución conyugal se detenga en el camino y tome otros rumbos. Y entonces los enemigos del matrimonio dirán que el feminismo no se opone á las necesidades de la vida familiar, ni éstas han sido nunca objeto de controversia: adulterar la verdad es el último recurso de los sostenedores de utopías.

Edmundo González-Blanco.

LAS SENDAS DE MI HUERTO

Guardo entre los recuerdos borrosos de mi infancia
—montón de flores secas que tienen la fragancia
de rosas disecadas en un devocionario—
el de un reloj de pesas que en una clara estancia
balancea su péndulo igual que un incensario.

Era un reloj guardado en caja de madera;
era un antiguo amigo de la familia; era
un viejo entretenido en contar los instantes,
que tenía en la amable claridad de la esfera
dos agujeros como dos ojos penetrantes.

En mi niñez no hay día al que no se halle unido
el recuerdo del lento, monótono sonido
que en todos los instantes de mi vida ha sonado.
No hay una hora de pena que no me haya medido
ni una hora de dicha que no me haya tasado.

En el grave silencio de la estancia se oía
su tic-tac monorrítmico que las horas decía,
y el sonido insistente de su voz implacable
eran los golpes de una piqueta inexorable
que la mole grandiosa del tiempo derruía.

Y pasaron inviernos y pasaron veranos,
envejeció mi padre, crecieron mis hermanos,
y él seguía cantando sus canciones sonoras
y marcaba los pasos del tiempo con sus manos
mientras movía el péndulo que rimaba las horas.

El reloj es el símbolo de toda mi poesía:
mi musa es una pobre musa sin fantasía
que no sabe el secreto de los versos de oro,
que en las estrofas tienen escondido un tesoro
espléndido y joyante de luz y de armonía.

Mi musa es una pobre musa humilde y casera
que ve pasar la vida detrás de la vidriera,
mientras sus manos blancas, manos de bordadora,
sobre las sedas sienten el arte á su manera
y canturrea el ritmo de una copla incolora.

Mis versos son los versos de las almas vulgares
—alegría unas veces y otras veces pesares—,
los versos de esas almas de ingenuas emociones
que viven en el dulce rincón de los hogares
y con los desengaños van tejiendo ilusiones,

y mi musa no sabe de la grama mullida
de un Versalles con faunos en la fronda tupida.
Mi musa tiene un huerto, y en el huerto tiene una
fuente que dice versos de amores á la luna,
un olor de violetas y una acacia florida.

Y van muriendo tardes y alboreando auroras.
¿Que fueron ayer tristes? Hoy serán reidoras.
Pasa el tiempo, se muerde la cola la serpiente;
por las sendas del huerto, yo, monótonamente
como el reloj de pesas, voy rimando las horas.

Mariano Berdejo Casañal.

(Del libro recomendado por la Academia de la Poesía Española.)

—o—

NOSTALGIA

Para Horacio Anasagasti.

Lento día sin sol. Todo se esfuma,
y los contornos se dilatan, como
si las cosas, envueltas en la bruma,
fueran figuras de un ambiguo cromo;
ha llegado el cortejo precedido
por la Nostalgia, en cuya frente brilla
un recuerdo lejano muy querido,
lleno de paz y majestad sencilla;
orlan su cuello campesinas flores;
viene de la comarca peregrina
á contarnos escenas veneradas,
una dicha cabal, viejos amores,
el triunfo secular de la Argentina
y remotas canciones olvidadas.

Julián Enciso.

INFORMACIONES

Extranjera

Desde París

El primer Código del aire

Hace ya varios meses que el Gobierno francés se había propuesto la reglamentación de la navegación aérea. Y mientras las Cámaras elaboran la correspondiente ley, M. Augagneur, ministro de Obras públicas, ha considerado oportuno publicar un decreto cuyo contenido es bien original é interesante.

Por primera vez la navegación aérea ha recibido una ordenación legal; trátase, por consiguiente, del *primer Código del aire.*

Monsieur Augagneur, justificando el decreto que acaba de publicar el *Diario Oficial,* se ha expresado en estos términos:

«Después de un período de experiencias y de éxitos admirables, la aviación ha entrado ya en la práctica corriente. Por esto me ha parecido que era llegado el momento de poner á salvo el interés público contra toda imprevisión de los ciudadanos, sin que ello signifique una traba impertinente para el progreso de la ciencia. Así, me he propuesto prohibir la circulación de todo aparato que no haya sido previamente inspeccionado y registrado, reservándose la autoridad la facultad de imponer en lo futuro el uso de todo perfeccionamiento conforme á la seguridad de los mismos aviadores. Suponiendo que en el día de mañana se invente un nuevo aparato que asegure la estabilidad, un nuevo paracaídas, etc., la autoridad se considera en el deber de imponer inmediatamente su uso. Para toda clase de experiencias, los aviadores gozarán de la más amplia libertad en los campos de aviación. Pero en las evoluciones sobre los poblados y en toda clase de viajes, cada día más frecuentes, la Administración ha estimadó que debía impedir las tentativas imprudentes, protegiendo la vida de los aviadores audaces y la seguridad del público en general. Tal es el sentimiento que ha guiado al Gobierno en la publicación de este decreto.»

A la vista de sus numerosos artículos, tal vez haya motivo para juzgar algunos de ellos, por el momento, un tanto prematuros. Es posible que dentro de unos años su aplicación sea cosa corriente.

El decreto y el reglamento que le acompaña establecen un nuevo tecnicismo. Ni el uno ni el otro hablan de aeroplanos ni de dirigibles. Todos los aparatos resultan comprendidos bajo el nombre genérico de *aeronaves.*

El título primero aparece dedicado á «los permisos de navegación». De la misma manera que el propietario de un automóvil está obligado á inscribir su carruaje en el registro correspondiente, así el propietario de la aeronave debe

verificar la inscripción y recibir el certificado de navegación en que consten el número de orden, con la letra *F* para los aparatos franceses, piezas de á bordo, etc. En todo momento los inspectores de la Administración podrán visitar el aparato y comprobar sus condiciones.

El título II trata de «la conducción de las aeronaves», especificando los requisitos necesarios para obtener el título de piloto.

La circulación de las aeronaves es objeto del título III, por el cual se prohibe la circulación sobre las ciudades y plazas fuertes, así como el uso, salvo autorización especial, de máquinas fotográficas y aparatos de telegrafía sin hilos.

El título IV expone las reglas que se han de observar en el momento de la salida y en el del aterrizaje, así como los preceptos referentes al libro que se ha de llevar á bordo, con el fin de anotar todos los incidentes y detalles del viaje, el nombre de los pasajeros y la indicación del itinerario. Si una aeronave pasa la frontera, tan pronto como aterrice el aviador deberá acreditar su identidad y someterse al examen de los agentes del fisco. Mientras no se organice el Cuerpo de *guardas fiscales aeronautas,* hay que encomendar á la buena fe de los aviadores que se presenten ellos mismos á los agentes del Gobierno.

El título V trata de las aeronaves de carácter público y de las aeronaves militares. Y el título VI y último comprende varias disposiciones de carácter general. Todos estos preceptos forman un conjunto bastante completo y muy claro de las obligaciones á que desde ahora quedan sometidos los aviadores.

Acompaña á este decreto un reglamento donde se contienen multitud de reglas sobre las luces de colores que han de llevar los dirigibles y los aeroplanos, sobre el cruce de los aparatos en el aire, encuentros eventuales, señales de aterrizaje, etc.

Todos estos detalles aparecen previstos resueltamente, con la mayor gravedad, como si la aviación tuviese leyes tan ciertas y seguras como la circulación por las carreteras ó sobre las aguas.

Tanta autoridad en un dominio tan precario todavía y ante tentativas tan frecuentemente contrariadas acredita en verdad á la Administración.

Ministro prevenido, ha debido pensar M. Augagneur, vale por dos. Yo pienso que en esta vieja patria de revolucionarios é individualistas, gobernantes y gobernados profesan, como nosotros, esa dulce superstición del *Estado-Providencia.*

Miguel Allué Salvador.

Profesor auxiliar de la Universidad de Zaragoza.

París, 10 de diciembre de 1911.

Académica

Las modernas orientaciones de la Higiene [1]

¡El hogar español! De él os hablé hace años. No ha desaparecido, no puede desaparecer, no desaparecerá mientras aliente la Patria. En él, por medio de los pequeños sacrificios y los grandes amores, fuimos capaces de los mayores heroísmos. Acaso no tengamos que emprender combates de conquistas, ni dominemos la tierra como antaño; pero podremos difundir la civilización domeñando los elementos hostiles y obteniendo la más hermosa victoria: la de vencer nuestros instintos y pasiones, aprendiendo á *observar, escuchar* y *esperar,* cualidades que constituyen la fuerza de los débiles de inteligencia despierta y energía latente.

Esta actitud ostentaban los numerosos compatriotas que hallamos en el Extranjero dedicados al estudio. Fué gran consuelo ver con qué serena firmeza contemplaban la verdad cara á cara. Y la verdad consistía en que ninguna de las maravillas científicas que admirábamos sería eficaz si la propaganda no revestía caracteres de verdadera cruzada. El problema universal consistía, mejor dicho, consiste en disminuir la mortalidad, atenuar el dolor, mejorar la condición humana; pero ante todo y sobre todo, poner un dique á la despoblación.

En Francia, donde este mal reviste caracteres gravísimos cada vez más, se preocupan de la mujer como engendradora de hombres, pensando desde 1902 en crear la Asistencia Nacional á las Madres.

Seguros los alemanes de la fecundidad de sus mujeres, dedícanse á proporcionar al niño la mayor protección, creando casas-cunas, asilos, hospitales y escuelas dotadas de todo lo mejor, disciplinadas hasta lo inverosímil, como si toda aquella numerosa progenie perteneciese á un futuro ejército. El niño es estudiado con minuciosidad exquisita, se le clasifica antropológicamente, y desde los primeros años de su vida se le aficiona á la vida al aire libre, á los ejercicios gimnásticos y á la música mediante cánticos, muchos de los cuales se aprenden en templos y escuelas.

Los filántropos franceses declaran que en su país la maternidad es una carga insoportable y onerosa para la mujer, añadiendo que la natalidad es función, no de la civilización propiamente dicha, sino del estado económico, de las costumbres y de la legislación. Creen que la pobreza de dinero aumenta la desmoralización, afirmando Reynach «que el mejoramiento de la calidad de los nacimientos y la disminución de los inútiles deben preocupar á legisladores é

---

(1) Fragmento del notabilísimo discurso leído por el sabio doctor D. Manuel de Tolosa Latour en la sesión inaugural de la Sociedad Española de Higiene, celebrada el 15 del corriente, bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Antonio Barroso, ministro de la Gobernación.

higienistas». Para ello se impone la necesidad de que las clases pobres puedan criar á sus hijos, que serán riqueza y fuerza activa y productiva, evitándose los abortos clandestinos, que destruyen la salud de la mujer si son eficaces, y la del niño siempre, aun fracasando aquéllos.

Baüer dice que hay que enseñar á las mujeres obreras el medio de evitar la miseria, las enfermedades y la degeneración. Pero para ello se imponía otorgar, lo mismo á las obreras de la ciudad que á las del campo, los beneficios de una indemnización durante las cuatro semanas consecutivas al parto. Waldeck-Rousseau constituyó la Comisión extraparlamentaria, que hizo trabajos importantes. Combes, su sucesor, no los publicó, alegando falta de fondos, á pesar de que el Dr. Javal, diputado, ofreció el dinero necesario para realizarlo. El ministro de Hacienda, Rouvier, evaluó en diez millones el aumento de gastos que tales indemnizaciones ocasionarían, y se opuso á concederlas. Posteriormente, el senador Dr. Strauss, en 1903, logró que se votase un proyecto sobre protección y asistencia á las madres; pero volvió de la Alta Cámara modificado en 1907, oponiéndose á su vez Caillaux, ministro de Hacienda, al gasto, que ya se había reducido á cuatro ó cinco millones. El artículo que decía: «La suspensión del trabajo de la mujer durante el mes que preceda á término del embarazo, ó por espacio del mes siguiente, no puede ser causa de ruptura del contrato de alquiler de servicio», no fué aceptado hasta 1909, en que se otorgó por la ley la suspensión de trabajo durante las ocho semanas consecutivas al período que precede al parto, concediendo además daños y perjuicios á la obrera en caso de incumplimiento, y asistencia judicial en primera instancia.

El Estado entregaba por aquel entonces 900.000 francos para subvencionar las obras fundadas para combatir la mortalidad del ganado, y sólo 160.000 para las que evitaban la mortalidad por el trabajo humano, que se elevaba en el mundo obrero al 80 por 100.

Engerand, que llevó el peso del debate con fortuna, decía que si esas madres obreras hubieran podido descansar y alimentar á sus hijos, éstos no hubieran perecido. Se le aplaudió; pidió un crédito de 720.000 francos, y sólo llegó á conseguir 240.000 mucho después.

«El presupuesto de la Guerra—decía Rosny—asciende á mil millones, y no hay dinero para la maternidad.» Madame Lesuer exclamaba: «La mujer que engendra y cría, mantiene el hogar y educa á sus hijos, ejerce una profesión sagrada, y la nación debe protegerla si quiere prosperar.» «Honrar la maternidad—afirmó Leconte con criterio rudamente positivista—es una tontería: siempre será una carga onerosa que no produce más que preocupaciones y miseria. Hay que cambiarla, hacerla provechosa y, á ser posible, recompensarla.» Entretanto se han multiplicado los proyectos de todo género, sin contar leyes como la de Lemire (1907), que abolió formalidades inútiles para los matrimonios, provocando 40.000 matrimonios nuevos en tres años. Son dignos de citarse los proyectos de Lannelongue creando impuestos suplementarios á los matrimonios estériles, y el de Richet otorgando primas para los natalicios.

Monod hizo notar que la acción del Estado limita su esfera de acción á los que no pueden valerse físicamente: enfermos, viejos, inválidos é incurables, á los cuales se presta asistencia obligatoria por las leyes (1893 y 1905), refiriéndose las de 1889 y 1904 á los niños material ó moralmente abandonados; pero ¿y los otros, los que tampoco pueden ganar su vida y que representan un capital, quién los ampara?

Para ellos en Francia, en Alemania, en todos los países civilizados donde se han enterado de que la ignorancia y la miseria cuestan millares de existencias, y por tanto muchos millones, además de leyes protectoras, como la de Roussel, que todos conocéis, existe, como sabéis también, la asistencia privada, que auxilia á la mujer mediante Asociaciones como La Mutualidad Materna, encargada de proporcionar subsidios á las madres para que puedan suspender sus trabajos durante las cuatro semanas, se cuiden y presten á sus hijos los auxilios necesarios. Esta Sociedad redujo la mortalidad infantil del 25 al 5 por 100. La Ayuda Materna, por su parte, proporciona casa de convalecencia para las paridas pobres (en dos años socorrió á noventa). La Cantina de las madres nodrizas sirvió 14.000 comidas en 1909.

La ley federal suiza protege á la madre. Hungría reconoce el derecho al niño legítimo ó natural, moral ó materialmente abandonado ó descuidado, nacional ó extranjero, á la protección del Estado. Noruega, por ley de abril de 1909, entre los derechos de los hijos naturales, prevé la asistencia á las madres durante un período de tres meses anteriores y seis semanas posteriores al parto. Si la madre cuida á su hijo y le cría, obtiene asistencia en los nueve meses consecutivos al parto. En Italia, singularmente en Milán y Turín, funcionan las cajas maternas fundamentadas en la mutualidad y beneficencia con auxilio del Estado.

En Alemania se alivia de impuestos á las familias numerosas, préstanse socorros y ayudas jurídicas y maternales á las madres embarazadas, madres no casadas y esposas abandonadas y maltratadas. Existe una Liga para evitar la mortalidad infantil, como las de Francia, Bélgica y otros países, las cuales, organizadas con carácter internacional, convocan Congresos tan interesantes como el último de Berlín, del cual siento no hablaros.

En cambio, creí conveniente hacer resaltar la magnitud del problema de despoblación y el de mortalidad infantil (1), que á todos los pueblos interesa, singularmente al nuestro.

Para contrarrestarlo es indispensable fomentar las instituciones que pudiéramos llamar maternológicas y puericultoras. Las de Alemania son verdaderamente admirables.

Baste citar la Oficina de consultas jurídicas para las mujeres; la Sociedad alemana para la defensa de los derechos de la madre y el niño; la Protectora

---

(1) Los últimos datos estadísticos revelan que en Alemania el número de nacimientos excede al de las defunciones, no bajando ningún año de 759.000; Austria-Hungría llega á 550.000; Inglaterra, de 350.000 á 400.000; Italia, igual cifra; Bélgica, de 60.000 á 80.000. De 1900 á 1910 ha bajado la natalidad el 9 por 100 en Holanda, el 11 en Bélgica, 2 en Italia, 10 en Inglaterra, 5 en Dinamarca, 13 en Noruega, 5 en Suecia; 7 en Austria, 6 en Suiza y 11 en Alemania.

de la maternidad, que da alimento domiciliario á las casadas necesitadas, proveyéndolas de ropas; otras Asociaciones para el *auxilio del hogar,* que proporcionan asistentas inteligentes á las parturientes desvalidas, dan envolturas y se encargan del lavado y desinfección de las ropas de los niños; las *cocinas económicas,* que facilitan las raciones de régimen indicadas por los médicos para cada caso; las *estaciones protectoras* y *dispensarios* especiales, que son numerosísimos; el *Centro protector,* que coloca á ciertos niños en el seno de familias honradas; las *Tutelas generales municipales,* que se encargan de los hijos naturales sin amparo paterno, investigando la paternidad y ejerciendo una curaduría y vigilancia exquisitas en favor de los desvalidos; las *Casas-cunas,* diurnas y nocturnas; los *Hogares* para recoger las jóvenes caídas; las *Maternidades* privadas; el llamado *Hogar de la madre y el niño* para las madres abandonadas, en donde se les enseña á cuidar á su hijo y se les da trabajo y refugio hasta que el niño va á la escuela; los *Hogares infantiles,* de análoga organización que los anteriores; y, por fin, los espléndidos *Hospitales para niños de pecho,* que no me es posible describir.

Sin embargo, permitidme dedicar algunas palabras tan sólo, recordando la Fundación Emperatriz Augusta Victoria, contra la mortalidad infantil del Imperio alemán. Fundóse este instituto para celebrar las bodas de plata de los Emperadores. Situado en las cercanías del parque del castillo real de Charlottemburgo, en terrenos ofrecidos por esta villa, su coste ascendió á tres millones de marcos, reunidos por suscripción voluntaria, y se inauguró el 4 de junio de 1909. Allí radica la Liga alemana protectora del niño de pecho. Comprende el instituto tres grandes pabellones, reunidos entre sí por amplias galerías. En el cuerpo principal están la Administración, gran salón de actos, cocinas y otras dependencias. El pabellón de la derecha encierra las secciones de partos, mujeres embarazadas, paridas y niños prematuros. Esta sección puede recibir quince embarazadas y nueve paridas. Las madres casadas permanecen catorce días; pero las demás, al ser admitidas, se comprometen todas á permanecer seis semanas en el establecimiento y dar de mamar á su hijo. En este tiempo hacen labores domésticas, se les proporciona trabajo si no lo tienen, y se cuida de asilar al pequeño. Cuando la madre está domiciliada en Charlottemburgo, el niño es vigilado hasta los seis años. En este departamento habita la comunidad de hermanas enfermeras, en número de veintitrés, dirigidas por una superiora. No se admite á las hermanas si no han aprendido á ser enfermeras, durante dos años, en una escuela adecuada. La Emperatriz ha creado una escuela oficial, aneja al establecimiento, con dos clases de alumnas: señoras y profesionales.

En el pabellón de la izquierda existe un *dispensario-asilo* para madres y niños lactantes, una sección para niños normales criados artificialmente, otra para los niños enfermos, y laboratorios diversos perfecta y opulentamente acondicionados. En ellos los químicos estudian y comparan la leche de mujer con la de los animales; higienistas, histólogos y bacteriólogos examinan detenidamente todos los productos normales ó patológicos, existiendo además

una sección especial donde estabulan las vacas, á las cuales se baña por medio de ducha á diario. Allí veterinarios y agricultores ensayan los mejores medios de alimentación para los animales productores de leche. Un gran parque permite desparramar la vista hacia hermosas lejanías. La impresión que todos experimentamos fué de asombro. Aquello era verdaderamente regio. Un colega extranjero, murmurador, de esos que padecen si no dan nota crítica, me dijo entre dientes y aparte: «¿No cree usted que es demasiado palacio?» «No, señor — le repliqué —. El pobre, para respetar y comprender la grandeza, debiera verla al abrir los ojos al nacer, y palparla, á fin de estimarla en todo su valor. Si todos esperan de él obtener ventajas por su trabajo ó su cooperación, ¿no es lógico que se le proteja con esplendidez?»

¡Cuán lejos aparecían los ominosos tiempos en que el reciénnacido era abandonado en las calles! ¡Con cuánta amargura pensábamos en que en muchos países que se llaman civilizados aún existen corazones empedernidos que tal hacen!

Al cruzar en rápidos automóviles por las grandes vías que unen á Berlín con Charlottemburgo, después de haber visitado las escuelas al aire libre y otras fundaciones interesantísimas que el temor de abusar de vuestra benévola atención me impide reseñar, veíamos al paso á los adolescentes, con su mochila de libros, algunos con pequeños mausers al hombro. Regresaban de las escuelas, saludándonos alegremente agitando sus gorrillas, y yo pensaba: «Cuando transcurran siglos y se recuerde que en nuestra época viven muchos jóvenes víctimas del abandono, expuestos á la degeneración y al crimen, tan distintos de éstos, sentirán las gentes el mismo horror que ahora experimentamos cuando nos refieren las crónicas que los reciénnacidos eran devorados en las inmundas callejas durante la Edad Media por perros y cerdos.»

La campaña higiénica es simultánea en todas partes. La ley Roussel de 1874, donde es aplicada en Francia, disminuye la mortalidad de los incluseros al 7 y al 5 por 100, en tanto que en el seno de las familias llega al 12 y 15 por 100 en los niños cuidados por sus padres. En el Congreso se había tratado de su reforma en el sentido de que la inspección se generalizase á todos los niños, pobres ó ricos; allí se dió á conocer la española de 1904, y he de deciros que pareció progresiva y completa á los competentes. Y es porque en ella, como recordaréis, se aúna la acción del Estado y las iniciativas particulares á favor de todos los niños desde el nacimiento hasta la adolescencia. En el Consejo y en las Juntas provinciales y locales se hallan unidas en una aspiración común: la autoridad, que vela, rige y castiga, y la caridad privada, que ampara, socorre y ama. No será, ciertamente, culpa del legislador ni de los encargados de aplicar la ley si tarda ésta en adquirir la eficaz sanción que todos deseamos. Por mi parte, estoy convencido de que será beneficiosa: la misma lentitud de su evolución me lo prueba. Debo decir además que en los señores ministros de la Gobernación, dignos presidentes natos del Consejo Superior, halló siempre éste una cooperación leal y afectuosa. No he de citar á todos, pues parecería asomo de lisonja, y detesto la adulación; pero sí diré que

el señor ministro actual, D. Antonio Barroso, es uno de los que han hecho más labor protectora de la infancia española.

Ojalá pueda plantear el proyectado Instituto Nacional de Maternología y Puericultura, que ha de tener parecida organización al de Alemania que hemos descrito. Además, su reciente decreto trata de federar, por decirlo así, sin menoscabo de su independencia, las instituciones benéficas particulares de toda España. A él se debe el útil Patronato Nacional para sordomudos, ciegos y anormales. Reciba el señor ministro la expresión de nuestro profundo reconocimiento. También he de deciros que existe alguna pasiva indiferencia en muchas regiones españolas, que es de esperar se transforme pronto en celoso interés. Públicos son los trabajos que se realizan en muchas provincias, y la de Madrid es una de las primeras, como puede verse en la revista oficial *Pro Infantia,* órgano del Consejo Superior de Protección; pero repito que la buena nueva ha de difundirse y propagarse mediante el concurso de todos nosotros. Suelen creer no pocas personas, acaso sugestionadas por declamaciones pedantescas, que la Higiene y la Sociología son patrimonio exclusivo de especialistas ó competentes henchidos de erudición, datos, informes y otras minucias propias para entretener á los eruditos. La Higiene es cuestión de decoro y de sentido común; la Sociología, de buen sentido y de altruísmo. Ambas no realizarán nada útil si no enfocan toda su actividad en mejorar la condición actual del débil, indefenso ó desvalido.

Manuel de Tolosa Latour.

Financiera

La Lotería y otros juegos

¿Qué impulso misterioso nos incita al juego? Dejemos la investigación á los psicólogos, que entienden de estas cosas, y consignemos que el ser humano tiene una natural predisposición al juego, del que unas veces espera redención, y otras, satisfacción á su codicia.

Esta cualidad no es exclusiva de los españoles: está vinculada de igual modo en los extranjeros, que nos vituperan por el mantenimiento de la Lotería nacional. Ellos no la sostienen, más por el bien decir *de los demás* que por deseo; y la prueba está en que si el íntimo convencimiento repudiara la combinación favorable que puede determinarse por el aleas, no tendrían la especulación bursátil, las apuestas en las carreras de caballos, los grandes Casinos en donde impera la ruleta, la amortización con premio de bonos sin interés, y otras manifestaciones semejantes basadas en el azar, exclusivamente en el azar; más claro, no cultivarían el juego.

El juego en Bolsa

La vida de las Bolsas llamadas de Comercio se nutre de dos clases de operaciones: al contado y á plazo. Al contado son las que se efectúan para ser liquidadas dentro de breves horas, y tienen por fundamento el cruce del dinero con el papel, ó sea con valores—acciones, obligaciones y bonos representativos de capital—; y á plazo son las que se contratan para ser liquidadas á un término dado, que puede ser quincenal, mensual ó anual.

Las primeras presuponen la posesión cierta de dinero ó valores; pero las segundas pueden no suponerlo, puesto que su naturaleza permite aplazar indefinidamente el contrato mediante el pago de las diferencias resultantes en los cambios. Así ocurre que el poseedor de 1.000 ó 2.000 pesetas puede aventurarse á comprar ó vender 100.000 nominales de fondos de Estado ó títulos industriales que se coticen á término ó plazo, si el cambio se mueve con cierta parsimonia que haga creer en una diferencia probable, dentro de los límites comprendidos para las 1.000 ó 2.000 pesetas.

Estas operaciones acusan gran variabilidad: son á fecha, en alza y en baja, en alza quíntuple, con prima, etc., etc.

¿Qué es lo que hace la Bolsa de París? Jugar á todas esas combinaciones con el Exterior, con las acciones de nuestras Compañías del Norte y de Madrid á Zaragoza y á Alicante, con las de Ríotinto, que son valores españoles, y con las minas de oro, con los fondos de Estado y con otros muchos títulos industriales.

Hay que conocer ese Parquet y esa Coulisse para darse cuenta de las cantidades que entrelazan al año los Bancos, los banqueros, los comitentes, los capitalistas y los especuladores. Son fabulosas.

¿Y Londres? ¡Ah! Londres no tiene Lotería: padecería intensamente la moral inglesa; pero allí hay un Stock Exchange y un Lombard-Street que desarrollan operaciones incalculables, especulando hasta en metales.

De Nueva York no hablemos: la vida es allí una especie de juego, que llega hasta el algodón y el trigo, y que, partiendo de Wall-Street, centro de especulación bursátil, alcanza al último Estado.

Los bonos con premio

¿Para qué creó la Compañía Interoceánica del Panamá unos bonos sin interés que se amortizan por medio de sorteos bimensuales, con premios de 500.000, 100.000 y 50.000 francos?

Para excitar la natural ambición y que los bonos fuesen suscritos. ¿Para qué hizo lo mismo el Ayuntamiento de París y otros muchos, incluyendo el de Madrid, cuyo empréstito de 1868 se amortiza á la par y con premios

de 950.000 reales, ó 237.500 pesetas, y otros menores? Para acuciar la voluptuosidad de los capitalistas que sueñan con la fortuna imprevista.

Hay bastantes títulos en circulación, unos con interés y otros sin él, que gozan premios en el Extranjero: son en realidad una Lotería cuyo billete tiene un nominal de 500 francos generalmente y cuyos sorteos se celebran periódicamente.

¡Ah! Conviene saber que la mayoría de las obligaciones del empréstito de 1868 del Ayuntamiento de Madrid está en manos de extranjeros, que han cobrado «gordos» importantes.

La Lotería

El hermano mayor de la Economía política, J. B. Say—hemos convenido desde hace tiempo en que Adán Smith sea el padre—, decía sentenciosamente:

«El legislador que cada año sanciona con su afirmación legislativa el ingreso por Lotería para el Presupuesto, vota también un número infinito de robos y suicidios.»

Acabada de pronunciar esta sentencia por *el amigo* Juan Bautista Say, dicen las crónicas maliciosas que salió á la calle y tomó un décimo de Lotería, declarando para su capote: «Por última vez.»

Y añaden esas crónicas que cada año repetía la frase.

(La Lotería existió en Francia hasta 1836, y nuestro economista murió en 1832.)

Aparte esta broma histórica que algún mal amigo gastó á la indiscutible autoridad de J. B. Say, conviene saber que el Tesoro francés perdió de 14 á 15 millones anuales al decretar el cese de la Lotería, que hoy conservan algunos países, como Austria, Alemania (para ciertas poblaciones) y algunos más.

Hablemos ya de la nuestra, objeto de este artículo.

Al año se celebran 35 sorteos, cada diez días, de 100, 50 y 30 pesetas por billete generalmente.

En enero el primer sorteo es de 150 pesetas, y en abril, de 250; el del 22 de diciembre es de 1.000 pesetas.

Lo que se gasta en Lotería

El Tesoro emite cada año alrededor de 1.700.000 billetes, y vende cerca de 1.650.000.

El cuadro siguiente expresa con exactitud estas cifras, que representan los billetes emitidos, vendidos y sobrantes en el último quinquenio:

BILLETES

AÑOS	EN MILLARES		
	Emitidos.	Vendidos.	Sobrantes.
1906	1.632	1.575	56
1907	1.642	1.592	49
1908	1.738	1.676	61
1909	1.789	1.657	131
1910	1.737	1.638	98

(No coinciden los sobrantes y vendidos con los emitidos, porque los expresamos en millares para hacer más fácil la lectura.)

El importe en pesetas de estos billetes ha sido el siguiente en igual período:

IMPORTE DE LOS BILLETES

AÑOS	EN MILLONES DE PESETAS		
	Emitidos.	Vendidos.	Sobrantes.
1906	118	115	3
1907	122	118	4
1908	127	123	4
1909	128	121	7
1910	125	120	5

Es decir, que en España se venden como promedio 119 millones y medio al año. Esta es la cantidad que juegan los españoles y los extranjeros que adquieren billetes en las Administraciones de Lotería.

En el último quinquenio hemos invertido 597 millones, cantidad equivalente á la mitad del presupuesto nacional de ingresos.

La cifra de cada año equivale asimismo al importe de la contribución de inmuebles, cultivo y ganadería, ó á la urbana é industrial unidas, ó á la de utilidades.

El ahorro y la Lotería

Para que se vea la importancia que tiene lo invertido en el juego nacional, baste saber que es aproximadamente igual al ahorro anual de España. En fin de 1910 el saldo de las 85 principales Cajas de Ahorro nacionales era de

260 millones de pesetas, á los que, sumados el saldo de los Bancos, incluyendo los de Bilbao, ó sea 158, resulta que lo ahorrado hasta ahora en España por los 620.429 imponentes que acusa la estadística llega á 418 millones. Pero éste es el producto del ahorro de muchos años, y, además, se refiere solamente al que se reconcentra en esta clase de establecimientos.

La Caja de Ahorros del Monte de Piedad de Madrid acusa uno anual de 10 millones, habiendo descendido desde 20 en que se cifraba hace veintitantos años.

Las ganancias

El Tesoro ofrece unos 87 millones á los jugadores, que recuperan gran parte de ellos en los premios obtenidos, según vamos á ver en el siguiente estado:

GANANCIAS

AÑOS	EN MILLONES DE PESETAS		
	Ofrecidas á los jugadores.	Obtenidas en los billetes vendidos.	Ganancia líquida para el Tesoro.
1906	83	80	34
1907	85	81	37
1908	88	85	38
1909	89	84	37
1910	86	82	37

Claro es que España gastó en 1910, por ejemplo, 120 millones en décimos de Lotería; pero volvieron en forma de premio á la circulación 82, quedando para el Tesoro una ganancia de 37.411.011 pesetas exactamente.

El Estado cobra, es decir, se aplica los premios con que son favorecidos los billetes que no se venden, y así resulta que muchas veces el importe de estos premios es mayor que el que representan los billetes no expendidos.

La de Navidad

La Lotería de Navidad constaba de 35.000 billetes en el año de 1901, de 40.000 en los tres años siguientes, de 42.000 en 1905, de 44.000 en 1906 y 1907, y de 46.000 á partir de esa fecha.

El sobrante de billetes es reducidísimo en este sorteo. En 1901, 1904, 1905, 1907 y 1911 no quedó ninguno sin vender; los demás años del decenio se devolvieron de 200 á 300 billetes, representando la devolución de 0,19 á 0,85 por 100, no llegando nunca al 1 por 100.

Las mayores ganancias

El sorteo del 22 de diciembre es el que ofrece mayores ganancias: durante el último quinquenio han ascendido de 30 á 31 millones. Le sucede el del 31 de diciembre, con ganancia de tres millones y medio; el del 11 de enero, de tres millones, y el del 11 de abril, de dos millones y medio, que son á la vez en donde el Tesoro tiene también mayores beneficios.

Los que representan menos son los de junio y julio.

¿Qué provincias juegan más?

Madrid y Barcelona son desde luego las provincias que invierten mayores sumas; vienen después en importancia las del litoral cantábrico y mediterráneo, á consecuencia de los innumerables décimos que compran los extranjeros que tocan en los puertos: San Sebastián vende mucho para Francia, y Cádiz para Tánger.

Pérdida de décimos

Sabido es que el derecho al cobro de los premios caduca al año, y aunque parece lógico que no habría de dejarse impagado ninguno, resulta que la caducidad mensual oscila entre 50.000 y 70.000 pesetas.

Esta cantidad es la resultante de los décimos que se extravían ó que dejan de cobrarse por ignorancia del premio.

Carlos Caamaño.

(Del *Diario Universal.*)

Bibliográfica

Literatura gallega, por Eugenio Carré Aldao.

La publicación de esta importantísima obra responde á una verdadera y sentida necesidad. Hoy los estudios literarios no son, cual en otros tiempos, una larga y monótona relación de nombres de escritores y de títulos de obras. En España, como sucediera ya en otras naciones, iniciada por el insigne Milá y Fontanals la escuela histórico-crítica, el modo de ser y entender la historia literaria fué amoldándose á las necesidades y á lo que demandan los tiempos modernos.

Al natural deseo de conocer en todos sus detalles el desenvolvimiento del caudal riquísimo de nuestra literatura nacional, siguió el no menos vehemente anhelo de poder conocer y apreciar desde sus orígenes el desenvolvimiento y progreso de las no menos riquísimas literaturas regionales, especialmente la catalana y la gallega, de que se envanece la España actual.

En la obra del Sr. Carré Aldao, ventajosamente conocido en el campo de las letras por sus numerosos trabajos acerca de historia y literatura gallegas, hallarán todos aquellos

á quienes importe conocer detalladamente los orígenes, desenvolvimiento y progresos de la literatura gallega, un verdadero y abundantísimo material de datos, noticias, indicaciones bibliográficas y todo cuanto puede contribuir al mejor estudio de esta robusta y sana literatura regional, que renace ahora con aquel mismo vigoroso aliento y con aquella misma gallarda lozanía que tanto la caracterizan y que en pasadas centurias hicieron sentir su avasalladora y beneficiosa influencia en España por el predominio que tuvo en la literatura nacional desde el siglo XIII al XV.

Libros recibidos

POESÍA

Musa castellana.—Manuel de Sandoval.—Madrid, 1911.
Poemas del pinar.—Carlos Fernández Shaw.—Madrid, 1911.
Los senderos ocultos.—Enrique González Martínez.—Méjico, 1911.
Lira gallega.—José Rey González.—Pontevedra, 1911.
Quimeras y realidades.—M. Escandón.—Madrid, 1911.
Flores de tristeza.—Mario Sancho Ruiz Zorrilla.—Madrid, 1911.

NOVELA

El Cristo de la Roca.—Dolores de Cortázar Serantes.—Madrid, 1911.

VARIOS

De mi vida.—Impresiones.—Paz de Borbón.—Salamanca, 1911.
Literatura gallega.—Eugenio Carré Aldao.—Barcelona, 1911.

ÍNDICE DEL TOMO DUODÉCIMO

1911

ÍNDICE DE MATERIAS

Sección doctrinal.

Números.		Páginas.
I	*El «divino» Herrera y la condesa de Gelves.*—Francisco Rodríguez Marín	5
	Psicología normal y patológica del emigrante.—Dr. Enrique Fernández Sanz	30
II	*España en la Argentina.*—Félix Ortiz de San Pelayo	65
II y III	*Julián del Casal.*—Ramón Meza y Suárez Inclán	79 y 129
III	*Estudiemos.*—Anselmo Fuentes	144
	La reforma de la enseñanza.—Alejandro Canetti	152
III, IV, V y VI	*La poesía española y la Revolución francesa.*—Miguel S. Oliver	170, 193, 257 y 321
IV	*El hierro.*—Félix Navarro	197
IV, V y VI	*La R. P. en Bélgica.*—Mariano Gómez González	206, 265 y 332
V	*Horizontes de España.—Nuevo camino de América.*—Mariano Miguel de Val	282
VI	*La situación actual de la mujer.*—Edmundo González-Blanco.	349

Poesías.

I	*Á España, con motivo de sus recientes preparativos militares para intervenir en Marruecos.*—Cándido Ruiz Martínez	47
II	*Anochecer.*—Julián Enciso	92
	Antífona del cisne; La hora del cisne; ¿Esfinge?—Condesa del Castellá	116
	Los duraznos.—Julián Enciso	117
III	*Allá, muy lejos.*—Julio J. Casal	180
	Andantino cantábile.—Manuel Abril	182
IV	*La musa aldeana.*—Mariano Miguel de Val	237
	Viejos labradores.—Mariano Miguel de Val	238
	Las luces de Córdoba.—Benigno Iñiguez	240
V	*Un español; La lengua internacional; Las armas naturales; Postales.*—Enrique de la Vega	311
VI	*Las sendas de mi huerto.*—Mariano Berdejo Casañal	361
	Nostalgia.—Julián Enciso	362

Novelas, cuentos, teatro.

II y III	*Remanso de dolor.*—José García Mercadal	93 y 163
II	*Carnaval de aldea.*—Andrés González-Blanco	108
	La Reina Silencio.—Ramón Goy de Silva	112
IV y V	*El cura del cementerio.*—Gonzalo Firpo Cuyás	216 y 297

Informaciones.

Números.		Páginas.
	Actualidades.	
I	*XXII Congreso Eucarístico Internacional.*—Marcelino Menéndez y Pelayo	52
	Extranjera.	
I	*Alemania interviene en Marruecos.*—Tomás Maestre	58
III	*Argentinos y españoles.*—Mariano Miguel de Val	184
IV	*Chile.—Sociedad de Fomento Fabril*	245
	Uruguay.—Reglamentación del trabajo	247
VI	*El primer Código del aire.*—Miguel Allué Salvador	363
	Política.	
IV	*La suspensión de las garantías constitucionales*	243
V	*La negociación con Francia en el asunto de Marruecos*	314
	Académica.	
III	*Academia de la Poesía Colombiana*	189
V	*Academia de la Poesía Española*	316
VI	*Las modernas orientaciones de la Higiene.*—Manuel de Tolosa Latour	365
	Pedagógica.	
III	*Residencia de estudiantes*	186
	Financiera.	
I	*El último balance de La Equitativa*	62
IV	*El valor del oro*	248
VI	*La Lotería y otros juegos.*—Carlos Caamaño	370
	Literaria.	
IV	*Juan Ramón Jiménez.*—Andrés González-Blanco	250
	Sanitaria.	
II	*Precauciones contra el cólera.*—César Juarros	120
	Necrológica.	
I	*Teodoro Llorente.*—Cristóbal de Castro	61

Números.		Páginas.
	Bibliográfica.	
II	*Nueva edición del «Quijote»; Carlos II y su Corte,* de Gabriel Maura.—Azorín	123
	La Reina Silencio, de Ramón Goy de Silva.—G. de las Morenas de Tejada	126
	Rosario de sonetos líricos, de Miguel de Unamuno.—Francisco Javier Garriga	126
III	*Las temporeras,* de Claude Farrere; versión castellana de M. García Rueda	191
IV	*La ciencia hierática de los mayas,* de Mario Roso de Luna.—Francisco Vera	253
	Los archivos de Guibray, de Maurice Montégut	254
	Contra Bonaparte, de Georges Ohnet	254
	Nueva Biblioteca de Autores Españoles	255
VI	*Literatura gallega,* de Eugenio Carré Aldao	375
II, III, IV V y VI	*Libros recibidos* 128, 185, 256, 320 y	376

ÍNDICE DE AUTORES

III	Abril (Manuel).—*Andantino cantábile.* (Poesía.)	182
VI	Allué Salvador (Miguel).—*El primer Código del aire.* (Información.)	363
II	«Azorín».—*Nueva edición del «Quijote».* (Bibliografía.)	123
	Carlos II y su Corte, de Gabriel Maura. (Idem.)	142
VI	Berdejo Casañal (Mariano).—*Las sendas de mi huerto.* (Poesía.)	361
VI	Caamaño (Carlos).—*La Lotería y otros juegos*	370
III	Canetti (Alejandro).—*La reforma de la enseñanza*	152
	Casal (Julio J.).—*Allá, muy lejos.* (Poesía.)	180
II	Castellá (Condesa del).—*Antífona del cisne; La hora del cisne; ¿Esfinge?* (Poesías.)	116
	Enciso (Julián).—*Anochecer* (Poesía.)	92
	Los duraznos. (Idem.)	117
VI	*Nostalgia.* (Idem.)	362
I	Fernández Sanz (Enrique).—*Psicología normal y patológica del emigrante*	30
IV y V	Firpo Cuyás (Gonzalo).—*El cura del cementerio.* (Novela.) 216 y	297
III	Fuentes (Anselmo).—*Estudiemos*	144
II y III	García Mercadal (José).—*Remanso de dolor.* (Novela.). 93 y	163
II	Garriga (Francisco Javier).—*Rosario de sonetos líricos,* de Miguel de Unamuno. (Bibliografía.)	126
IV V y VI	Gómez González (Mariano).—*La R. P. en Bélgica.* 206, 265 y	332

Números.		Páginas.
II	González-Blanco (Andrés).—*Carnaval de aldea.* (Cuento.)....	108
IV	*Juan Ramón Jiménez.* (Información.).	250
VI	González-Blanco (Edmundo).—*La situación actual de la mujer.*	349
II	Goy de Silva (Ramón).—*La Reina Silencio*.....	112
IV	Iñiguez (Benigno).—*Las luces de Córdoba.* (Poesía.).....	240
II	Juarros (César).—*Precauciones contra el cólera.* (Información.)	120
I	Maestre (Tomás).—*Alemania interviene en Marruecos.* (Idem.)	58
II	Martínez Ruiz (José). Véase «Azorín.».....	123
I	Menéndez y Pelayo (Marcelino).—*XXII Congreso Eucarístico Internacional.* (Información.).....	52
II y III	Meza y Suárez Inclán (Ramón).—*Julián del Casal*..... 79 y	129
II	Morenas de Tejada (G. de las).—*La Reina Silencio,* de Ramón Goy de Silva. (Bibliografía.).....	126
IV	Navarro (Félix).—*El hierro*.....	197
III, IV, V y VI	Oliver (Miguel S.).—*La poesía española y la Revolución francesa*..... 170, 193, 257 y	321
II	Ortiz de San Pelayo (Félix).—*España en la Argentina*.....	65
I	Rodríguez Marín (Francisco)—*El «divino» Herrera y la condesa de Gelves*.....	5
	Ruiz Martínez (Cándido).—*A España, con motivo de sus recientes preparativos militares para intervenir en Marruecos.* (Poesía.).....	47
VI	Tolosa Latour (Manuel de).—*Las modernas orientaciones de la Higiene.* (Información.).....	365
III	Val (Mariano Miguel de).—*Argentinos y españoles.* (Idem.)...	184
IV	*La musa aldeana.* (Poesía.).....	237
	Viejos labradores. (Idem.).....	238
V	*Horizontes de España.—Nuevo camino de América*.....	282
	Vega (Enrique de la).—*Un español; La lengua internacional; Las armas naturales; Postales.* (Poesías.).....	311
IV	Vera (Francisco).—*La ciencia hierática de los mayas,* de Mario Roso de Luna. (Bibliografía.).....	253

ÍNDICE DE GRABADOS

Retratos.

I	Fernando de Herrera, el Divino.....	25
III	D. Juan José Villatte.....	185

Autógrafos.

I	Facsímile de una escritura relativa á la entrega del testamento de la condesa de Gelves.....	19
	Firmas de la condesa de Gelves, D.ª Leonor de Milán.....	22

Varios.

Números.		Páginas.
1	Vista general de Gelves	26
V	Manera de presentar en el boletín de votación las listas de los candidatos (Bélgica)	265
	Modelo de un boletín de votación	266
	Hoja de propaganda electoral del partido socialista (anverso)	267
	Hoja de propaganda electoral del partido socialista (reverso).	268
	Modelo de instrucciones á los electores	269
	Hoja de propaganda electoral del partido liberal (anverso)	270
	Hoja de propaganda electoral del partido liberal (reverso)	271
	Recorte de un periódico donde se refleja el impersonalismo de las campañas electorales	272
	Modo gráfico de recomendar un voto de preferencia	273
	Instrucciones electorales de un periódico liberal	274
	Otro modelo de recomendación del voto de preferencia	275
	Modo gráfico de recomendar un voto de lista	276